



C
613

B.P. de Soria



61063724
C 613

1204

1204

1204

1204



NOVISIMA
GEOGRAFÍA UNIVERSAL

7

५५०

Onésimo y Elíseo RECLÚS

R n^o 2. R^o 1553
NOVISIMA

GEOGRAFIA UNIVERSAL

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Seis volúmenes en 4.º de compacta lectura, con mil grabados de Gustavo Doré, Regnault, Vierge, etc. Mapas en colores.

Tomo VI. — AMERICA DEL SUR Y OCEANIA



MADRID

LA EDITORIAL ESPAÑOLA-AMERICANA

OFICINAS: OLMO, 4

1907



1063724



En la Puna brava. (Dibujo de Taylor.)

BOLIVIA

I

El país.—Su exploración y riqueza.

Ninguna de las naciones sudamericanas tiene fronteras tan singularmente señaladas como la que fué Alto Perú y audiencia de Charcas, y como tal dependió de Buenos Aires desde 1776 hasta la guerra de la Separación, viniendo á acabar en República independiente con el nombre de Bolivia, que se dió en honor de Bolívar.

Acabada la guerra con España, recibió Bolivia el grave daño de que la arrebatará el Perú su naturales comunicaciones con el mar, no quedándole otra salida por el Pacífico que una muy apartada hacia el Sudoeste y separada de las provincias más pobladas de lo interior por la cordillera volcánica, las sierras de la costa, dispuestas en filas paralelas y por áridos desiertos del todo inhabitables. Esta misma comunicación la perdió también en la guerra con Chile por habérsela apropiado el vencedor. No



la aprovechaba mucho el comercio boliviano y estaban aquellas provincias medio abandonadas, como si nada valiesen, encaminándose dicho comercio á Islay, Mollendo, Arica, Pisagua é Iquique, puertos peruanos. Pero quiso la desgracia de Bolivia que se descubrieran en estos arenales riquísimos depósitos de nitratos y otras materias químicas de mucho precio en la industria moderna. Entre Chile y el Perú surgieron desavenencias sobre intereses de ambas naciones en dichas minas; tras la desavenencia vino la guerra, y no pudiendo ser Bolivia neutral, tomó en ella parte por el Perú. Como era el más débil de los tres contendientes, tocóle la peor parte en la derrota, dejando en poder de Chile las provincias de la costa. Vino entonces la República de Chile á reemplazar al Perú en el papel de mediador entre el comercio boliviano y las otras naciones, y así sucede que para embarcar Bolivia mercancías en los puertos de Iquique y Antofagasta, necesita recurrir á la benevolencia del vencedor chileno.

Del lado del Noroeste, la frontera entre el Perú y Bolivia sigue la misma línea que la de las razas quechua y aimara, menos en aquellas partes en que el territorio peruano la traspasa, penetrando en él Puno y otras poblaciones aimaras. El nudo de Vilcanota, que separa á los afluentes del Amazonas de los del Titicaca, es el límite geográfico de ambas razas, pero está muy al Norte de la frontera, y hasta este mar interior, abierto en las entrañas de la meseta, ha quedado dividido oblicuamente de modo que la mayor parte de él pertenece al Perú. En cambio, si las fronteras meridionales de Bolivia no se acomodan á las que parece haber señalado la Naturaleza, el daño ha sido para la República Argentina, porque la provincia de Tarija, que se extiende al pie de los Andes, en la orilla derecha del Pilcomayo y cuenca alta del Bermejo, es parte de Bolivia por voluntad de sus pobladores, primera ley en estas materias. Tarija dependía, según se mandó por Real decreto de España, de la ciudad argentina de Salta, así en lo criminal como en lo civil, y en esta dependencia estuvo de 1807 á 1825, año en que se formó la República boliviana. Temeroso quizás el Ayuntamiento de Tarija de las tropas colombianas que estaban en la ciudad, pidió que se le considerase parte del nuevo Estado, y así se hizo, á pesar de las protestas de los diplomáticos argentinos, no bastando á estorbarlo ni el parecer de Bolívar, favorable á éstos.

El territorio de Bolivia extiéndese á grandísima distancia

fuera de la región de las mesetas al Norte, al Este y en las tierras apenas quebradas donde se apartan las aguas que corren al Plata y al Amazonas. Estas vastísimas soledades poco valen hoy y no dan á la nación fuerza ni riqueza; antes al contrario, han servido para mostrar su debilidad, porque de ellas, como de la casta del Pacífico, han podido los pueblos vecinos llevarse alguna parte sin dificultad ni inconveniente. Los límites del Brasil han ganado mucho terreno sobre los no muy bien determinados que antes tenían por esta parte la América española y la portuguesa. La frontera oriental de Bolivia marchaba por el cauce del río Verde, el Guaporé y el Itenes ó Mamoré, siguiendo luego por el Madera hasta más abajo de los cachones de San Antonio, pero hoy se detiene á 200 kilómetros de distancia de aquel punto hacia el Sudoeste, en la unión de los ríos Mamoré y Beni. También ha perdido no poco terreno sobre el Paraguay, pues luego de vencida por los brasileños la República que toma el nombre de dicho río, el presidente de Bolivia, Melgarejo, temeroso sin duda de los vencedores, les cedió las 20 leguas de tierra que en la orilla derecha del mismo van de Bahía Negra á Fuerte Olimpo, renunciando Bolivia á sus costas fluviales del Este, aunque al Oeste casi no las tenía marítimas, y sin que con el Paraguay le quedase otra comunicación que las no muy profundas lagunas de Cáceres y de Gaiva. Hacia el Sudeste, bajando el río, vuelve éste á interponerse entre los dos Estados hasta el grado 22 de latitud meridional, límite ideal de Bolivia y la Argentina al través de los inmensos territorios del Chaco. Otra línea tan indeterminada como las anteriores sigue entre la desembocadura del Beni y las fuentes del Javari, por tierras desconocidas y pobladas de indios bravos, en las que sólo han penetrado algunos buscadores de plantas, caucho y zarzaparrilla.

Las fronteras de la República de Bolivia son los mejores testigos de la suerte á que vive y vivirá condenada mientras se mantenga aislada de los vecinos. Aunque el territorio es vastísimo, está tan poco poblado, y entre esos pobladores hay, por la diferencia de razas y costumbres, tan poca unión, que los bolivianos necesitan de Europa á cada momento y para todo, tanto para comprar máquinas y maquinistas, cuanto para introducir libros y profesores; y como nada puede recibir directamente, tiene que pedir á cada instante á las naciones limítrofes, Perú, Chile, Brasil y República Argentina, el favor de dejarlo pasar, lo que paga casi siempre muy caro. Hasta puede

creerse que estos vecinos procuran tener aislada á Bolivia con la esperanza de que, siendo esta situación insostenible, acabarán por sacar de ella señalada ventaja.

En lo interior no es la situación de la República mejor que en lo exterior, porque las constantes revueltas militares han perturbado la marcha de los negocios é impedido la prosperidad pública, sin que los héroes de estas sangrientas tragedias hayan tenido nunca que temer á la opinión pública del mundo, á la que no llega noticia de sucesos ocurridos en tierra tan escondida y olvidada.

La mayor parte de los exploradores de Bolivia han sido extranjeros. De los pocos naturales que han tenido parte en los descubrimientos, los más han seguido los caminos que conducen al Paraguay. El ser esta nación el corazón de los Andes, el gran lago que encierra y la dirección divergente de los valles, explica la predilección que por su estudio han tenido ciertos sabios, algunos tan ilustres como Alcides d'Orbigny, famoso autor del *Hombre Americano*, quien en un viaje de siete años (1826 á 1833) estudió casi todo el territorio de la República. Diez años después recorrió mucha parte de Bolivia un grupo de viajeros dirigido por el francés Castelnau. Estos estudiaron la comarca por donde corren los ríos de los Andes al Amazonas, desde la falda oriental de aquéllos hasta las selvas brasileñas de Matto Grosso. En cambio Pentland, Forbes y otros exploraron las sierras occidentales, con sus valles y más altas montañas, midiéndolas y examinando su contextura geográfica. Weddell recorrió en todas direcciones la región de las minas, estudiando la tierra, sus productos y sus habitantes. El ingeniero Hugo Reck empleó sus ocios en componer un mapa que, á pesar de ser antiguo (1865), aún tiene estimación entre los sabios. Musters, Minchin y Cilley en 1875 dedicáronse principalmente á la geodesia, y determinaron la situación de muchas ciudades, minas y puertos de las sierras. Dos años después estudió Wiener no tanto la Naturaleza como los hombres, su historia y sus trabajos. Church, Keller, Labre, Armentia y otros naturalistas, industriales, traficantes y misioneros, procuraron hacer alguna luz en el laberinto de ríos que corren por los llanos orientales; y en tiempos más recientes Crevaux, Thouar, Balzán y Fernández han completado los trabajos de sus predecesores, á los que han añadido también gran suma de noticias los ingenieros de las compañías mineras y de ferrocarriles y los que han dirigido la construcción de las carreteras,

á todos los cuales se deben medidas y nivelaciones que han permitido levantar planos y construir mapas mucho más exactos que los antiguos.

Bolivia podría considerarse gran nación si sólo atendiéramos al espacio que ocupa su territorio, más de dos veces y media mayor que el de España, aun después de mermado por el Brasil y Chile en las ocasiones que hemos dicho. Descontando las dilatadísimas comarcas que hacia Oriente lindan con las selvas del Amazonas, y de las que los mismos bolivianos no saben más que lo que refieren los viajeros, queda para la verdadera Bolivia, ó sea la que tiene ciudades, minas que se benefician y caminos, la cuarta parte de aquella extensión. Podría ser, por las riquezas que la tierra encierra en sus entrañas (sobre todo metales y otros productos de las mesetas del Oeste, frutos de sus campos feracísimos y maderas de las selvas de Oriente), una de las regiones privilegiadas de la América del Sur, pero faltan habitantes que benefician estos tesoros, industria que los aproveche y caminos por donde sacarlos. Se ha dicho que Bolivia es «*mesa de plata con patas de oro*», y no ha faltado ni falta razón para ello; pero precisamente de esta opulencia nace su pobreza, porque con el oro y la plata han salido de las minas la afición al juego, la prodigalidad y la holgazanería. Por si esto fuera poco, aún se le debe añadir un cuarto enemigo, que es una empresa comercial, dueña de los filones principales y tan poderosa, que domina el mercado y se impone á los gobernantes, unas veces á ocultas y otras descubriéndose y tomando el poder sin disfraz alguno. La pequeñez, desunión é ignorancia de la nación la impiden defenderse de tal enemigo, y á la tiranía de los generales ha sucedido la de los propietarios de las minas, así bolivianos como extranjeros. Al ferrocarril que sube de Antofagasta á las mesetas de Bolivia, pasando por las minas, lo llaman algunos el «*conquistador chileno*», y lo cierto es que el monopolio prepara la conquista.

No ha crecido la población de esta República tan á prisa como otras de la América del Sur. Cierta autor calculó en 1875 que el número de habitantes que encierra pasaba de dos millones y medio, y se disputó entonces sobre la exactitud de la cifra. Hoy tiene, según datos oficiales, 2 millones 600.000 habitantes. Las guerras y discordias civiles, las matanzas de indios y más que nada las epidemias, no sólo han sido obstáculo al crecimiento de la población, sino que en algunas ocasiones ha alcanzado á disminuirla. Aseguran á una voz todos los autores que

en 1866 padecieron los indios fiebres infecciosas, de que murieron muchísimos, quedando despobladas muchas aldeas y villas, y siendo aún visible el estrago á los extranjeros que diez años después recorrieron la comarca. De esta enfermedad no murió ningún blanco.

De todas suertes, Bolivia tiene mayor número de habitantes que el Ecuador; pero esto no obstante, su importancia como Estado es menor por hallarse lejos del mar. En cambio su posición le asegura una parte importante en la historia americana; y cuando el continente meridional del Nuevo Mundo esté bien cortado por caminos, nadie podrá disputar al territorio boliviano las ventajas que encontrará en estar en el centro de él.

II

Montes y ríos.—El lago de Titicaca.

Bolivia perdió, después de vencida por Chile, la Cordillera Occidental, borde exterior de la meseta en que está la principal parte del territorio de la República; pero á pesar de esta pérdida, aún le pertenecen algunos cerros de aquella sierra, situados á no mucha distancia del lomo principal, y diversos estribos laterales y paralelos á éste. Entre aquéllos está el Tacora ó Chipicani, y más al Sur el Sahama (6.415 metros), el Tata Sabaya, el Ullullu, el Tahua, el Sapaya, el Tua, el Aucasquilucha y el Viscachillas, todos en territorio boliviano; pero dependientes del sistema general de la Cordillera que continúa la Sierra peruana por el Mediodía hasta su terminación.

Los montes más altos de Bolivia están en los Andes propiamente dichos, sierra que dentro de aquella República ocupa mucha mayor extensión que la de Occidente, corriendo por espacio de ocho grados de latitud. El primer nudo de estas montañas se forma al encontrarse los Andes de Carabaya con las lomas que se levantan al Norte del lago de Titicaca, y le llaman Nudo de Apolobamba, en el que hay un cerro que llega á 5.370 metros. De allí parte una gran cadena de montes de ancha base, que marcha derecha de Noroeste á Sudeste, levantando á pico sobre el lago el arránque de sus laderas. Tan alta está la meseta que á estos grandes cerros sirve de pedestal, que su altura sobre ella y sobre el llano lacustre adyacente es de 2.000 á 2.500 metros, aunque son muchas las cumbres que

pasan del límite de las nieves perpetuas, levantado en esta parte de la Cordillera Real (así la nombran) á la grandísima altura de 5.260 metros. Hacia la mitad de la Sierra álzase hasta 6.488 metros, según los mejores cálculos, el cerro culminante. Este Nevado, llamado de Sorata, del nombre de una ciudad que se esconde á sus pies, ó Illampu, de la voz quechua que vale tanto como nieve, acaba en tres picos, y por algún tiempo gozó fama de ser la montaña más alta del Nuevo Mundo. Aventaja, en efecto, al famoso Chimborazo, cuya altura después de los estudios de Whymper, que la midió con sumo cuidado, se sabe que es de 6.247 metros, pero queda por debajo del Aconcagua, gran montaña de los Andes chilenos, y del Huascán, la mayor, según se ha dicho, de las del Perú.

Siguen al Illampu en el eje de la Sierra otros grandes nevados, como son el Chachacomani, el Huaina Potosí, el Cacaca, el Mesada y el Illimani. También el nombre de éste, como el del Sorata, viene de su deslumbradora blancura. Algún tiempo se le creyó mayor que aquél, habiéndose al fin averiguado que es algo más bajo. Correspóndele, por tanto, el segundo lugar en la grandeza que podríamos llamar teórica, pero en la aparente ó visible tiene sin duda alguna el primero, así como en la majestad y en lo variado de sus contornos. De la parte del Mediodía ábrese á sus pies un hondo valle, desde el cual hasta la cumbre hay 4.000 metros de distancia vertical, viéndose abajo las plantas de los trópicos, á media ladera los bosques y campos de las tierras templadas, y más arriba los campos de nieve, sobre los que suben al cielo, más agigantados que las nubes, los tres blancos picos que le coronan. El valle que, como hemos dicho, se abre á los pies del Illimani, nace en la meseta, al Oeste de la cadena, y corta á ésta oblicuamente, abrigando en su seno la ciudad de la Paz, capital del Estado. Pasada esta cortadura de la cordillera, vuelven á erguirse las montañas, apareciendo del opuesto lado, frente por frente al Illimani, el monte de Quimsa-Cruz ó de Las Tres Cruces. A unos 200 kilómetros más allá de La Paz sepárase la cadena en dos brazos, el principal de los cuales sigue paralelamente á la Cordillera Occidental y á la costa para volver luego al Sur. El otro se encamina no muy derecho hacia el Este, es decir, hacia los llanos. La separación hácese en el nudo de Cochabamba, y el cerro más alto de la región es el Tunari, que llega á 4.933 metros. Toda la tierra ceñida por los montes de Cochabamba y la continuación de la Cordillera Real está cortada por otras

sierras menores y por los nudos en que éstas se encuentran, y entre ellas corren en dirección divergente muchos ríos que bajan al Madera unos y al Paraguay otros, separándolas en multitud de trozos.

La ceja que sirve de continuación de la Cordillera Real hacia el Mediodía, al propio tiempo que de borde occidental de la meseta boliviana, compónenla cerros solitarios ó líneas de peñas, viéndose á éstas abrirse en dos filas en algunos sitios. Muchos de dichos cerros tienen más de 5.000 metros, como sucede al Anasaque (5.133 metros, al que siguen, de la parte del Sur, otros aún más altos, que son el Michaga (5.300 metros) y el Cuzco (5.451), pertenecientes á la sierra de los Frailes. Más adelante, las hendiduras entre los nudos son mayores y menor la altura de los cerros, no llegando el Ubina sino hasta 4.380 metros. El Tulumá, situado más adelante, en la sierra de Chichas, á toda la cual domina, tiene 400 metros más. Las cumbres que alcanzan mayor altura están fuera del eje de la Cordillera, de lo que son ejemplo el Chorolque (5.624 metros) y las montañas de Lipez, que corren al Este, cerrando por el Mediodía los llanos lacustres, cuya parte más honda ocupan las aguas del Titicaca y del Pampa Aullagas. En esta barrera, opuesta al nudo de Vilcanota, que cierra por el Norte los mismos llanos, se destacan los montes de Guadalupe (5.753 metros) Lipez (5.988) y Todos los Santos (5.907). Dominando lo interior de la región citada, y solitarios en medio de ella, hay algunos nudos importantes, tales como el de Tahua (5.303 metros). La Suiza boliviana que á Oriente de la Cordillera Central cae hacia los llanos, tiene todavía cerros de la magnitud del Monte Rosa, siendo de todos el más famoso el de Potosí (4.688 metros), al Este de la ciudad así llamada; pero es ley que la altura de los montes corresponda á la de las mesetas que los sostienen, de modo que van bajando con ellas hacia Oriente. Las sierras de este laberinto orográfico marchan en diversas direcciones con muy poco orden; pero fijando en ellas la atención, se descubren al fin dos rumbos principales, paralelos al que llevan las cordilleras de Cochabamba y de Misiones, que vienen á ser los marcos de aquel cuadro. La primera le cierra por el Norte y va de Oeste á Este para volver luego al Sudeste; la segunda, por Oriente, prolonga sus brazos hasta encontrarse con la otra y formar con ella una especie de bastión agudo que se levanta sobre las llanuras. Las vertientes exteriores de estas montañas son extremadamente escarpadas y no

tienen caminos, por lo que los viajeros que pasan de la sierra al llano bajan por los ríos en barcas, con no poco riesgo de la vida.

A'gunos estribos de los Andes bolivianos se apartan de las cordilleras principales lo bastante para que se les pueda considerar sierras independientes de aquéllas. De este número son la sierra de Manaya, que sigue á lo largo del Beni por la orilla derecha de éste; la de Chamaya, algo más al Norte, y la de Mose-tenes, en la comarca de los indios mosetenes. Ésta es continuación de la de Manaya por el Sudeste, y otros *Andes pequeños* la continúan á su vez hasta los de Cochabamba. Por último, hasta en lo interior de los llanos se encuentran solitarios grupos de montañuelas y gruesos peñascos, que de seguro pertenecieron en pasados tiempos á los Andes, de los que las ha separado la fuerza de las lluvias y de las corrientes de los ríos. Son la avanzada de los cerrillos brasileños, y se les llama sierras de los Chiquitos, porque en ellas viven los indios así denominados. Aunque no son muy altos, lo parecen, porque dominan bastante á las tierras llanas que las rodean como un mar, y algunas semejan verdaderas montañas. Una de las cumbres de la serranía de las Botijas, al Nordeste de Santa Cruz de la Sierra, se levanta hasta 460 metros, y en los montes de San José ó de Chochis, que envían aguas al Paraguay, hay un pico de 903 metros. Más al Sur aún aparecen, como islotes en aquel océano de bosques, algunas montañuelas.

La conformación del terreno permite dividir á Bolivia en cuatro regiones diversas: al Oeste hállase la región interandina, más ancha y mucho más igual que en el Perú, y que no es sino una gran meseta ó *altiplanicie*, como dicen los bolivianos. Su altura va de los 3.400 metros á los 4.000, extendiéndose de Noroeste á Sudeste entre ambas cordilleras desde el nudo de Vilcanota al de Lípez, por un espacio de 800 kilómetros de longitud y 128 de anchura, ó sea 100.000 kilómetros cuadrados. De aquí convendría descontar el terreno que ocupan los nudos de montañas asentados sobre la meseta. Al Este de la anterior álzase la Cordillera Real con todo el cortejo de sierras que de ella dependen. Esta es la parte más populosa de Bolivia, en la que están casi todas las ciudades. Divídenla en dos partes: A la alta ó tierra templada llaman *cabeceras de valle*, y á la baja ó tierra caliente *valles á secas*, entendiéndose bien la razón de estos nombres. A todos los valles juntos, ó sea á la comarca que va ya á perderse en los llanos, llaman *yungas*, equivalente al

antiguo nombre de *yuncas* que daban á la tierra caliente y á sus habitantes. En el Perú los *yuncas* eran los que vivían junto á la costa, y en Bolivia las tierras de la vertiente oriental de los Andes, incluso las llanuras y selvas que se extienden á sus pies y los indios que en ellas vivían. Hoy sólo se aplica en esta República á las tierras bajas de dicha vertiente regada por los tributarios del Amazonas, y rica en productos tropicales. La cuarta región de Bolivia es la dilatada llanura que se extiende hasta el Guaporé y el Paraguay, tierra de bosques y sábanas, surcada de muchos ríos, cubierta en algunas partes de grandes lagos y ciénagas, y tan feraz toda ella, que podría sustentar millones de hombres.

Habiendo perdido Bolivia la vertiente occidental, todas sus aguas corren al Atlántico, unas por el Amazonas y otras por el Plata, lo que no sucedía en una época geológica quizás no muy remota, cuando un lago más dilatado que los mayores que ahora se ven en el centro de África y en la América del Norte llenaba lo que hoy es meseta. La menor altura que entonces tenían los Andes dejaba pasar las nubes á descargar sus aguas en el mar interior, ó, lo que parece más probable, el clima de toda la región era más húmedo que en nuestros días. Lo cierto es que todo este inmenso hueco estaba lleno, y que se han hallado señales indudables de la altura que tuvo el lago ó mar, viéndose á lo largo de la falda de los montes que dominan la llanura de Oruro, y á pocos metros de altura, una cornisa blanquea que sigue hacia el Norte hasta una distancia de 320 kilómetros, y que parece haberse formado de depósitos que allí dejaron las aguas. Este mediterráneo, situado á 4.000 metros de altura, no tenía más salida que el espacioso boquete que se abre entre los montes en el paraje en que hoy está la ciudad de La Paz, y en el que nace uno de los ríos de que principalmente se forma el Beni. Por este cauce iban al Amazonas las aguas sobrantes del mar interior, y así el lago más grande del mundo venía á ser origen del mayor río, siendo también el monte á cuyos pies pasaba el canal de desagüe uno de los más altos de América.

El lago de Titicaca ó de «la Piedra de Estaño», llamado también del Puno, del nombre de una ciudad peruana de su costa occidental, y, en otro tiempo, de Chucuito, es el trozo mayor de cuantos quedan de aquel mar interior de que hablamos. Desde su parte más avanzada hacia el Noroeste, es decir, desde los alrededores de la población peruana de Lampa, hasta la cala

de la costa de Bolivia más apartada hacia el Sudeste, cercana á Tiahuanuco, tiene 163 kilómetros, y su anchura, por término medio, es de unos 60. Sepáralo en dos hoyas el estrecho de Tiquina, y de ellas la meridional lleva el nombre de Unimarca ó Güinimarca, lo que quiere decir «Lago Desecado». Todo el Titicaca ocupa 8.300 kilómetros cuadrados, llegando á tener, según parece, 218 metros de profundidad; pero no está situado, como pudiera creerse, en la mitad de la cuenca ceñida por ambas Cordilleras, sino más cerca de la Real, que es la más alta. Cumpliéndose en él esa ley de los mares y lagos, según la cual, las mayores profundidades ábrense á los pies de las más altas montañas, los parajes más hondos están dominados por la soberbia cumbre del Illampu, cubierta de eternas nieves. El nivel del agua sube ó baja, conforme lo disponen la lluvia ó la evaporación, calculándose que en un año, la diferencia entre el más alto y el más bajo es de 1,20 metros. Parece que el Titicaca ha menguado algo en los tiempos históricos, y de ello se da como prueba, entre otras, cinco islotes que pasaron á unirse con la tierra firme y las muchas conchas de agua dulce que se encuentran á distancia de las orillas. Á lo largo de la costa occidental hay muchas lagunas y ciénagas, por las que pasan caminos construidos antes del descubrimiento de América. La pendiente es muy suave, y bastaría que las aguas bajasen tres metros para que el lago menguase por lo menos la quinta parte. Si una cadena de montañuelas subacuáticas no asomase sus picos aquí y allá, siguiendo la misma marcha de ambas orillas, podría decirse que el Titicaca tiene la forma de un óvalo alargado; pero dicha cadena ha dado origen á la península meridional de Tiahuanuco y á las islas vecinas, á la gran península de Capocabana, unida á la orilla occidental por una lengua de tierra estrechísima, á la larga isla de Titicaca, montañuela de caliza y arenisca que ha dado nombre al lago, á la isla de Coati y á otras menores, pero famosas en la mitología quechua, pues en una de ellas ponía cierta leyenda (tan disparatada como la creencia de muchos sabios europeos de que el hombre apareció en las heladas mesetas del Pamir) el origen de la humanidad y de la civilización. Aunque está el Titicaca, por su mucha altura, en región bastante fría, rodéanle espesísimos cañaverales que cubren las playas bajas de sus contornos, y viven en él algunos animales, tales como ciertos peces del género *orestias*, y ocho especies de *allorchestes*, crustáceos que tal vez sean de origen oceánico. Algunas veces

llega á cuajar sobre él una delgadísima capa de hielo, pero nunca se le ha visto helado. En sus contornos hay buenas hierbas en todas las estaciones, pastando el ganado en las praderas del litoral en verano, y buscando en invierno el sustento en las hierbas acuáticas, que comen hasta la profundidad de un metro.

De los muchos arroyos y torrentes que caen en el lago, sólo uno tiene apariencia de verdadero río. Llámase Ramis, y le forman varias gargantas que bajan de los montes de Carabaya y de Vilcanota. Las aguas salen por otro río que lleva el nombre de Desaguadero, y que es lo bastante caudaloso para que puedan navegar por él vapores. Corre hacia el Sudeste; siguiendo el eje de la meseta, recibe la copiosa corriente del Maure, que baja de la Cordillera Occidental y se divide en muchos brazos antes de morir. Lo mismo hace el Desaguadero, en cuyos diversos cauces crecen grandes juncos, que casi los cierran, discurriendo entre espesos y dilatados cañaverales, que recorren los indios uros, gente dada á la pesca. En algunos sitios ponen, sobre grandes almadías de juncos, chozas de la misma materia, que se reducen á una tecumbre no muy alta. De ellas hacen verdaderas aldeas. Baja el Desaguadero en 325 kilómetros, 145 metros por una pendiente muy igual hasta llegar á otro lago á que llaman Pampa-Aullagas, Poopó ú Oruro, del nombre de alguna de las poblaciones cercanas á sus orillas, en el cual vierte 100 metros cúbicos de agua por segundo.

El óvalo del Pampa-Aullagas es más perfecto que el del Titicaca, pero en cambio tiene este lago menos agua, pues no se le ha encontrado fondo de más de 20 metros. Verdad es que ahora empieza á ser explorado. En el centro está la isla Panza, extendida en la misma dirección que los lagos y la meseta. La extensión del Pampa-Aullagas es de 2.800 kilómetros. Recibe, además del Desaguadero, otros tributarios que bajan de las montañas vecinas; pero con todo eso, son más las aguas que pierde por la evaporación que las que gana con estos tributos. Sale de él un solo riachuelo, que corre al Sudoeste con sólo un metro cúbico de agua por segundo hasta que se pierde en las arenas, si bien para reaparecer más adelante con el nombre de Laca Ahuira, que en aimara significa precisamente «desaguadero», y perderse, por último, en las salitrosas ciénagas de Coipasa, á las que acuden también torrentes de la Cordillera Occidental, que no pudiendo hacerse un verdadero cauce, vienen á

trocar las ciénagas en lago mientras duran las lluvias. Las dichas salinas de Coipasa están á 3.685 metros, y son, por tanto, la parte más honda de la hoya del Tiucaca, aventajándolas muy poco la de Empeza, que está más al Sur, á Occidente de las minas de Huanchaca, y la cual, si no fallan los cálculos, se encuentra á 3.682. Estas salinas son del todo infranqueables en invierno por ser su fondo de fango arcilloso. En verano se forma un pavimento de capas de arcilla y sal alternadas, que todas juntas llegan á tener un metro de grueso.

Por la brecha de La Paz, cauce del gran «desaguadero» de otros tiempos, sólo corre una rambla que se llama La Paz, como la ciudad levantada junto á sus orillas. Pero poco á poco va engrosando esta rambla ó torrente con el tributo de otros más caudalosos, como son el Cotocayes y el Altamachi, con los que forma el importante río Beni, que corre al Norte y luego al Nordeste para ir al Madera y por éste al Amazonas, creciendo tanto en el largo camino, que puede compararse á los mayores de Europa. Pero aún es más caudaloso el Mamoré, que con el nombre de Río Grande nace en los Andes, entre la Cordillera Real y la de Cochabamba, y después de dar un larguísimo rodeo alrededor del bastión Nordeste de la meseta, crece con el tributo de los ríos de la falda septentrional de éstas montañas que se juntan en él á las de las vertientes meridionales que ya lleva recibidas. También compite con el Beni en caudal otro río peruano de nacimiento, pero que luego viene á hacerse boliviano, el cual es el Mana, Mayu-Tata, Amaru-Mayo, «río de las Serpientes», ó Madre de Dios, del cual hasta mediado el siglo se ignoró el camino que seguía. El misionero Armentia, que navegó en el Beni y en el Madre de Dios, dice que éste lleva más agua, lo que debe al considerable canal del Inambari, el principal de los que le forman.

A principios del siglo xv le bajó el inca Yupanqui con 10.000 indios para reducir á los pueblos bárbaros de sus orillas, pero tuvo que volverse después de haber perdido las nueve décimas partes de la gente, sin otra ventaja que la de averiguar la verdadera marcha del río en aquellas selváticas comarcas. Por eso sabía Garcilaso de la Vega, iniciado en la ciencia de los incas, que el Madre de Dios se juntaba al Beni. Como la dirección que al principio lleva el río desmentía lo dicho por Garcilaso, la mayor parte de los geógrafos creían que el Madre de Dios era el principio ó parte alta del Purus, haciéndole por esta creencia tributario directo del Amazonas. La solución de

este problema geográfico diéronla ocho animosos mancebos que, con Faustino Machado por jefe, se confiaron á la corriente del Inambari en una frágil almadía, y sufriendo grandes trabajos, de los que no fué de los menores la hostilidad de los indios bravos, cuyas tierras cruzaron, pasaron al Madre de Dios, de éste al Beni y luego al Madera, en el que Maldonado y tres de sus compañeros perecieron en una de las peñas de los muchos saltos de aquel río. Los demás llegaron á Manaos con la noticia del descubrimiento, que no fué creída. Pero en 1884 la confirmó el viajero Armentia, conocedor como nadie de la Bolivia oriental y sus inmensas selvas, el cual subió por el río hasta entrar en territorio peruano; y como también son ya conocidas las fuentes del Purus, habiendo recorrido los buscadores de caucho la región en que están, no cabe duda alguna sobre este particular y puede tenerse por averiguado que el Inambari, después de correr al Noroeste, siguiendo la misma dirección que los Andes de Carabaya, vuelve al Nordeste y va por fin á unirse al Beni. De los dos ríos, el más ancho es el Madre de Dios, que tiene de orilla á orilla 1.150 metros. Luego de reunidos estos ríos, caen desde una altura de nueve metros.

Las aguas de la Bolivia del Sudeste van á parar al Paraguay por el cauce del Pilcomayo, río cuyas fuentes están mezcladas en el laberinto de las montañas con las del Guapay ó Río Grande. Toma después el camino del Sudeste, cortando varias sierras; júntase al Pilaya, igualmente caudaloso, y entra en los llanos del Chaco, por donde discurre en un cauce bastante estrecho hasta su desembocadura. También los primeros torrentes de que se forma el Bermejo nacen en tierra boliviana, y de los valles que se abren en los montes de los Chiquitos, en las sabanas orientales, salen algunos pequeños afluentes del Paraguay alto, siendo el principal el Otuquis. Por último, en el dilatado espacio que media entre los afluentes del Mamoré y los del Pilcomayo, es tan poca la pendiente del terreno, que las aguas quedan en algunos parajes indecisas, perdiéndose en cuencas, donde se evaporan, y en cuyas márgenes dejan depósitos salinos. Los lagos de esta parte de Bolivia, donde llueve tan poco, los hacen los ríos que no pudiendo, por su escaso caudal, seguir su curso, se pierden en la tierra. Los demás al Norte, en las comarcas regadas por el Mamoré y el Beni, tienen muy diverso origen, pues se deben al sobrante de aguas que los ríos llevan y que, no cabiendo en los cauces, se esparce á derecha é izquierda de ellos. De éstos lagos es el Rogoagua lo, que está entre

dichos ríos Beni y Mamoré, y cubre muchos miles de kilómetros cuadrados.

III

Clima, flora y fauna.

El clima de Bolivia cambia según las tierras. La meseta, las cordilleras, las sierras que corren hacia el Este, los valles de los yungas y los llanos orientales tienen cada uno el suyo propio, y aun hay que añadir á éstos los que se originan de la diversidad de latitudes. Todo el territorio sería calurosísimo, por estar en la región tropical, si la altura de sus montañas no lo templase y reuniese en él las más diversas temperaturas, desde la tórrida en los sitios bajos hasta la glacial en los más altos. Las poblaciones principales se hallan en alturas de 3.800 á 2.500 metros, siendo su temperatura media anual de 12 á 16 grados centígrados. Los vientos alisios del Sudeste soplan en estas comarcas en Julio y Agosto, es decir, en la estación primavera que precede á la de las lluvias. Comienzan éstas en Noviembre, al acercarse el sol al trópico meridional acompañado del cortejo de nubes que sus mismos rayos, cayendo verticalmente, levantan, y continúan mientras dura el verano, ó por lo menos hasta Febrero. En Mayo, Junio y Julio siéntese bastante fresco, siendo menor el cambio en los alrededores de Titicaca, donde la influencia moderadora del agua hace que estas alteraciones se sientan menos. Al principiar y al acabar las lluvias suele haber tormentas, pero no en toda Bolivia, pues hay comarcas donde son desconocidas. En cambio abundan en el Sudeste, donde son muy temidas de los viticultores de Cinti. El misionero jesuita Bernabé Cobo, que vivía en Bolivia á mediados del siglo XVII, dice que donde más truena es en la parte de los Andes en que nacen los afluentes más altos del Amazonas y del Plata, hacia donde está Chuquisaca, ciudad en que todos los años caen algunos rayos. Las nubes que subiendo de los llanos, de cuya humedad se forman, chocan contra las escarpadas vertientes de los Andes, desaguan sobre la tierra de los yungas que á los pies de éstos se extienden y la riegan todo el año con copiosos chaparrones. El calor y las humedades del suelo y del aire engendran una vegetación frondosísima y variada.

Como es Bolivia el centro del continente americano donde se tocan y cruzan la región andina y la brasileña, y con ésta la del Plata, su flora es riquísima, habiéndose además añadido á ella multitud de especies del Antiguo continente, que con gran facilidad se han aclimatado allí. Tiene increíble abundancia de maderas de construcción y de tinte y tanta variedad de plantas, que son muchos los que viven de la industria de buscarlas, principalmente indios que recorren el país vendiendo simples. Las selvas de los yungas aún son más cerradas que las del litoral brasileño, y las tierras dan allí mayores cosechas y de mejor calidad que en ninguna otra parte. En Oriente, al encontrarse las regiones andina y boliviana, encuéntranse también y se mezclan de mil modos bosques y sabanas, llamadas éstas *pajonales*, hasta que con la cercanía de la sierra van predominando aquéllos, acabando por tender á su falda una continuada selva. Las especies de palmeras de la tierra colindante son muchas, y de ellas sacan los naturales lo necesario para su sustento, la bebida y los vestidos, con más la madera para sus casas y los instrumentos músicos. Algunas suben hasta las tierras templadas, y en las escarpadas laderas de la cordillera de Cochabamba, en terrenos que casi tocan al límite de las nieves perpetuas, se encuentra la especie que los botánicos denominan *euterpe andicola*, planta que crece en el límite de la vegetación leñosa, juntamente con los helechos arbóreos. En las márgenes del Titicaca hay árboles, á pesar de la grandísima altura de la meseta, viéndose en aquellos parajes algunos olivos pequeños.

Los cuadrúpedos de la fauna boliviana son semejantes á los del Perú, no advirtiéndose más diferencia que en la cantidad de animales. En los yungas hay muchos roedores de una especie llamada *cavia* ó *capibara*, que hace mucho daño en las ciendas cercanas á los ríos, pues se come las plantas. También son muchísimos los animales pequeños, tales como mariposas, escarabajos, aves y otras especies. Los colibríes se encuentran hasta en las cumbres de las montañas, habiendo hallado uno Hugo Reck en el cerro de Potosí, á más de 4.400 metros.

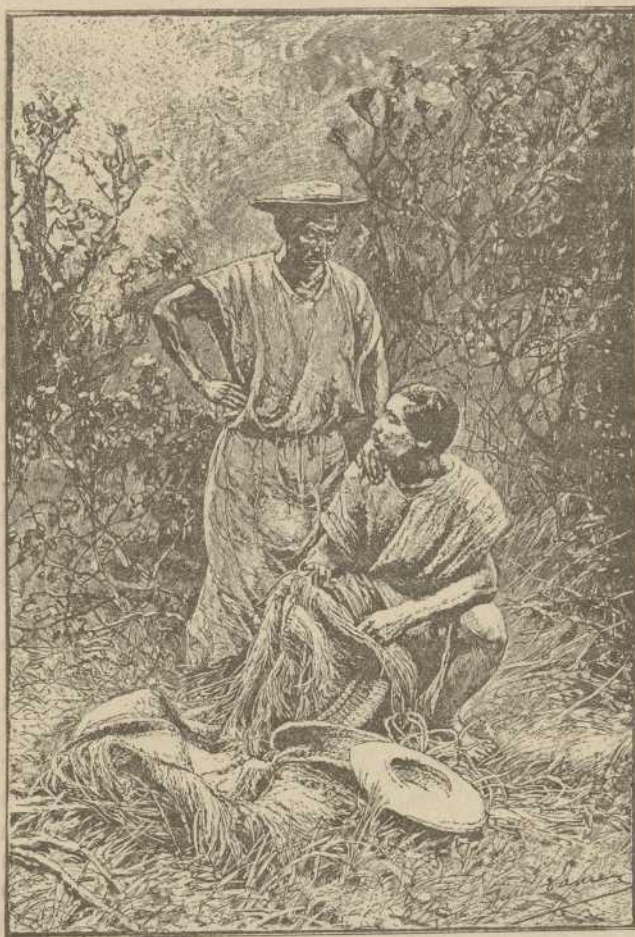
I V

Indios de Bolivia.

La raza aimará, principal de las de Bolivia, vive casi toda en las mesetas, pero traspasando un poco estos límites hacia el Norte, entra en el Perú por los departamentos de Arequipa, Moquegua y Cuzco. Al Norte y al Sur tiene por vecinos á los quechuas. Vivían en los contornos del Titicaca y en sus islas, de donde el nombre de aimaraes se fué extendiendo á todos los pueblos que hablaban su misma lengua. Los incas tenían en gran veneración aquella comarca en que empezaron á civilizarse los aimaraes, y creían, por enseñárselo así su religión, que de allí habían salido los fundadores del imperio, de donde viene el opinar algunos autores que los incas descendían de los aimaraes, ó por lo menos que de ellos aprendieron las artes y policía, sospechándose que la lengua cortesana del Perú no era otra cosa que la aimará. Todos los pueblos vencidos por los incas quedaban obligados á aprender la lengua de los vencedores, y de esta obligación sólo los aimaraes estuvieron libres, con cuya excepción quisieron aquéllos, á lo que parece, mostrarles su agradecimiento por lo que en otro tiempo les enseñaron.

Cuando los españoles llegaron á esta parte de América, la nación aimará estaba muy decaída, habiendo quedado supeditada á los quechuas desde muchos siglos antes y perdido de tal modo el recuerdo de su grandeza, que no había en ella quien supiese levantar edificios parecidos á los que sus abuelos habían construído en la península de Tiahuanuco. Tan olvidado tenían su pasado, que pensaban haber sido levantados aquellos antiguos monumentos por unos artifices desconocidos que hubo en la tierra antes de que el sol la alumbrase. Con la llegada de los conquistadores comenzó á disminuir el número de los aimaraes tan á prisa, que se temió su completo fin. Las infinitas ruinas de edificios y los no menos infinitos sepulcros cercanos al lago de Titicaca, prueban que aquella comarca tuvo no pocos pobladores como ahora, sino muchos; pero como en aquel terreno tan llano les era imposible encontrar ningún refugio en que guardarse de la recluta para las minas de Potosí, Oruro y otras, hizose la destrucción de una manera metódica. Años después, cuando el alzamiento de Tupac-Amaru, los

aimaraes que aún quedaban alzáronse todos, gozosos de conquistar la independencia ó de cambiar de señor. La guerra, las matanzas que de ellos hicieron, el hambre y las enfermedades



Tipos de indios de Bolivia. (Dibujo de Taner.)

los diezmaron, y dejaron muy reducida á esta nación, que cuenta hoy un millón de almas, considerando como aimaraes muchos mestizos de éstos y de españoles. Se ha observado que la sangre de la madre aimara se sobrepone á la del padre español;

de suerte que al cabo de muchas generaciones de estos mestizos se descubre aquélla desmintiendo las pretensiones de españolismo. La religión nacional es la cristiana que allí llevaron los españoles como alma que era de su civilización, pero aún conservan aquellos naturales diversas supersticiones, últimos restos de las de sus mayores. Ningún aldeano ó pastor bebe un trago de aguardiente sin ofrecer antes algunas gotas á los espíritus de las montañas, y en muchas casas tienen de dioses lares huesos de mastodontes, megaterios, glyptodones y otros animales antediluvianos, y hoy mismo los indios de la sierra veneran á los montes como los antiguos semitas. En otro tiempo, todo viajero que llegaba á una cumbre con un fardo áuestas estaba obligado á ofrecer al dios Pachacamac el primer objeto que viese, y como éste era casi siempre una piedra, en lo alto de todos los cerros peruanos vese un montón de ellas. Al arrojarla decían muchas veces una oración reducida á la voz *apachecta*, de donde vino el llamar *apachectas* los españoles á estos montones de piedras y á las cumbres en que están. Los pastores de las mesetas más altas de la Puna creían también que el día de Viernes Santo podían hacer toda suerte de delitos (menos matar), porque está Dios muerto, y cuando pasados dos días, resucita, no se acuerda de nada de lo sucedido.

La lengua aimará sigue hablándose como la quechua, y hasta se usa en algunas ciudades, como sucede en La Paz, donde los mismos españoles la saben por haberla aprendido de niños con las amas y criadas. Parece mucho á aquélla, así en la sintaxis como en el vocabulario, y hasta se conocen unas 20 voces que son casi iguales en las dos, las cuales en su mayor parte expresan ideas religiosas ó se refieren al culto. De las dos, la más difícil de pronunciar es la aimará, que tiene muchas letras guturales y paladales, por cuya razón son muy pocos los colonos europeos que se toman el trabajo de aprenderla, ayudándoles mucho á entenderse con las naturales el que éstos, ya sean mestizos ó sean puros, conocen el español.

Aún son más tristes los indios de Bolivia que los del Perú, viéndose en su rostro señales de «un sufrimiento vago, pero continuo». Son desconfiados y huraños, y vean lo que vieren, no mueven la cabeza ni hacen gesto alguno que descubra el efecto que les produce. También en lo físico se parecen mucho los aimaraes á los quechuas, á pesar de que los cruces entre gente de estas dos razas son muy contados. Tienen, como aquéllos, el cuerpo bajo y rechoncho, el rostro ancho y rojizo,

los ojos negros, la frente algo combada, la cabeza redonda, con las protuberancias parietales muy salientes, lo que la da forma parecida al pentágono. A los ojos de los europeos no hay mujer aimará que pueda parecer hermosa. En los cráneos de hombres que se sacan de los sepulcros vese que tenían la costumbre de oprimirlos para darles cuando niños diversa forma de la que debían á la naturaleza, pero ya no usan hacerlo. Visten de ordinario con poca gracia y gusto, siendo su mayor gala el sombrero, á que llaman *montera*, el cual se ensancha y abre hacia arriba á modo de tiesto, de que salen plumas y ramos de flores los días de fiesta. Cuanto mayor es el lujo que quieren representar en el traje, mayor ha de ser la *montera*. Otra moda no menos extraordinaria es la de las faldas en las mujeres, de las que se ponen tantas, unas sobre otras, que apenas pueden andar. En algunas partes era moda estrenar una cada año sin quitarse las anteriores, y así las llevaban hasta que se caían á pedazos. El cabello le peinan trenzándole.

A los aimaraes hay que añadir los quechuas de Bolivia, en todo ó casi todo iguales á los del Perú. Estos indios (aimaraes y quechuas) van cruzándose poco á poco con la raza española; pero los que viven al Nordeste y al Este en los valles de los primeros contrafuertes de los montes y en los llanos, se conservan casi puros por haber vivido aislados é independientes, sin otra excepción que los indios chiquitos, habitantes de las sierrecillas cristalinas que corren por la divisoria de las aguas del Mamoré y del Paraguay, y los mojos, que viven más al Norte en las campiñas, mucha parte del año anegadas, por donde corren el Machupa, el San Miguel, el Río Blanco y el Baurés, afluentes ó subafluentes del Guaporé. Los nombres de estas dos naciones son españoles, lo que prueba que estuvieron en buenas relaciones con los conquistadores.

Los *chiquitos* tomaron su nombre de la puerta de sus chozas, la cual, para defenderse mejor de las moscas y mosquitos, la hacían tan pequeña, que no se podía pasar por ella sino á gatas. Además, aunque estos indios no son verdaderamente de pequeña estatura, tampoco llegan á la de los del Chaco, vistos antes por los españoles cuando subieron por el Paraguay, y tienen por término medio 1,66 metros de alto los hombres adultos. En la contextura no hay gran diferencia entre ellos y los indios del Sur, denominados *pamperos*. Tienen robustas las espaldas, anchos los hombros y músculos fuertes, aunque no muy gruesos. Todo el cuerpo parece de una pieza, incluso el de las muje-

res, á las que apenas se les conoce el talle, y en cuyo esqueleto se ve que no son menos vigorosas que los hombres. La cabeza de los chiquitos es redonda, el rostro tan lleno, que no se les conocen los pómulos, y la boca pequeña con hoyuelos en los extremos y en la barba; formándose de todos estos rasgos una fisonomía agradable y simpática. El cabello le tienen largo, liso y muy negro, y nunca le salen canas, sino que, á lo sumo, se les pone algo amarillo cuando llegan á ser muy viejos. El carácter de esta nación es el que anuncia su apariencia, porque están siempre de buen humor, reciben muy bien á cuantos se llegan á su tierra, dándoles cariñosa hospitalidad, y son tan sociables, que es muy frecuente entre ellos visitar unos pueblos á otros, en todo lo cual resultan lo contrario de sus vecinos de las pampas meridionales. Pocas veces se les ve disputar entre sí, y los matrimonios se llevan muy bien, porque los maridos no son celosos, ni las mujeres, con su fidelidad, dan motivo de que lo sean. Tienen gran disposición para todos los oficios; cuanto se les encarga lo ejecutan sin trabajo, y cuando eran gobernados por los misioneros hacían de muy buen grado las obras que éstos les mandaban. Su afición á la música es tal, que se pasan tocando la flauta desde que amanece hasta que, por ir el sol alto, se va secando la tierra, á cuya hora ponen manos á la tarea que les está encomendada. Por la tarde y por la noche cazan, cantan, bailan y se divierten jugando á la pelota, que es de todas sus diversiones la que prefieren. A tan subido punto llega su afición, que luego de comenzado un partido acuden á cientos á tomar parte en él, siendo lo más curioso que arrojan la pelota, no con la mano, sino con la cabeza. Este buen natural de los chiquitos proviene, sin duda, de la bondad de su tierra, toda ella cruzada de montañuelas y lindos vallecillos, con bosques que, por su poca espesura, son fáciles de cruzar. Si fuesen dados á la agricultura, levantarían los poblados en parajes abrigados y fértiles, pero como se sustentan principalmente de la caza, los tienen en lo interior de las selvas, dejando alrededor de las casas buena porción de bosque para vivero de aquélla. Por eso dichos poblados están esparcidos en gran número por el monte, y en muchos de ellos sólo conocen de nombre á los que están lejanos. Sucedió en ocasiones que para todas las familias de una aldea no había más que una sola choza, en la que todas se albergaban menos los mancebos de quince años ó más, á los que hacían vivir en otra hasta que acababan una suerte de

noviciado que precedía al matrimonio. Antes de la boda obsequiaban á la novia regalándola caza. No obstante tan patriarcales costumbres, tenían sus guerras, pero éstas duraban poco y los jefes que en ellas los conducían sólo conservaban el título, una vez hecha la paz, porque la autoridad, como no la amparaba ninguna fuerza, la perdían luego. Daban el nombre de esclavos á los enemigos que cautivaban, pero era tan suave la esclavitud, que estos cautivos solían acabar en yernos de sus cautivadores.

La nación de los chiquitos era muy numerosa á la llegada de los españoles, pero Alvarez Cabeza de Vaca, primer conquistador de la comarca, hizo gran matanza de ellos, queriendo sin duda vengarse de lo mucho que había padecido en la América del Norte cuando, perdido en la Florida, tuvo que cruzar tantas tierras desconocidas y pelear con tantos indios bárbaros para llegar á Méjico. En el siglo xvii vinieron los *mamelucos* del Brasil á tomarlos para esclavos, y lo propio hicieron los españoles de Santa Cruz, y cuando tras ellos llegaron los jesuitas para reducirlos al Evangelio, lleváronles la calamidad de la viruela y otras enfermedades epidémicas. A pesar de tales desdichas, no ha desaparecido la raza, ni está en camino de desaparecer, porque á la fecundidad de las mujeres se debe que el número de estos indios aumente todos los años en que no padecen alguna epidemia. En 1831, cuando los contó con sumo cuidado d'Orbigny, eran unos 20.000, no incluyendo en esta suma á los que viven en el Brasil y del otro lado del Paraguay. Las tres cuartas partes eran cristianos, y casi todos, incluso los que tenían otra lengua, hablaban la chiquita, muy sonora y suave. Los jesuitas la enseñaban á todas las tribus, añadiendo las voces que requerían el culto cristiano, los oficios nuevos y la numeración, en la que no sabían contar en chiquito sino hasta diez. Aún conservan algunos restos de sus antiguas supersticiones, pero ni de los que volvieron á la vida errante y bárbara después de la marcha de los misioneros se puede decir que han restaurado el paganismo. Van desnudos como iban antes, pero no se pintan, ni se agujerean el rostro como lo hacían sus abuelos. Como en la tierra de los chiquitos no hay más que lomas pequeñas, por entre las que corren riachuelos de corto caudal, desconocen estos indios la navegación. En cambio los mojos, que viven junto á grandes ríos y lagunas, son hábiles barqueros, aunque su principal profesión es la de labradores, permitiéndoles con toda libertad el cultivo de los

campos la puntualidad de las crecidas, pues sólo las hay en ciertas estaciones del año. Seméjanse mucho los mojos á los chiquitos, si bien son algo más fuertes, de más estatura los hombres y de apariencia menos pesada las mujeres. Son también gente de buen humor, aunque no en el grado que los chiquitos, francos, rectos y más trabajadores que ellos porque no pierden tanto tiempo en divertirse. A pesar de lo distante de las ciudades principales de la nación, tienen tanta industria, que aventajan á casi todos los demás indios, sobre todo como tejedores, constructores y escultores en madera. Son excelentes artistas y copistas sin rival, hasta el punto de que no hay pueblo en el mundo, ni siquiera el chino, que les iguale. En cambio no tienen inventiva ninguna. Según los autores bolivianos, los mojos tenían una especie de escritura reducida á ciertas rayas que hacían en unas laminitas. Su lengua es más gutural que la de los chiquitos y no tan rica, y en las tribus que tenían poco comercio, el sistema de numeración no pasaba de cinco, quedándose á veces en cuatro y hasta en tres.

El número de mojos residentes en Bolivia se supone que no pasa de 30.000, pero contando las tribus con ellos emparentadas que viven en el Brasil y en las selvas bolivianas del Norte, hay quien le estima en el doble. En otro tiempo era esta nación mucho más populosa, pero se ha despoblado como las demás, no por la guerra y las matanzas, porque las ciénagas que rodean sus tierras las han defendido, teniéndoles alejados de los caminos que seguían los cazadores de esclavos y los buscadores de oro, sino por las epidemias que padecieron después de la llegada de los misioneros. Dejéronse dirigir por los jesuitas con suma docilidad, y nunca les desobedecían, ni intentaron sacudir su yugo. Los mojos adoraban á la naturaleza. Creíanse hijos de los lagos, de los bosques y de los ribazos de los ríos; de modo que los habitantes de cualquier aldea ó los individuos de cualquier familia hacían sus dioses del aire ó del fuego, de los animales acuáticos ó de los de la selva, y á pesar de lo mucho que en sus largas navegaciones se apartaban del lugar donde nacían, procuraban siempre volver á él. Tenían supersticiones terribles, como la de estar obligado el marido á matar á su mujer si ésta abortaba. Si paría dos gemelos, ellos eran los que morían, pues la misma naturaleza, en la manera de darlos al mundo, los califica de animales. Muriendo del parto la madre, enterraban con ella á los hijos que tuviese criando. Ahora son los mojos muy buenos cristianos, y en

Semana Santa hacen grandes penitencias al pie de los altares. Con la nueva religión han aprendido á someterse, pues antes no obedecían á sus caciques, ni éstos tenían autoridad alguna sobre ellos y ahora la tienen muy grande, siendo ásperamente castigado el que la desconoce. Al poder de los curas (de los que le recibieron los caciques) ha seguido el de los tratantes, sobre todo desde que comenzaron las obras del ferrocarril que debía bajar por la orilla de este río, salvando las cataratas, y que por cierto no se pudo terminar. El ser los mojos tan excelentes barqueros hizo que solicitasen por todos los medios su ayuda, y de haberla conseguido viene la desaparición de muchas aldeas y el cambio de costumbres de los pobladores de otras. Los barqueros mojos que encuentra y admira el viajero en las escalas del Beni, del Madera y del Amazonas hasta Manaos, no usan otro traje que una camisa hecha con la corteza de alguno de los gigantescos árboles de la selva. En pocas horas cortan el que les parece bien, le arrancan un trozo de la segunda capa que le cubre (*líber*) de 4 metros de largo y reluciente como la seda, le machacan para ponerle flexible y haciéndole en medio un agujero para meter la cabeza, acaban la fabricación de un magnífico poncho. Algunos autores cuentan como mojos á otras tribus que en algunas cosas se les parecen y tal vez tengan el mismo origen, á pesar de que en otras les son muy desemejantes. Entre ellas está la de los conichanas, antiguamente antropófagos, según parece, y hay bandideros muy dados á esconderse en los bosques en acecho de los blancos para robarles las armas é instrumentos de hierro que puedan. Hablan una lengua muy diferente de la de los mojos, y lo mismo se puede decir de la de los itonamas, nación también muy temida por traidora y dada al robo. Cuentan de ella la horrible costumbre de ahogar al que cae enfermo, barbaridad que justifican diciendo que de ese modo no se escapa de aquel cuerpo la muerte para pasar á otro. La nación de los ités ó itenes, que ha dado nombre á uno de los tributarios del Guaporé, sigue siendo enemiga de los blancos, sean mercaderes ó misioneros. Por equivocación llaman algunos guarayos á estos indios.

El nombre de guarayos se da á muchas naciones diferentes, tan sin fundamento, como en otras partes de América se extiende el de aruacos ó el de guaicurús á las más diversas tribus. Los verdaderos guarayos son tan pocos, que no pasarán de 1.100, y sin duda alguna pertenecen á la raza guaraní,

pobladora del Paraguay, de la provincia argentina de Corrientes y de las regiones limítrofes del Brasil. La tradición cuenta que vinieron del Sudeste, pero la emigración sucedió en tiempos anteriores al descubrimiento, habiéndolos encontrado los primeros exploradores donde hoy moran, es decir, entre los chiquitos y los mojos. La dilatada tierra en que están esparcidos sus campamentos y aldeas es como la de aquéllos, toda ella una sucesión de montañuelas, de feraces vallecillos y de bosques no muy grandes ni espesos; paisaje risueño y agreste. Los guarayos ó *guara-yus* (hombres amarillos, en su lengua) tienen verdaderamente la piel muy clara, tanto, que en Europa con facilidad se confundirían con los blancos. Son de mayor estatura que sus hermanos los guaranis del Paraguay, fuertes, casi agradables y de varonil apostura hasta la vejez, en cuya edad suelen engordar con exceso. Tienen el rostro redondo, los ojos expresivos, de suave mirar y algo levantados hacia el ángulo exterior, y barba larga, espesa y lacia, nunca rizada como la de los europeos. Cúbreles todo el bajo de la cara y el labio superior, y en tenerla se diferencian de todas las naciones americanas.

Créense superiores al europeo, y en la práctica de la libertad, como en la rectitud moral, hacen gran ventaja á la mayor parte de los hombres civilizados con quienes tratan. No reconocen señor, respetan á los viejos y suelen seguir sus consejos, y no tienen más que dos leyes, las que castigan de muerte el robo y el adulterio; verdad que pocas ocasiones se les ofrecen aplicarlas. Las muchachas no deben á nadie cuenta de su conducta, pero luego de casadas pertenecen al marido, quien, después de hacerse viejas, puede tomar otra mujer además de guardar la primera. El matrimonio es, como en tantas otras naciones bárbaras, una venta de la mujer, con la circunstancia singular de que quien hace la venta es el hermano y no el padre. Las chozas de los guarayos son grandes, de la misma forma octogonal que tenían las de los caribes de Haití en la época de la conquista, y hacen piraguas muy estrechas, que llegan á tener 10 metros de largo por 50 centímetros de ancho. Prohíbeles su religión andar vestidos y por eso no usan ropa si no es una camisa de *liber* igual á la de los mojos, y aun ésa únicamente la llevan cuando tienen que tratar con cristianos. En cambio se embadurnan el cuerpo de negro y encarnado, y llevan para distinguirse de los de otras naciones, ligas, plumas, una varita atravesada en el cartilago de la nariz ó algunos

taraceos. El pelo no le cortan nunca. Veneran á cierto espíritu, á que llaman *Tamoi* ó Abuelo, del que creen que sus antepasados aprendieron á cultivar la tierra, acabado lo cual subió al cielo, prometiéndoles que después de la muerte irían á reunirse con él. Todo guarayo planta junto á su choza un árbol, al que ha de trepar su alma al abandonar el cuerpo para pasar de allí á la mansión prometida. A las grandes fiestas con que celebran la ascensión de *Tamoi* concurren desnudos y armados con un palo de bambú, que les sirve para llevar el compás, pegando en el suelo mientras entonan sus cánticos y dicen sus rezos.

Más apartados del grueso de la raza guaraní viven, á los pies de los Andes bolivianos y junto al río Grande ó Cacá hasta el límite de las selvas, los indios chiriguanos, hermanos de los guarayos, pero que hablan una lengua, si no muy diferente de la del Paraguay, más apartada de la primitiva que la de aquéllos. Los misioneros convirtieron y redujeron á vivir en poblado á una parte de la nación, de la cual dicen que en la provincia de Tarija aumenta mucho, pero los más de estos indios siguen independientes, habiéndose calculado que todos juntos serán unos 19.000. Esta gente es muy laboriosa, y además de sembrar los campos y tener industrias necesarias á su sustento, procuran hacer otros trabajos, siendo una de las profesiones en que principalmente se emplean la de ganaderos, en la que llegan á ser notables por lo bien que montan á caballo, sin otro aparejo que una albarda de juncos. Cuando una mujer da á luz, el marido queda tendido en la hamaca, bien abrigado y puesto á rigurosa dieta, mientras ella va á trabajar al campo como si nada le hubiese sucedido. De los pueblos á quienes se conoce tan extraña costumbre pocos la cumplen con tanto rigor como este de los chiriguanos. Tenían singularísimas reuniones para acordar las cosas de la guerra, empleando la noche anterior á la deliberación en cantar y bailar para estar al día siguiente más acertados en el consejo. Al amanecer bañábanse, pintábanse el rostro, adornábanse con plumas, se desayunaban y luego remitían la resolución al número, siguiendo la que más votos obtenía. Sean cristianos ó paganos, muéstranse poco fervientes; pero como son gente práctica, aprovechan de la civilización europea cuanto les conviene á su comodidad.

En las orillas del Pilcomayo vive la nación de los tobas, vecina á la de los chiriguanos, gente que más de una vez ha querido seguirles para correr los valles de Bolivia, y en efecto

los ha corrido y robado, matando hombres y llevándose muchas mujeres, por cuya razón les temen mucho los bolivianos y les representan en sus fiestas adornados con grandes plumas de avestruz, como quien ve en ellos el más acabado tipo de salvaje. El doctor Crevaux y sus compañeros murieron á manos de los tobas al querer que les dejaran paso por su territorio cuando iban á Bolivia subiendo el río Pilcomayo. También es guarani la tribu de los siriones, que moran al Norte de los chiriguanos y no lejos de los guarayos, en las selvas por donde corre el río Grande. Probablemente moran allí desde fecha muy remota, porque el guarani que hablan es ya tan corrompido, que con dificultad pueden entenderse con los chiriguanos. No pasan de mil, odian á los europeos, y á pesar de llevar tan largo tiempo de vivir junto á tantos ríos caudalosos, no saben construir barcos, contentándose, cuando tienen que cruzar alguno de aquéllos, con tender de una orilla á otra unos bejucos, que ponen con gran destreza, aprovechando para amarrarlos los troncos de árboles caídos en medio de la corriente.

Llaman antisianas á muchas tribus de diverso origen que viven al Oeste del Mamoré y al Norte de los Andes de Cochabamba y de Carabaya, es decir, en los llanos y primeros escalones de los montes, hacia el Norte de Bolivia. La gente civilizada de las mesetas les da el nombre de chunchos, que vale tanto para ellos como bárbaros, y con el que algunas veces designan únicamente á los mosetenes paganos de las márgenes del Beni para distinguirlos de los mosetenes y de los lecos convertidos. Con mayor impropiedad denominan guarayos á los indios moradores en las enmarañadas selvas que van del Madre de Dios al Madidi, dando también á este nombre el significado de enemigos, y habiendo llegado hasta á hacer con él un verbo que quiere decir *matar*. Los blancos conocen poco á estos supuestos guarayos, tan diferentes de los verdaderos guarayos de raza guarani, y procuran no encontrarse con ellos, por ser gente valerosa, á la que temen. Andan casi desnudos los días ordinarios, pero los festivos pasean envueltos en largas capas. Son barqueros muy arriesgados y navegan en unas canoas de 15 metros de largo hechas de un solo tronco. Las espadas y cuchillos los fabrican de la durísima madera del *bactris ciliata*. El cuidado de los campos corre á cargo de las mujeres. Son grandes paganos, muy creyentes en su dios Baba-Buada, ó sea el viento, cuya residencia ponen hacia el Sur, que es de donde sopla el alisio, y en honor del cual tienen

grandes fiestas en tiempo de las cosechas. Entonces beben el licor que sacan del casabe. Son quizá parientes de los guarayos los lecos, indios cristianos que moran junto al río Maipiri, y á los que la alegría, suavidad é infantil franqueza de su genio hace muy diferentes de los aimaraes. Su idioma es muy sonoro; pero, sin duda porque se lo prohibieron los misioneros, no cantan nunca. Tampoco bailan, y tienen costumbres tan austeras, que á cada momento aplican la pena de azotes, imponiendo por el menor pecado la de *una arroba*, como ellos llaman á la de 25 latigazos.

La nación más notable de todas las de los chunchos es la de los yuracaré ú *hombres blancos*, gente de alta estatura, la mayor parte de la cual vive hacia las fuentes del Beni y del Mamoré, en la vertiente septentrional de los Andes de Cochabamba. En el rostro seméjanse los yuracaré á los quechuas, pero por la blancura de la piel y la esbeltez del cuerpo, pueden pasar, vistos de lejos, por europeos. El tener la tez tan clara lo deben á que viven abrigados de los rayos solares por la gran espesura de sus bosques, en una atmósfera tibia y húmeda. Tienen muy diferentes costumbres que los guaraníes, pues éstos son labradores, que sólo cazan por pasatiempo, y ellos son cazadores que dejan á las mujeres el cuidado de las huertas. También son muy hábiles en ciertas industrias, singularmente en la de tejer sus vestidos, estampando en ellos ciertos dibujos, y esculpiéndolos primero en madera, arte que no tenían los quechuas. Para probar la razón con que se denominan «los primeros de los hombres», muestran despreciar el dolor, haciéndose infinitas heridas hasta bañarse en su propia sangre sin dar un grito ni hacer gesto que descubra sufrimiento. Tienen desafíos, cuyas circunstancias puntualizan y discuten con gran solemnidad, ajustándolas á las leyes que para tales casos guardan; y si éstas mandan que muera uno de los enemigos, el designado se suicida con la tranquilidad de un japonés y el buen talante de un filósofo romano. La fecundidad de su imaginación ha inventado una mitología con mucha cantidad de dioses, de los que hablan más que veneran, sin que esta religión les haga vivir temiendo á lo desconocido. Es tan singular la manera que tienen de educar á los hijos, que nunca les riñen ni aconsejan, diciendo que deben dejarles en libertad de seguir los ejemplos que les dan los mayores. En cambio estiman en tan poco la vida de los niños, después de dejarlos libres, que al que estorba le matan. Parecidas costum-

bres tienen los caripunas, araonas, pacauaras, toromanas y otras tribus de los llanos cubiertos de bosque del Madre de Dios y del Madera.

Los primeros contrafuertes de los montes y los llanos de Apolobamba están habitados por diversos pueblos de indios, á los que dan el nombre de apolistas, uno de los cuales es el de los collahuayas ó muñecas (del nombre de la provincia donde están sus tierras). Los llaman también charazanis (de una de sus aldeas), y es gente que vive rodeada de aimaraes, en una enriscada comarca apartada del resto de los hombres, é ignorante de cuanto en torno suyo sucede. Parecen buenos cristianos y llevan siempre al cuello, para dar testimonio de su fe, un Crucifijo de plata maciza. No se casan fuera de su nación; son de mejor tallo y más blancos que los quechuas y los aimaraes, de facciones más finas y cabellera menos lisa, pero muy espesa, de la que se hacen una gruesa trenza. Son callados, sufridos, interesados y muy codiciosos, siendo una de sus maneras de ganarse la vida andar de pueblo en pueblo como ciertos montañeses de los Balcanes, los Alpes y el Pirineo, vendiendo simples piedras magnéticas y metales, cantando coplas ó haciendo de médicos. Así viajan por toda Bolivia, el bajo Perú y aun el Brasil y las provincias del Plata, donde les llaman *indios del Perú*, y al cabo de unos cuantos años de vida errante vuelven al pueblo donde nacieron con el producto de su trabajo, trayendo los más afortunados, larga recua de mulas cargadas. Al marchar dejan sus mujeres á los amigos, y al volver reconocen los hijos que mientras anduvieron errantes por el mundo, dieron ellas á luz.

V

Poblaciones de Bolivia.

No tiene Bolivia grandes ciudades, pero quizás las tuviera en otro tiempo. La que hoy es humilde aldea de Tiahuanaco, junto al lago de Titicaca, y que está ahora en seco, á 35 metros sobre las aguas, es probable que en pasados tiempos fuese, si no gran ciudad, cabeza religiosa y política de aquellas tierras. Todavía se ven allí amontonados los escombros de un templo, piedras talladas de granito y pórfido caídas en el suelo, y megalitos que señalan la dirección de las antiguas calles. Con

las ruinas de la ciudad aimará se han levantado las iglesias de los pueblos de aquellos contornos, y de ellas se han sacado también, piedra á piedra, las de la catedral de La Paz. Medianamente conservado, no queda en Tiahuanaco otro monumento que una puerta titulada del Sol, de una imagen tallada en hueco que parece representar á este astro, y á la que rodean unos signos todavía no descifrados. Encuéntrense también imágenes de mochuelos y de serpientes con otros ornatos, vestigios de un culto anterior al de los incas, muy semejantes, hasta en los pormenores más pequeños, á las esculturas de Palenque y Ococingo. A la ya nombrada catedral de La Paz se llevaron algunas de dichas estatuas, donde se guardan, y á mitad de camino de Tiahuanaco á dicha ciudad vese una descomunal efigie humana que en aquel paraje debió quedar por su mucho peso. Los indios la creen cosa del diablo, y al pasar, para que no les haga mal de ojo, le arrojan un puñado de polvo ó de barro. En los campos de la meseta encuéntrense grandísimas peñas puestas en fila como los megalitos de la Europa occidental, y algunas de ellas tienen la base tallada con dos pilares en lo alto, remedando confusamente grandísimas estatuas.

Al Norte de Tiahuanaco está la península de Copacabana. Fué, á lo que parece, lugar sagrado en los primeros tiempos de la civilización aimará, y siguió siéndolo después de convertidos al cristianismo los naturales, que tienen particular veneración á una imagen de la Virgen guardada en la iglesia del lugar. La califican de *Virgencita milagrosísima*, y á ella acuden pidiendo remedio á sus males los enfermos y los desgraciados, así como también los que andan á caza de filones y confían, más que en su habilidad y buena suerte, en la intercesión de la imagen. Por la fama de los milagros de la Virgen del Titicaca, y no por conquistas quechuas, se ha extendido hasta Colombia el nombre de Copacabana, la península santa donde todavía se ven graderías, azoteas, asientos tajados en las peñas y los denominados baños del Inca, que se conservan muy bien. Vecina á la península de Copacabana está la isla de Titicaca ó del Sol, en la cual, los únicos vestigios de los pasados tiempos son ruinas de murallas no muy bellas, sin la magnífica apariencia de las construcciones ciclópeas, y los surcos abiertos en la roca por los pasos de los peregrinos. A los baños del Inca van las aguas de una fuente termal, y cerca de allí hay una gruta, en la que, según la tradición, vivió Manco Capac antes

de dar leyes á la nación quechua. También cercano á la isla está el islote de Coati, en el cual se levanta el palacio de las Vírgenes, que es, de todos los monumentos de los aimaraes, el que mejor se conserva.

La ciudad de Corocoro, escondida en una honda y árida quebrada á orillas de un riachuelo que de la parte de Oriente viene á morir en el río Desaguadero, debe su población y prosperidad á las minas de cobre nativo que en las montañas vecinas existen. En estas minas encuéntrase el metal incrustado en las rocas en forma de cristales, láminas ó recortes, y en algunas vetas tiene mezcla de plata. Para sacarlo han abierto los mineros pozos, á los que llegan por galerías, en las cuales, para mayor facilidad en el transporte, han puesto vías férreas. El mineral es muy rico, pero como en aquellas alturas no tienen otro combustible que cierta planta resinosa, no pueden derretirlo y se contentan con pulverizarlo, preparándolo para el lavado. A la pólvora que usan para esto llaman *barrilla* y la llevan de Europa. Hace de puerto de Corocoro la aldea de Calacoto, situada sobre el Desaguadero, al Oeste de ella, y junto á la cual se pasa el río por un puente de cañas, arrastrado muchas veces por las aguas. Más abajo de este puente desemboca en el Desaguadero su tributario el Maure. El principal camino de Bolivia pasaba antiguamente por Calacoto, y por él iban á Arica, cruzando el puerto de Tacora y haciendo escala en Tacna las mercaderías de las mesetas, la mayor parte de las cuales van ahora por el ferrocarril de Arequipa á Puno. Más arriba cruza el camino de La Paz á Tacna, junto á la aldea de Nazacara, donde se detienen los vapores que suben del lago.

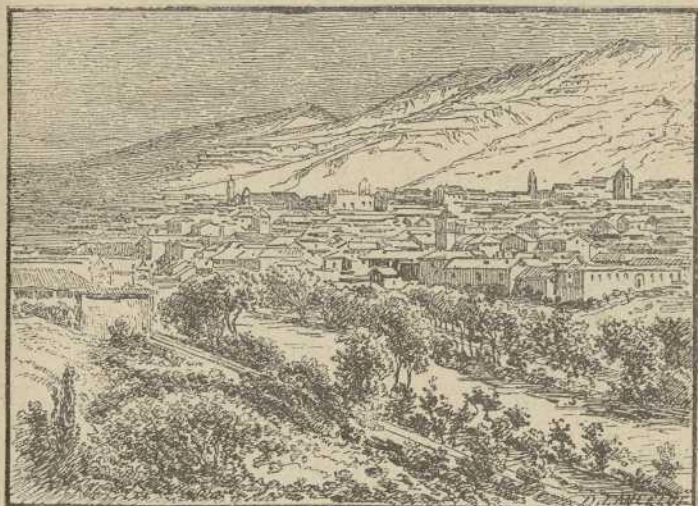
A 3.000 metros de altura, en un llano cubierto de sal y salitre, que corre al Este del Desaguadero, hacia las faldas de la Cordillera Real, está Oruro, antes San Felipe de Austria, ciudad que, descontada Potosí, fué la mayor de Bolivia, habiendo llegado á tener en el siglo xvii 76.000 almas, ó sea mucho mayor vecindario del que ahora tiene. En 1891 estuvo en ella algún tiempo el gobierno de la República. Provenía su opulencia de las minas de plata de sus alrededores, casi todas abandonadas hoy por las de estaño que se encuentran cerca de Sepulturas (paraje que recibe el nombre de unos sepulcros antiguos), del lado Norte, y de Sorasora y Poopó de la parte del Mediodía. Estas vetas de estaño se hallan entre los pórfidos y las arcillas esquistosas, y producían de 1.000 á 1.5000 toneladas al año, pero desde que el ferrocarril de Huanchaca llegó á Oruro rinde más.

En Oruro comienza una trabajosa vereda que sube al Nordeste hacia el puerto de Huailas para bajar desde allí á Cochabamba.

Huanchaca era humilde aldehuela de chozas por donde pasaban los pocos viajeros que iban de Potosí á Iquique, siempre con prisa de salvar aquel circuito de peñascos situado en una ladera del cerro Cosuño, á 4.102 metros sobre el nivel del mar, altura mayor que la del límite de la vegetación arbórea y que la de los arbustos, y donde el clima es de una aspereza muy desagradable. Pero el afán de beneficiar las ricas minas de plata ha llevado á tan ingrata comarca mucha gente (como en otros siglos á Oruro), y una compañía ha construído una vía férrea que sube desde Antofagasta (Chile) á este nido de condores, arrancando el ramal de Huanchaca de la vía de Oruro en la estación de Uyuni. Este ferrocarril es el más largo de los que, partiendo del Pacífico, entran en la región de los Andes, y no pasará mucho tiempo sin que vaya á encontrarse en las márgenes del lago Titicaca con el de Arequipa, con lo que estará acabada una parte de la línea interandina ideada en el Congreso americano. Las minas de Huanchaca comenzaron á beneficiarse en 1874, pero como los primeros años se gastaron en montar las máquinas y en otros trabajos preliminares, no dieron los saneados productos que podían, sino desde 1880 en adelante. Con dichos productos se ha construído el costoso ferrocarril, y hoy se saca más plata de estas minas que de todas las demás de Bolivia juntas. En Colquechaca, al Sur de Huanchaca, cerca del lago de Aullagas, se han hallado hace poco otros filones no menos ricos, y también en las montañas de Lipez, en las que, según dicho del vulgo, «corre un río de plata».

La ciudad de La Paz, situada en la vertiente occidental de los Andes, es la más populosa de Bolivia y puede calificarse de principal de toda la República y cabeza de ella, aunque sólo fué residencia del gobierno algún tiempo. Del gobierno de esta nación puede decirse que ha andado siempre viajando, de Sucre á La Paz, de La Paz á Oruro, de Oruro á Cochabamba, según lo disponían las alternativas de la guerra y de las revoluciones, en las cuales, á la menor alarma, montaban generales, soldados, ministros y empleados en mulos, en los que ponían los archivos del Estado y con ellos se iban por montes y valles en busca de una capital más tranquila. Tenía para ellos La Paz la ventaja de estar en la comarca de donde mejor podían comunicarse con el mundo, y á esta ventaja debe verdaderamente el ser

la ciudad de más animación y vida de Bolivia, nacidas al calor del influjo de Europa, que también ha hecho de San Petersburgo la mayor ciudad de Rusia. Está La Paz á 3 700 ó 3 800 metros de altura, en terreno muy pendiente, en la larga quebrada por donde en otro tiempo pasaban las aguas del río que desaguaba las mesetas y hoy sólo regada por un arroyuelo cuyas aguas más adelante concurren á formar el río Beni. El terreno baja



La Paz: La ciudad baja. (Dibujo de Lancelot.)

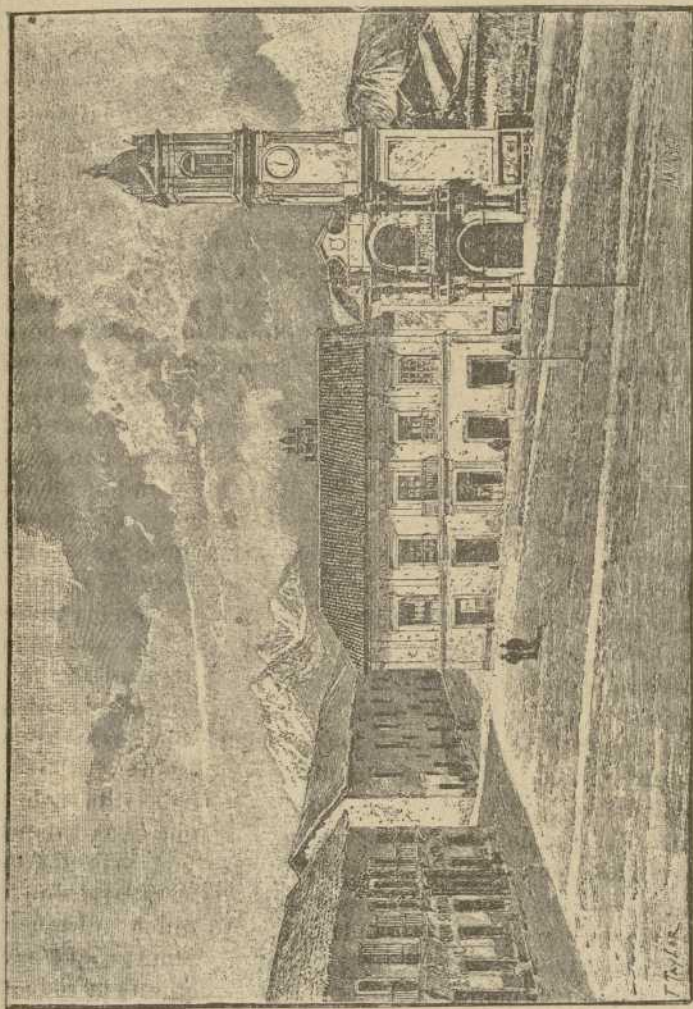
suavemente de La Paz al lago Titicaca, pero del opuesto lado, ó sea hacia Oriente, cae en largo y áspero declive, en el que sólo se ha podido abrir camino á fuerza de dar infinitos rodeos.

Sobre el mísero poblado á que los naturales llamaban Chuquiabo fundó Alonso de Mendoza mediado el siglo xvi la ciudad española de Nuestra Señora de la Paz, nombre cambiado al acabar la guerra de la Independencia (en la misma ciudad comenzada en 1809) por el de la Paz de Ayacucho, que pareció más patriótico. Levántase en anfiteatro el caserío en un ancho que hace la quebrada, cuenca hoy seca, pero que probablemente estuvo en otro tiempo llena de las aguas de un lago que, abriéndose paso, bajaron al llano al tiempo que la parte alta de la misma cuenca se iba llenando con los desprendimientos de las montañas. Desde el áspero y quebrado suelo de las orillas de este barranco, en las que ya hemos dicho que

está La Paz, vese muy abajo el torcido camino que lleva el torrente y la frondosidad de las otras hoyas que á su paso encontraba, hoy pobladas de verdura. Las alturas de La Paz se levantan ya más de lo conveniente para el crecimiento de los árboles, y por eso los que hay en los jardines y en el paseo público á orillas del torrente (los más de ellos saucos y manzanos de hoja perenne), son achaparrados y raquíticos. Hacia el Sudeste, dominando el horizonte, álzase la blanquísima cumbre del Illimani. El mayor monumento de esta ciudad es su magnífica catedral, construida y adornada ricamente en la época en que de las minas de Potosí se sacaba un río de plata. La garganta de La Paz y otras de la comarca arrastran pepitas de oro las que también se encuentran en las tierras en que asienta la ciudad, pero la minería está hoy muy desconsiderada y nada produce, siendo la principal fuente de riqueza el comercio que en La Paz se hace con la venta de los frutos traídos de los jungas y las mercaderías extranjeras. Esta es la ciudad que mejor representa en Bolivia la civilización europea y en ella se fundaron las mayores instituciones de enseñanza de la República, como son la Universidad y los colegios principales.

Al salir de los desfiladeros de la montaña recibe la rambla de La Paz, mudada ya en río Beni, el tributo de muchos ríos auríferos. Al distrito de las minas se va por diversos caminos, todos muy malos. Uno cruza el valle de La Paz y el río Coroico, y otro por la falda de la Cordillera Real que mira á Occidente y por el boquete por donde el río de Sorata, llamado Caca ó Maipiri, sale de la meseta. Este es el mejor de los dos para ir de las orillas del Titicaca á las selvas del Beni, porque sortea los pasos más peligrosos. La villa de Sorata, edificada junto á las fuentes del Maipiri, era en el siglo XVIII muy populosa; pero habiéndose acogido á ella muchos españoles cuando el alzamiento de Tupac Amaru, los rebeldes no quisieron detenerse á ponerla sitio en regla, sino que cortaron el paso á un torrente que más arriba corría, y cuando tuvieron hecha una gran balsa, rompieron el dique, y con tal furia cayeron las aguas sobre la ciudad, que la destruyeron, quedando muertos cuantos estaban dentro. Sorata, además de ser paraje adonde acuden á reponer la salud los vecinos de La Paz, tiene mucho comercio con las minas de Tipuani, «el Potosí del oro», si bien casi todos los que le hacen son alemanes. Al Este de La Paz, en lo alto de un picacho hállase Chulumani, población cuyos moradores no tendrían que comer si los indios no se lo llevasen, y más al

Norte, en una fértil meseta, vese la ciudad de Coroico rodeada de plátanos y naranjos, y en cuyo término se coge muchísima coca y otras plantas de las que se crían en los yungas. El Hua-



La Paz: Palacio del Congreso. (Dibujo de Tallor.)

nay (Guanay) está cerca de Tipuani, pero más abajo aún, en un valle pestilente donde apenas corre el aire y es pueblo miserable, pero famoso en la historia de las continuas revoluciones de Bolivia, porque los gobiernos acostumbraban á mandar á

él desterrados á los revoltosos. Más allá de Tipuani no se encuentran sino caseríos y chozas en que suelen acogerse los tratantes en caucho y otros mercaderes de los bosques.

Cochabamba quiere decir «llano del lago», y le viene el nombre de estar en una hoya, lecho de un lago en otras edades, y ahora seca. Su altura sobre el nivel del mar es de 2.560 metros, y su vecindario es muy numeroso, aunque por hallarse al Mediodía de un nudo de montañas poco accesibles, junto á las fuentes del Mizque, tributario del Río Grande, favorece poco el comercio. Tiene en cambio la ventaja del clima, que es muy benigno, y una fértil vega muy bien cultivada, donde se coge mucho trigo, sin contar otros varios productos que se aprovechan para algunas industrias, principalmente curtidos, hilados de lana y algodón, jabonerías y fábricas de almidón. La contratación que en este departamento se hace es la cuarta parte de la de toda la República, pues exporta hojas de coca, cereales, harina, ganado mayor, lanas y cervezas, é importa muchas telas de algodón fabricadas casi todas en los Estados Unidos, haciéndose las compras y ventas (con escasas excepciones) en las ferias que los pueblos tienen los domingos, y á las que concurren á millares los indios montañeses. Las minas de este distrito no se benefician. Los mercados varían de pueblo á pueblo, y unos lo tienen de lanas, otros de quesos, otros de ganado vacuno, lanar y cabrío, caballos, patatas, coca ó cereales. Para llegar á tierra en que los frutos, los usos y los habitantes sean diferentes, hay que salir de los montes. Entrando ya en llanos se encuentra Santa Cruz de la Sierra, así llamada, á pesar de su situación, porque sus pobladores, al bajar de la sierra, donde primeramente la tuvieron, quisieron conservarla el nombre. No obstante hallarse á sólo 442 metros sobre el nivel del mar, tiene sano clima y buenos aires, lo que debe á su posición en la punta más saliente de los Andes hacia Oriente, en paraje donde con toda libertad soplan los alisios. Junto á ella pasa el río Piray ó Sara, que no es navegable, pero lo es el Grande que, á no mucha distancia, por el Este, corre, y además tiene buenos caminos, que cruzan en todas direcciones las sábanas y bosques que la rodean. En 1819 se hundió una montaña, dejando descubierto un lago, del que salió un arroyuelo sulfuroso. Por hallarse en el centro del Continente y por la feracidad de sus campos está llamada Santa Cruz á grandes destinos. Es punto de partida de cuantos viajeros bolivianos van á las tierras de los chiquitos, á Matto

Grosso ó al Paraguay, pero con la falta de caminos, que la tiene aún más apartada de las ciudades ricas y populosas que la distancia, y con lo desierto que está el centro del Continente, hallándose la vida de la América del Sur en sus costas y mirando á lo exterior, Santa Cruz de la Sierra sigue siendo población obscura y olvidada. Cuando el progreso de la industria y del comercio lleve á lo interior la vida que está en las costas, las excelencias de su situación la pondrán en el número de las mayores ciudades del mundo ó la fundarán en algún paraje inmediato, pues allí se cruzan las diagonales mayores del Continente y se encuentran las principales y más opuestas regiones de todo él, á saber: las mesetas y los llanos de un lado, y la cuenca del Amazonas y la del Plata del otro. Los campos que la rodean y los valles que se abren entre los últimos cerros de la sierra son tan fértiles y producen tanta variedad de tan exquisitos frutos tropicales, que aun en la feracísima tierra de los yungas no tienen rival. Lo malo es que por la falta de buenos caminos no pueden sacarse de Santa Cruz. Los hombres están la mayor parte del tiempo en las haciendas trabajando, quedando casi solas en la población las mujeres, que la gobiernan á su antojo, como República independiente. En 1860 estuvo en Santa Cruz, Hugo Reck, y halló que por cada hombre había quince mujeres.

Hace dos siglos, la más populosa ciudad de Bolivia era Potosí, en la que el afán de los tesoros que de las mismas se sacaban había congregado 150.000 almas; pero hoy es la cuarta de la República. Está edificada en paraje casi inhabitable, á más de cuatro kilómetros sobre el nivel del mar (4.061 metros), y es su clima tan dañoso á los niños, que los que no mueren á poco de nacidos, quedan sordos ó ciegos por la frialdad de la comarca. Tampoco conviene á los árboles, de los que no se ve uno solo en sus contornos. Pero á todo se sobrepuso, como en Cerro de Pasco y en Huanchaca, la codicia de los hombres, fundándola en 1545 los buscadores de plata con el nombre de Villa Imperial, á corta distancia de Porco, población no menos favorecida en minas y á los pies del cerro de Potosí (4.688 metros), del que se decía que era todo de plata, sin mucha ponderación, porque, en efecto, le cruzan infinitas vetas de este metal. Para buscarlas abrieron en él hasta 5 000 galerías, cuyo inmenso laberinto está hoy casi cegado por los desprendimientos de tierras ó anegado por mucha cantidad de agua, de que se han llenado los pozos más hondos. De esta famosa montaña se extra-

jeron, según los cálculos más moderados, 8.000 millones de pesetas, lo que viene á ser, con poca diferencia, la dozava parte de lo producido por todas las minas de oro y plata de América. Hoy aún se trabaja algo en las de Potosí, pero sólo dan unos 4 millones de pesetas por año, y la ciudad no es ni sombra de lo que fué, viéndose derruidos muchos de los suntuosos edificios levantados en los tiempos de su esplendor, y abandonados de sus moradores otros. La armadura de la Casa de la Moneda (en la que ya no se acuña ninguna) es toda de magníficas maderas, llevadas con gran coste y trabajo de los bosques del río Salado, en el que es ahora territorio argentino, y no menos magníficos son los acueductos por donde venían á la ciudad las aguas de la nevada sierra de Andacahua, después de almacenadas en grandes pantanos. De ellas se siguen sirviendo los pocos habitantes de Potosí, á los que sobra la mayor parte después de gastada la que necesitan para sí y para el lavado de las minas. En los alrededores de la población manan unas fuentes termales.

La residencia del gobierno boliviano es Sucre, ciudad situada, como Potosí, en la cuenca alta del Pilcomayo, pero en la vertiente opuesta y á solos 2.694 metros de altura, circunstancia á la que debió Potosí en mucha parte la importancia que tuvo mientras fué opulenta y populosa, porque los potosinos ricos solían pasar en ella temporadas para descansar ó mejorar su salud, y las potosinas bajaban á dar á luz á sus hijos. Llamábase entonces Chuquichaca (Chuquisaca), voz que en quechua significa «Puente de oro», el cual le dieron por la abundancia de metales preciosos que había en la comarca, añadiéndole luego los españoles La Plata, por donde vino á ser su nombre Chuquisaca de la Plata hasta que le cambiaron por el de Sucre, el general vencedor en Ayacucho. Extiéndese el caserío en anfiteatro al pie de las montañas, en una meseta rodeada de hondos barrancos, á la que por todas partes se sobreponen empinados cerros. En la parte baja, á lo largo del río, tiene hermosos paseos, y por su Universidad y sus escuelas titulábase la Atenas del Perú cuando era parte de éste. Hoy tiene más fama por los muchos cereales y otras plantas de las tierras templadas que en sus campos se cultivan. Los alfareros chuquisaqueños fabrican de cierta tierra arcillosa unos cacharrillos que la gente masculla mientras habla, á manera de pastillas de chocolate, y parece que este uso no es dañoso á la salud. También en La Paz se comen con patatas unas bolitas de arcilla, igualmente inofensivas que los cacharros de Chuquisaca.

Mucho más fértiles todavía que los campos de esta ciudad son los que rodean á Cinti, Tupiza y Tarija, poblaciones de la región meridional de Bolivia, que es más baja, y donde por tanto hace mucho más calor que en la anteriormente descrita. Cinti, antes Camargo, se halla á orillas del Pilcomayo, escondida en una frondosa huerta que dominan rojizas y desnudas montañas, y es famosa por sus viñedos, productores de uno de los mejores vinos de América. Por Tupiza, población situada junto á un tributario del San Juan (uno de los principales ríos de que se forma el Pilaya), se hace casi todo el comercio con la Argentina, y al Norte de ella, en la sierra de Chorolque, beneficiase una mina á la grandísima altura de 5.508 metros, ó sea á más de medio kilómetro por cima de la cumbre del Monte Blanco. En la cuenca de un afluente del río Bermejo, á 1.770 metros sobre el mar, está la ciudad de Tarija, famosa de los Andes á La Plata por la frondosidad de sus jardines y huertas, cogiéndose en éstas granos, frutas y legumbres exquisitos sin gran trabajo del labrador. La hermosura del cielo, las escarpadas montañas, la fecundidad imponderable de las vegas y lo sabroso de los frutos hacen á Tarija muy semejante al Mediodía de Italia. También allí como en Cinti y Santa Cruz de la Sierra son muchas más las mujeres que los hombres, por hallarse éstos siempre ocupados en los trabajos de las haciendas. A Tarija se han acogido muchos políticos argentinos huyendo de sus enemigos en las varias revoluciones de aquella República.

En las llanuras y valles orientales que siguen á los últimos estribos de los Andes no hay otros poblados que algunas aldeas fundadas por los misioneros ó rancherías de indios, y en uno de ellos, llamado Trinidad, cercano á la orilla derecha del Mamoré, está la cabecera del departamento del Beni, que comprende todo el Nordeste de Bolivia. A lo largo del Paraguay hay algunos puestos militares (1).

(1) Ciudades principales de Bolivia y su vecindario:

HABITANTES		HABITANTES	
La Paz.....	60.000	Huanchaca.....	8 000
Sucre (Chuquisaca).....	26.000	Tarija.....	6.000
Cochabamba.....	35.000	Corocoro.....	4.000
Potosí.....	18.000	Tupiza.....	3.500
Santa Cruz de la Si-		Cinti.....	2.000
erra.....	35.000	Trinidad.....	1.800
Oruro.....	15.000	Sorata.....	1.200

VII

Agricultura, minas y gobierno de Bolivia.

Los pocos habitantes que encierra el dilatado territorio de Bolivia no pueden aumentar por la inmigración, pues apenas la hay, siendo muy contados los europeos y los norteamericanos que en él se establecen. Unicamente se van poblando los territorios fronterizos del Perú, Chile y la Argentina con gente de estas naciones y de todos los oficios y artes, así mineros como industriales y comerciantes. La comarca minera de Huanchaca está invadida de chilenos. En cambio los bolivianos bajan mucho de sus mesetas á las tierras de Chile más templadas que las suyas y en algunos sitios más fértiles; de suerte que saliendo unos y entrando otros, el total de los que viven en Bolivia viene á quedar el mismo. Sólo si ocurriese una gran revolución que hiciese emigrar á aquella República millones de personas, podrían poblarse sus inmensos desiertos orientales, donde hay espacio para infinita cantidad de ellas; pero no siendo así, los bolivianos solos han de llenar de habitantes el territorio de su nación, tarea larguísima, porque su número, en lo que va de siglo, ha aumentado muy poco. Ciertó que la mayor parte de los años son muchos más los que nacen que los que mueren, pero en algunos se han padecido grandes epidemias, con tal mortandad de gente, que muchos distritos han quedado desiertos. Las tierras intermedias entre las más altas y las más bajas son las que se pueblan con mayor prontitud. En las bajas nacen muchos niños, pero mueren casi todos, y en la *puna* son contados los nacimientos, habiéndose observado que la crudeza del clima de ésta hace más daño á los indios que á los blancos y mestizos. Padécese una enfermedad á que llaman *fiebre amarilla*, aunque es muy diferente de la que con este nombre se conoce en el Brasil y en las Antillas, pero que también ataca por contagio y mata las más de las veces al enfermo al tercer día. Es muy común en Bolivia mancharse la piel por desaparición del pigmento, lo que sólo sucede á los indios. Apenas hay mosetene ó yuracaré sin estas manchas.

La agricultura fué en otro tiempo menos atendida que las minas, pero ya es la principal industria de Bolivia y prospera con suma rapidez en ciertas regiones, principalmente en el departamento de Cochabamba. Los naturales son muy traba-

jadores y dispuestos para el cultivo de la tierra y la cría de ganados, y hacen también quesos y conservan granos y frutas. Susténtanse de patatas, á las que pri nero dejan helarse varias veces. Con esto cambian completamente de sabor y las llaman *chuños*. Los labradores de las laderas de los yungas son hábiles en la construcción de bancales (á los que llaman *pircas*), sosteniendo la tierra con gruesos peñascos. En cada uno ponen una especie de planta, cultivándola con gran cuidado. Además del alpaca tienen un género de asnos muy fuertes, única bestia de carga que usan en los llanos orientales. Serían seguramente ganaderos y agricultores notabilísimos los aldeanos de Bolivia si criasen el ganado y sembrasen para ellos; pero como nada poseen, demasiado hacen. Así el ganado como los campos sembrados son propiedad de hombres poderosos que suelen vivir en las ciudades y confían la administración de sus vastos dominios á mayordomos y administradores, de quienes dependen, no pastores y labradores sueltos, sino aldeas enteras. No tiene el trabajador aimará medio alguno de mejorar de condición y enriquecerse, y por eso, viéndose sin esperanzas de llegar á más, consuélase divirtiéndose cuanto puede en las muchas fiestas que hay en su tierra y que todas acaban emborrachándose con chicha los concurrentes. La embriaguez es el vicio nacional.

Poco á poco va conquistando la industria de los bolivianos la región de los yungas orientales, donde cada día se cultivan nuevos campos, sin que haya bastado á detener estos progresos lo sucedido con el cultivo del árbol de la quina. Había dado el gobierno la propiedad de vastísimos terrenos de esta región en que tan maravillosamente crece el precioso vegetal, á algunas personas, por cuenta de las cuales andaban siempre en los bosques indios *cascañeros* desnudando árboles, y tan buena ganancia daba esta industria, que ya, en vez de hacer cortas, se plantaban nuevos *cinchonxs*, pasando éstos de cuatro millones y de medio millón los que daban todo su producto. Pero por haber introducido los ingleses este árbol en la India y los holandeses en Java, propagándose con gran celeridad en dichas comarcas y en algunas otras, bajó tanto su precio, que de veinte pesetas que antes costaba el kilogramo, pasó á valer sólo algunos reales, baratura á la que no podía llegar la quina de Bolivia por lo que la encarecía la falta de caminos. Entonces dejaron muchos este cultivo por el de la coca. También suele llegar á Europa algún café de los yungas, que es

riquísimo. Al comercio de las cortezas de *cinchona* siguió el del caucho, y la codicia de encontrarle ha trabajado más que el amor á la ciencia por el descubrimiento de los ríos orientales que corren hacia el Madera y el Amazonas. Los caucheros del famoso Madre de Dios conocen ya todos los valles de esta cuenca y han abierto en ellos senderos trazados de modo que siguen alargados óvalos y cuyo objeto es darles paso para que en un solo día puedan ver sin pasar dos veces por el mismo sitio todos los árboles que les corresponden, que vienen á ser unos ciento cincuenta. Paralelo al Madre de Dios corre hacia el Madera un río llamado Cara-mayu ó Río del Cacho. Comenzó esta industria en las márgenes del Madre de Dios en 1883, esparciéndose en poco tiempo por toda la región en términos de contarse á los pocos años algunos miles de personas que vivían de preparar la goma y mandarla fuera. Un caucho puede dar de 22 á 110 litros de goma, según su tamaño y lozanía, siendo casi siempre la cosecha del segundo año la mayor. Para cuajarlo le echan el aceitoso fruto del *attalea*. De Abril á Enero, es decir, en la época de las lluvias, no se sangran los árboles. El caucho boliviano es una sinfonia de la familia de las euforbias, y le hay de tres variedades, todas las cuales se encuentran al Norte del 13° de latitud meridional. De los *mozos* ó trabajadores encargados del cuidado de los árboles, los más son peruanos, á quienes los amos tienen en perpetua servidumbre, porque de tal modo les hacen las cuentas, que siempre son éstos acreedores suyos. A los que huyen les azotan con tal rigor, si son cogidos, que muchos mueren de lo duro del castigo.

La antes floreciente minería quedó arruinada del todo después de la guerra de la Independencia, pero de algún tiempo á esta parte va renaciendo. En las minas que Chile tomó en la última guerra ha conocido el chileno cuánto valen los territorios que Bolivia posee todavía, y ya que no los conquista con las armas, la invade con el dinero, empleando cuantiosas sumas en beneficiar filones abandonados y en buscar otros nuevos. Numerosos son los de oro, pero no siempre se da con ellos, lo que suele ser origen de costosos desengaños; de modo que, aunque la parte alta del valle de La Paz se llamaba antes Choqueyapu (*Sembrado de Oro*), sus minas están abandonadas, y en cambio se busca el oro que en pepitas arrastran las arenas del Maipiri, el Tipuari y otros torrentes de los yungas, región minera de la que todavía se saca mucho mineral. Pero hay mayor cantidad de plata que de oro en Bolivia, y ahora

como en los buenos tiempos de las minas del Potosí, este es el metal que da mayores rendimientos. Los filones de las minas bolivianas son muy ricos, encontrándose algunos en Huanchaca (donde están los mayores criaderos del mundo) que tienen 7 milésimas de plata, y otros en Oruro, que llegan á 10. También hay noticia de minerales en que la mitad y aun las tres cuartas partes son de metal puro. Antiguamente se sacaba de Bolivia mucha lana y corteza de cinchona, pero ahora sólo metales exporta esta República, principalmente plata y cobre, que compran las naciones europeas, los Estados Unidos y Chile, las cuales la venden en cambio objetos manufacturados. La Argentina manda bestias de carga y ganado vacuno. Casi todo el comercio exterior le hace con la Gran Bretaña.

Los progresos de la minería, la industria y el comercio están sujetos al de los caminos y no valdrían las minas de Huanchaca lo que valen si á sus fundiciones y almacenes, á las aldeas de los mineros y á los campos por éstos cultivados no se añadiese el ferrocarril que baja á Antofagasta, el cual tiene ya 924 kilómetros de largo (hasta Oruro), y del que han de nacer todas las demás vías férreas bolivianas. Desde las alturas donde hoy muere, que pasan de 4.000 metros, hacia Sucre, La Paz, Cochabamba, Santa Cruz de la Sierra y los llanos, todo el camino es cuesta abajo. En las mesetas, las líneas se construirán al nivel del lago y pasando por las orillas de éste, de modo que puedan comunicar directa y fácilmente con los vapores que le surcan. Del puerto de Puno ó Puerto Pérez á Chililaya, la distancia es de 187 kilómetros. En Chililaya comienza una carretera que va á La Paz, y que recorren las diligencias. Por tanto, para que la Bolivia de Occidente quede en comunicación con el Pacífico, sólo falta la unión de las líneas de Huanchaca y Puno, á lo que ninguna dificultad opone el terreno. En cambio la Bolivia de Oriente apenas puede comunicar con el Amazonas y el Plata, pues por esta parte no hay ferrocarriles si no es en proyecto, y el que comenzó á construir el inglés Church á lo largo del río Madera, salvando las cataratas de éste, acabó tan mal, que en mucho tiempo no habrá quien se atreva á poner nuevamente manos á la empresa. Bastante más cerca está Bolivia de tener comunicaciones con la Argentina que con el Amazonas, porque los ferrocarriles de Buenos Aires llegan ya á muy corta distancia de la frontera, y con facilidad podría adelantarlos hasta Sucre, Cinti y Tarija, con lo que, á la par

que cesaría por esta parte el aislamiento, nacería un peligro semejante al originado por el ferrocarril de Antofagasta á Chile. Si éste, empujado por la ambición minera, amenaza la independencia de Bolivia, no menos la amenazaría la Argentina, pretendiente ya de una parte del territorio boliviano, y que tal vez viniera á caer en la cuenta de que la provincia de Charcas dependió de Buenos Aires en otro tiempo.

Para ir de las poblaciones de las sierras bolivianas al Paraguay, aunque la distancia en línea recta es sólo de 650 kilómetros, no se ha hecho ningún camino y sólo hay veredas abiertas por los caminantes en las selvas y sábanas. No parece que por esta parte son grandes los inconvenientes que se ofrecen á la apertura de comunicaciones, pues los ríos son pequeños en toda la región que vierte aguas de un lado al Amazonas y del opuesto al Plata, y los matorrales que cierran el paso á los viajeros son de muy poca importancia para detener á los que á hierro y fuego procurasen abrir camino á un ferrocarril. El río Pilcomayo, por el que, al parecer, se podría ir fácilmente de Bolivia al Paraguay bajo, y que en tal caso sería de gran provecho al comercio, no es navegable y por tanto no hay más remedio que hacer entre ambas regiones un camino seco.

El día en que el comercio boliviano tenga por el Paraguay su principal salida, Bolivia habrá cambiado de frente, mirando al Este y no al Oeste, como hasta aquí, con lo que se habrá acercado á Europa unos diez días, y pasará Sucre á ser la principal ciudad de la República, quitando esta preeminencia á La Paz, que es hoy la primera en civilización. Si en las asambleas políticas se hiciese algún aprecio del bien público, el Congreso boliviano trataría, antes que de ninguna otra cosa, de procurar á la nación buenos caminos por donde comunicarse con las demás, pues de esto más que de ninguna otra cosa depende la prosperidad de aquel Estado, el progreso de sus habitantes y su importancia en el mundo.

La ley dice que la instrucción pública es obligatoria y gratuita; pero á pesar de la ley, sólo la quinta parte de los habitantes acude á la escuela.

Al constituirse esta nación en 1825 tomó el nombre de Bolívar y púsose bajo la protección del Libertador (así le llamaban y llaman), dándole también el de Buen Padre, nombrándole presidente y pidiéndole que la diese leyes para gobernarse. Bolívar dióles el Código boliviano, por el cual pensó entonces que habrían de regirse todas las Repúblicas hispano-america-

nas cuando se confederasen, y que, sobre ser muy intrincado, parece hecho para una monarquía hereditaria. Debía haber, según él una Cámara de tribunos elegidos para cuatro años por electores en segundo grado, y otra Cámara de senadores nombrada por ocho años y por los mismos electores. Los tribunos entendían en las cosas de la Hacienda, la paz y la guerra, y los senadores en las de la jurisprudencia y la religión. Como podía suceder que algunas veces opinasen de diverso modo sobre una misma materia estas dos Cámaras, había otra llamada



El Nevado de Illimani. (Dibujo de Lancelot.)

de los censores, los cuales lo eran toda la vida y tenían á su cargo la interpretación de las leyes. Si la de los tribunos ó la de los senadores faltaba á ellas ó á los tratados, la de los censores les obligaba á respetarlas. También el presidente lo era por toda la vida, ayudándole un vicepresidente, que él mismo nombraba y que le sucedía en el cargo. En 1836 votó el Congreso boliviano por aclamación el Código del Dictador; pero á pesar de tanto entusiasmo, nunca llegó á regir. Las guerras civiles han sido en Bolivia tan constantes como en otros Estados hispano-americanos, pero en ninguno ha habido tanto asesinato político.

En esta nación, como en las demás de la América del Sur, compónese el gobierno de tres poderes, á los que se supone del todo independientes unos de otros. El legislativo tiene dos Cámaras, elegidas por sufragio popular directo, á saber: un Senado de 16 personas y un Congreso de 64. El presidente, en el que se encierra el poder ejecutivo, lo elige directamente el pueblo, según la ley; pero las más de las veces se elige á sí mismo, apareciendo ante el Congreso á la cabeza de sus tropas. Casi todos los que ha tenido Bolivia han sido militares que por fuerza de armas ganaron el poder, le perdieron del mismo modo y murieron asesinados ó desterrados. El cargo debe durar cuatro años, asistiendo al presidente un Consejo de seis ministros que se donominan secretarios, á saber: el de Estado (Relaciones exteriores), el de Hacienda, el de Gobernación, el de la Guerra, el de la Justicia y el de Instrucción pública. Si el presidente muere ó deja el cargo, le substituye el vicepresidente, á quien á su vez, si faltase, substituiría otro delegado. Los principales empleados civiles, políticos y militares los nombra casi todos el presidente, quien asimismo nombra ó deja cesantes á los prefectos, subprefectos y corregidores. La magistratura, ó sea el tercer poder, tiene Tribunal Supremo de Justicia, audiencias y juzgados con sus jueces de instrucción y municipales. Los prefectos gobiernan los departamentos y son la primera autoridad de ellos, lo mismo en lo militar que en lo administrativo. En todas las ciudades importantes hay Ayuntamiento y con esto queda siquiera una sombra de libertad local.

El presidente dispone del ejército, y éste lo componen de 1.500 á 4.000 hombres en tiempo de paz, y en tiempo de guerra de todos los hombres válidos que pueden reclutar los jefes, habiendo llegado algún general á mandar 10.000 soldados. En el Chaco hay colonias militares. La instrucción del ejército no puede ser más deficiente y para llevarla adelante han pedido muchas veces á Chile oficiales instructores.

Las rentas del Estado no llegan ningún año á los gastos, y se forman con los tributos de las minas y de las aduanas. Las mercaderías introducidas pagan de 15 á 35 por 100 de derechos, pero como la frontera es inmensa, se hace mucho contrabando, con grave daño de la Hacienda, pero con mucha ventaja del escaso comercio de Santa Cruz de la Sierra con los Altos del río Paraguay, sin que nunca haya podido cobrar el gobierno los tales derechos. Los empleados á cuyo cargo corre

esta cobranza están en sus puestos, pero como no tienen tropas que obliguen á los comerciantes á pagar, no dan señales de vida como tales cobradores y de este modo ha perdido el Tesoro boliviano millones de duros. La indemnización de guerra á Chile págase de lo que produce la aduana que tiene Bolivia en el puerto chileno de Arica, las dos quintas partes de cuyos ingresos los cobra el gobierno chileno. Las mercaderías que entran en Bolivia por Arica, Antofagasta y por Tupiza (frontera de la Argentina) no pagan ningún derecho especial de tránsito.



El río Paraguay cerca de Asunción.

PARAGUAY

I

Historia, fronteras y exploraciones.

De los Estados de América Meridional, distribuidos con mucha desigualdad, Bolivia y el Paraguay son los únicos que están separados del mar. Muchos contrastes hay entre ambas Repúblicas hispano-americanas: ocupa una la cima de una meseta de 400 metros y las vertientes de unas montañas, mientras la otra está entre dos ríos anchos, la región llana y los collados, pero ambas se asemejan en su desarrollo histórico. Aisladamente se constituyeron las dos; Bolivia en las islas y las riberas del Titicaca, Paraguay en los claros de la gran selva subtropical, y las poblaciones se agruparon como se desarrolla la pulpa de una fruta alrededor del hueso. Así se explica que perdiera Bolivia el pedazo de tierra que empezaron por dejarle sus vecinos de la costa del Pacífico en la vertiente oceánica de los Andes. El Paraguay permanece rodeado por sus bosques, porque las poblaciones del litoral han gravitado hacia otros centros de atracción.

Después del carácter indígena, el elemento principal de la historia del Paraguay fué la dominación de los jesuitas, aunque éstos sólo fueron dueños absolutos del Mediodía de la comarca. Su sueño de imperio universal tenía que ser utópico en el Mundo antiguo, donde luchaban con un espíritu innovador muy di-

erente de su ideal. Pero no perdieron las esperanzas del triunfo, y ya se sabe cuán grande fué su influencia en los destinos de Europa, y más de una vez pudieron creer que iban á conquistar el gobierno de las naciones y á guiar á la humanidad por la disciplina que habían imaginado. No lográndolo en los países agitados por la libertad de pensar, quisieron manejar á su antojo á los dóciles salvajes de la América Meridional, y constituir allí, lejos de una sociedad pervertida, un mundo nuevo, obediente á sus reglas. Abarcaba su plan el continente entero. Apostados en los linderos de la meseta brasileña, en su colegio de San Pablo, fueron conquistando, con misioneros reclutados en varias naciones, las inmensas comarcas del interior hasta el pie de los Andes y la entrada de los llanos amazónicos. Pero no habían sido los únicos en llegar á estas tierras nuevas, y pronto los molestaron vecinos laicos. Los aventureros portugueses, que habían desembarcado antes, tenían otra ambición, y no pensaban más que en enriquecerse, capturando esclavos ó recogiendo oro, de lo cual resultaron continuos conflictos, siendo gradualmente rechazados los jesuitas hacia la parte del continente, cuyo centro ocupa la República del Paraguay. Allí permanecieron largo tiempo, y encontraron unos súbditos piadosos y dóciles cuya existencia se ajustaba al sonar de las campanas. Todo el pueblo era un rebaño de fieles que rezaba el rosario y se arrodillaba ante los altares. Pero como seguía persiguiéndolos el espíritu moderno, tuvieron que abandonar las misiones del Paraguay lo mismo que las de la Guaira. Sin embargo, dejaron su sello en aquellas poblaciones que habían gobernado, y aun en los habitantes de la región que eran ajenos á su dominio al constituir aquellas comunidades cerradas sin comunicación con el mundo profano. No puede distanciarse de los demás hombres una fracción de la humanidad, y cuanto más considerable sea la diferencia producida por educación y costumbres, más inevitable es el choque. Muchas sociedades religiosas han querido fundarse aparte del ambiente del mundo y han perecido violentamente todas.

Después de la expulsión de los jesuitas, la colonia española del Paraguay siguió apartada del gobierno de Buenos Aires, del cual era dependencia oficial, y cuando las provincias hispano-americanas se separaron de la metrópoli, la ciudad de Asunción, que se había rebelado aisladamente en 1811, se negó á agruparse con las demás provincias de La Plata, bajo la hegemonía de su antigua capital. Después de algunos años

de agitación, durante los cuales la independencia adquirida por la nueva República no fué amenazada, se sometió el Paraguay á la dictadura de un dueño que logró cerrar su país tan herméticamente como la China y el Japón. Este amo, llamado Gaspar Francia, consiguió su intento; y desde 1814 hasta 1840, el Paraguay fué un país inaccesible. Aquel hombre extraño, francés por su padre, mestizo criollo por su madre, teólogo y jesuita por sus estudios, é imitador de Robespierre, no se separó un momento de la línea de conducta que se había propuesto. Patriota ardiente, pero exclusivista, hizo del Paraguay un mundo particular. Quería que viviera en paz y progresara materialmente, ignorando en absoluto las revoluciones extranjeras, y á pesar de que deseaba mucho que las comunidades hispano-americanas se emanciparon de la dominación española, no permitió que ningún paraguayo tomara parte en la guerra de Independencia, y se negó á enviar mandatarios á los varios congresos reunidos durante los quince años de lucha. Absolutamente desinteresado, no le preocupaba nada más que acrecentar la fortuna pública, y constituyó un estricto monopolio para la venta de madera, mate y demás productos. Por grande que fuera su acción en el poder, no se enorgullecía con relaciones y cambios de cortesías con las potencias extranjeras y prefería permanecer ignorado. Hasta rompió con la Santa Sede, se declaró jefe de la iglesia paraguaya, acabó de abolir la Inquisición, suprimió los cuatro monasterios que quedaban, modificó á su antojo la jerarquía religiosa, y hasta el ritual del culto, y nombró los encargados de las parroquias. Adversario de los jesuitas, pero continuador suyo en política, era dictador temporal y espiritual, y no ha habido soberano mejor obedecido. Tal era el espanto mezclado con admiración y respeto que inspiraba el anciano solitario, sin amor ni amistad y «cuyos oídos estaban en todas las paredes», que ningún paraguayo se permitía pronunciar su nombre. No le llamaban más que el Supremo, ó, como si fuera inmortal, el Perpetuo. Después de su muerte, le llamaron el Difunto, por excelencia, y durante mucho tiempo se temía hablar libremente del personaje augusto. Al mencionarlo, cada cual volvía la cabeza temeroso de que estuviera acechando algún agente secreto.

Sucedieronle otros dictadores: el primer López y después su hijo Francisco Solano, pero las circunstancias habían variado. La población había crecido con una rapidez de que no hay ejemplo en otra parte. Al otro lado del Paraná, las dos pro-

vincias mesopotámicas de la Argentina, Corrientes y Entre Ríos, se habían poblado, y como territorios de colonización estaban en relación directa con la civilización europea. Era imposible para los estados limítrofes, Paraguay y Argentina, no ponerse en contacto, ya por el comercio pacífico y cambio de ideas, ya por la violencia de la guerra. No podía seguir aislado el Paraguay; necesitaba una salida hacia el mar, adquirida por un acuerdo libre con la Mesopotamia argentina ó por la conquista. Aliado con el Uruguay que, como cogido entre la República de la Plata y el Brasil, tenía intereses idénticos, se creyó bastante fuerte para luchar con los Estados poderosos de América Meridional. Tenía sobre sus adversarios las ventajas de un ejército bien organizado, arsenales llenos, hacienda libre de deudas, y para socorrer el Uruguay amenazado, invadió los territorios brasileño y argentino, pero no tuvo tiempo de llegar hasta el mar ni de ayudar al Uruguay, porque éste, á consecuencia de una revolución intestina, había cambiado de alianza, y sus tropas, unidas á las argentinas y brasileñas, fueron contra los paraguayos invasores. El sitio de la pequeña República, defendida por los ríos Paraguay y Paraná como por una zanja de circunvalación duró más de cinco años y en esta guerra terrible sacrificó el Paraguay todos sus hombres útiles. De trinchera en trinchera, de Humaita al Aquidaban, el ejército, reducido cada vez más, pero animado por un patriotismo cuyo ejemplo es único en el mundo moderno, resistió á fuerzas superiores y batiéndose en retirada hacia un nuevo punto de defensa, desafiaba á sus adversarios. Los argentinos y brasileños vencedores no encontraban más que cadáveres en los campos de batalla. Los supervivientes trataban de llevárselos. Muchos combatientes se ataban con un lazo por mitad del cuerpo, fijando el otro extremo en el arzón de la silla, y si caían muertos ó heridos gravemente el caballo los arrastraba junto á los suyos, aunque fueran despedazados. La nación entera quiso morir como Numancia y Sagunto.

Acabó por desaparecer casi por completo la nación viril, extinguida por la guerra, el hambre y el cólera. No quedaban más que inválidos, mujeres y niños. Reducidos á un grupo armado, y acorralados en un barranco, sucumbieron los paraguayos con su dictador á la cabeza. Hacía siglos que no había presenciado la Humanidad lucha tan encarnizada, destrucción tan atroz. El aislamiento sufrido por la nación para-

guaya desde su origen, y la educación colectiva de sumisión absoluta recibida de sus maestros espirituales los jesuitas fueron las primeras causas del aniquilamiento de este pueblo, uno de los mejores que han existido.

Las fronteras actuales del Paraguay han sido fijadas por los vencedores. La parte oriental, Baraguay propiamente dicho, está estrictamente limitada por barreras naturales. El río Apa, de claras aguas que corren por rocas blancas separa esta República del Estado brasileño de Matto Grosso y es la corriente reivindicada por los brasileños como frontera antes de la guerra. En las fuentes de este río la cordillera divisoria entre Paraguay y Paraná orientada de Norte á Sur forma el límite entre ambos Estados, hasta el eslabón lateral de Maracayú que se une directamente al Este con el valle del Paraná. Toda la corriente inferior de este río hasta su confluencia con el Paraguay, sirve de límite á esta República en el Este y Sur. En la ribera occidental del Paraná, las soledades del Chaco eran reclamadas por la Argentina, que habiendo quitado al Estado vencido todo el territorio de las Misiones cisparanien-ses, quería arrebatárle también las extensiones cisparaguayas del desierto. Pero el Brasil, con un interés evidente de proteger al Paraguay, haciéndole dependiente suyo, y utilizarlo para defenderse de su peligroso vecino, no favoreció las reivindicaciones argentinas, y el Gobierno de los Estados Unidos, nombrado árbitro, sentenció en favor del Paraguay. El río Pilcomayo fué la línea divisoria, y todo el territorio entre los ríos, desde la orilla derecha del Paraguay á la izquierda del Paraná, fué declarado paraguayo. Por eso no es el Paraguay la nación más chica de la América Meridional. Es más extenso que el Uruguay, pero menos poblado y comercial. Ambos viven gracias á los celos y rivalidades entre el Brasil y la Argentina. Sobre todo, el Paraguay quedaría á merced de los Gobiernos de Río Janeiro y Buenos Aires, si éstos llegaran á entenderse para repartírselo. La región poblada del Paraguay no forma más que un espacio estrecho á orillas de dicho río entre el desierto y la selva. Considerada como centro Asunción, esta rodeada de un grupo semioval de cultivos de unos 5.000 kilómetros cuadrados de superficie. Este es el verdadero Paraguay. Un pueblo pequeño y unos cuantos claros habitados en la selva son las únicas huellas del hombre junto al Paraná. Esta comarca angosta no disfruta más que de una independencia ficticia. En caso de conflicto, no podrá habérselas con los vencedores.

Desde los primeros tiempos de la ocupación española atrajo el Paraguay á los exploradores y la ciudad de Asunción fué fundada antes de ocuparse definitivamente á Buenos Aires. La colonia paraguaya estaba constituida en 1536 á las órdenes de Juan de Ayolas y casi todo el espacio ocupado ahora por la Argentina (Tucumán, Córdoba, Buenos Aires) lo gobernaba Asunción. Se empezó por reconocer la ramificación navegable de los ríos hasta la región de Matto Grosso y se enlazó el río con los valles andinos por medio de itinerarios abiertos en los llanos de Bolivia. Pero fuera de los nombres de las comarcas recorridas y los datos generales sobre el relieve del país, nada comunicó España á Europa acerca de sus posesiones centrales del continente. Cuanto se supo lo dijeron los misioneros franciscanos y jesuitas que vivían con los indios. La naturaleza del país no fué revelada hasta últimos del siglo XVIII, gracias á las revelaciones de Azara, que pasó veinte años recorriendo la cuenca de La Plata y sus diversos afluentes, siendo el iniciador de sus estudios científicos. Aimé Bompland, capturado en 1821 por los soldados del doctor Francia, tuvo que proseguir en el interior durante nueve años sus investigaciones botánicas, que Balansa completó después de la guerra. Rengger y Longchamp también estuvieron á la fuerza muchos años en el Paraguay y estudiaron el país. Más adelante, algunos marinos y diplomáticos obtuvieron permiso para recorrer el río Paraguay y publicaron el resultado de sus exploraciones.

Leverger, que de francés se hizo brasileño, tomando el nombre de barón Malgaço, empezó á estudiar el río en 1846 y trazó mapas desde las fuentes hasta la confluencia con el Paraná. En 1853 logró el Gobierno yanqui que el Paraguay se abriera á uno de sus buques y el «*Water Witch*» mandado por Thomas Page, penetró en el río y en sus afluentes del Chaco, Bermejo, Pilcomayo y Otuquis. A los seis años, remontaba también Mauchaz el Paraguay prosiguiendo su viaje de circunnavegación alrededor de la parte oriental del Continente. Pero el problema capital de saber si las comunicaciones fluviales por el Pilcomayo eran posibles entre Bolivia y Paraguay quedaba por resolver y todavía no está resuelto del todo. Puede hacerse el viaje, pero con grandes dificultades y peligros. No ha obtenido éxito completamente próspero ninguna de las tentativas para explorar el Pilcomayo, pero bastan éstas para probar que ese afluente necesita trabajos de corrección para facilitar las comu-

nicaciones entre el pie de los Andes y el estuario de la Plata. No dejarían, sin embargo, de ser fáciles las relaciones entre ambos pueblos á través de las llanuras bajas, merced á los progresos que se logran, en Bolivia poblando los altos valles, en la Argentina cultivando los llanos del Chaco, y en el Paraguay formando campamentos de leñadores y estableciendo cercados de ganadería. Los itinerarios de los exploradores, aunque publicados en fragmentos de difícil coordinación, valen mucho para el mapa futuro de la República.

II

Montañas, ríos y clima.

La República del Paraguay, prolongación meridional de Matto Grosso, está atravesada en su región media por una cordillera que prolonga las alturas separadas de la meseta de Parexi. En las fuentes del Apa, esta elevación divisoria entre los afluentes del Paraguay y los del Paraná se llama sierra Amambay. Uno de sus eslabones cuyas rocas avanzadas, deteniendo las aguas del Paraná las envían al salto de la Guayra, se llama sierra Maracajú. Estas crestas que sirven de frontera política entre el Brasil y el Paraguay no son bastante elevadas para impedir el paso de cazadores y yerbateros de una vertiente á otra. Sandalio Sosa y de Bourquide las franquearon al Este de las fuentes del Jejuy. El nombre de Cordillera de los Montes ó cadena de los Bosques, prueba que el gran obstáculo para la exploración no procede de las rocas, sino de la vegetación demasiado espesa. Aún no están medidas las cimas del Amambay y del Maracajú, pero no deben de llegar á los 1.000 metros.

Al Sur del Maracajú, la altura divisoria se prolonga en el interior, no con una cordillera regular, sino con una serie de alturas y ondulaciones, calificadas con exageración de sierras y cordilleras. Algunos cerros y lomas aislados, precisan en algunos sitios los límites del horizonte, pero el conjunto de la comarca se inclina suavemente hacia el Sur. Hacia el ángulo Sudoeste del país, las tierras elevadas bajan bruscamente formando acantilados y promontorios limitados por las orillas de un antiguo mar substituído por lagunas, pantanos y tierras herbosas que apenas pasan de la superficie líquida. En con-

junto es el Paraguay país fragoso donde cerros regulares abrigan graciosos valles y alternan las selvas con bosquecillos y pastos. Hay cerros volcánicos en algunos sitios, como el cerro Tacumbis, inmediatamente al Sur de Asunción. Más al Este, junto á las fuentes del Mbuarapecy, afluente del Tibicuary se elevan otras cumbres de origen ígneo, la sierra de Acay, de unos 600 metros. Son de difícil acceso por sus escarpaduras y tallares y ni los de avispas ocultos en todas las hendiduras, pero se ha subido al peñón principal terminado por un cráter no cerrado todavía. Han ocurrido frecuentes terremotos en la comarca y brotan en los alrededores numerosas fuentes minerales.

Vastas extensiones están cubiertas de tierra roja que á veces llega á varios metros de espesor, con honduras cerca de las corrientes de agua. Algunas de las tierras fecundas, cerca de Asunción, pertenecen á esta formación y en su masa profunda hay muchos canales ramificados semejantes á los que dejan las raíces y llenos de carbonato de cal en cristales finos con aspecto semejante al de la famosa tierra amarilla de la China central. Se encuentran allí conchitas muy bien conservadas que las lluvias dejan al descubierto y están diseminadas por el suelo. Las tierras rojas son muy ricas, y producen un tabaco excelente. Los aluviones negros depositados por las inundaciones son muy fértiles en algunos lugares privilegiados, pero en otros sitios se componen de capas arcillosas que al secarse se endurecen y forman un subsuelo impenetrable para el arado. Otros distritos están cubiertos de arena fina, y en los montes son escasos los minerales, excepto el hierro y la sal.

El río Paraná no pertenece á esta República más que por una de sus riberas, entre las radas principales de su cauce, en el salto de las Siete Caídas y en su confluencia con el río Paraguay. Este, atraviesa en su corriente inferior el Estado al cual ha dado nombre. De 350 metros de anchura media, anda lentamente con largas sinuosidades, aunque mantiene la dirección general de Norte á Sur. La corriente, alimentada por las abundantes lluvias que caen durante el calor, sube muchos metros en las crecidas. Inmediatamente más arriba de su confluencia con el Paraná, sube más de 6 metros en las inundaciones. Se extienden entonces las aguas por las llanuras laterales, pero no forman lagos comparables con los de Matto Grosso, como no sea en las tierras bajas que bordean al Norte la región del confluente. La vertiente oriental tiene muchas más aguas corrientes hacia el río, que la occidental, lo que obedece

á lo horizontal del terreno en el Chaco. Las lluvias, menos abundantes que en el Paraguay propiamente dicho, no encuentran pendiente para bajar, y forman vastos charcos de evaporación.

Al Sur del Apa, el primer río abundante es el Aquidaban, en el pintoresco valle donde perecieron el año 1870 los últimos defensores de la independencia nacional. En esa parte de su corriente es el Paraguay un lindísimo río de brascas vueltas, á trechos bordeado de arena, en otros protegido por el follaje de los árboles inclinados, más adelante lavando cantiles de mármol llenos de grutas festoneadas de bejucos y helechos. El Ipané y el Jejuy se unen luego con el Paraguay. Este último, de doble desembocadura, es navegable para las barcas en casi toda su corriente, interrumpida por un solo rápido, limitada al Este, al salir de las montañas por una soberbia cascada descubierta en 1879 por yerbateros y buscadores de mate. Uno de sus tributarios, el Capiguary, sostiene también embarcaciones chatas. Otros riachuelos bajan del interior como el Salado, al cual cae una corriente salitrosa salida del lago Ipacaray, que llena un largo valle en la base meridional de la cordillera de los Altos. Su mayor profundidad no pasa de 7 metros. En la parte meridional del Paraguay, el Tibicuary, afluente considerable, hace grandes rodeos y atraviesa llanuras pantanosas, antes lacustres. Todavía queda la laguna Ipea, vasta extensión de agua dulce, entre cuyos cañaverales hay millares de aves acuáticas.

El mayor río de la vertiente occidental es el Pilcomayo (ó río de las Aves) cuya corriente han querido forzar en vano muchos viajeros. El misionero jesuita Gabriel Patiño, acompañado de otras 70 personas (curas, soldados españoles y guaraníes) subió en 1721 el río hasta unos 18 kilómetros más arriba del confluente, pero atacado por los indios tobas tuvo que retroceder antes de llegar á Bolivia. A los veinte años, otro jesuita llamado Castañares, navegó ochenta y siete días por el río, pero fué asesinado por los indios. Estos intentos podían hacer concebir esperanzas, y más de un siglo después, el gobierno boliviano, que posee la región de las fuentes del Pilcomayo y es el más interesado en la apertura de esa vía navegable hacia el mundo exterior, organizó una expedición descendente mandada por el general Margariños que partió de las Juntas, en la confluencia donde se juntan los dos ríos principales, pero á poco se encontraron detenidas las barcas por falta de agua. Al año

siguiente, otro grupo de exploradores, mejor provisto de elementos, llegó más adelante, pero el agua disminuía según se acercaban al punto deseado. Hubo que abandonar primero los botes, luego las piraguas indias y recorrer á pie el borde de los canales medio secos, y de las lagunas. Por último á una distancia desconocida del río Paraguay, tuvieron que retroceder los viajeros, sin más víveres que un poco de caza, pescados y raíces.

En 1882, Crevaux, que en peligrosos viajes por los ríos de la



Una vista del Pilcomayo. (Dibujo de Venillier.)

Guayana y de la vertiente amazónica, había hecho ya descubrimientos útiles, quiso intentar la exploración del Pilcomayo, bajando el río, pero á mitad del camino fué asesinado con todos sus compañeros por los tobas, indios temibles que ya habían obligado á retirarse á Patiño, y muerto á Castañares. Esto hizo aparecer nuevos hombres, que querían continuar la obra y vengar las muertes. Fontana, delegado del gobierno argentino, efectuó un reconocimiento en el Pilcomayo medio, en el país de los tobas. Feilberg subió la corriente en un espacio de 255 kilómetros hasta unos rápidos que no pudo atravesar. Thouar y Campos rehicieron el viaje de Crevaux y pasaron del punto que había podido alcanzar su antecesor, y llegaron al Paraguay atravesando la llanura. En 1885 y 1886 emprendió

Thouar nuevos viajes, pero sin lograr recorrer el río en navegación continua. Jhon Page, hijo del explorador del Paraguay, murió rendido después de nueve meses de viaje por el Pilcomayo en 1890, y el mismo año acabó Olaf Storm por extravíarse entre un mar de hierbas flotantes. Al salir de Bolivia, tiene el río bastante caudal para que naveguen barcos mercantes, que penetran también en su corriente inferior, pero á mitad de curso se extiende por la llanura horizontal sin poder abrirse cauce. En 1844, la expedición de Margarinos tuvo que pararse en un campo arenoso, donde la corriente detenida por montones de troncos que no habían podido desenredar, se dividía en unos 60 brazos de pendiente incierta. Siguiendo á pie uno de éstos, vió que se perdía en el terreno. Otros viajeros posteriores á éste describen de otro modo las ramificaciones del Pilcomayo: cada crecida, cada tributo de troncos modifica la corriente y el número de sus ramas. En las crecidas, toda la región es un inmenso *bañado* donde flotan islas de hierba y follaje. Más abajo, se hace más sensible la pendiente, y de trecho en trecho se desliza el agua por un plano inclinado, no por bancos de roca, sino por capas de *tosca*, arcilla blanca de mucha cohesión, probablemente salina, porque el Pilcomayo da agua salada al Paraguay.

Se ha creído que su desembocadura variaba con frecuencia, pero es posible que corrientes laterales y ríos falsos hayan sido considerados erróneamente como brazos del Pilcomayo. La desembocadura actual se une con el río mayor á 5 kilómetros más abajo de Asunción, frente al promontorio de Lambaré. En 1741, cuando la exploración del misionero Patiño, su brazo principal se encontraba á unos 45 kilómetros. El río Confuso, que se junta con el Paraguay á 35 kilómetros más arriba de Asunción, es una corriente distinta, como lo demuestra su agua, mucho más salina que la del Pilcomayo, pero puede que en las grandes inundaciones se comuniquen por los bañados con el río vecino. El Araguay-Guazú que exploró Fernández en 1886 hasta 130 kilómetros de su confluencia, sale probablemente de la mitad de la corriente del Pilcomayo. Los indígenas han aplicado á éste también el nombre de Araguay-Guazú.

En su corriente inferior, más abajo del Tibicuary, recibe el Paraguay en su orilla derecha el río platense Bermejo, cuyas aguas rojas corren mucho tiempo al lado de la onda blanquecina sin mezclarse, y luego forma dos meandros grandes, uno de los cuales, el de Humaita, va á lo largo de un ribazo de 6

metros de altura, donde se levantaban formidables baterías paraguayas. En 1858, una inundación que pasó por encima de las murallas, echó al cieno parte de los cañones. Ligeras ondulaciones del suelo fijan en esta parte la corriente fluvial que se une con Paraná por las Tres Bocas, de forma variable y anchura desigual. Cuando la guerra, la vía principal de unos 250 metros, parecía un afluente débil del Paraná, verdadero lago de 6 kilómetros entre ambas riberas. La boca oriental se unía con el Paraná, más arriba, cerca del paso histórico que antes se llamó el Paso del Rey, y ahora de la Patria. La tercera boca occidental rodea la larga Isla del Atajo (señalada de lejos por un cerrillo de 16 metros de altura) que antes de la guerra pertenecía a la Argentina. Además, bajo el régimen colonial, todas las tierras bajas que se extienden al pie de las colonias del Paraguay, dependían de la ciudad de Corrientes, como terreno baldío, al cual podían los pastores llevar ganados durante la estación seca, pero sin edificar habitaciones permanentes. La zona de más de 100 kilómetros de ancho que se prolonga á ambos lados del Paraná y en la cual se mezclan las aguas de pantanos poco hondos, fué ciertamente la cuenca de un mar interior donde se unían ambos ríos, extendiéndose entonces hacia el Sur, por una doble vertiente, el bajo Paraná y el Uruguay, en el estuario de la Plata. Después de secarse este mar, vagaron los ríos mucho tiempo en busca de cauce definitivo. Por esto ciertos pantanos de la «Mesopotamia» inferior del Paraguay tienen todavía la forma serpentina de corrientes desbordadas.

La línea del trópico meridional atraviesa la República en la parte casi deshabitada del territorio. El Paraguay poblado se encuentra todo en la zona templada, donde alternan las estaciones como en Europa occidental, pero los indígenas no conocen más que el contraste entre invierno y verano. La transición es brusca, y la primavera apenas se nota, porque la mayor parte de los árboles conservan el verdor en invierno. La sequía hace caer las hojas más que el frío. Los extremos de la temperatura llegan desde el calor tórrido hasta el punto de congelación. A veces se ve escarcha en la punta de las hierbas, sobre todo en las regiones próximas al Chaco y en los páramos meridionales, donde la irradiación nocturna es intensa. En los distritos con arbolado las escarchas son más escasas; en ninguna parte suelen ser dañosas, como no sea para la caña de azúcar, cuyos tejidos desorganiza el deshielo, en cuando sale el sol.

Los vientos que soplan generalmente de Norte á Sur, ó de Sur á Norte, se suceden con brusco contraste, lo cual es el principal inconveniente del clima, sobre todo para los emigrantes. La principal corriente atmosférica baja de los llanos del Norte por Matto Grosso. Es una especie de *sirocco* que en verano hace el aire casi irrespirable, hasta por la noche, é irrita á los nerviosos. El viento Sur que se confunde á veces con el *Pampero*, produce enfermedades del pecho. Su frialdad interrumpe la vegetación y destruye las cosechas. Las lluvias abundan más junto al mar que en las llanuras del Oeste y suelen caer hacia el equinoccio á principio ó á fin de invierno, yendo acompañadas de borrascas y ventarrones.

III

Flora, fauna y habitantes.

Más bien pertenece el Paraguay por su flora al Brasil que á la Argentina, y junto á los ríos hay frondosos bosques semejantes á las *mattas* brasileñas. Los árboles de muy variadas especies, suelen tener la fibra muy densa y no flotan naturalmente. Para formar balsas con ellos hay que aligerarlos por medio de juncos y madera de medula espesa. La mayor parte arden con dificultad, pero producen un carbón excelente, y su madera sería magnífica para la construcción, ebanistería y tintorería en un país industrial. El caraguatá da un hilo más fino y resistente que el cáñamo, pero se le conoce poco fuera de La Plata. El caranday y otras palmeras se mezclan con la araucaria, cuyas simientes llevaban consigo los jesuitas donde quiera que fundaban un poblado. Por eso se le llama árbol de las misiones. Los habitantes deben su principal riqueza á la flora espontánea, ó sea á la hierba mate. Además de las selvas que cubren la mayor parte del país al Este del río, de trecho en trecho hay sabanas ocupadas por las ondulaciones de la graminéa *macega* tan alta como un hombre, y cuyos tallos duros y aristas cortantes dificultan mucho el andar y ocasionan heridas peligrosas á los viajeros.

Tan brasileño es el Paraguay por la fauna como por la flora. Posee tres especies de monos; vampiros que chupan la sangre del ganado; yaguares, pumas, tapires; sarigas, capivoras, cocodrilos, boas, termes, hormigas y su enemigo el hor-

miguero; y en los campos avestruces fiandu, menos abundantes que en la Argentina. El río es un límite para ciertas especies, y desde que el blanco ha establecido en la orilla izquierda un lindero casi continuo de habitaciones, atreviéndose apenas á pasar á la otra ribera, hay entre ambas un gran contraste en la fauna. Según Garcilaso de la Vega, la palabra *Chaco* significa en guaraní «campo de caza», y, efectivamente, recorren estas llanuras gran multitud de animales perseguidos por los indios. Otros dicen que Chaco quiere decir *bañado* ó *pantano*.

La nación paraguaya por excelencia, á la cual pertenece la raza mestiza de los puntos populosos, es la guaraní. Ciertamente debió de tener antes de la llegada de los jesuitas, puesto que su idioma estaba lo bastante extendido para adoptarse como lengua general desde las orillas del Oyapock hasta las del Paraguay, entre gentes de orígenes diversos. Esta lengua general debió de nacer en los mercados indios. Todavía hay en los bosques orientales algunas familias pacíficas de coaguas ó coyaguas, y otros indios, que viven retirados pero conscientes de su parentesco con los demás guaraní, y que les imitan groseramente en sus ceremonias religiosas. Los apitares ó gente del interior, tribus de alfareros y tejedores que viven entre las fuentes del Jeju y el salto de Guayra, también pertenecen á la misma raza.

Los guaraní son los que en la América Meridional se parecen más al tipo asiático oriental. Son de poca estatura, gruesos y recios, de pechos y hombros anchos, cara amarilla, oscura y redonda, frente baja, pómulos salientes y ojos algo oblicuos.

Los payaguas, cuyo nombre algo modificado dió origen, según Bonpland, al del río Paraguay, habitaron en sus orillas más arriba de Asunción, á la cual abastecían de pescado, madera y forraje para los ganados. Hombres vigorosos, de estatura más alta y cara menos ancha que los guaraní, supieron defenderse valientemente contra los españoles, y perecieron casi todos en continuas guerras. Sometieron los supervivientes y los llevaron á las afueras de la capital para que trabajaran como pescadores, leñadores y ganaderos. Cuando gobernó el doctor Francia, los encargó de la policía del río para que se opusieran á la entrada de los extranjeros y á todo comercio sospechoso. Antes de la guerra con Argentina eran unos 500; pero casi todos perecieron en las batallas, mandados por oficiales paraguayos y en 1878 no quedaban más que 17. Inspira tristeza ver

sus caras dulces y melancólicas. Con ellos desaparecen los indios más artistas de la llanura, tejedores de esteras, cestas y estuches de junco cubiertas de dibujos y de arabescos, fabricantes de vasijas elegantes y hasta escultores de estatuillas de arcilla ó madera con gran expresión de vida. La lengua, muy diferente del guaraní, era muy difícil de pronunciar, y algunas palabras suyas parecían hondos gemidos.

Los lenguas ó mbayas ó sea *malos*, que pertenecían antes á la nación de los guaicurus no han desaparecido completamente como los payaguas. Algunos quedan en el Chaco frente á Concepción y cerca de los angaitas que son unos 1.500 y viven más al Norte frente á la confluencia con el Apa, junto á la frontera brasileña. Son restos de pueblos guerreros que á principio de la colonización, asesinaron al pequeño grupo armado que mandaba Ayolas. Esas tribus se van alejando poco á poco. En la masa mestiza de los indios de lengua española que habitan el Paraguay, no podemos averiguar quiénes descienden de los guaicurus y quiénes de los famosos avipones, entre los cuales residió veinte años el misionero Dobrizhoffer. Acantonados en la parte meridional de la comarca, cerca de las Misiones, los representaban algunas familias, junto á Santa Fé. Aun en estado libre estaban algo españolizados por la sangre, puesto que en sus algaradas nunca hacían daño á mujeres y á niños.

A mediados del siglo XVII ocupaban un territorio inmenso al Sur del Paraguay actual, al otro lado del Paraná, y al Oeste en las extensiones del Chaco. Eran poco numerosos, apenas un millar; pero cuando aprendieron á domar el caballo, introducido por los españoles en la pampa, se acostumbraron á recorrer el país á centenares y millares de kilómetros para atacar y devastar las colonias de los invasores. Se calculan en más de cien mil los caballos que los avipones aliados con los mocoris, capturaron á los españoles en cincuenta años. Cuando los misioneros les reconvenían por estos pillajes, decían que la tierra y cuanto producía era de ellos. No tenían jefes propiamente dichos, y el que les guiaba al combate era un igual suyo, cuya fuerza y energía les inspiraba confianza, pero no disfrutaba de privilegio alguno después de los combates, y era reemplazado á la primera ocasión. Vivían al aire libre resguardados con ramajes, y se burlaban de los españoles, confinados en su casa como el caracol en la cáscara. La principal virtud era el valor, y cazaban á gusto el tigre, cuya carne comían para asimilarse su fuerza, pero desdeñaban

la de los animales pacíficos, aves, carneros y tortugas. Creían en la metempsicosis, y decían que las almas de los malos y cobardes pasaban al cuerpo de los animales venenosos y rastrojeros. Los buenos eran compañeros de las aves que volaban en bandadas por el cielo y los llamaban de noche con sus gritos. Los ecos lejanos, los murmullos del follaje del bosque, les parecían las voces de los antepasados. Afirmaban que su abuelo fué la constelación de las Pléyades; se entristecían cuando una nube cubría aquellas estrellas, y se alegraban cuando éstas



Indios del Chaco septentrional. (Dibujo de Tiviat.)

volvían á brillar. Su fiesta nacional coincidía con la aparición anual de aquellos astros en el horizonte. Valientes contra los hombres, temían mucho á los malos espíritus, y trataban de engañarlos. Si mataban por sorpresa á un enemigo, le abrían el vientre, metiendo en él la mano del cadáver para hacer creer á los espíritus en un suicidio. A los muertos suyos les arrancaban el corazón y la lengua y los daban á comer á los perros, para que pareciera el supuesto asesino. Las mujeres, por temor á las influencias malas, se guardaban muy bien de lactar á hijos de otras, y en cambio, daban de mamar á los animalitos. Aun después de convertidos, conservaban los avipones una actitud de hombres libres, y antes de morir se vestían con un traje de guerra para entrar activamente en el otro mundo, y los supervivientes se negaban á enterrarlos en las



glesias; pues hasta después de muertos necesitaban el al re libre. Dicen que esta nación creció mucho después de su conversión, por haberse suprimido las prácticas abortivas y de infanticidio, y por la cesación de las guerras; pero por crueles enfermedades ú otras causas ya no existe este pueblo.

Todavía subsisten los tobas, antiguos aliados y quizá parientes de los avipones y constituyen un pueblo poderoso, que muchas veces ha atacado las colonias paraguayas y argentinas del Chaco, haciendo muy peligrosa la invasión de su territorio. Recorren por el Chaco ambas orillas del Pilcomayo hasta muy lejos, al Sur y al Norte de este río, y de Este á Oeste se los encuentra en las primeras estribaciones andinas hasta el río Paraguay. Los tobas son muy altos, de piel muy dura y no llevan sandalias más que en los sitios espinosos, y á veces prescindien de ellas, tomando la planta de sus pies una consistencia córnea. La naturaleza pantanosa del terreno les hace andar de una manera rara: levantan el pie verticalmente hasta la rodilla antes de echarlo hacia adelante y andan normalmente como quien recorre estanques y arroyos. Casi todos los tobas tienen la boca hociocuda y deformada, lo cual parece provenir de comer los niños frutos espinosos del cactus, sin precaución para no estropearse los labios. Algunas mujeres parecen japonesas por la oblicuidad de los ojos y otras tienen, cosa rara entre indias, cabellera lisa, castaña ó amarillenta y usan tatuajes rojos y azules en forma de líneas y círculos. En el Chaco Central se meten discos de madera en el lóbulo de las orejas, por lo cual les llamaban los españoles orejudos ú orejones. Su idioma es muy distinto del de los demás pueblos indios. Los tobas no pertenecen seguramente á la familia étnica guaraní.

Son cazadores y pastores, pero no cultivan el suelo. Se fabrican cabañas de tablas, generalmente en forma poligonal, en torno de una plaza central y cambian mucho de residencia. Según las estaciones, se los encuentra en regiones muy distantes. Pescan en el Pilcomayo con redes de fibra de caraguata. Soy muy borrachos, pero en sus orgías hay siempre un vigilante que no bebe, y separa á los que quieren reñir. Suelen también embriagarse para prepararse á sus expediciones guerreras y atacados de locura furiosa se desgarran las carnes antes de lanzarse contra el enemigo. Después de la victoria, llevan á sus mujeres los cadáveres despedazados, guardando como trofeos cráneos y cabelleras. Tan poco les cuesta ver la sangre, que á veces los hijos, por amor filial, degüellan

á sus padres viejos para que no padezcan. Cuando muere una mujer, se entierra con ella al niño que está criando. Cuando la hija de un jefe llega á la pubertad la encierran dos ó tres días y luego se da una gran fiesta coreográfica y musical. La ceremonia del matrimonio es muy sencilla. El pretendiente aceptado por los padres de la novia, se va de caza y mata alguna pieza mayor que entrega á su futura, para demostrarle que tiene habilidad y fuerza para mantenerla. Los tobas no son polígamos porque las mujeres, muy celosas, no lo tolerarían. Por la rivalidad más pequeña, se batían en duelo las hembras, muchas veces á muerte. En cueros hasta la cintura, con una piel de jaguar en las caderas, se arman con un hueso de cabra ú otro objeto cortante y tratan de herir en el pecho á su enemiga. Los hombres presencian impasibles el combate.

Más han hecho los sacerdotes que los soldados para dominar á los indios paraguayos. Los jesuitas llegaban al Nuevo Mundo con el fervor de una ambición juvenil, consagrados á sus ideas hasta morir. Trabajaron dos siglos para establecer su sociedad teocrática con inquebrantable perseverancia y seguridad de método. Tantos centenares de misioneros estaban todos animados de la misma fe y voluntad, pero los obstáculos eran numerosos y acabaron por ser invencibles. Las dificultades de la aclimatación, las enfermedades, las flechas indias, los viajes fatigosos, el hambre y la sed eran poca cosa para gentes entusiasmadas por su labor; pero tenían que temer más á la gente de su propia raza y hasta de su religión, colonos civiles, soldados, frailes de otras órdenes y clérigos seculares, llegados de Europa por afición á las aventuras, á la gloria, á la fortuna ó por obediencia á los jefes. El móvil mismo de su conducta hacía luchar á los jesuitas contra todos los demás inmigrantes, porque querían convertir á los indios y fundar con aquellos pueblos despreciados una sociedad modelo que sirviera de ejemplo á las del mundo antiguo y los hombres que trataban de doblegar, eran considerados como una cosa por los demás. Verdad es que en 1527 había declarado el papa Paulo III que los indios eran verdaderos hombres, capaces de comprender la fe católica y de recibir los sacramentos; pero se les negaba la comunión en casi todas las iglesias, alegando su estupidez nativa, su ignorancia y su maldad. Los tratantes organizaban grandes partidas para capturar tribus enteras, matar á los viejos y enfermos y llevarse á los hombres válidos, á lanzazos en los riñones. Los jesuitas que agrupaban comunidades de indígenas

pasaban, pues, por acaparadores de la fortuna pública, y se trataba de arrebatárles el monopolio del ganado humano. Se los odiaba también por extranjeros, y su organización misma los exponía á esta acusación, porque, ciudadanos de una patria más vasta que las comarcas de Europa, pertenecían ante todo á la Iglesia católica, es decir, universal. Españoles, franceses, italianos, portugueses, alemanes ó eslavos, ignoraban las divisiones políticas introducidas en el Nuevo Mundo y no les importaba saber si sus comunidades indias debían pertenecer oficialmente al rey Cristianísimo ó al Fidelísimo. En muchas insurrecciones locales, también les hizo daño la envidia de dominicos, franciscanos y mercenarios, y en las ciudades los echaron de sus iglesias, expulsando á los fieles para esclavizarlos. Cuando á pesar de las persecuciones lograron fundar su teocracia, se inventó que el trabajo de los neófitos les había valido mucho oro y por todas partes surgió un grito de odio contra ellos. Se codiciaban sus riquezas, incluyendo en ellas á los indígenas, á los que se quería esclavizar en beneficio de los saqueadores.

Llegados á Bahía los jesuitas en 1549, con los fundadores civiles de la Colonia, se establecieron en seguida junto á la costa entre los indios más próximos. Propagaron sus misiones por las orillas del San Francisco, en Puerto Seguro, en la capitanería de Espíritu Santo, en Piratininga y en San Paulo. Prosperaron por doquiera sus comunidades y en algunos sitios no se ha vuelto á recobrar la prosperidad material de entonces. El gran teatro de sus triunfos se extendió más al Oeste, á ambos lados del Paraná, cabalgando en los supuestos límites de las posesiones españolas y portuguesas. Gracias á su aislamiento pudieron apartar del salvajismo y civilizar á más de 100.000 indígenas, pero siguieron sus huellas los cazadores de hombres, y parece que desde 1623 hasta 1631, los aventureros paulistas, indios casi todos por sus madres, capturaron á 60.000 individuos en el territorio de las Misiones. Los tutores de las tribus de Guayra comprendieron que debían adelantarse más por el interior y poner entre sí y sus perseguidores bosques más vastos y cataratas más numerosas. Perdieron en tan terrible éxodo más de la mitad de sus fieles por las fatigas, los accidentes y las epidemias, pero lograron refugiarse en tierras desconocidas junto al Uruguay y al Paraná, lejos de los sitios habitados por colonos portugueses y españoles. Allí y más al Oeste, en lo que son hoy campos belivianos, donde

vivían los mojos y los chiquitos, pudieron implantar por fin lo que llamaban «Reino de Dios entre los hombres» y que tantos combates y trabajos había costado.

El nombre de *reducciones* que daban á sus agrupaciones de indios explica su objeto; querían reducir á los indígenas, sus- traerlos á la influencia de la naturaleza libre y reglamentar su vida con ritos y preceptos. Para atraerlos, no descuidaban ningún esfuerzo, hasta el atractivo de una buena comida. Era en ellos proverbial que si la predicación de San Pablo entraba por el oído de los paganos, la jesuítica penetraba por la boca. Los reducían también con la música y con la pompa de las ceremonias. Bajando los ríos en sus piraguas é abriéndose senderos en los bosques, entonaban cánticos los misioneros. Detrás de ellos salían los salvajes de los jarales, saludaban entusiasmados á los sacerdotes y éstos aprovechaban la ocasión para recitar homilias. En las procesiones, se cubría el suelo con flores y hierbas, y aves sujetas con un cordel revoloteaban entre el follaje de los arcos triunfales. Exponían los indios ante el Santísimo Sacramento el producto de sus cazas y las semillas de sus jardines. Se trabajaba al son de la flauta y el tambor, precediendo á la comitiva la imagen del santo patrón. Al llegar al campo se hacía un altar de follaje y después de trabajar medio día, volvían á sus casas, andando al compás de la música.

En su obra de conversión, encontraban los misioneros más resistencia entre los viejos y los jóvenes: los primeros, que hacían mal de ojo y curaban á los enfermos, perdían su influjo al aceptar la nueva religión, y los segundos tenían que renunciar á aventuras guerreras y á la vida al aire libre. Los indios domadores de caballos fueron los más refractarios, pero todos acabaron por entrar de grado ó por fuerza en el seno de la Iglesia. Desde 1610 á 1768, bautizaron los padres á más de 700.000 indios. En 1730 había en las reducciones más de 133.000 indios convertidos y pueblos con 5 ó 6.000 habitantes. Se llevaba exacta estadística de los fieles porque los misioneros pagaban al rey un duro por cada indio, para poder gobernar las comunidades á su gusto, y se prohibía á los demás blancos vivir en el territorio de las Misiones. En los primeros tiempos, el Poder real estaba representado en las sociedades de neófitos por un corregidor español, pero lograron los jesuitas que lo substituyera un indio, haciéndose así dueños absolutos de sus «repúblicas cristianas». A veces prestaban los misioneros sus

indios al Gobierno para ciertos trabajos. En 1726 mandaron á Montevideo 2.000 hombres para trabajar gratuitamente en las fortificaciones. Los jesuitas que los vigilaban vivían en cabañas de pieles y los obreros al aire libre.

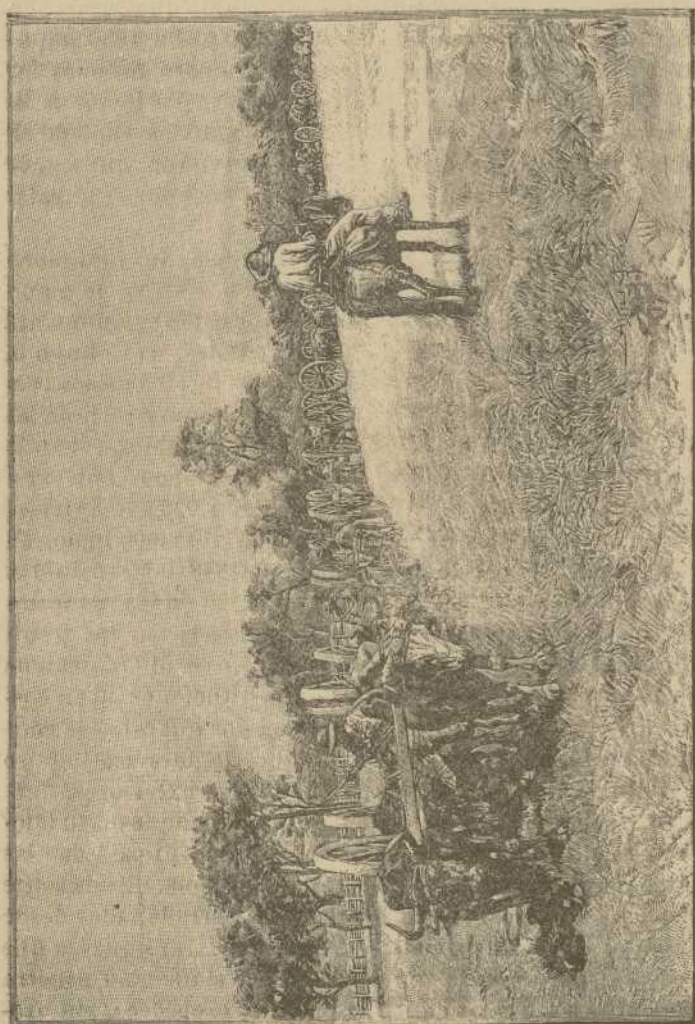
Acostumbrados al régimen, eran muy obedientes los catecúmenos. Por las mañanas, antes de salir el sol, iban los niños á la iglesia á cantar y á rezar, y toda la población oía misa. Por la noche volvían los chicos á la doctrina y acababa el día rezando el rosario. Los domingos había más ceremonias y recitaban los fieles la tabla de los números, y los que tenían buena memoria decían sermones de coro. El trabajo estaba muy reglamentado. Cada familia recibía su lote de tierra y el grano necesario para sembrar, y una pareja de bueyes para la labor, respondiendo del buen estado de los animales y cultivos, que utilizaba en usufructo. El territorio cultivado común andaba vigilado por los sacerdotes y se llamaba Tupambac ó Propiedad de Dios, cuya recolección se colocaba en un Pósito para los años malos y para auxilio de enfermos, huérfanos y pobres. El sobrante se llevaba á Buenos Aires por vía fluvial y se cambiaba por objetos de lujo fabricados en Europa, [destinados á adornar las iglesias. En la plaza central estaban los talleres de carpinteros, albañiles, cerrajeros, tejedores, fundidores, escultores, arquitectos, fabricantes de violines y flautas, doradores, grabadores y hasta pintores que habían de considerar su trabajo como acto de fe, y adornar con cariño las iglesias. Toda falta comprobada por los vigilantes ó revelada en confesión pública ó privada, llevaba consigo su penitencia. El culpable se presentaba en la iglesia entre todos los fieles y recibía azotes, dando gracias por el castigo á Dios y á los sacerdotes.

Los misioneros cuidaban especialmente de la separación de sexos. Los hombres se cortaban el pelo para que se les distinguiera de las mujeres. Eran los únicos que podían bailar, y sólo en las ceremonias religiosas, mientras permanecían modestamente separadas las cristianas. Los matrimonios se hacían por orden inmediatamente después de la pubertad, desde los diez años para las muchachas y trece para los varones. Pozos, fuentes, lavaderos y sitios públicos donde iban hombres y mujeres estaban en lugar descubierto, fácil de vigilar desde lejos, y ancianos armados de varas castigaban en el acto cualquier falta contra la decencia. Había celadores entre los grupos, encargados de denunciar todo acto censurable. Tales eran las

costumbres de aquella «república modelo» en la cual era obligatoria la obediencia absoluta á los misioneros y se prohibía toda iniciativa. A pesar de tan rígida disciplina, no querían confiar armas los jesuitas á los catecúmenos, ni para defender las misiones. Pero por necesidad habían tenido que resistirse activamente contra los paulistas. Desde 1630 hasta 1661 ganaron cuatro victorias contra los enemigos, pero después del triunfo recogían las armas á los vencedores, por temor á la influencia de los jefes distinguidos en los combates. Cuando se determinaron á no armar más á los fieles, tuvieron que someterse, y al recibir los jesuitas la orden de abandonar el país, no se derramó una gota de sangre.

Como las reducciones no tenían vida propia, los indígenas perecieron rápidamente, en cuanto no los sostuvo la mano que los había dirigido. Quisieron sostener estas comunidades otras órdenes religiosas y funcionarios civiles, pero huyó la mayor parte de los indios, prefiriendo la libertad en los bosques. Ya no había en 1801 más que 1.400 en el territorio de las Misiones. Bandidos uruguayos invadieron los pueblos, robando iglesias y arrebatando ganados, y luego los blancos entraron como tratantes y granjeros. En 1811 cerca de 1.000 extranjeros, argentinos y orientales, se mezclaban con los 8.000 indios en aquel territorio. El decreto presidencial de 1848 declaró ciudadanos de la República á los últimos indígenas de las reducciones. Nada queda ya de la organización instalada por los jesuitas, y los pueblos antiguos que subsisten, no se diferencian de las demás poblaciones paraguayas, en instituciones ni en costumbres. De todos modos han influido en los guaranis la educación que primero recibieron y la que después les impuso medio siglo de dictadura. Tienen cualidades exteriores, dulzuras y cortesía, pero carecen de voluntad. Aunque en su idioma no existen términos para pedir con política ni para dar las gracias, acogen al forastero con gran deferencia. El visitante que se acerca á una casa cuya puerta está cerrada, dice desde fuera: «¡Ave María Purísima!», y antes de entrar aguarda que le contesten: «¡Sin pecado concebida!» Pero si un amo penetra brutalmente en las casas dando órdenes, se le ebedece, sin protestar. Ningún pueblo ha tomado parte en una guerra sin cuartel tan fácilmente como los guayanís, y ahora se deja arrebatarse los terrenos sin chistar. También contribuye á darles mansedumbre el alimento. No suelen probar la carne; el manioco y las naranjas son sus principales manjares. La mujer trabaja

en la tierra, dirige la casa y la familia. Es la que manda, y cuando hay ruptura entre los matrimonios, desprovistos casi siempre de sanción legal, los hijos se van con la madre.



Un convoy de carréas en el Paraguay. (Dibujo de París.)

Los paraguayos de las ciudades están muy españolizados, y su aspecto no difiere del de los corrientinos, descendientes también de españoles y guaraníes. Hablan ambos idiomas, y sus periódicos publican á veces artículos y poemas en lengua indí-

gena. Ha dominado mucho el elemento vasco desde los primeros tiempos de la colonización, y el escritor Palgrave le da tanta importancia que llama al Paraguay nación vasco-guaraní. Según él, los rubios que abundan en el Paraguay descienden de los vascos de cabello claro, como los que se encuentran en los Pirineos occidentales. En cambio, Martín de Moussy, opina que los hispano-guaraní, altos y rubios, recuerdan el tipo de los soldados alemanes que llegaron, cuando la conquista, con Schmidel. Las paraguayas rubias tienen aspecto germánico, y su pelo ofrece el color de los rubios del Norte, y no el matiz ardiente español, parecido al rojo, que suele hallarse en las demás regiones platenses.

IV

Ciudades

Pocas aglomeraciones dignas del nombre de ciudades tiene el Paraguay. La mayor parte de las localidades que se llaman con este nombre, están formadas por cabañas bajas de madera y tierra, pero siempre muy limpias, cubiertas de palmas ó bálago, y con un ancho balcón á la calle. La iglesia maciza y baja, del estilo importado por los jesuitas, ocupa un lado de la plaza, con un andamiaje de madera que sostiene una campana. Todas las casas tienen jardines, corral y cobertizo, encerrados en una valla continua, cortada sólo en las bocacalles. La plaza, herbosa y amplia, sirve de pasto á caballos y asnos.

La orilla paraguaya del Paraná está casi deshabitada. Algunos ranchos, que serán ciudades, aparecen entre los árboles del bosque, y sirven de punto de reunión á los buscadores de mate, como la aldea de Goicocheas, donde se detienen los barcos de vapor al subir el río y desde donde salen grandes expediciones de mate. Más abajo está Tacuru Pucú, depósito de otros herbales; y Gayarros, la antigua Villa-Azara, por haber estado allí el célebre naturalista en 1788, estudiando la fauna y la flora. Los campamentos son más numerosos aguas abajo, frente á las Misiones argentinas, y en donde el río baña á la provincia de Corrientes, está Itapúa, población de alguna importancia, más conocida con el nombre de Encarnación que le dieran los jesuitas, para los cuales era depósito de sus misiones meridionales. Más adelante, cuando Francia era dictador, se abrió al

tráfico con el extranjero, y allí llevaban los guaraníes en mulas, tabaco y mate, y los brasileños del Río Grande café, azúcar y mercancías europeas. Todos los cambios se hacían en especies, porque el *Supremo* había prohibido las monedas de oro y plata. Ahora han apartado mucho de Itapúa el comercio, los vapores que recorren el Paraguay y el Paraná. Enfrente está la ciudad argentina de Posadas.

Encarnación está ya fuera de la zona donde se cría el mate, pero las antiguas misiones situadas más al Norte en territorios frágiles recorridos por afluentes del Paraná, todavía tienen vastos herbales. La población india que antes constituía las parroquias de los misioneros, sigue en la comarca, aunque ha disminuido mucho, y existen los pueblos de Trinidad, Jesús, San Pedro, Santiago, Santa Rosa, Santa María y San Ignacio Guazú, compuestos de cabañas bajas, dominadas por restos de construcciones macizas y amezcadas iglesias. La más rica de estas misiones, consagrada á Santa Rosa, patrona de los guaraníes, era visitada cada año por millares de peregrinos que hacían grandes ofrendas á la iglesia, poseedora hoy aún de objetos de oro y plata. La defendía del pillaje una zanja profunda. Entre Santa María y Santa Rosa, la plantación de Cerrito recuerda la estancia de Aimé Bonpland, internado en ella durante nueve años por orden de Francia, el dictador. Más abajo de Encarnación se pasa por la antigua misión de San Juan y por los pueblos de Carmen y San Cosme, y después de haber salvado el último rápido del Paraná, llamado Apípe, se sigue la campiña baja entre ambos ríos hasta su confluencia.

Al entrar en el territorio paraguayo, el río que ha dado nombre al Estado baña las ruinas del antiguo fuerte de Confluencia. La mayor parte de los pueblos que se sucedían en los meandros del Paraguay al pie de cerros con árboles, no han dejado más que ruinas, pero el país empieza á repoblarse y se establecen cafetales á la salida de los valles. Después de San Salvador ó Divino Salvador, primer grupo de habitaciones, está Concepción, antes gran depósito de mate. San Pedro, á orillas del Jejuí, es una linda población, cuya calle principal tiene soportales á usanza española. Los valles á los cuales sirve de mercado son ricos en bosques y pastos, y según dicen los indígenas, hay oro en la región de las fuentes. Más al Sur existen ruinas de la guerra, pero así como va uno acercándose á Asunción se encuentran ensayos de cultivo en ambas riberas. Al Oeste,

en los campos bajos bañados por el río Confuso, se encuentra la colonia de Villa Hayes, llamada así en honor del presidente de la República norteamericana, que decidió el año 1879 en provecho del Paraguay el litigio con la Argentina respecto al Chaco septentrional. Esta colonia, llamada también Villa Occidental, se llamó en otro tiempo Nueva Burdeos, porque cuando gobernaba el primer López, recibió muchos inmigrantes bordeleses, que aislados en este llano pantanoso fueron diezmados por las fiebres y la nostalgia, siendo necesario repatriarlos. Después



Una calle de Asunción. (Dibujo de Taylor).

de hecha la paz, ha recibido la colonia nuevos huéspedes, generalmente italianos, que se ocupan poco de agricultura, pero poseen grandes rebaños y cortan madera de construcción y ebanistería para los mercados de Asunción y Buenos Aires. La colonia Crevaux fundada el año 1883 en el alto Pilcomayo, no lejos de Irapuitupucú, donde vivió el viajero, nunca tuvo más que una existencia ficticia.

Asunción, capital del Paraguay, tiene soberbio aspecto, sobre una terraza que domina unos 15 metros la orilla izquierda del río. Como todas las ciudades americanas de origen español, está edificada en forma de tablero de ajedrez y sus calles polvorientas se prolongan á lo lejos en los campos. Aunque se repuebla con gran rapidez (25.000 habitantes), aún no ha recobrado su antigua importancia: hierbas y arbustos han

invadido las calles apartadas del centro y algunas plazas son cómo fragmentos de páramos por donde serpentean senderos. Los palacios, que hacían en otros tiempos de Asunción la ciudad más suntuosa de la América meridional, no ha mucho que estaban arruinados, pero restaurados ahora, contribuyen al aspecto grandioso de la ciudad, si se la compara con las poblaciones de Matto Grosso. El arsenal, en el cual reinó mucha animación, posee talleres donde se han construido muchos vapores. El puerto que comunica directamente con el estuario de la Plata y con el Océano, recibe los grandes buques de Montevideo y Buenos Aires; pero aguas arriba no entran más que los de poco calado. Tiene, como casi todas las ciudades del Nuevo Mundo, líneas de tranvías con gran movimiento de viajeros. Asunción es un buen depósito comercial, y no posee más industria que la fabricación de sortijas y otras alhajillas de oro. Las mujeres abastecen al mercado con mucha fruta y legumbres.

Un ferrocarril se dirige al Sudoeste entre naranjales y bananeros, con muchas casas de recreo. Más allá de la linda población de Luque (que fué capital á fines de la guerra, cuando López mandó evacuar á Asunción) la vía sigue la orilla occidental del lago de Ipacaray y pasa al pie de la colina de Cerro León, donde se encontraba el cuartel general á principios de la guerra grande. Aregua, Itagua y Pirayú son las principales estaciones del valle lacustre. Más adelante la población de Piraguari, conocida por su tabaco exportado á los mercados europeos, se eleva al lado de la vía, al pie de un collado lleno de grutas. Una leyenda, de origen jesuítico probablemente (pues Paraguari fué una de las misiones fundadas por la Compañía) dice que Santo Tomás evangelizó allí á los guaraníes. La comarca, abundante en pueblos y lugareillos, es principalmente agrícola y sus habitantes se dedican á algunas industrias, como fabricación de aceites, preparación de cigarros, y extracción del almidón. Las mujeres de algunos pueblos elaboran encajes muy buenos; las gentes de Ita hacen cacharros que se mandan á Buenos Aires, y las de Yaguarón extraen la esencia de la flor de azahar. La colonia importante de San Bernardino, fundada por el gobierno, Ita al Norte del lago, en los valles y pendientes de la cordillera de Altos. La mayor parte de los colonos de origen alemán, son ganaderos, fabrican queso y manteca ó venden leche para el mercado de Asunción á la estación de ferrocarril más próxima. Muchos colonos han abandonado sus lotes por la poca facilidad de las comunicaciones, pero

han sido substituídos y el núcleo de la colonia se formando en población rural.

Villa Rica, fundada también por los jesuitas y capital de la región interior, está en los declives últimos de la cordillera central, en comarca fértil, regada por el Tibicuary grande y el chico. Junto á los ríos hay campos de manioca y tabaco, contrastando con los tupidos bosques que cubren las pendientes de las colinas. Lanchitas de vapor suben el río Sinuoso hasta Villa Rica, destinada á ser centro de convergencia para los ferrocarriles del Paraguay. Entre los inmigrantes que colonizan las tierras paraguayas hay muchos australianos, á quienes se ha cedido una extensión de 576 kilómetros cuadrados á orillas del Tibicuary.

Al salir de Asunción, los viajeros que bajan el río Paraguay, pierden pronto de vista la ciudad oculta por la alta colina de Lambaré que se yergue á 100 metros de la orilla derecha. La tradición dice que se le ha dado su nombre en honor de un jefe indio que se defendió heroicamente contra los invasores españoles en 1528. Sebastián Cabot, aunque venció á los indios, no se atrevió, según dicen, á seguir adelante, pero Schmidel, al relatar la conquista del Paraguay (al cual llama Parabol) habla ya de la montaña de Lambari. Algunas colinas que contienen capas de sal, como Labaré, se suceden á la orilla izquierda y forman una masa junto á la graciosa Villeta, rodeada de palmares y naranjales. Al llegar los vapores, acuden mujeres vestidas de blanco, llevando en la cabeza cestas de frutas. El grupo de colinas termina al Sur en un promontorio que forma una angostura en el río, es el famoso estrecho donde éste no tiene más de 80 metros de anchura. Trataron los indios de defenderlo contra los invasores españoles, y tres siglos después quisieron los paraguayos detener allí la marcha de los aliados con poderosas fortificaciones, construídas por el ingeniero inglés Thompson; pero el ejército brasileño arriesgándose á ser sorprendido y ahogado por una brusca inundación del Paraguay, rodeó la posición yendo hacia el Oeste, á través de las soledades del Chaco y reapareció á orillas del río más arriba de Angostura.

Más abajo de este desfiladero donde los paraguayos esperaron en vano conjurar su destino, no hay poblaciones importantes á orillas del río. Oliva y Villafranca son las últimas que se encuentran en las colinas unidas con las tierras quebradas del interior. Al Sur se extiende el Tibicuary en pantanos,

Las aguas del mar que cubría antes todo el Sur de la comarca. Villa del Pilar, llamada ordinariamente Ñembucú, es un grupito de chozas en excelente situación al parecer, entre las confluencias del Tibicuary y del Bermejo, donde se cruzan ambas grandes vías naturales; pero estas ventajas son ilusorias en países desiertos. La corriente del río Ñembucú, que se vierte en el Paraguay en Villa del Pilar, se desprende de los pantanos del interior é indudablemente fué uno de los antiguos lechos del Paraná, y si se quiere desecar el país, habrá que abrir un canal en la misma dirección que la corriente primitiva.



Riberas del Paraguay en Humaita (Dibujo de Vaillant.)

Cuando Francia era dictador, estuvo Pilar abierto al comercio extranjero: los tratantes le llevaban mercancías, pero no podían pasar de allí. Muchos emigrantes de Corrientes se han establecido en esa población de porvenir que está casi enfrente de la ciudad argentina Puerto Bermejo.

Algunos lienzos de pared, muros arruinados y cabañas en los ribazos que dominan al meandro de Humaita entre las bocas del Bermejo y del Paraná, recuerdan la Troya paraguaya que resistió desde 1866 hasta 1868 al ejército y marina de las potencias aliadas. Todo el espacio que separa la fortaleza antigua de la desembocadura del Paraná fué teñido en sangre. En este río, el puerto de Itapurú costó á los brasileños una

batalla terrible. Más arriba, á la orilla izquierda del Paraguay, estaba Curuyú armado de baterías que detuvieron mucho tiempo á la escuadra brasileña. Más allá se elevaban los fuertes de Curupaity, que las fuerzas aliadas trataron en vano de tomar por asalto y que luego pudo franquear la escuadra. En el interior los campos de Tuyuti y Tuyucú llamados así de la raíz *tuyu* que significa *lodo*, los pasos del gran pantano ó estero Bellaco y en las orillas del Paraná, los ribazos del paso de la Patria, presenciaron también encarnizados combates, y después la invasión del cólera convirtió á la región en cementerio inmenso. La fortaleza de Humaita no fué tomada por fuerza. Las aguas del río hinchadas por las lluvias estivales, se elevaron á insólita altura y la poderosa cadena que cerraba el paso, quedó sumergida á más de 5 metros. Una noche de niebla, sin estrellas, cuatro de los siete buques brasileños que formaban la escuadra, franquearon el paso. Los defensores de Humaita, cogidos entre dos fuegos, los de los buques y los de las tropas escalonadas en una línea de circunvalación de 4 kilómetros construida de Itupurú sobre el Paraná á Tayí en el Paraguay, tuvieron que evacuar la plaza para buscar más al Norte otro punto de resistencia.

Entre el Paraná y el Paraguay había antes puertos militares que guardaban la confluencia, pero ahora no hay población alguna en el terreno cenagoso.

V

Población, productos, industria y administración.

Según Azapa, la población del Paraguay á últimos del siglo XVIII era de 97.480 individuos, contando á los indios del territorio de las Misiones. Desde entonces hasta el principio de la guerra, conservó el país completa paz, aun cuando produjo cambios políticos el movimiento de independencia, y fué considerable el crecimiento del Paraguay, cuyas familias son muy fecundas. Según los documentos mandados publicar en 1867 por el dictador Solano López, la población paraguaya ascendía á 1.337.439 personas, pero como los pormenores del censo no se hicieron públicos, se ha dudado de la realidad de tan gran crecimiento, sin contar con una inmigración importante. De todos modos, no se comprende que con menos pobla-

ción hubiera realizado los prodigios que hizo durante su guerra de cinco años contra las tres potencias. No sólo tenían más de 50.000 hombres las fuerzas paraguayas desde que empezó la guerra, sino que bloqueó completamente el país, miles de paraguayos tuvieron que dedicarse á formar reservas de batalla, á construir baterías flotantes y vapores, á componer barcos averiados, á fundir cañones, á fabricar armas, municiones y uniformes: y por sobrios que fueran, tenían que vivir. Los que no atendían á la guerra, habían de cultivar el suelo y transportar los productos.

En 1887, el censo daba 239.774 habitantes, según lo cual, se perdió en la guerra más de un millón de hombres: las cuatro quintas partes de la población. Sin embargo, las evaluaciones oficiales daban 333.000 individuos. Otros escritores dicen que había en 1890, 500.000 habitantes, sin contar á los 30.000 indios de la llanura del Chaco. La inmigración va contribuyendo á acrecentar la población, y parece que cada año llegan próximamente unos 1.000 emigrantes. Los datos oficiales del 1905, dan al Paraguay un número de 635.572 habitantes. Los inmigrantes que más abundan son los argentinos: también van brasileños de las alturas, por el Guazú, y hay representantes de otras naciones de ambos mundos, especialmente de Italia. Los censos indican que nacen más hembras que varones, fenómeno común en el Japón, pero raro en todas las comarcas donde se hacen estadísticas escrupulosas, aunque Azapa ya mencionaba el hecho á fines del siglo XVIII, fijando la proporción de 14 hembras por 13 varones.

Encuéntranse los paraguayos en un período económico semejante al de los mamelucos del Amazonas y de los indios del interior del Brasil. Su labor más lucrativa es la tala de los bosques. En el Chaco, al Oeste del río no hay más industria que esa, y los bosques de árboles de caucho de las fronteras del Brasil, aún no han sido explotados. Se considera que el Paraguay ejerce el monopolio de la hierba mate (*ilex paraguariensis*), aunque los Estados meridionales del Brasil exporten mucha; pero en el comercio, la hierba de Matto Grosso pasa por el Paraguay y se da como oriunda de éste para darle mayor valor comercial. En el territorio de las Misiones aprendieron los jesuitas de los indios el uso de la bebida mate, y gracias á sus relatos se propagó la afición á ella por la parte meridional del continente americano. El *chá guaraní*, traducido por hierba en español, no es realmente hierba sino un arbu-to, un árbol á

veces de la altura de un naranjo, aunque de tronco más delgado. A orillas del Iyatini, afluente del Paraná, hay *cáa* de un metro de circunferencia y ocho de altura. Hay tres especies en el Paraguay, semejantes á las *congouhas* de las mesetas brasileñas, y el área de la planta abarca desde las Minas meridionales hasta las fronteras de Río Grande del Sur, y desde el mar hasta el río Paraguay. La mejor es la que se recolecta en los bosques de Maracajú. Cultivábanla los indígenas bajo la dirección de los jesuitas, produciendo el *cáa mini*, mejor que el *cáa nana*. Parece que el arte agrícola ha sufrido retroceso, pues en el Paraguay no hay ahora más que *mate* silvestre, y en vez de establecer plantaciones, se derriban los árboles para coger las hojas. Las plantaciones principales están lejos de las ciudades, y los hierbateros tienen que hacer viajes largos para recoger la planta, que ponen á fuego lento para desecarla y crispar las ramitas y hojas, pulverizándolas luego para darlas al comercio. El mate cocido es un estimulante y un alimento que evita la desnutrición. La mitad del mate paraguayo es para el consumo interior y la otra mitad para la exportación.

Las naranjas son el segundo producto agrícola del Paraguay. El naranjo-apepis da una fruta algo agria y nace en medio de los bosques, lejos de las habitaciones humanas. Han dado muy buen resultado las variedades introducidas por los colonizadores, y todas las casas tienen naranjales, cuyo fruto es de más agradable sabor que las demás naranjas del mundo. La falta de comunicaciones no permite exportar mucha naranja, cuyos principales puertos de salida son Asunción y Villeta. Suele utilizarse para hacer vinos y aguardientes, y extraer esencias de las hojas y flores.

Hay poco terreno cultivado en el Paraguay, pues se calcula en la 400.^a parte del territorio. Las mujeres se ocupan en el cultivo del maíz. Menos abundan el maníoco y el arroz. Se crían algunas parras, pero no hay verdaderos viñedos. Cada aldeano posee su campo de caña dulce, del cual saca azúcar y ron impuros. El café da buen producto, pero se prefiere generalmente el del tabaco, que se considera tan bueno y aromático como el de la Habana. El consumo del tabaco en el Paraguay es mayor que en parte alguna, pues equivale á 11 kilogramos por habitante.

Desde la guerra han disminuido muchísimo las cabezas de ganado, aunque se importan muchas de Matto Grosso y Corrientes. Se crían algunos caballos, pocos carneros, cabras y

cerdos. Una hierba venenosa imposibilita el crecimiento de la ganadería de ovejas. El *mal de cadeira* mata muchos caballos, mulos y burros en el Chaco paraguayo.

Después de la guerra, abandonada casi toda la superficie del Paraguay, vino á constituir un dominio público, que puso en venta el gobierno, y sobre el cual se arrojaron especuladores argentinos, ingleses y norteamericanos, sin respetar aquellos terrenos que venían siendo cultivados de generación en generación por los guaraní, aunque sin haberse cuidado de sacar títulos de propiedad. Por esto ahora casi todo el terreno está en poder de banqueros de Nueva York, Londres y Amsterdam.

Exceptuando los talleres de Asunción, no hay verdadera industria en el Paraguay. Sólo posee la nación alrededor de la capital y sus arrabales, algunas fábricas de harinas, de tejas, de jabón y destilerías. Pero el guaraní es muy hábil, y sabe tejer muchas telas, especialmente una finísima, llamada *nanduti* ó tela de araña. Los recursos mineros de la comarca son muy escasos.

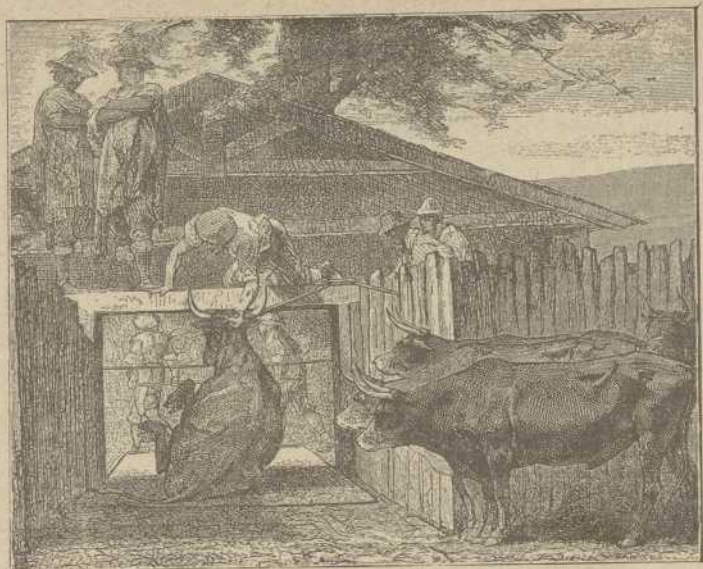
Se han abierto nuevamente por entre los bosques, los caminos carreteros que destruyó la guerra, y los ríos se utilizan también para el transporte de productos. Los vapores de Buenos Aires suben por el Paraná hasta Encarnación, y más arriba luchan otras embarcaciones menores con los rápidos, hasta Tacuru-Pucú y Goicocheas. Más activa es la navegación por el río Paraguay, especialmente cerca de Asunción. El correo ha progresado mucho desde que entró el Paraguay en la Unión Postal y empezó la inmigración. Al terminar la guerra, se empezaron á abrir de nuevo las escuelas que primitivamente estaban dirigidas por los jesuitas, y durante el periodo dictatorial, organizadas casi militarmente.

La Constitución política divide los poderes (como en todos los pueblos modernos), en legislativo, ejecutivo y judicial. Las agrupaciones municipales constituyen *partidos*, primeros núcleos políticos, administrativos y judiciales. Los extranjeros son electores y elegibles para los cargos concejiles. Al frente de cada *partido* hay un *jefe político* y un juez de paz. Discuten las leyes dos Cámaras (elegidas por sufragio universal), excepto el presupuesto, votado solamente por la de diputados. Hay un Tribunal Supremo, con tres miembros, asesorados por varios jueces. Ejerce el poder ejecutivo un presidente nombrado cada cuatro años, el cual designa cinco ministros. La religión del Estado es el catolicismo, pero se admite la libertad de cultos.

El ejército puramente nominal, se compone de 600 á 650 hombres. El Paraguay está dividido en 23 distritos electorales, fuera del Chaco, que constituye una división especial (1).

(1) Principales poblaciones de Paraguay con su número aproximado de habitantes.

HABITANTES		HABITANTES	
Asunción.....	25.000	Villa Concepción.....	7.000
Aregua.....	6.000	Villa Encarnación.....	10.650
Arroyos y Esteros.....	6.000	Villa Florida.....	2.000
Caazapa.....	6.000	Villa Humaita.....	6.000
Caraguatay.....	4.500	Villa Oliva.....	6.000
Itapúa ó Encarnación...	10.000	Villa Rica.....	8.000
Itaugua.....	7.000	Villa del Rosario.....	3.000



Un matadero de bueyes. (Dibujo de Maillard.)

URUGUAY

I

El Uruguay, que es la más pequeña de las Repúblicas sud-americanas, suele ser llamado también República Oriental, lo que es testimonio de su dependencia histórica respecto á la Argentina, puesto que esa expresión no es verdadera más que para los habitantes de la parte occidental, es decir: para la gente de Buenos Aires y de la Mesopotamia Argentina. Bajo el régimen colonial, el territorio de que hablamos formaba parte de las posesiones españolas, y después de proclamada la independencia, fué provincia de la confederación platense hasta 1815. Pero si los ribereños de la izquierda de la Plata creían que la parte oriental pertenecía por naturaleza á su misma región, y debía constituir el mismo Estado, los brasileños veían también en este territorio peninsular, limitado por el Océano, el estuario de la Plata y el río Uruguay, el apéndice necesario de su inmenso dominio. Por eso, el puesto de Colonia situado frente á Buenos Aires, fué disputado enérgicamente en los siglos xvii

y XVIII entre ambos reinos ibéricos, y para poder copar á los portugueses fundaron los españoles en 1724 la ciudad de Montevideo.

En 1821, aprovechándose los brasileños de los disturbios en la República de la Plata, consiguieron anexionarse el Uruguay, al cual llamaron provincia Cisplatina, poseyendo seis años todo el litoral americano entre el Amazonas y el Plata, los dos ríos mayores del continente. Durante otro período de tres años, formó parte de nuevo el Uruguay de la Confederación Argentina y al emanciparse, se convirtió en teatro de la «guerra grande» que duró de 1836 á 1852, después de la cual fué una vasta soledad el país asolado. Mientras lucharon los aliados con el Paraguay, el pequeño Estado del estuario conservó su autonomía sólo por ficción política, porque tuvo que admitir un presidente, impuesto por los brasileños vencedores. A la rivalidad de los grandes Estados vecinos debe su constitución en República independiente, y cada suceso que ocurre más allá de sus fronteras repercute en seguida en este país intermedio, que ha debido tomar parte, á su pesar, en las guerras civiles que ha habido en la República Argentina y en Río Grande do Sul. A pesar de este equilibrio inestable, el país ha progresado mucho desde la guerra grande. La población se ha decuplicado durante el siglo XIX y el valor total de los productos ha crecido en mayor proporción, pues pocas comarcas están más favorecidas por la naturaleza en terreno, clima y posición comercial.

El Uruguay, que por tres partes da al agua (mar, estuario y río), está bien limitado por los tratados en su frontera septentrional, en el Este por el río Chuy, la Lagoa Mirim y el Jaguarao, y en el Oeste por el río Quarain. Encerrado en estos límites, el país sería fácil de explorar completamente y se le conoce de un modo general, por haberse establecido plantaciones y pueblos en todo el territorio; pero el relieve del suelo y las posiciones respectivas de los lugares no se han estudiado con bastante precisión. Los campos han sido medidos de extremo á extremo de la República, pero carece todavía de un mapa digno de este nombre.

II

Montañas, ríos, clima, flora y fauna.

Las alturas de la República Oriental que en ninguna parte pasan de 600 metros, pertenecen al mismo sistema montañoso

de Río Grande do Sul. Las crestas suelen llamarse cuchillas aunque no presenten aristas agudas, sino lomas largas de pendientes suaves. Las ondulaciones del terreno ocupan la mayor parte del territorio y se descomponen en centenares de masas distintas entre los ríos y los arroyos. Extiéndense llanuras irregulares al pie de estas colinas que parecen altas por el contraste y cuyas pendientes superiores se elevan grises y peladas por encima de la zona de verdor. Algunas cordilleras se forman entre las cuencas fluviales, como la Cuchilla de Haedo que se prolonga al Sudoeste hacia Paysandú, y la Cuchilla Grande, que bajando gradualmente de Norte á Sur, proyecta en el mar algunos promontorios peñascosos. Entre Montevideo y Maldonado, el último eslabón se llama Sierra de las Animas. En estas regiones del Norte hay yacimientos de oro, plomo y cobre, y ágatas y amatistas que usan los talladores de piedras preciosas.

La corriente que ha dado su nombre al Estado es un río ya poderoso delante de la ciudad de Salto, donde forma una cascada que detiene, excepto en grandes crecidas, la navegación de los vapores. Pero aún no ha igualado por completo su cauce y los escollos llamados *boralitos* hacen difícil la navegación para los buques grandes. En aguas bajas, el río no pasa de 3 metros, encima del Hervidero. Más abajo, conserva el río el aspecto pintoresco de sus riberas altas, de sus colinas cubiertas de bosquecillos, de sus recodos bruscos, con paisajes cambiantes, pero la profundidad de su canal lo convierte en un estrecho. Más abajo de Paysandú, donde su anchura llega á 600 metros, toma el carácter de un estuario por la lejanía de sus riberas que se desarrollan paralelamente á muchos kilómetros de distancia. Las dos orillas son muy diferentes. En esta parte de su curso la Argentina del Oeste es baja, en ciertos lugares pantanosa y sigue recta hasta el extremo horizonte; en cambio la del Este se escalona en terraplenes y colinas. Indudablemente el Uruguay se unía en otro tiempo con el Paraná á través de la llanura lisa, y luego gradualmente se ha ido dirigiendo hacia el Este, royendo sin cesar la base de los promontorios para arrojar sus residuos á lo largo de la orilla derecha. Es un ejemplo del fenómeno de erosión normal que conforme á la ley de Baer, hace que los ríos del hemisferio meridional invadan la izquierda de su corriente, mientras los del hemisferio del Norte invaden la derecha.

Otro contraste de ambas vertientes es el de los ríos tributa-

rios, que son mucho más caudalosos en la parte oriental. El Río Negro, que es el más abundante, abarca en su cuenca la mitad del territorio de la República, y se le llama así, no por el color de sus aguas, como á sus homónimos de la cuenca del Amazonas, sino por lo bien que refleja las sombras. Claro y límpido, difiere de los ríos diversamente cenagosos llamados Verde, Colorado y Bermejo. El Río Negro del Uruguay, acrecentado con el Tacuarembó y el Yi, corre de Noroeste á Sudeste; pero al llegar cerca del río donde desagua, se dirige al Sur y limita con el Uruguay una larga península llamada Rincón de Gallinas. Es un cercado natural que desde los primeros tiempos de la colonización apreciaron los ganaderos como encerradero de ganados. Más abajo de la confluencia, el Uruguay casi deja de ser río. Forma un lago donde apenas se nota la corriente, y que suben con facilidad los barcos de vela, gracias á las brisas marinas. En el paso más estrecho, delante de Higueritas, su cauce tiene 2 kilómetros de ancho. La alta villa oriental da aspecto pintoresco á este estuario, al cual afluyen las aguas del Paraná durante las grandes crecidas. Los riachuelos laterales abren anchas bahías donde pueden entrar los barcos. En la corriente baja del río, más arriba del islote de Martín García, el Paraná mezcla sus aguas con las del Uruguay. El Paraná constituye el verdadero afluente por sus ramificaciones laterales, aunque en conjunto es más caudaloso. Tarde ó temprano, en la historia hidrológica de la tierra, cuando los aluviones procedentes de las montañas y la llanura hayan cegado el estuario del Plata, el Uruguay no será más que un afluente del Paraná. Ahora conserva una semi independencia, y en anteriores épocas geológicas fué río completamente aparte. Fuera del Uruguay, la República Oriental no tiene más que riachuelos costeros y algunos ríos que por la Lagoa Misin y el San Gonzalo, pertenecen á la vertiente brasileña de Río Grande. El Cebollati, el Tacuari y el Yaguarón (Jaguarao), que forma la frontera, tienen pantanos en la orilla de su corriente inferior, y según sea la estación seca ó lluviosa se prolongan en el lago ó se extienden por las tierras inundadas.

Casi completamente rodeada de agua, la República Oriental disfruta un clima marítimo, comparada con la región de las Pampas, pero sus extremos presentan una gran diferencia, que en Montevideo llega á 40 grados. Correspondiendo la latitud de Montevideo á la de Argel, presenta aquella ciudad la alternativa normal de las cuatro estaciones; pero el invierno es tan

suave, que los habitantes no distinguen más que entre la mitad cálida del año, que empieza en Octubre, y la fresca desde Mayo á Septiembre. Sucede á veces, aunque excepcionalmente, que el termómetro llega más abajo del punto de congelación, por la irradiación que se produce en un cielo claro. En lo interior de las tierras, los calores estivales parecen intolerables á veces porque los incendios devoran las malezas, extendiendo en lontananza grandes humaredas. El mayor inconveniente de la temperatura uruguaya procede de la diferencia entre el fresco de la mañana y el calor del medio día. Esta diferencia no suele pasar de 6 grados por término medio, pero se eleva á veces á más de 15 y 18 grados. Tal diferencia en ocho horas puede ser muy peligrosa para los recién llegados. En primavera, especialmente, las diferencias son mayores, y más áspero el viento.

En el valle del río Uruguay, la marcha de las corrientes atmosféricas suele ir de Norte á Sur ó al revés, pero en la parte del litoral que mira directamente al mar, el alisio normal del Sudeste sopla casi constantemente durante la estación cálida. También domina durante la fresca, aunque lo interrumpen los vientos del Norte y el pampero que viene del Sudoeste. Éste, que es el más peligroso, pero que renueva más la atmósfera, es vivificador por excelencia, limpia el cielo de todos los vapores acumulados por los vientos terrestres, se lleva el polvo y la niebla, y con algunas heladas mata á los insectos nocivos para la vegetación. Á veces trae tempestades el alisio, y entonces se le llama *su-estada*. Le acompañan siempre grandes lluvias, y á veces truenos y relámpagos.

En el litoral uruguayo suele ser húmedo el aire, de modo que el rocío cae en abundancia, y en cuanto se pone el sol, el vapor de agua sobrante se resuelve en finísima lluvia á manera de niebla invisible, cuya presencia se conoce en una capa de humedad que cubre los trajes y el suelo. También caen chaparrones, y aunque hay menos días lluviosos que en la Europa occidental, la caída anual de agua pasa de un metro, pero de un año á otro hay grandes diferencias. No hay estación lluviosa bien marcada, y cuando más llueve es en los períodos de transición entre el calor y el frío. En el litoral, á la lluvia acompañan las tormentas, y casi siempre el granizo.

No es la flora del Uruguay tan rica como la del Brasil meridional, á lo menos hacia la depresión que recorre el Jacuhy. Las palmeras silvestres, especialmente el *cocos yatás*, se ven todavía en las orillas é islas del río Uruguay junto á los tacua-

ras ó bambúes brasileños, pero desaparecen al Sur de Rincón de Gallinas. La selva escasea en el interior, y ya no presenta la maravillosa variedad que se nota en el Brasil. Ni adornan los bejucos la arboleda, ni se encuentra la araucaria de los campos. Al Sur se extienden llanos pelados sin árboles ó dominados por un ombú solitario, que es el árbol de la pampa platense.

La fauna se parece más á la argentina que á la brasileña. El mono aullador, que se ve todavía en los bosques del río alto, desaparece en los distritos ribereños del bajo. Tampoco hay caimanes en los estuarios, pero en cambio se encuentran serpientes de cascabel hasta en las cañadas roquizas de Minas y Maldonado. Escasea el avestruz silvestre, pero abundan en las granjas los domesticados. Hay muchos peces en las aguas platenas que bañan las costas, y durante el bloqueo de nueve años que sufrió Montevideo, de 1843 á 1851, se alimentaban principalmente los sitiados del producto de la pesca, á pesar de que no utilizaban más que el espacio angosto cercado por la escuadra enemiga. Cerca de Maldonado abre agujeros en la tierra un cangrejo terrestre, análogo al *cáncer ruricola* de Jamaica.

III

Habitantes. Ciudades.†

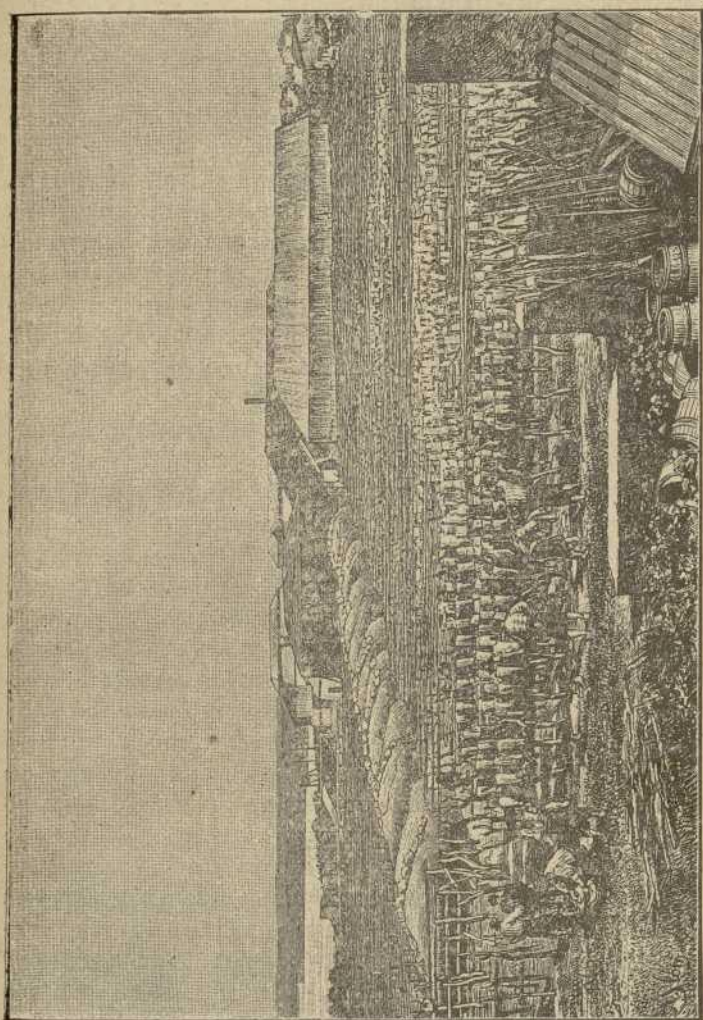
Cuando llegaron los españoles á la cuenca del Río de la Plata, la región peninsular bañada al Sur por el golfo estaba poblada por diversas tribus indias, que quisieron esclavizar los recién venidos. Lo lograron con algunas, quizá de origen guaraní, que vivían en la orilla izquierda del Uruguay y en sus islas. Los yaros, los bohanos y los chanas, se sometieron también á los invasores y desaparecieron pronto, ya por los cruces, ya por las luchas que tuvieron que sostener con los indios libres. Éstos, llamados charrúas, eran los indígenas más hermosos. Más altos que los europeos, sobrios, ágiles y fuertes, de vista y olfato muy finos, graves siempre y muy serenos, nunca se quejaban, aunque los matasen. Eran muy valientes, y los españoles tuvieron que conquistarlos paso á paso. Para luchar con semejante enemigo, los invasores no colonizaban el territorio más que estableciéndose en campamentos fortificados. Empezaron á combatir los charrúas con flechas y mazas, pero cuando se hubieron propagado los caballos por el país,

aprendieron el uso de la lanza y el lazo, como las tribus de la Pampa. A mediados del siglo xvii fueron rechazados al Norte del Río Negro, pero recibieron el refuerzo de los indios minuanos que, no habiendo podido sostenerse en las orillas del Paraná, atravesaron el río Uruguay. Decía Azara que los charrúas eran 400 guerreros, y habían costado á España más sangre que todas las huestes del Inca y de Motezuma. En 1831 fueron vencidos y apresados definitivamente. Se cometió la iniquidad de vender algunos á un empresario de circo ambulante, y el último de aquellos desdichados murió en un hospital de París. Indudablemente la sangre de los charrúas como la de los demás indios de la comarca, corre por las venas de los uruguayos. La mezcla de razas se ha hecho en el Uruguay primero entre soldados españoles y mujeres indígenas, y luego entre sus descendientes mestizos y los inmigrantes de todas naciones que en los años de comercio activo llegan á millares al puerto de Montevideo. El tipo oriental es uno de los más hermosos hispano-americanos. Sus mujeres son famosas en el mundo por su belleza.

Al salir del Brasil, baña el río Uruguay el pueblo de Santa Rosa, frente á Monte Caseros. La ribera oriental está poco poblada hasta llegar á la población de Salto, llamada así por la cascada del río. Esta población, la tercera de la República, ocupa un lugar indicado para depósito comercial, porque los vapores del río bajo forzosamente tienen que detenerse allí, salvo en el período de crecida, para dejar pasajeros y mercancías. Construída sobre varias colinas, y escalonada en anfiteatro sobre ancho ribazo fluvial, presenta Salto un aspecto grandioso, aunque hasta mediados del siglo xix fué humilde pueblecillo, cuyas primeras casas se construyeron en 1817. En realidad, forma Salto una sola población con Concordia, situada en la orilla argentina. Entre ambas ciudades tiene el río un kilómetro de anchura. Al Sur se abre el valle del río Daymán con plantaciones pertenecientes á propietarios ingleses, y que lleva el nombre de uno de ellos.

Paysandú, situada en la misma orilla, es más antigua que Salto. El cura Sandú la fundó en 1772, agrupando á su alrededor algúdas familias. Ocupa una situación análoga á la de Salto, en una altura sobre la orilla del río, á la subida de un valle con huertas y cercados de ganaderos, casi frente á Colón (que pertenece, como Concordia, á la Argentina). Paysandú alardea de ser la ciudad del progreso en el Estado uruguayo, pero esa

ambición le ha costado frecuentes infortunios. En 1864 fué casi completamente destruída por una escuadra brasileña, pero luego ha recuperado su actividad y riqueza. Participa de la indus-



Un tendero de carnes en el Uruguay. (Dibujo de Siom).

tria, cuyo centro principal en los Estados platenses está aguas abajo, en Fray Bentos, llamado oficialmente Independencia. En 1863 era Fray Bentos una capilla rodeada de algunas chozas, cuando un especulador hábil designó este litoral para estable-

cer una fábrica de conservas, donde se prepara el famoso extracto de carne Liebig. El sitio está admirablemente elegido por la facilidad para la llegada de ganados por el alto Uruguay, el Paraná, el Gualeguaychú ó el río Negro. La fábrica de extracto de carne, que es una ciudad en pequeño, tiene una población de 2.000 individuos, y en la estación propicia se matan en ella unos mil animales diarios. El movimiento de cambios exigido por el enorme saladero ha hecho de Fray Bentos el tercer puerto de la República, y en ciertos años el segundo.

El río Negro que desagua en el Uruguay más abajo de la península de Fray Bentos, riega la mitad del territorio oriental, y pertenecen á su cuenca algunas poblaciones importantes, como Ribera, situada en la fuente de uno de los principales tributarios y que forma una sola ciudad con Santa Anna de Libramento, situada en territorio brasileño. Una frontera ficticia separa ambas poblaciones y ambas repúblicas. El río que nace allí, llamado Cuñapirú, fué célebre cuando un aldeano encontró en él algunas pepitas de oro lavando la arena. Muchos mineros fueron al río y á los valles vecinos, de los cuales sacaron grandes cantidades de oro, pero una Compañía francesa, después de haber perdido allí los millones de sus accionistas, tuvo que abandonar esta empresa.

Tacuarembó, que antes se llamaba San Fructuoso, es un pueblo rural rodeado de melocotoneros, y sirve de depósito al comercio del Norte. Durazno, junto al río Yi, á igual distancia que Tacuarembó y Montevideo, se ha transformado de colonia militar en mercado agrícola. En 1828 se habían establecido allí muchos indios del territorio de las Misiones, expulsados por los colonos brasileños, pero en vez de dejarles cultivar el campo, se los alistó, y casi todos perecieron en las guerras civiles del Uruguay. Uno de ellos fué el general Flores, al cual hicieron jefe de la República, en 1865, los invasores brasileños. Mercedes se encuentra á poca distancia de la desembocadura del Río Negro, donde empieza la navegacion de los vapores. Soriano, en la misma confluencia, ha prosperado poco, aunque está favorablemente situada á la orilla del río que allí se confunde casi con el estuario. Sus primeras casas se fundaron en 1624, un siglo antes que Montevideo, y todavía existe la capilla fundada por Bernardo de Guzmán para agrupar en torno á los indios chanos, que habian pedido á los españoles protección contra los charrúas.

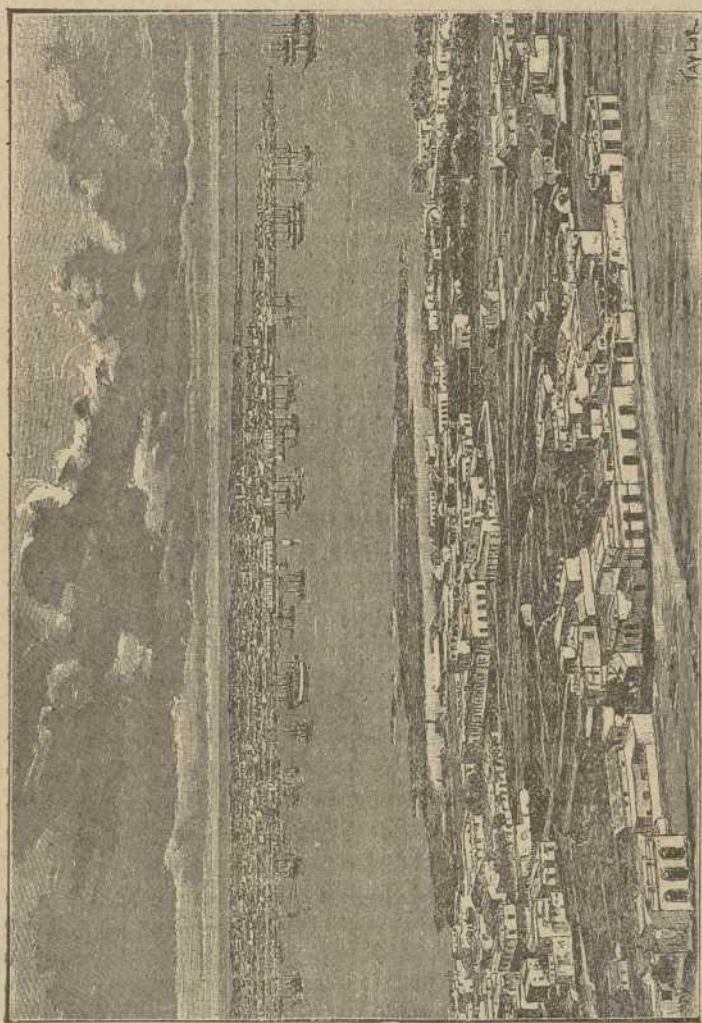
Los pueblos de Higueritas, ó Nueva Palmira y de Carmelo, ó

las Vacas, se suceden frente á las bocas de Paraná, donde el estuario se reduce de 10 kilómetros de anchura á 21, limitando una rada excelente. Escuadras enteras podrían resguardarse en aquella concha, de 20 metros de profundidad. Al Sur, algunos islotes cenagosos preparan la cegadura del estuario y se unen con el islote de Martín García. Al extremo de un promontorio se ve la famosa población Colonia del Sacramento, frente á Buenos Aires. A veces, poco antes de las tempestades, se ven desde Colonia la lejana ciudad y sus buques vueltos al revés, gracias al espejismo. La ciudad no es grande, aunque es, después de Higueyitas, el mejor fondeadero del estuario platense, donde pueden anclar en todo tiempo los buques, por lo cual fué disputada en 1679, después de su fundación, por el portugués Manuel Lobo, que la convirtió en albergue de contrabandistas. No muy lejos fué muerto el gran navegante Solís por los charruás, junto al arroyo Martín Chico. De Colonia han salido, justificando su nombre, varias colonias agrícolas pobladas de inmigrantes europeos. Una, llamada por sus habitantes suizos Nueva Helvecia, se fundó en 1862: los que viven en Valdense son valdenses del Piamonte. En Cosmopolita abundan los italianos.

San José, edificada junto al río de su nombre, al Noroeste de Montevideo, puede considerarse que pertenece á las afueras de la capital, y la fundaron asturianos á fines del siglo xvm. Fué capital del Estado en 1825 durante la guerra con el Brasil, y siempre ha sido el objeto de todas las guerras civiles, pero ha prosperado lo mismo que Florida, situada en la misma cuenca fluvial, á orillas del Arroyo Pintado, atravesado por un hermoso viaducto del ferrocarril del Norte. Le han dado su nombre los muchos jardines, bosquecillos y casas rodeadas de flores. No muy lejos, á orillas del río Santa Lucía, recuerda Ituzaingo la victoria decisiva ganada por los argentinos en 1822 contra los brasileños.

Montevideo, capital de la República, con 268.000 habitantes, no es la población más antigua. Zabala, gobernador de Buenos Aires, construyó sus primeras casas para posesionarse de la orilla oriental del estuario y anticiparse á los invasores portugueses; pero durante algunos años no fué la nueva fundación más que un puesto militar. Los primeros colonos llegaron de Galicia y Canarias en 1726, y se agruparon alrededor del fortín. Los barcos cargados de vino y otros productos no podían descargar sus mercancías como no desembarcaran al mismo tiempo familias de colonos. La abolición del monopolio comercial

de Cádiz, en 1778, y la apertura del puerto de Montevideo al comercio libre, atrajeron muchedumbre de extranjeros, y a fines del siglo la nueva ciudad ocupaba el primer lugar entre



Vista de Montevideo y su puerto. (Dibujo de Taylor).

las poblaciones marítimas de la América del Sur. Luego vinieron los días penosos de la revolución y la independencia, y Montevideo fué la ciudad platense que más padeció, aunque salió noblemente de las pruebas. Desde 1842 hasta 1851, el partido

de los «colorados», con los italianos de Garibaldi y los vascos-franceses, defendieron valientemente la «Nueva Troya». El general Uribe, lugarteniente de Rosas, levantó el sitio después del desastre sufrido por su jefe en Monte Caseros, y los platenses proclamaron el principio de la «libertad de los ríos», defendido por Montevideo contra Buenos Aires. Desde entonces se ha engrandecido aquélla, aunque sin igualar á ésta, que es capital de una comarca más extensa y centro de mayor comercio. Montevideo viene á ser en población la cuarta ciudad de América Meridional; y sin embargo á principios del siglo xix no tenía más que 3.500 habitantes.

Está muy bien situada en una península alta que avanza hacia el Oeste. Al Norte se abre una bahía semicircular, terminada frente á Montevideo por un promontorio, donde se yergue un cerro de unos 148 metros de altura, que indica á los buques la entrada del puerto. Expuesta á las brisas frescas del mar, y dominadora de un hermoso horizonte, es Montevideo una de las ciudades americanas de aspecto más lindo. Construída formando pendiente, en la ladera de la colina peninsular, escalona sus casas en anfiteatro, y desde las azoteas se ve el puerto, la bahía y la rada. Las casas suntuosas tienen miradores. Las construcciones, á las cuales no amenazan los terremotos como en Chile, han podido alcanzar mayor altura que en Valparaíso, pero ha habido que ahorrar espacio en anchura. La población se amontona en pisos superpuestos, y en esto parece una ciudad europea. Las ventanas de los pisos bajos tienen rejas como en España, y en los patios hay fuentes y arbustos. Elévanse hermosos edificios, bancos, teatros y Bolsa en la parte baja del promontorio urbano, en medio del espacio que antes encerraban las fortificaciones españolas. La capital del Uruguay posee todos los establecimientos de una ciudad de primer orden. Merece mención su Universidad, á cuyas clases concurren muchos estudiantes de derecho, futuros políticos y legisladores. Las calles tienen tanta animación como las de cualquiera capital europea, y por el movimiento de sus tranvías rivaliza con Río Janeiro y supera á París.

El puerto de Montevideo parece que se ha deteriorado mucho desde que los españoles lo ocuparon: los aluviones cenagosos han ido cubriendo el fondo alrededor de la bahía; conforme aumentaba el tonelaje de los barcos, disminuía el espesor del agua, y hoy es temible su puerto tan ponderado antiguamente. Algunos trabajos de mejora se han hecho, según demuestran

los planos levantados en distintas épocas; se han edificado malecones, se han construído rompeolas, se han elevado muros que sirven de paseos, se han abierto conchas al pie del cerro; pero el oleaje del Sur entra libremente en el puerto y no ha habido aún dinero para hacer un dique de defensa. No entran en el puerto más que buques de 3 ó 4 metros de calado, y los vapores transatlánticos tienen que quedarse fuera, en un mar agitado casi siempre. A pesar de los inconvenientes de la rada, el comercio ha conservado su punto de contacto con Montevideo, cuya posición geográfica, á la entrada de las regiones platen-ses, ofrece tantas ventajas. Veinte grandes líneas de navegación hacen escala en él, y pueden repararse averías importantes en las conchas de carena instaladas en la base de la colina. El lazareto que antes estaba en la isla de las Ratas, del mismo puerto, se ha trasladado á la isla de Flores, en alta mar, á unos veinte kilómetros al Este. Se trató de construir un puerto grande muy hondo en la bahía de Buceo, á 10 kilómetros al Este de Montevideo, aunque fuera de la rada, pero el proyecto era harto costoso para llevarlo adelante. La industria local, múltiple como la de todas las grandes ciudades, posee vastos saladeros en las pendientes del cerro, que exhala olor á sangre y carne. La mayor parte de las fábricas pertenece á extranjeros, y los vascongados franceses son los que más se dedican á la jardinería, cultivando excelentes viveros en las afueras. Pero la edificación invade el terreno de los jardines, y los arrabales se van extendiendo alrededor de las quintas, transformándolas en barrios urbanos. Los días de fiesta va la gente á Paso Molino, á Unión y á otros lugares de recreo. Uno de los más concurridos, el Cerrito, domina el magnífico panorama de la ciudad, paseos, puerto y rada. En verano va multitud de veraneantes á los balnearios de Playa, Ramírez y Pocitos, al Este, en la ribera oceánica. Los ferrocarriles que irradian de Montevideo la ponen en relación con todos los puntos importantes del litoral marítimo y fluvial. Algunas de estas poblaciones, situadas en el departamento de Canelones, que rodea al de Montevideo al Noroeste y al Este, como Piedras, Canelones, Sauce y Pando, sirven de residencias á los numerosos negociantes de la ciudad. El agua pura que alimenta á la capital, viene del río de Santa Lucía que corre por un cauce granfíco á 53 kilómetros al Norte. El depósito, establecido en Piedras á 30 metros sobre el nivel del mar, contiene de 12 á 15 millones de litros.

Maldonado, á orillas de una bahía semicircular, que se parece

á la de Montevideo, defendida al Este por la punta meridional de la costa uruguaya, tiene fondeadero mejor que el de la capital, pero demasiado lejos de la entrada del Río de la Plata, por lo cual lo visitan los buques pocas veces, excepto cuando alguna revolución hace peligrosa la estancia en Montevideo. La población fué fundada por españoles de Río Grande, expulsados por los portugueses, y allí desembarcaron los buscadores de oro y piedras preciosas, ansiosos de enriquecerse en las venas metalíferas, cuya capital es Minas, al otro lado de las colinas que limitan al Norte les vertientes de Maldonado. Pero El Dorado todavía no ha entregado su tesoro. Varios faros alumbran la costa vecina que forma el ángulo del continente entre el estuario y el Atlántico. Era necesario encender de nuevo otro faro situado en la isla Lobos, cerca del cabo Maldonado, pero el propietario de las pesquerías, temeroso de que la claridad asuste á los cetáceos, alcanzó del Gobierno que se apagara la luz. Se capturan focas en toda la costa comprendida entre Maldonado y el cabo de Santa María. Cuenta Muratori que antes se acercaban las focas á los buques, examinando atentamente á los hombres, y rechinando los dientes como los monos.

Rocha, principal ciudad de la costa oceánica, no está en el litoral, sino junto á un estanque separado del mar por una aguja de arena. Las mayores aglomeraciones de la vertiente están en la cuenca de desagüe de la laguna Mirim y son: Treinta y Tres, llamada así en recuerdo de los 33 héroes que atravesaron el río Uruguay en 1825, después de haber jurado expulsar á los brasileños; Nico Pérez, en el ferrocarril de Montevideo á Río Grande de Sal; Melo ó Cerro Largo, de gran porvenir para la explotación de granito, pórfido, cobre, plomo y hulla; y Artigas, que constituye una sola ciudad con la brasileña Jaguarao, situada en la orilla opuesta del río Yaguarón.

IV

Población, Industria, Comercio y Administración.

La población de Montevideo ha crecido muy rápidamente á pesar del largo sitio que sufrió la ciudad y de las guerras civiles que frecuentemente asolaron los campos, y puede calcularse que el número de habitantes se duplica en diez y ocho ó diez y nueve años según las oscilaciones causadas por disturbios

políticos, epidemias y flujo y reflujo de la inmigración, la cual entra por mitad en tan considerable aumento. Mayor sería éste si se quedaran en el país cuantos en él desembarcan, pero muchos pasan del Uruguay á la Argentina. Como los expatriados del mundo antiguo son hombres en su mayoría, el sexo femenino está en minoría. Lo mismo que en el Brasil y en la Argentina, la mayor parte de inmigrantes son italianos y constituyen la séptima parte de la población, luego vienen los españoles, los brasileños, los argentinos y los franceses. Entre los primeros ocupan lugar preferente los vascongados. Éuskaros y bearneses se han agrupado en el Uruguay más íntimamente que en ninguna otra parte, aunque sin mantener el lazo nacional. La población del Uruguay, según el último censo, es de 915.647 habitantes.

La agricultura y la industria pastoral constituyen las riquezas de la República Oriental, y gracias al aumento de habitantes, campos y jardines, invaden los pastos. La recolección de trigos y otros cereales es mayor de la necesitada por el consumo local. La viña, atacada ya por la filoxera, se desarrolla sobre todo en las cercanías de Salto.

Los rebaños son realmente prodigiosos, comparados con los de las naciones europeas, pero han disminuído bueyes y caballos; en cambio han aumentado los carneros. Habiéndose reducido la superficie media de las haciendas, aunque pertenezcan todavía estancias muy vastas á propietarios aislados ó á sindicatos financieros, era natural que los animales pequeños reemplazaran á los grandes, medio salvajes.

La estadística demuestra que la mitad de los paraguayos son propietarios, y que la mitad también de la propiedad territorial es de extranjeros, generalmente vascongados é italianos. En la frontera de Río Grande, los propietarios más ricos son brasileños.

Las industrias del Uruguay son las de Europa, puesto que todos los oficios y profesiones están representados por inmigrantes en toda la fuerza de la edad y de la voluntad. La industria preponderante como en la Argentina, y en Río Grande do Sul, es la de la carne en conserva y proporcionalmente á la población y al territorio, sobrepuja el Uruguay á sus vecinos en actividad. Cuando los rebaños recorrían libremente los pastos, el trabajo más penoso en las estancias era reunir á los animales en el estrecho espacio de un rodeo, donde los peones, armados de lazos, galopaban alrededor de las bes-

tias y las capturaban sucesivamente para marcarlas á fuego con las iniciales del propietario y elegir las para la venta, la matanza ó la reproducción. Pero ese método antiguo ya no se usa más que en los departamentos del Norte. En los del Sur, donde tiene más valor el terreno, ya no se deja vagar al ganado por las sabanas; se le mete en cercados, se le vigila y se le domestica y como vale más, se le cuida mejor. Cada año se sacrifica más de un millón de cabezas, ya para el consumo local, ya para la exportación de carne, cuero y otros productos.

Muchos en ayos se han hecho para transportar directamente la carne fresca á los países extranjeros empleando aparatos frigoríficos, pero no han tenido completo buen éxito las tentativas, porque la congelación hace menos sabrosa la carne. Sigue tratándose la carne procedente de los saladeros, como en los primeros tiempos de la matanza primitiva, pero el trabajo se hace más metódicamente, mediante una sabia división del trabajo y mejores herramientas. Los animales entran en el matadero y se les va echando el lazo, cuyo extremo sale de un torno de vapor. Arrastrado el buey por un paso angosto, se detiene debajo de un travesaño donde está el matarife, que de un golpe le rompe el espinazo. El animal cae en un carro de hierro, que va pasando sucesivamente por delante de los degüelladores, desolladores, sangradores y cortadores y bien pronto cuelga la carne en los ganchos de la fábrica cuando no se la sumerge en calderas donde se verifica la separación de la grasa y los huesos. Operaciones químicas más delicadas apartan y dosifican los diversos ingredientes que sirven para fabricar el extracto de carne. Todo se aprovecha en los grandes saladeros: cuero, sebo, huesos y residuos de todas clases, que se convierten en guano.

El comercio exterior, cuyas cuatro quintas partes de exportación consisten en productos de saladeros y ganaderías, va creciendo, aunque lo hagan oscilar bruscamente las revoluciones, las epidemias y las crisis financieras. El principal cliente del Uruguay es la Gran Bretaña y luego Francia, Bélgica, Brasil y los Estados Unidos.

El Uruguay ocupa uno de los primeros lugares entre las naciones de la América del Sur en cuanto á la extensión de sus servicios postal y telegráfico. Respecto á Instrucción pública, es superior á sus dos vecinos, el Brasil y la Argentina. La mayor parte de la población es católica, aunque se practica la libertad de cultos.

Esta dividido el Estado en los 19 departamentos de Monte-

video. Salto, Artigas, Paysandú, Rivera, Tacuarembó, Durazno, Florida, Flores, Río Negro, Soriano, Colonia, San José, Canelones, Maldonado, Rocha, Minas, Treinta y tres y Cerro Largo. El Gobierno se ajusta al tipo común de las R públicas hispano-americanas: sufragio universal, dos Cámaras y poder presidencial. Lo mismo que en los demás Estados, la Constitución no es más que un documento que se ha archivado; un pretexto para juramentos no cumplidos. La fuerza, la astucia, el dinero y á veces el apoyo del extranjero han decidido el triunfo de los partidos. El ejército, que cuesta de 15 á 20 millones al año, consta de unos 4.000 hombres (1).

(1) Principales poblaciones del Uruguay con su número aproximado de habitantes.

HABITANTES		HABITANTES	
Montevideo.....	268.354	San Carlos.....	2.700
San Eugenio.....	3.300	Concepción de Minas....	7.600
Canelones ó Guadalupe..	4.000	Barriga Negra.....	3.000
Cerro Largo ó Ciudad de		Paysandú.....	20.000
Melo	7.000	Fray Bentos.....	7.000
Colonia del Sacramento..	3.000	Rivera.....	5.800
El Carmelo ó Las Vacas..	4.000	Rocha.....	5.000
Nueva Palmira.....	6.000	Salto.....	18.000
Rosario.....	10.000	San José de Mayo.....	10.500
Durazno (San Pedro de)...	8.500	Rodríguez.....	10.000
Trinidad.....	5.500	Mercedes.....	11.500
Florida.....	7.000	Dolores ó San Salvador..	7.500
Tímote.....	6.500	San Fructuoso.....	5.000
Maldonado.....	2.000	Treinta y tres.....	3.500



Paísaje de la Argentina ante el Collón-Cura. (Dibujo de Weber.)

REPÚBLICA ARGENTINA

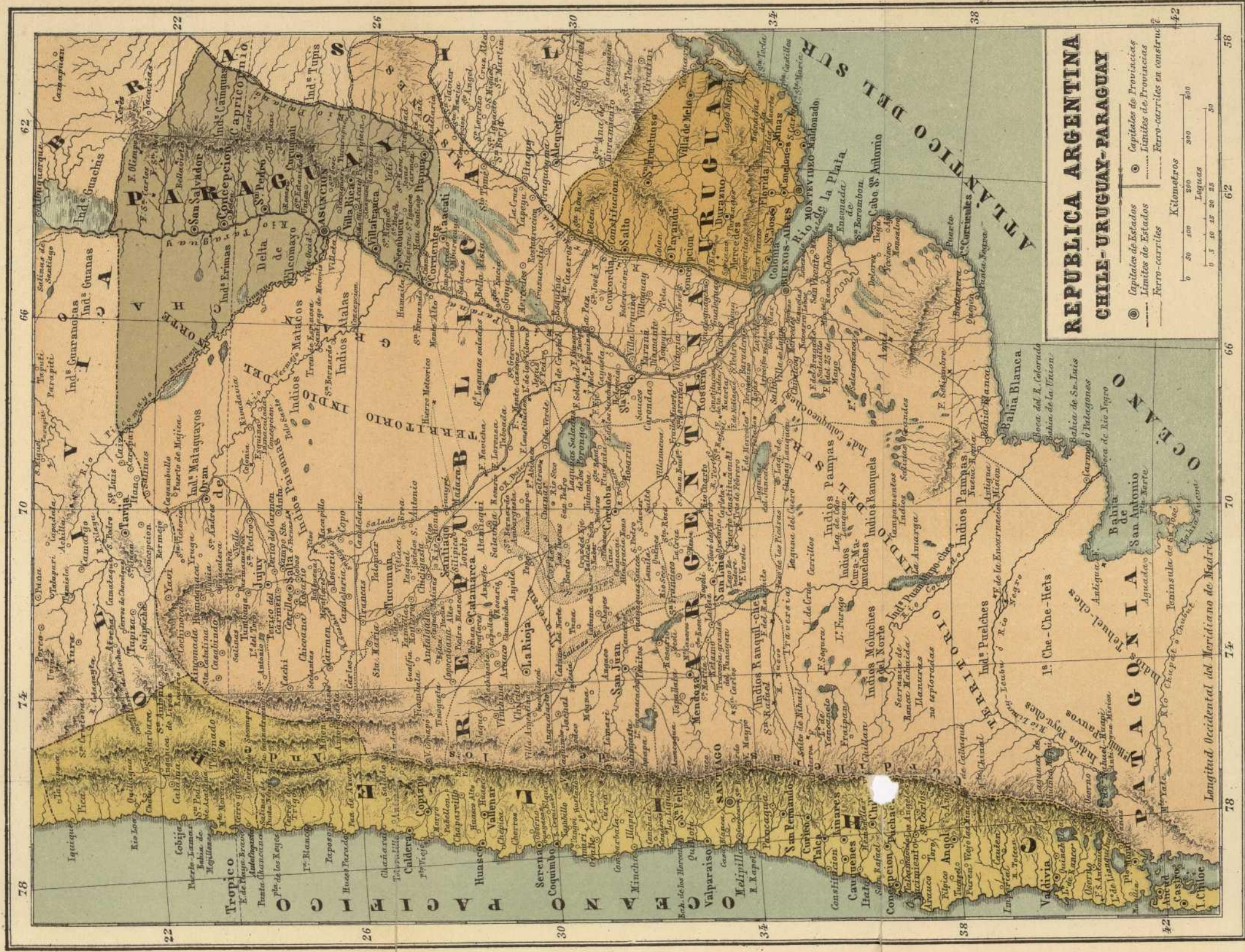
I

Exploraciones y fronteras

Por su extensión y población, es la República Argentina uno de los principales Estados de la América Meridional. El Brasil tiene mayor superficie y más número de habitantes, y quizá esté también más poblada Colombia, pero probablemente dejará atrás á ésta la Argentina en breve plazo, porque el movimiento de la inmigración, á pesar de sus oscilaciones, favorece á las regiones platenses. El hecho geográfico importantísimo desde el punto de vista de los progresos de la Argentina, es su proximidad relativa al continente europeo. A pesar de las apariencias y hasta del testimonio del mapa, las riberas de la Plata son la parte de las costas sudamericanas que ejercen mayor atracción sobre Europa. Llamán á los buques y á sus emigrantes, y se encuentra de hecho más cercana que las playas del Norte, situadas á una distancia kilométrica mucho menor. Los europeos se dirigen, sobre todo, á la región del continente sudamericano que corresponde á su comarca de origen, por los grados de latitud, condiciones medias de clima, vegetación y género de vida.

Los primeros europeos llegaron á las regiones platenses diez y siete años después de descubrir el Nuevo Mundo Cristóbal Colón. En 1509 entraban en el estuario de la Plata Vicente Pinzón y Díaz de Solís, y en 1521 Magallanes, acompañado de Pigafetta, historiógrafo de la circunnavegación, recorrió, entre la península terminal del continente y la Tierra de Fuego, el estrecho que lleva su nombre. El estuario y el estrecho bastaban para que los cartógrafos pudieran formarse idea de la verdadera forma de la costa oriental del continente; pero las abruptas orillas de la Tierra del Fuego y la Patagonia, eran demasiado inhospitalarias para que se explorara su interior. Únicamente examinaron los marinos los golfos, pasos y estrechos para facilitar la travesía entre ambos océanos. Francisco Hoces avanzó en 1527 hasta cerca del «Fin de la Tierra», pero no se fundó ninguna colonia en aquellas regiones, mientras trataban los españoles de establecerse sólidamente en las comarcas regadas por el río llamado entonces río Solís, en honor á su descubridor. Díaz Solís había vuelto allí en 1516, para encontrar la muerte á orillas de un riachuelo de la Banda Oriental. En 1528, Sebastián Cabot penetró mucho más tierra adentro, hasta el Paraguay, y fundó un fuerte donde ahora está el pueblo llamado Gaboto (su nombre italianizado), en la confluencia del Paraná y el Carcaraña. Fué el primero en conocer que el estuario de Solís y uno de los dos grandes ríos que en él desaguan, podrían ser un excelente camino para llegar á las regiones «de la Plata»; es decir, á Bolivia y al Perú. Por eso se llamó La Plata á una comarca que no se distingue por la abundancia de sus yacimientos argentíferos. Los Andes del Perú y de Bolivia son los que constituyen la verdadera *Argentina*.

Pero la colonia fundada por Cabot no pudo sostenerse. Algunos años después, el español Mendoza fué á establecerse en la costa meridional del estuario, donde hoy está Buenos Aires. Obligado por los indios á abandonar su campamento, trasladó su tropa al fortín de Carcaraña, desde el cual hicieron excursiones á los alrededores. Su teniente Ayolas fundó en la orilla izquierda del Paraguay el puerto de Asunción (que ha llegado á ser capital de Estado), y subiendo el río hasta Matto Grosso é internándose audazmente en las sabanas de la llanura, en las yungas de las estribaciones y en los bosques de los Andes, llegó al Perú, siendo el primer conquistador que atravesara por tierra el continente en toda su longitud. Siete



REPUBLICA ARGENTINA CHILE-URUGUAY-PARAGUAY

Capitales de Estados
Límites de Estados
Ferro-carriles en construcción

Capitales de Provincias
Límites de Provincias
Ferro-carriles en construcción

Kilómetros
0 50 100 200 300 400 500
Leguas
0 5 10 15 20 25 30 40 50

años después realizaba Ira!a el mismo viaje, y poseía España la vía de unión entre las dos orillas de su inmenso dominio sudamericano. En 1542, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, había hecho un viaje no menos osado, desde la costa brasileña hasta el Uruguay, siguiendo el curso de los ríos.

En 1573, Juan Garay reconstruía á Buenos Aires, logrando sostenerse allí y poblarlo, después de nuevas exploraciones. En 1579, el piloto Sarmiento, uno de los marineros más notables del mundo, había determinado el verdadero contorno de las costas magallánicas. Durante los dos siglos siguientes, se llegó á conocer toda la región comprendida entre las orillas platenses y el muro de los Andes; pero al Norte y al Sur detuvieron y rechazaron varias veces los salvajes á viajeros y colonos. Los avipones, los mocovis y los guaycurus en el Chaco y las tribus pamperas en la Patagonia, defendían su independencia con energía admirable. Los misioneros jesuitas habían logrado vivir en paz con los indígenas, enemigos de tratantes y colonos, y gobernaron el territorio de las Misiones, que hubo que descubrir de nuevo cuando ellos se marcharon. El jesuita Falkner, después de haber vivido muchos años al pie de la Sierra del Volcán, entre indios de la raza patagónica, fue el primero en descubrir el interior de las tierras en la parte meridional de las Pampas, y su obra, así como en 1722 los estudios de Forster, compañero de Cook, llamaron la atención del gobierno español, que mandó emprender nuevos viajes de exploración. En 1778, visitó Juan de la Piedra la gran bahía tempestuosa de San Matías, llamada también Bahía sin Fondo, descubriendo el vasto puerto de San José. De 1779 á 1784, los hermanos Viedma, y más adelante Malaspina, visitaron golfo por golfo todo el litoral meridional; pero sus informes quedaron sepultados en los Archivos Reales. Excursiones por el interior completaron la descripción de las costas. En 1782 había subido Villarino el Río Negro hasta la base de los Andes. Durante el mismo año, Antonio de Viedma descubrió el lago que lleva su nombre.

El iniciador del estudio científico de las regiones platenses, fué Félix de Azara, que, encargado oficialmente de deslindar las fronteras entre las posesiones españolas y portuguesas en los altos ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, no se limitó á trabajos geodésicos, sino que estudió también la naturaleza de la comarca y su historia natural. Souillac y Cruz, oficiales al servicio de España, franqueaban las gargantas de los Andes y

determinaban su posición. Pero ya se preparaba la guerra de la independencia, y ni los españoles de la metrópoli ni los del Nuevo Mundo, emancipados políticamente, hicieron más exploraciones geográficas. Gracias á la abolición del régimen colonial, los extranjeros podían colaborar ya con los nacionales. D'Orbigny se estableció en 1826 en Carmen de Patagones y luego en Corrientes, para proseguir sus investigaciones sobre el «Hombre americano», y en 1833 se realizó la memorable expedición del *Beagle* y el *Adventure*, relatada por Darwin en un libro que ha hecho época en la historia de las ciencias. Otro zoólogo inglés, Dalton Hooker, acompañando á la expedición de los buques *Erebus* y *Terror*, estudió la historia natural de la Tierra de Fuego y describió la flora antártica.

La geografía de la Argentina propiamente dicha se conoce en sus grandes rasgos y ya no queda más que estudiar su pormenor. Este trabajo no deja de hacerse, gracias á los mineros que explotan los yacimientos de las montañas, á los ingenieros que explotan las vías férreas y regularizan las corrientes fluviales, á los geómetras agrimensores que dividen el terreno en parcelas y miden la superficie de los campos. Pero en la zona fronteriza hay todavía territorios casi ignorados, ya por que los defienden indios hostiles, ya porque sea penoso ó doloroso recorrer las comarcas. La región del Chaco, donde viven los tobas, tiene aún espacios desprovistos de itinerarios, y los que se han trazado no concuerdan bien al Noroeste, donde se redondean las lomas de las mesetas andinas, coronadas por conos nevados. La red de gargantas y pasos ofrece dudas que no resuelven del mismo modo todos los cartógrafos. El estudio del largo triángulo de la Patagonia ha costado grandes esfuerzos, y el fragmento de los Andes que separa la vertiente atlántica de los *fjords* occidentales, es desconocido en gran parte.

Muchísimos son los viajeros (naturalistas, geólogos ó sencillamente curiosos) que han contribuido á explorar la Patagonia. Las colonias chilenas, separadas de los llanos argentinos por la masa de los Andes, han sido el punto de partida de numerosos investigadores que han tratado de buscar los pasos entre ambas vertientes. Punta Arenas, junto al Estrecho de Magallanes, ha sido otro centro de excursiones y viajes, y en la costa oriental han fundado los argentinos varios establecimientos agrícolas, pastorales y militares, origen de nuevos itinerarios. Descalzi, Cox, Gardiner, Morano, Musters, Ramón Lista, Moyano, Fontana, Rogers, Popper, Vinciguerra, Ame-

ghino, Roncagli, Burmeister y otros muchos han hecho de la Patagonia un territorio completamente argentino. Paleontólogos y geólogos estudian metódicamente los terrenos para el Museo de la Plata y otras colecciones. Los ganaderos y buscadores de minas visitan los terrenos herbosos y los yacimientos metalíferos. La era de la geografía exacta empieza para la Patagonia como para el resto de la Argentina.

La abundancia de materiales sobre el relieve y geología de la República, y sobre su historia natural y habitantes, ha valido ya á la literatura geográfica obras valiosas, sin contar las innumerables publicaciones debidas al reclamo interesado para atraer inmigrantes y facilitar ventas de terrenos. Herman Burmeister y Martin de Moussy fueron los primeros en publicar esos trabajos de geografía general. Algunos centros de estudios, el Instituto de Buenos Aires, el Museo de la Plata, la Universidad de Córdoba aunan los esfuerzos individuales en una obra común. Pero la Argentina todavía no posee un mapa geográfico análogo á los trabajos de precisión que tienen ya completos varios Estados europeos, y han empezado los Estados Unidos y Méjico. En 1882, la Sociedad Geográfica Bonaerense decidió levantar un mapa general de la República, por Estados y Territorios, que luego se publicó por completo, pero en épocas diferentes, y con escasa parte de estudio directo sobre el terreno. El Atlas contiene una cartografía precisa de los documentos publicados en aquella época. En 1889, el gobierno argentino hizo exponer en París un mapa en relieve del territorio de la República (escala de 1/500000) y los trabajos que sirvieron de base para figurar un gran fragmento de la esfera de 72 metros cuadrados de superficie, han sido utilizados después para otro mapa, á la mitad de la escala anterior. Se ha tomado por punto de partida de la geografía Argentina el observatorio astronómico de Córdoba, cuya posición exacta se ha determinado con todo esmero, apoyándose además en otros puntos fijados rigurosamente por trabajos geodésicos. Los estudios de años sucesivos permitirán precisar la labor y reunir en un mapa único documentos locales que poseen todas las provincias y ciudades de la Argentina. En los distritos apartados queda mucho punto oscuro. La posición de Tarija, por ejemplo, se viene fijando desde 1839 diversamente en los mapas, con una diferencia de cuarenta y ocho minutos en latitud y un grado cuarenta y tres minutos en longitud.

La carencia de mapas exactos y la diferencia entre los trabajos científicos y la tradición, no ha permitido todavía fijar los límites entre todas las provincias. Tampoco está determinado definitivamente el trazado exterior del territorio nacional, y este problema de fronteras políticas, poco importante en un país que posee sobradas tierras incultas para una población tan poco densa, apasiona mucho á los argentinos, y los ha abocado á conflictos de palabra y de obra. En el estuario mismo, el islote de Martín García, de importancia estratégica por su posición en la entrada de los dos ríos que allí desaguan, pertenece á la República Argentina, aunque geográficamente corresponde á la del Uruguay, y más de una vez se ha combatido por la posesión de este peñasco sin ningún valor agrícola é industrial. El territorio de las Misiones, entre los ríos Paraná y Uruguay, es argentino en virtud de la fuerza. Pero si los argentinos han usurpado el derecho de los paraguayos como poseedores de este antiguo dominio de los jesuitas, también son herederos de Francia y López en las reivindicaciones de las demás misiones de la Compañía, anexionadas por el Brasil al Estado de Santa Catharina, por lo cual han sostenido reclamaciones para la posesión de este territorio de 30.000 kilómetros cuadrados. En 1875 ordenó otra decisión que se entregara el Chaco de allende el Pilcomayo á los paraguayos vencidos, pero en los mapas trázase todavía como límite de derecho en el extremo Norte, la frontera septentrional de la provincia de Tarija que por Real decreto se atribuyó á la jurisdicción de Salta, ciudad argentina, pero que en 1825 se anexionó voluntariamente á Bolivia.

Al Oeste, la frontera chileno-argentina se reguló de una manera general por el tratado de 1831, según el cual la línea divisoria sigue las cumbres más altas que señalan el punto culminante de las vertientes. El texto implica contradicciones, porque la línea quebrada que reúne las cimas no coincide exactamente con la división de las aguas, y hay disensiones inevitables, sobre todo cuando se trata de regular los límites en los Andes patagónicos, donde interrumpen muchas brechas la cordillera y el déltico de los *fjords* baña las llanuras á su Oriente: pero todos estos litigios se resuelven por arbitraje. En la Tierra del Fuego, el acta firmada no da lugar á dudas, á pesar de lo cual han surgido rivalidades entre los Estados limítrofes, dando origen á violentas discusiones en la prensa y en los parlamentos. Por sus guerras siempre afortunadas y su

organización militar á la alemana, se creen invencibles los chilenos; y por su parte los argentinos, más numerosos y poseedores de un territorio, sino más rico, á lo menos más vasto, no están dispuestos á tolerar que su República sea en poderío la segunda de la América del Sur.

De todos modos, la falta de unidad política amengua mucho la fuerza de la Argentina comparada con la de Chile, pues excepto durante la guerra promovida por la dictadura de Balma-ceda, Chile, aunque dividido en dos clases enemigas, siempre ha conservado la apariencia de la paz civil, mientras la Argentina ha sufrido innumerables revoluciones locales y á veces guerras encarnizadas en todo su territorio. Desde que acabó el régimen colonial, que no los hacia felices, y aunque en realidad no tuvieran historia, los argentinos han vivido entre armisticios y la guerra ha durado años enteros. ¿Cuáles son las causas de esta combatividad de los argentinos, mayor que la de venezolanos y mejicanos? ¿Será, en cierto modo, un fenómeno hereditario? Aunque ciertos pueblos aborígenes, que siempre guerrearaban, hayan dejado de existir como grupos independientes, se han perpetuado, por tradición y costumbres, en la raza mestiza, y los antiguos instintos de odio suelen despertar fácilmente á impulso de las rivalidades políticas. La alimentación y costumbres carnívoras de los habitantes influyen algo también en la violencia de las pasiones y en la indiferencia por la sangre vertida; pero todas esas causas son secundarias. La principal razón de esta carencia de equilibrio político, de estas oscilaciones bruscas, reside en la persistencia del conflicto entre dos principios opuestos: el de la autonomía local y una centralización invasora, herencia del gobierno antiguo. Tampoco hay gran diferencia, por otra parte, entre las revoluciones argentinas y el formidable estado de paz armada que quizá haga sucumbir á la vieja Europa.

Los argentinos tienen la inteligencia fácil y maravillosamente receptora de los españoles. Son audaces y valientes, y comparados con sus vecinos del Brasil, poseen carácter más decidido, mayor voluntad, fuerza ejecutiva más rápida y enérgica. Se entregan á grandes entusiasmos colectivos á impulso de ideas nobles, y pocas fiestas ha habido tan solemnes y regocijadas como la ocasionada por la abolición de la esclavitud en el Brasil. Todos se alegraban de que desapareciera aquella mancha de la historia americana, y se sentían hermanos de los brasileños á quienes tantas veces habían llamado enemigos hereditarios. Llenos de ambición querrían hacerlo todo

en grande, y realmente en los días de prosperidad han sabido desarrollar sus recursos materiales con tan maravilloso entusiasmo, que hasta á los norteamericanos los han deslumbrado. Su industria hacía surgir ciudades de los desiertos, y ha habido campamento habitado la víspera por salvajes, que en poquísimos tiempo poseía máquinas de vapor, periódicos y teléfonos. Las grandes ciudades platenses no se contentaban con rivalizar con las europeas, sino que trataban de superarlas. El argentino gustaba de hacer en la historia del mundo un papel semejante al de los Estados Unidos, y á pesar de la diferencia entre el número de habitantes, había cierta analogía real entre ambas naciones.

Pero luego llegaron tiempos malos. Las grandes empresas, fundadas con capitales extranjeros, no todas han prosperado, y las que salieron bien sólo favorecieron á los financieros y á los grandes propietarios argentinos. El enriquecimiento rápido de unos pocos y el empobrecimiento de los otros ocasionaron una desmoralización pública, y mientras los especuladores se entregaban al juego de las acciones, los políticos se arrojaban á escalar los cargos. Luego vino una brusca reacción, y casi todas las empresas serias se vieron detenidas por quiebras más ó menos artificioosamente disfrazadas. Una vez más se vió cuán inestable es el equilibrio de un país cuya riqueza pública no se basa en la labor del propietario campesino, y cuyos progresos industriales, simples decoraciones de importación extranjera, no se deben á la instrucción y á la iniciativa del pueblo mismo.

Son, sin embargo, tan grandes las ventajas naturales que ofrece el país para la economía general del género humano, que las crisis, por largas y profundas que sean, podrán retrasar, pero no evitar los progresos de la Argentina. Su población, á pesar de todo, sigue creciendo; la inmigración es enorme, la superficie del terreno cultivado aumenta, y ya se penetra en las dos partes del territorio que reservan más riquezas: al Noroeste, el de las Misiones; al Oeste, los valles andinos, donde nacen el río Colorado y el Negro. En estas regiones de suelo fértil, aire puro y clima delicioso, cuyas estaciones se adaptan al temperamento del inmigrante europeo, hay espacio para muchos millones de hombres.

II

Montañas de la Argentina.

El terreno de la República Argentina, en conjunto, se inclina levemente en pendiente regular desde la cresta de los Andes hasta las playas del Atlántico; pero este plano presenta irregularidades que rompen la monotonía del paisaje. Algunas masas de montañas aisladas se yerguen á distancia de los Andes en el largo triángulo de tierras que termina el continente sudamericano.

La poderosa masa andina que ocupa tanta anchura del territorio en Chile septentrional y en Bolivia, se extiende también por la Argentina del Noroeste entre las vertientes del Pilcomayo, del Bermejo y del Juramento. Sobre el enorme pedestal de 4 500 metros de altura media, se elevan, en línea regular de Norte á Sur, cumbres que pasan de 3.500 metros, cubiertas de nieve todo el año. El cerro de las Granadas es uno de estos picos soberbios que dominan las tristes soledades de la puna en el ángulo Sudoeste de la frontera argentina. Cortada al Sur por un gran circo de erosión por el cual corre el río de las Burras, desciende la meseta á menos de 4 000 metros, pero luego forma otros nevados como Pasto Grande, Acay y Cachi. Al Este hay otros valles de erosión en la meseta, entre los valles tributarios del Pilcomayo, y los que bajan al Bermejo y al Juramento; pero la meseta, recortada en franjas, en promontorios y en cordilleras, tiene cimas grandiosas que pasan de 4.500 metros de altura, nevadas durante una parte del año. La sierra que domina al Oeste el valle del Jujuy, yergue dos picos á más de 5 500 metros; el nevado de Chañi y las Tres Cruces. Al Norte de Jujuy, en el agudo codo formado por el alto Juramento, la cordillera de Zenta se desprende también de la meseta en largo promontorio. Otras cimas de la cordillera pasan de 5.000 metros; pero la nieve, que á veces las cubre, se derrite muy pronto. En aquella latitud y con clima tan seco, el límite inferior de las nieves perpetuas debe de estar entre 5.500 y 6 000 metros.

Todas las montañas y pendientes de montes presentan las huellas del campo de hielo que bajaba en otros tiempos á las llanuras. Esta región del interior tuvo su período glacial. La base de las montañas está flanqueada en todas partes de terra-

plenas, de centenares de metros de altura, donde se mezclan los guijarros con capas de arena. Estos fenómenos no se pueden explicar sólo por la acción del agua y el depósito de aluviones.

Al Oeste de Salto, las cordilleras de montañas van disminuyendo de anchura y altitud según se prolongan hacia el Sur, desgarradas por torrentes de erosión. Una cresta elevada se desprende por completo de las altas tierras andinas, por espacios áridos, nivelados antes por hielos y aguas. Esta cordillera que se desarrolla en una línea sinuosa de Norte á Sur, al Oeste de las campiñas de Tucumán, es la sierra de Aconquija. Con sus prolongaciones y promontorios extremos, desde la gran curva del Juramento hasta el principio del Roja, tiene 450 kilómetros; pero la cresta, propiamente dicha, inclinada de Noroeste á Sudoeste, viene á tener la décima parte de esta longitud. La sierra se corta bruscamente en la cara occidental que mira á los Andes, mientras sus declives del Este son más suaves, con estribaciones provistas de árboles. Se llama Clavijo la masa central, que irradia ramificaciones en direcciones varias: al Norte, las cumbres de Calchaquí; al Oeste, la sierra del Atajo; al Sur, la hilera de Ambato; al Sudoeste, la de los Altos, prolongada por los montes de Ancaste. Durante el invierno de 1893 el geólogo Rodolfo Hanthal trepó á la cima más alta de Aconquija, cuya elevación calcula en 5 400 metros. Antes había pasado dos días, á 4.500 metros de altura, en una heladura, para resguardarse de un vendaval furioso. Aunque situada en la zona templada, la sierra de Aconquija carece de ventisqueros, pero conserva huellas de antiguos ríos cristalinos, y á 4.700 metros de altura vió Hanthal dos lagos pequeños de origen glacial.

El nevado de Famatina, á más de 200 kilómetros al Sudoeste de Aconquija, se le parece por su imponente aspecto, sobre todo visto desde sus pendientes meridionales, pero no está completamente desprendido de la meseta de los Andes. Por una faja de tierras altas que sigue el eje del sistema, está unido con las masas andinas. El Famatina, cuyo pináculo central llega á 6.294 metros, según Naranjo, que subió él, parece mucho mayor por su elevación relativa sobre los llanos de su base, situados á 1.000 ó 1.500 metros de altura. Al Sur, continúa la sierra directamente por una cordillera que baja gradualmente y se pierde en la región de las salinas. Puede considerársela como perteneciente al mismo sistema de filas de

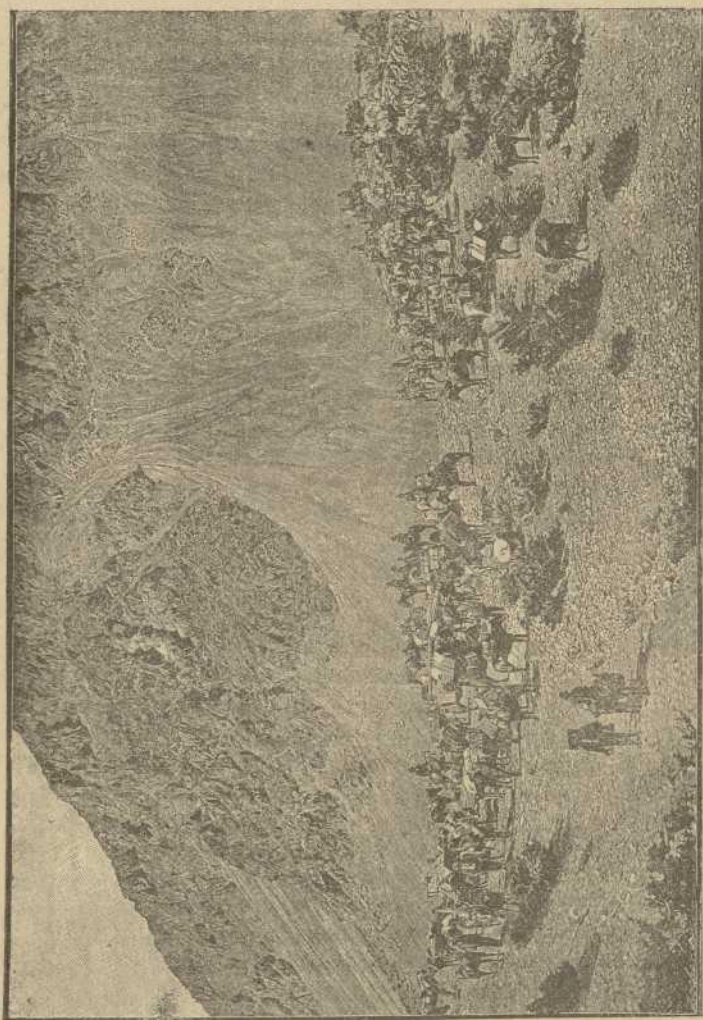
cerros y colinas que se escalonan paralelamente á las crestas mayores de las cordilleras. Tales son las sierras de Chaves y la mása también aislada de Pie de Palo, que domina al Oeste la ciudad de San Juan.

Al Oeste del nevado de Famatina, la meseta angosta de los Andes se descompone en dos cordilleras paralelas, de altura casi igual y que varían por su naturaleza geológica. La cordillera occidental constituye la línea divisoria entre ambas vertientes, y la frontera argentino-chilena. La oriental, completamente platense, está quebrada por los valles de los torrentes que la atraviesan de trecho en trecho y se llevan sus residuos á la llanura. Esta cordillera debió de ser la arista primitiva de la osamenta, y su demolición había empezado cuando se elevó el muro seguido de la cordillera occidental. Ha debido de existir allí una extensión considerable de continente en la cara vuelta al Pacífico. Esta parte de la doble cordillera tiene cierto parecido con los Andes ecuatoriales, divididos también en dos cordilleras paralelas, continua la del Oeste, quebrada la del Este por siete ríos del sistema amazónico.

Donde arraiga la cordillera Famatina en la meseta de los Andes, aún no se dibujan las dos cordilleras. Las grandes cumbres nevadas, Bonete, Veladero y Gallina Muerta, yerguen aisladamente sus cerros de 1.000 á 1.500 metros de una altura relativa, sobre el ancho zócalo que separa la vertiente chilena de la argentina. La alta llanura que sustenta los montes solitarios está á 4.000 ó 4.500 metros sobre el nivel del mar y se prolonga de uno á otro horizonte con suaves ondulaciones sembradas de neveras que convierten la tierra en lodo. Caos de piedras indican á trechos el sitio de las montañas demolidas. En estos abruptas extensiones el viento suele soplar con furor, acompañado de tormentas de nieve. Aunque el viaje por tales regiones de la puna es peligroso, no encuentra obstáculos naturales, y por la meseta se extiende una red de ramificaciones de senderos seguidos por los muleteros argentinos que llevan á Copiapó sus rebaños. Los caminos de esta zona andina se llaman *pircas*.

En la parte de la meseta que sustenta al Bonete, atravesada por esos senderos, entre los valles de Rioja y Copiapó, cortan los ríos de la vertiente argentina las cordillera en cuatro fragmentos muy determinados. La primera arista, con picos de 500 metros, está separada de la cordillera chileno-argentina por el profundo valle que recorre el Río Blanco, brazo ma-

yor del Jachal. La segunda, más próxima á la frontera tiene numerosas cumbres que pasan de 5.500 metros, como el pico del Salto. La tercera se ensancha en poderosa masa cuyas



Un convoy de muleros al pie de la Cordillera. (Dibujo de Rocher.)

cimas, Mainrique y Totorá, también exceden de 5.500 metros, límite inferior de las nieves perpetuas. El cuarto fragmento llamado Cordillera del Tigre (5.015 metros). se une al Aconagua y domina el valle por donde pasa la carretera de Buenos

Aires á Santiago por el Paso de la Cumbre. Todos los senderos que atraviesan los Andes, entre esta garganta frecuentada y las pircas de Copiapó, utilizan los valles de los ríos para dar vuelta á las barreras transversales de la cordillera argentina, pero estos pasos no suelen usarse más que para la importación de mulos argentinos á las campiñas de Chile. El de los Patos ó Valle Hermoso sirvió en 1817 para todo un ejército. Las tropas republicanas de San Martín atravesaron, para combatir con los españoles, este paso que se abre á 3.565 metros. Otras gargantas pasan de 4.500 metros de altura, como la de Agua Negra que utiliza el camino directo de Jachal á Coquimbo.

Además de las dos cordilleras de picos nevados, tiene la Argentina, como Chile, su cordillera pequeña, desarrollada paralelamente al eje de los Andes propiamente dichos, y cortada de trecho en trecho por los valles recorridos por los ríos. Al Oeste de la llanura donde están las dos poblaciones de San Juan y Mendoza, constituye esta cordillera la altiva masa de Paramillo cuya cumbre (Cerro Pelado) llega á 3.437 metros. Estas montañas, ahora desprovistas de nieve, tuvieron sus ventisqueros y hasta en la llanura vecina se ven los surcos trazados por los antiguos ríos de hielo. Algunos cerrillos, restos de hacinamientos de rocas, se elevan á 50 ó 100 metros por término medio y se componen de fragmentos triangulares poco despuntados, que arrastraron los hielos hasta el pie de las estribaciones.

El corte de la cordillera, marcado por el camino de la Cumbre y por los trabajos del ferrocarril transandino, coincide casi con una división natural del sistema orográfico, pues á poca distancia al Sur del enorme y nevado Tupungato (6.178 metros) de origen eruptivo, se abren los cráteres de muchos volcanes, apagados ó en actividad. También allí corresponde á la cordillera chileno-argentina otra completamente argentina, paralela á la primera, pero 1.500 metros más baja por término medio. El volcán apagado de Overo (4.740 metros), que une esta cresta de los montes orientales con la cordillera mayor, cerca de Maipó, tiene un ventisquero, donde se observa muy bien la formación de la *nieve penitente*, llamada así por la disgregación de su masa en columnitas desiguales, semejantes á frailes encapuchados. Las desigualdades de fusión, en el aire seco de las alturas, han producido estos caminos caprichosos por los cuales corren arroyos de hielo derretido.

Al Sur del Overo, la cordillera argentina se interrumpe para



dejar paso al río Diamante, que nace en el hueco entre ambas cordilleras y domina el hermoso cono basáltico del mismo nombre. Más allá hay otras aristas paralelas á la cordillera mayor. Un corte en el cual nace el río Atual lleva al paso del Planchón (3.023 metros) uno de los más frecuentados de los Andes chileno-argentinos y parece destinado á un gran tráfico, gracias al paso de una vía férrea. Más lejos, al Sur, se ensancha el sistema orográfico y la cordillera argentina de los volcanes de Malalhué se desarrolla al Este del profundo valle longitudinal por el cual corre el Río Grande ó Coloradonaciente. Otra cordillera le sirve de muralla avanzada, y á 100 kilómetros más al Este, más allá de una alta pampa por donde se extiende el agua de un lago, se yergue el nevado de San Rafael (4.935 metros) fragmento casi aislado de montañas que parecen haber sido mucho mayores. Más al Sur, el cerro Pagano, antiguo Etna de lavas y cenizas, domina el valle donde se juntan el Río Grande y el de las Barrancas para formar el Colorado. Cerca de la garganta de Buta Có, se ve una enorme masa de asperón que cayó de una pared vecina en medio del sendero. Es el Cura Cokalio, ó «piedra divina» de los araucanos.

Cortada sucesivamente por los dos desfiladeros de los ríos Grande y Bermejo, la precordillera oriental que es muy alta, se desarrolla paralelamente á la cresta grande. El Chos Malal ó Bum Mahuida, (Monte de la noche) no tiene, según Host, menos de 5.000 metros, y es un volcán extinguido rodeado de lavas y cenizas. Créese que toda la precordillera de la región se compone de estas rocas volcánicas que buscaron salida en dos épocas diferentes. Un paso de 2.318 metros separa el volcán de la cordillera occidental y divide las aguas que bajan de un lado al Colorado y de otro hacia el río Negro por el Neuquen. Los Andes tienen pocos sitios tan grandiosos como esta garganta de la Suiza argentina que domina un inmenso horizonte de pastos y bosque, limitado al Noroeste por la masa colosal del cerro Pagano y al Nord desde por el cono del Campanario, terminado en diadema de rocas en forma de torres derruidas. A Sur, se extiende la vista sobre un caos de montañas que más allá del lago Tromen ocupa el espacio comprendido entre la arista de la frontera y la corriente del Neuquen. Al Este de este río, otras masas bajan hacia la pampa peñascosa de la Patagonia.

Al Este del volcán de Lonquimas y de los otros montes ignívoros Llama, Riñihue, Quetrupillán, que se suceden al Sur

sobre la cresta principal ó cerca de ella, la cordillera argentina recobra su aspecto regular, á suficiente altura para que la cubra la nieve en invierno. El Chapel-Có se eleva á 2.440 metros y la parte llamada Cordillera de los Cipreses, á 2.000. Profundas brechas se abren en esta arista. El paso en que se confunden las vertientes del Biobio chileno y el Limay patagón, no tiene más que 1.000 metros, y las carretas que vienen del Oeste pueden utilizarlo. Al Sur, una colina de pendiente suave separa un afluente del Limay y el lago chileno Picaullú (Lacar, Lajara, situado á 700 ú 800 metros de altura). El boquete de Pérez Rosales, de 838 metros, está en el extremo occidental de Nahuel Huapi. Otra cordillera argentina, paralela á la primera, tiene menos brechas, pero es más baja: sus picos, en las sierras de Catalina y Angosturas, llegan á 1.500 metros. Esta parte del sistema orográfico tuvo volcanes activos, como la gran cordillera del Oeste. El volcán de Aluminé, el de la Mesa, el cerro Chapel-Có son conos de andesita, y otros muchos picos que se yerguen á ambos lados del río Collon-cura, abren cráteres donde crecen hayas y mirtos. Una de estas montañas, junto á las fuentes del Biobio, ha llenado de ceniza todo el territorio que la rodea. Superpónense las huellas de las erupciones y de los ventisqueros y debajo de las piedras volcánicas hay lechos de lodo glacial.

Al Sur del Tronador, de aludes ruidosos que forman pirámides entre la cuenca de Nahuel Huapi y la vertiente chilena, bajan las montañas y se puede ir desde el Limay al *fiord* estrecho y profundo de Reloncavi, sin atravesar cordillera propiamente dicha, sino mesetas cortadas por barrancos y valles. Los únicos obstáculos de este paso (que quizá sea el antiguo de Bariloche, seguido por los misioneros jesuitas), proceden de la vegetación exuberante. En el sitio donde el camino baja hacia el Pacífico, sigue al río Puelo entre el monte Ballena (1.488 metros) al Norte y el monte Castillo (1.404) al Sur.

Más allá, á lo largo de los estrechos profundos que separan la tierra firme de Chiloe y los archipiélagos magallánicos, la cordillera divisoria no se conoce más que á lo lejos, y los marinos se han tenido que limitar en casi todas partes á dibujar el perfil dominado por cimas de volcanes extinguidos ó activos, como el Yate ó Yebcan, el Minchín-mahuida, el Corcovado y el Mellimaya, cuya altura varía entre 1.600 y 2.400 metros. Pero las pocas excursiones hechas por viajeros, leñadores y pescadores por los valles tributarios del Pacífico, permiten

creer que la cordillera se descompone en masas aisladas por brechas profundas en las que penetran ríos nacidos al Este de las montañas, en las mesetas de la Patagonia. El río Palena, que pasa al Sur del volcán Corcovado, y, según la leyenda, daba acceso á la ciudad maravillosa de los «Césares», al Dorado meridional del continente, corre por una de estas brechas, lo mismo que los ríos Corcovado, Aysen y Huemules en latitud más austral. En este sitio se descomponen los Andes para formar un archipiélago terrestre análogo al que se presenta en el litoral vecino, partido en masas numerosas. La cordillera se reconstituye á través de la península de Taytao, donde está la cumbre más altiva, el San Valentín, de 3.876 metros. En la misma latitud ha medido Moyano en la cordillera lateral argentina el pico Ceballos de 1.675 metros, y ha comprobado que existe otra cordillera que se separa de los Andes junto á las fuentes del Deseado para orientarse hacia el Sudoeste y formar la punta del cabo Blanco, al Sur del golfo de San Jorge. No se conoce la altura de esta cordillera transversal, pero los indios dicen que es muy penosa su travesía, por los peñascos, precipicios y falta de agua. Para ir de uno á otro punto del litoral dan la vuelta al Oeste por la región de los pastos.

En la Magallania, el continente comprimido no tiene más que una faja estrecha de llanuras fuera de los Andes, y desde la ribera del Atlántico se ven las cimas que se yerguen junto al otro Océano. Pero en esta región peninsular, término del continente, las zonas paralelas de las formaciones orográficas se presentan con asombrosa regularidad.

La cordillera de los Andes, propiamente dicha, donde se eleva el monte Chalten en forma de torre (2.100 metros), llamado también Fitzroy, por Moreno, se perfila casi exactamente siguiendo la línea del meridiano, hasta la brecha en que penetran las aguas de los grandes *fiords* magallánicos. A esta hilerá sigue al Este una precordillera, llamada por Moyano de los Baguales ó Caballos salvajes, y que sigue de Norte á Sur durante varios centenares de kilómetros, sin alejarse mucho de la dirección precisa del meridiano. El monte Stokes, cubierto de nieve y el Payné, casi tan alto, pertenecen á esta precordillera cuyas cimas pasan de 2.000 metros. Una tercera cordillera, menos igual y menos alta (1.500 metros), no llega al límite de las nieves perpetuas, pero es superior á las otras en lugares pintorescos, gracias á sus torres, á sus obeliscos de escorias, á sus masas de lava, semejantes á templos. Es la sierra eruptiva

donde se yerguen el verdadero Chalten y otros volcanes extinguidos y activos. La cordillera de Latorre, señalada de lejos por las masas de los Tres Sabios, Philippi, Gay y Domeyko, forma parte de aquella región de lavas. Allí hay un cráter de aspecto muy reciente. En la zona que se inclina al Este hacia el Atlántico, se extiende una capa de escorias y cenizas atravesada de trecho en trecho por antiguos conos de erupción. El monte León, de 300 metros, con grutas donde se albergan los pumas, y con nidos de cóndor en la punta, señala de lejos la desembocadura del Santa Cruz.

Al Sur de los Andes, propiamente dichos, está muy recortada la costa y los montes tienen aspecto insular gracias á los lagos y bahías que los rodean. Entre el Skyring Water y la gran sinuosidad del Estrecho de Magallanes, la cordillera se reduce mucho. Luego crece con las formidables varedes del cabo Forward, y al otro lado del estrecho levanta montes soberbios con ventisqueros como el Sarmiento, el Darwin, el Francés, y luego se desarrolla con una gran curva de Oeste á Este, acabando en la larga isla de los Estados, donde hay cumbres de 1.000 metros. En esta isla, territorio argentino, acaba el largo hemisiciclo de las montañas andinas, que empieza en Trinidad, en el mar Caribe.

Otras masas, separadas ahora de los Andes, pero que antes debieron de formar parte de ellos, se elevan aisladas en el inmenso territorio argentino. El primer grupo, llamado con razón Sierra de los Llanos, porque lo rodean llanuras, entre salinas y otras tierras bajas y desiertas, entre el Rioja y San Luis, fué una isla orientada de Norte á Sur. Muy gastada por el tiempo, no tiene esta sierra ningún pico que se desprenda altivo de las lomas inferiores. Sus largas ondulaciones de origen cristalino y metamórfico, no exceden de 1.000 metros. Más al Norte, la sierra Brava, que no llega á esa altura, tiene análogo aspecto y debió de formar parte del mismo sistema orográfico, no siendo más que un islote del antiguo mar. Algunos cerros aislados que atraviesan de trecho en trecho la capa aluvial de la llanura, han sido llamados por los indígenas «*reventazones de la sierra*».

El sistema Central que ocupa un espacio de más de 500 kilómetros de Norte á Sur, paralelo á la Cordillera Grande, se compone de varias sierras distintas, con la misma orientación normal, en un zócalo de llanuras de más de 500 metros de elevación. Estas montañas presentan en conjunto su cara abierta

al Oeste, como los Andes. En la vertiente oriental y en los extremos Norte y Sur, se inclinan suavemente hacia la Pampa. La primera cordillera, atravesada por los ríos que bajan del Sistema Central, se desarrolla en la cara del Este, y tiene pocas cumbres que lleguen á mil metros: la de la Cal, que es la más alta, al Noroeste de Córdoba, se eleva á 1.570. La cordillera central, eje del sistema cordobés, tiene una cumbre (el Champaqui) que pasa de 2.300 metros. No es más que un cono colocado sobre mesetas pedregosas, con algunos valles de pastos. Al Noroeste se ensancha el sistema en una meseta frente á la sierra de los Llanos. Distínguese de los montes cordobeses esta meseta por una línea de volcanes apagados, de Este á Oeste, que acaba bruscamente encima de las llanuras occidentales en el cerro de Yerbabuena (1.645 metros). No tiene cráter visible, y desde tiempo inmemorial, no arroja vapores ni lavas, pero en los alrededores suelen notarse ligeros terremotos, y se han oído ruidos subterráneos al pie de la montaña.

La sierra de San Luis, llamada también de la Punta por su promontorio del Sudoeste, puede decirse que forma parte del sistema central ó cordobés y data de la misma edad planetaria, pero está separada de él por una larga depresión por donde corre el río Conlara, que se pierde al Norte en las salinas. Las alturas de San Luis parecen altivas montañas en su contorno del Oeste y del Norte, donde se las ve de arriba á abajo, pero este reborde oculta una meseta ondulada que en varios sitios parece una verdadera llanura. El Monigote, una de las cimas más altas (1.696 metros), es uno de los picos del muro exterior, lo mismo que el Gigantillo que está frente al Gigante del eslabón extremo de los Andes. Al Este del Monigote hay una pequeña hilera de cerros volcánicos, transversal al eje del sistema como en las montañas cordobesas. Uno de ellos es el Tomolasta, cúspide de la meseta y de toda la masa (2.117 metros) llamado Cerro de las Minas por sus yacimientos auríferos. Fuera de las montañas de San Luis, el Cerro Moro, al Norte de la villa Mercedes, constituye otra masa aislada, de más de 1.500 metros de altura, y el promontorio de la Punta se prolonga al Sur, hacia los desiertos de Patagonia en una serie de islotes, antigua cordillera cuyos valles y brechas están cegados por los aluviones y el polvo, sin dejar salir más que las puntas roquizas.

Al otro lado del Paraná, entre este río y el Uruguay no hay más que ligeras ondulaciones ó ribazos fluviales, designa-

dos á veces con el nombre de colinas por el contraste que forman con estas alturas los ríos y pantanos; pero en el territorio de las Misiones, que continúa al Este en el Estado brasileño de Santa Catharina, hay una verdadera cordillera cuyas lomas se elevan á 300 ó 400 metros sobre los campos. En el istmo formado por la aproximación de ambos ríos al Sudeste de Posadas, se dibuja una primera fila de elevaciones de Sudoeste á Noroeste. Es la sierra del Imán, llamada así por los jesuitas, que encontraron en ella hierro magnético. Más lejos, hacia el Norte y el Este, los peñascales se levantan gradualmente hacia Serra do Mar.

Otras cordilleras se elevan también al Este de los Andes Patagones, en la provincia de Buenos Aires y en los territorios del Sur. La primera fila de crestas va de Noroeste á Sudeste, paralela al Bajo Paraná continuado por el río de la Plata, y termina en las puntas del cabo Corrientes. Las cumbres más elevadas de esta cresta, descompuesta en varios fragmentos, alcanzan á 340 metros en la sierra de Tandil. Más lejos, al Sudeste, la sierra del Vulcán se yergue abrupta, aunque menos elevada (275 metros). No está formada de lava, como podía hacerlo suponer esta denominación de Vulcán, palabra de origen pampero que quiere decir brecha, y que se aplica al ancho paso abierto entre esta sierra y la del Tandil.

Más al Sur, las diversas masas que se elevan al Norte de Bahía Blanca, llamadas generalmente Montañas de la Ventana se descomponen en eslabones paralelos, orientados como el Tandil y los volcanes. Las cimas más altivas, situadas en la cordillera de la Ventana, propiamente dicha, pasan de 1.160 metros, pero antes fueron mucho más altas. Estas montañas son antiquísimas y existían mucho antes que los Andes, debiendo ser entonces colosales. Son fragmentos de masas enormes, casi completamente disgregadas por los meteoros. El valle del arroyo Sauce Grande, que separa la sierra de la Ventana y la de Pillahuinco, estuvo llena de hielos y hay rocas que indican el paso del antiguo río Cristalino. Hoy se cubre de nieve la Ventana todos los años. La sierra tiene poca vegetación y en muchos sitios está completamente pelada. Su nombre procede de una abertura que hay en la cima, por la cual se ve el cielo.

El interior de la Patagonia, en la región que atraviesan los ríos Colorado y Negro, tiene crestas roquizas llamadas *mahuídas* (que significa montañas en la lengua indígena), de altura media de 400 á 500 metros, orientadas casi todas de Nordeste á

Sudeste como las filas de colinas situadas entre Buenos Aires y Bahía Blanca. Entre sus aristas el suelo está cubierto de cantos rodados, colocados en capas horizontales que alternan con dunas. Las llanuras que constituyen todo el zócalo de la Patagonia al Este de la cordillera andina, y en las cuales se encuentran muchos fósiles, tienen como manto estos lechos de guijarros. Darwin calculaba la prodigiosa masa de estas piedrecillas patagónicas en mil kilómetros de longitud de Norte a Sur, con 320 kilómetros de anchura y 15 metros de espesor. Han tenido que quedar trituradas montañas y cordilleras enteras para formar un pedregal tan grande.

Estos guijarros proceden, indudablemente, de los Andes y de las montañas más antiguas que se elevaban en las regiones centrales y orientales de la comarca, y de los cuales no queda más que el núcleo. El trabajo de los hielos dió los primeros materiales distribuidos por las aguas marinas en capas horizontales ó poco inclinadas. Luego vino el fenómeno de emersión, procedente del levantamiento del suelo ó de la retirada del mar, y los antiguos fondos y playas se han convertido en los llanos secos de Patagonia, donde hay cantidades prodigiosas de ostras gigantes de 30 á 50 centímetros de circunferencia, que caracterizan las vastas extensiones del suelo patagónico. La forma del relieve tierra adentro y en el litoral, prueba este trabajo de emersiones sucesivas. En muchos sitios la meseta pedregosa acaba bruscamente junto á los ríos y se recorta como costa marítima en golfos y bahías, contrastando con las masas roquizas por sus herbajes y bosquecillos. Estas depresiones, únicos lugares habitados de la comarca, son antiguas playas donde el mar se estrellaba en los cantiles. La costa actual en casi toda su extensión parece también un vasto muro socavado por las olas, pero en el contorno de las alturas aparecen diferentes terrazas que indican los diferentes niveles sucesivos del zócalo continental. Cerca del Chubut estas gradas se siguen á 25, 60 y 105 metros de elevación. Cerca de Possession Bay, á la entrada oriental del estrecho de Magallanes, descubrió Pourtolés un estanque á 50 metros de altura, lleno de conchas idénticas á las del mar vecino. Los geólogos averiguarán alguna vez si ese movimiento emergente se produjo por medio de empujones bruscos, correspondientes á cada terraza, ó si fué más lento, lo cual es probable, con sujeción á cierto ritmo de oscilaciones.

Durante el período contemporáneo se han superpuesto otras formaciones á los lechos de cantos rodados de la Patagonia

y á las arcillas de la Argentina Central. En vastas extensiones, cubren arenales el suelo, formando dunas análogas á las que el soplo del viento forma á orillas del mar en otros países. Pero en las regiones platenses estos montecillos cambiantes no son de origen oceánico. Proceden de la región de las estribaciones donde hay masas enormes de residuos de hacinamientos de rocas abandonados á las entradas de las llanuras por los antiguos ventisqueros. Las materias tenues que el viento levanta en forma de polvareda son llevadas á gran distancia y forman capas de arena fina, análogas á la «tierra amarilla» de la China; pero la arena más gorda constituye verdaderas dunas, olas terrestres que se forman y deforman á impulso de las corrientes atmosféricas. En la región del Colorado y el Río Negro ocupan espacios considerables casi en toda la anchura del continente. Presentan los mismos fenómenos que los médanos de formación marítima; se detienen cuando llueve y recobran su lenta progresión en las sequías. Plantas de raicillas rastreras, las consolidan frecuentemente y las transforman en colinas que se van cubriendo de tierra vegetal. Ciertas especies de árboles de poderosas raíces siguen creciendo en las dunas movedizas que los sorprenden: tales son los algarrobos, cuyo crecimiento en arenales sorprende á los viajeros.

También los volcanes eruptivos de la cordillera de los Andes contribuyen á variar el aspecto del suelo patagónico. Las regiones todas del Chubut y de Santa Cruz están cubiertas de cenizas multicolores en capas regulares, que indudablemente son polvos de origen eruptivo arrojados por los volcanes de la cordillera andina, y transportados por el viento de Oeste ó Noroeste. En nuestra edad se siguen reproduciendo estos fenómenos. En 1886 cayó mucho polvo en todo el valle de Santa Cruz, llegando hasta Punta Arenas. En las costas del Atlántico apenas se notó la lluvia de polvo, pero á pocas jornadas de marcha en lo interior no se veían los objetos á 10 metros de distancia y se respiraba con dificultad. Perecieron muchos animales por falta de agua y de forraje, y la capa de ceniza cubrió manantiales y hierba. No se sabe de qué volcán procedía aquella nube de materia sutil, proyectada á una distancia de 200 á 250 kilómetros, pero debía encontrarse hacia las fuentes del río Santa Cruz ó de algún afluente, porque el río dejó de correr algún tiempo y luego se elevaron súbitamente sus aguas á grande altura, aunque las corrientes patagónicas no crecen en Mayo. Indudablemente, el hacinamiento de ceniza detuvo el río y

formó un lago que rompió parte de sus diques durante la inundación. En 1893, una erupción del Calbuco, volcán chileno que se creía extinguido, lanzó polvo hasta la desembocadura del Chubut y á Golfo Nuevo. Todas las plantas parecían como cubiertas de nieve. La lluvia de ceniza tardó muy poco en recorrer el inmenso espacio aéreo, porque estaba todavía caliente.

Las llanuras, perfectamente lisas, no se encuentran más que en la Argentina propiamente dicha, al Norte del Colorado. Estas extensiones horizontales ocupan diferentes niveles sobre el estuario del Plata, y presentan otros contrastes procedentes de la naturaleza del suelo y del clima. Por eso no se las abarca con el mismo nombre geográfico. La región del Norte, comprendida entre los montes avanzados y la línea de agua del Paraguay y del Paraná, constituye el Chaco, cuya mitad septentrional pertenece á la república paraguaya, y que debe su aspecto particular á malezas espinosas, á palmeras y á bosques claros ó tupidos. Otras llanuras situadas más al Sur, al interior, á ambos lados del macizo de Córdoba, están, al contrario, completamente peladas, con charcos que brillan bajo los rayos solares. Estos son antiguas cuencas lacustres ó cauces de ríos secos, fenómenos que unen su historia con la hidrología. Finalmente, las sábanas que se extienden desde las montañas cordobesas al bajo Paraná, y del estuario del Plata hasta las estribaciones de la Patagonia, se llaman pampas, nombre tomado de la lengua quichua, que servía en las altas mesetas y en los Andes peruanos y bolivianos para indicar los espacios llanos, terrazas ó fondos de cuencas. Más al Sur, en la Patagonia, la región de las hierbas se modifica gradualmente para transformarse en estepa peñascosa, cubierta de matorrales.

Las pampas son la región argentina descrita con más frecuencia, porque empieza inmediatamente á la salida de las grandes ciudades, Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, y porque están establecidos en ellas la mayor parte de los colonos y hay que atravesarlas para ir á las provincias interiores. Además la Pampa no aparece uniforme. En realidad se compone de una terraza con una inclinación suave de 1.000 á 2.000 metros entre la base de las montañas cordobesas y el Río Salado de Buenos Aires, y de una llanura baja, de 30 á 40 metros de descenso, que forma una zona semicircular á lo largo del Paraná y del estuario platense hasta el mar. La terraza de arriba es la estepa, la Pampa central, que siempre es superior al nivel de las grandes inundaciones; la llanura de abajo estuvo antes cubier-

ta por las grandes crecidas fluviales. Es una capa de aluviones llevada por el ancho mar movedizo del Paraná y que los vientos han ido secando con una capa de polvo análoga á la «tierra amarilla» de la China. Ninguna piedra se mezcla con los lechos superficiales de la Pampa. El fondo roquizo que está debajo consiste en un asperón muy fino.

III

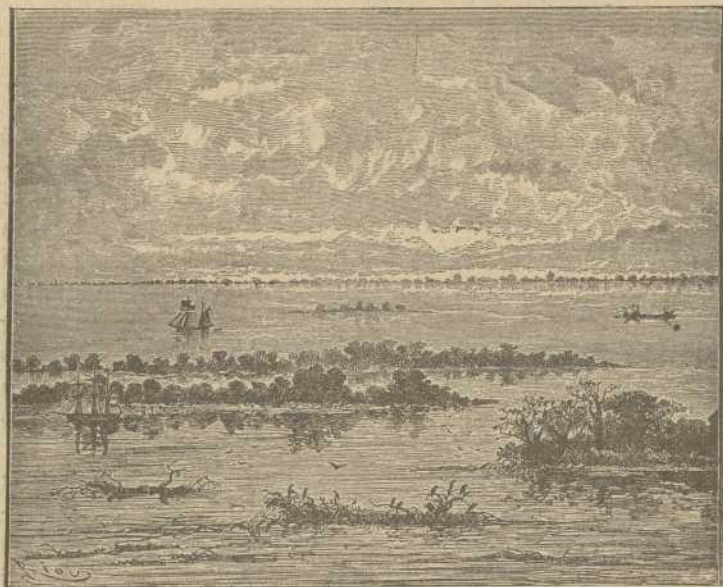
Ríos y lagos.

El sistema fluvial de la Plata, que es el más vasto del Nuevo Mundo después del de Amazonas, pertenece á Bolivia, al Brasil, al Paraguay, al Uruguay y á la República que debe al estuario su nombre de la Argentina ó de la Plata. Este Estado posee la mitad de la cuenca, pero á los limítrofes corresponde la mayor parte del caudal líquido. En la confluencia de los ríos Paraguay y Paraná, donde las aguas unidas, dejando de bañar una orilla paraguaya, penetran en la región, cuyas dos riberas pertenecen á la Argentina, el caudal es más considerable que á la salida del delta en el estuario. Más abajo el escaso tributo de los afluentes no compensa la evaporación.

En Tres Bocas, nombre del delta interior que ambos ríos forman al unirse, yase ha juntado con el eje fluvial el río Bermejo, que es el mayor tributario argentino. Este río, paralelo al Pilcomayo, gracias á la inclinación uniforme de los llanos recorridos, nace en las masas andinas que amurallan al Este la meseta de Jujuy. Una de las ramas mayores, el Bermejo, propiamente dicho, corre por el valle boliviano de Tarija, y ya muy caudaloso, se junta más abajo de Orán, con el San Francisco, de igual importancia, que le lleva las aguas de la provincia de Jujuy. Encima de la confluencia, llamada Las Juntas, ambas corrientes son navegables, y más abajo, hasta la desembocadura en el Paraguay, muchos viajeros han seguido el ejemplo del cura Morillo, que en 1780 bajó todo el río; pero el viaje es tan expuesto á varaduras, sin contar con los ataques á mano armada, que los experimentos afortunados no han provocado ninguna empresa regular de navegación. Barcos chatos, que transportan algunas mercancías y tardan meses enteros entre ida y vuelta, no pueden hacer competencia al

ferrocarril que va seguido desde Buenos Aires hasta la provincia de Jujuy.

Saliendo de las montañas, para bajar al Sudeste por la pendiente natural de la llanura hacia el Paraguay, se encuentra casi detenido bruscamente el Bermejo por la falta de declive. Se divide en numerosas ramificaciones á ambos lados; trata de formarse un cauce, de abrirse una ría normal y forma á trechos charcas de evaporación. Existe en una exten-



Delta del Paraná. (Dibujo de Riou.)

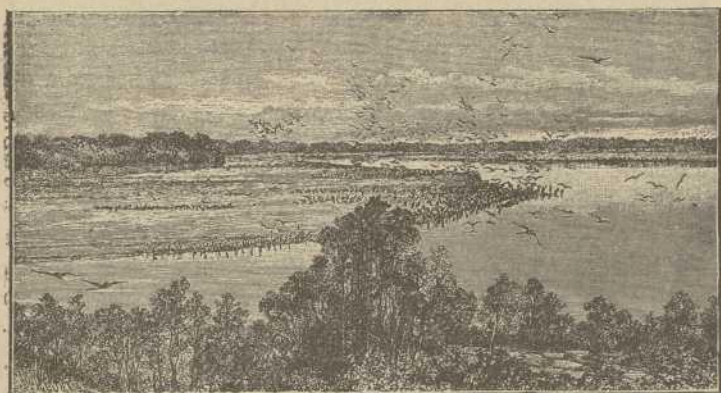
sión de 100 kilómetros una red de ríos vivos ó muertos, aguas corrientes, lagos, pantanos y charcos. En casi todo su espacio han desaparecido los antiguos bosques, muertos por las inundaciones á mediados del siglo xix. El brazo más meridional, que conservaba el nombre de Bermejo, reunía sus brazos en una corriente única para llevarlos al Paraguay, pero la formación de una barrera de árboles y otros residuos hizo refluir el agua hacia el Norte, y ahora el río, paralelo á la corriente antigua, á unos 20 kilómetros de distancia, es el Teuco ó Teuchtach, palabra del idioma mataco, que significa «el que corre». Desde que se ha formado el nuevo cauce regular, las

inundaciones han disminuído, y los aluviones van cegando los falsos ríos. El antiguo cauce del Bermejo está casi seco, salvo en su parte inferior, llena ahora de agua salitrosa. Puede aún tardar algún tiempo el Bermejo en recobrar su continuidad normal, como el Pilcomayo que también anduvo buscando la pendiente más favorable. En su corriente inferior, el río, cortado de trecho en trecho por bancos de arcilla blanca como la del Pilcomayo, al cual se parece mucho por su régimen, arrastra el agua rojiza que le ha dado su nombre. Su longitud total, incluyendo las sinuosidades, pasa de 1.800 kilómetros, y de ellos 1.500 son navegables durante seis meses.

El río Juramento no tiene afluentes bolivianos como el Bermejo. Sus primeras aguas vienen de los nevados del Cachi, al Oeste de las montañas de Salto. Obligado á dar grandes rodeos por los muros de las sierras que atraviesa, cambia de nombre al variar de dirección. Se le llama Guachipas, y luego Pasaje, donde atraviesa la carretera de Tucumán á Salto; más abajo toma el nombre de Juramento, porque el ejército de Belgrano, al subir hacia el Alto Perú, juró conquistar la libertad de las naciones americanas. Salido de los montes, atraviesa el Gran Chaco primero de Norte á Sur, y luego de Noroeste á Sudoeste, pero siguiendo un terreno casi horizontal, le cuesta trabajo abrirse cauce. En la latitud de Tucumán forma bañados y pantanos su incierto lecho fluvial semiobstruído por la vegetación. Al atravesar Santiago del Estero, se reforma para perderse en nuevos bañados, que datan, según la crónica, del año 1760. Las aguas se reúnen otra vez, pero lentas y sin profundidad, y durante las crecidas, se desbordan por ambas riberas. Entonces son casi dulces, pero durante la sequía adquieren cierto sabor salino, por lo cual el río, en su curso inferior, se llama Salado. Lo mismo que el Nilo egipcio, los ríos lentos y sinuosos del Chaco, el Pilcomayo, el Bermejo y el Juramento, pierden agua según se alejan de los montes. La evaporación y el extenderse de las aguas de crecida los empobrecen. Durante las lluvias, el Juramento, que recibe de las montañas una masa líquida muy considerable, la derrama á derecha é izquierda por la Pampa, de un lado hacia el Paraná, del otro hacia el resto del lago llamado Mar Chiquita. El examen del Juramento, hecho en 1855 por el americano Page, á bordo del *Water Witch*, y luego por numerosos exploradores, ha puesto en claro que es navegable en toda la parte continua de su corriente y que sería fácil abrir un canal en el terreno movable de los bañados, pero

los colonos prefieren mandar sus productos por la vía férrea del l'ano entre Rosario y Tucumán.

Excepto uno, los ríos que recorren la Pampa al Sur del Juramento, no llevan sus aguas al Paraná porque se secan en el camino, pero se las debe considerar pertenecientes al sistema paraniense, puesto que en otros tiempos desaguaron en él, y se dirigen hacia el valle suyo, avanzando ó retrocediendo, según las lluvias y las sequías. El río Dulce es una de esas corrientes sin terminar. Nacido en las altas montañas de Salto, corre de Norte á Sur, recibiendo por la orilla derecha los torrentes de la sierra de Aconquija, y luego describe una gran



Una vista del Pilcomayo. (Dibujo de Riou.)

curva al Sudeste para rodear la sierra de Guazayán, paralelo al Juramento, pero vacilante en su carrera al través de las llanuras casi horizontales. Llegado al Norte de los promontorios septentrionales de la sierra cordobesa, el río Dulce, ya salino á pesar de su nombre, empieza á ramificarse, á deslindarse por la campiña casi desierta. Existen lo menos seis cauces diferentes, llenos todos durante las crecidas, que sirven ó han servido en diversas épocas para el curso del río principal durante las sequías. Antes de 1825 el cauce mayor y más oriental regaba las plantaciones de Loreto, Atamisqui y Salavina: una obstrucción rechazó la corriente al Oeste á una serie de lagunas llamadas el Saladillo, cuyas aguas son tan saladas, que los nadadores flotan en ellas como en el Mar Muerto ó en el lago de Ourmiah. No hay duda de que las vastas salinas que se prolongan al Sudoeste entre el macizo cordobés y la sierra de los

Llanos, y cuya cavidad terminal sirve de sumidero á la depresión entre las montañas, recibieron en otra época el tributo del río Dulce. Ahora el Saladillo va hacia el Este para unirse con el lecho anterior á 1825, y luego, debilitado gradualmente, se pierde en un pantano llamado de los Porrongos, por estar lleno de calabazas silvestres. Laguitos de agua libre, pero muy salada, se abren á trechos en el cenagal que acaba al Sur, á 82 metros de altura, en un verdadero lago llamado Mar Chiquita, diversamente dibujado en los mapas y que cambia de forma realmente, según la cantidad de agua



Lagunas en el bajo Pilcomayo, cerca de la desembocadura. (Dibujo de Weber.)

que el afluente le lleva. Son accesibles únicamente sus riberas de Norte y Este, formadas por dunas consolidadas. El resto está lleno de cenagales. Su mayor profundidad es de 34 metros.

Los ríos que en la Sierra de Córdoba bajan hacia el Este á la Pampa, se designan con números ordinales. El río Primero, que un receptáculo transforma en lago, más abajo de Córdoba, se seca casi por completo al entrar en la Pampa; pero después de las grandes lluvias su corriente amarillenta llega á Mar Chiquita. El río Segundo, que corre al Sur, paralelo al Primero, desaparece también en charcas que se bebe el sol. Más abundante el Tercero, corre á través de la Pampa, pero su agua pura se transforma en agua salada. A mitad de su corriente ha menguado ya mucho cuando recibe el agua de uno

de esos Saladillos tan frecuentes en la geografía argentina. Este Saladillo parece ser el residuo de las aguas filtradas por el suelo más abajo de los canales de riego formados por el Río Cuarto del macizo cordobés. Antes de alcanzar al Paraná, el Tercero, conocido en esta parte de su corriente con el nombre de Carcaraña ó Carcarañal, por la tribu de indios guaraníes que encontró Gaboto, recibe el arroyo de las Tortugas, que quizá fué un vertedero de Mar Chiquita. En toda la ramificación de ríos que en ésta desaguan se han hecho ensayos de navegación por el Carcaraña, pero no han dado resultado más que con barcos de 70 centímetros á lo más de calado.

El río Quinto no nace en el macizo de Córdoba, sino más al Oeste, en las montañas de San Luis, y los arroyos que bajan de las alturas cordobesas no llegan á su corriente. Baja al Sudeste, pero agotado ya á 500 kilómetros de su nacimiento, se pierde en la laguna Amarga, cuyas ondas saladas se estrellan al pie de antiguas dunas consolidadas. No se sabe si su tributo líquido se evapora por completo en esta laguna ó si, como suponen los indígenas, se filtra el agua por la arena para reaparecer en otras lagunas numerosas al Sudoeste de la provincia de Buenos Aires, ó si da origen á un Salado y un Saladillo, tributarios unidos de la bahía de Samborombón, al Sur del estuario platense. No se podrá resolver el problema hasta que se midan el caudal y la evaporación de los ríos pamperos. Los espacios pantanosos en que se pierde el río Quinto son muy peligrosos para el viajero por los guadales en que un mal paso puede hundir á caballo y jinete; la arena cede y el empantanado se revuelve en balde y desaparece pronto. Cuéntase que durante las guerras fronterizas entre indios y blancos, éstos fueron atraídos á los guadales, hundiéndose en ellos, mientras los salvajes, perfectos conocedores de la topografía local, cabalgaban sin temor por los angostos senderos entre los pantanos. Estos terrenos movedizos y la zona de bosques circunvecina protegieron mucho tiempo á los indios ranqueles contra los invasores.

En la orilla izquierda, por la parte de la Mesopotamia argentina, el Paraná no recibe más que afluentes cortos, porque la vertiente no tiene bastante anchura para dar desarrollo á los ríos. Además, el terreno, como en la Pampa, es tan horizontal en ciertos sitios, que las aguas forman pantanos. Un lago llamado Iberá (Agua brillante), señala tal vez la corriente del antiguo Paraná, que era paralela al del Uruguay. El suelo es

tan igual en esta parte entre los dos ríos platenses, que ha podido tratarse de vaciar parcialmente la laguna Ibera por la parte de arriba, abriendo fosos que se llevaran el agua sobrante al Paraná superior, y por la parte de abajo profundizando y canalizando los ríos Batel y Corrientes, donde se derrama lentamente el exceso de la cuenca lacustre. La laguna tiene 40 kilómetros de longitud, roza la ribera occidental del río, pero está fijamente limitada al Este por ribazos y montecillos de 10 á 15 metros de altura. La masa de agua se compone de una



Una isla en la desembocadura del Paraná. (Dibujo de Riou.)

serie de esteros, invadidos en su mayor parte por los juncos, mientras otros tienen bastante hondura para los barcos, que no suelen aventurarse, por miedo á lo que abundan los mosquitos.

Al Sur del río Corrientes, donde desaguan las bahías meridionales del lago Ibera, hay algunos riachuelos cuyos tributos no compensan la masa líquida que por evaporación pierde el Paraná. El mayor de la región de Entre Ríos que es el Gualeguay serpentea durante 400 kilómetros. Paralelo al Uruguay, no afluye al Paraná sino al Pavón, una de las corrientes laterales que le acompañan, cauce que la corriente toma, abandona y recobra, y en el que tan pronto corre cual un río, como lo

siembra de estanques. De la confluencia de Tres Bocas á la desembocadura en la Plata, la corriente mayor del Paraná duplica su anchura por recibir otros ríos que serpentean en la vasta depresión fluvial. Corrientes que van ahora por la Pampa, completamente fuera del laberinto de los afluentes paranienses, fueron antes ramas del Paraná. Tales son, en la provincia de Santa Fe, dos de unos 400 kilómetros de largas (que siguen á distancia las aguas del río mayor) el Saladillo dulce y el Saladillo amargo, llamados así por el contraste de su salinidad y separados desde hace bastante tiempo de la corriente principal. Estas corrientes laterales limitan al Oeste antiguas extensiones lacustres que los aluviones fluviales han cegado gradualmente.

El delta propiamente dicho del Paraná empieza más abajo del promontorio del Diamante, donde el río, al replegarse hacia el Sudoeste, se dirige al estuario. Antes era la cabeza del golfo marítimo que se prolongaba por un espacio de 600 kilómetros. Toda la parte superior de esta costa en la masa continental ha sido cegada por los aluviones en 370 kilómetros de longitud y las islas alargadas que ocupan la ancha zona de terrenos movedizos entre los ribazos laterales han sido depositadas por el río. En este gran delta cegado, la corriente principal del Paraná sigue la orilla derecha hasta más arriba de la ciudad de San Pedro, donde casi toda la masa fluvial se reúne en un cauce. Cerca de Obligado, el lecho mayor tiene 636 metros de anchura con 50 de hon lo. Los ríos laterales que siguen la costa de Entre Ríos toman distintos nombres: Victoria, Paranacito, Pavón, Ibicuy, pero en las grandes crecidas todo se mezcla de una á otra orilla del antiguo estuario: las islas intermedias desaparecen bajo la masa continua de agua que separa ambas riberas y los vapores van directamente de Victoria á Rosario á través del enorme estrecho de 60 kilómetros.

Más abajo de San Pedro, el Gran Paraná ó Paraná Guazú deja de seguir la orilla occidental y se dirige á la opuesta, dejando por la parte de Buenos Aires una corriente pequeña llamada Baradero que suelen seguir las goletas para evitar los vientos y el oleaje de la corriente principal. Otro brazo, el río de las Palmas, se separa del Paraná Guazú con menos caudal, pero conservando la misma anchura hasta el estuario, mientras el Guazú se ramifica en muchos ríos laterales, algunos de los cuales, dirigiéndose al Este y Noroeste desaguan en el Uruguay. La boca principal de unos 800 metros se abre al

Norte del delta, no en el eje del estuario platense, sino en la parte del golfo donde desemboca el Uruguay, inmediatamente más abajo del estrecho de Higuieritas. El frente del delta en ambos ríos tiene 60 kilómetros de largo, con aberturas fluviales cuyo número varía según las oscilaciones de la masa de agua y los progresos del delta.

El agua que se vierte en el estuario está ya sostenida por la del mar en las desembocaduras porque la marea sube de un lado y otro en el Paraná y en el Uruguay á más de 150 kilómetros. Por esto ha habido que calcular el caudal del río más arriba del delta, donde la corriente de agua dulce pasa por el mismo lecho. En esto contrastan los dos ríos. El Paraná conserva majestad y poderío hasta en las aguas más bajas y en el estiaje es tan caudaloso como el Mississippi en aguas medianas. Alimentado por ríos que vienen de comarcas sometidas á diferentes climas, compensa las pérdidas de una cuenca parcial con los sobrantes de otras. Además, los lagos y pantanos que bordean una gran parte de su corriente, así como el Pilcomayo, el Paraguay y el Bermejo, contribuyen á regularizar su régimen, recibiendo el sobrante en las crecidas y devolviéndolo en las sequías. El volumen del estiaje del Paraná nunca es inferior á la mitad del volumen medio. En cambio, el río Uruguay ofrece grandes diferencias. En las mayores crecidas, casi iguala al Paraná y en aguas bajas es un río secundario que no lleva más que la sexagésima parte del caudal de las inundaciones. Explican estas oscilaciones el clima uniforme de la región que atraviesa y la falta de receptáculos compensadores en sus riberas.

Al agua contenida en los cauces del Paraná y el Uruguay hay que sumar la subterránea que va lentamente por las profundidades, y procede también de las lluvias caídas en la cuenca fluvial. Por debajo de las capas superiores se extiende un lecho de arena flúida mezclada con agua dulce y que contiene conchas fluviales. Este mar subterráneo, descubierto por la sonda en el subsuelo de Buenos Aires á una profundidad de 25 metros lo menos, se encuentra en comunicación directa con la corriente del Paraná, entre Rosario y San Pedro, y se renueva, no sólo con los tributos directos del río, sino también con lo que rezuma el terreno. Prácticamente se la puede considerar inagotable.

El delta visible del Paraná y Uruguay se prolonga en el mar por un delta submarino que acabará por sobresalir si se con-

serva en estos sitios el nivel relativo de la tierra y el mar. Bancos, separados por fosos profundos, avanzan fuera de las islas de aluviones, uniendo con el continente el islote de Martín García. Los aluviones de origen fluvial que han hecho sobresalir llanuras en vastas extensiones, trabajan activamente para cegar el estuario de la Plata. El Paraná y el Uruguay llevan sin cesar depósitos que forman bancos y que al bajar la marea, convierten el conjunto del golfo en un laberinto de canales, donde los barcos se aventuran con precaución. La profundidad media del estuario, en la línea entre Montevideo y Puente de las Piedras es sólo de 4 metros y debe de haber disminuido mucho desde una época geológica reciente, pues antes aparecían ballenas grandes, aguas arriba de Buenos Aires, en sitios donde ahora no tendrían bastante agua para flotar. Esta profundidad no pasa de 6 metros en el estuario propiamente dicho, y en lo más hondo del canal llega á 12. Cuando no se habían abierto puertos artificiales, ni dragado los canales, los barcos no atracaban á la orilla y el desembarque de pasajeros y mercancías se hacía en lanchas chatas que iban al fondeadero en tiempo sereno, por medio de carretas que rodaban por el fondo firme, con agua hasta los ejes. A pesar de faros y boyas, el largo embudo de la Plata es peligroso para la navegación. Las olas cortas y cargadas de arena, las corrientes rápidas y variables, los vientos furiosos de saltos bruscos, han arrojado á las embarcaciones sobre los bancos de Ortiz, Inglés y Arquímedes, ó sobre alguna isla en formación. La superficie total del espacio triangular cubierta por las aguas del estuario propiamente dicho, entre Montevideo y Punta Piedras, se calcula en 13.000 kilómetros cuadrados y su abertura en 98 kilómetros de orilla á orilla. El ancho golfo de entrada limitado al Norte por el Cabo Maldonado y al Sur por el de San Antonio y que sirve de atrio al Río de la Plata, ocupa extensión más considerable. Las aguas platenses bajan al Sur hasta el Cabo Corrientes y allí se unen con otras dos masas líquidas; una corriente que procede de los parajes tropicales y otras del Gran Océano por el cabo de Hornos.

Del Juramento-Salado al Colorado de las fronteras patagónicas, ninguno de los ríos que nacen entre la vertiente oriental de los Andes y el macizo de Córdoba llega al Océano por el estuario platense. Las cuencas sin salida de la región Noroeste de la Argentina, y que están orientadas de Norte á Sur, parecen de formación glacial, y su fondo está sembrado de bloques

angulosos, que no conservan sus estrías primitivas. Algunas corrientes pequeñas de agua, procedentes de los circos vecinos, depositan al salir una capa de residuos, y si su caudal no se agota por completo, forma en el centro un estanque salino, casi siempre intermitente. El viento se lleva el polvo del fondo, y lo acumula en dunas altas en los sitios resguardados. La sal que se deposita en las depresiones de las llanuras procede indudablemente de las capas salíferas contenidas en las formaciones mesozoicas de origen marino de la cordillera oriental, en la frontera argentino-chilena. Las salinas llamadas *salitrales*, no merecen tal nombre, pues no tienen salitre. Desaparecen bajo la acción de las lluvias, y entonces se cubren de espesa vegetación formada sobre todo de matas de jumen. Al evaporarse la humedad, vuelve á verse la sal en la superficie del salitral.

En reciente época geológica, todas las aguas que bajan de las montañas andinas, al Oeste y al Sur del Aconquija, debieron de ir al Atlántico por el cauce del Colorado, cuya cuenca era entonces más extensa. Viendo el terreno, el pensamiento reconstituye fácilmente la antigua ramificación del río, descompuesta ahora en cuencas fragmentarias. Los ríos más septentrionales de la inmensa cuenca semidesecada, no dan una corriente muy considerable. El Chaschuil, unido al Fiambala y luego á otras corrientes salidas de las alturas de la meseta, se pierde á medias en una llanura de arena salina que fué en otro tiempo un lago, y luego, reformándose en forma de río, penetra por un defiladero en las llanuras de la Rioja, donde el agua desaparece por completo. Desde este punto hasta la unión de su primer valle con el de San Juan, la distancia en línea recta es de unos 450 kilómetros de Norte á Sur; pero la llanura sinuosa se extiende libremente al Sur y si el río empezara á correr de nuevo, ningún obstáculo detendría su corriente. Los afluentes que desaguaban antes en la corriente mayor de agua, siguen todavía hasta la salida de las montañas y luego desaparecen, indicados en el lugar donde se agotan por una pequeña mancha de verdor. El Río Bermejo (de la Rioja) y el Jachal que bajan al Oeste de la masa de Famatina y que están más próximos á la cordillera nevada, tienen bastantes tributos laterales para sostener su corriente viva en mayor longitud que el río oriental. Sangrados á derecha é izquierda por canales de riego, nunca llegan á juntarse, y su corriente inferior, el Zanjón, se alarga ó decrece según las estaciones, sin

llegar nunca á la cuenca pantanosa en la cual podría unirse con las aguas del San Juan.

Este último río, sale de las montañas en corriente furiosa, recogida por canales de riego que se ramifican en todos sentidos; pero la masa líquida que queda en el lecho mayor basta para formar un pequeño río navegable, al cual se unen más abajo los desagües de las tierras regadas, y se vierte en un conjunto de lagunas pantanosas, llamado Huanacache. El río Mendoza, que baja del Paso de la Cumbre y arrastra la nieve derretida del Aconcagua y el Tupungato, derrama en la misma depresión el resto de sus aguas, produciendo de laguna á laguna una corriente entre juncas. El canal llamado Desaguadero, seco una parte del año, se lleva el sobrante de estas lagunas salinas, y baja al Sudeste proyectando un brazo lateral, el Bebedero, á donde aflúa antes el río grande alimentado por las nieves del Aconquija. Desde la cima de las colinas que al Este y al Oeste dominan el Bebedero, se ve en la llanura la ancha cañada por donde corrían las aguas procedentes del Norte. Según los años, disminuye mucho el lago, ó se extiende formando vastos bañados. El agua muy salada del Bebedero deja en los años secos bancos de sal en las riberas, de la cual se apodera la gente de las cercanías. Parece que la cuenca se seca en conjunto y acabará por convertirse en salina semejante á las depresiones situadas más al Norte. Fuentes de agua dulce brotan cerca de los manantiales salados. El Bebedero recibe afluentes cargados de sal y arroyos de agua muy pura. Algunos estancieros, al socavar los bancos de arcilla salífera, han hecho surgir chorros de agua excelente. Ambas capas están separadas por un estrato de algunos metros de espesor. Explica estos hechos la ramificación subterránea de los arroyos que bajan de los montes cercanos y se extienden lentamente después de desaparecer bajo la arena. Estos afluentillos llevan agua dulce, pero la corriente principal de las profundidades es salina. Los ganaderos tienen habilidad para conocer, sobre todo en las confluencias de valles, los puntos bajos donde es fácil de encontrar capas subterráneas de agua dulce, y abren abrevaderos para el ganado.

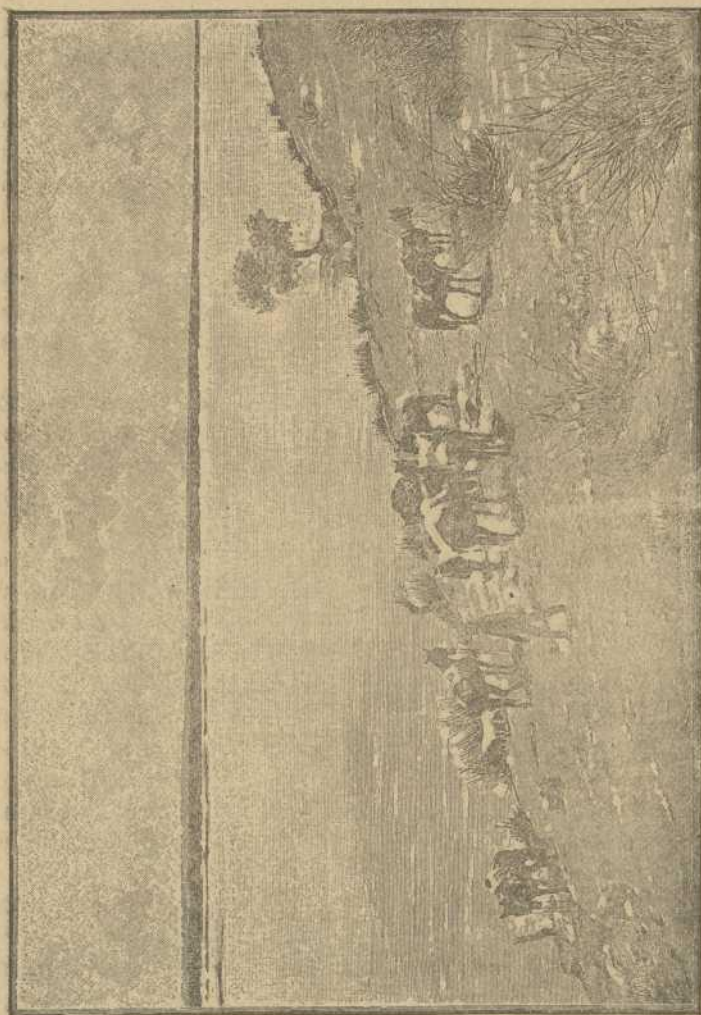
Más allá del Bebedero, un brazo del Desaguadero, acrecentado por el río Tunuyán, sigue corriendo hacia el Sur, pero en esa llanura casi lisa donde el viento mueve la arena, fuertes médanos suelen torcer ó detener la corriente. El río, que lleva en tal sitio con razón el nombre de Salado, vaga, digámoslo

así, á impulso del viento. El Diamante, que se une con él y es navegable parcialmente, también se ha movido por las mismas causas. Antes refluía al Atuel, río más meridional, pero habiéndose torcido al Este al tropezar con montecillos de arena, va directamente al Salado. Así se forma una isla grande triangular, cuyos lados son el Diamante, el Salado y el Atuel. Más abajo de este último afluente, salido de las montañas nevadas, el río, amenguado gradualmente, incierto en su corriente, se encuentra detenido por una hilera de mélanos y forma una gran cuenca de evacuación, el Urre-Lafquen ó Laguna Amarga, llamado así por sus aguas amargas, pero abundantes en pesca. Más allá se ve todavía el cauce antiguo por donde el río llamado Cura-có, bajaba al Colorado. Cabe dudar si en las oscilaciones del curso fluvial, las aguas de la antigua corriente han desembocado en el ancho estuario de Bahía Blanca, que presenta el aspecto de una desembocadura fluvial y parece unido al Urre-Lafquen por medio de lagos y pantanos.

Este río, separado ahora de su cuenca del Norte, siete ó ocho veces más considerable, es muy uniforme fuera de las comarcas andinas donde se forman sus brazos superiores, Río Grande y río de Barrancas. Al salir de los montes, ya no tiene afluentes, y abriendo un surco muy encajonado, baja del Noroeste á Sudeste. Aunque atraviesa una comarca donde no llueve años enteros, recibe de las montañas el río Colorado bastante agua para parecer, á lo menos durante la fusión de la nieve, río profundo y rápido á un tiempo, con una anchura de 300 á 400 metros; pero en invierno es un río escaso, fácil de franquear. Los chilenos tratantes en ganado que siguen el valle rectilíneo del Colorado, utilizan generalmente el cauce arenoso abandonado por la corriente. Pero el Colorado, llamado así por las moléculas de arcilla que arrastra el agua, llega al mar en todo tiempo y hasta se divide en un delta, cuyas dos ramas son accesibles á embarcaciones pequeñas.

El Río Negro, el mayor de la Patagonia, que es línea divisoria entre dos regiones naturales, dos floras y dos faunas, corre paralelo al río Colorado en toda su parte oriental desprovista de afluentes, pero en su cuenca alta abarca una zona de montañas mucho más considerable. Todas las aguas de la vertiente oriental de los Andes, entre los grados 36 y 41 de latitud meridional, desaguan en el Neuquen y el Limay, brazos principales que limitan una vasta extensión triangular de las estribaciones y de la Pampa. El Neuquen, que nace cerca del volcán

de Chillan en el lago de Malbarco, á 431 metros de altura, recibe afluentes numerosos antes de entrar por un desfiladero en la cordillera, cuya base oriental sigue hasta su confluencia con



Una vista de las riberas del Neuquen. (Dibujo de Férís.)

el Agrio, tributario principal, precedente de un valle longitudinal entre dos sierras paralelas. A poca distancia, aguas abajo, van á parar todos los senderos que bajan de los pasos de la montaña, entre el Antuco y el Quetrupillán. Allí estaba el vado

principal, paso de los indios, guardado ahora por un fuerte. Más abajo ya no tiene más afluentes el Neuquén.

Numerosos torrentes que nacen en la cordillera divisoria argentino-chilena, en 300 kilómetros de Norte á Sur, forman el Limay, segundo brazo superior del Río Negro. Varios lagos que ocupan antiguos valles glaciales, vierten sus aguas en el impetuoso Limay que procede de otro lago famoso, llamado Nahuel Huapi (ista del Tigre). El Nahuel Huapi, que llena una depresión de los Andes, muy importante como paso futuro de una vía transversal entre Valdivia y Bahía Blanca, se conoce desde hace siglos.



Vista del Paramá en Hernandarias. (Dibujo de Riou.)

Estableciéronse allí los misioneros jesuitas en 1670, en medio de los araucanos, y á principios del siglo XVIII fundaron un pueblo cerca del nacimiento del Limay. Una invasión de indios hostiles destruyó la estación y aunque fué visitada por otros misioneros, no se exploró definitivamente el Nahuel Huapi hasta 1855. Desde entonces, numerosos viajeros han recorrido las orillas del lago, del cual se ha posesionado la Argentina. Pero su forma no está bien determinada, y los exploradores la trazan diversamente. Sean cuales fueren sus dimensiones, que según los varios cálculos, son de 45 á 80 kilómetros de largo y 15 de ancho, admira todo el mundo su hermosa agua cristalina, dominada por pirámides cubiertas de nieve. La altura del lago según unos exploradores, es de 539 metros; según otros de 620

Al salir del Nahuel Huapi, se tuerce el Limay bruscamente al Norte por un valle longitudinal que separa la cordillera Grande de la de los Cipreses y después de recoger el agua del lago Treful, se junta con otro río, el Collon Cura no menos caudaloso y más largo, que baja unos 40 kilómetros más al Norte, serpenteando por un valle abierto entre la segunda y tercera cordilleras. El lago Aluminé, que contribuye á alimentarlo, está junto á la línea divisoria entre la cuenca del Biobio y la del Río Negro, yendo sus aguas unas al Atlántico y otras al Pacífico.

Acrecentado con todos los torrentes andinos, corre el Limay rápidamente hacia el Noroeste, á trechos entre acantilados rojizos, otras veces formando vastos ensanches, con lagunas (que antes fueron sinuosidades del río), pobladas por millares de aves acuáticas. La corriente es muy violenta, pero carece de rápidos, y un barco de vapor muy potente podría subirlo hasta el Nahuel Huapi y penetrar en el Collon-Cura. Al unirse el Neuquen y el Limay, son casi iguales en su masa líquida anual, pero el Neuquen, que atraviesa una región más seca, ofrece mayor diferencia entre sus crecidas y sus aguas bajas y el Limay casi siempre es por sus orígenes, de caudal igual. Por la forma de su valle parece este río la rama mayor del Río Negro. Las aguas juntas del Neuquen y el Limay, no forman una corriente negra como el poderoso afluente del Amazonas, y quizá lo hayan llamado así los indios por sus rápidos y el peligro de su navegación. El río es de una pureza cristalina, y únicamente después de las grandes crecidas lleva la corriente en suspensión materias arcillosas; pero esta coloración no dura más de dos ó tres días.

Por el ancho valle de inclinación regular, orientado primero hacia el Este y luego al Sudoeste, ya no recibe el Río Negro más tributarios en aquel clima seco. Disminuye poco á poco bajando hacia el mar y su profundidad media pasa de 4 metros. A mitad de camino se divide en dos brazos que al ramificarse forman diversas islas, consideradas como una sola isla de límites variables llamada Choele Choel, muy conocida en la historia de la Patagonia como lugar de travesía de los guerreros que se arrojaban al pillaje de las colonias argentinas. La Choele Choel de 100 kilómetros de largo y 10 de ancho, se compone de tierras de aluvión muy llanas, cubiertas de hierbas y matorrales, y á derecha é izquierda hay llanuras bajas que limitan las fragosidades de esta meseta de 250 metros de altura medio cubiertas á veces por las inundaciones del Neuquen, en verano al derretirse la nieve y en invierno cuando llueve. El Río Negro

desagua en el mar por una sola desembocadura sin modificar la curva del litoral.

El río Chubut, desconocido aún en 1833, como no se le identifique con el Camerones de los mapas antiguos, es mucho menos caudaloso que el Río Negro. Los primeros afluentes nacen en la cordillera, al Sur del Nahuel Huapi, y una vez formado el río, corre sin grandes inflexiones á través de un «país maldito» de peñascos y gujarros, donde escasean los afluentes, de los cuales carece por completo la parte septentrional. Su principal tributario procedente del Sudoeste llamado Senger, Singerr ó Senguel nace en la parte de los Andes próxima al Pacífico, junto á las fuentes del Aysen, y según dicen los indígenas, constituye con este río una corriente continua desde el Atlántico hasta el Pacífico á través de todo el continente. Empieza por atravesar una admirable región de selvas y pastos, oasis de la Patagonia, y luego, rechazado hacia el Noroeste por un valladar de rocas y tropezando con otros obstáculos, se extiende cargado de arcilla, en una vasta cuenca de evaporación, que cambia de extensión según las estaciones y tiene una altura media de 310 metros. Este estanque compuesto de los dos lagos Colhué y Musters, tiene al Sur tierras pantanosas, adonde van á parar sus aguas. Disminuido en un tercio de su caudal, el Senger vuelve á formarse al Oeste del pantano y se junta con el Chubut, pero sin llevarle bastante agua para hacer en él un río considerable. Antes la masa líquida, más abundante, desagaba al Norte entre paredes abruptas, en otro lecho donde aún quedan estanques salinos, restos de la antigua corriente. Los barcos no pueden entrar más que al subir la marea y sólo encuentran un fondo de 2 metros, excepto cuando se derrite la nieve. El Chubut roe sus riberas por la parte septentrional y deposita aluviones en la meridional, donde la llanura baja tiene más de 30 kilómetros de anchura.

El Deseado, descubierto por Cavendish en 1586, desagua en el estuario del mismo nombre, al Sur del golfo de San Jorge. Es menos caudaloso que el Chubut, aunque atraviesa también casi todo el ancho de la Patagonia. El lago Buenos Aires, que fué probablemente la cuenca de alimentación del Deseado, ha perdido sus canales de salida y duerme en el fondo de su cavidad circular, comparable con el cráter de un volcán. En estas regiones de la Patagonia, que antes fué más húmeda, han observado los viajeros otros muchos hoyos, vacíos ahora, pero antes llenos de agua, y poseedores de capas de depósitos lacus-

tres. Al desembocar, el Deseado no es más que un arroyo, que á veces da menos de 250 litros por segundo, pero río verdadero en tiempo de lluvias. Se vierte en un golfo alargado, de forma muy pintoresca, que ocupa un espacio de unos 37 kilómetros de Oeste á Este, con una línea de riberas muy variadas, islas, islotes, esc. illos, promontorios, bahías, barrancos y valles. Todos los cerros son volcanes extinguidos. El puerto Deseado admite en su parte oriental, buques de gran calado y durante las mareas, que son de 4 á 6 metros de altura, los barcos regulares pueden llegar hasta el fondo del golfo; pero las corrientes son muy fuertes y la entrada á veces peligrosa en invierno cuando soplan vientos contrarios.

Dos escasas corrientes de agua, que desembocan al Sur del Deseado, parece que también atraviesan toda la Patagonia desde las estribaciones andinas, siguiendo un camino paralelo. Los exploradores les dan diferentes nombres. El de río Salado, aplicado al Meridional, demuestra que la masa líquida no es bastante abundante para conservar su pureza y que la evaporación concentra las partículas salinas.

La cuenca fluvial que sucede á estas corrientes en el espacio angosto de la Patagonia meridional, la del río Santa Cruz, lleva una masa líquida proporcionalmente grande, gracias á la longitud de su parte alta, en dirección Norte á Sur, y á la abundancia de lluvias. En su parte superior, cuatro lagos importantes siguen la base oriental de los Andes en un espacio de 200 kilómetros, como si correspondiesen á los *fiords* de la vertiente opuesta. El primer lago descubierto por Moreno, en 1877, y llamado San Martín, en recuerdo del vencedor de Chacabuco, forma un óvalo irregular entre altas montañas, de origen volcánico, de las cuales se desprenden hielos y aludes. Al Este, ocupan charcas y lagunas el fondo de una avenida honda, dominada por otros volcanes, como el Kochait ó «el Ave», de pirámide aguda. La fuerza volcánica sigue agitando esta región lacustre de los Andes. Moreno vió brotar del San Martín una columna de vapor, que le pareció un geysero. Al Oeste, la corriente se lleva el sobrante de las aguas lacustres donde siempre flotan témpanos y lo vierte en otro lago no explorado, abierto en la base oriental del volcán Fitzroy, y que cae en el Viedma, lago llamado así porque Antonio de Viedma fué el primero que lo vió, en 1872.

Este, que es el lago más grande de las regiones subandinas, forma un óvalo de unos 300 kilómetros, en dirección de Nor-

oeste á Sudeste. El viento furioso que suele bajar de las montañas del Oeste siguiendo la cuenca lacustre, levanta olas tan enormes como las del Océano. Un poderoso río que desagua en la ribera occidental, desprende bloques cristalinos que flotan como largas procesiones de buques y encallan en la orilla oriental donde se derriten, depositando arena y piedras en el lecho del ventisquero. Fragmentos errantes están esparcidos por las playas, y una roca se yergue en medio del lago como soberbio islote. Huellas de playas antiguas en el contorno de



Caravana en la Pampa. (Dibujo de Duveau.)

las rocas, demuestran que antes era mucho más alto el nivel del lago. Habrá bajado gracias al río Oor ó Leona que serpentea de Norte á Sur, y luego se une con el lago Argentino en su extremo oriental. Al Este de la cuenca, un cauce seco ahora, llevaba directamente al Santa Cruz el Leona.

El lago Argentino, descubierto por Gardiner en 1863, visitado por Feilberg á los cinco años y examinado en 1878 por Moreno, ocupa la región que Fitzroy y Darwin, sondeando el espacio hacia el Oeste, llamaron «Llanura Misteriosa». Bautizaron también dos de las montañas cuyas rocas inferiores baña esta agua, Hobler Hill y Castle Hill. La altura actual del lago es de 350 metros según Burmeister, pero antes tuvo más eleva-

ción, como el Viedma, y en su contorno se distinguen con claridad dos orillas antiguas: la primera y más alta, rojiza y cubierta de peñascos sueltos; otra bordeada de médanos que levantó el viento, empujando la arena de las playas. Como los lagos de los Alpes suizos, los de los Alpes argentinos parecen muy hondos. Moreno no encontró el fondo del lago Argentino con una sonda de 37 metros á 3 kilómetros de la orilla occidental, la menos abrupta del contorno. Como en los *fiords* (y quizá lo hayan sido) el extremo que mira á alta mar es el menos hondo, y los abismos se abren hacia la base de los montes, donde la cuenca lacustre se ramifica en canales tortuosos que rodean rocas peninsulares. Cada rama del lago recibe su afluente de hielos, cuyos residuos flotan lentamente hacia la salida del lago.

El río Santa Cruz, emisario de la serie de lagos que empieza en el Viedma, se escapa de la bahía oriental del lago Argentino, á algunos kilómetros de la boca del río Leona. Ambas corrientes se continúan como las dos mitades de un río. La corriente está interrumpida por rápidos que las embarcaciones que suben no pueden salvar, como no sea arrastradas tirando de cuerdas ó levantadas á brazo. Los esquifes que bajan, cuando las crecidas, pasan por encima de los obstáculos con una velocidad de 20 á 25 kilómetros por hora. La masa líquida que corre por este canal representa 825 metros cúbicos por segundo. El Santa Cruz es de seguro el río más caudaloso de Patagonia. Admitiendo que la cantidad de lluvia que cae en la cuenca alta del Santa Cruz representa una capa de 775 milímetros al año, la superficie del terreno necesario para la formación de un río de este caudal pasa de 33.000 kilómetros cuadrados. Tal debe de ser la extensión de la cuenca que alimenta á los lagos Viedma y Argentino. El agua de Santa Cruz, menos fría que el aire ambiente, procede con seguridad de regiones más cálidas y más próximas al Ecuador. Toda el agua del río sale de los lagos. Fitzroy había conocido ya en su transparencia perfecta que debía de salir de grandes receptáculos lacustres. Las pocas lluvias que caen al Este en la cuenca fluvial se pierden en las cenizas volcánicas. El fondo del lecho, así como las orillas y las terrazas de las rocas laterales, está cubierto de bloques sueltos, masas enormes que llegan á 500 metros cúbicos. El hondo valle del río Santa Cruz, fué antes un vertedero de las rocas andinas, ya porque un ventisquero las empujaba hacia el mar, ya porque bajaran á las aguas un *fiord*, impul-

sadas por vientos del Oeste. Masas basálticas cubiertas de escorias, estrechan la corriente fluvial. En el extremo oriental, el valle del río, dominado por alturas de 30 á 120 metros, tiene todo el aspecto de un antiguo estrecho marino, y Darwin inició la idea de que este corte de la meseta fué un paso entre ambos océanos, ó sea otro estrecho de Magallanes. Pero el aspecto de los montes al Oeste del lago Argentino no justifica tal suposición.

En el estuario de entrada se mezclan las aguas del otro río considerado como afluente del Santa Cruz, con las del mar. Este es el río Chico, explorado por Musters en su curso interior, y por Moyano hasta sus fuentes. Corre, como el Santa Cruz, por una zanja profunda, tallada en la meseta basáltica, pero no hay bastante agua para ser navegable. En aguas bajas no es más que un arroyo de cuarenta metros, que se pasa fácilmente con agua hasta la cintura. En la pintoresca comarca de las estribaciones, se ve un pequeño lago oval, mísero resto del mar interior que antes había allí, y también muestras de una desecación del clima. El caudal del río Chico aumenta poco el del Santa Cruz. Llevan unidos 880 metros cúbicos por segundo, pero es muchísima mayor la cantidad de agua que da la marea al estuario común. En bajamar, la sonda no encuentra tres metros en la barra: en pleamar, la profundidad llega á 16 ó á 18 metros, y las corrientes de flujo y reflujo son muy violentas en el estuario.

Prolóngase al Sur el lago Argentino con otro lago, cuya altura se ha calculado muy distintamente y no se sabe si se comunican ambos por medio de estrecho, cascada ó rápidos. Así lo cree Moyano, sin poderlo afirmar. Más al Sur, una larga faja de agua dulce, mitad estrecho, mitad *fiord*, se desarrolla en la base de los montes como para reunirse á los *fiords* glaciales que dan vuelta á la cordillera andina y forman los golfos ramificados de Skyring Water.

Al Sur del estuario de Santa Cruz, la costa presenta otras brechas, donde desaguan riachuelos procedentes, no de los Andes, sino de la vertiente oriental de la sierra volcánica, y que apenas llevan agua. El Coy Inlet, una de estas escotaduras de la ribera, que consideró Darwin como antiguo estrecho, semejante al de Magallanes, no recibe más que el arroyo Coyle. Más al Sur el río Gallegos nacido en las fértiles llanuras llamadas de Diana, corre entre muros de lava, erizados de conos volcánicos, y es navegable algunas semanas al año. Las corrien-

tes del extremo de Patagonia tienen pepitas de oro entre la arena de su cauce.

No crecen uniformidad los perfiles de las costas de la Patagonia y Tierra del Fuego. Desde Buenos Aires hasta Bahía Blanca, el contorno semicircular del litoral, sigue una curva rítmica debida á una lenta y continua acción geológica y en la punta del continente, el filo de cimitarra que va de la isla de los Estados al Coy Inlet, interrumpido por los estrechos de Magallanes y Lemaire, demuestra un movimiento igual en la formación de riberas. Pero el espacio entre Bahía Blanca y el estuario de Santa Cruz tiene escotaduras muy irregulares. Al Sur de Bahía Blanca, las irregularidades paralelas que se suceden en la costa parecen indicar la existencia de un antiguo delta, pero ha dejado de existir el río que allí debió desembocar. El río Colorado y el Negro, en vez de correr en valles prolongados por golfos ó escotaduras del litoral, desaguan en el Océano en la convexidad extrema de una tierra avanzada. Inmediatamente al Sur, el golfo de San Matías penetra tan profundamente en el interior, que se le llama Bahía sin Fondo, y al Sur la península Valdés ó San José se une con el continente por medio de un istmo estrecho, que encorva su masa á ambos lados en forma de martillo para encerrar dos bahías laterales. Al Sur del gran hemicíclo regular del golfo de San Jorge, el Deseado, el Colorado y el Negro, no bajan hacia esta entrada marítima que los invita, sino por medio de un avance peninsular.

Hay pocos puertos en la costa patagónica. En los parajes meridionales, prefieren los marinos los de San Julián y Santa Cruz, ambos cerrados en baja mar por barras donde no hay más que dos ó tres metros de agua, pero el flujo que en estas riberas sube hasta 10 y 15 metros, permite la entrada á todas horas á los mayores buques. Es temible acercarse á las costas en el golfo de San Matías, cerca de la península Valdés, porque el oleaje es violentísimo y las corrientes chocan, formando remolinos peligrosos. Ni siquiera se puede echar la sonda en estos torbellinos que desvían la plomada.

IV

Clima, flora y fauna.

La República Argentina no posee más que una pequeña faja de territorio en la zona tropical. Una sola de sus ciudades,

y de las más pequeñas, Orán, está situada en esta zona, cuya altitud compensa en parte su posición geográfica relativa al Ecuador. Puede decirse que la Argentina corresponde por el clima á las regiones templadas de la Europa occidental, desde España hasta las islas Feroe. Pero entre los grados 22 y 55 de latitud meridional, líneas entre las cuales está el territorio argentino, hay gran variedad de climas. Hay que sumar á las transiciones de Norte á Sur, las de Este á Oeste según se aparta uno del mar para acercarse á los montes. La diversidad de climas locales es, pues, infinita, pero en todos hay oscilaciones considerables, y saltos bruscos en la temperatura. El relieve orográfico desde el Chaco hasta la Tierra del Fuego, deja libertad á los vientos cálidos del Norte ecuatorial, y á los fríos del Sur polar. Ninguna montaña detiene el paso de las corrientes aéreas que llevan la atmósfera abrasada del Ecuador ó el frío del hielo antártico.

En la Mesopotamia y en todo el Norte argentino, los vientos normales se orientan como las montañas y los ríos, de Norte á Sur ó de Sur á Norte, paralelos á los Andes, á las alturas avanzadas de Famatina y Aconquija; paralelas al Uruguay y Paraná. Pero hay cierto equilibrio entre las regiones fluviales del Este y las andinas del Oeste. En las primeras predomina el viento Norte; en las segundas el Sur. Otro contraste consiste en la desviación del viento Norte que suele bajar de las montañas al llano y se llama *zonda*, y sopla tempestuoso, sobre todo de Julio á Septiembre. El viento Norte y la zonda traen temperatura elevada, y á veces han hecho subir el termómetro á 40 grados. Si entonces falta el viento, la diferencia de calor puede llegar á 30 grados en el día. En invierno, y por la acción del viento Sur que limpia la atmósfera y facilita la irradiación su temperatura llega más abajo del punto de congelación y desde el Chubut se hielan los ríos patagónicos. Dicese que en San Juan, al pie de los Andes, la transparencia del aire permite ver las estrellas á simple vista en medio del día, hasta las que se hallan cerca del sol.

El litoral de Buenos Aires, en el estuario del Plata, y á lo largo del Atlántico se distingue por rasgos particulares. Los ribereños disfrutan la alternativa de brisas ó virazones; las de tierra durante el día y del mar por la noche. Además, los alisios del Sudeste prevalecen en esta parte de la costa, en verano, y gran parte del invierno, y disturbios atmosféricos, sobre todo en Mayo y Octubre, traen el alisio tormentoso llamado *suestada*, que trastorna el estuario y remueve y hace desbordarse las

aguas del Uruguay y el Paraná. Casi todos los naufragios en la rada de Buenos Aires se deben á esas suestadas, acompañadas generalmente de chaparrones. Otra corriente aérea que sopla con gran violencia, pero menos peligrosa para la rada por su dirección, es el pampero ó viento de la Pampa central, del Sudoeste á Noreste, á lo largo de la costa uruguaya y brasileña meridional, á veces hasta más allá de Santos y Cabo Frío. Este viento, muy puro, seco y saludable, sopla unas diez y seis veces al año, durando á veces horas, á veces muchos días con violencia. A pesar de estos cambios atmosféricos, el clima del litoral no experimenta alternativas grandes. La temperatura es más igual y no se nota el calor intolerable que, sobre todo, en tiempo sereno, molesta horriblemente en los «Saharas» de tierra adentro.

El área de los alisios del Sudeste, tiene límites inciertos en las costas atlánticas; pero en el conflicto entre las corrientes de origen polar y las opuestas, dominan éstos casi siempre, en la Patagonia propiamente dicha. Los vientos del Noroeste prevalecen durante el verano y parte de la primavera, gracias al contraste entre las temperaturas del Oeste y el Este del triángulo terminal de Patagonia. Por los parajes de los archipiélagos magallánicos corren las frías aguas polares, mientras que en el Atlántico la corriente es en sentido inverso, enviando al polo efluvios de calor tropical. Entre ambos litorales hay una diferencia media de seis grados centígrados en la misma latitud, diferencia que ejerce una llamada continua de la zona relativamente cálida del Este sobre la atmósfera más fría de la zona occidental. Los violentos vientos patagónicos del Noroeste impiden á veces cabalgar á los viajeros, que tienen que apearse y resguardarse en un barranco, del formidable soplo que corre por la llanura. Una vegetación arborescente, bastante tupida á trechos, puede sostenerse en las cañadas, pero fuera de éstas, desecada la tierra por el viento, no produce más que matorrales y plantas bajas. Esta capa aérea es sutil y de poco espesor y á poca distancia sobre el terreno se ven á veces nubes que van en sentido inverso de la corriente inferior. La brisa violenta suele comenzar al salir el sol, adquiere su mayor fuerza á la una de la tarde, luego mengua, y las noches son muy tranquilas. Más al Sur, en la Tierra del Fuego, son menos regulares los vientos. El buen tiempo dura poco en las latitudes meridionales, donde abundan las tormentas.

De manera general, las lluvias, disminuyen gradualmente

de Norte á Sur, de las regiones subtropicales á los archipiélagos y penínsulas subpolares. En el llano de Tucumán la humedad es mayor que en la Mesopotamia platense; en ésta es más fuerte que en Buenos Aires y en la capital superior á la Patagonia. También disminuye la cantidad de lluvias desde el estuario hasta la base de los Andes. La sequía crece lejos del mar, y al mismo tiempo cambian los fenómenos que acompañan á la caída de la humedad. En el litoral abunda el rocío y suelen caer lluvias finas como en Europa. En lo interior de la Argentina, especialmente en San Juan, casi no se conocen las nieblas, pero el agua cae á chaparrones, acompañados á veces de granizo. La lluvia, siempre violentísima, parece un suceso normal debido al conflicto de los vientos. En Buenos Aires nieva poquísimo.

La Argentina, considerada en conjunto, no tiene humedad suficiente para la agricultura. Desde 1827 hasta 1831 hubo una gran sequía, durante la cual apenas cayeron en los campos lluvias aisladas. Los pastos se convirtieron en desiertos: las bestias feroces, reunidas con los animales domésticos, vagaban en busca de forraje y agua, y perecían en las hondonadas. En el interior, duran más las sequías que en el litoral, pero no se suele contar con la lluvia, y las cosechas dependen de las nieves de las montañas, que alimentan los canales de riego. Ha habido que abrir yagüeles á la salida de los valles, y perforar en muchos sitios pozos artesianos á 100 metros y más de profundidad para recoger toda el agua de las cumbres. Parece, sin embargo, que el clima es más seco que antes, pues se dice que á mediados del siglo anterior la quebrada procedente de la sierra de Ve'asco, regaba alrededor de la Rioja una superficie de jardines y viñedos cinco veces mayor que la que ahora aprovecha la irrigación. Y no basta para explicar esta disminución de cultivos el aumento de habitantes que representa mayor consumo de agua. Es la falta de humedad la que de a secos tantos ríos en los llanos del Norte y de Patagonia. En las «tierras malditas» atravesadas por los ríos Colorado y Negro las lluvias son escasísimas, y á veces pasan años sin que caiga una gota de agua. Las estaciones de ferrocarril en las soledades al Sur de Buenos Aires, reciben por cada tren su provisión de agua. Los viajeros tienen que acostumbrarse á beber el líquido salitroso que se rezuma por el terreno en ciertos sitios, y consideran agua dulce brebajes amargos que personas y animales rechazarían en otra parte. La vegetación puede subsistir gracias al rocío matutino.

La zona más árida de la Patagonia es la de la cuenca del Deseado, nacido en la región de las nieves andinas, y que no es más que un hilo de agua cuando llega á su vasto *fiord*. Pero si las llanuras y mesetas de la vertiente atlántica carecen de lluvia, en los Andes cae ésta en abundancia. Los fuertes vientos del Noroeste llevan agua á la parte del Pacífico, y encuentran brechas que los dejan pasar á la pendiente opuesta y dar mucha humedad á los montes y sus vecindades. Las demás corrientes atmosféricas, detenidas al paso, dejan caer lluvia y nieves, que forman algunos ventisqueros. Una serie de lagos sigue el pie de los montes del lado argentino, y otros muchos cuya agua se ha evaporado, debieron de formar una línea de agua casi continua del Nahuel Huapi al Estrecho del Magallanes. La Tierra del Fuego tiene suficiente humedad, hasta en los llanos orientales.

Los bosques tropicales, análogos á los del Brasil y á ciertas partes del Paraguay, no existen más que en la zona estrecha de la Argentina, donde el clima es bastante cálido y húmedo, lo cual no ocurre más que en las provincias de Salta, Jujuy, Tucumán, en la base de las montañas que bordean la meseta y en el Chaco, á lo largo del Pilcomayo y el Bermejo. Esta región se convierte gradualmente en parques naturales, donde al mezclarse el bosque y la pradera constituyen el área más fértil y hermosa de la Argentina. Todas las especies de la selva se encuentran en ella, así como otras que necesitan luz y aire libre. Bosques y bosquecillos ocupan gran extensión en la parte septentrional de la República, pero lo excelente de sus maderas de construcción, ebanistería y tintóreas, y la pobreza del resto del Estado en riquezas forestales, hacen temer una tala mortal que ya ha empezado cerca de las ciudades.

La falta de humedad y de humus vegetal y la presencia de partículas salinas en el terreno, dan singular aspecto á la vegetación. No pueden vivir en este clima y en tales terrenos más que árboles muy espaciados, de hojas delgadas, agujas ó espinas, y poco sombríos. Los botánicos dividen según las especies dominantes esta área de bosques pobres, semejantes á las *catingas* del Brasil. En las pendientes de las montañas de Catamarca y Santiago del Estero se encuentran: el cahil, especie de acacia muy útil para los curtidores y el quebracho colorado, rico en tanino, y apreciado por los constructores de vías férreas por su resistencia y elasticidad. En las dunas y en todo terreno arenoso, abunda el algarrobo, y en los terrenos muy secos se elevan las columnas de los cactus leñosos y las higueras nopales. El Chaco

pertenece también al área de bosques claros, á lo menos en las partes que carecen de ríos. Ciertos árboles espinosos enredan de tal manera sus puntas, que el animal cogido en semejantes trampas suele morir allí. Los jazmines embalsaman el aire con su fragancia. Las palmeras ocupan mucho espacio en el Chaco, especialmente el *copernicia cerifera*. Hacia el Sur, disminuyen en extensión y constituyen grupos escasos, formados sobre todo por *trithinax campestris*. El yataí pertenece especialmente á la Mesopotamia argentina, ó sea á las provincias de Corrientes y Entre Ríos. Hoy unas doce clases de palmeras en la flora argentina, cuatro de ellas en esa región de entre ríos, que puede considerarse una área floral, distinta gracias á sus bosques y á la variedad de sus especies.

Al Oeste del Paraná, la vegetación arborescente presenta de de Este á Oeste notable contraste. Las montañas más próximas al mar tienen árboles en sus pendientes inferiores, á lo menos donde no ha habido talas, mientras las estribaciones de los Andes, desprovistas de la humedad necesaria, están completamente peladas, y en las mesetas altas no hay más que liquen y llareta, pegadas á las piedras como moho. En las llanuras se da el fenómeno contrario. Las del Oeste están cubiertas de matorrales y hasta de bosques, diferenciándose así de la Pampa completamente desnuda, limitada al Oriente por el Paraná, aunque en ésta llueve más que en aquéllas. El terreno de las pampas tiene el agua necesaria para el desarrollo de los árboles y, sin embargo, no produce espontáneamente más que hierba. El contraste de bosques y sabanas debe corresponder á la distribución antigua de las aguas estancadas. En las superficies inundadas antes predominan las hierbas: las tierras secas desde hace tiempo parecen más aptas para criar bosques.

No se detiene la selva en los límites de la Pampa. Proyéctanse penínsulas é islotes de árboles fuera del lindero del bosque y hay entre la arboleda claros herbosos. Los europeos han traído numerosas plantas del mundo antiguo, que se han propagado rápidamente desde el litoral hasta el pie de los Andes, modificando el aspecto de la comarca. Muchos cardos han invadido la llanura, y forman impenetrables malezas en tiempo seco. Parece que estas especies europeas han contribuido al mejoramiento de los pastos, acrecentando el *pasto blando*, bueno para las ovejas, á expensas del *duro*, preferido por los caballos. La flora de las pampas abarca relativamente pocas especies, pero en cambio es prodigioso el número de individuos asociados: gramí-

neas, compuestas y papilionáceas. El *gynerium argenteum*, llamado en Europa hierba de las pampas, no se encuentra precisamente en la Pampa propiamente dicha, pues sólo se le ve en las pendientes de las montañas, lejos de las llanuras, y en barrancos húmedos, junto al confín de la Patagonia. Algunas partes de la Pampa, de terreno ligeramente salino, buscado por el ganado, producen especies particulares y forman la transición con las salinas. La verdadera Pampa carece en absoluto de árboles, y álamos, eucaliptos y melocotoneros que en ella se ven han sido los plantados por la mano del hombre. Obsérvase principalmente, en medio de la inmensa llanura de suaves ondulaciones, el ombú (también plantado por el hombre) de tronco esponjoso, raíces rastreras y follaje sombrío en forma de bola. Los navegantes del Paraná que lo ven de lejos, lo utilizan como punto de mira, y por su la lo pasan los caminos y senderos abiertos en la llanura, pues sirve de señal en la soledad á los viajeros. Las cabañas de los *ranchos* se elevan cerca de él, y á su sombra descansan los rebaños.

La flora de la Pampa, limitada al Norte por el río Salado, al Oeste por la Mar Chiquita y por la masa montañosa de Córdoba, se va ensanchando hacia el Sur, y antes abarcaba toda la provincia de Buenos Aires, conquistada hoy en gran parte por el cultivo. Al Sur, apenas pasa por la Bahía Blanca, pero arriba se la ve todavía en el valle Colorado, que puede considerarse como límite de la flora patagónica, caracterizada por matorrales. El césped falta completamente en el área patagónica, pero crecen algunas matas de hierba entre los troncos de arbustos nudosos y espinosos. Cactus de fuertes puntas cierran en muchos sitios el camino á hombres y animales. Hay barrancos llenos de totorales, grupos de *gynerium* y otras plantas de tallo flexible y color blanco sedoso. En la región patagónica de Río Negro no hay más árbol grande que una especie de sauce tal vez de origen europeo, pero pronto desaparecerá, pues los ribereños no disponen de otra madera de construcción, y van acabando con ellos. En las terrazas que dominan el valle el árbol más común es el chañar, que en Octubre se cubre de flores parecidas á la retama. En ciertas regiones desiertas se viaja á veces dias enteros sin ver un árbol, y los que alguna vez se encuentran son considerados como *gualichú* ó «genio del lugar.» El incienso espinoso produce una resina excelente, y el te de Santa Cruz se emplea con sus hojas para obtener una infusión muy aromática que sabe á menta. El calafate reviste tan

abundantemente las dunas interiores, que se nota su color azulado á muchos kilómetros de distancia. Cuando los indios cortan madera en la montaña para sostener sus tiendas, se alimentan únicamente con bayas de calafate, á falta de la carne de huanaco. Una especie de enebro les da el *maken*, resina que produce una especie de goma dentífrica que quita el deseo de fumar y les limpia la dentadura. Todos los patagones mascan el *maken*. Las rocas de la costa desde la Tierra del Fuego hasta el Deseado están cubiertas de fucus. La flora de la vertiente regada de los Andes, contrasta, en vegetación y clima,



Grupo de patagones. (Dibujo de Devos.)

con las arideces de los llanos y mesetas de Patagonia. Las pendientes de las montañas donde nace el Santa Cruz están cubiertas de hayas antárticas, que enredan su ramaje por encima de los barrancos en que se ocultan los caballos salvajes. Más al Norte, cipreses y encinas cubren las pendientes de las montañas, y los valles donde brotan los torrentes del Río Negro, eran antes la reunión de millares de patagones en la estación de los frutos. Los españoles habían hecho á los araucanos un obsequio involuntario. El paso de los misioneros jesuitas por las regiones andinas valió á los indios la manzana, gracias á la aclimatación rápida de estas plantas como árboles forestales.

En época geológica reciente, las regiones meridionales de

América poseían una fauna de animales grandes mucho más rica que hoy. El yacimiento de fósiles que encontró Darwin cerca de Bahía Blanca, estaba dentro de una capa de arena estratificada y de lodo rojizo, semejante á los depósitos que podría formar el mar actualmente en una costa poco honda, y las conchas pertenecían á especies recientes ó contemporáneas. La mayor parte de los gliptodones ó armadillos gigantes que se han encontrado en la formación de las Pampas, inmediatamente debajo de la tierra vegetal, están tan completos como los esqueletos de bueyes y caballos caídos en la Pampa. Las condiciones del mundo animal en aquella época eran lo mismo que hoy. La Pampa carece de esos grandes carnívoros que rompen esqueletos y dispersan sus fragmentos, pero posee buitres y otras aves voraces que devoran la carne y dejan limpios los huesos. Según el naturalista Ameghino, el hombre debió de vivir en la época en que se formaron los terrenos de la Pampa, habitando en el hueco practicado debajo del caparazón del glyptodón. Rotte encontró el esqueleto de un hombre debajo de uno de estos techos naturales. Según los indios, el glyptodón aún vivía recientemente.

Los naturalistas que han descubierto las osamentas de la fauna terciaria platense y patagónica se asombran de la abundancia y variedad de especies en tan estrecho espacio. El osario de Bahía Blanca, de unos 200 metros cuadrados, encerraba: cráneos de megaterio; un megalonix; un esqueleto casi completo de scelidoterio, cuadrúpedo de la misma familia, semejante al armiguero en unas cosas y al armadillo en otras; tres especies gigantes de desdentados; un caballo; un diente de maerauchenia, pariente del camello y el llama; y el taxodón, animal raro parecido al elefante en tamaño, á la rata por los dientes y al lamantín por sus costumbres acuáticas. A orillas del río Santa Cruz y de otros ríos de la Patagonia meridional, se han encontrado muchos esqueletos de mamíferos desconocidos hasta ahora, y no bien clasificados todavía. El descubrimiento más notable es el de aves gigantes, mayores que los dinornis de Nueva Zelanda. Los yacimientos de la fauna patagónica no ceden en importancia ni en cantidad á los de las «Tierras Malas» del Gran Oeste Norteamericano, y han hecho del Museo de La Plata el lugar más preciado para el estudio de la fauna austral. Animales de tantas especies y tan gran tamaño dan á entender que la punta terminal de América es el resto de un vasto continente que comprendía las hoy disper-

sasistas del Atlántico Meridional. La enorme acumulación de osamentas halladas bajo la toba volcánica permite suponer que entonces estaba representado el mundo animal por miríadas de individuos. Si hoy hiciera desaparecer una catástrofe todas las bestias de la llanura, los esqueletos serían pocos, excepto los de animales asociados que anidan en rebaños. La observación de Buffón de que la alzada de los animales viene á corresponder á las dimensiones del continente que habitan, no está justificada por la fauna terciaria de la Patagonia, que por grande que fuera no pudo igualar á África. Aun hoy, la mayor parte de las especies tienen más representantes en el Nuevo Mundo que en el Antiguo.

La fauna actual de las regiones templadas de la América Meridional se parece á la del Norte. La Argentina y Patagonia recuerdan á los Estados cercanos á los grandes lagos canadienses, por sus especies y por sus géneros. Las formas animales de los invertebrados marítimos, aparecen en las orillas de la América Meridional á mayor distancia del Ecuador que en el litoral norteamericano.

El Río Negro viene á constituir el límite entre las dos áreas argentina y patagónica, y hay especies que no lo atraviesan para entrar en los dominios de la orilla opuesta. El avestruz nandú, *chea americana*, cede el sitio á la especie más chica *chea Darwinii*. El jaguar patagónico es más pequeño que el del Chaco. El muro de los Andes determina otra división entre la vertiente argentina y la chilena, aunque hay animales que desconocen esas fronteras. El puma recorre la Patagonia hasta el Estrecho de Magallanes; gatos monteses, perros, armadillos y ratones viven también en la península terminal. El cóndor, que en el Ecuador no baja hasta las estribaciones de los Andes, desciende en Patagonia hasta las playas atlánticas. Los reptiles escasean en la península, como los moluscos terrestres y lacustres. Las formas marítimas; aves, cetáceos, peces, organismos inferiores, pululan sobre todo en el archipiélago magallánico, pero el hombre acabará por destruir ciertas especies. Los pingüinos que se encontraban antes á miles en las cornisas de las peñas, ya han desaparecido de algunos archipiélagos.

Los límites de las especies animales de la zona tropical seca se escalonan en la parte Norte de la Argentina. Hay monos de tres familias diferentes en los bosques de las Misiones y Corrientes y en las montañas de Jujuy y Salta. Los murciélagos escasean más en las comarcas platenses que en el Brasil. Los anima-

les carniceros están representados por numerosas especies al Norte de Patagonia, pero los felinos grandes como el jaguar y el ocelote, han sido expulsados por pastores y labradores. El puma, habitante de las montañas, está menos amenazado. Nunca ataca al hombre en las regiones platenses, y no se defiende siquiera cuando el pastor le hostiga. El tapir y el pécarí, aficionados á bosques húmedos y cálidos, no pasan al Sur en las provincias de Corrientes y Santiago del Estero. El perezoso, llamado irónicamente *perico ligero*, no baja hacia al Polo más allá del Chaco, y el hormiguero, que abunda en las soledades del Norte, escasea en la Argentina. Los armadillos tienen muchos representantes en las regiones platenses, pero el tatú gigantesco, cuyo caparazón llega al tamaño de un metro, cada vez se ve menos al Norte del Bermejo. El quinquinocho ó armadillo enano que vive en Mendoza, tiene el tamaño de un topo. El armadillo velludo se adapta al nuevo medio que le da el cultivo, convirtiéndose en animal nocturno.

El habitante por excelencia de la pampa es la viscacha, que recuerda al perro de las praderas del continente septentrional, y que, como éste, socaba sus habitaciones en el suelo arenoso, y se asemeja á la marmota, aunque no se aletarga en invierno. Sus guaridas de 2 á 20 metros, según la importancia de la familia, tienen forma espiral, y se ensanchan según profundizan. De día se ven de lejos las viscacheras, porque la hierba está roída á ras de la entrada, mientras encima de la madriguera crece en matas altas, pero de noche el jinete tiene que andar con cuidado, para que la cabalgadura al pisar la bóveda de una galería oculta, no se patiquiebre cayendo en el edificio destruido. El caballo indio, acostumbrado á las expediciones, lleva siempre la cabeza baja, y olfatea el suelo como perro de caza, advirtiéndole su instinto del peligro. Los mochuelos y otras aves nocturnas hacen centinela en las aberturas de las madrigueras. Víboras, serpientes y arañas venenosas, suelen albergarse en tan seguras guaridas; así es que los viajeros que atraviesan las regiones donde abundan las viscachas, se proveen de ajos para que las serpientes huyan ante este olor, considerado por los argentinos como preservativo absoluto. Además, las caravanas tienen interés en acampar junto á las viscacheras, gracias á la costumbre que tienen estos bichos de adornar sus puertas, donde se encuentran osamentas blanqueadas y objetos perdidos en la Pampa, como correas, ropas, zapatos, y sobre todo ramas secas y raíces, que el tran-

seunte puede encender para guisar su comida. Entre los ríos Colorado y Negro el animal más común es el marra ó liebre patagónica. En las regiones cultivadas de la Pampa, la caza ha aumentado en vez de disminuir, gracias á la cesación de los incendios que antes destruían cachorros y nidadas.

Las montañas también tienen su fauna. La chinchilla, que desaparecerá á causa de su piel hermosa, no vive en las llanuras ni en las cumbres nevadas, y no baja de los Andes á las regiones patagónicas. El huanaco abunda en los altos Andes argentinos, y en las latitudes australes baja á lo llanos pedregosos de Patagonia hasta la orilla del Atlántico. Escasea ya en la Rioja y Catamarca, pero en Jujuy, cuya población campesina se compone de quichuas, respetan éstos á los huanacos y vicuñas que se reúnen á centenares. Como el camello, el huanaco se puede pasar mucho tiempo sin beber, y hasta se acostumbra al agua salada. Entre el lago Argentino y la cordillera Latorre hay una llanura que Rogers é Ibar llamaron «Valle de los huanacos», porque vieron en ella más de 5.000 de éstos animales. Los tehuelches matan más de 30.000 al año sin que se note disminución. Los machos, solitarios y muy corredores, son difíciles de matar á tiros, mientras las hembras, que se cansan más pronto y andan en grupos, ofrecen mejor blanco á los tiradores. A orillas del Gallegos ó el Santa Cruz, los huanacos moribundos se arrastran hasta los matorrales apartados, para morir tranquilos. La piel de huanaco joven cosida con tendones de avestruz, da capas muy apreciadas que se venden muy caras en Buenos Aires. La lana sirve para tejer ponchos y mantas. El congénere del huanaco, en el extremo del continente, es el huemul, perteneciente también á la fauna de los Andes peruanos. En la Tierra del Fuego, son muy comunes los zorros, muy castigados por los cazadores. Millares de individuos representan á los roedores, y una de sus especies, el tuco-tuco ú «oculto», rumia el terreno en todos sentidos, haciendo imposible la agricultura.

La ornitología argentina es muy variada, desde el poderoso buitre hasta el pájaro-mosca, flor volante. Casi todas las zancudas del Brasil tropical y de las Guayanas penetran hasta Tucumán y Corrientes. Numerosas especies de cotorras y loros, como el loro amazona, forman parte de la fauna argentina. Una variedad particular de colibrí vive en la sierra de Córdoba, y otras se ven hasta en Magallania. El pájaro-mosca antártico, oriundo de Bolivia y Chile, adonde vuelve todos los

inviernos, visita en verano las riberas de la Tierra del Fuego.

El cóndor, gigante de las aves del Nuevo Mundo, abunda en las sierras de San Luis y de Córdoba, colocadas como enormes atalayas en medio de las llanuras llenas de rebaños. El avestruz ó nandú, que corre por los llanos, habitaba antes en la Pampa y las regiones herbosas de Patagonia: pero el labrador la ha ido expulsando y el cazador la destruye antes de que la pueda convertir en animal doméstico. Las aves que menos han padecido con la llegada de los blancos son las especies acuáticas de los pantanos, estuarios y rompientes. Los archipiélagos magallánicos poseen bandadas de aves que vuelan por encima de los peñascos. El más grande de estos palmípedos es un pato llamado por los marinos ingleses *race horse duck*, por lo rápido de su andar, que es á un tiempo natación, carrera y vuelo. Más comúnmente se le llama *steamer duck*, por asemejarse el movimiento alterno de sus alas al de un vapor. Corre muy velozmente por el agua dejando en pos un largo surco. Algunos machos tienen más de un metro de pico á cola.

El mundo de los reptiles es una prueba también de la debilitación de la energía vital al Sur de la zona tórrida. Las tortugas argentinas son más chicas que las brasileñas. El cocodrilo jacarés, que pulula en los pantanos y lagos de Corrientes, no pasan de dos metros de longitud, y no se les ve al Sur de Santa Fé. Las boas no pasan de la región de Santiago del Estero, y la serpiente de cascabel no atraviesa las montañas de Córdoba. Las aguas marinas, lacustres y fluviales son muy ricas en peces, y el estuario de la Plata posee especies propias, además de las del mar y los ríos. Truchas de gran tamaño y excelente sabor pueblan el agua dulce y la salada. Se las encuentra en el Bebelero, en la laguna de Huanacache y en el río San Juan. Antes abundaban en aquellos mares cetáceos grandes y chicos. Una especie de foca ó lobo marino ha dado nombre á una isla del estuario platense, y en las costas patagónicas los cazadores persiguen de muerte á los leones y elefantes marinos, y otras focas, cuyo cuero y aceite se utilizan. Las ballenas, casi destruidas en las aguas templadas del Atlántico meridional, apenas se ven ya más que cerca de la Tierra del Fuego y en los mares australes donde flotan los témpanos.

V

Prehistoria y pueblos indígenas.

La prehistoria de la Argentina es muy difícil de descifrar por la misma variedad de tipos humanos y objetos de todas clases que se conservan en los hipogeos. Hay en las pampas de Buenos Aires vasijas imposibles de distinguir de las recogidas en las necrópolis aztecas. No se sabe si fueron traídas del continente septentrional ó si un desarrollo paralelo de las civilizaciones locales dió origen en ambas partes á industrias análogas. A orillas del Río Dulce, cerca de Santiago del Estero, se han desenterrado urnas que contenían restos humanos mezclados con conchas de especies que hoy viven en el Pacífico, bien porque los contornos de las riberas hayan variado desde aquella época, bien porque el movimiento de navegación se dirigiera desde el Océano occidental al Atlántico. Ciertas masas de piedra ó madera son idénticas á las manejadas por el maorí de la Nueva Zelanda y el canaco de las Nuevas Hébridas. ¿Habría relaciones amistosas ó comerciales entre las poblaciones de Australia y las del Sur de América?

En toda la parte montañosa de la Argentina del Noroeste, desde la provincia de Jujuy á la de Mendoza, hay en promontorios y valles minas numerosas, murallas, fortalezas y ciudades, algunas de las cuales están á más de 4.000 metros de altura, á veces en picos abruptos ó paredes verticales, y muchas de ellas se parecen á las del Arizona y Nuevo Méjico. La mayoría carecen de aberturas exteriores que se comuniquen con los reductos de las fortalezas. Había que penetrar en ellas por medio de escalas y sus muros recios tenían una especie de paseo cuadrilateral desde el cual se bajaba al patio, rodeado de habitaciones como grutas. Todo ello es prueba del estado de alarma y guerra en que vivían las gentes, pero habían heredado á pueblos que formaban antes grandes comunidades, pues su civilización industrial estaba bastante adelantada. El camino de los incas, que sigue centenares de leguas al Este de los Andes, recorriendo los llanos en línea recta, con ramificaciones hacia los sitios antes habitados y que se dirige á la brecha de Uspallata para atravesar los Andes, se ignora por quién fué construido, aunque Moreno cree que, á pesar de su nombre, es de origen preincásico.

El nombre tradicional de esta gran vía parece indicar que se debe á los quichuas, servidores de los incas, pero las rocas escritas que se suceden en el camino ó en las cercanías, no son las mismas que las del Alto Perú, y deben de pertenecer á una civilización diferente. En aquellas comarcas, hoy desiertas, zanjas que fueron canales de riego rodean montañas, con barrancos secos en la actualidad. Tejidos, instrumentos de piedra, cobre, bronce y plata, y vasijas pintadas, demuestran la alta cultura de aquellos pueblos desaparecidos, como han desaparecido del mundo antiguo otros pueblos poderosos del Asia interior.

Hasta la Patagonia debió de ser muy populosa, y no hay sitios, por inhospitalarios que ahora resulten, donde el arqueólogo no encuentre huellas del paso ó residencia del hombre. Ciertas capas del terreno, lentamente depositadas, encierran restos de industria humana á grandes profundidades, y en la Ensenada se han recogido vasijas á más de 60 metros de la superficie. Además, las grandes diferencias de los cráneos, instrumentos é inscripciones de rocas, prueban que tales poblaciones pertenecían á varios orígenes. El continente que acaba en una larga península, formaba como una red, en la cual se iban enredando unos tras otros los pueblos expulsados de las comarcas del Norte, y á veces se exterminaban. La Argentina es una vasta necrópolis de razas perdidas. En el Samborombón al Sudeste de Buenos Aires, el naturalista Carles ha descubierto cerca de un megaterio un esqueleto humano de trece vértebras dorsales.

Las edades sucesivas de la prehistoria están bien representadas en la Argentina; pero los indios no habían llegado á trabajar el hierro cuando los españoles desembarcaron en sus orillas; no conocían más que el cobre, y esto únicamente entre las naciones cultas del Norte. La mayor parte de las tribus no usaban más que huesos, conchas y piedras. Los lugares más ricos en fragmentos arqueológicos, se llaman *paraderos*; Moreno encontró muchos en el valle del Río Negro. Los arqueólogos hallan en ellos puntas de flechas pertenecientes á las épocas paleolítica y neolítica, la última de las cuales duraba aún cuando llegaron los blancos. Las armas de la edad antigua se encuentran en las pendientes superiores de las riberas altas; y las de la segunda, que abundan más, en el fondo de los valles. Se ve que los artífices prehistóricos del Río Negro practicaban la división del trabajo, y que algunos se esmeraban en

trabajos artísticos. El naturalista Hudson encontró, cerca de Carmen, un taller que no tenía más que puntas de flechas de uno á dos centímetros, fabricadas con piedras duras y transparentes, como cristal de roca, ágata ó cornalina. Parece que los cazadores indígenas dispararaban á los pajarillos de colores alegres flechas cuyo colorido y hermosura eran iguales á los de las víctimas.

A principios del siglo xvi, cuando llegaron los conquistadores españoles, la vasta comarca que hoy es República Argentina, desde las mesetas bolivianas hasta el Océano Austral, estaba poblada por multitud de tribus de diferentes nombres, pero pertenecientes en realidad á pocos grupos étnicos. La región del Noroeste correspondía á los calchaquis, del mismo idioma, y probablemente del mismo origen que los quichuas. Entre el Uruguay y el Paraná estaba el pueblo guaraní, y las naciones de esta raza, preponderante en toda la parte oriental del continente, se desbordaban más allá de estos ríos por las pampas. Al Sur de Campaña, Estanislao Zeballos ha encontrado un vasto túmulo guaraní con 27 esqueletos. Los nombres de los lugares demuestran que vivieron pueblos guaraníes en el Bajo Paraná y al Sur del Estuario hasta el río Salado y la bahía de Samborombón. Es probable que los querandis, que derrotaron á los españoles cerca de donde está hoy Buenos Aires, fueran de origen guaraní, aunque otros creen que eran antepasados de los puelches, rechazados luego hacia el interior de la pampa. Entre los calchaquis cultos y los guaraníes, andaban dispersos pueblos que recorrían libremente las llanuras, sin carácter alguno de unidad, pero semejantes en costumbres belicosas, género de vida y parentesco de lenguaje por comunidad de origen. Falto de una designación genérica, podríamos darles la de tobas, que es la nación más poderosa que hoy los representa. Al Sur de estas tribus estaban araucanos y patagones, subraza bien distinta de los indios del Norte. Por último, una parte de la Tierra del Fuego pertenecía á indígenas expulsados del Norte, representados hoy todavía por algunos individuos.

En cuanto llegaron los europeos, empezó la matanza y puede decirse que aún sigue con pretextos y razones fútiles. Muchas naciones desaparecieron, destruidas por el hierro y el fuego; el régimen á que fueron sometidos víctimas y aliados solía dar iguales resultados. Los codiciosos conquistadores se repartieron los indígenas en encomiendas, prometiendo velar por la

salvación de las almas de los repartilos, ya como esclavos, ya como *mitayos* ó colonos. Bajo tan dura autoridad, calificada de tutela, más de una tribu india pereció extenuada, ya en las minas, ya en la labranza. Los indígenas, agrupados por los jesuitas en sus reducciones aumentaron durante los períodos de paz y los años saludables, pero sucumbían en masa cuando los atacaban los mamelucos ó venía una epidemia. La mayor parte de los misiones han desaparecido, pero tres siglos de cohabitación han modificado gradualmente la raza y poblaciones que por sus ascendientes proceden directamente de americanos, se llaman de origen español. Lengua, costumbres y vida política las han ido asimilando á los demás argentinos. Además, los indios salvajes, que no han dejado de robar mujeres y niños á sus vecinos blancos, pertenecen en gran parte á la raza invasora. La fusión de los quichuas, calchaquis del Noroeste argentino, y guaraníes de Corrientes, parece definitiva, como la de los indios agricultores de Tucumán, Santiago del Estero, San Luis y Córdoba. Los comachigones de esta provincia central, los michilengues de San Luis, los giyones y los calingastas de Mendoza, que han perdido sus nombres indios, se creen de pura raza española, pero la lucha étnica, brutal y sangrienta, dura entre los argentinos y las razas guerreras del Norte, los tobas. Al Sur, la disminución rápida de los pampenses, ha puesto fin á la guerra, que fué terrible hasta hace pocos años. Tal vez la influencia española haya hecho á los indígenas más salvajes que antes, al esclavizar á las tribus cultas que sabían iniciar á los nómadas en el cultivo, y al desarrollar los instintos de pillaje, introduciendo los caballos y las armas de fuego.

Los descendientes de los quichuas que viven en la provincia de Jujuy suelen ser llamados coyas ó coyos. Han conservado su idioma, aunque sepan todos el español y son muy tenaces para seguir sus costumbres. Son los únicos indios argentinos que no han aprendido á montar á caballo, y aunque son muy aficionados á viajar, van andando al lado de sus borriquillos. Emigran para comerciar en las ciudades del llano, pero siempre con voluntad de regresar, y muchos practican la misma industria que los collahuayas bolivianos de Apolobamba, pues venden imanes, amuletos y remedios, y curan á los enfermos. Los coyos que permanecen en sus montañas, desconfían con razón, de los extranjeros, y en cuanto ven á un viajero blanco, se apresuran á dejar sus casuchas. Cuesta trabajo

alcanzarlos y cerrar tratos con ellos, y se niegan á guiar á los viajeros hasta las cimas, «porque la montaña se enojaría y se cubriría con nubes». Como los indios del Perú y Bolivia, veneran los sitios altos y levantan en los alcances montones de piedras ó *apachetas*, consagrados á Pachacamac, creador del mundo, al cual ofrecen sacrificios de *acullico* ó coca.

Los calchaquis, que constituían poderosa nación, vivían en la frontera actual entre Chile septentrional y las montañas de Córdoba, pero en la mayor extensión de su territorio no han dejado más huella de su paso que vasijas de varias formas, negras ó coloradas, con dibujos geométricos en líneas rectas, excepto las urnas funerarias, que tienen curvas, figuras simbólicas y de animales. Platos, vasos, jarros, pipas, amuletos, muñecas ó ídolos cubrían la tierra á millares. Más de un siglo resistieron con buen éxito á los españoles, y hasta quisieron restaurar la dinastía de los incas, aclamando soberano á un aventurero que se daba el nombre de hijo del Sol, pero sucumbieron en 1664, prefiriendo la mayor parte de sus combatientes, perecer á rendirse. Dícese que para librar á los niños de la esclavitud les estrellaban la cabeza contra las rocas. Los calchaquis capturados fueron llevados en 1677 cerca de Buenos Aires, á un lugar llamado hoy Quilmes (por esto el nombre de aquillos), donde murió el último de su raza en 1869. La descendencia mestiza de los calchaquis constituye el núcleo de la población trabajadora en las provincias de Jujuy, Salta, Catamarca y la Rioja, y los nombres de muchas poblaciones son los de las tribus asimiladas, como Andalgalá, Tolombón, Cafayate, Fiambalá, Tinogasta y Famatina. Tucumán, en forma modificada, es de denominación calchaqui. Los indios lulésues vivían antes en la comarca, y han dado nombre al pueblo de Lules. Fueron, según una leyenda, á Nocuné como súbditos al inca Huinércha. Su nombre, que significa *dentones*, parece indicar que llevaban los dientes al descubierto, como los botocudos.

Todavía permanece casi pura la raza en algunos valles altos, y el uso del quichua no ha desaparecido totalmente, aunque se habla el lenguaje de los vencedores, y hay costumbres que recuerdan la civilización antigua. Los naturales se enorgullecen de las ruinas de las fortalezas edificadas por sus abuelos ó por una nación más antigua, veneran las *huacas* ó necrópolis de las cuales se suelen extraer restos humanos, que eran víctimas propiciatorias, sacrificadas en aras de la felicidad de la tribu y de lo próspero de las cosechas, superstición que

hasta cierto punto se conserva, pues los campesinos de Salto y Jujuy ven con sentimiento la profanación de tales cementerios y creen que la destrucción las huacas ocasionará heladas nocivas.

Los guaraníes de raza indiscutible ocupan todo el Septentrión de la Mesopotamia argentina; pero los nombres de sus pueblos han desaparecido y toda la población es mestiza. Á mediados del siglo xix, el uso de la lengua guaraní, que predominaba en el Paraguay y en todo el Brasil Central, hasta las orillas del Amazonas, estaba generalizado, pero alrededor de las ciudades va acrecentando su dominio el idioma de los conquistadores. Otros guaraníes, que son de raza más pura, recorren el Chaco y trabajan en los ingenios de azúcar del Bermejo y el Juramento. Llámense chirihuanos ó chiriguano, y corresponden á la nación considerable que en Bolivia ocupa la provincia de Tarija. Estos indios, llamados también cambes por los bolivianos, conservan su independencia á ambos lados de la frontera, y fueron muy pocos los que se dejaron catequizar por los jesuitas, aunque todos han aprendido algo de sus enseñanzas. Por más que se les llama salvajes por conservar su independencia, son de los más civilizados de la Argentina. Viven casi en cueros (menos las mujeres, que llevan una toga azul) y se perforan el labio inferior, no para colocarse un disco de madera, como sus antepasados, sino un botón de cristal, lo cual basta para que la gente, por cuyas venas corre la sangre azul de los conquistadores, supongan que los chiriguano no merecen el nombre de personas. Son, sin embargo, superiores á la mayor parte de los argentinos en limpieza del cuerpo, sobriedad, afición al trabajo é inteligencia en sus labores, y muy aptos para cuanto requiere iniciativa y destreza. Son buenos agricultores y ganaderos, y poseen jardines bien cultivados en los cuales han introducido plantas de origen europeo, construyendo pueblecillos limpios, provistos de una plaza central muy superior á las de la mayor parte de las aldeas argentinas. Practican también varios oficios, y saben preparar capas de cuero curtido con las cuales se puede andar impunemente por entre matorrales espinosos. Indudablemente, el trabajo regular de los chiriguano en las plantaciones argentinas de Tarija á Tucumán, acabará por asimilarlos al resto de la población, y les hará perder la independencia política, tanto más, cuanto que se fijan en el terreno, y sus mujeres, guapas y graciosas, son muy buscadas por los europeos. La mayor parte de los

chiriguanos hablan español, y su guaraní difiere, del de Paraguay y Corrientes.

Los matacos ó mataguayos trabajan al lado de los chiriguanos en los ingenios, y tienden también, como éstos, á transformarse en proletarios. Deben de pertenecer al grupo étnico de los tobas, y algunas de sus tribus, á orillas del Bermejo, se han asociado con estos formidables indios. Sus facciones y carácter se diferencian mucho de los chiriguanos. Más bajos, robustos y fuertes, pero inferiores en habilidad, más dóciles y con menos iniciativa, no usan tanta limpieza y se albergan en chozas inmundas. Han estado en paz con los españoles y han sido sus aliados luego en guerras con otros indios, por lo cual los llaman mansos, nombre que se da también á los ribereños del Alto Pilcomayo. Los obreros matacos no trabajaban antes en los ingenios de azúcar más que durante el cultivo y fabricación y volvían á pasar el verano á su tierra; ahora para muchas familias la emigración es definitiva. Todo mataco salvaje lleva al hombro un taleguillo con cabellos, puntas de flechas, escamas de pez, plumas de aves, hojas secas y trapos ensangrentados, que componen su historia. Cada cosa les recuerda un suceso de su vida, y los conservan todos hasta la muerte. Atribuyen las enfermedades á la invasión de malos espíritus; pero para espantarlos no se contentan con los ensalmos de los brujos; los amigos del enfermo chillan para ahuyentar al genio malo.

Los abipones que guerrearon á ambos lados del Paraná, y despues de haber aterrado á los españoles varias veces, acabaron por destruirse luchando con otros guerreros indios, no tienen más representantes que algunas familias mestizas que hablan español, confundidas con los campesinos argentinos de Santa Fé. Los mocoris, hermanos de los abipones del Paraguay, aliados suyos unas veces, enemigos mortales otras, existen aún como tribu aparte, aunque en número reducido, pero han reclutado gentes de todas las razas, rateros, bandidos y asesinos, obligados á huir de las comarcas en que habitan blancos. En lucha con casi todos sus vecinos, sobre todo con los tobas, fueron muy terribles para los colonos de Tucumán y de las provincias cercanas Arrasaron varios pueblos, destruyeron ingenios y cerraron á los blancos los pasos del Chaco. Se los llamaba generalmente indios montaraces. Su lenguaje, gutural y nasal, es un dialecto del abipón, rama de la familia caribe, de modo que esta raza poderosa que los primeros navegantes europeos encontraron en las Antillas, y

cuya verdadera patria debe de ser el Brasil Central, tiene también representantes al pie de los Andes argentinos.

Al Sur de las provincias colonizadas en las cuales todo elemento indígena resulta indistinto, las regiones meridionales de la Pampa y toda la Patagonia pertenecían no ha mucho al indio libre. Pampenses, araucanos y patagones eran los nombres colectivos dados á aquellos pueblos poco conocidos. Después de los primeros choques de los españoles con los indígenas aún les cerraban el camino del Perú. Los naturales, rechazados hacia el Sur, vivieron mucho tiempo en paz con los blancos. Como no poseían metales preciosos ni productos agrícolas de gran valor, se les dejaba en paz en sus soledades de hierbas ó de rocas. Por otra parte, los indios habían recibido de los recién llegados el caballo, aliado utilísimo. Además del alimento que ya les daban, el avestruz, el huanaco y el armadillo, pudieron comer la carne del cuadrúpedo importado. Sabían apreciar el valor del caballo para la carga y su velocidad durante la guerra, y quizá superan como jinetes á los blancos. Durante sus viajes y expediciones guerreras, los bauqueles, pampenses de cerca de Buenos Aires, nunca se apeaban. Cuando estaban muy cansados se tumbaban encima del caballo como en una cama. El cuello les servía de almohada, y cruzaban las piernas sobre la grupa, durmiendo horas enteras en tal posición, sin perder un momento el equilibrio. Hasta estando completamente borracho, permanecía el indio tendido en el caballo sin caer. Además el caballo era bastante inteligente para concertar sus movimientos con los del cuerpo inerte, y andando con precaución se acercaba á la tienda, en la cual la familia le libraba de la carga. Durante las guerras fronterizas los soldados argentinos han capturado bastantes caballos cargados con cadáveres de indios, cuyas crispadas manos se agarraban al cuello de la cabalgadura.

Al poseer muchos caballos cerriles, los indígenas de la Pampa y de la meseta patagónica, aprendieron á comerciar con los chilenos de la otra vertiente, y atravesaban con recuas la montaña, pidiendo en cambio armas é instrumentos. Cuando no tenían rebaños numerosos, se apoderaban de los de los blancos, en incursiones (*malocas*), muy temidas por los colonos de la frontera, y muy repetidas entre Buenos Aires y Mendoza. Poco á poco produjo este pillaje guerras sin cuartel, en las que se destrozaban blancos y rojos. Al sorprender un pueblo ó un campamento, se exterminaba á todos los hombres. A las mujeres

se las hacía esclavas ó concubinas y á los niños se les pasaba á cuchillo, porque no se consideraba útil guardarlos como servidores. Para amenguar el peligro de las incursiones de los indios, se trazaron sucesivamente distintas líneas de fronteras, defendidas por campamentos y fortalezas. A fines del siglo XVIII, el límite del territorio de colonización estaba señalado al Sur por el valle del Río Salado, y se prolongaba hacia el Oeste próximamente por el grado 34 de latitud hasta San Rafael, al pie de los Andes; pero los indios se aprovecharon de la guerra de la Independencia para franquear la frontera. En 1833 los argentinos volvieron á rechazar á los indios al Sur del Río Negro, á la Patagonia propiamente dicha, y varias tribus pidieron la paz. Las guerras civiles dieron nuevas alas á los pampenses, permitiéndoles reproducir sus incursiones como aliados de cualquiera de los partidos combatientes, y así entraron varias veces en San Luis, cortando la carretera de Chile entre Buenos Aires y Mendoza.

Al quedar en paz la República, volvieron á ser rechazados al Sur los indios, cuyo número había menguado mucho, así como crecía el de los argentinos. La línea fronteriza era entonces muy sinuosa. Desde el río Colorado al Sur de Bahía Blanca, iba al Oeste cubriendo las regiones cultivadas de la provincia de Buenos Aires, ganaba al Noroeste la población de San Luis, y se encorbaba al Sudoeste hacia San Rafael y la garganta del Planchón. Estaba dividida en nueve sectores, defendidos por otros campamentos fortificados, con guarniciones que enviaban destacamentos á todos los puntos avanzados. Los fortines intermedios vigilaban el límite y á cualquier alarma, el cañón, advirtiendo y contestando de fuerte en fuerte, anunciaba el punto atacado. En 1876, un movimiento ofensivo de los argentinos, ensanchó el límite, suprimiendo sus curvas, haciéndolo menos largo, y anexionándose los pastos y aguadas donde preparaban los indios sus expediciones. Ocuparon sucesivamente en la vertiente oriental andina los caminos que por las gargantas desembocaban en los valles fértiles, y esto hizo imposible que los indios resistieran, y tuvieron que someterse. No se sabe cuántos quedan. Los pampenses han perecido; los patagones, indígenas de varias razas que poblaban la larga península patagónica, van desapareciendo también. Antes de empezar la colonización se calculaban en 30.000; hoy no pasan de 2.000, incluso los vecinos y dependientes de los blancos.

No tiene, pues, más interés que el histórico la clasificación

étnica y geográfica de las tribus del Sur argentino. Los ranqueles eran los más próximos á los colonos bonaerenses; luego estaban los pehuenches del Colorado. Más al Oeste, en la provincia de Mendoza, vivían araucanos, pehuenches, ó gente de Araucaria, huilliches ó gente del Sur, y otros pueblos, paynches, tamiches, pilmaches, teghuilches se sucedían á lo largo de los Andes. Los moluches recorrían las regiones centrales, y los tehuelches ó gen e del Este, habitaban en el litoral atlántico, desde el estrecho de Magallanes al río Chubut. Los ouas de la Tierra del Fuego también son tehuelches.

Los tehuelches descienden probablemente de los patagones descritos por Pigafetta. Son muy numerosos y conservan su cohesión de tribu aparte. El nombre de patagones ó patudos que les dió Magallanes, resulta injustificado, pues á pesar de su buena estatura tienen los pies pequeños (27 centímetros, siendo la talla de 1,90 metros, y en las mujeres 26 centímetros, para una estatura apenas inferior). Cuando hace mucho frío, los patagones se ponen encima de las botas polainas de piel de huanaco, y este calzado doble debió de ser el origen de la leyenda de los pies grandes. Los primeros viajeros no se equivocaron al hablar de la altura de estos indios, aunque la exageraron bastante. Los gigantes de doce pies de estatura que vieron Byron y Sarmiento no debieron de ser más altos que los patagones actuales. En Carmen de Patagones, donde los tehuelches, cruzados ya con europeos, no llegan á la estatura normal de su raza, los hombres, según Orbigny, tenían por término medio 1,73 metros. Desde entonces los viajeros han venido sometiendo á los patagones á medidas regulares, y la más alta es la de los indios puros del interior 1,93 metros en el valle alto del Río Chico. Las mujeres también son muy altas y su traje talar de piel de huanaco les da aspecto majestuoso. Son notables los tehuelches por la anchura de hombros, belleza de músculos pectorales, vigor de miembros y noble actitud del cuerpo. Tienen ojos pequeños, nariz corta, cara redonda, fisonomía simpática y cráneo redondeado. Los de ciertos esqueletos encontrados por Moreno presentaban huellas de compresión artificial. El trabajo se suele encargar á las muchachas, mientras las matronas descansan días enteros en las tiendas guardadas por perros llamados cuscos, que las avisan ladrando cuando se acerca algún extraño.

El idioma tehuelche es muy duro, gutural y difícil de reproducir con letras europeas, según demuestran las diferencias

extraordinarias en las colecciones de palabras hechas por los viajeros; y también cambia por la obligación impuesta á los tehuelches de que los amigos de un difunto no empleen las palabras que recuerdan su nombre, y las substituyan con expresiones nuevas. Los dialectos tehuelches, araucano y pampense difieren tanto, que los hermanos de raza no se entienden, pero todos poseen sistema de numeración decimal, sencillo y muy completo en lo cual se parecen á las lenguas de origen peruano. Tal vez se deba esto á la influencia civilizadora ejercida por los quichuas allende las fronteras políticas del imperio de los incas. Carecen de tradiciones históricas y no pueden imaginarse que sus antepasados vivieron sin caballos.

La guerra ha aminorado mucho el número de patagones, aunque nunca tomaron parte en las luchas que produjeron el exterminio de los pampeses. Se los tiene por cristianos y se los bautiza. A pesar de su fuerza aparente, los diezman las epidemias. Son sobrios y á veces, cuando les encargan mensajes cabalgan dos ó tres días sin comer, pero en las fiestas beben sin medida. La embriaguez termina la obra empezada por las balas argentinas. Cuando se recolectan las manzanas y bayas silvestres, y andan por los campamentos los indios ancaches, que venden aguardiente chileno, no se piensa más que en beber. Para granjearse la benevolencia de los espíritus, dan de comer y beber á las piedras sagradas y se derraman libaciones sobre las víctimas, toros, yeguas y ovejas. Pero pronto se olvida á los genios, y empieza la orgía, que á veces dura semanas enteras, con grave peligro para los extranjeros que asisten á la fiesta, pues los indios enfurecidos por el menor motivo empuñan las armas, y á veces se arrojan sobre las mujeres para quemarlas por brujas. En la mayor parte de las tribus, las esposas prudentes recogen antes de las fiestas todos los instrumentos peligrosos y los esconden en algún barranco, donde se refugian con sus niños.

Los indios patagones no suelen pasar por el período de servidumbre. Son hombres altivos, que recorren libremente las soledades, de la montaña al mar, del Norte al Mediodía. Llevan melena sujeta por una faja ancha, semejante á la que les oprimió el cráneo cuando niños. Se rasuran esmeradamente la barba, para lo cual se servían antes de pinzas de plata, idénticas á las halladas en las antiguas tumbas de los calchaquis de Catamarca. Hoy que son pobres, emplean navajas con las cuales se afeitan las cejas. Estándoles prohibida la guerra no gastan

lanza ni coraza, ni más arma que la bola con correa recubierta de cuero y atada á la cintura. Algunos llevan cascabeles de plata en el cinturón. Todos se pintan de blanco, azul obscuro y colorado, por coquetería y para defender la piel contra el viento y los mosquitos. Su único instrumento musical es una especie de flauta hecha de hueso de huanaco. Conservan el antiguo culto aunque con indiferencia aparente. El sol y la luna son considerados genios favorables; ciertos animales como el lagarto



Ballarines patagones. (Dibujo de Caatelli.)

originan influencias nefastas, y los conjuran con sacrificios de animales vivos; tampoco comen pescado por temor á ciertos maleficios. Las mujeres llevan unos monigotes á manera de dioses lares ó amuletos, y médicos brujos siguen exorcizando á los enfermos é invocando ó expulsando á los demonios.

Una creencia antigua, interpretada á gusto de los magos, llamados payes (nombre semejante al que se les da en el Amazonas y en las Guayanas) hace suponer que el *gualidin* ó demonio se alberga en el cuerpo de las viejas, por lo cual hay derecho á matar á las matronas de edad provecta, derecho que

se ha venido ejerciendo con frecuencia. Para conjurar el peligro, muchas viejas trataban de ofrecer sus servicios como adivinas del porvenir, pero ¡pobres de ellas si sus predicciones ocasionaban algún suceso desgraciado! En ciertos casos, la costumbre obligaba al tehuelche á sacrificar á una abuela, esclava ó concubina, y cuando moría alguna persona joven en la tienda, el cabeza de familia debía llevar lejos y en secreto á la víctima designada y matarla de una cuchillada, deber más obligatorio si se trataba de una suegra. Por esto las madres de las casadas cuidaban de vivir lejos del yerno, sin hablar nunca con él. Los papúas australianos y cafres, tenían la misma costumbre: cuando una suegra y un yerno se veían de lejos, ambos trataban de esconderse entre los matorrales. Los huérfanos son pupilos de toda la tribu, y sus bienes se administran con gran probidad. Los matrimonios que carecen de hijos suelen adoptar solemnemente un perrillo, y le proveen de un dote de caballos, como si fuese hijo suyo.

Los matrimonios en los cuales no interviene el consentimiento paterno, son pretexto: para sacrificios; se matan varias yeguas cuya sangre se bebe al salir de la herida, pero han desaparecido los sacrificios humanos en la generación contemporánea. El viudo quema cuanto posee. Se entierra á los muertos cosidos en un poncho, ya en la hendidura de una caverna, ya bajo una pirámide de piedras. Los muertos están sentados siempre como las momias peruanas, y los habitantes prehistóricos de la Patagonia. Los puelches encierran los cadáveres en un saco de cuero fresco. Cuando el moribundo era anciano, no se esperaba á que muriera, por temor á que la rigidez de las articulaciones imposibilitara la operación. Una vieja se sentaba encima del pecho del desdichado, doblaba á la fuerza las piernas sobre el tronco, exponiéndose á romperlas, y luego ataba las manos á las tibias. En seguida se le ponía al sol y luego se le sepultaba bajo la arena del médano.

El argentino del campo, hijo del país y descendiente por línea materna de los aborígenes americanos, tenía no ha mucho costumbres iguales á las del indio, con el cual batallaba. Hasta físicamente se le parecía en aventajada estatura, vigorosos miembros, cutis atezado, facciones pronunciadas, pelo negro y áspero. La costumbre de montar le arqueaba las piernas, y le hacía andar pesadamente. Araucano por el género de vida, era el gaucho intrépido como el salvaje, resistente, indiferente á la muerte, menospreciaba el trabajo físico, encar-

gándoselo á las mujeres, y hasta se las arreglaba para que su caballo aprendiera á aventar el grano, amasar la arcilla y hacer la manteca. El caballo separaba el grano de la paja,



Grupo de gauchos. (Dibujo de París.)

mezclaba la tierra y el agua dando repetidos golpes con los cascós, y hacía cuajar la leche arrastrando el pellejo lleno de ella. Sucio y habitando en casas sórdidas, hacía el gaucho admirar al extranjero su lujoso traje, manta de lana de huanaco,

pantalón bordado, botas finas, con espuelas de plata, sombrero con plumas. No menos lujosos eran los arreos del caballo, al cual, sin embargo, no tenía gran afecto, y que solía perder á los dados. Las riñas de gallos, corridas de toros, orgías de taberna y guerras eran sus pasiones. En la lucha por la vida ha ido desapareciendo. Así como expulsó al indio, ahora el *gringo* ó inmigrante, ó sea el trabajador extranjero, le expulsa á él. Los últimos gauchos puros fueron los *Isanistas* de la Rioja, clientes primero de las grandes familias enemigas, y luego adictos en las guerras civiles al terrible jefe Facundo Quiroga, blandiendo su formidable bandera de «Religión ó Muerte». Ya, cuando las primeras emigraciones, los invasores blancos de las regiones platenses eran de razas muy mezcladas, y ahora aumentan los cruzamientos más que en cualquier otro país. Algunas palabras árabes que el español ha perdido, se encuentran en el habla argentina, aludiendo casi siempre á la vida del desierto, como *jaguel* (pozo sin brocal) y *guadal* (charca). Es probable que en los tiempos de la primera colonización, los cristianos conversos, de origen morisco, huyendo de la Inquisición, emigraran en menor número que los cristianos viejos. Sea de ello lo que fuere, todo elemento de origen no español, excepto los esclavos negros, fué rigurosamente excluido hasta la guerra de la Independencia, y hasta 1821 no empezó el Gobierno argentino á favorecer la emigración. El tratado de 1825 con Inglaterra proclamó formalmente la libre admisión de todos los europeos.

Los primeros que lo aprovecharon fueron los vascos franceses y españoles, que se ocuparon en la carga de buques, jardinería, ladrillería, vigilancia de las estancias, servicio de los mataderos, salazón de pieles, y todo cuanto exige fuerza, habilidad y perseverancia. En muchos parajes de la Argentina formaron colonias bastantes compactas para conservar su idioma, pero la actividad industrial del nuevo medio es demasiado intensa, y la población Argentina está harto mezclada para que no se hayan visto separadas de sus costumbres antiguas, habiéndose convertido en argentinos por hábitos y lenguaje, aunque conservan la afición nacional al juego de pelota. Los muchos apellidos euskaros que hay en la Argentina, prueban la importancia de este elemento étnico. Hay jefes indios con nombres vascongados, y la leyenda relata las proezas del pampero Baigorrita.

El progreso de la Argentina obedece al de la emigración. No

hay raza ni nación europea que no tenga representantes en la vasta Babel del Nuevo Mundo. Los franceses, ingleses y alemanes llegan á las grandes ciudades para dedicarse á la industria y á grandes especulaciones. Los italianos se han apoderado de la navegación fluvial, y cada vez más numerosos, ocupan los primeros puestos en todos los ramos de la actividad nacional. Los irlandeses, que ahora inmigran muy poco, desembarcaron antes á millaras y se mezclaron más que los ingleses con la población, trabajaron en el campo y en las cantarras. Las colonias agrícolas de Santa Fé, han sido formadas, principalmente, por suizos, alemanes y franceses, y en Entre Ríos, y á orillas del Paraná, la mayoría de los labradores se compone de rusos y alemanes. Los del País de Gales se han agrupado á orillas del Chubut. Los australianos también emigran de su país á pesar de las ventajas que ofrece á los colonos, y se establecen en la Argentina, sin mezclarse con el resto de la población. Los chilenos emigran en tropel á las provincias occidentales, y pueblan los nuevos territorios andinos. Por último, bolivianos, paraguayos y brasileños forman parte considerable de las comunidades septentrionales y orientales. Los españoles de la Península son numerosísimos.

Se encuentran en la Argentina muy pocos tipos que indiquen en sus facciones y color de piel la persistencia de la sangre africana.

VI

Poblaciones.

La República Argentina, que se puebla rápidamente y comercia mucho, se distingue por una gran preponderancia de aglomeraciones urbanas y por la concentración de habitantes en las capitales. La del Estado contiene más de la octava parte de la población de todo el país; pero lejos de los puertos de arriba-da, hay vastos territorios casi desiertos.

En el de las Misiones argentinas, las antiguas reducciones de indios conversos son hoy pueblos de trabajadores con casas esparcidas, y la mayor parte de las iglesias arruinadas han servido para construir edificios modernos. Para pasar los ríos se utilizan todavía las piedras colocadas por los misioneros para facilitar la tracción de carretas. Los brasileños, que constituyen la mayoría de la colonia de la comarca, han establecido

fábricas de azúcar y molinos para preparar manive y mate. El pueblo de Concepción, á la orilla derecha del Uruguay, que estaba lleno de ruinas de misiones, es un activo centro agrícola, rodeado de campos de tabaco negro. Santo Tomás, otra fundación de los jesuitas, exporta mucho arroz. San Martín (el Yapeyú guaraní), donde nació el héroe de la independencia que le ha dado su nombre, es una aldea, después de haber sido capital de las Misiones, ó sea la Roma de la gran República cristiana.

Paso de los Libres (2.500 habitantes), llamado antes Restauración, por donde atravesaron el río los «hombres libres» que iban á emancipar á su país de la tiranía de Rosas, formaría una sola ciudad con Uruguayana, al otro lado del río, si cada población no perteneciera á distinto Estado. Muy cerca se encuentra la antigua misión de Santa Ana, donde Aimé Bonpland pasó los últimos veinte años de su vida. Más abajo, la ciudad uruguaya de Santa Rosa tiene por población gemela en la ribera argentina á Monte Caseros, buen mercado de ganados para los compradores brasileños, y punto estratégico.

Al Sur, y á lo largo del río, hay algunas poblacioncitas modernas, Mocoreta, Libertad (fundada por aldeanos tirolese), Federación y Concordia. Ésta, que es importante, se halla frente á la uruguaya Salto, y es uno de los puertos argentinos más animados, aunque los vapores grandes no pueden llegar más que en las crecidas. El puerto de Colón, á 100 kilómetros al Sur, tampoco es de fácil acceso en aguas bajas. Fundada en 1863, esta escala está frente á la ciudad uruguaya de Payanán y sirve de embarcadero á la colonia agrícola de San José, punto de partida de la revolución pacífica verificada en la Mesopotamia argentina á la llegada de los labradores de Europa. San José ha prosperado en extremo y de esa colmena-madre han salido muchos enjambres que han ido transformando el aspecto de la comarca. Se empezó por cultivar el trigo, al cual han reemplazado árboles frutales y viñedos que dan abundante vino ordinario, pero preferible á las horribles mixturas que venden los argentinos con el nombre de Burdeos. También se crían muchas gallinas que ponen con abundancia, gracias al excelente clima.

Los buques de más de 6 metros de calado, fondean en Concepción del Uruguay la capital de la provincia, en un brazo lateral del río. Los trenes atraviesan el brazo y la isla intermedia para llegar al cauce principal por ancho muelle, al cual atracan los barcos cargados de ganado.

Al Oeste de Concepción está la colonia llamada Caseros en recuerdo de la victoria ganada en 1852 por el antiguo propietario de la comarca.

Guauguaychú está á la orilla derecha del río de su nombre. El puerto es poco profundo, pero muchas goletas cargan en él productos agrícolas, ganado, carne y cueros. Los habitantes se dedican á la matanza de bueyes, como los de Fray Bentos. Vastos pastos se extienden entre el Uruguay y el Paraná, al Norte de la región pantanosa, donde se ramifican los brazos en un dédalo que sólo conocen los cargadores y leñadores. Fundada á últimos del siglo XVIII, en el primer terreno firme que hay en aquella parte del Paraná, más arriba de Buenos Aires, Guauguaychú es el tercer puerto de la República y la ciudad más populosa y rica de la provincia de Buenos Aires. Ha vencido á su antigua rival Gualeguay (11 000 habitantes), que se encuentra á 100 kilómetros más al Oeste, junto al río de su nombre. Un ferrocarril lo une con Tala, estación central de la provincia y con Villaguay, rodeada de colonias laboriosas donde abundan los belgas. Uruyutá, centro de estancias de ganados, está unido también por ferrocarril con el puerto de Victoria.

Junto al Paraná, más arriba de Corrientes, abundan pueblecillos argentinos fundados por misioneros. En Candelaria residieron los jesuitas. La capital del territorio es Posadas (3.500 habitantes), que antes se llamó Uruyutá, como otra población de la ribera paraguaya. Entre ambas va y viene un vaporcillo. Posadas, que hasta la muerte del dictador Francia, fué el único puerto para el tráfico paraguayo con la Argentina, ha desarrollado su comercio, aunque ha perdido el monopolio. Su escala es la más animada de los buques de vapor del Paraná. Casi todos los pueblos que se suceden hasta la confluencia con el Paraguay recuerdan hechos de guerra ó de bandidaje. La tranquera ó trinchera de San Miguel, y más abajo la de Loreto, se abrieron para defender los territorios de los jesuitas contra las incursiones de los correntinos, y en 1822 Francia mandó construir en la primera un fuerte. Cerca de la unión de ambos ríos, el pueblo de Itatí, uno de los establecimientos más antiguos de la Argentina, está cerca de los pasos, disputados encarnizadamente por los paraguayos á los aliados. Los habitantes de Itatí son casi todos guaraníes de raza pura, medio españolizados por el idioma y que practican sus industrias tradicionales de tejido y de alfarería.

Corrientes, capital de su provincia, principal ciudad entre Buenos Aires y Asunción, puede ser considerada geográficamente como población del confluente fluvial, aunque está construida á 24 kilómetros más abajo de Tres Bocas. Debe su nombre de Corrientes (San Juan de las Siete Corrientes) á los remolinos que se producen en la orilla izquierda del río ante las puntas roquizas de la orilla. Su antiguo nombre indio Taraguy, significa Lagartera. Podría llamársele Ciudad de los Naranjos, por los muchos que posee, y antes de que la adornasen casas de hermosas fachadas sobre el muelle, casi la ocultaba el verdor. Fundada en 1588, Corrientes está situada en un ribazo de 2 á 8 metros de altura sobre las aguas. Aunque á 1.339 kilómetros de Buenos Aires, las goletas de 3 metros de calado pueden llegar al puerto y los barcos de 4 metros pueden atracar al muelle durante medio año. Los vapores del Paraguay y el Paraná fondean con frecuencia en Corrientes, donde hay astilleros. Durante la guerra del Paraguay, Corrientes, cuártel general de los aliados, fué centro de abastos; y se dió aguas abajo, para conquistar la ciudad, una encarnizada batalla naval, llamada de Riachuelo. Durante las lluvias se encuentra Corrientes casi bloqueada por un circo de lagos y pantanos que la separa de Caacatí, pueblo rico en ganado y productos agrícolas. Frente á Corrientes, á la orilla izquierda del Paraná, se encuentra el pueblo de San Fernando, donde antes acampaban tobas y guaycurues civilizados que todas las mañanas llevaban á Corrientes hierbas, leña y otros productos. Ahora el hacha del leñador ha amenguado el bosque del Chaco, y se suceden á lo largo de la orilla colonias agrícolas.

El territorio del Chaco del Norte llamado Formosa, faja larga entre el Pilcomayo y el Bermejo, está casi desierto. En 1892 no tenía más que 5.000 habitantes de origen europeo y 2.000 hectáreas de cultivo; ahora, todo el terreno á orillas del Paraguay lo poseen plantadores de caña, ganaderos y otros especuladores, y se dice que la caña de azúcar de este territorio es mejor que la de Tucumán, y que no necesita riego, bastándole con el rocío. Su capital, Formosa, fundada en 1879, está en un ribazo aislado, frente á la Villafranca paraguaya. Para que sea escala comercial, se la construyó exactamente á mitad de camino entre Corrientes y Asunción. También es punto estratégico, por ser allí el río muy hondo y estrecho, pudiendo fácilmente defenderlo una batería.

El Chaco meridional, más grande y próximo á centros de

comercio y civilización, se puebla con más rapidez que el del Norte. Todas sus tierras ribereñas han sido cedidas ó vendidas por el gobierno y en ella hay buenas fábricas de azúcar. Timbó ó Puerto Bermejo, pueblo naciente, domina la confluencia del Bermejo y el Paraguay y proyecta á lo largo de aquél



Indígenas del Gran Chaco. (Dibujo de Thirlat.)

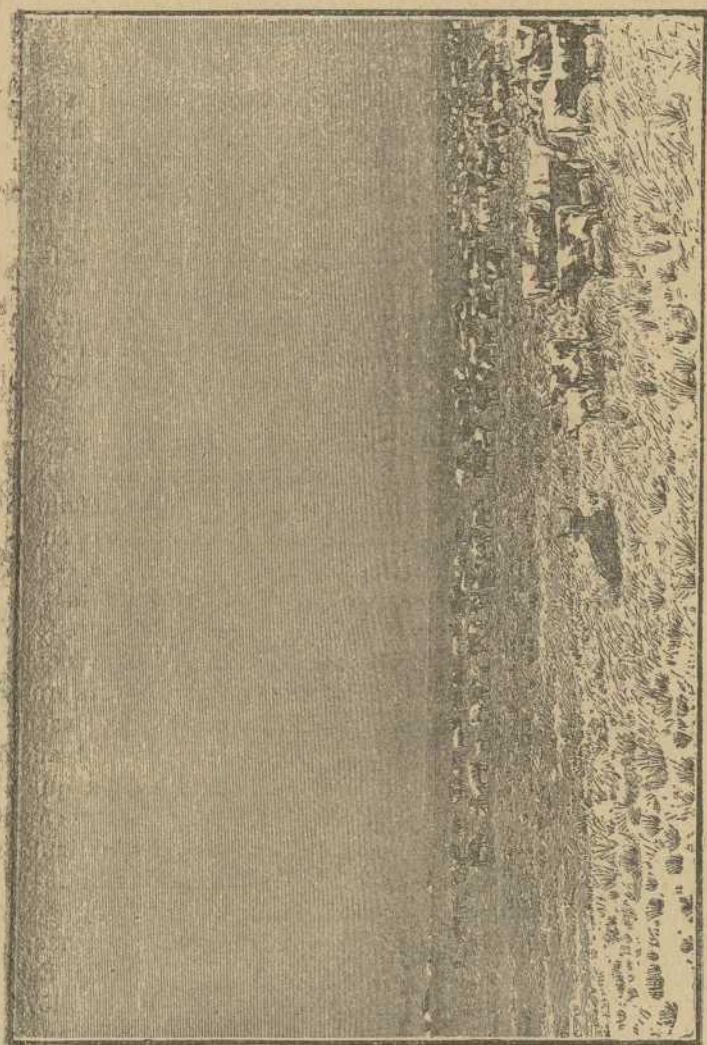
el camino que se une con el fuerte Roca. Al Sur de Timbó ocupa una colonia sueca las orillas de Río de Oro, afluente del Paraguay, navegable para las barcas, y más abajo está Resistencia, capital del territorio (llamada así en memoria de una acción de guerra) que ha surgido en poco tiempo en la desembocadura del Río Negro.

Más abajo de Resistencia, las poblaciones están muy separadas en la ribera oriental, y son Bella Vista, fundada en 1826 como penal; Goya, llamada así en honor á una mujer que tenía una gran posesión allí; Esquina, en la confluencia del Paraná y el Corrientes; La Paz, estación media entre Buenos Aires y Asunción y escala muy activa; Hernandarias, en alto ribazo con árboles. Paraná, llamada antes Bajada ó Desembarcadero, fué primero capital del Estado de Entre Ríos y luego de la República. Hoy, aunque ya no lo es, ha aumentado mucho en población. La ciudad propiamente dicha, está construida en alto, á 2 kilómetros del puerto, de activo comercio. Tiene por industria especial la fabricación de cal, ladrillos y cacharros, pero son principales centros de trabajo las varias colonias fundadas en las cercanías. Villarroquiza es la colonia más antigua y menos próspera. Mejor ha resultado la del Cerrito. La mayor parte de los colonos son italianos, pero también hay representantes de toda Europa, hasta rumanos, que han llevado allí los búfalos del Danubio.

Una colonia llamada rusa, habitada por alemanes emigrados de orillas del Volga, constituye un *mir*, municipio de propiedad colectiva. Bosques y pastos son comunes y cada familia sortea su parte de terrenos de labor. La primera colonia ruso-alemana fundada al Sur de Paraná cerca de Diamantes, ha tenido muchas hijuelas, en todo el litoral del río, con más de 10.000 individuos. Muy unidos, agricultores hábiles, sobre todo para producir trigo, excelentes ganaderos de caballos, los emigrados del Volga prosperan y cada año compran tierras nuevas para extender sus municipios, administrados por la asamblea general de cabezas de familia, mujeres inclusive. Cuando el Gobierno les quiso imponer la misma organización que á las demás colonias se rebelaron y se los dejó administrarse á su gusto. Algunos grupos de colonos positivistas y de discípulos de Tolstoy, también se han establecido en esta región de Entre Ríos para hacer un ensayo de sociedades armónicas.

Desde las riberas del Paraná se ven en noches serenas, á unos veinte kilómetros, las torres y cúpulas de Santa Fé. Esta ciudad tres veces secular, fundada por Juan de Garay en 1573, y elegida por los jesuitas como centro de sus misiones entre los mocoris y otros indios del Chaco, no está situada en la orilla misma del Paraná, sino en un brazo lateral, el riacho de Santa Fé ó Coronda, que se ensancha y ramifica, y con el cual se une en la ciudad el Río Salado. El puerto sirve para

ondeadero á barcos de 2 metros de calado, pero el tráfico grande se hace por una vía férrea de 12 kilómetros que se une con el río en la escala de Colastine, ciudad de iglesias y con-



Gauserías en la Pampa. (Dibujo de Thiriat.)

ventos, metrópoli venerable donde se reunieron congresos para tratar de intereses comunes de la República. Decayó mucho Santa Fé hasta la apertura de ferrocarriles y la llegada de co-

lonos extranjeros. Ahora se transforma rápidamente en ciudad moderna y crece en comercio y población; pero á pesar



Una vista del valle de Acha, Pampa Central. (Dibujo de Riom.)

de ser capital de la provincia, es inferior á Rosario, mejor situada para el tráfico.

Las colonias agrícolas que han hecho rica á Santa Fé tienen por pueblo principal el que recibió en 1856 el nombre modesto de Esperanza, á 3 kilómetros de Santa Fé. Las esperanzas se han realizado. A las 100 familias suizas que llegaron sin encon-

trar ni una cabaña, se han agregado otros millares de ellas, francesas, alemanas, y sobre todo italianas. Pueblos chicos y grandes, molinos y fabricas han surgido en la Pampa y se ramifican las vías férreas en todas direcciones. Esperanza, con sus calles llenas de árboles del Paraíso, tiene en su Casa-Ayuntamiento un letrado que dice: «Subdivisión de la propiedad». Y en efecto, la propiedad pequeña y media son las que obtienen en estas tierras (menos fértiles que otras pertenecientes á grandes propietarios) cosechas cien veces superiores. A pocas leguas al Norte de Santa Fé, quedan los vestigios de la zanja abierta en otro tiempo para detener á los jinetes indios. Las colonias siguen fundándose, van convirtiendo el desierto en campo cultivado y pronto llegarán á las plantaciones de Santiago del Estero.

Diamante ocupa una posición soberbia á la cabeza del delta, en un acantilado de 80 metros de altura, en la ribera izquierda, dominando un inmenso panorama de aguas corrientes, pantanos y campos emergentes. El río allí muy angosto, presenta paso más fácil que en otra parte, y en todas las guerras trataron los beligerantes de apoderarse de este punto. Urquiza hizo que su ejército de 20 000 hombres lo pasase á nado. Mas abajo se encuentra el pueblo de Victoria, llamado así por la ganada en 1728 á los ninman, que tuvieron que refugiarse al otro lado del Uruguay. Ramón Lista ha encontrado en las cercanías tumbas llenas de osamentas de indios.

Rosario, la principal ciudad de la provincia de Santa Fé, y segunda aglomeración urbana de la República, no fué más que un pueblecillo durante el primer siglo de su existencia, pero las disensiones civiles hicieron la fortuna de Rosario. Habiéndose separado Buenos Aires en 1854 del resto de la Argentina, el gobierno instalado en Paraná decretó establecer un ferrocarril de Rosario á Córdoba y se concedieron exenciones de derechos á los buques extranjeros que subieran directamente el río Paraná sin tocar en Buenos Aires ni en otro puerto de la Plata. Rosario se aprovechó en seguida del favor. En todo tiempo pueden fondear cerca de la orilla los buques de cinco metros de calado, lo cual no ocurría en Buenos Aires durante mucho tiempo. Además, Rosario tiene la ventaja de estar en un recodo del río, donde éste sigue el eje del estuario, y por lo tanto es el lugar materialmente indicado de desembarque para los viajes al interior. El comercio ferroviario tiene allí su escala más activa. El ferrocarril de Rosario á Córdoba

ha hecho de Rosario puerto rival de Buenos Aires para el comercio directo con el extranjero, y gran parte de la navegación de altura escoge á Rosario como punto de enlace. Catorce líneas transatlánticas lo han tomado por puerto de legada y cargan trigo para Europa, alfalfa para puertos brasileños, metal y cuero. El aspecto de la población es esencialmente comercial: muelles donde abundan los buques, malecones surcados de carriles, almacenes llenos de mercancías, tranvías en todas las calles, hileras de postes telegráficos y telefónicos. Más todavía que en Buenos Aires, la población es de origen cosmopolita.

Construída la vía férrea de Rosario á Córdoba por una Compañía inglesa, se le regalaron á ésta las tierras que bordean el ferrocarril hasta 5 kilómetros de anchura, con la condición de poblarlas de colonos. No lo hizo muy á prisa, pero al fin lo ha ido cumpliendo y las estaciones de Berustadt, Carcavaña, Cañada de Gómez, Tortuga y otras, están sebradas de cultivos, con colonos italianos, franceses, suizos y alemanes. Cañada de Gómez había sido colonizada por ingleses que se han dispersado y hoy los sustituyen europeos del continente.

San Nicolás, escala principal del río entre Rosario y Buenos Aires, es una de las mejores ciudades de la República y su puerto está lleno de buques. Situada á unos cinco kilómetros más abajo del Arroyo del Medio, frontera entre las provincias de Buenos Aires y Santa Fé, fué propuesta para capital de la Confederación. Son también escalas importantes: Obligado, donde quiso el dictador Rosas defender el paso del Paraná contra una escuadra anglofrancesa; San Pedro, con un buen puerto natural de unas 120 hectáreas; Baradero, enriquecido gracias al cultivo de la patata por una colonia suiza; y Zárate, centro de las colonias del delta paraniense, con centenares de islas, donde viven jardineros italianos en casas edificadas sobre estacas. Campana, puerto muy activo del Paraná de las Palmas, posee un gran establecimiento que prepara y expide carne congelada. El islote peñascoso de Martín García, donde está el lazareto, es centinela de la entrada del delta, allende el cual se abre el gran estuario recorrido por el canal sinuoso que va á la capital argentina.

Si el Paraná es la gran vía fluvial que hace comunicar con el continente á Buenos Aires y el estuario platense, la vía terrestre por excelencia es la que unía cuando la dominación española los dos litorales del Perú y de la Plata por Jujuy,

Salto, y Tucumán. En la provincia de Jujuy, límite con Bolivia, la primera ciudad que se halla, saliendo de la República vecina por la garganta de Cortaderas (3.952 metros), es la antigua población quichua Humahuaca, junto al río San Francisco, en medio de campos de patatas, cebada y quinoa. Después de la conquista, sus habitantes, que se habían defendido valerosamente, fueron transportados á la Rioja (donde perdieron toda individualidad nacional) y reemplazados por indios de Famatina. Más abajo de Humahuaca, el sendero que sigue la orilla derecha de la corriente, atraviesa varios ríos y baja luego las pendientes de un talud de eyección producido por una serie de aludes. Abajose abre la vasta llanura (1.230 metros) bien regada donde está la ciudad de Jujuy, capital de la provincia de su nombre, construída por Velasco en 1592 y con aspecto de vieja ciudad española. La rodean jardines y cultivos que penetran en los valles laterales recorridos por los torrentes que afluyen al Río Grande, uno de los brazos mayores del Bermejo. Jujuy, rica en productos agrícolas, debe su principal importancia al tránsito para Bolivia, á la cual envía, por medio de recuas de mulas y llamas, frutas, maíz, chichas, y sobre todo, sal, extraída del lago seco de Casabinda. Sus ferias están muy concurridas y muchos bolivianos se establecen allí para comerciar con sus compatriotas. Esta inmigración conserva á la ciudad el número de sus habitantes, diezados por las neumonías, los reumatismos y las fiebres y otras enfermedades, causadas por el viento frío en invierno y las emaciones de los canales en verano. Cerca de la ciudad hay fuentes termales muy concurridas. También se explotan pozos de petróleo.

Más abajo del Jujuy, se encuentra Ledesma, pueblo enriquecido por el azúcar, como su capital Orán, situada á 310 metros, junto á la confluencia donde el San Francisco al unirse con el Tarija forma el Bermejo. Ricas plantaciones rodean la ciudad, cuyos campos son los más tropicales de la Argentina. Inmediatamente más arriba se abren valles templados donde crecen las plantas de Europa, y en las alturas los pastos se elevan hasta la línea de las nieves. Los inmigrantes son poco numerosos, y los plantadores siguen empleando para cultivar la caña y fabricar el azúcar, indios matacos y chiriguanos. La ciudad de Orán dispone para transportar á Buenos Aires sus productos, de una vía navegable de 3.000 kilómetros, pero hace el tráfico por tierra hasta la vía férrea de Jujuy.

Rivadavia, al Oeste junto al Teuco, entre una red de canales del Bermejo, está poblada por numerosos bolivianos á quienes se concedieron terrenos demasiado vastos para que la agricultura propiamente dicha haya adquirido verdadera importancia.

La ciudad de Salto, capital de la provincia de su nombre, se extiende por la llanura de Lerma, regada por el río Arias y numerosos tagaretes, que así se llama á los canales de riego. A 30 ó 40 metros más abajo de Jujuy y más al Sur, cultiva Salto las plantas de la zona templada, y sus campos tienen aspecto europeo. También debe su actividad al comercio con



Alrededores de Jujuy. (Dibujo de Rocher.)

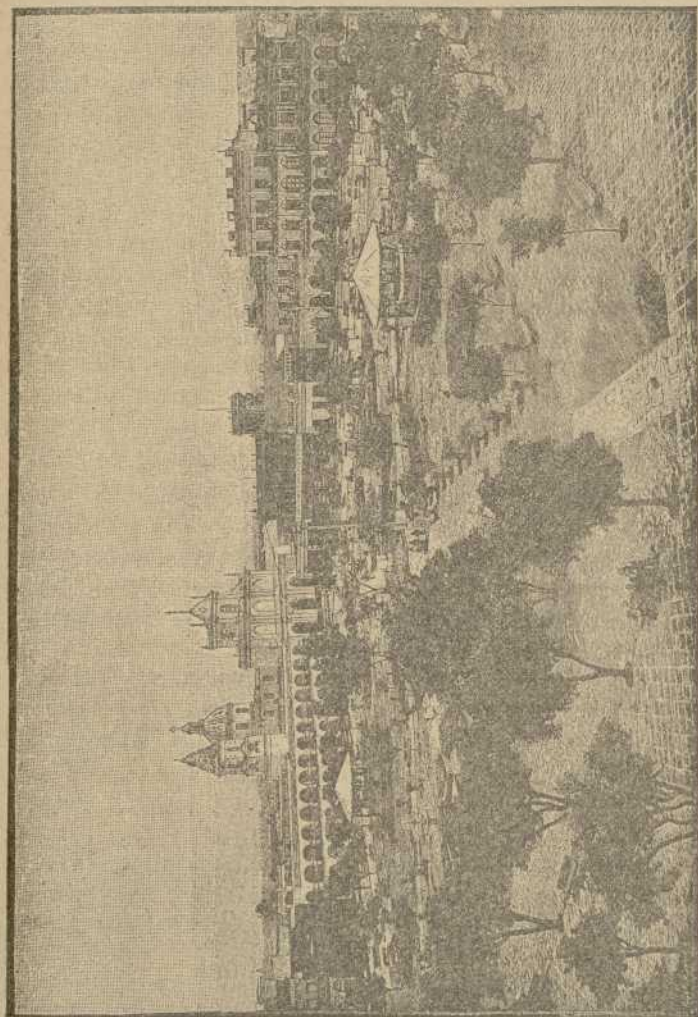
Chile, y la décima parte de sus habitantes es de origen boliviano. Belgrano ganó cerca de la población en 1812 su primera victoria contra los españoles, y en honor de este triunfo, al ser consagrado el país á la Virgen, en la iglesia principal de Salto, tomó los colores blanco y azul que figuran en la bandera argentina. Prospera la agricultura en la comarca, sobre todo al Oeste y al Sur, en el valle alto del Juramento, habitado por los calchaquis cristianizados y de raza pura en muchos sitios. De Norte á Sur se encuentran: Cachi, que da nombre á los nevados y mesetas de las cercanías; San José, Molinos, San Carlos y Cafayate, que aún utilizan el agua pura de sus torrentes y producen buen vino y buen trigo. Las mulas

y ganado vacuno calchaquis tiene fama en la Argentina y en Chile, y son objeto de comercio con Copiapó.

La ciudad llamada Rosario de la Frontera, en un afluente del Juramento, es la estación principal de la vía ferrea de Salto á Tucumán. Produce azúcar, tabaco, y el queso tafi, conocido en todo el país. En verano acuden á Rosario los enfermos, atraídos por fuentes minerales muy eficaces, de 75 grados de temperatura. Abundan aguas termales, cuyo calor parece que no se debe á la volcanicidad del terreno, sino á la acción de la pirita de hierro que contiene la caliza esquistosa de las montañas cercanas, que despiden mucho calor al contacto del agua. Además, estas formaciones están impregnadas de petróleo, cuyos gases inflamables pueden explicar los terremotos, y chorros de fuego que suelen observarse.

Tucumán, metrópoli del Norte que conserva casi el antiguo nombre de Tucumá dado á la provincia en tiempo de los incas, es de origen español y fué fundada en 1585 por los habitantes de una ciudad que estaba á 50 kilómetros, los cuales eligieron lugar menos expuesto á inundaciones. A 430 metros de altura, en una vega bien cultivada que baja suavemente hacia el Sur y sube luego al Oeste hacia los picos del Aconquija, es Tucumán una de las ciudades históricas de la Argentina. Allí derrotó Belgrano á los españoles y proclamó la independencia de la comarca un Congreso nacional en 1816. También representó su papel la ciudad en las guerras civiles que desolaron el país. No obstante, ha prosperado, y es por su población la cuarta de la República. Una inmigración muy abundante, procedente de todas las naciones europeas ha desarrollado mucho su industria. Es el centro de los ingenios de azúcar argentinos, y en su jurisdicción hay tres fábricas importantes. El cultivo de la caña, importado del Perú, en 1824 ha prosperado tanto, que muchos miles de obreros se ocupan en tal industria, produciendo más de 20.000 toneladas de azúcar y de 50.000 hectolitros de ron. El campo, lleno de caseríos y granjas, produce también café, cáñamo, trigo y otros productos. El queso tafi viene del valle del mismo nombre, que perteneció á los jesuitas. Tucumán tiene fama como centro intelectual, y uno de sus colegios se considera como el mejor de los de la República. Las dos poblaciones más animadas de la provincia, después de Tucumán, Monteros y Medinas, situadas junto á afluentes del Río Dulce, participan de las industrias agrícolas de dicha ciudad.

Santiago del Estero fué centro de la antigua provincia de Tucumán, que se sometió á los incas en el siglo XIV. En 1553 fundaron allí los conquistadores españoles la primera ciudad



Tucumán.—Vista de la Gran Plaza. (Dibujo de Privat.)

permanente de sus posesiones platenses, llamada Tucumán, nombre que luego se dió á la ciudad más próspera. A la orilla izquierda del Río Dulce, en una llanura de 200 metros de altura, rodean á Santiago, como su nombre lo indica, lagu-

nas y pantanos. En 1633 una crecida del río tiró la mitad de las casas, y habiendo emigrado casi todos los habitantes, la ciudad, expuesta á los ataques de los indios, quedó gobernada por los jesuitas, que convirtieron la comarca en un Paraguay, en cuanto á la disciplina de los indígenas. Como en el Paraguay, había allí gran limpieza, alimentación casi exclusivamente vegetal, uso del mate como bebida estimulante, y gran afición á tocar el arpa, instrumento nacional. Al hacerse independiente la Argentina, Ibarra, dictador y amo absoluto durante treinta años de esta región, quiso sustraerla á las agitaciones, pero por lo mismo la sustrajo al progreso. Santiago no era más que una ruina con casuchas de adobes roídas por el salitre. La ciudad unida por ferrocarril con la línea de Córdoba á Tucumán y con las colonias de Santa Fé, va recuperando alguna actividad por la exportación de alfalfa, trigo y otros productos. También se dedica á la industria azucarera, aunque menos que Tucumán.

Loreto, Atamisqui, Salavina, que como Santiago, padecieron las crecidas del Río Dulce y sus cambios de cauce, son centros agrícolas. Matará, junto al Juramento, rodeada de cultivos, estaba muy expuesta á las incursiones de mocorís y abipones. Allí empezaba un camino fácil que se dirigía á Corrientes á través de las soledades del Chaco, designadas hacia la mitad del trayecto con el nombre de Campos del Cielo. A poca distancia del Norte de esta vega, ahora abierta á la colonización se encuentra un bloque de hierro meteórico, famoso en los anales de la ciencia. A mediados del siglo xvii no se le conocía más que por los relatos de los indios, y de algunos blancos, cazadores y buscadores de miel silvestre. En 1783, el Gobierno de Buenos Aires envió á una comisión á que estudiara el bloque, que entonces tendría unos siete metros cúbicos y pesaba 45 toneladas. Luego se le han quitado muchos fragmentos, especialmente para fabricar fusiles, á principios de la revolución, y para varios museos. Los análisis químicos han encontrado una décima parte de níquel. Otros meteoritos más pequeños se encontraban en los alrededores.

La provincia de Catamarca, al Sudoeste de Tucumán, se encuentra en el corazón de las montañas. No toca á la región baja más que por la frontera del Sudoeste, donde hay salinas. La muralla del Aconquija y sus prolongaciones limitan al Este el resto de la provincia. Catamarca, capital, está á 572 metros de altura, entre dos corielleras; al Este la sierra de Ancaste, y al Oeste la de Ambato. La atraviesa un torrente llama-

co río del Valle. Cuando se fundó la ciudad, en 1680, padeció tanto por las inundaciones, que hubo que trasladarla á algunos kilómetros más arriba. Un ferrocarril la pone en comunicación, por una parte, con Rioja, Mendoza y el camino de Chile, y de otra con Córdoba, Rosario y Buenos Aires.

Andalgalá, llamada así por una población de calchaquis valientes, mezclada tiempo ha con los españoles, se llamo también El Fuerte. Está situada en terreno muy llano á 1.010 metros de altura. Esta colonia, perdida en medio de las montañas, debe su importancia á las minas de plata, las más productivas de la República. La más rica, cuya existencia ocultaron los calchaquis que la habían explotado, fué descubierta de nuevo en 1849. A más de 3.000 metros de altura, produce más de 2.000 toneladas de mineral, que contienen 35 de metal puro. Se emplean constantemente 3.000 mulas para el transporte entre las minas y la fábrica de Pilciaio, establecimiento notable, provisto de excelente maquinaria inglesa. Los habitantes de Andalgalá, muy industrioses, explotan el kaolín para hacer ladrillos refractarios, y cultivan viñedos y huertas, cuyos excelentes productos exportan á Tucumán. Envían mulos y burros á Chile y Córdoba recibe sus cueros y telas de piel de huanaco. Pozos artesianos abiertos en la llanura remedian la escasez de torrentes. El alfoz, que pone á Andalgalá en comunicación con Tucumán y Catamarca, entre Aconquija al Norte y Manchao al Sur, es de mucho tránsito, y lo recorren recuas que llevan vino, cuero y frutas secas de Andalgalá, y azúcar, tabaco y arroz de Tucumán. Cuando la región alta estaba llena de aldeas y campos cultivados, debió de tener movimiento más considerable, como lo demuestra los vestigios de canales de riego. Pucará, caserío mísero, agrupa sus chozas en la meseta, donde antes hubo una ciudad defendida por una verdadera *fuerza* ó fortaleza, cuyas murallas ocupan todavía tres kilómetros.

Los valles montañosos occidentales de Catamarca están poblados por sobrios é industrioses calchaquis que contribuyen á la riqueza de la Argentina, á pesar del clima. Belén y la antigua Londres, junto á un torrente, están rodeadas de viñedos, cañaverales y huertos, y allí tejen las mujeres unos ponchos muy estimados en Chile. Más al Oeste, el valle de Tinogarta comercia en ganado con Copiapó, y en el valle alto brotan las fuentes termales de Fambala, muy concurridas en verano.

La provincia de la Rioja está formada, como Catamarca, por

altos valles andinos. Poblada también por los calchaquis, y por mineros chilenos, añade los productos del tejido doméstico á los de la ganadería y cultivo de terrenos de regadío. Es proverbial su fertilidad, y en la Rioja se coge el mejor trigo, el mejor vino y las mejores naranjas de la República. El terreno, poroso y ligero da sabor exquisito á granos y frutas. Se cultiva cuanto puede regarse en valles y llanuras.

La ciudad de la Rioja, fundada en 1591 en la base oriental de las montañas de Velasco, domina desde 510 metros de altura la vasta extensión de las llanuras inclinadas. Enlazada con la red ferroviaria, tiene poco comercio, por lo escaso de la población. Donde se secan los arroyos comienza el desierto. El trabajo es más activo en el valle que se abre al Oeste, entre la sierra de Velasco y los montes nevados de Famatina. El pueblo que da su nombre á este soberbio macizo montañoso forma una hilera continua de casitas y jardines que se prolonga 15 kilómetros á lo largo de un torrente. Otro torrente que baja del nevado de Famatina, ha dado origen á otro pueblo, Chilecito ó Villa Argentina, más importante que el primero, y verdadera capital industrial y comercial de la provincia. Tiene 5.000 habitantes, y su nombre indica el origen chileno de su población. Es centro de la región minera de la Rioja. Ambas vertientes del valle en la sierra de Velasco y en la de Famatina encierran yacimientos de oro, plata, cobre, hierro y níquel; todos los arroyos son metalíferos, y algunos tan abundantes en metal, que no pueden utilizarse para el riego. En ciertos lugares se encuentran montones de escorias y ruinas de hornos toscos, como huellas de explotaciones de cobre hechas antiguamente por los calchaquis para fabricar armas ó instrumentos agrícolas. Los primeros trabajos serios de los blancos empezaron en 1804.

La región minera por excelencia ocupa el Sur de la sierra de Famatina. Los yacimientos más ricos están en las crestas próximas al pico central á 4.000, 4.500 y 5.000 metros sobre el nivel del mar. Los de la llamada Mejicana dícese que fueron descubiertos por unos mejicanos que siguieron hasta la fuente un arroyo cargado de ocre y fueron explotadas por aragoneses, de los cuales ha hecho la leyenda unos seres casi míticos. Además de las excavaciones metódicas hechas por sociedades mineras, hay muchísimos agujeros, pozos y galerías en todas las escarpaduras. Centenares de *pilguineros* ó mineros errantes acompañados de un perro, y que cortan con un hacha su alimento conge-

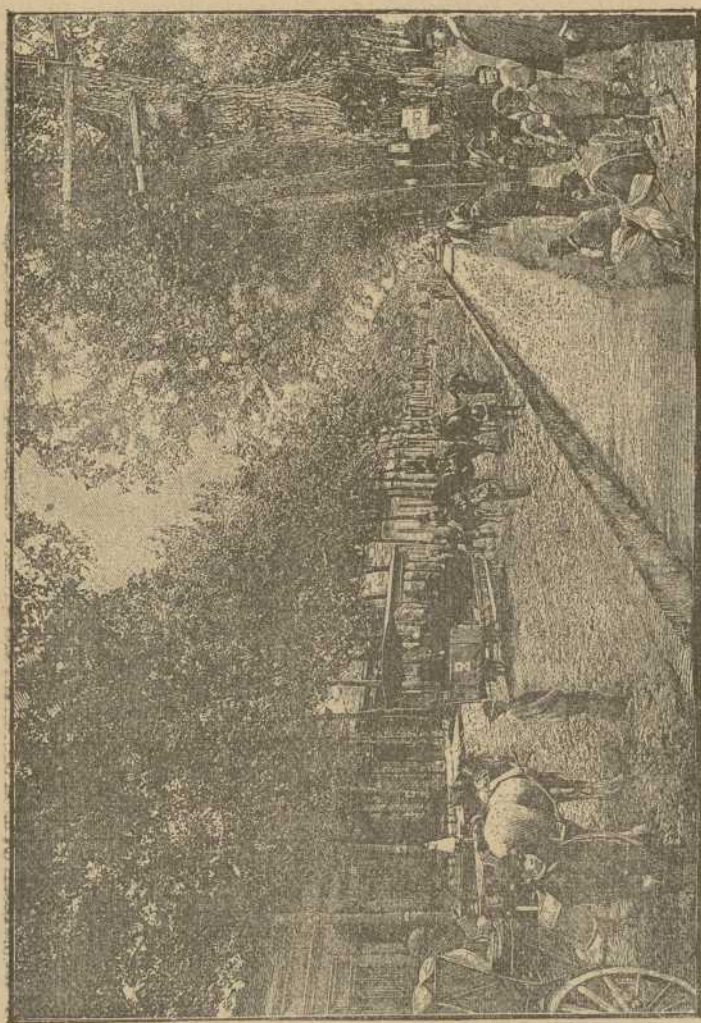
Jado, recorren las crestas en busca de un yacimiento, y así que explotan un filón superficial, van á buscar otro. Las rocas están llenas de innumerables filones de pirritas de cobre, plata y oro, mezcladas con cloro, yodo, arsénico y azufre. Chilecito, á donde van á parar los peligrosos senderos de la montaña, está unido con Chile y toda la República Argentina por medio de una vía férrea. Vinchida le sirve de etapa para sus relaciones activas con el centro minero de Copiapó, en la vertiente chilena.

La provincia de San Juan, también región minera, pertenece asimismo al dominio de las cuencas fluviales sin desembocadura. La capital, San Juan, está á 650 metros de altura en una vega regada por infinitos canales del río San Juan, agua que se pierde en los pantanos de Huanacache. Fundada en 1561, á 6 kilómetros al Norte de su actual emplazamiento, posee un magnífico bulevar plantado de álamos, y un jardín botánico. Llamada la ciudad San Juan de la Frontera, por su proximidad á la frontera entre la Argentina y Chile, comercia con la vertiente del Pacifico en ganado, frutas secas y otros productos agrícolas. El pueblo de Zonda es un punto de recreo y baños preferido por los habitantes de San Juan. Caucete, al Este, llamado oficialmente Independencia, domina una red de canales de riego. Algunos yacimientos metalíferos y de lignito que hay en las montañas cercanas, explican que se haya fundado en San Juan una escuela de minas. Jachal, á 200 kilómetros al Norte, junto á un río abundante, concentra el tráfico de la provincia en su parte septentrional y envía muchas recuas á los puertos chilenos de Huasco y Coquimbo.

La provincia de Mendoza, que después de la de Tucumán, es la más poblada de las andinas, debe su importancia á estar situada en la vía principal de América del Sur, entre Buenos Aires y Valparaíso. Entre el Aconcagua y el Tupungato se abre la garganta de la Cumbre. Mendoza posee venas metálicas bastante ricas, aunque poco explotadas hasta el siglo anterior. Debe sus principales recursos á los viñedos, cereales y alfalfa regados por los torrentes de los Andes. Con San Juan y San Luis, pertenece á la región del Cuyo, asociada antes administrativamente á Chile, durante el régimen colonial.

Mendoza, la capital, fué fundada en 1530 en una llanura surcada por canales de riego. La ciudad actual (capital que fué del virreinato español de La Plata) no es la fundada por los conquistadores. Esta se encontraba más al Este, y, casi tan grande

como la moderna, tenía casas más altas, construídas con material más pesado. Un miércoles de Ceniza, cuando casi todo el vecindario estaba en las iglesias, se derrumbaron de pronto



Una calle de Mendoza. (Dibujo de Barni.)

las naves, y sólo a'gunos lienzos de pared quedaron en pie entre tanta ruina. De 10 á 13.000 de los 15.000 habitantes de entonces perecieron bajo los escombros, entre ellos el geólogo Bravard que, según parece, había vaticinado el terremoto.

Como cerca de Mendoza no hay volcanes, no es probable que el derrumbamiento obedeciera á movimiento interior de lavas. Más bien debió de originarlo la combustión de las capas bituminosas que cubren el suelo y la explosión de los gases. Al reconstruir la población, tomaron los habitantes por calle central la Alameda, paseo de álamos y olmos que atraía á los paseantes durante las noches de verano. Pintadas de colores vivos las casas nuevas de adobes forman filas á lo largo de un canal con fuentes y cascadas. Por hallarse en el camino de Buenos Aires á Valparaíso, es Mendoza la principal etapa entre la Argentina y Chile. También tiene importancia como centro agrícola y posee una escuela de agricultura. Los campos cercanos poseen admirables *invernadas*, praderas artificiales, cuya alfalfa se exporta á Chile. La ciudad expide á la otra vertiente de los Andes, cuero, lana y ganado. Los viticultores de la comarca expiden vino á Buenos Aires.

Al Oeste de Mendoza, el camino y el ferrocarril suben á las alturas por el valle del río de Mendoza. Se da la vuelta á la masa de Paramillos, donde se encuentra el pueblo de Chalaó, para veraneo y baños; y luego se entra en el valle alto de Uspallata, á propósito para fundar una ciudad. Pero la altura de 1900 metros asusta á los inmigrantes, y el paso de Uspallata no tiene importancia más que para la Aduana. Las minas de Paramillo, cuyas galerías se elevan á varias alturas, de 2.700 á 3.184 metros, fueron explotadas con mucha actividad. Durante el siglo XVIII, los cautivos araucanos, que morían allí á miles, habían hecho enormes trabajos de excavación. El viento llamado paramillero sopla en aquellas tierras altas con terrible violencia.

Más abajo del lugar llamado Punta Vacas, empiezan fragosidades abruptas, donde hay de trecho en trecho casuchas de refugio contra tormentas y aludes. Una se encuentra al pie de la roca, cerca del puente del Inca, arco natural de conglomerado, cimentado por depósitos calizos, con fuentes termales que hierven en el fondo de una gruta y caen al arroyo de las Cuevas. El soberbio arco del puente domina el barranco á 20 metros de altura, y desde la bóveda penden largas estalactitas. Aunque todavía no hay allí balneario, algunos enfermos, sobre todo chilenos, van á bañarse en verano á las fuentes del Inca, eficaces para el reuma.

Al Sur de Mendoza, el camino que pasa por la base de las estribaciones, atraviesa á San Vicente, que puede considerarse

como barrio de la capital y luego salva el río de Luján, que bordea la ciudad, rica también en aguas termales muy concurridas. Plantaciones de olives y viñas contrastan con los prados cercanos unos 100 kilómetros, al Sur está San Carlos, en una llanura longitudinal que la sierra de Tunuyán separa de las llanuras bajas. Aunque bien situada esta población, principal etapa entre Mendoza y San Rafael, crece lentamente. Los indios de la montaña cayeron en 1868 de improviso sobre San Rafael, exterminaron á la guarnición, se llevaron las mujeres, saquearon las casas y desaparecieron. La población no ha podido reponerse de aquel golpe y los colonos, casi todos chilenos, viven en casas dispersas por los campos. San Rafael será probablemente, en plazo no muy lejano, una de las principales ciudades argentinas por sus fécondos campos, sus ríos y sus pasos relativamente fáciles para ir á Chile. La mayor parte de sus fundadores eran fugitivos de otras provincias llamados guayaqueros ó cazadores de avestruces. En 1872 fué sitiado San Rafael por los indios. Los soldados de la guarnición no se atrevían á alejarse del fortín y guardaban el ganado en dos cercados bien vigilados. Ahora las praderas artificiales se extienden alrededor de la población, y las recuas cargadas de forraje para los mercados de Chile, atraviesan los Andes por las gargantas de Planchón y Cruz de Piedra. El cultivo de viñedos ha empezado cerca de San Rafael.

Al Oeste, las estribaciones de los montes encierran capas de carbón. Un cazador de huanacos que recorría los Andes hacia las fuentes del Diamante, halló algunos pedazos de carbón que entregó á un especulador de Mendoza. Una compañía financiera se formó en seguida y los geólogos y químicos de Buenos Aires reconocieron el valor del hallazgo. El combustible de San Rafael, verdadera hulla de llama pura, es igual al carbón inglés de calidad media. Las capas exploradas son numerosas y alguna tiene más de 4 metros de espesor. Parece que los yacimientos llegan al Sur hasta el territorio de Neuquen. En la misma región hay petróleo, alabastro y caliza, y las cenizas del carbón fósil de San Rafael contienen vanadio, que sirve para las tinturas con anelinas. Las mejores capas hulleras están á alturas de 2.500 á 3.200 metros, cubiertas de nieve en invierno. Es difícil explotar estas capas y ya se las tiene en reserva para cuando el río Diamante sea navegable y lleguen vías férreas á aquellas alturas.

La provincia de San Luis, separada de la Mendoza por la

corriente del Desaguadero y del Salado, ocupa una parte de la masa montañosa central y se extiende hasta los desiertos del Sur. Está poco poblada, aunque es rica en minería y fértil en terrenos de regadío. Tiene la ventaja de encontrarse entre Córdoba y Mendoza, en el camino del Atlántico al Pacífico. Desde fines del siglo xvi hasta el xix, la ciudad fué puesto avanzado de los españoles contra los pampenses y con semejantes enemigos, la lucha era incesante. Más de una vez los jinetes indios pasaron de San Luis en sus incursiones al territorio civilizado, penetrando en él como conquistadores y aliados de alguno de los partidos que tomaban parte en las guerras civiles. Fué la población hispano-americana que con más pasión se metió en los conflictos militares y revoluciones locales que diezmaron á la juventud. La proporción de mujeres es mayor que la de hombres, aunque debíá ser lo contrario, puesto que la provincia recibe colonos extranjeros, entre los cuales predomina el elemento masculino.

Fundada en 1597 por Martín de Loyola, sobrino del famoso Ignacio, San Luis, fué llamado mucho tiempo Punta de los Venados, por el promontorio donde se hicieron las primeras casas. Por eso se llama puntanos á los habitantes. Está situada á 762 metros de altura en las pendientes de la Punta, cuya cima se eleva á 7 kilómetros de distancia. Desde aquel mirador se descubre un hermoso panorama limitado al Oeste por las montañas nevadas que domina el Tupungato. El cerro de Plata oculta al Aconcagua. El arroyo de Chorrillo alimenta un vasto depósito que contiene 12 millones de metros cúbicos de agua, que se reparte en los viñedos y huertas de los alrededores. Los lavados de oro que se explotan al Norte cerca del río de Tomolasta, dan poca cantidad de metal.

Villa Mercedes, fundada en 1856 con el nombre de Fuerte Constitucional, ha adquirido mucha importancia gracias á su posición en una vega regada por el Río Quinto, donde el ferrocarril interoceánico da vuelta á la Sierra de Córdoba. Etapa central entre el Paraná y los Andes, Villa Mercedes está bien colocada y construída en un territorio recién conquistado á los indios de la Pampa. Rodeada de campos de alfalfa, la ciudad crece á expensas de los pueblos situados más al Norte, en el antiguo camino chileno, Achiras y San José del Morro.

Río Cuarto, estación muy activa de la red argentina está, como indica su nombre, junto al cuarto de los ríos que bajan de la vertiente oriental de los montes cordobeses y pertenece á

la provincia de Córdoba. Como San Luis, defendió contra los pampenses la frontera de la Argentina colonizada y fué sitiada varias veces. Mujeres y niños se encerraban en la iglesia fortificada, mientras los hombres combatían en las calles. La paz que permitió abrir canales de riego, ha hecho de Río Cuarto la segunda población de la provincia. Villa María y Villa Nueva, aquélla en la orilla izquierda y ésta en la derecha del Río Tercero constituyen otro centro de comercio para las colonias agrícolas. La principal, llamada Fraile Muerto, fracasó, dispersándose los primeros colonos. Luego vinieron cultivadores de otras nacionalidades, crearon Bellville, nombre actual de Fraile Muerto y la comarca es un campo riquísimo, donde alterna la alfalfa con el trigo.

Córdoba, capital de la provincia, y segunda ciudad de la República al Oeste del Paraná, es población antigua, fundada por Cabrera en 1573, siete años antes que Buenos Aires. Situada á la orilla derecha de Río Primero, á 400 metros de altura, ocupa el fondo de un valle. Resilencia de los jesuitas durante dos siglos, conservó mucho tiempo el aspecto triste de ciudad eclesiástica, pero desde 1870 es estación férrea y rivaliza en progreso científico con Buenos Aires. La Universidad, que cuando la expulsión de los jesuitas se quedó sin libros, instrumentos ni profesores, revivió en 1870, gracias á la introducción de estudios serios y á la llegada de verdaderos sabios, naturalistas alemanes casi todos. Fundóse entonces un observatorio astronómico de gran importancia, que ha publicado una uranometría del hemisferio meridional. También posee Córdoba un Instituto meteorológico, una Academia de Ciencias y otras instituciones útiles. Estuvo muy expuesta á destrozos causados por el desbordamiento de torrentes. Un arroyo lateral del Río Primero, bajaba á veces convertido en alud de lodo. Un murallón construido en 1671 sujeta las aguas pluviales. Otra barrera se construyó cerca de San Roque para detener las aguas, alimentar la ciudad y regar el campo. La masa líquida captada habría podido formar un lago navegable de 35 metros de profundidad, con 260 millones de metros cúbicos de agua, siendo el lago artificial mayor del mundo; pero como estaba mal construido, se abrieron rajas amenazadoras, se rompió un canal y quedó sumergida la ciudad y destruidas muchas casas.

En los alrededores está Pueblito, donde viven indios mestizos. Más arriba está Cosquín, frecuentado en verano por vale-

tudinarios y tísicos. Otros pueblos tienen fama de sanatorios. Un ferrocarril que de Córdoba va por San Roque y Cosquín á Río Primero y á las salinas de la Rioja, atraviesa una región minera que todavía vale poco. La principal aglomeración urbana, formada por San Pedro y Dolores, poblaciones gemelas separadas por un arroyo, debe su prosperidad al cultivo de los campos de las cercanías.

La provincia de Buenos Aires representa la décima parte del territorio de la República, pero por su situación privilegiada es muy superior en población y riqueza. Las tierras no son tan excelentes, ni el clima tan bueno como en otras provincias, pero tiene la ventaja de dar fácil acceso al comercio y á la inmigración. Europa hizo á la Argentina y continúa sosteniéndola. Tarde ó temprano, cuando viva por sí misma, se establecerá el equilibrio entre sus diversas partes. Además, no contento Buenos Aires con su preponderancia económica, quiso conseguir la dominación política. Al sacudir el yugo español, quiso heredar su autoridad, enviando órdenes á la parte del imperio colonial desprendida de la madre patria, lo que fué causa de las guerras civiles entre unitarios y federales que ensangrentaron la tierra argentina y la tuvieron dividida en dos Estados distintos.

La ciudad que el colonizador Mendoza llamó Puerto de Santa María de Buenos Aires no es un puerto natural, aunque se llame porteños á sus habitantes. No hay escotaduras profundas en la larga playa baja del estuario, y el lugar elegido no ofrecía á los recién llegados más que un ribazo de desembarco para los botes de los buques que se quedaban en alta mar. Aun hoy, á pesar del puerto artificial apenas se distingue Buenos Aires del contorno uniforme del horizonte. Sin colinas ni collados que se eleven á más de 19 metros, no tiene aspecto imponente. Las calles que forman tablero de damas, no encuentran obstáculos á su dirección rectilínea; sólo interrumpen la regularidad del plano geométrico los bordes de una terraza que baja bruscamente al Riachuelo.

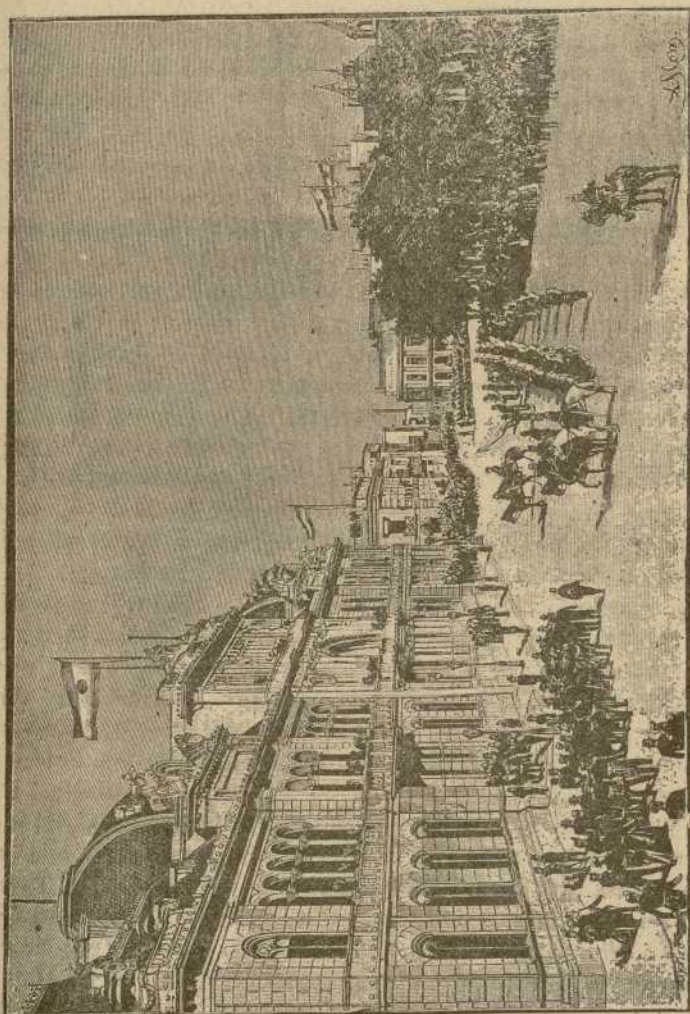
No es Buenos Aires la ciudad más antigua de la República. En 1535, ocho años después de fundarse el fuerte del Espíritu Santo, cerca de la desembocadura del Carcaraña, Diego de Mendoza penetró en el Riachuelo y construyó algunas chozas en la terraza que lo domina, pero no pudo conservar amistad con los indios querandis y se encontró bloqueado con soldados y colonos en el angosto campamento. Tuvo con varia fortuna

batallas y asaltos, pero la colonia española no pudo desahogarse por completo y en 1542 Alvaro Núñez Cabeza de Vaca mandó evacuar Buenos Aires, cuyo territorio quedó en poder de los indios. Los europeos se dirigieron al Paraná y al Paraguay cuyos indios se sometían sin gran resistencia, pero estos progresos en lo interior hicieron indispensable la fundación de una ciudad comercial junto al estuario. Como parecía temerario establecerse cerca de los belicosos charrúas de la faja oriental, se decidió la reconquista de Buenos Aires y en 1580, Juan de Garay, con 60 soldados y una tropa de indios auxiliares, la recobró, empezando el reparto de terrenos.

El nacimiento de un depósito comercial á la entrada de la inmensa cuenca de los ríos platenses era suceso harto considerable para no cambiar el antiguo equilibrio. Los negociantes de Sevilla y Cádiz, monopolizadores del comercio con el Nuevo Mundo por Nueva Granada y el Perú, exigieron del Gobierno la orden absurda de que la importación de Europa á la Plata siguiera la vía del Perú y el alto Paraguay. Pero Buenos Aires logró alcanzar ciertas facilidades de tráfico, y al establecerse una colonia portuguesa en Sacramento, frente á la española, se desarrolló rápidamente un comercio de contrabando. Buenos Aires tenía 20.000 habitantes en 1744, y empezó á tomar importancia en 1775, cuando se separaron los territorios platenses de la tutela política y comercial del Perú para constituir el virreinato de la Plata, relacionándose directamente con la metrópoli. Desde principios del siglo XIX, Buenos Aires era una gran ciudad con más de 50.000 habitantes.

Con la independencia empezaron las guerras y disensiones civiles, pero Buenos Aires seguía creciendo, y desde que hay tanta inmigración europea, la capital de la Plata ocupa el primer lugar como centro populoso de todo el hemisferio austral. Revoluciones locales, epidemias, crisis monetarias han ocasionado algún retroceso temporal, pero el movimiento normal le asegura un aumento anual de 10 á 14.000 individuos como excedente de natalicios sobre mortalidades, además del enorme crecimiento debido á la emigración. La estadística del 1893 indicaba en Buenos Aires una población de 569.122 habitantes. Hoy tiene mucho más de un millón y figura como la segunda metrópoli en el mundo latino, después de París. La ciudad, que ocupa una extensión considerable, se desarrolla desde Belgrano á Barracas en 16 kilómetros y medio á lo largo del río, y con una superficie igual, poco más ó menos, desde la orilla hasta

los campos del interior. Al Noroeste proyecta un largo arrabal hacia el Paraná; al Oeste prolonga barrios que avanzan hacia San José de Flores; al Sur se anexiona con hileras de casas las



Buenos Aires—Palacio del Congreso. (Dibujo de Riom.)

poblaciones de la Boca y Barracas, & orillas del Riachuelo. El Municipio se extiende por un espacio de 182 kilómetros cuadrados, pero la superficie cubierta por las construcciones no es más que de 45 kilómetros cuadrados. Desde 1870 está Buenos Aires

muy provisto de tranvías, además de poseer seis ferrocarriles que desde los muelles sirven muchas estaciones urbanas.

Antes que el comercio y la especulación hicieran nacer grandes fortunas, se parecían todas las calles y casas de Buenos Aires. Las primeras tenían una anchura uniforme de 16 varas, limitando manzanas de 129 metros de lado, con aceras de un metro. El tipo normal de las casas, copiando el de Sevilla y Cádiz, presenta á lo largo de la calle una sala con dos ventanas y un zaguán con cancela, que permite ver los arbustos del patio. Antes no tenían las casas más que un piso bajo, ó bajo y primero; pero la carestía creciente de los terrenos, semejante á la de Europa, hacen que las casas sean más altas (sobre todo en las partes populosas de la ciudad), más suntuosas y distintas del antiguo tipo andaluz. Las casas de banca tratan de distinguirse por el lujo de mármoles y metales. Excepto arena y ladrillo, el terreno de Buenos Aires no da los materiales que sirven para la construcción y el embellecimiento. El granito y los esquistos proceden del islote de Martín García; los mármoles vienen de Italia; las losas de aceras y patios, de Inglaterra; la cal se prepara á orillas del Uruguay y el Paraná; la madera ordinaria procede de Noruega y el Canadá; las maderas preciosas de ebanistería, del Brasil y el Paraguay; Francia envía muebles, bronce y cristales.

Los principales monumentos están cerca de la ribera. El Palacio del Gobierno, llamado la Casa Rosada, separada de la Aduana por un paseo y un ferrocarril, es el antiguo fuerte de los virreyes, restaurado y reconstruido desde fines del siglo xvi. Al lado, en el contorno de la plaza Mayo ó Victoria, están el Palacio del Congreso, Ayuntamiento, Bolsa, Teatro de Colón y la Catedral, con grandioso peristilo de columnas corintias. De día converge la vida urbana hacia este punto central, donde empieza el amplio bulevar de Mayo, que, cruzando con el Callao, traza una cruz grande á través de toda la ciudad. También está cerca la estación, donde llegan todos los trenes de la red platense. La calle, no más ancha que las demás, recorrida por la muchedumbre de vecinos y paseantes, que va de almacén en almacén y de café en café, empieza cerca de la playa para ir al Norte hacia la plaza de San Martín, y se llama calle Florida.

Todas las nacionalidades tienen representantes en Buenos Aires, crisol enorme donde se tritura y forma la nación argentina. En tal Babel de razas y lenguas no constituyen los natu-

rales la mayoría. En 1892 había dos veces más italianos que argentinos, y en ciertos barrios no se oye hablar más que el dialecto genovés ó napolitano. La ciudad no es muy saludable, ni siquiera en los barrios mejor contruidos. La natalidad es mayor que en las grandes ciudades de Europa, pero la mortalidad es también grandísima. Una estadística de 1891 daba 46,5 por mil de nacimientos, y 24,3 por mil de defunciones.

No había alcantarillado cuando las dos epidemias de cólera en 1837 y fiebre amarilla en 1871, que causaron, respectivamente, 15.000 y 26.000 víctimas. Hoy, el gran colector de 26 kilómetros desagua en el estuario, al Este de la ciudad, cerca de Quilmes. El agua pura la sacan unas máquinas á 1.600 metros de la costa de Belgrano, en un paraje del estuario donde el agua es completamente dulce, pero tiene mucho sedimento. Un túnel de 6 kilómetros lleva el agua al depósito de la Recoleta, pero el tributo diario, de 675 000 hectolitros, es insuficiente. Además del acueducto subterráneo, tiene Buenos Aires pozos alimentados por aguas profundas. En 1860 se abrieron las primeras perforaciones arterianas, pero el agua era muy salada, y ahora se busca el agua que comunica con la del Paraná, de 25 á 29 metros de profundidad media.

Ciudad comercial por donde pasan las tres cuartas partes del tráfico de la República, Buenos Aires necesitaba un puerto. Se empezó por dragar el canal en la desembocadura del Riachuelo, protegiéndolo con diques laterales, y allí pueden fondear buques con calado de 6 metros. Otra obra más considerable, empezada en 1887, consiste en abrir ante todo al frente de la ciudad cuatro conchas de 7 metros, protegidas por un rompeolas de granito y provistas de cobertizos, grúas y vías férreas. Este conjunto de trabajos va á hacer de Buenos Aires un puerto superior al de Montevideo, más favorecido por la naturaleza. Ahora penetran los buques de mayor calado en estos fondeaderos ó en el de Riachuelo, llamado de la Boca. En el siglo último, cuando el canal estaba sin balizar, los buques no bogaban más que de día, precedidos por chalupas sondeadoras, como perros de caza delante del cazador. Las importaciones no sólo sirven para el consumo de la ciudad y de tierra adentro: alimentan una industria considerable, de fundiciones, molinos harineros, destilerías, tenerías, etc., que hacen surgir una tarifa protectora á costa del consumidor. La exportación abarca principalmente lana, carne, trigo y maíz.

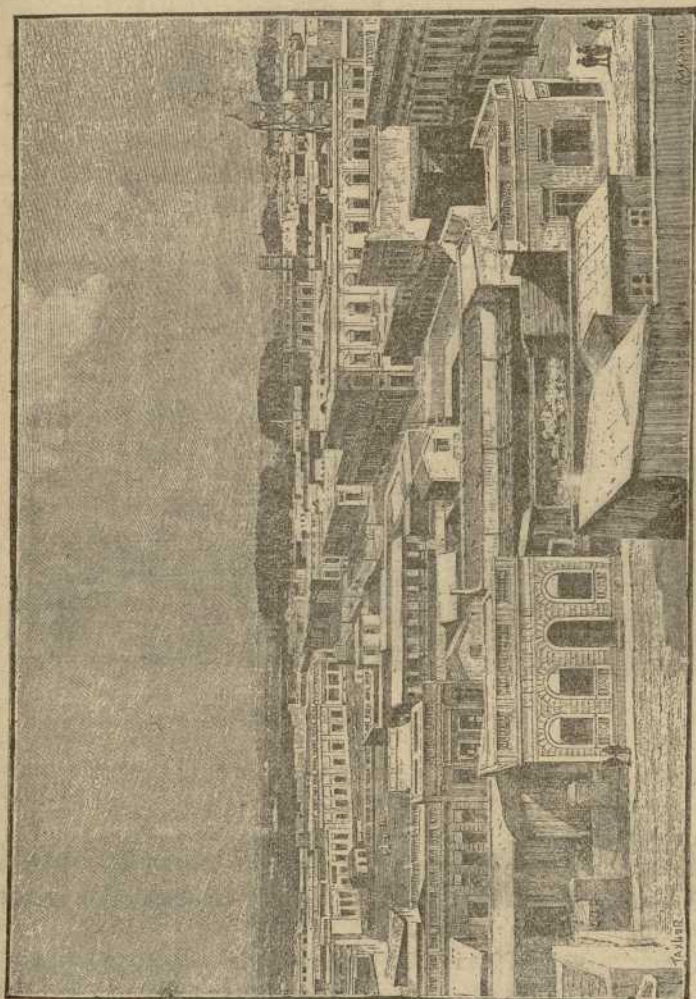
Pocas ciudades están mejor provistas de teatros, lugares de

recreo y juegos de pelota que la capital de la Argentina. Exceptuando algunos jardinillos y paseos con árboles, no tiene más que un parque, el llamado Palermo, situado á orillas del mar, junto á los baños elegantes, en el camino de los pueblecillos que sin depender del Municipio, pertenecen realmente á las afueras bonaerenses, Belgrano, San Isidro, San Fernando y Las Conchas. Este magnífico jardín público, adornado con una avenida de palmeras, posee hermosas colecciones de plantas y animales. Es uno de los pocos lugares de estudio que hay en Buenos Aires. La Universidad, que está donde se encontraba antes el Colegio de los Jesuitas, tiene una Biblioteca Nacional con 60.000 volúmenes, y el Museo fundado por Rivadavia, en 1823, dirigido mucho tiempo por el naturalista Hermann Burmeister, merece mención por una hermosa colección paleontológica y, entre otras cosas, un meteorito caído en 1880 en Entre-Ríos, que contiene carbón.

La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, no es ciudad debida á iniciativa individual. Federalizado el Municipio de Buenos Aires, tenía que trasladarse á alguna parte la administración provincial. Se podía haber escogido una aglomeración ya existente, pero se prefirió crear una ciudad que desde el primer día tuviera las ventajas de comodidades, lujo é higiene indicadas por los inteligentes. Fué feliz la elección, pues la región es saludable y está cerca de la ensenada de Barragán, que es la mejor del litoral. Utilizaron los españoles este fondeadero durante dos siglos, haciendo trabajos para facilitar el acceso de los buques. Muchos viajeros han dicho que La Plata había brotado del suelo como una ciudad norteamericana. Washington é Indianópolis nacieron por orden del Congreso ó de la legislatura de un Estado, como La Plata. El Municipio, cuyo centro ocupa ésta y que abarca una extensión de 150 kilómetros cuadrados, poseía ya los pueblos de Tolosa, centro de talleres para los ferrocarriles, y Ensenada, en el puerto de Barragán, pero toda su población no pasaba de 8.000 habitantes.

La Plata creció muy rápidamente. Se puso la primera piedra en 1882, y á los diez y ocho meses las principales administraciones se instalaban en palacios resplandecientes. Los censos anuales indicaban un crecimiento extraordinario, á veces de mil habitantes al mes. Vino luego el período de reacción; terminadas las construcciones oficiales, con cuyo fin coincidió una crisis financiera, se notó que el estado económico de la Argentina no

permitía la coexistencia de dos grandes ciudades á 50 kilómetros una de otra. Los funcionarios, obligados á residir junto á sus ministerios, echaron de menos la capital vecina, donde el



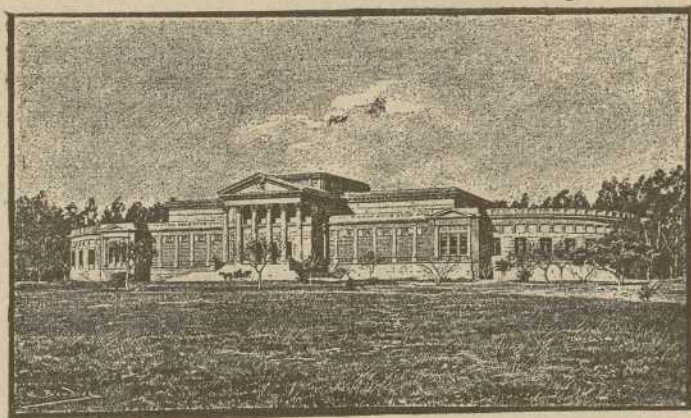
Vista de la Plata. (Dibujo de Taylor.)

trabajo habría sido más fácil y agradable. Buenos Aires, con sus teatros y otras diversiones, ejerce gran atracción sobre los habitantes de La Plata, y se prefiere la variedad de aquélla á los cuadrados geométricos de ésta, á sus calles uniformes de 18 metros, á sus avenidas de 30, á sus paseos diagonales, á su bu-



levar de circunvalación, á sus plazas cuadrangulares separadas por intervalos iguales. No dejaron, sin embargo, de nacer industrias locales, y la facilidad de comunicaciones acabará por hacer de ambas poblaciones una sola, á manera de órbita elíptica con dos focos.

La Plata ha adquirido importancia por sus escuelas. Los principales monumentos consagrados á la ciencia y á la enseñanza, se levantan entre las umbrías del Parque. En sus alrededores están: la Facultad de Agronomía y Arte veterinaria, su Escuela de Artes y Oficios, el Observatorio, rico en instrumentos de primer orden, y el Museo. Este, fundado en 1884 por



Museo de La Plata. (Dibujo de Boubier.)

el viajero naturalista Francisco Moreno, heredó las colecciones y biblioteca de su fundador, y luego se enriqueció con celeridad asombrosa, gracias al entusiasmo de muchos investigadores. La geología y la paleontología han dado al Museo muchísimos objetos bien clasificados que hacen de este establecimiento una institución de primer orden.

El puerto de La Plata, á 7.500 metros del centro de la ciudad, ha realizado las esperanzas de sus fundadores. Su concha principal, de 1.145 metros de largo y 140 de ancho, tiene 6,40 de profundidad y recibe los buques mayores, aunque el movimiento de éstos se consagra casi por completo á los viajeros y mercancías para Buenos Aires. Puede decirse que el puerto (antigua Ensenada) depende más de la capital que de La Plata. En ésta hay también grandes establecimientos militares, una

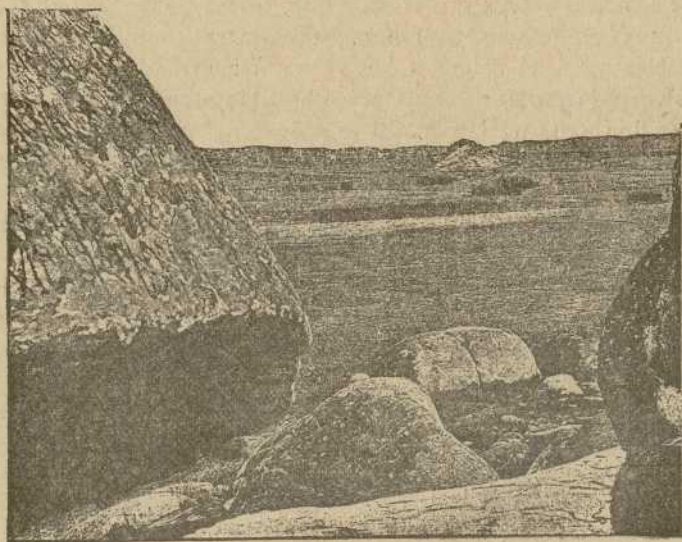
dársena flotante y una escuadrilla de torpederos. El principal inconveniente del puerto de la Ensenada y de la ciudad próxima, consiste en el alcantarillado de Buenos Aires, que desagua en el mar cerca de Quilmes. Son 30 ó 40.000 metros cúbicos de agua impura que se mezclan diariamente con la del estuario y que al aumentar, amenazan al puerto con sus aluviones pestíferos, y obligan á los habitantes á sacar el agua potable de las capas profundas mezcladas con la arena del subsuelo.

Al Este de La Plata, el pueblo más importante, Magdalena, está á 5 kilómetros en el interior, entre pantanos, y posee algunos saladeros junto al mar. Por esa parte, tiene Buenos Aires establecimientos de baños, pero los enfermos, vecinos de la capital, prefieren Mar del Plata, á 400 kilómetros por ferrocarril, cerca de Cabo Corrientes. El país, áspero, montuoso y salvaje, contrasta con la monótona llanura de la Pampa y el aire es muy puro, pero el mar está siempre agitado. Otras estaciones balnearias se van fundando en el litoral, cerca de Mar Chiquita y en la desembocadura del Quequén, donde está Necochea.

El ferrocarril de Mar del Plata á Buenos Aires atraviesa Chascomus ó Ciudad de las Lagunas por los laguitos que lo rodean, y luego Dolores, rodeado de estanques y rica en cangado. Otra vía férrea enlaza en Maipú y pasa por Tandil, población pintoresca situada á 198 metros de altura, á la entrada de una brecha en la cordillera que va á Corrientes. El paso de Tandil era el utilizado por los indios para saquear los campos de Buenos Aires, así es que en 1822 se construyó un fuerte en este punto estratégico. A pocos kilómetros de Tandil está la famosa piedra movediza, de 270 toneladas, que descansa por un solo punto de su ancha base en una pared de granito muy inclinada. El viento basta para mover la roca, pero, según la leyenda, 30 bueyes juntos no pudieron derribarla. Era piedra sagrada para los indios, y lo es también para los gauchos. El 1.º de Enero de 1873, 100 de ellos se citaron allí para hacer una matanza de europeos, y acabaron con 40. Tandil abastece á Buenos Aires de mármoles y otros materiales de construcción. Al Norte, la población llamada Azul (antes Cutufú, palabra india que significa lo mismo) es estación intermedia entre Buenos Aires y Bahía Blanca, y en población y comercio ocupa el primer lugar de las aglomeraciones urbanas del interior. Toda la Pampa desde el estuario platense hasta Bahía Blanca, está dividida en haciendas separadas por alambres. Todo el terreno tiene dueño, pero fuera de las ciudades hay pocos habitantes y no se encuentran

más que rebaños y pastores. Azul y Olavarría están, sin embargo, rodeados de colonias, cultivadas por aldeanos de todas las razas, especialmente por daneses y memnonitas rusos.

Los distritos situados al Oeste de Buenos Aires, cerca de Paraná y del ferrocarril interoceánico, son los más populosos de la región de los pastos. Allí están Lobos, Veinticinco de Mayo, Mercedes, Chivilcoy, Chacabuco, Junín, Pergamino, Arrecifes, donde en 1766 se recogieron las primeras osamentas

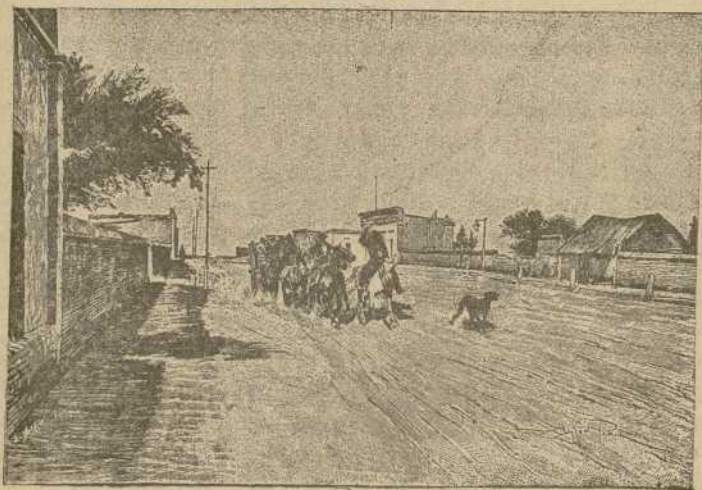


Rocas erráticas de Tandil. (Dibujo de Goterbe.)

de los animales prehistóricos de La Plata, como el megaterio que hay en el Museo de Historia Natural de Madrid.

Al Sur de Tunqui Lanquen, que fué puesto estratégico bien fortificado de la frontera india, la región de colonias y lagunas entre el Salado y los ríos de Patagonia, tiene pocos habitantes. La población es más densa cerca de Bahía Blanca, ciudad de gran porvenir que tiene 6.500 habitantes. En 1828, se levantó el fuerte de Bahía Blanca, á unos 10 kilómetros de la playa arenosa, junto al pantano donde se pierde el río de Napostá. Los primeros que se presentaron, tres suizos, llegaron en 1863, y luego vinieron inmigrantes de todas nacionalidades. Pero antes de 1882 no había entrado en el puerto un vapor europeo. Este puerto tiene grandes ventajas, situado

á 7 kilómetros de la ciudad y bien resguardada por una serie de islotes. El abra da á los buques 10 metros de profundidad en baja mar y en el embarcadero da 3 metros y medio. Rodeada de viñedos que producen chacolí, Bahía Blanca tiene un clima análogo al de Europa occidental y allí prosperan las plantas de la zona templada media. Unida con Buenos Aires por dos vías férreas y un servicio semanal de vapores, trafica con Europa, y el movimiento comercial crece diariamente. El agua potable procede de un canal derivado del río Napostá y de pozos artesianos abiertos entre la ciudad y el estuario. Esta agua lleva algo de sal que se procura hacer desaparecer.



Una calle de General Acha. (Dibujo de París.)

Se han canalizado vastos pantanos hasta el mar, consiguiendo que cubran huertas y jardines las extensiones antes estériles. El puerto de Bahía Blanca es abra y metrópoli natural de la gran división territorial de La Pampa, cuya capital es el lugar denominado General Acha, del nombre de un caudillo argentino.

Extiéndese un desierto entre Bahía Blanca y Carmen de Patagones, fundado por Viedma en 1779 y situado á la orilla izquierda del río, á 34 kilómetros del mar. Un fuerte construído sobre la ciudad servía de refugio á las pocas familias que se arriesgaban á ocupar el país de los tehuelches. En los primeros años de la Independencia, durante la guerra argentino-brasi-

leña, tres buques imperiales se presentaron ante la barra de Patagones, y los hombres desembarcaron para apoderarse del fuerte, mientras los buques subían por el río. Uno de éstos encalló en el islote de entrada y otro á mitad de camino, y cuando el tercero llegó frente á la fortaleza, los 500 soldados, que desembarcaron muertos de sed y sorprendidos por el choque de unos mil caballos medio salvajes, que lanzaron sobre ellos los 70 defensores de Carmen, tuvieron que pedir cuartel. El buque también se rindió y fué despedazado. Ahora la ciudad está rodeada de cultivos y el resto de los tehuelches viven enfrente, cerca de Viedma, á la orilla derecha del río. El puerto de San Blas, estudiado en 1883 por una Comisión hidrográfica, se abre entre la desembocadura del Río Negro y el Colorado, y si la comarca se puebla será la salida natural para ambos valles. Viedma, llamada así en recuerdo del fundador de Patagones, es tan grande como Carmen, y más agradable para la vida. El Gobierno la ha elegido como capital del territorio de Río Negro.

El territorio del Neuquen, separado de la provincia de Mendoza por el Alto Colorado, no puede pob'arse más que por los pasos chilenos de la cordillera andina, pues con las llanuras desiertas las comunicaciones son poco fáciles y penosas. Algunos puestos militares fundados en la cuenca alta del Neuquen han sido los núcleos de la población, y en los alrededores se han establecido ganaderos. En la cuenca del Limay también tienen habitantes los terrenos de pastos, y poseen dominios en ellos los oficiales de la expedición militar que ocupó la comarca en 1865. La capital, Chos Malal, agrupa sus pocas casas en la confluencia del Neuquen y el Leubú. A 30 kilómetros al Sudoeste está Ñorquín, á orillas del Río Agrio, y cerca brotan las fuentes termales y minerales de Copahué, á 300 metros de altitud, con temperatura que varía entre 40 y 97 grados centígrados. Más al Sur, Junín de los Andes, ha surgido á la altura de 680 metros, en el valle de Chemen Huin, frente á magníficos bosques de cipreses y hayas, cuya madera se envía á Carmen de Patagones. Junín tiene la ventaja de estar frente á un paso poco elevado de la cordillera, del cual se puede ir directamente á Valdivia, mercado principal de las colonias andinas. La región de San Rafael ó Nahuel Huapi es la Suiza argentina por la majestad de sus montes, el esplendor de su vegetación y la pureza de sus aguas. Cerca del volcán Lonquimay brota un geysero de 15 metros, rodeado de témpanos.

Más abajo, junto al Limay y al Río Negro no se encuentran

más que puestos de origen militar. La falta de lluvias dificulta la creación de colonias libres. El pueblecillo de Roca está en una llanura aluvial, muy fecunda cuando recibe suficiente humedad, pero en verano suele estar seca. Desde Julio hasta Febrero navega un vapor desde Patagones hasta Roca.

El valle del Chubut no tiene habitantes cultos más que en la desembocadura. Pero desde 1838 algunos ingleses, chilenos y argentinos ganaderos, se han establecido al pie de los Andes en el valle del Corcovado cerca de yacimientos auríferos. La colonia que ha destacado tales exploradores, está al otro extremo de la cuenca fluvial, cerca del Atlántico. En 1865,



Un «corral» en la provincia de Patagones. (Dibujo de Paris.)

132 galeses desembarcaron en la vasta concha circular de Golfo Nuevo y á través de las soledades, llegaron á orillas del Chubut. Inmediatamente construyeron cabañas, labraron el suelo y sembraron grano. Todos eran mineros de carbón, poco diestros en trabajos agrícolas. Misera fué la cosecha, pues apenas caía agua en la región aquélla, y se pasaban dos y tres años sin llover. Afortunadamente, aquellos trabajadores tenaces eran también hombres buenos y en cuanto se encontraron con los tehuelches se hicieron amigos suyos, y éstos les daban caza, pescado, frutas de la montaña, á cambio de pan y objetos de fabricación inglesa. Pero la colonia habría acabado por desaparecer si á alguno de aquellos inexpertos agricultores no se

le hubiera ocurrido cerrar la corriente del Chubut, acrecentado por la fusión de la nieve, y distribuir el agua en canales de riego. La llanura, que forma un triángulo de 77 kilómetros de longitud de Este á Oeste y 8 de anchura media, abarca una superficie de unas 40.000 hectáreas, cuyo tercio da trigo. El suelo, cruzado por canales de 378 kilómetros de longitud total, da admirables cosechas (á pesar de los cisnes y patos silvestres) que alimentan á los habitantes de la colonia y permiten exportar de 1.500 á 2.000 toneladas á Liverpool. El trigo del Chubut es el mejor de la América del Sur. Un ferrocarril de 75 kilómetros pone en comunicación las orillas del río Chubut con Port Madryn, á través de una meseta sembrada de dunas. Hay unas 30.000 cabezas de ganado caballar, bovino y lanar. El grupo de los hijos del país de Gales se compone hoy de más de 3.000 personas. Acompañados de ingleses, italianos y argentinos, no hay entre ellos ni un hambriento ni un polizonte, y tienen tiempo para estudiar la antigua lengua de los welshmen y para cultivar las artes. Las estadísticas del Chubut enumeran los pianos, arpas y violines lo mismo que los arados y rastrillos. Los colonos observan fielmente el sábado y cada secta tiene su iglesia.

La capital, llamada Rawson (1.000 habitantes), situada á ambas orillas del Chubut, atravesado por un puente de madera, está mal colocada desde que no se utiliza la desembocadura fluvial y enlaza un ferrocarril la colonia con Golfo Nuevo. Trelew, á unos 15 kilómetros, almacena los productos de Rawson, y es residencia de la Sociedad cooperativa que agrupa á los galeses de la colonia y les da mercancías de Europa casi á precio de coste. A lo largo de la costa hay campamentos, núcleos de futuras poblaciones: San Julián, Santa Cruz, Gallegos y Cabo de las Virgenes con yacimientos de oro. Puerto Deseado, que tendría grandes ventajas por su fondeadero y su posición junto á un resalto pronunciado del litoral, posee un clima muy malo y un terreno rebelde al cultivo. A fines del siglo xvii elevó un fuerte Vieima en sus riberas en nombre del rey de España y luego la República Argentina transportó allí á varios desfilichados colonos. Se calcula en 375.000 francos lo que costó al Tesoro sostener á cada familia en aquellas áridas playas, donde había en 1890 una familia francesa. Pero la Argentina posee ahora regiones de más porvenir, como el litoral de *fiords* ramificado al Sur de la Cordillera de los Baguales hacia los campos del Alto Gallegos, ricos en lignito.

Un caserío de buscadores de oro surge en la Tierra del Fuego, á orillas del golfo de San Sebastián, á la entrada de una región de pastos, más fértil de lo que se cree y fácil de cultivar, á pesar de las galerías que bajo tierra abre el *tuco-tuco*. Más al Sur, junto al canal de Beagle, están las casuchas de Ushuaia, capital del territorio, que tenía hace poco 76 habitantes, todos empleados. Esta población es la más meridional de la superficie terrestre, y la entristecen el viento, las tempestades, la lluvia y el aburrimiento. La isla de los Estados, cresta montañosa de 900 metros, perdida entre el oleaje y las tormentas, fué cedida á un ganadero, que fracasó en su empresa. No tiene más habitantes que los torreros del faro erigido al Este en el Cabo San Juan; pero parece que el Gobierno la convertirá en penitenciaría (1).

(1) Principales poblaciones de la República Argentina con su número de habitantes, según el último censo:

HABITANTES		HABITANTES	
Buenos Aires.....	1.019.239	Concepción del Uru-	
La Plata.....	60.991	guay.....	8.000
Arrecifes.....	8.964	Paraná.....	51.221
Azul.....	9.494	Concordia.....	17.500
Bahía Blanca.....	9.025	Victoria.....	10.760
Barracas al Sur.....	10.183	Guataguaychú.....	13.282
Belgrano.....	6.054	Jujui.....	10.165
Chacabuco.....	15.424	Victoria.....	10.716
Chascomús.....	6.000	Mendoza.....	29.000
Chivilcoy.....	39.000	Belgrano (de Mendoza).....	8.000
Ensenada.....	12.730	Maipú.....	8.834
Junín.....	7.635	La Paz.....	3.500
Mar del Plata.....	8.000	General Acha.....	2.500
Morcedes.....	18.000	Rioja.....	8.500
Quilmes.....	12.000	Famatina.....	5.000
San José de Flores.....	35.000	Independencia.....	11.233
San Nicolás de los Arro-		Salta.....	20.312
yos.....	19.000	San Juan.....	10.410
San Pedro.....	12.000	Jachal.....	16.000
San Vicente.....	10.000	San Luis.....	9.326
Tandí.....	12.300	Santa Fe.....	35.416
Venticinco de Mayo.....	23.000	Coronela.....	3.900
Zárate.....	17.000	Esperanza.....	8.500
Catamarca.....	15.000	Rosario de Santa Fé... ..	122.156
Córdoba.....	64.462	San Lorenzo.....	3.000
Corrientes.....	18.799	Venado Tuerto.....	3.900
Goya.....	6.000	Santiago del Estero....	15.000
Montecaseros.....	8.029	Tucumán (S. Miguel de).....	50.000
Santo Tomé.....	5.000	Monteros.....	3.500
Formosa.....			7.000

VII

Población, industria, comercio, agricultura y administración.

No ha dejado de crecer la población de la República Argentina desde la guerra de la Independencia. á pesar de las revoluciones y guerras entre centralistas y federales, y de los actos de bandidaje que asolaron repetidas veces ciertas provincias. A fines del régimen español la vasta extensión que hoy es República de la Argentina no debía de tener más de 40.000 habitantes. El censo de 1857 indicaba ya 1.161.000. En 1869 otra enumeración daba un total de 1.837.500 sin contar unos 100.000 indios. Desde aquella época no conocemos censo general, pero según los datos que figuran en la estadística publicada en 1905 por la oficina internacional de la Unión Universal de Correos, la población de la República era de 5.191.000 habitantes en un territorio de 2.806.400 kilómetros cuadrados, lo cual denota gran desproporción entre extensión y habitantes. Las regiones altas de las mesetas andinas, las salinas centrales y los llanos áridos de Patagonia no pueden estar muy poblados, pero la Mesopotamia entre Paraná y Uruguay, las Misiones, los valles y llanuras del Noroeste del macizo de Córdoba, los pastos de la Pampa y las cuencas altas de los ríos que van al Atlántico constituyen una extensión de un millón de kilómetros cuadrados, lo menos, donde podría vivir muy cómodamente un centenar de millones de habitantes. Según el crecimiento natural de las familias, tardará lo menos cuatro siglos en ocurrir esto, pues la mortalidad media llega á los dos tercios de los natiicijos, lo cual sólo vale al país un aumento anual de 50.000 personas.

Desde mediados del siglo xix la inmigración contribuye mucho á acrecentar la población, pues duplica y triplica el aumento en años prósperos. La inmigración, comprendida con más amplitud que en el Brasil (donde los plantadores consideran únicamente la llegada de inmigrantes como aumento de la mano de obra) se considera en la Argentina como un reclutamiento de conciudadanos futuros. Desde 1811, un año antes de que se prohibiera la importación de esclavos á la Argentina, hablaba Rivadavia de atraer la inmigración extranjera «no como aumento de obreros, sino como elemento civilizador». En las primeras décadas no se contó el número de extranjeros que desembar-

caban en las riberas platenses, pero desde 1857 se lleva cuenta de los inmigrantes que llegan á Buenos Aires, ya directamente, ya por Montevideo. De esos datos, resulta que la República se ha enriquecido con un millón de habitantes creadores de familia en la Argentina. Además, millares de viajeros no considerados como inmigrantes, se han quedado allí, y no deben omitirse los colonos chilenos que atraviesan los Andes y constituyen la mayoría de la población cisandina.

Los inmigrantes hacen disminuir la natalidad proporcional, pues son más numerosos los hombres que las mujeres. En Buenos Aires, Santa Fé y Entre Ríos, hay un 20 por 100 más de población masculina. Pero los italianos, que son la mayoría de los inmigrantes, son también aquellos cuyas familias se multiplican más. En ciertos años hay en Buenos Aires más defunciones que natalicios de argentinos. Por eso pierden los hijos del país algo de su fuerza viril, y el crecimiento anual de la nación quedaría muy comprometido, si la mezcla con la sangre extranjera no renovase la raza.

Como en el Brasil, la nacionalidad dominante de los inmigrantes es la italiana, que llega al tercio del total. Luego vienen los españoles y los franceses, los ingleses, los suizos y los alemanes. Los primeros judíos de Rusia, Austria-Hungría y Palestina llegaron á la Argentina en 1891. Como la mayor parte de los extranjeros hablan lenguas neolatinas, se acostumbran fácilmente al idioma nacional. Las nueve décimas son católicos, y una tercera parte es de analfabetos. En cuanto á profesiones, los agricultores, jornaleros y obreros de todas clases, abundan mucho más que los sin oficio definido, y la mayoría de los jóvenes que llegan con la vaga esperanza de hacer fortuna con títulos académicos, tienen que dedicarse al trabajo manual para ganarse el pan. La mayoría se queda en el punto de llegada ó en los alrededores, Buenos Aires, Rosario, Entre Ríos ó Santa Fé. Pero en casi toda la extensión de la República encuentran los europeos clima conveniente, y sólo deben evitar vivir en comarcas semejantes á las que serían peligrosas en el mundo antiguo, como las regiones pantanosas donde hay calenturas y los países recorridos por aguas malsanas, que desarrollan la papera en los ribereños. El tétanos causa una gran mortalidad. La solitaria es muy común en la Argentina, por la costumbre campesina de comer la carne cruda ó poco menos, y el parásito se transmite fácilmente del cuadrúpedo al hombre. La lepra causa algunas víctimas, aunque pocas. Buenos Aires

recibió varias visitas de la fiebre amarilla, importada del Brasil, pero ya hace años que no se propaga dicha enfermedad de los buques á la ciudad, gracias á precauciones sanitarias muy rigurosas. La viruela es la epidemia mas temible, como en Europa antes de la introducción de la vacuna, y la tisis hace tantos estragos en Buenos Aires como en las capitales europeas. En cambio las mesetas de San Juan y el valle de Chubut, poseen un aire tan puro, que no pueden desarrollarse enfermedades del pecho. Mr. Andsou dice que en Patagonia «fallece un hombre cada cien años.»

La agricultura, propiamente dicha, es de origen reciente en la Argentina. Como los habitantes eran poco numerosos en una tierra inmensa llena de ganado, con la matanza de éste les bastaba para vivir. Los argentinos del campo se alimentaban casi exclusivamente de carne y no necesitaban cultivar el terreno. Mataban un buey para comersé la lengua, y ni siquiera se tomaban el trabajo de desollarlo para vender la piel. Los animales vivían al aire libre todo el año, y los propietarios sacaban rentas suficientes vendiendo las pieles, el tasajo y el negro animal, producido por la combustión de los huesos.

El caballo fué el primer animal importado: lo trajo Solís á las riberas del Plata. En 1550, un enviado de Sala, que volvía del Perú, trajo cabras y ovejas, y tras años después, los hermanos Goes, llevaron de San Vicente al Paraguay un toro y ocho vacas. De aquellos animales, oriundos del Sur de España, descienden los que á millones pueblan actualmente la sabanas de las repúblicas platenses. Al hacerse indígena, el buey europeo no ha perdido cualidad alguna, y aquel medio le conviene tan bien como el de origen. El mismo es al Norte que al Sur de la Argentina, en un espacio de 2.000 kilómetros, en el Chaco Septentrional y en los campos de Bahía Blanca. La alzada depende únicamente de la clase de los pastos. Es más chico en los campos áridos y secos de Catamarca; mayor en los ricos prados de Entre Ríos; y la mejor raza es la de Miranda, procedente de Matto Grosso. El mejor terreno es el que abarca á la vez el campo de pasto, el monte para resguardar el ganado, y el bañado en el que puede beber y refrescarse. Se calcula, que en las pampas y en la Mesopotamia un rebaño en buenas condiciones se duplica cada tres años.

Mas crecían aún los *alzados* ó rebaños silvestres en la llanura libre. Los indios no los cazaban para comer. Les preocupaba más el caballo, que habían aprendido á montar; lo sacrificaban

á los dioses y lo comían, y los pehuenches de los Andes no se acostumbraron á la carne de vaca hasta mediados del siglo XIX. Los españoles de la Pampa cazaban los toros para aprovechar la piel. Armados de la media luna los perseguían á caballo y los desjarretaban, ramatándolos después, y los desollaban, tendiendo las pieles sobre estacas. Ahora no se usan prácticas tan bárbaras, y se cría el ganado, domesticado ya, con regularidad. En algunas praderas, defendidas por pantanos, hay algunos toros silvestres, asociados con otros animales que han huido de la autoridad del hombre. Cerca de la desembocadura del Río Negro hay una isla abundante en cañaverales, donde viven cerdos silvestres que, sin aumentar en número, se perpetúan, á pesar de las mareas, que á veces cubren toda la isla, y de las aves de rapiña que los acechan desde las peñas vecinas. Durante algún tiempo, los protegió contra las águilas una vaca extrañada, á la cual llamaban los indios «la madre de los cochinos».

Los potros cerviles ó baguales escasean bastante, y apenas los hay más que en la Patagonia meridional, donde sólo los persiguen algunos cazadores, y como cabalgaduras valen poco. El caballo argentino de origen árabe y variedad andaluza, suele ser dócil, sobrio y resistente, de poca alzada y cabeza gorda. Ahora van rivalizando argentinos y extranjeros en embellecer la raza por el cruzamiento con la sangre árabe. También se crían mulas, sobre todo en la provincia de Córdoba. Antes las exportaban al Perú para el servicio de las minas; ahora las envían á Bolivia y Chile. En la región montañosa se usa el macho, que tiene paso más seguro y más resistente que el caballo, pero todavía no se ha mejorado mucho la raza. Las mulas expedidas á las Mascareñas y á la India, y á las provincias andinas, se crían en las comarcas del litoral.

El carnero contribuye á la principal riqueza pecuaria de la Argentina, y tiene á ocupar el primer lugar. Bajo el régimen colonial la raza había crecido mucho, aunque los ovídeos tuvieran poco valor comercial. Tierra adentro, algunas mujeres calchaquis tejían telas ordinarias con la lana, pero no se comía carne de carnero, y los huesos se utilizaban para hacer cal. España había prohibido la exportación de merinos á sus posesiones de Ultramar, variedad preciosa que no se introdujo hasta después de la independencia. Desde 1830, muchos ganaderos, sobre todo ingleses, han mejorado las variedades indígenas y cruzándolas con las de Europa, han logrado tipos nuevos. La mejor lana es la de las ovejas que pacen en las

provincias del Noroeste. La mejor clase es la del puma del Jujuy, mezcla de carnero y llama, que no se encuentra en ninguna otra parte de la Argentina.

Las demás especies domésticas de Europa han prosperado en la República, aunque no las cuiden; los perros y los gatos, que han vuelto á millares al estado salvaje, los cerdos y cabras, los conejos y las gallináceas de todas clases. El avestruz indígena y el de Africa se han reproducido bien en algunas granjas, pero no se explotan industrialmente como en el Cabo de Buena Esperanza. El gallo es muy hermoso y combate en los reñideros de todos los pueblos. Se le cuida con esmero; se cruzan las variedades para obtener buenos campeones de cresta audaz, mirada viva, plumaje espléndido y espolón cortante, al cual se ata una punta de acero. En los campos se han soltado aves cantoras, como la alondra. Las abejas han dado buen resultado, sobre todo en Entre Ríos, pero quizá fuera preferible utilizar las especies indígenas, que abundan en el Chaco y en Santiago del Estero. Cazadores y meleros indios hacen viajes de días y semanas para descubrir los panales contruidos en agujeros ó colgados de los árboles, y á veces talan bosques enteros. El precioso insecto, perseguido de muerte, tal vez desaparezca antes que se aprenda á disciplinar su labor en colmenas.

El progreso de la Argentina, al utilizar cada vez más el terreno, ha hecho prosperar, á costa de las otras, la cría del carnero. Las estancias de animales con cuernos pertenecen especialmente á argentinos, que siguen las prácticas antiguas, mientras la cría del carnero ha tomado carácter de industria más moderna, dirigida por extranjeros é innovadores. La agricultura, sucediendo á la vida pastoril, representa un nuevo progreso, con la jardinería y el cultivo intensivo. Pero esta evolución no impide que la Mesopotamia argentina, unida con la provincia de Buenos Aires y la República del Uruguay, sea la comarca del mundo que posee más bueyes y caballos, en proporción con el número de habitantes. Por el de ovejas rivaliza con Australia.

Los primeros trabajos agrícolas fueron difíciles. Casi á la fuerza hicieron las primeras plantaciones los habitantes de Entre Ríos, obedeciendo las órdenes del omnipotente Urquiza, pero los indígenas aprovechaban cualquier pretexto para abandonar los campos y volver al pastoreo. Las nuevas condiciones de Europa y del Nuevo Mundo llevaron á cabo la revolución, que tales órdenes no habían logrado realizar. Cuando la

carne, al escasear en los mercados lejanos, subió de precio, hasta en la Mesopotamia argentina se reconoció el valor de la tierra, se la clasificó según los productos, y la agricultura se fué apoderando del terreno laborable. La llegada de cultivadores extranjeros coincidió con las transformaciones económicas de la Argentina y las precipitó.

El trigo y el maíz son los dos cereales que más se cultivan, y cubren más de dos tercios del espacio labrado. La alfalfa se cultiva sobre todo en los regadíos del Oeste y se exporta mucho. Los demás productos vegetales debidos á la labor humana ocupan poca parte del dominio agrícola. La provincia de Buenos Aires es la más rica, y la de Santa Fe ocupa el segundo lugar. Córdoba es la tercera, pero no da más que trigo y patatas, por lo cual, si falta esa cosecha, la ruina es general. Luego vienen Entre Ríos, Mendoza, San Juan, Tucumán, San Luis y Corrientes. En todas partes, menos en las Misiones, hay que temer á la langosta. El rendimiento del trigo es más pequeño que en otros países, pues en Santa Fé, la tierra más fértil de la Pampa, es de 4 ó 5 hectolitros por hectárea.

El cultivo de la caña de azúcar pertenece exclusivamente á la zona subtropical, y se practica en los fondos de valle que forman una faja estrecha desde Orán hasta Tucumán y Santiago del Estero. El cultivo del algodón que daba buenas cosechas, casi está abandonado, pero en la misma zona se cultiva la viña, hasta una altura de 2.000 metros. Los principales viñedos están cerca de San Juan y de Mendoza. La producción anual de vino se calcula en 600.000 hectolitros, y otro tanto se importa del extranjero. Con la uva, la caña y el maíz se fabrican aguardientes. También hay olivares, pero no sirven para fabricar aceite, que se saca de las arachidas, que son otro cultivo argentino. Corrientes da tabaco parecido al del Paraguay, Quinoa, patatas, legumbres y frutas de Europa, son los demás productos notables. Se intentó la sericicultura sin buen resultado, por ser demasiado delicados los trabajos que exigía. Hay algunas colmenas, pero en ciertas provincias se ha prohibido la introducción de abejas por ser perjudicial á los frutales.

Así como los europeos han acabado, poco menos, con los indígenas, y el ganado del Mundo Antiguo va substituyendo en los pastos al primitivo de las Pampas, así también las plantas cultivadas son en general de origen europeo; hasta el maíz, especie americana, representada por variedades de Europa. La flora arborescente exótica ha modificado el aspecto del

país. Melocotoneros, álamos, sauces y eucaliptos han transformado los páramos, y las arboledas han saneado las riberas de los pantanos. Hasta en Patagonia y en las vertientes de los Andes ha cambiado de aspecto la flora silvestre. Los manzanos plantados por los misioneros jesuitas han sobrevivido á éstos y se propagaron espontáneamente, cubriendo vastas extensiones. Cuando llega la estación propicia, la región subandina se llena de indios procedentes de los alrededores, que encuentran allí alimento y bebida, y han aprendido á fabricar una especie de sidra ó *chicha*. Los bosques de manzanos no existen más que cerca de los caminos indios, nunca en el centro de las grandes selvas primitivas.

Varía mucho la división de la propiedad en la Argentina. En ciertos parajes se conserva el régimen antiguo, y en otros, como en el Este, se constituye propiedad medra. En ciertos distritos apartados de Buenos Aires, inmensos dominios pertenecen colectivamente á los miembros dispersos de una sola familia que pueden establecerse en cualquier parte de la propiedad común para que pascen el ganado. En la provincia de Jujuy subsiste un resto de las encomiendas ó servidumbre india. Familias de coyas esclavos han logrado reconquistar su libertad y sus tierras, pero no pueden llamarse emancipados y hay propietario que es realmente dueño de posesiones enormes que abarcan montañas, valles y habitantes de uno á otro horizonte. Algunas llamadas revoluciones políticas del interior no son más que luchas de estancieros que lanzan unos contra otros tropas de vasallos ó inquilinos, los cuales viven miseramente.

Hasta en las provincias orientales, especialmente en la de Buenos Aires, la mayor parte del terreno está dividida en propiedades vastísimas, calculadas en leguas cuadradas, cuyo equivalente medio (aunque varía según las provincias), viene á ser de 27 kilómetros cuadrados. Propiedades tan grandes no podían tener límites exactos. Los rebaños vagaban á cierta distancia de su querencia, y el libre recorrida de los ganados era obstáculo para la iniciativa agrícola. Los colonos tenían que vigilar constantemente cerca de los cultivos, y muchas veces no podían echar al ganado hasta después de devastado el campo, lo cual daba origen á disensiones y luchas violentas entre estancieros y colonos. Estos han acabado por ganar, y los pastos están rodeados por cercas alambradas.

Las primeras colonias fueron fundadas por concesionarios que se comprometían á poblar su territorio en un plazo dado

mediante ciertas ventajas. La dificultad de comunicaciones, la inexperiencia de los cultivadores, la hostilidad de los ganaderos y la envidia causaron numerosos fracasos, pero fueron mayores los éxitos prósperos, y ca la día nacen nuevas colonias. Más de un gran propietario hace medir las tierras, las divide en lotes, las anuncia para la venta, da á la futura población un nombre que suene bien, funda una tienda para que coman al fiado los trabajadores el primer año, y los colonos se comprometen á pagar á plazos. Una ley votada en 1876 dividió los terrenos nacionales en secciones con varios lotes de 100 hectáreas. Los cien primeros colonos de cada sección recibían gratis un lote, y los demás lotes se venían; nadie podía comprar más de cuatro, para evitar que se constituyeran grandes propiedades. En la provincia de Buenos Aires se constituyen centros agrícolas alrededor de las estaciones situadas á 100 kilómetros lo menos de la capital. Así se han formado muchísimos pueblos, y en casi todas estas colonias, la propiedad es estrictamente personal. La forma colectiva de la propiedad existe únicamente entre los alemanes, menonitas, etc., de la orilla derecha del Paraná.

La minería da pocos recursos á la riqueza nacional. En los mejores años, no excede de algunos millones de francos, aunque existan yacimientos muy ricos de oro, plata, cobre y plomo, pero situados en montañas de acceso difícil. La riqueza minera principal es la de los carbones de San Miguel y montes vecinos.

La industria platense está en conjunto poco desarrollada. Los argentinos han estado contentán lose con los oficios necesarios para los trabajos corrientes de alimentación, construcción y vestidos, y todo lo demás lo pedían á Europa y á la América del Norte. Su única industria importante se derivaba de la cría de ganados, preparación de carne, cueros, pelo y cascos. Casi nulo era el aprovechamiento de vegetales para el tejido, que había retrocedido desde que las indias viejas dejaron de tejer sólidas telas. Pero la súbita pobreza ocasionada por quiebras y crisis financieras, obligó á los argentinos á crear fábricas que les eran innecesarias cuando podían comprar en Europa cuanto querían. Ahora abundan cervecerías, betunerías, papelerías y otras fábricas, provistas de maquinaria perfeccionada y de trabajadores expertos.

El comercio argentino, favorecido por la facilidad de los transportes á través de las llanuras, ha crecido asombrosamente durante los últimos años. La nación que más comercia

con la Argentina es la Gran Bretaña, y luego, por orden, vienen Francia, Alemania, Bélgica, el Brasil, los Estados Unidos, Italia y España. La exportación principal consiste en productos animales y agrícolas, y las importaciones en telas, vinos, sustancias alimenticias, máquinas, quincalla, carbón y petróleo. Buenos Aires acapara los dos tercios del comercio exterior.

El movimiento de navegación con el extranjero, incluso el de cabotaje de allende el estuario con Montevideo, Paysandú, y otros puertos de la República Oriental, también ha crecido muchísimo, y hay que añadirle el tráfico considerable que se hace por junto á las riberas y por los ríos. La navegación á vapor es la que más ha aumentado. La Gran Bretaña es la primera por el número de barcos, lo mismo que por el comercio. En importancia le sigue el pabellón nacional, que cubre sobre todo embarcaciones que atraviesan, no el Océano, sino el estuario de Buenos Aires á Montevideo, y crece mucho porque bastantes armadores extranjeros izan la bandera argentina para evitarse las gabelas que pesan sobre los buques extranjeros. Gracias á los ferrocarriles, la orilla oriental de Entre Ríos se ha transformado en inmenso muelle de comercio marítimo. Una Compañía de navegación posee en los ríos una flota de 120 buques.

La primera línea férrea, de Buenos Aires al arrabal sudoccidental de Flores, se construyó en 1852. Los progresos del nuevo sistema de transporte fueron lentos en las regiones platenses, y además eran menos necesarios que en otras partes de América. Gracias á los caminos naturales que hay en las extensiones horizontales de la Pampa, antes de haber vehículos, los viajeros recorrían las soledades acompañados de una tropilla de caballos que seguían á una yegua madrina, cuyas campanillas reunían á la recua en los lugares de descanso. Así se andaban 120 y hasta 150 kilómetros al día, pero para llevar mercancías en mulos y en carretas, no se podían recorrer más de 40 kilómetros, y de noche había que acampar al raso formando barricadas con carros y equipajes para defenderse de los indios. Luego se usaron las diligencias, que tiradas por muchos caballos, pasaban á escape por entre hierbas y cardos, atravesando ríos con agua hasta el cubo de las ruedas.

Pero para el tráfico en grande era necesario el vapor, y el aumento de las vías férreas ha correspondido á los demás progresos. La red de ferrocarriles, en relación con la población, es muy superior á las de los Estados europeos, sin

excluir á Bélgica, aunque con relación al territorio, sea inferior.

La red telegráfica ha aumentado más rápidamente que la ferroviaria, y en cuanto á movimiento postal, el argentino iguala al de los países más comerciales de Europa. La instrucción pública también ha progresado considerablemente, y las tres cuartas partes de los centros de enseñanza son del Estado. Cada provincia tiene su colegio nacional, y Buenos Aires dos. Además hay escuelas normales, dos de agricultura y dos Universidades (Buenos Aires y Córdoba), y una escuela de Minas, la de San Juan. Se publican numerosos periódicos, la mayor parte en Buenos Aires, escritos en los cinco idiomas principales que allí se hablan: español, italiano, francés, inglés y alemán.

La Constitución de la República Argentina, votada por una convención que se reunió en Santa Fé, da al Estado la forma representativa federal. Cada una de las catorce provincias tiene su estatuto propio. En seis de ellas hay dos cámaras (senadores y diputados), y en las otras ocho una legislatura única, pero cada provincia tiene su gobernador ó presidente elegido por determinado período, auxiliado, según ciertas constituciones locales, por un vicegobernador. Votan todos los ciudadanos varones en las elecciones municipales, provinciales y generales. Se han abolido los títulos nobiliarios y prerrogativas de nacimiento. Los extranjeros no naturalizados pueden ejercer cargos concajiles y disfrutan de los derechos civiles de los naturales. Pueden además ejercer profesiones, industrias y comercio, poseer y vender inmuebles, navegar por los ríos, ejercer libremente su culto, testar y casarse según las leyes, y no tienen obligación de nacionalizarse, ni de pagar contribuciones extraordinarias forzosas. Pueden naturalizarse á los dos años de residencia, ó antes, si han prestado servicios eminentes á la República. Los hijos de extranjeros han de elegir nacionalidad á los veintiún años, tanto si quieren conservar la paterna, como si prefieren ser argentinos.

El Congreso nacional, que se reúne en Buenos Aires, comprende dos Cámaras electivas. La de diputados se compone de representantes nombrados directamente por el pueblo de las provincias y de la capital. Los diputados, cuyo cargo dura cuatro años, son reelegibles y cobran retribución. Poseen la iniciativa de las leyes relativas á los impuestos y al reclutamiento. Ante el Senado, constituido en tribunal, ejercen el

derecho de acusación contra el presidente, el vicepresidente, los ministros y los miembros del Tribunal Supremo. El Senado se compone de dos senadores por provincia y dos por Buenos Aires, nombrados por nueve años, y reelegibles. En las provincias los eligen las legislaturas, por mayoría; en Buenos Aires, una Junta electoral. El vicepresidente la República es presidente nato del Senado. Las sesiones duran desde 1.º de Mayo hasta 30 de Septiembre. Pocas veces son las elecciones expresión sincera de la voluntad nacional. Generalmente los notables reúnen á sus clientes, les reparten las candidaturas y los llevan á votar.

Conforme á las ficciones constitucionales, anuladas frecuentemente por las intrigas, las maquinaciones políticas y las revoluciones, elige al presidente y vicepresidente una asamblea de electores, duplo del número de diputados y senadores juntos. La mayoría absoluta decide la elección, valedera por seis años. El presidente, cuyos poderes son análogos al de los Estados Unidos, nombra cinco ministros, que pueden asistir al Congreso y tomar la palabra, pero no votar.

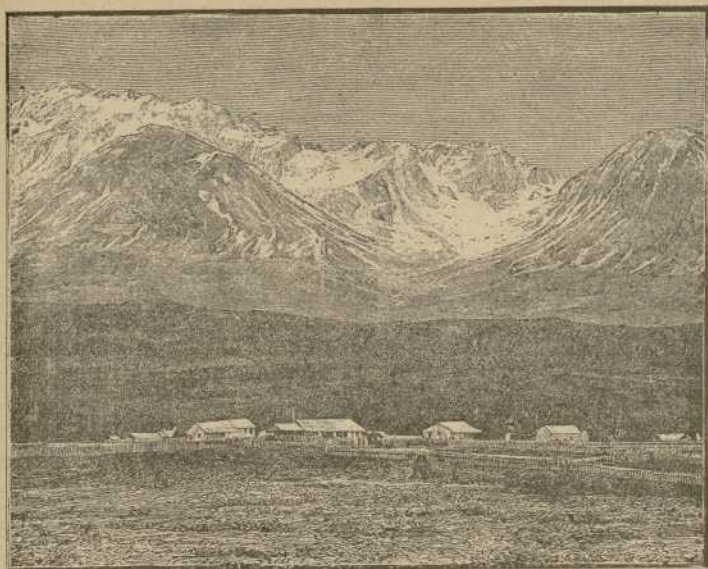
El poder judicial lo ejerce el Tribunal Supremo de justicia, compuesto de nueve jueces y dos fiscales.

Aunque todos los cultos son libres, el Estado retribuye al clero católico, y el territorio se divide en cinco diócesis: arzobispado de Buenos Aires y obispados del Litoral, Córdoba, Cuyo y Salta. El cuerpo eclesiástico se compone de unos 650 curas y 200 frailes de diversas órdenes; los curas son elegibles.

El Ejército en pie de paz se compone de 10.000 hombres y 1.700 oficiales. Es más fuerte que el de Chile, pero menos bien organizado para la ofensiva: tiene exceso de oficialidad con buen sueldo, mientras sargentos y soldados cobran muy poco. La Milicia nacional abarca más de 400.000 hombres: todos los ciudadanos válidos de diez y siete á cuarenta y cinco años. Desde los 45 á los 60 entran en la reserva.

La escuadra consiste en acorazados, torpederos, cañoneros, avisos y transportes, y está tripulada por unos 2.000 marineros.

La Hacienda se encuentra en mal estado. Los gastos son mayores que los ingresos, por lo cual la Deuda crece mucho. Varios arreglos intentados, no han evitado que aumente el *déficit*. El Gobierno se vió alguna vez imposibilitado de pagar el gas del alumbrado en los palacios de la nación. La Hacienda de las provincias no se encuentra en situación más floreciente.



Los Andes Fueguinos. (Dibujo de Veuiller.)

CHILE

I

El país y su exploración.

La República de Chile, la más meridional de la región andina, extiéndese á lo largo del Pacífico por espacio de 4.900 kilómetros en línea recta, ó sea más de la mitad de la distancia que va del cabo de Hornos á Panamá, sin que la anchura del territorio corresponda, ni con mucho, á esta desmesurada longitud. El antiguo Chile, es decir, el territorio de la nación chilena, tal cual era antes de la conquista de las provincias peruanas y bolivianas, estaba to lo él encerrado en la estrecha lengua de tierra que ciñen de un lado los Andes y del otro el Pacífico, llegando su angostura á reducirse, entre los llanos de Patagonia y los archipiélagos del Sur, á las lomas de algunos escarpados y desiertos montes. Un Estado tan largo y tan estrecho no habría podido mantenerse, hallándose en el interior del continente, sin haberse quebrado en muchos pedazos; pues

mucho más unidas están las diferentes partes de la península italiana, también larga y estrecha, aunque no en tan extraordinaria desproporción, y se dividió en diversas naciones, cayendo buena porción de ella en manos de extranjeros.

Pero Chile es una nación donde no se han advertido ni se advierten señales de descomposición ó rompimiento; antes al contrario, se encuentra más fuerte que ninguna otra de las naciones de la América del Sur, lo que sin duda debe á lo unido que su territorio está á la mar, cuyas aguas lamen sus costas, marchando incesantemente de Sur á Norte movidas por la corriente polar, y sirviendo como lazo de unión entre las diversas partes de ella. Los muchos barcos que las surcan, yendo de Valparaíso á los puertos del Norte y volviendo de éstos á aquél, le han hecho cabeza de la largísima costa hacia cuya mitad se halla y de esta suerte se han levantado en sus parajes los cimientos de un Estado marítimo, ni más ni menos como Fenicia y Grecia fueron en lo antiguo extendiendo su dominio por el Mediterráneo, ejemplo que siglos después siguió Venecia en el Adriático, y en nuestro tiempo ha repetido, mejorándolo, la Gran Bretaña, reina de los mares, señora de innumerables colonias extendidas por toda la redondez de la tierra y destinadas á durar lo que el poder marítimo de la madre patria.

Chile es República unitaria poderosamente constituida y con tendencias de engrandecimiento, manifestadas á costa de sus vecinos del Norte, que en 1878 le dieron ocasión para ello. Viendo el Perú que se agotaban sus minas de guano, quiso sacar nuevos tributos de las de salitre, y aconsejó á Bolivia que hiciera lo mismo, lastimando los intereses de muchos comerciantes chilenos que beneficiaban las minas de nitrato. Acudió Chile á la defensa de los suyos, que era gente rica de la aristocracia, y tomando por lema el mote *por la razón ó por la fuerza*, declaró la guerra á Bolivia y al Perú. Venció la armada chilena á la peruana y desembarcó entre Iquique y Arica tropas, que comenzaron una victoriosa pero empeñada campaña, en la que se derramó mucha sangre, sobre todo delante de Tacna y en las líneas de Chorrillos y Miraflores, que defendían á Lima. Por la paz, que impuso el vencedor, quedó Chile dueño absoluto del departamento boliviano de Cobija y del de Tarapacá, perteneciente al Perú, en el que se hallaban las famosas minas de nitrato, origen de la guerra. Además se reservó por diez años la posesión de Tacna, Arica y de todo el territorio de estas poblaciones hasta los Andes. De este modo cruzó Chile

como conquistador aquellos desiertos del Norte que antes, según algunos escritores, consideraba *providencialmente situados* para defenderla de la ambición de sus vecinos de aquel lado, y añadió á su territorio 375.000 kilómetros cuadrados, haciéndole casi doble de lo que era antes, es decir, como vez y media el territorio español de la península. Debía devolver en 1890 el departamento de Tacna mediante un rescate de diez millones de duros, pero tal devolución aun no se ha efectuado.

También se ha ensanchado Chile por el mar (como potencia marítima que es), habiendo ganado algunas isllas del Pacífico: Las de San Ambrosio y San Félix, así como el grupo de las de Juan Fernández, le pertenecen por hallarse cercanas á sus costas; pero además se ha apoderado de la isla de Pascuas y del islote de Sala y Gómez. La isla de Pascuas considerábanla los franceses cosa propia por no estar habitada sino por un francés que allí residía hacia muchos años y por trabajadores tahitianos, que son también súbditos franceses.

Pero por mucho que Chile avante en lo militar y guerrero á las demás naciones sudamericanas, no deja de ser algo peligrosa para el porvenir la vecindad de la Argentina, de la que sólo la separa una línea, todavía mal trazada en los mapas oficiales. La frontera tiene unos 5.000 kilómetros, y en tan dilatada extensión es fácil encontrar mil motivos de discordia que sólo una hábil y prudente diplomacia puede ir evitando. Uno de los principales peligros, que era el reparto de la Tierra del Fuego, ya se ha desvanecido después de haber causado, hasta 1881, no pocas dudas y disputas, porque las dos Repúblicas se decían con mejor derecho que su contraria á la posesión de toda la comarca. Hizose al fin un tratado, según el cual la frontera sigue por la divisoria de aguas entre el Pacífico y el Atlántico hasta el grado 52 de latitud, de donde corre al Este por dicho grado adelante hasta el 70 de longitud Oeste de Greenwich, para seguir aquí por la cumbre de unas montañuelas hasta el cabo Dungeness, peñasco que señala la entrada atlántica del estrecho de Magallanes en su orilla septentrional. En la Tierra del Fuego propiamente dicha vuelve á empezar la frontera en el Cabo del Espíritu Santo, y corre derecha al Sur hasta el estrecho de Beagle, sin apartarse un momento del grado 68°34' Oeste de Greenwich. Todo el archipiélago que está al Sur del canal del Beagle pertenece á Chile y, por tanto, al cabo de Hornos, y las islas de Diego Ramírez, últimas tierras del Nuevo Mundo hacia el Polo Austral, son chilenas. El archipiélago

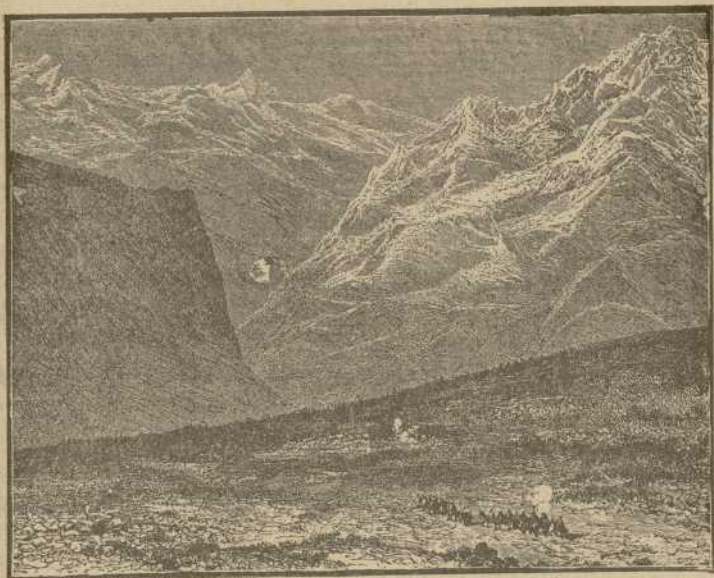
los Estados, situado en la parte de la Tierra del Fuego más adelantada hacia Occidente y último esfuerzo de los Andes, depende de la Argentina. El Estrecho del Magallanes se considera neutral y abierto á los barcos de todas las naciones, habiéndose comprometido ambas Repúblicas á no levantar en él obra militar alguna que pueda amenazar la libertad de la navegación.

En lo que atañe á la raya que pasa por los Andes, puede interpretarse de diversos modos el texto del tratado, porque dice que seguirá por las más altas cumbres de los montes por donde va la divisoria de las aguas, y como aquélla y ésta se apartan en muchos sitios, han de ofrecerse graves y numerosas dudas. Sirva de ejemplo el caso del Aconcagua, en el que si se toma por frontera la dicha línea que pasa por las cumbres más altas, quedará sirviendo de mojón entre las dos naciones; pero si se sigue la divisoria de las aguas, todo aquel gran monte estará en territorio argentino. Para la limitación de la frontera nombra cada República dos delegados, y entre los dos eligen otro que decida aquellos casos en que estuviesen divididos por igual los pareceres, debiendo acudir las dos naciones al arbitraje de una potencia amiga si sobreviniese desacuerdo grave. A pesar de estas precauciones, muchas veces han estado Chile y la Argentina á á punto de venir á las manos y han hecho aprestos guerreros, alianzas secretas y proyectos de conquista.

El Brasil, la Argentina y Colombia son Estados más populosos que Chile; de modo que éste viene á ser el cuarto de la América Meridional por la población. Esta población aumenta mucho en todas las provincias, pero sobre todo en las del centro, en las que están la capital y Valparaíso, y cuyos habitantes viven de la agricultura. Las provincias del Norte, conquistadas á Bolivia y el Perú, tienen la décima parte de pobladores, y la parte del Sur, de Chiloé al cabo de Hornos, está casi desierta.

De todas las naciones de los Andes, la de territorio mejor explorado es Chile. Fueron descubiertas sus costas después de las del mismo continente bañadas por el Atlántico, pero el hallazgo del largo y torcido estrecho que las corta por el Mediodía excedió mucho en importancia á cuantos se habían hecho. El famoso Magallanes, su descubridor, no podía pararse á mirar detenidamente las orillas de aquel dilatadísimo pasadizo por donde se comunicaban dos mares; y continuó su maravilloso viaje de circunnavegación, engolfándose en las soledades del

inmenso mar á que llamó Pacífico. Loaísa, que le siguió, tampoco pudo hacerlo, aunque en aquellos parajes le detuvieron meses las nieves, nieblas y tormentas. Sólo uno de sus barcos, arrojado por los vientos hacia el Sur al salir por la boca Oriental del Estrecho, llegó hasta un sitio que le pareció el fin de las tierras, y que probablemente era alguna de las islas meridionales del archipiélago magallánico. Otro buque, mandado por Guevara, hizo rumbo al Norte y fué á parar á la Nueva España, pero sin haber visto las costas de la América del Sur. Por



Un camino en los Andes chilenos. (Dibujo de Riou.)

último, cuando Alonso de Camargo reconoció todo el litoral, desde el Estrecho hasta Arequipa, ya habían comenzado á llegar á Chile por tierra los españoles en dirección contraria.

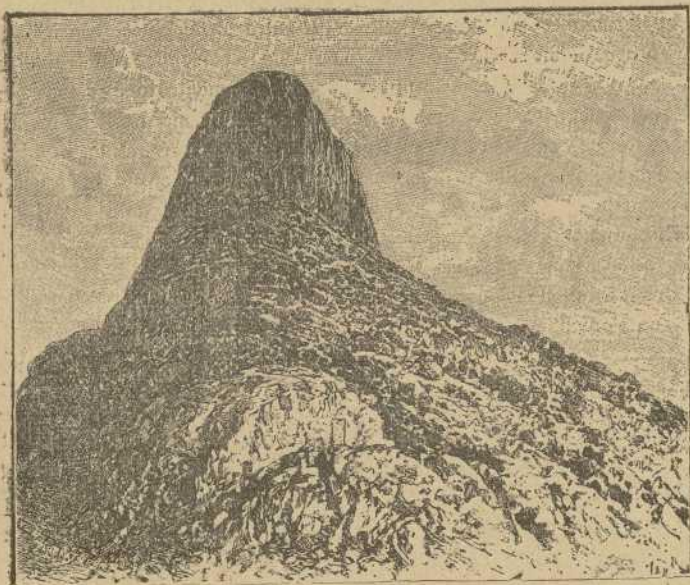
En 1534 concedió el rey de España, en feudo, á Diego de Almagro, la comarca de Nueva Toledo, al Sur del Perú, para que la conquistase y poblase. Esta Nueva Toledo era la tierra que los quechuas denominaban *Chili*, voz que en su lengua quería decir, á lo que parece, *Frio*, y que ha prevalecido sobre las demás con que se quiso designar el feudo de Almagro, porque verdaderamente la tierra de Chile, comparada con la del Perú, es templada y en algunos meses del año fría. Almagro

comenzó la empresa en 1535, y marchó por la meseta hasta que, dando un rodeo hacia el Este para castigar á los indios de la muerte dada á unos españoles enviados suyos, cruzó los Andes por uno de los parajes más altos de la Cordillera y entró en las dilatadísimas tierras cuya conquista le estaba encomendada, parándose á descansar en Copayapu, llamada Copiapó por los españoles, cuyos pobladores, por ser súbditos de los incas, no osaron resistir viendo á Almagro acompañado de un hermano de Manco-Capac. Mandóles éste que entregasen sus tesoros, y ellos lo hicieron muy dócilmente. El conquistador siguió hasta más abajo de Coquimbo y después envió á Gómez de Alvarado con 80 jinetes á que explorase la tierra hacia el Sur. Volvió éste á los tres meses, habiendo llegado á una comarca donde la gente se vestía de pieles de focas y llovía muchísimo. Quizá se detuvo en el río Maule y no pasó más allá, porque del otro lado estaban los grandes bosques poblados de indios valerosos, no domeñados por los quechuas, y que hubiesen resistido por la fuerza de las armas á los intrusos. Como no encontraron oro, volviéronse los españoles al Perú, caminando por la costa en las soledades de Atacama y Tarapacá. Todas las expediciones que siguieron á la de Almagro tomaron uno de los caminos recorridos por la primera.

La empresa comenzada por Almagro la continuó en 1540 Pedro de Valdivia, el cual, adelantándose más que él hacia el Sur, fundó la ciudad de Santiago, que vino á ser capital del reino de Chile y ahora lo es de la República. Desde allí fué adelantando hasta el Biobio, donde los conquistadores encontraron hombres resueltos que les detuvieron. Al principio pudieron fundar algunos fortines y aun ciudades, pero los naturales les movieron una incesante guerra de sorpresas y batallas, que al cabo les obligó á volverse, dejando que la selva cubriese nuevamente el sitio en que se levantaron las recién fundadas poblaciones. Por más de tres siglos quedó cerrada la Araucanía á los viajeros; los españoles, dejándola á la espalda, siguieron al Sur de ella la conquista de las costas chilenas, y después de muerto Valdivia á manos de los araucanos, su sucesor, García Hurtado de Mendoza, desembarcó en la isla de Chiloé acompañado del poeta Alonso de Ercilla, quien escribía en los troncos de los árboles sus épicos versos. En este mismo año de 1558 en que esto sucedía, entraba Ladrilleros en el estrecho de Magallanes para estudiar las corrientes que lo cruzan. Decía el vulgo que el agua corría en aquellos parajes de

Oriente á Occidente como un río, pero Ladrilleros vió que la común opinión andaba equivocada y que no había tal corriente, navegando con varios rumbos del mar del Sur al mar del Norte.

Más allá de Chiloé, donde se fundó en 1566 la población de Castro, no se pobló ninguna otra, y los documentos españoles continuaron por más de dos siglos señalan lo en aquellos sitios el fin de la cristiandad. En una isla del archipiélago de Magallanes, cerca del paralelo 49, se perdió la expedición del piloto



Isla de Juan Fernández. Monte Selkirk. (Dibujo de Tailor.)

Fernando Gallego; pero tuvo mejor suerte Juan Fernández, quien habiéndose engolfado mucho para evitar en un viaje del Callao á Valparaíso, los vientos costeros que soplan del Sur, descubrió las islas de su nombre, que luego fueron de bastante provecho á los navegantes como lugar de escala y aguada.

Estos y otros descubrimientos de los marinos españoles quedaban casi ignorados, pero de los que hicieron los corsarios ingleses pronto hubo noticia en todo el mundo. Estaba ya casi olvidada la gran empresa de la circunnavegación del globo por Magallanes y Elcano; decían los españoles que la ruta seguida por aquellos insignes navegantes se había perdido; conta-

ba Ercilla en la Araucana, que una isla, empujada por la furia del mar y de los vientos, había cerrado el Estrecho; y el gobierno español fomentaba esta ignorancia prohibiendo á los capitanes que navegaban en el mar del Sur tomar á bordo marinos extranjeros para que las puertas del inmenso Océano, que cubre la mitad del mundo, siguiesen desconocidas. Pero Francisco Drake, pirata inglés que se proponía correr las costas españolas del Pacífico, encontró en 1578, la boca del Estrecho, le cruzó con toda felicidad, y empujado hacia el polo Sur á la salida, descubrió la parte occidental del último archipiélago de América, ya descubierto del lado de Oriente por Hoces. Hizo el mayor saco que ningún otro corsario del mundo ha hecho: pasó á las Molucas, dobló el cabo de Buena Esperanza, y acabó su viaje al rededor del mundo, lleno de riquezas y cubierto de gloria.

No tan famoso, pero sí mucho más útil, fué el viaje de Sarmiento de Gamboa al estrecho de Magallanes el año siguiente. Este famosísimo piloto adelantóse á todos los de su tiempo en haber estudiado con verdadera ciencia las comarcas que visitó. Tomó tierra en el archipiélago de Magallanes junto á la extensa isla Madre de Dios, vió con mucho cuidado todas las otras que se interponen entre ella y el Estrecho, estudiando los diversos canales, bahías y caletas de la costa, averiguando su situación astronómica, sondando el mar, midiendo las montañas y observando la marcha de los vientos y de las corrientes y de los movimientos de las mareas. En cierta ocasión en que navegaba en el Estrecho de Magallanes, vió en sueños levantarse delante de él una grande y populosa ciudad, con altas torres y cúpulas, y creyendo que aquella visión era manifestación expresa de la voluntad de Dios que le mandaba poblar las vecinas tierras, salió de Cádiz en 1584 con regular armada para cumplir aquel mandato. Aunque sólo llegó al Estrecho con un barco, por haberse perdido los otros, fundó dos ciudades, una, á que llamó Nombre de Jesús, junto á la entrada oriental, y otra hacia la mitad del camino entre ambos mares, en la costa de una larga península que acaba en el cabo de Froward. Denominó á ésta San Felipe y la pobló con 400 personas, de las cuales 30 eran mujeres, poniendo grandes esperanzas en ella porque la destinaba á guardar el paso del Atlántico al Pacífico, impidiendo que le cruzaran corsarios como Drake. Pero tuvo la desgracia de no poder socorrerla con víveres en mucho tiempo, aunque para ello hizo tales diligencias como

de un hombre de sus grandes ánimos se podía esperar. Los granos que se llevaron de España se habían perdido, y los patagones tenían sitiada la ciudad, quedando los habitantes reducidos á vivir de la pesca, de la que se sustentaron miserablemente tres años, al cabo de los cuales murió el último de ellos. Cuando el pirata Cavendish, que en pos de Drake fué á aquellas aguas, llegó á San Felipe, sólo encontró ruinas y algunos cadáveres hechos momias por el frío. Llamóla Puerto del Hambre, nombre que le ha quedado. El de Sarmiento pasó á una gran montaña que se levanta al Mediodía del Estrecho en una península oriental de la Tierra del Fuego.

Siguieron á los españoles en estos mares los corsarios ingleses y holandeses Mahu, Cordes, Sebastián de Werth y Oiverio Van Noort, los cuales apenas se cuidaron gran cosa de reconocer aquellos mares y costas, de tal suerte, que aunque Hoces y Drake habían llegado, subiendo hasta el polo Antártico, al fin de las tierras, aún se creía, un siglo después del viaje de Magallanes, que la Tierra del Fuego era parte de un continente polar. Isaac Lemaire, mercader de Amsterdam, que no daba crédito al común sentir y pensaba que por aquella parte debía haber un mar, mandó en 1615 dos barcos á descubrirlo, dando el mando de uno de ellos á su hijo Jacob Lemaire, y el otro á Schouten. Perdióse uno de los barcos, pero el otro llegó á un paraje en que cruzaban el Océano grandes olas que venían del Sudocoste y donde vieron infinidad de ballenas, por cuyas señales conocieron hallarse en un paso en que se juntaban las aguas de los dos mares, y que efectivamente era el que luego se llamó Estrecho de Lemaire. Dejaron á Oriente la larga isla de los Estados, que les pareció perteneciente al continente austral, remontáronse mucho al Sur para doblar el cabo de Hornos, al cual también creyeron situado en la misma Tierra del Fuego, y navegaron por el Pacífico hasta la altura del Estrecho de Magallanes, desde donde hicieron rumbo á las Molucas. Allí los prendieron sus compatriotas los holandeses y les embargaron el buque en castigo de haber navegado por el mar del Sur, infringiendo el privilegio que tenía la Compañía de las Indias.

Luego que se supo el descubrimiento de aquel nuevo camino por los holandeses, propusieron los españoles averiguar si podrían cerrarlo, y dieron esta comisión al piloto Nodal, quien reconoció con sumo cuidado y verdadero interés las costas de la Tierra del Fuego y el nuevo Estrecho, dando la vuelta á la isla y al archipiélago y siendo de parecer que no podía defen-

derse el paso con ninguna suerte de fortaleza. El almirante holandés L'Hermite le cruzó en 1624 con una armada que llevaba á la conquista de Chile y del Perú. En este viaje no ganó muchos laureles, pero hizo algunos buenos servicios á la Geografía descubriendo el golfo de Nassau y averiguando que el cabo de Hornos (Hoorn) está en un grupo de islas, á las que dejó su nombre, el cual los españoles han cambiado por Ermita. Otro marino holandés, llamado Hendrik Brower, descubrió también que la Tierra de los Estados era isla, y desde entonces quedaron sabiendo los marinos, pescadores y corsarios que en aquellas latitudes se juntan en dilatadísima extensión las aguas del Atlántico á las del Pacífico. De los franceses, sólo un tal Marcant tuvo parte en estos descubrimientos. Pasó en 1713 por el Estrecho de Magallanes con rumbo á la costa occidental de América: pero en vez de seguir por el *Long Reach*, que es el veradero camino, torció á un lado, metiéndose en el llamado Bárbara, del nombre de su barco.

Ya por aquel tiempo tenían los jesuitas recorrido todo el reino de Chile y habían trazado de él mapas mucho más verdaderos que los que hicieron los primeros navegantes y descubridores, siendo el mejor de todos el publicado por el misionero Ovalle en Roma (año de 1646), que Sansón de Abbeville copió diez años después. Otros frailes habían cruzado los Andes, fundando misiones entre los patagones de la vertiente oriental, de las que encontró ruinas Basilio Villarino, explorador del río Negro, al llegar, en 1782, á las orillas del lago Nahuel Huapi. Cuando los jesuitas salieron de Chile, expulsados por Carlos III, lleváronse documentos geográficos preciosos, muchos de los cuales sirvieron á Ignacio de Molina para publicar en Bolonia algunos libros sobre Chile, en los que puede verse lo que era este reino y lo conocido que estaba á fines del siglo xviii, antes de la revolución social y política de los comienzos del siglo xix. El padre Feuillée, francés, fijó en los primeros años de aquel siglo la longitud de las costas de Chile, y la posición que las señaló ha sido reconocida como muy cercana á la verdadera por los marinos de varias naciones que en estos cálculos han entendido.

Deseaba la Gran Bretaña comerciar con las antiguas provincias españolas, con las que antes no podía hacerlo, y mandó á las costas meridionales de América la memorable expedición de King y Fitz Roy, en la que iba el naturalista Darwin, muy joven entonces y desconocido. Duró aquel viaje diez años (de

1826 á 1833), inaugurando una nueva era geográfica en aquellas costas, para las que fué lo que fueron los itinerarios de Humboldt y Bonpland en el otro extremo del continente. Los marinos del *Adventure* y del *Beagle* hicieron el trazado de las tierras magallánicas sin omitir el pormenor más pequeño: descubrieron al Sur de la Tierra del Fuego el notabilísimo *fiord*, á que llamaron canal del *Beagle*, semejante á un ancho río y que corre rodeado de ventisqueros entre la Tierra del Fuego y los archipiélagos del Sur; exploraron todos los brazos sin salida que tiene el Estrecho, como son los de Otway, Water y Skyring Water, y también los canales de Smith, de Messier y otros muchos de los que al Norte de la entrada occidental de dicho paso se interponen entre las infinitas islas de dicha parte ya visitadas por Sarmiento. Pasado Chiloé y Reloncaví, nada tuvieron que enmendar al diseño de las costas, que en aquella latitud son muy conocidas; pero Fitz Roy y Darwin pusieron los fundamentos al estudio de la geología del litoral, alteraciones del suelo, meteorología, flora, fauna y todos los demás fenómenos de la vida del globo.

Signiéronles en estas tareas otros muchos sabios. Los hermanos Philippi estudiaron con más cuidado que nadie la geología y la historia natural del desierto de Atacama y de las regiones meridionales de la República. Claudio Gay estudió la historia física y política de Chile y escribió la historia de los trabajos científicos de otros sabios, dejándonos una obra muy importante, que se puede denominar enciclopedia chilena. Entre otros muchos viajeros que han escrito obras que tratan de esta nación, merecen ser especialmente citados el geólogo Domeyko, el geodesta Moesta, el astrónomo Gillis y muy por cima de todos el cartógrafo Pissis, á quien principalmente se debe que sea Chile la República hispano americana, cuyo territorio está representado en los mapas con mayor fidelidad. Los trabajos de triangulación los empezó en 1848 y los continuó diez y seis años, pudiendo trazar con ellos un mapa de la escala de 250.000 que comprende más de 10 grados de latitud desde Caldera, en la frontera de Bolivia, hasta el río Cautín ó Imperial, al Mediodía de la Araucanía, puntos que limitan la región más populosa de Chile, en la que están los puertos principales, las minas y los ferrocarriles. A este primer mapa se han hecho después muchas enmiendas, de que tenía suma necesidad, y todos los años se le añade lo que se va estudiando y trazando de las provincias del Norte ganadas á Bolivia y el Perú, y de

los archipiélagos de la Tierra del Fuego. La Dirección de Hidrografía de Chile comenzó á publicar mapas del litoral en 1875, ayudando los marinos chilenos á los de los Estados Unidos y de otras naciones en la gran obra del conocimiento de las costas. En la bahía de Orange, no lejos del archipiélago de Hoorn, desembarcaron en 1882 unos sabios franceses, á quienes el buque *Romanche* condujo á aquellos parajes para estudiar el paso de Venus, y los cuales, en los ratos de ocio que sus tareas les dejaron, determinaron con toda exactitud el laberinto de estrechos, canales y *fjords* vecinos, y estudiaron la historia natural y la etnología de la comarca.

II

Montañas de Chile.

El larguísimo espacio ocupado por el territorio chileno, desde la frontera peruana hasta el término del continente por el Sur ó, mejor dicho, hasta la aislada montaña del cabo de Hornos, está todo él levantado por los diversos estribos de los Andes, sin otra interrupción en tan desmesurada longitud que los estrechos *fjords* que le cortan al Sur ó antiguos brazos de mar, hoy secos.

Levántase la Cordillera sobre las campiñas ribereñas á unos 100 kilómetros del litoral, y al Norte de Tacna hace una curva para acomodarse á la dirección de la costa. Las rocas volcánicas del Perú entran en Chile, dominando el ancho lomo formado por el borde de la meseta diversos volcanes, el primero de los cuales es el Candarave (4.800 metros) ó Totupaca, por cuyas laderas corren, de un lado un torrente que baja hacia el Pacífico, y del opuesto otro que va á morir al río Maure, de Bolivia. De esta montaña sale humo, y tiene azufrales que dejan en el cráter inmensos depósitos de azufre. Después de ella vienen otras de blancos picos ceñidos cada uno por un collar de nieve que cubre los barrancos de la cumbre y alimenta las fuentes del río Tacna y del Maure, principal afluente del Desaguadero, siendo la más alta la llamada Tacora (6.017 metros), con la que compite el cerro Chipicani, también nevado, y que con ella guarda de la parte del Norte el puerto de Guailillas ó Huailillas (4.495 metros). Este puerto es muy seguido por los caminantes y desde él descubre la vista las desnudas cimas de

las montañas, semejantes á olas, salpicadas de la blancura de la nieve y en algunos sitios coronadas de pequeños penachos de humo escapado de las grietas de las peñas. Unos 300 metros más abajo y hacia Oriente se encuentra la divisoria de las aguas. Desde ella, mirando al Sudoeste, se ve levantarse, ya en tierra de Bolivia, el solitario y humeante pico de Sahama ó Sajama, de 6.415 metros de altura, y dentro de la de Chile, en el verdadero cuerpo de la sierra, el Pomarapé (6.250 metros), ostentando también un penacho de vapores. Al Mediodía está el Parinacota (6.376 metros), al que separa el lago Chungarra de la sierra que sustenta al Gualatieri (Huallatiri), montaña de 6.000 metros, colocada, como al Norte el Sahama y al Sur el Isluga ó Is'uya (5.300 metros), algo á espaldas de la cadena que sirve de borde á la meseta. Los indios dicen que del Isluga salen grandes ruidos.

Al llegar á este sitio pártense los Andes en dos órdenes de montes, entre los cuales se esconden unas hoyas de suelo llano que fueron quizá lagos en otro tiempo, y á las que ahora llaman *pampas*, siendo una de ellas la de Huasco y la otra la de Chacarilla, ambas á una altura de 3.850 á 3.860 metros sobre el mar. El óvalo de montañas que las rodea se levanta, más que por ninguna otra parte, por la de Oriente, donde dominan los nevados de Iquima (6.175 metros) y de Toroni (6.500). La sierra occidental llega á su mayor altura en el Tata Yachura (5.182 metros) y el Yabricoya, que son casi iguales, y baja al Este de Iquique, de unos 4.160 metros de alto, extendiéndose para formar lo que en España y en la América española se llama una meseta. Ésta es el primer tramo exterior de la cadena oriental, denominada en esta parte sierra de Sililica, y en la que se encuentran los picos más altos y los volcanes cuyos cráteres siguen arrojando fuego, como son el Tua, el Chalo ó Chela, el Olca, el Miño, cerros de 5.000 á 5.300 metros de alto, y el Ollagua (5.590 metros). Además de estos respiraderos de las lavas y vapores que hierven bajo la cadena oriental, hay el volcán de San Pedro, situado en un estribo de la parte occidental de ésta, el cual, así como los demás antes citados, no se levantan sobre el lomo de la misma sierra, sino á derecha ó á izquierda de ella, muy desordenadamente. El más alto de todos los de esta parte de los Andes es el Aucasquilucha ó Aucaquilcha (6.170 metros), cerro solitario del territorio boliviano que domina la región de las salinas.

Los dilatados y desiertos llanos y los áridos barrancos que

circundan á estos nevados y volcanes, han tenido apartados de ellos á muchos viajeros, y por eso únicamente de lejos y de los puertos que á sus pies se abren les han visto, contentándose con averiguar sus nombres, medirlos ó calcular su altura, pero sin atreverse á subir á las cumbres. No hay más excepción que la del Ollagua (5.885 metros), el cual debe este privilegio á la circunstancia de pasar á sus pies el ferrocarril de Antofagasta á Huanchaca. Un ingeniero de esta línea, llamado Hans Berger, tuvo la curiosidad de intentar la empresa en 1880. Hasta la altura de 4.700 metros pudo subir en mula, pero la cuesta se fué haciendo tan escarpada que se vió obligado á apearse y á caminar á pie con sumo trabajo por arenales y pedregales, cruzando después unos barrancos llenos de nieve hasta el borde del cráter, que en su parte más baja está á 350 metros de los picachos culminantes de la montaña. Estos son cinco, y en ninguno de ellos se ve agujero para la salida del humo y de las lavas. Tampoco tiene el cráter la forma de copa á que deben el nombre estas bocas de los volcanes, habiéndose formado del cruce de muchas grietas y agujeros en que se abre el suelo por todas partes, y de los que salen con grandes ruidos y silbidos chorros de vapor de agua y de azufre. Amontónanse en torno de estas bocas unos cristales amarillos, pero más adelante, cuando dejan de arrojar azufre, se cubrirán de nieve cristalina, como ha sucedido á los azufrales que hay en la ladera de la montaña. Más abajo se ven otras grietas ya cerradas, entre ellas la de Porunna, que está en un cerrillo levantado sólo á 350 metros sobre la Pampa. En rededor del monte se advierten señales de antiguos ventisqueros, pregonando que el clima de aquella parte de América fué en otro tiempo más lluvioso que ahora.

La sierra principal, en la que están todos los respiraderos volcánicos, corre al Sur del volcán de Ollagua, primero de Norte á Mediodía y luego al Sudoeste, para unirse en la latitud de Copiapó á la otra cordillera de los Andes, juntando los estribos que en dirección convergente cortan el desierto de Atacama desde las mesetas al Océano. Sirve de pedestal esta sierra á más de 30 cumbres redondeadas que en otro tiempo fueron volcanes, y todas las cuales tienen más de 5.000 metros de altura, siendo las más nombradas de ellas los cerros de Atacama, Licancaur, Toconado, Huascar, Tumisa y Socaira, dispuestos por este orden á muy cortas distancias unos de otros. A derecha y á izquierda de la Cordillera hay otros montes de origen

ígneo, levantándose entre las salinas del Este, á 6.370 metros sobre el mar, el pico culminante del volcán de Antopalla, y del lado del Oeste aparecen cubiertos de nieve sobre uno de los tramos exteriores de la meseta el Socompoz (5.980 metros), el Guanaquero y el Llullaillaco (6 600). A pesar de la gran altura á que llegan estos montes, pues uno ó dos de ellos aventajan al Chimborazo, son poco conocidos, y sólo por suposiciones se sabe que no tienen grandes escabrosidades y que, por tanto, los viajeros podrían caminar por ellos sin mucha dificultad. El único obstáculo de alguna consideración es la falta de agua, pues aquel suelo es tan poroso, que toda la que en él vierten las nubes se filtra en seguida. Al Licancaur subió hasta la altura de 5.400 metros, quedando á 400 de la cúspide, el viajero Steinmann, quien halló á dicha altura restos de viviendas humanas, y creyó ver vestigios de un sendero que continuaba subiendo hasta la cumbre. Toda la región de Atacama hasta el mar está cortada de sierras dispuestas paralelamente de Norte á Sur, de las que arrancan nudos y estribos caprichosos y de mucha altura, llegando, aun los que se acercan al Pacífico, á más de 2.000 metros, de lo que son ejemplo el Trigo (2.673 metros) y el cerro Negro, más adentro, junto á Antofagasta (3.343). Los montes de los Caracoles, así llamados de los amnomitas que contienen, pasan de 3 000 metros.

Adelantándose á la línea de la costa se destaca gallardamente la sierra de Mejillones, que acaba al Sur en un cerro de 1.264 metros, y que, al unirse al continente, forma con éste la bahía de Mejillones de la parte del Norte, y de la opuesta la de Jorge ó de Chimba. El llano que se extiende á espaldas de la sierra, de una á otra bahía, es sin duda alguna el fondo de un mar que no ha mucho quedó en seco. Las capas más hondas que descansan sobre la roca dura contienen otra muy gruesa de sílice, formada casi toda ella de restos de infusorios, «squinos y corales. Sobre este sílice hay una calíza de conchas, yesos y montones de sal gema, y encima de todo arenas cubiertas de conchas de almejas y de otros animales semejantes á los que se encuentran en los mares vecinos.

Los primeros cerros de notable altura que hay en los Andes, dentro de los antiguos límites de Chile, son el del Juncal (5.342 metros) y el de Doña Inés (5.560), al Sudoeste del anterior. Muy cerca de ambos y al Mediodía de ellos se encuentra el nudo de montañas donde vienen á juntarse las varias ramas en que la Cordillera se ha dividido anteriormente, unas del lado

de Atacama y otras del de Bolivia y la Argentina, dejando entre sí dilatados llanos que son fondos de otros tantos antiguos lagos. Como la humedad del clima es mayor en estos parajes, las montañas y mesetas están más corroídas por las aguas, las cuales han abierto en ellas cañadas y circos, y en la vertiente oriental tramos que bajan hacia los llanos argentinos, y sobre los que se levantan otras tantas sierras. En las áridas mesetas del Norte, los montes apenas sobresalen de ellas lo bastante para merecer este nombre, mientras que al Sur, merced á la labor de las aguas, se destacan notablemente el Cerro Azul, el Cerro Peinado, el Cerro Muerto y el Cerro Bravo.

La faja de tierra ocupada por Chile (no contando las comarcas conquistadas hace poco) está cortada, á pesar de su estrechez, por dos grandes sierras, que son la de los Andes y la de la costa, y por un largo valle que entre ambas se interpone y que en su parte Norte cruzan algunos estribos transversales. En el Sur este valle se estrecha mucho hasta quedar reducido á una cañada ó callejón tortuoso, pero llano, que va bajando poco á poco hacia el mar. Primero le cubren muchos lagos pequeños, y luego, acercándose al Pacífico, entra en éste, convirtiéndose en una especie de seno ó albufera que más adelante viene á ser larguísimo estrecho abierto entre las islas del archipiélago de Magallanes, continuador de la sierra de la costa, y la cordillera de los Andes, cuyos pies baña. Dicha Cordillera de la costa es mucho menos alta que los Andes, y en muchos sitios no llega siquiera á serlo tanto como los estribos transversales; pero se nota que las mayores elevaciones de la una corresponden á las de la otra, viéndose que frente á los puntos culminantes de los Andes, que están entre los grados 32 y 34 de latitud meridional, se levantan también las mayores alturas de la sierra costera.

De las dos cordilleras, la más vieja es la menor, siendo sus rodeadas montañuelas, en las provincias del Norte y Centro, de granito y otras rocas cristalinas. En las del Sur, sus cimientos son de micasquistos y de estratos terciarios, á que llaman *cuncuyus* los chilenos, y que del lado del mar descansan sobre aquéllas. Las islas que por el Meliolla sirven de continuación á esta sierra son también de los tiempos primitivos ó paleozoicos. Las rocas que componen la Cordillera de los Andes son más recientes, apareciendo como principales los pórfidos metamórficos del período secundario, representados en algunas partes por margas, calizas y areniscas. En otras salen

á la superficie, rompiendo las capas que las cubren, las rocas volcánicas, como son las traquitas y las lavas modernas. El suelo del valle que se extiende entre las dos cadenas de montes lo forman capas lacustres de la edad terciaria, semejantes á las que riega el Desaguadero en Bolivia y al desierto de Atacama, es decir, areniscas y arcillas cubiertas por las peñas y casquijos arrancados á los Andes por los aluviones y torrentes. Es terreno en que se hallan pocos fósiles, pero sí huellas de antiguos vegetales, y entre el lodo de que están llenos los huecos de las piedras de la superficie se han encontrado huesos del mastodonte de los Andes. En la región septentrional apenas se conoce la existencia de este gran surco que separa á las dos cordilleras, pero se han encontrado señales de él en las sierrezuelas que van de la una á la otra.

El nudo de montes en que se juntan los de Atacama, Bolivia y la Argentina está dominado por el cerro de Copiapó (5.000 metros), llamado volcán, y en rededor del cual hay efectivamente grandes depósitos de azufre. Más al Sur, la Cordillera se extiende en forma de meseta, sobre la que se levantan muy poco las montañas, y cruzada por puertos cuya travesía es muy peligrosa, porque por su mucha extensión exponen largo tiempo al viajero al rigor de las tempestades. El puerto que va de la comarca de Famatina (República Argentina), rica por sus minas, á Copiapó, en Chile, llámase el Portezuelo ó Come Caballos (4.426 metros), por los muchos que en él perecen. Le cruzan muchos viajeros. Hay también senderos que salvan la Cordillera más al Mediodía por Pulido y Piedras Negras, y éstos se diferencian de los caminos principales en que están más pendientes y alargan bastante el viaje. La vista goza de pocos encantos, no teniendo otra cosa en que fijarse que los amontonamientos de piedras caídas de lo alto, los negruzcos picachos cónicos, rayados por la blancura de la nieve, y que sólo aventajan algunos cientos de metros al lomo de la sierra. Sólo en lo más hondo de algunas cañadas crece la hierba entre lagunas salitrosas, cuya superficie, después de endurecida, parece blanca como la nieve. A lo largo de los caminos encuéntranse esqueletos de animales y cruces de madera que señalan el sitio donde perecieron los caminantes, señales de lo peligrosa que es la travesía de las *pumpas de la Cordillera* en invierno, es decir, de Mayo á Noviembre, y más aún en los confines de las estaciones, porque entonces descargan cuando menos se espera fortísimas tormentas, tras las cuales sobreviene

luego un intensísimo frío, del que no puede guarecerse el viajero en parte alguna, faltándole á veces hasta una peña en que abrigarse. En verano los cruzan sin mucho daño los arrieros de Catamarca y Rioja, los mejores de la Argentina, y pasan de su tierra á la de Chile, llevando grandes recuas de caballos y mulos, que venden á los mineros de esta República.

Después de pasado el Cerro del Cobre, la Cordillera no cambia gran cosa si no es en la disposición y magnitud de sus estribos, pues los del lado oriental ó argentino, que hasta aquí eran los más extensos, comienzan á ser más cortos, mientras los del lado opuesto se levantan á mayor altura. Uno de éstos arranca del nudo de las Tres Cruces (4 669 metros), se encamina hacia el mar con el nombre de Doña Ana y muere en la costa entre las cuencas del Huasco y del Coquimbo con el de Monte Pajonal (2.048 metros). Las sierras que cruzan el valle tendido de una á otra sierra entre los otros ríos que corren más al Mediodía, no llegan á esta altura, y los mismos Andes se humillan considerablemente, pues en ellos se abre á 3.645 metros el puerto de Azufre, mucho más bajo que los otros de la Cordillera, á pesar de lo cual es de muy poco pasaje por ser oblicuos á éste los valles en que empieza y acaba. Tampoco en ningún otro sitio es tan corta la distancia de los Andes al mar, pues al Sur del puerto del Azufre no pasa de 10 kilómetros en línea recta, y queda reducida á 38 si la contamos sólo hasta las llanuras de acarreo por donde discurre el río Illapel. Del lado opuesto siguen el mismo rumbo los Andes que la Cordillera, triplicando la anchura de la región montañosa, otras sierras menores. De allí á poco vuélvense los Andes al Sudeste y crecen hasta sobreponerse á los mayores montes que, viniendo del Norte, se encuentran en toda aquella Cordillera, pues el Mercedario, por cuya cumbre pasa la frontera argentina, alcanza, según Pissis, la considerable altura de 6.793 metros, aventajando al Chimborazo, al Huascán, al Illimani y al Sahama, pero siendo á su vez aventajado por otro gran cerro vecino, que es el Aconcagua, el más alto de América, pues tiene cerca de 7 000 metros. Al Sudeste del Mercedario hay otros montes llamados por Güssfeldt «Nudo de la Ramada», y que pasan también de 6.000 metros.

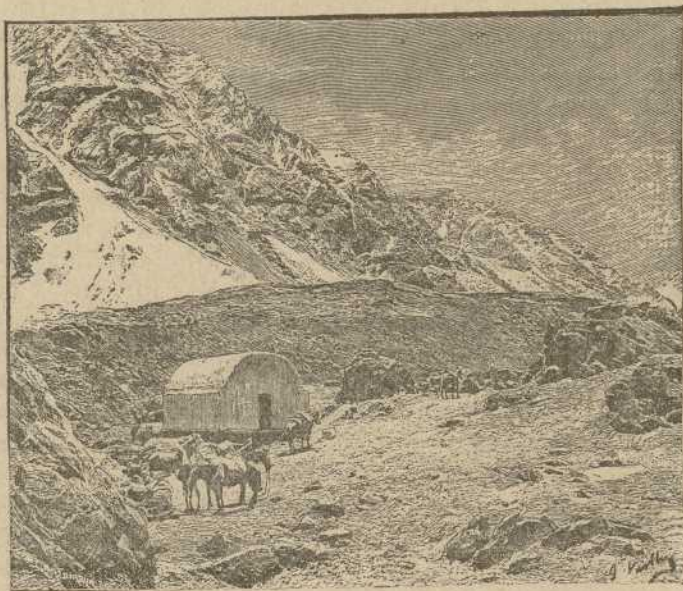
Aunque el Aconcagua levanta sus dos agigantadas cumbres á 150 kilómetros de la costa, se la ve desde el mar, y á veces aparece destacándose en lo azul del firmamento sin nubes que le encubran. Rodéanle otros muchos montes cortados por tor-

tuosas cañadas, sobre todas las cuales se yergue unos 2.000 metros. Hasta llegar á la base de este gran cono, que hace de cabeza de la montaña, la subida es trabajosa; luego encuéntrase un ventisquero de bastante anchura, cortado de grandes grietas, que á molo de banda atraviesan las fal las del Oeste y del Noroeste, pero no muy difícil de cruzar, y más arriba escarpadas laderas, casi limpias de nieve, en las que las principales dificultades que se oponen á la subida son, la sutileza del aire y la brevedad con que se forman las tormentas. Güssfeldt intentó dos veces en 1833 llegar á la cúspide, pero tuvo que detenerse á 6 560 metros, es decir, 400 antes de llegar á ella. Muchos chilenos creen que el Aconcagua es volcán, pero no tienen ninguna razón para pensarlo, porque es todo de rocas porfidicas sin señal alguna de cráter, cenizas ni lavas.

Entre el Nudo de la Ramada y el Aconcagua ábrese el Boquete de Valle Hermoso (3 565 metros), denominado también de los Patos, del nombre del río á que bajan las aguas de sus laderas. Pocos caminantes se atreven á cruzar las montañas por esta apartada vía, pero en 1817 le pasó San Martín con un ejército, tomando de revés á las tropas españolas que más al Sur, junto al puerto de la Cumbre, le esperaban. A esta marcha se debió la victoria que poco después lograron los partidarios de la Independencia sobre las tropas leales á España. El paso ordinariamente seguido por los viajeros, y en el que pronto se construirá una vía férrea, conócese, del lado de Chile, con el nombre de Paso la Cumbre, y del de la Argentina, con el Paso de Uspallata, de una población cercana. Algunos le dominan también de Cumbre Iglesia, para no confundirlo con otro 150 metros más alto que al Sur transpone la montaña y que en invierno prefieren los arrieros porque suele tener menos nieve. Según Güssfeldt, dicho paso de Cumbre Iglesia, por bajo del cual se abrirá el túnel del ferrocarril, se encuentra á 3.760 metros sobre el nivel del mar. El camino es cómodo, pues va subiendo por tramos y á lo largo de él encuéntrase casuchas donde los peones camineros guardan sus herramientas y los viajeros se guarecen de las tempestades. Cuando se llega á lo alto, después de haber caminado sobre tierra suelta, encuéntrase cerrado el horizonte por desnudas laderas de las montañas, menos por el Mediodía, por donde se descubren los ventisqueros. La hora preferida para esta jornada es la mañana, antes de las diez, porque á partir de esta hora comienza á soplar un viento muy fuerte. En la vertiente chilena, y escon-

dida entre negras peñas de pórfido, está la laguna del Inca, de verdosas aguas, que al parecer no tienen ninguna salita, pero de la cual provienen probablemente los hermosos manantiales que brotan más abajo, cerca de las primeras viviendas, después de haber cruzado bajo los restos de canchales que junto á la orilla Sur de la laguna y en la negra garganta llamada Slató del Soldado se encuentran.

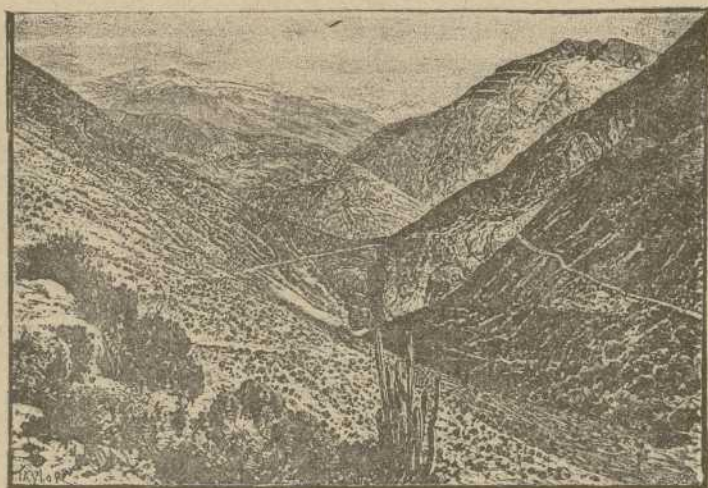
Uno de los montes más famosos de Chile es el Juncal, que



Casucha del Portillo en el Paso de la Cumbre. (Dibujo de Veuiller.)

se levanta sobre la misma línea divisoria entre aquella República y la comarca de Cuyo, á la que podríamos llamar el Piemonte argentino. No llega á los 6.000 metros, pero es de importancia, porque de él se desprende el estribo que encaminándose al Oeste y al Noroeste, viene á formar la loma de Chacabuco (1.256 metros), la cual cierra por el Norte la llanura del centro de Chile, donde se halla Santiago. Tras el Juncal viene el Tupungatí, que tiene 6.178 metros y la cumbre cubierta de nieve. A sus pies, por la parte del Sur, cruza la cadena el Portillo de los Pluquenes, así llamado de una especie de gramínea que cubre las laderas de las montañas vecinas y las orillas de

una lagunita situada en la vertiente chilena. Otros le llaman Portezuelo de San José, del nombre de un volcán apagado que hay al Sur. Este volcán tiene un cráter medio desmoronado que se abre hacia Occidente (6.096 metros), en el cual, cierto terremoto ocurrido en 1843 abrió una gran brecha, derribando una de sus pareles y sembrando de escombros un espacio «de más de tres leguas», según Barros Arana. De las nieves del cráter mana un arroyuelo que va á juntarse, saltando muchas cascadas, al río Maipó, el cual baja de otro volcán, al que debe el nombre. Este volcán está tan apagado como el de San José, pues no se guarda tradición alguna de que haya vomitado fue-



Subida á la cumbre en el sitio llamado «El salto del soldado». (Dibujo de Taylor.)

go ó cenizas. [Es un cono de 5 384 metros de alto y suaves laderas, que aparece casi solitario sobre el ancho lomo de la Cordillera, acabando en dos picos. La circunferencia del cráter llega á tres kilómetros. Está lleno de nieve y se inclina hacia Oriente, dominando unos 2.000 metros al lago Diamante, de cuyas verdes aguas se forma principalmente el río argentino así llamado. En 1883 subió Güssfeldt á la cumbre, y por él sabemos que desde allí extiéndese la vista sobre cerros cenicientos de la parte de Chile y negruzcos de la de la Argentina, cortando unos y otros en varios sitios pequeños ventisqueros y descubriéndose en la inmensidad del horizonte el verdor de algunos trozos de vegetación. Al Este corre de Norte á Sur una sierra

1.500 metros más baja, y al Mediodía del monte pasa el puerto de Maipó (3.473 metros), por el que se cruza la Cordillera transponiendo una eminencia casi imperceptible, mientras que algo más al Mediodía no hay otro camino que el llamado, según Güssfeldt, travesía de la Peña, bastante más alto que el de Maipó, pues sube hasta 4 110 metros. Pasa sobre una cuchilla de cortadas vertientes, desde la que se descubre el volcán de Overo (4.740 metros), situado al Sur, fuera de territorio chileno, y cubierto de negras lavas y pardas cenizas, sin otra blan-



El Juncal. (Dibujo de Taylor.)

cura que la del ventisquero que como una banda baja de la cumbre.

En esta región suele tomar la nieve una extraña forma, á que dan el nombre de *nieve penitente*, y que consiste en quedar una parte de aquélla, después de derretida la otra por el viento y el sol, formando unas figuras de encapuchados que de lejos semejan frailes. Las partes cristalinas del hielo no se derriten ni evaporan, sino que se extienden de mil extraños modos, descubriendo en muchos sitios entre sus picachos, tan altos á veces como un hombre, el negro suelo. Güssfeldt ha dado noticia de un notable ventisquero que hay en la misma latitud del

volcán Overo, pero dentro de tierra de Chile, en un valle lateral ceñido por dos montañas paralelas á la Cordillera. Baja hasta la región cultivada, y en sus nieves tiene origen el torrente de los Cipreses, pues ellas le dan las aguas de las fuentes de la Vida y de la Muerte, que principalmente le engruesan. Este torrente únese más adelante al Cachapoal, y en 1832 salía de los hielos á 1.910 metros de altura. Pero los naturales enseñan un peñasco á 1.730 metros y refieren que treinta años antes llegaba á aquel sitio la punta del ventisquero, dicho que confirma Pissis diciendo que en 1860 bajaba aquél á 1.785 metros. En el verano de 1878 se desmoronó buena parte de él, con lo cual quedaron en libertad las aguas de un lago que tenía sujetas, y entrando todas en el Cachapoal, le hicieron salir de madre y anegar los campos vecinos. En las peñas de la montaña que dominan el ventisquero se ven algunas inscripciones.

En la cordillera principal ábrense muchos cráteres, comenzando por el Tinguiririca (4.478 metros), cuya redondeada boca no ha dado señales de vida en los tiempos históricos, y al que siguen el de Las Damas y el Peteroa (3.635 metros), los que, al decir de algunos, arrojaron llamas en 1762 y en 1837. El vecino puerto de Las Damas llámase así desde que el astrónomo Souillac, que anduvo por aquellos parajes, dijo, ponderando la comodidad de la cuesta, que hasta para damas era la cosa más fácil del mundo subirla á pie. No mueren en él todas las plantas, y su altura es probablemente de 3.000 metros. Junto al volcán de Peteroa pasa el puerto de Planchón (3.023), por el que muchas veces entraban los indios en Chile, trayendo á esta nación, para venderlo, el ganado robado á los argentinos. Seguramente será de gran importancia para el comercio el día en que estén poblados los llanos de San Rafael (Argentina), ó si, como opinan muchos ingenieros, atendiendo á que se halla en la misma latitud que Buenos Aires, se hace pasar por él una carretera y un ferrocarril.

En torno del Descabezado (3.838 metros), volcán que está más al Sur de los anteriores, hay otros volcanes hoy apagados, pero con señales de que en pasados tiempos ardieron, todos los cuales forman un más que regular nudo de montañas, situado en territorio chileno, dentro también de la cuenca del Maule, cuyo caudal en mucha parte se nutre de sus ventisqueros y nieves y de las lagunas de sus cañadas más altas. También está apagado desde tiempo inmemorial un solitario cerro á que

llaman de las Yeguas (3.457 metros), y que ahora, en vez de arrojar fuego, está cubierto de nieve, como otros dos que á Oriente y á Sudoeste de él se ven y que llevan los nombres de Cerro del Campanario (3.672 metros) el primero, y Nevado de Longavi (3.207) el segundo. Como en estos parajes hace mucho más frío que en los descritos anteriormente, notándose una temperatura media más baja, y además la humedad de la atmósfera es muchísimo mayor, encuéntrase más nieve en las montañas. Por las faldas meridional y oriental del Nevado de Chillán, cerro que tal vez no llegue á 3.000 metros y que está entre los grados 36 y 37 de latitud, baja un dilatado ventiquero que ninguna erupción ha podido derretir, según se advierte en el orden que guardan las capas de hielo y cenizas que en su interior se encuentran mezcladas. Vese allí que á la ceniza caída sobre la nieve ha venido á sobreponerse en invierno otra capa de aquélla, y en las muchas excavaciones que se han hecho se ha hallado siempre el mismo orden. El volcán tiene cuatro picos, el Viejo, el Encarnado, el Blanco y el Negro, de los que han bajado ríos de lava hasta 40 kilómetros de extensión, y en sus laderas manan fuentes termales de muy diversas aguas, azufrales, etc. De 1861 á 1865, el Nevado de Chillán estuvo arrojando continuamente bombas de escorias, y un alud de cieno que también expelió detuvo las aguas del río de Chillán y mató con sus ácidos casi todos los peces que en éste había. Casi la misma altura que este volcán tiene el de Antuco (2.735 metros) que á unos 100 kilómetros adelante hacia el Sur se alza dentro de Chile, pero separa lo de la frontera sólo por un valle largo y estrecho, casi todo lleno por las aguas del lago de la Laja, de frondosas márgenes y origen del río de la Laja, uno de los que forman el Biobío. Siempre ha dado el Antuco algunas señales de vida, tales como azuadas humaredas, que se desvanecían en lo azul del firmamento; pero no hay noticia de que haya hecho daño, lo cual aún con mayor razón puede asegurarse de los que le siguen, que son el Trilope, el Callaqui, el Lonquimai, y el Llama ó Imperial (3.010 metros), porque éstos parecen apagados del todo. Ninguno, si no es el Imperial, llega á 3.000 metros. Los puertos de esta parte de la cordillera son bastante llanos. El de Antuco, que pasa junto al volcán al Mediodía de éste, tiene, según Domeyco, sólo 2.100 metros de alto, y como las cuestas no son grandes, ni la nieve dura todo el año, la travesía es tan fácil, que los indios le pasaban en cualquier estación. En opinión de muchos, este puerto sería

preferible á cualquier otro para abrir comunicaci3n por ferrocarril entre la Bahía Blanca, en la Argentina, y el Sur de Chile; pero algunos prefieren el puerto que pasa al Mediodía del Llaima, al que llaman el Paso de los Andes, como si fuese sin disputa el mejor y principal de todos.

La cordillera sigue sosteniéndose á la misma altura de 2.500 á 3.000 metros á Oriente de las provincias del Sur de Chile, siendo uno de los montes más notables el volcán de Villa Rica, que desde 1640 ha tenido varias erupciones y que aún arroja unos vapores que de noche son rojizos. Este volcán llega á 2.840 metros. El Riñihue y el Payehue ó el Puntiguelo que le siguen, también pasan del límite de las nieves perpetuas, que en estos parajes desciende á 1.500 metros; y el Osorno que ha dado algunas muestras de vida en 1839 y 1869, no pasa de 2.300 metros. Después del lago de Llanquihue, hay otro cerro á que llaman Volcán de Cabulco, pero que no ha tenido nunca cráter. De todas las montañas de esta comarca que separa la parte continental de Chile de la de ríos y *fiords* de la Tierra de Magallanes, la más alta es el Tronador (2.894 metros), así llamada de los grandes ruidos que hacen los aludes de nieve y hielo que ruedan por sus laderas hasta el fondo de los valles. Unos colonos alemanes establecidos en el Sur de Chile hallaron en 1856 el paso que corta la cadena conduciendo al gran lago del Tigre ó Nahuel-Huapi, de cuyas aguas se forma uno de los ríos que son origen del Negro. Llamándole boquete de Pérez Rosales, está á 838 metros de altura, y sin duda le conocieron (como á otros cercanos al Tronador) los jesuitas, pues tuvieron misiones en una isla del Nahuel-Huapi. Al Sur de esta cortadura encuéntrase la que viene á ser continuación del estrechísimo *fiord* de Reloncaví, primero de los que cortan el suelo chileno, paso no menos angosto que el *fiord* y al que el obscuro verdor de las plantas que cubren las laderas de los montes dan sombría y terrible apariencia.

Después del Tronador, todavía hace la cordillera una dilatadísima curva de 12 grados, pero ni en ella ni en ninguno de sus estribos se vuelven á ver montes que, por la altura, puedan compararse á los del Norte y Centro. Los más altos son: el volcán de Yate ó Yebcan (2.124 metros), que domina el mencionado *fiord* de Reloncaví; el Hornopiren, al cual subió en 1872 el naturalista Downtown, y que sólo llega á 1.610; el Michinmavida ó Chayapiren, que sube á 2.420 metros, y tras éste, caminando hacia el Sur, el Chana, el Corcovado y el

Millimoia (Melimoyu), que con poca diferencia viene á alcanzar la misma altura. Sobre la isla de la Magdalena se levanta el Motalat ó Mentalat (1 660 metros), no siendo la isla otra cosa que la base de un monte, y rodeándola un foso en todo semejante al de un gran castillo. Estas montañas de la costa, más que verdadera cordillera, son una cadena de montes apenas eslabonados unos á otros. Con sólo que el continente bajase unos cientos de metros, quedarían cambiados en islas como la de la Magdalena. Están mal estudiadas y se dice que son volcanes, pero no hay noticias de que hayan arrojado fuego, humo ó cenizas, ni se guarda tradición alguna que hable de ello. Únicamente del Michiamavida ha dicho Darwin que en 1835 despidió llamas. La más alta montaña de esta parte del sistema andino hasta ahora medida, es el San Valetín, situado junto al istmo de la península de Taytao. Tiene 3 876 metros, pero en las cartas marinas apenas se encuentra señalada alguna otra que llegue á los 2.500. En compensación de la altura que las falta, ha dado con mano pródiga la Naturaleza á estas sierras escarpadísimas laderas, variedad de transparentes lagos, en que se miran las peñas de los montes, pobladísimas selvas, perpetuamente lozanas, y blancas y abundantísimas nieves que, al bajar por las cañadas y gargantas, forman dilatados ventisqueros. A cada pico daban los patagones ó tehuelches un nombre en su lengua, pero la mayor parte han quedado ignorados, substituyéndolos los europeos con otros tomados de marinos famosos que navegaron en aquellas aguas, tales como Fitzroy, Stokes, Payne, Burney, Ladrilleros y otros semejantes, hasta el fin de la parte continental de la cordillera, que está en el cabo Frowardy, á cuyos pies se une con el del Pacífico el brazo del Estrecho de Magallanes que viene del Atlántico.

III

Costas é islas de Chile.

Hasta el Sur de las montañuelas de Chacabuco, entre Santiago y Valparaíso, no se aparta por completo de la Cordillera de los Andes la Sierra de la Costa. Es ésta de muy duras y escarpadas peñas y ásperos aunque numerosos pasos, que en otro tiempo fueron canales por donde se derramaron en el Océano las aguas de los lagos del continente. Al Sudeste de

Valparaíso se encrespa tanto, que uno de sus picos, el monte Colliguai, llega á 2.230 metros, pero después baja mucho y ya no hay en toda ella ningún cerro de parecida magnitud, y las mismas montañas graníticas de Nahuelbuta ó del Gran Tigre, que corren á lo largo del litoral de la Araucanía, quedan en 1.500 metros. La cordillera Pelada y otras eminencias de la costa, que siguen al Mediodía, formadas de micasquistos y de canchagua (arenisca terciaria), sólo llegan á 600 metros, con la única excepción de un pico que sube hasta 860. La vertiente que cae al mar ofrece á la vista redondeadas cumbres y peladas laderas de triste y monótona apariencia, y en muchas partes visibles señales de los grandes bancos que, en opinión de Pöppig, Darwin y otros sabios, fueron, cuando se hallaban más bajos, playas en que venían á morir las olas del Océano, las cuales dejaron la superficie de cada uno de aquellos tramos tan llanos como hoy se ven, y que á los ojos de los naturalistas son indicios de haber llegado el mar en otro tiempo á una altura de muchos cientos de metros mayor de la que ahora tiene, ó de haberse levantado desde el fondo de las aguas aquellas tierras. También dan testimonio de estas mudanzas los bancos de conchas modernas, es decir, semejantes á las que se hallan en el vecino Océano, y que cubren por completo algunos de los tramos hoy en seco. Pero en los que hay en las laderas de los montes á la salida de los valles, puede ser que no haya tenido parte alguna el agua del mar y si las corrientes de los ríos, que por abrirse paso en la barrera que les oponían las montañuelas de la costa, han removido y derrumbado algunas partes de ellas. También hay quien piensa que los depósitos de conchas no son obra de las aguas del mar ni prueba de que éstas llegasen á tales alturas ó de que los montes hayan salido de ellas) sino desperdicios de cocina (*kjökenmöddinger* dicen los sabios, de los indios araucanos, chilotas y chonos, quienes acostumbraban á abrir cerca del mar grandes zanjas que llenaban de mariscos y luego las cubrían de piedras muy calientes, hierba y tierra. Llamaban *curantos* á estos hoyos, de los que se han encontrado muchísimos. Sea esta opinión la verdadera ó sea la antes referida, lo cierto es que no en todas partes se ha levantado por igual la costa, pues en una de las islas de los Chonos ha visto Filiberto Germain un bosque sumergido, lo que prueba que por lo menos en aquella parte ha habido hundimiento en vez de levantamiento.

También anda muy dividido el parecer de los geólogos sobre

las mudanzas, no lentas como las mencionadas, sino repentinas, de las costas chilenas. Los mayores terremotos que ha habido en Chile fueron los de 1822, 1835 y 1837, y se sintieron en la bahía de la Concepción, que por la latitud corresponde á los volcanes de Chillán y Antuco. Del primero dijeron todos los naturales, según cuenta María Graham, que levantó la costa toda de Valparaíso y que alejó de ella el mar unas 100 millas. Fitzroy y Darwin vieron en 1835 que, en efecto, se había levantado la costa de la bahía de la Concepción, hallando que en la ciudad había de un nivel á otro metro y medio, y en la isla de Santa María dos metros y medio en la punta del Sur y tres en la del Norte, á cuya vista calcularon que de aquel solo paraje había salido del agua una cantidad de tierra de peso igual al de 363 millones de pirámides como la de Chéops. Pero poco á poco volvieron las cosas á su antiguo estado, desapareciendo en cuatro meses las huellas de aquel gran levantamiento.

Al Sur de la península de Llanquihue, separada del continente por el canal de Chacao, extiéndose la isla de Chiloé, cuyo nombre quiere decir «perteneciente á Chile» (*Chili-hue*), siéndolo verdaderamente, pues con toda claridad se advierte que lo continúa hacia el polo Antártico, viéndose desde el mar el golfo que se interpone entre la isla y las montañas de los Andes, pero no el canal, con lo que más se confirma la idea de ser una prolongación de la tierra firme. Lo mismo que en ésta, la parte más alta es la que mira á Occidente, por donde corre, muy cerca al mar, una cadena de montañuelas, continuación de la costa chilena. Son muy escarpadas y su altura es de 600 á 700 metros. El cerro más alto está al Sur de la isla (975 metros). De dicha serrezuela va bajando el terreno hacia Oriente hasta caer en llanos que á su vez corresponden al valle central de Chile, y por último en islotes, de que está lleno el Estrecho, como están llenos de montecillos los campos de los alrededores de Santiago. Hasta 120 islas se encuentran en el grupo de Chiloé, pero todavía son muchas más las del archipiélago de los Chonos, que se pueden decir innumerables y que un laberinto de canales y estrechos divide en varios grupos. En los mapas vese que aquéllas pasan de mil; pero atendiendo á la estructura de todas y al orden que guardan, fácilmente se viene en conocimiento de que toda la tierra de los Chonos y la península de Taytao son una sola península rota en muchas partes por el mar y separada de la Patagonia por el canal de Moraleda. Puede comparársela á un gran dique ruinoso, desmoronado en

muchas partes, de 350 kilómetros de largo por 100 de ancho en su mayor latitud y unido á tierra por un istmo no muy consistente, pues hacia su mitad se abre un lago separado sólo de los golfos que le estrechan por dos delgadas lenguas de tierras de acarreo, únicos lazos que existen entre la península de Taytao y el monte de San Valentín. Lo más alto de la tierra de los Chonos es el monte Encinas (1.200 metros), pico culminante del principal nudo de montañas.

El mencionado lago es una de las mayores curiosidades de la costa chilena. Llámase de San Rafael, y por sus aguas adelante entra un gran ventisquero de hasta 100 metros de altura sobre ellas, y que viene por la orilla oriental después de recorrer un largo callejón de negras rocas, en comparación de las cuales aún parecen más resplandecientes de lo que son las blancas nieves de sus heladas agujas. El ventisquero deslízase por el fondo del lago á 200 metros de profundidad, hasta que por ser menos pesado que el agua que le rodea se levanta y deshace, cayendo de lo alto con gran ruido, que retumba en aquellos montes, gruesos témpanos, algunos de más de 30 metros de alto, que unos tras otros flotan en la corriente que los arrastra hacia el río de los Témpanos, desagüero del lago, del que pasan al golfo de los Elefantes, donde pronto se derriiten, mezclando sus aguas dulces con las salobres del Pacífico. Los guijarros y fango arrastrados por el ventisquero van reneliando el lago, al que ya han separado del mar, pues con aquellos mismos materiales forman el istmo de Ofqui, que es una faja de tierra muy baja, situada al Mediodía, y por la cual se extiende otro ventisquero mayor, nacido en los mismos montes que el de San Rafael. El misionero García, que en 1766 descubrió este lago, cruzó el istmo que separa los golfos de Elefantes y Estéban, el cual fácilmente podría cortarse hoy abriéndolo á la navegación.

Doblase la península de Taytao hacia el Sudoeste, de un modo que su forma tiene algún parecido con la pata de un cangrejo, y tras ella, yendo hacia el polo Antártico, no se encuentra ninguna isla en 100 kilómetros; pero pasado este espacio, vuelve á estar la costa guarnecida de archipiélagos de infinitas islas. El primero es el de Wellington, separado de la Tierra de Magallanes por el Estrecho de Messier al principio, y más adelante por un canal muy largo y estrecho, al que de ambos lados aprisionan altísimas paredes de granito ó escarpadas peñas de esquistos, de pavorosa y magnífica apariencia, prin-

cialmente en ciertos pasajes, como son los English Narrows, donde queda reducido á una angostura de 100 metros, ó en el recodo de la isla Saumárez. En estos callejones entran y salen las mareas con la fuerza y la prisa de la corriente de un caudaloso río, y los barcos mayores parecen, comparados con estas inmensas moles, pequeñísimos insectos. El archipiélago acaba con un descomunal peñasco (1.700 metros), al que por sus cúpulas y campanarios labrados por el tiempo y engalanados por la nieve con blancas cornisas y festones llaman la Catedral. Por los trabajos de los marinos del buque alemán *Albatros* y del hidrógrafo chileno Serrano se averiguó que muchas de las partes de las islas de Wellington estaban separadas en varias islillas por pequeños estrechos hasta entonces ignorados, descubriéndose además un canal interior mucho menos peligroso que el de Messier. Parecido resultado han tenido las expediciones de otros marinos á los archipiélagos Madre de Dios, Duque de York, Hanover y Reina Adelaida, en todos los cuales se han hallado nuevas islas conforme han penetrado los navegantes en los *fiords* escondidos entre las montañas de la costa, sospechándose también que muchas tierras que se cuentan como penínsulas no lo son verdaderamente por estar el supuesto istmo cortado por algún estrecho hasta hoy invisible. Estos *fiords* son muy hondos, habiendo en algunos de ellos más agua que en alta mar, como sucede en el canal de Moraleda, al Este del archipiélago de los Chonos, donde Simpson encontró fondos de 140 á 320 metros; pero esta rara circunstancia perjudica mucho más que favorece á los buques que por aquellos sitios buscan refugio contra la furia de las olas, pues á diárras penas encuentran fondeadero.

Comienza la Tierra del Fuego en el cabo Pílares ó Deseado (535 metro), á cuyos pies se estrellan furiosas las olas que entran en la boca occidental del estrecho de Magallanes, del que aquél parece ser guardián, así como es termino de una larga isla denominada por los marinos *Tierra de la Desolación*, con lo que viene á haber en América dos de tan triste nombre: una al Norte y otra al Sur del continente. Después de esta isla vienen rodeadas de infinitos islotes, las de Santa Inés y Clarence, y, por último, la Tierra del Fuego propiamente dicha, última del Nuevo Mundo hacia el Polo y la mayor isla de cuantas hay en aquellos mares, pues tiene 50.000 kilómetros cuadrados. Aunque su nombre hace pensar en volcanes, lavas y cenizas, no se conocen en ella; de modo que más la conviene

el de *Tierra de Humos*, que Magallanes le puso, y que, según cuentan, mudó Carlos V en el de *Tierra del Fuego*, alegando que sin fuego no hay humo. Aquellas humaredas que el ilustre descubridor veía arrastrarse por los campos eran quizá señales que los naturales se hacían unos á otros anunciándoles la novedad de la llegada de una gente desconocida que navegaba en unos barcos muy grandes, y debían encajar muy bien bajo el cielo nebuloso, en el melancólico paisaje de la húmeda costa, siempre batida por las olas del Océano Polar.

Las mismas zonas que se encuentran en el continente americano cuando se camina de Oriente á Occidente, se encuentran en la Tierra del Fuego, aunque en menor proporción. Las costas del Oeste y del Mediodía son continuación de los Andes, y por eso tienen montes escarpados y nevados, de donde bajan ventisqueros á los escondidos valles, y largas penínsulas de recortado litoral, separadas por estrechas bahías y rías, y profundísimos *fjords*. De las montañas, una de las primeras, viniendo del Norte, es el monte Sarmiento (2.020 metros), cubierto de espeso y oscuro bosque hasta la octava parte de su altura, y de allí para arriba de inmensa cantidad de nieve, que baja por sus cañadas cambiada en tortuosos ventisqueros. En sus altas y verticales laderas no se encuentran señales de fuego volcánico. Por una orilla del canal del Beagle corre una sierra bautizada con el nombre de otro famoso explorador de todos estos parajes, el inglés Darwin, la cual, junto á la frontera argentina, se levanta en el monte Francés hasta 2.150 metros, bajando, después de pasada aquélla, á 1.318 metros que tiene otro monte y á 500 en los Tres Hermanos, don le acaba el continente. En la Tierra de los Estados, los Andes hacen un postrer esfuerzo irguiendo á mayor altura sus últimos y enriscados peñascos.

Detrás de estas montañas, formadas de rocas cristalinas, extiéndense los campos y montañuelas de la parte central de la Tierra del Fuego, cubiertos de una continuada selva, siempre verde, la que va aclarando hacia el Norte y el Este, es decir, hacia el Atlántico, hasta mostrarse los árboles espaciados como en un parque, y por último acabarse del todo cerca del Estrecho de Magallanes y del Atlántico, donde aparece una gran llanura terciaria, sin árbol ni arbusto, reducida Patagonia que se adelanta sobre el mar, dominándole con derrumbaderos y hondos barrancos que el oleaje roe por la base, arrancándoles escombros con que acule á rellenar los huecos de la

costa. No puede ser mayor la oposición entre la costa del Pacífico y ésta, pues al resquebrajamiento y retorcimiento de la una, tan grandes, que la línea que sigue todas sus revueltas es diez veces mayor que la del litoral, se opone al otro lado una ligera curva que sin ninguna interrupción va del Estrecho de Magallanes al de Lemaire. Las islas é islotes separados de la Tierra del Fuego por el angosto canal de Beagle, tales como Hoste, Navarino, archipiélago de Wollaston y cabo de Hornos, son lo más alto de las mesetas y cerros que por debajo del agua del Océano Antártico y á una gran profundidad se enlazan al último trozo de los Andés, cuyo término puede ponerse en el negro risco del cabo de Hornos, que sobre las olas descuella á 150 metros de altura.

Tiene Chile en el Pacífico algunas islas, pero tan apartadas y tan separadas del continente por hondos abismos, algunos de miles de metros de profundidad, que no debemos considerarlas como dependencias de éste. El grupo más septentrional de islas es el grupo de San Ambrosio, descubierto por Juan Fernández, que las llamó Desventuradas, sin duda porque siendo sus peñascos casi inaccesibles, le parecieron tierras desfavorecidas por la Naturaleza. La punta más alta de San Ambrosio tiene 254 metros; la de San Félix ó Morro Amarillo queda en 183, y hay también un peñasco basáltico de 53 que semeja perfectamente las columnas, torres y campanarios de un gran templo, por lo que un marino inglés la denominó Catedral de Peterborough, en recuerdo de su patria.

Juan Fernández descubrió las islas á que dió su nombre el mismo año que las de San Ambrosio, que fué el de 1574, en un viaje del Perú á Chile, en el que para huir de la corriente polar tuvo la buena idea de engolfarse en el Pacífico. Son estas islas tres: la de Más á Tierra, con el islote ó montaña submarina de Santa Clara, que es como continuación suya, y la de Más á Fuera á 160 kilómetros al Oeste de la anterior. La mayor es la de Más á Tierra ó de Juan Fernández propiamente dicha, y se compone de dos partes muy diversas: baja la del Sur y bastante alta la del Norte. A las dos las domina el cerro piramidal del Yunque, de 983 metros de alto, en cuya cumbre, por estar más alta que el límite de la vegetación arbórea, sólo crecen raquíticos matorrales. Más á Fuera, aunque menor, es más alta, ostentando orgullosa un gran monte que se levanta á 1.850 metros sobre el Océano. Estas islas son muy lluviosas, por las muchas nubes bien empapadas en el inmenso mar que

los vientos fuertes echan sobre ellas. Cuando soplan del Norte y del Nordeste, lo que suele suceder de Abril á Septiembre, caen copiosos chaparrones; pero también llueve de Octubre á Marzo, sobre todo de noche y por la mañana, á pesar de ser ésta la estación á que llaman seca. En esta época el cielo queda despejado después del medio día.

Chile se apoderó no hace mucho de la isla de Pascuas y de la de Sala y Gómez, que están situadas en Oceanía.

IV

Ríos de Chile.

Los ríos de Chile corren de los Andes al Pacífico, y como además de ser corto este espacio, le cruzan perpendicularmente casi todos, en ninguno media gran distancia de las fuentes á la desembocadura. En el caudal y otras circunstancias hay gran diferencia de unos á otros, pues en el Norte, lo mismo en las antiguas provincias chilenas que en las recientemente ganadas á Bolivia y el Perú, no pasan, por la sequedad del clima, de ser ramblas que en cuanto salen de la montaña se secan, mientras que en el Sur son impetuosas gargantas, cortadas de cachones y cascadas, que sólo cerca del mar corren serenamente.

Los barrancos de las provincias septentrionales deben su título de ríos á la poca humedad que en sus arenosos cauces deja de vez en cuando el agua producida por el derretimiento de las nieves; pero sólo sirven de linderos entre las diversas partes políticas y administrativas de la República. Sean ejemplo de esto el río Sama, que separa á Chile del Perú; el Camarones, cuya posesión reclama esta nación; el Loa, antigua frontera entre Perú y Bolivia, y el Paposo, que hasta 1883 limitó por el Sur el territorio boliviano. Ya en el propiamente territorio chileno encontramos el Copiapó, que se pierde en las arenas y no puede llegar al mar. El Huasco, que le sigue, como corre en tierra más lluviosa, tiene mayor caudal, por lo que suele no quedarse en el camino; pero en la boca misma le cierra á veces el paso una barrera de arenas. El Elqui, ó río de Coquimbo, sangrado por un canal de riego, y el Limarí, llegan con sumo trabajo á sus bocas respectivas, no encontrándose en Chile río alguno que corra todo el año, hasta llegar al

Choapa y el Aconcagua, que toman sus aguas primeras de las dos montañas más altas de América.

Como según se adelanta hacia el Sur va siendo más lluvioso



Reunión de los ríos Laja y Biobío. — Vista tomada desde San Rosendo. (Dibujo de Taylor.)

el clima, es también mayor el caudal de los ríos, y el primero de alguna importancia, es el Maipo, en el que muere el riachuelo que pasa por Santiago. El Rapel y el Matquito, aunque cortos, llevan mucha agua, y el segundo sólo en barca puede

pasarse. El Maule, antiguo límite del imperio inca, lleva al mar un caudal diez veces mayor que el Maipo; el Itata es igual al Maule, y el Biobío, cuya cuenca se extiende por buena parte del valle encerrado entre los Andes y la cadena de la costa, es dos veces más caudaloso. En él desemboca el torrente de la Laja, nacido en el lago dormido á los pies del volcán de Antuco, del que bajan las aguas despeñadas por cascadas hermosísimas, sin rival en Chile. La cuenca del Cautín ó Imperial, que sigue á la del Biobío, es mucho más pequeña que la de éste, y en proporción está su caudal; pero éste parece á veces mayor de lo que es, porque el mar le empuja y detiene hasta la distancia de 24 kiló netros tierra adentro. Por el Tolten vierte el sobrante de sus aguas el lago de Villa Rica, y lo mismo sucede á otros de esta parte de Chile, entre ellos el Valdivia, que se ensancha mucho hacia su boca, por lo que fácilmente pueden entrar en él los vapores é internarse mucho en las tierras. Lo contrario le sucede al Bueno, que está casi cerrado, pero en cambio comprende dentro de su cuenca los tres mayores lagos de Chile, á saber: el Ruaco, de forma oval y lleno de islas, y el Paye-hue y el Rubanco, que tienen la forma de media luna y están encerrados en estrechos valles. Aunque en la magnitud de la cuenca le aventajan algunos, á todos vence el Bueno en caudal, pues le tiene mayor que el Sena. Después del Bueno, aún hay otro río, el Maullín, que corre no mucho trecho, entre ciénagas ó *ñapis*, y que hace de desagadero del lago Llanquihue, el mayor de Chile. Todos los ríos chilenos crecen y menguan, según las estaciones, con toda puntualidad, sucediendo lo primero en los meses de Junio, Julio y Agosto, que es cuando llueve, por ser invierno, y lo segundo en la primera parte del verano, volviendo á crecer cuando aprietan los calores, es decir, en Diciembre y Enero, en cuyo tiempo se derrite mucha nieve.

En las tierras magallánicas, los ríos saltan de los ventisqueros que hay en lo alto de las sierras y mueren á poco de nacidos, sin que en esto haya otra excepción que el Palena, cuyas fuentes están en la vertiente oriental de los Andes, y cruzando éstos por hondísimas gargantas abiertas al Sur del Corcovado, desemboca en los *fiords* fronteros á la punta meridional de Chiloé. La tierra que riega es muy fértil, y en ella ponía la leyenda aquella «Ciudad de los Césares» ó «Ciudad Encantada», que fué *El Dorado* de las comarcas meridionales del continente. Su curso ha sido reconocido hasta regular distancia del mar, pero no han cesado en él los misterios, porque ciertos grandes

ruidos que se oyen en algunas de sus gargantas, y que deben ser producidos por caídas de aludes, dicen los indios que son cosa del diablo. Otros dos ríos aún más caudalosos bajan de la Cordillera, suponiéndose que también de la vertiente del Atlántico, donde por lo menos deben tener algún muy principal afluente, según entran de crecidos en Chile. Son éstos el Aysen y el Huemules, y el segundo de ellos ha sido explorado hasta un ventisquero que baja por un lecho de piedra pómez que el hielo con su gran fuerza y peso deshace y muele muy á prisa; de modo que todas las grietas de aquél se llenan del polvo de la piedra y dan origen á un arroyo de cieno negruzco.

Como la evaporación ha dejado completamente secos todos los lagos del Norte de Chile, hoy no pasan éstos de salinas ó pantanos, pero quedan muy manifiestas señales de lo que fueron, y en ocasiones el miraje los restaura y los pone á los ojos del viajero tales como eran hace siglos. De los Andes han bajado también gruesas capas de acarreo, que han cegado no pocos de ellos, entre otros el Ascotán, el Atacama y unas lagunillas cercanas. En el salar del Carmen, al Este de Antofagasta, se ha metido la sonda hasta 88 metros sin tropezar con la peña. Verdaderos lagos llenos de agua no los hay en Chile, sino al Sur, junto á los ventisqueros que probablemente en otro tiempo los llenaban con sus nieves. La Laguna Negra, que está cerca de las fuentes del Maipó, tiene 270 metros de hondo, y de allí en adelante cada vez son más y mayores los lagos hasta el de Llanquihue y el golfo de Reloncaví, el cual, quizá en pasadas épocas, también fué lago. Todos son muy hondos, habiendo llegado la sonda en el Llanquihue á 108 metros á no mucha distancia de la orilla, y están separados unos de otros en muchas partes por pequeñas lomas de gujarros, restos quizá de antiguos canchales que con suma facilidad van deshaciendo y arrastrando los arroyos. De estos lagos hay uno, el de Rubanco, llamado también Llanquihue, por lo que algunos le confunden con el que propiamente así se llama, cuyas aguas provienen en mucha parte de unas fuentes termales.

V

Clima, flora y fauna.

Siendo el territorio chileno una dilatadísima faja tendida de Norte á Sur, es natural que se encuentren en ella todos los

climas, desde los más calurosos á los más fríos y desde los más secos á los más lluviosos. Así sucede, en efecto, pues se ha observado que la temperatura media del año baja medio grado por cada paralelo que se adelanta del Ecuador al Polo; pero además de esta causa de mudanza del clima, hay otra no menos importante, que es la altura sobre el nivel del mar, pudiendo decirse que cada porción de la tierra de Chile tiene su clima propio. El de toda ella en conjunto es más frío que el de la costa opuesta en unos tres grados y medio, de suerte que para encontrar un clima tan caluroso como el de Buenos Aires hay que subir hasta el desierto de Atacama, ó sea 9 grados más al Norte.

La parte más poblada de Chile hállase en la zona templada, al Sur del trópico meridional, cruzándola entre Santiago y Valparaíso el grado 33, en cuyos parajes se siente bien la diferencia que hay entre las opuestas estaciones verano é invierno, la cual suele ser bastante grande. En Valparaíso, la temperatura media veraniega es 6 grados más alta que la invernal, y al Mediodía aún aumenta la distancia entre la una y la otra, llegando á ser en Valdivia, por ejemplo, como la que se ve en el Occidente de Europa. Con el cambio de estaciones coincide el de los aires, pues los alisios no se sienten en Chile por oponerse á ello la cordillera de los Andes, la cual, como está tendida de Norte á Sur, hace marchar á los vientos en la misma dirección, unas veces del Polo al Ecuador y otras del Ecuador al Polo, dominando aquéllos en primavera y verano, y éstos en invierno. Si los vientos generales no soplan con gran fuerza, las corrientes atmosféricas descompónense en brisas, que van del mar á tierra durante día, refrescando la atmósfera de los campos, y de tierra al mar por la noche. Algunas veces sucede que los terrales soplan desde las pampas argentinas, juntándose á la corriente constante del alisio, y entonces les llaman *puelches*, que es el nombre que dan á las tribus patagonas. Cuando bajan de los Andes, á fines del verano, sobre los campos del Sur de Chile, después de haber pasado sobre la caldeada superficie de las pampas, llegan tan calientes que levantan 8 y 10 grados la temperatura normal de la comarca; pero al acabarse el invierno ó al comenzar la primavera hacen el efecto contrario, porque habiéndose enfriado con la mucha nieve del camino, enfrían á su vez el clima en la misma proporción que en verano le calentaron.

En todo el Chile del Norte escasea ó falta el agua, y más que en ninguna otra parte, en las provincias que fueron de Bolivia

y del Perú, no viéndose en 1.000 kilómetros de costa otra fuente que una que hay en Pisagua. En Atacama no llueve casi nunca, y por el testimonio de mineros allí residentes largo tiempo, se sabe que han pasado muchísimos años seguidos sin que se viera caer ni una sola gota de agua. Es tal la seguridad de que no lloverá, que para la construcción de los ferrocarriles se ha aprovechado el fondo de los barrancos por donde corría el agua en otros siglos, cuando llovía, y buen ejemplo de esto es la vía férrea del puerto del Chañaral á las minas de Salado, que sube por el lecho de un río, ahora seco del todo, desde unos 50 kilómetros antes de llegar al mar. En estas comarcas tan áridas no son el agua y la nieve las que trabajan en mudar la forma del suelo, rompiendo rocas y haciendo otras alteraciones propias del papel que desempeñan en la naturaleza, pues esta obra está á cargo de las alzas y bajas de la temperatura, que son muy grandes dentro de las veinticuatro horas del día. El sol calienta mucho las rocas, y éstas, luego de puesto aquél, pierden todo el calor que de él han recibido, hasta quedar 40 ó 50 grados más frías, y con tales dilataciones y contracciones se rajan y rompen de mil modos, según la composición de cada una, tras lo cual viene en poco tiempo el desmenuzarse y deshacerse. Unas ábrense en láminas, como las hojas de un libro; otras se dividen en capas concéntricas, como escamas, que se separan de la propia manera que la corteza del plátano; el aire cambia en caolín los cristales de feldespato, y todas estas ruinas quedan amontonadas á los pies de las alturas de donde cayeron. Los cerros mayores y más duros defiéndense mejor de las injurias atmosféricas, dominando con sus extrañas cumbres, labradas en forma de torres y obeliscos, las llanuras vecinas, sembradas de innumerable cantidad de trozos de cuarzo, calcedonias y otros cristales.

En opinión de Pissis, es probable que las grandes capas de salitre del desierto de Atacama y de la pampa de Tamarugal, que al Norte de aquél se extiende, sean también obra del clima, y los sabios han discurrido diversas teorías para explicarlo. Al principio pensaron algunos que las dichas capas no eran sino guano, cuya composición química se había alterado; pero como faltaban algunas substancias que en este caso debían encontrarse con el salitre, pronto se descubrió el poco fundamento de esta idea. Tampoco provienen de la descomposición de las algas marinas, arrojadas por el Pacífico á la costa, porque en ellas no se ha visto hasta hoy la menor concha, ni se han for-

mado en el fondo de antiguos ríos, hoy secos por la evaporación, pues los muchos guijarros que se encuentran en el salitre no están redondeados por el acarreo, como sucedería si hubiesen sido traídos y llevados por las aguas. Por último, nunca se encuentra el salitre en las hondonadas y cerca de capas calizas y de rocas estratificadas, como de seguro hubiera sucedido si fuese marítimo su origen, pues generalmente se extiende tanto á la cumbre de la sierra de la costa y por sus faldas orientales. Queda la duda de si habrán mudado los vapores volcánicos la composición química de las sales contenidas en las hoyas lacustres de la meseta; pero, en opinión de Pissis, el salitre se formó por la descomposición de las rocas feldespáticas que el aire y las mudanzas de temperatura desmenuzaron reduciéndolas á una tierra de caolín, óxido de hierro, sales de cal y de soda, cuyas sustancias se cambian luego en nitratos ó salitres y en cloruro de sodio. Como estas lentas transformaciones químicas no pueden ocurrir sino en terrenos completamente secos, porque allí donde llueve ó corren arroyos se deshace el salitre en formación, sólo ha podido éste cuajar en la vertiente de la sierra opuesta á aquella por donde corren las aguas. Las capas de nitrato extiéndense por la pampa de Tamarugal en un espacio de 1250 kilómetros cuadrados, y con un grueso que en algunos sitios llega á tres metros. Por muchas grietas en que se abre el suelo y se cruzan formando infinito número de polígonos rellenos de piedrecillas (suerte de singularísimo empedrado del desierto) se conoce la existencia de salitre subterráneo. Corresponden estas grietas á las que hay debajo de las capas de salitre contraídas por la cristalización y divididas en prismas semejantes á las columnas basálticas. Pero estos depósitos, aun que tan extensos, son bien poca cosa comparados con los que han dejado las aguas en el fondo de los lagos que antiguamente hubo en estas comarcas hoy tan áridas. De dichas aguas han quedado por todas partes muy claras huellas, viéndose aún los hondos cauces por donde antes corrían ríos y arroyos, y señales de la vegetación que cubría sus orillas. En la quebrada región que va de Iquique á Huantajaya se ha encontrado una gran selva medio enterrada, de la cual aún existen los corpulentos troncos, habiendo perecido las ramas bajo el poder incontrastable del tiempo. Según lo que ha podido verse, los árboles de aquella selva eran de una especie de que ya no hay ejemplares en la flora de la costa ni en la de la meseta, y los indios explicaban la existencia de ellos contando que el dios Pachacamac

los había convertido en piedras para castigar los crímenes de la nación que á su sombra había vivido. Hay indicios de que de la conquista acá ha aumentado la sequedad del clima, y uno de ellos es el gran número de ruinas de antiguos edificios que se ven en ciertas soledades del desierto de Atacama, donde hoy no se atrevería á vivir nadie por no haber ni una gota de agua. Los españoles llamaron á Copiapó San Fernando de la Selva, lo que con toda claridad indica que en los alrededores de la ciudad había alguna que después el rigor de la sequía agostó completamente, hasta acabar con ella. También se sabe que el río Copiapó, cuyo cauce está completamente seco en toda la parte baja de su curso, llegaba en otro tiempo con sus aguas hasta el mar, y uno de los barrancos cercanos á él lleva el nombre de Quebrada Seca, con el que tal vez se hacía diferencia entre ella y las otras por donde corrían las aguas. También el nombre de la población del Totoral, guarda el recuerdo de un pantano que allí había en los últimos tiempos del gobierno español.

El viento del Sur que sopla á lo largo de la costa chilena, se calienta conforme se acerca al Ecuador y, por tanto, se hace más seco. Al contrario, los vientos del Norte, que vienen muy calientes, se enfrían conforme adelantan hacia el Polo, y el vapor de agua que llevan se condensa. Por eso, según se sube en latitud, aumenta la lluvia en el Cauce propiamente dicho. En Copiapó cae sólo algún chaparroncillo al año; tres ó cuatro en Coquimbo; en Santiago llueve veintiún días en el mismo espacio, y en Valdivia ciento cincuenta, mereciendo el río Maullín el nombre indio que lleva, y que quiere decir «Río de las Lluvias».

En los archipiélagos magallánicos llueve todo el año y tan copiosamente que, navegando King en los estrechos de Messier y de Smyth, midió en sólo cuarenta y un días una capa de agua de más de tres metros de altura. Cambiada en nieve en lo alto de las montañas, esta grandísima cantidad de lluvia baja en grandes ventisqueros que llegan al mar, á pesar de que por la latitud corresponden aquellas comarcas á las del hemisferio septentrional, en que apenas nieva en invierno. Así, por ejemplo, el ventisquero de San Rafael, que acaba en un lago, según queda dicho, está por los 46° 30'; es decir, á la misma distancia del Ecuador que la desembocadura del Garona, y en aquellos parajes el límite más bajo de las nieves persistentes se halla á 1.200 metros sobre el mar. En cambio el Aconcagua, que se halla á 1.550 kilómetros de distancia hacia el Norte, ha

tenido algunas veces limpias de nieve sus laderas hasta 6.000 metros de altura.

También es mucha la lluvia que cae en Chiloé, sobre todo en invierno, estación en la cual los chubascos apenas dejan espacio de unos á otros. Hay allí un proverbio que dice: *De cada semana, seis días de lluvia y uno de nubes*. En verano suele aclarar con más frecuencia, pero rara vez permanece despejado el cielo algunos días seguidos, viéndose casi siempre cubierto de pardas nubes que esconden los cerros y bosques de lo interior de la isla. La capa de lluvia anual llega á tener de dos á dos metros y medio de alto; la tierra está siempre encharcada, sobre todo la de los bosques; los desbrozadores de monte rara vez consiguen ponerle fuego; los árboles se pudren de pie hasta que cualquier ráfaga los derriba, y son muchas las plantas que no germinan en este mojado suelo, principalmente las cereales, cuyos granos corrompe la humedad. No sólo se parece la tierra de Magallanes á la península de Alaska en lo quebrado del litoral, por el que se abren paso mil canales marítimos, sino también en las continuas y fuertes lluvias y en crecer sus bosques en un suelo siempre mojado. Pocas veces hay tormentas, pero en cambio son frecuentes los temporales, señaladamente unas súbitas rachas de viento que soplan en las gargantas laterales del Estrecho de Magallanes, y á las que los marinos ingleses denominan *williwaws* y comparan á los aludes. Aseguran los naturales que los terremotos coinciden con las más copiosas lluvias. Las nieves y hielos que cubren las cumbres de la Cordillera señalan la temperatura media de la comarca, y con el número y extensión de los ventisqueros, la lluviosidad del clima.

El clima de la Tierra del Fuego, gran isla triangular interpuesta entre el Atlántico y el Pacífico, es propio exclusivamente de ella. Sirvenla de avanzado rompeolas varias islillas contra las que quiebra su ímpetu la corriente polar, suerte de gran río marítimo de 500 kilómetros de ancho por término medio, á quien la costa desvía de Sudeste á Noroeste primero y luego al Norte. Camina con unos 45 kilómetros diarios, menos en algunas sitios en que sólo adelanta 20 en igual tiempo, y en aquellos otros en que el viento Norte parece que la detiene. Trae de los ventisqueros polares grandes témpanos que al derretirse entran sus aguas hasta 4° centígrados sobre cero, y con el nombre de Humboldt, tomado del gran físico que á todos los demás aventajó en estudiarla y darla á conocer,

sube lamiendo la costa de Chile primero y la del Perú después, hasta que, ensanchándose, va á perderse en la gran corriente ecuatorial. Al chocar con los riscos en que la última meseta sudamericana se sobrepone al mar, rómperse la corriente, desgajánlose una rama de ella, la cual, en vez de seguir por las playas del Atlántico á lo largo de la Patagonia y de la Argentina, toma el rumbo del Este empujada por una corriente de aguas templadas que arranca de la ecuatorial atlántica, y corre de Norioste á Sudoeste hasta encontrarse con la polar, á la cual rechaza haciéndola cruzar el Atlántico hasta el cabo de Buena Esperanza. Su fuerza es grande, pues, según Popper, adelanta unos 33 kilómetros diarios, y su temperatura es de 10 grados sobre cero. De las opuestas corrientes que bañan las costas orientales y occidentales de la Tierra de Magallanes, se originan también dos climas muy diversos y aun opuestos. A su propia frialdad reúne la costa occidental la de las nieves de los montes y la de los aires que vienen del polo Sur, y como el calor levanta las capas bajas de la atmósfera de la oriental, acuden de aquélla á ésta á llenar el vacío rachas de viento, á veces fortísimas, que barren los llanos del Este de la Tierra del Fuego, no dejando prosperar un solo árbol allí donde algún monte no los defiende. Donde esto sucede vense intrincados y frondosos bosques. El viento del Sudoeste sopla casi todo el año, menos en los contados casos en que domina el del Este, el cual sólo en invierno suele tener alguna constancia. Con dicho Sudoeste llegan los fríos y las lluvias, sobre todo en las montañas, cuyas altas cumbres se oponen al paso de las nubes y las detienen. Conforme se va pasando del Pacífico al Atlántico vese disminuir la lluvia, en tal proporción que, siendo lluviosos en la costa Sudoeste trescientos días del año por lo menos, según Popper, en Páramo (bahía de San Sebastián, en el Atlántico) apenas llueve trescientas horas en igual tiempo. Explican esta oposición de climas la disposición de las montañas y de las costas, y el calor ó frialdad de las corrientes, de las que á la vez se originan parecidas diferencias en la fauna, la flora y la vida y costumbres de los hombres.

En casi todas las comarcas del mundo se ve aumentar la frondosidad de la vegetación de los Polos al Ecuador; pero en Chile sucede al revés, porque si bien el calor se va templando de Norte á Sur, las lluvias se hacen más copiosas en la misma dirección y sus efectos compensan en algunos sitios, con exceso, los del enfriamiento del clima. Hasta el grado 39 de

latitud y aun hasta el 40, son cada vez mayores la frondosidad de los bosques y la variedad de los árboles, llegando á su mayor lozanía y fuerza los bajucos y otras plantas parásitas; pero al Mediodía del último, el frío hace más pobre á la flora, sin que por eso deje de adelantarse hasta el mismo cabo de Hornos la vegetación arbórea, desconocida en las provincias septentrionales de la República. Como casi todos los árboles de la flora chilena son de hoja perenne, el paso de una estación á otra no queda señalado allí por la desnudez de las ramas, como sucede en el hemisferio septentrional, donde sólo las coníferas conservan su verdor todo el año. Tampoco hay en Chile grandes bosques de una sola especie forestal, como sucede en los pinares de las Landas y en los bosques de hayas de Normandía.

En las desiertas mesetas de la región boliviana de Chile y en los salitrosos llanos de Atacama no hay árboles ni hierbas, ni nada que se les parezca. La muña que dejan atada junto á una casa rodea las empalizadas pintadas de verde, confundiendo las quizá con los pastos del monte, de que aún se acuerda. Pasadas estas comarcas desheredadas éntrase en otra en que hay cantidad de cactus, y después en otra donde ya se ven, animando un poco el monótono paisaje, ciertos arbustos denominados *quiscos*, espinosos ó resinosos, pero de poca hoja, y que, por tanto, pierden muy poca humedad por evaporación. El arbolado comienza á la altura de Copiapó, pero no en el llano que corre á lo largo de Chile, en el que no se ve un árbol por esta parte, sino en las dos sierras que por ambos lados le estrechan. En estos parajes dan la necesaria humedad á las plantas leñosas que allí viven mezcladas á los cactus y las bromeliáceas, los rocíos, las nieblas, las lluvias y tempestades que vienen del mar y la nieve derretida de las montañas. Según se adelanta hacia el Sur se va ensanchando la zona de los árboles dispersos, y se llega pronto á la de los bosquecillos. Vense ya árboles en el llano y, por último, cruzado el Aconcagua, cuya corriente es frontera de los dos climas de Chile, se entra en una comarca donde la tierra produce árboles á poco que se descuide su cultivo. En la llanura encuéntrase por todas partes el peumo, de hoja siempre verde é impenetrable por el sol, y del que se coge una fruta pequeña, de color encarnado y gusto resinoso. Cerca de Santiago hay uno de estos peumos, á cuya sombra es fama que estuvo sentado Valdivia y habló con los jefes indios antes de la fundación de la ciudad. La única especie de palmera que se criaba en Chile crecía cerca de la

costa, del grado 32 al 35 de latitud (unos 350 kilómetros), y tenía mucha cantidad de azúcar; pero dentro de poco tiempo no quedarán más árboles de éstos que los que haya en los jardines y parques, porque los labradores los cortan y nadie se cuida de replantarlos. En el territorio chileno no hay bambúes, pero sí otras plantas parecidas.

Al Mediodía del Cachapoal encuéntranse en los bosques muchas hayas y cipreses, aunque diversos de los de Europa, y en las laderas de las montañas se ve el piñón (*araucaria imbricata*), uno de los pocos árboles frutales que había en Chile á la llegada de los españoles. La región vegetal antártica comienza con el *fitzroya patagónica*, denominado sin fundamento *alerce*, del cual se halla mucha cantidad en las selvas de Valdivia. Este árbol no sale de los límites de la parte continental de Chile, al contrario del ciprés de Chiloé, el cual se halla propagado á las islas Guaitecas; pero como su madera es excelente para la construcción, los leñadores los cortan siempre que los encuentran, y ya quedan muy pocos. De las 69 especies de árboles que se conocen en Chile, no pocas son hayas, incluyendo en éstas una á que llaman roble. Hay también álamos blancos, cierto árbol aromático (*drimys winteri*), de hojas muy parecidas á las del laurel, y en la vecindad del Estrecho, fucsias arbóreas de tres y cuatro metros de alto, y cicádeas. Pero no sólo de bosque está cubierta la tierra en estas comarcas frías y húmedas, sino que en mucha parte de ella hay grandes turberas y pantanos, y á mediados del pasado siglo, aún ocupaba casi toda la región lacustre de la parte continental de Chile, hasta el golfo de Reloncaví, una intrincada red de *quilas* (*chusquea*), suerte de caña con muchas ramas que crece hasta en los bosques, llenando todos los huecos que entre sí dejan los árboles, y también en los terrenos en pendiente. El quila del Sur de Chile equivale al quisco de las comarcas del Norte, y entre ambas zonas hay otra en la que, en las laderas vueltas á la solana, crecen los cardones, y en los de la umbría los cañaverales. En 1851 se prendió fuego á un *quilanto* (espesura de quilas), y las llamas le corrieron de Norte á Sur en un espacio de 80 kilómetros, apresurándose los colonos á sembrar la tierra que el incendio había dejado libre.

Según parece es la Araucanía la parte más agreste de Chile y donde hay mayor variedad de selvas, llanuras y sábanas, dispuestas de modo que forman un hermoso paisaje. Por las faldas de las montañas trepan los árboles hasta cerca de la

nieve, con alguna mutanza en su estructura y modo de vida, según la altura, sustentándose sobre fortísimas y largas raíces y enlazándose su ramaje y tronco, como aquéllas retorcidos y enredados. Las hojas son discos duros y coriáceos, que surgen en el extremo de las ramas en gran abundancia, y juntándose y mezclándose, hacen un grueso toldo, que protege de las intemperies á las plantas que debajo crecen. En las mesetas de los Andes del Norte de Chile, señala las cercanías de las nieves permanentes cierta planta llamada llareta, umbelífera leñosa, de raíz cónica muy penetrante, que se introduce entre las resquebrajaduras de las peñas, y pegándose á éstas, extiende por ellas la umbela, cubriéndolas como de una capa de musgo. De estas llaretas se encuentran hasta á 5.000 metros de altura, siendo su escondido tronco la única leña que los viajeros suelen hallar en estas regiones.

La corta de los árboles ha cambiado en muchos sitios la apariencia de los campos, hoy despojados del bosque que antes los cubría, aprovechándose principalmente las maderas de los cercanos á la costa y á los ríos navegables, y también á las carreteras y ferrocarriles en construcción. Las coníferas, las cupulíferas y otras especies de árboles de buena madera han disminuído mucho, y hasta podría temerse su desaparición, como se teme la de la palma azucarera; pero van repoblándose de arbolado los alrededores de las ciudades de alguna importancia, sobre todo con robles, los cuales al principio se llevaron para adorno, pero ahora son muy estimados porque crecen más á prisa y alcanzan mayor corpulencia que en Europa, viéndose en las provincias de Santiago y Colchagua verdaderos bosques de ellos. No se reduce al roble la flora exótica chilena, pues también se han introducido el chopo, muy buscado para las arboledas de los paseos; el ailanto, el eucalipto, el castaño, el sauce y el manzano, el cual se ha hecho silvestre en Araucanía, y da tan copioso fruto que sólo las manzanas arrastradas por la corriente del Biobío han bastado á los habitantes de la costa para hacer buena provisión de sidra. El primer chopo plantado en Chile lo llevaron de Mendoza en un tiesto, y aún existe en el jardín de un convento de Santiago. En las provincias del Norte, como no están á mucha distancia del Ecuador se ha podido cultivar algunas plantas tropicales, pero sólo en los jardines donde hay riego abundante. En plantas alimenticias han hecho Europa y Chile un lucrativo comercio. Europa, por mediación de España, dió el trigo y la vi, y Chile



pagó el regalo enviando la patata. Llamábanla *papa*, y todavía se encuentra silvestre en las provincias meridionales y en Chiloé; pero en este estado es muy inferior á la que cultivamos en nuestros huertos, pues tiene la parte comestible mucho más pequeña, y en cambio, mayor el tallo, y gran cantidad de hojas. En la mencionada isla de Chiloé hay una variedad de este tubérculo, que tiene capas concéntricas, blancas y violetas alternadamente.

Los colonos de Juan Fernández, así los libres como los prisioneros, han llevado á estas islas casi todas las plantas cultivadas, principalmente las de tierra firme, y con ellas las malas hierbas y otros vegetales, cuya vida favorece el clima, igual en todo al de Chile. Pero antes de la llegada de homines á la isla de Más Afuera, la flora de ésta era muy diversa de la de Tierra Firme, pareciéndose en cambio á la de Nueva Zelanda. Tenía también especies vegetales que en ninguna otra parte crecen, entre ellas una palma, denominada sencillamente *chonta*, nombre que en lengua quechua quiere decir ni más ni menos que palma. Casi todas las especies arbóreas de la isla son aromáticas, encontrándose todavía entre ellas el sándalo, que algún tiempo se creyó acabado, pero del que aún quedan árboles en ciertos apartados lugares, poco accesibles á los leñadores.

En Chile hay poca variedad de animales. No se conocen monos ni jaguares; las vicuñas son en corto número, pero sí son muchos los guanacos, de los que se ven grandes rebaños en las provincias meridionales. El huemul (*cervus chilensis*), cuya imagen ostenta en su escudo Chile, como Inglaterra en el suyo el unicornio, no sólo vive en aquella República, sino también en los Andes peruanos, en los que lleva el nombre de *cervus anti-nensis*, que le han dado los naturalistas. El desierto de Atacama divide en dos partes la zona habitada por este animal, pero se le encuentra muy poco en el Chile propiamente dicho. Donde verdaderamente hay muchos ciervos es en la Tierra de Magallanes é islas vecinas, y no sólo de la especie *chilensis*, sino también de la llamada *pudu*, que es la más pequeña de todas. La chinchilla, animal de piel muy apreciada, teme mucho al frío, por lo que se guarda muy bien de subir á lo alto de los Andes ni pasar al Mediodía del grado 32 de latitud, encontrándose en los montes de la costa y en el terreno que va de éstos á los primeros estribos de la cordillera. También hay en Chile un roedor, que vive en las orillas de los ríos, al cual lla-

man *coypú* equivalente al castor de la América Septentrional.

Las especies de aves son en mayor número que las de mamíferos, y más singulares y no vistas en otros países. Algunas no tienen igual ni en la Argentina, con estar separada del territorio chileno sólo por la cordillera de los Andes, y otras tienen diferentes costumbres, como sucede al cóndor, que en los Andes ecuatoriales vuela sólo á grandes alturas, y en los chilenos baja á los valles. También vive en Patagonia. En torno de las flores de los campos y jardines de las comarcas meridionales revolotean colibries de tres ó cuatro especies y también viven hasta en los enmarañados bosques del Estrecho de Magallanes algunos papagayos que por su brillante plumaje parecen creados para reflejar la luz destimbradora de las tierras tropicales, pero que ya se han acostumbrado á las nieblas, lluvias y cielo ceniciento de las montañas patagónicas. Sarmiento dió noticia de estos pájaros en 1580. En los archipiélagos meridionales, donde tanto llueve, hay poca variedad de aves, si no es de las marinas, que abundan bastante.

De la parte seca á la lluviosa cambia mucho la naturaleza de los reptiles, si bien en ambas hay regular número de ellos. En Atacama dominan los lagartos, así como también en Copiapó y Coquimbo; pero en los encharcados y turbosos terrenos del Sur, los más son ranas y sapos. No hay culebra ni insecto venenoso, salvo una araña que suele estar escondida en los trigales, y cuya mordedura puede ser bastante peligrosa en tiempo de la recolección, que es cuando aprietan los calores. Aunque del otro lado de los Andes hay quelonios, no existe en Chile ninguno de estos animales. En las islas meridionales no hay reptiles, y en la Tierra del Fuego y archipiélagos que de ella dependen, los insectos son muy parecidos á los del Norte de Europa, en términos de ser más estrecho el parentesco con éstos que con los del extremo opuesto del continente americano.

Los ríos de Chile tienen muy pocos peces, y menos aún los lagos, en los que no se halla ninguno; pero en cambio hay mucha cantidad de estos y de otros animales en los mares vecinos. Inmensos bancos de almejas rodean las islas de los Chonos, y las algas gigantes, que á lo largo de las costas magallánicas crecen á 50 metros de profundidad, hasta llegar á 100 y 120 metros de largo alrededor de los promontorios y Arrecifes, son morada de millones de sêrpulas, conchas y otra infinidad de seres grandes y pequeños. Reunidas unas á otras,

estas algas forman selvas marinas, que flotan en torno de los peñascos, dando abrigo á innumerables peces, y pueden detener la marcha de un buque, aunque navegue á todo vapor, oponiéndole la inofensiva, pero invencible fuerza de la elasticidad de sus hojas.

Así como el archipiélago de Juan Fernández tiene flora especial, así también su fauna es diferente de la de Tierra Firme. En sus aguas péscase una clase de bacalao diverso del de Terranova, y una langosta de gran tamaño, que los pescadores llevan á vender á Valparaíso, y hay también cantidad de focas de varias especies. En la isla principal vense dos castas de colibríes; una que vive sólo en ella, y otra que también se cría en Chile. En Más Afuera existe una tercera casta exclusivamente propia de aquella reducida tierra. Las tres son del género *eustephanus*, cuya gran variedad asombra á los naturalistas.

VI

Primitivos habitantes de Chile.

Cuando los españoles entraron en Chile con Almagro, y tiempo después con Valdivia, toda la parte septentrional de aquel reino estaba en poder de los quechuas, cuyo señorío llegaba hasta el Maule. Aunque ejercían en todo él jurisdicción, no es probable que hubiesen comenzado todavía á colonizarlo, limitándose por entonces sus esfuerzos á reducir á los naturales á las nuevas leyes en la mayor parte de los distritos. Hacía un siglo que habían ganado aquellas tierras, y eran muy tenaces en sus empresas; pero como el Perú estaba tan lejos y separado por tan grandes montañas y dilatados desiertos, tenían que proceder en esto con suma lentitud. A pesar de todo, es probable que ya tuviesen comenzada la población de los territorios ganados. Por unas inscripciones grabadas en la Piedra Pintada, peña del desierto de Atacama y única huella de su estancia en estos parajes, sábese que no sólo entraron en Chile cruzando los Andes por los valles de la que hoy es República Argentina, sino que también fueron directamente, caminando por los desiertos de la costa.

En cambio de las señales de dominación quechua que, según queda dicho, faltan en el Norte de Chile, encuéntranse muchas de la de sus rivales los aymaraes, de cuya raza eran los atacamas y los lipez, que han dado nombre á los desiertos de la costa y á una parte de la meseta. También son aymaraes de

pura raza los chungos, gente que vive en los alrededores de Cobija, principalmente dada á la pesca, para la cual se sirven de unas pieles de foca llenas de aire. En los oasis del desierto y en las comarcas que están al Mediodía de éste, en las cuales la agricultura, la industria y la marinería dan ocupación á mucha gente blanca, los indios y los chilenos están de tal modo mezclados, que no se advierte diferencia entre unos y otros, pero se supone que los más de aquéllos eran calchaquis, naturales de los valles situados á espaldas de los montes. En el de Huasco, donde están las poblaciones de Vallenar y Frei-



Grupo de araucanos. (Dibujo de Thriat.)

rina moran indios muy puros, de obscura tez, acentuadas facciones, porte airoso y noble, buenas proporciones, grandes fuerzas y andar desenvuelto, en todo lo cual aventajan á los demás pobladores de Chile.

Al entrar los españoles en este reino, vivían en la parte de él á que corresponde propiamente el nombre que hoy se da á toda la República, una poderosa nación que asimismo se denominaba Molu-che ó «los guerreros», y á la que los recién llegados llamaron araucanos, tomando quizá esta voz de otra de origen quechua, que suena *aucaes*, ó los rebeldes, y que se pronunciaba guturalmente. Eran una confederación de tribus y fami-

lias, sin jefe superior, á pesar de lo cual habían resistido animosamente á los quechuas y resistieron luego á los españoles. Entre ellos, cada familia vivía en su choza, separada de las demás, á la sombra de algún copudo árbol y junto á un arroyuelo. No obedecían á ningún cacique en tiempo de paz, no tenían esclavos, al padre no le era dado castigar al hijo, carecían absolutamente de leyes, y cuando alguno delinquía, no sufría otro castigo que el que podían imponerle los individuos ó las familias perjudicadas. A pesar de esta falta de unión, los araucanos juntaron todas sus fuerzas para defender su independencia, concertándose familias y tribus para nombrar sus *oquis*, como llamaban á los generales, ó para quitarles el mando si á su parecer no lo ejercían con suficiente talento y actividad. Decían que sus mayores les veían desde el cielo, por el que andaban en forma de estrellas recorriendo la vía láctea.

Comenzó la guerra en 1550. Eran los españoles que emprendieron la conquista, de aquellos veteranos, tantas veces vencedores en Europa. La ignorancia en que estaban los araucanos del modo de pelear y de las armas de sus enemigos, fueron la causa de sus primeros descalabros; pero pronto se rehicieron, arrasando las ciudades y fuertes de los españoles y quitándoles las armas, ganado y caballos, y hasta aprendiendo á montar en éstos y á correr en ellos, para caer inesperadamente donde menos lo esperaba el enemigo. Para defender á las colonias del Norte de estas correrías é intentar la reconquista de las poblaciones edificadas en Araucanía, fué preciso mandar tropas de España, á la cual costó más vidas esta guerra que había gastado en las de Méjico y el Perú, á pesar de que todos los soldados araucanos reunidos no llegaban á ser tantos como los que llevaba Atahualpa cuando Pizarro lo prendió, arrancándole de su palanquin en la plaza de Cajamarca. Siendo los españoles gente entendida en achaques de valentía, supieron hacer justicia á sus enemigos, y Alonso de Ercilla, en su poema épico *La Araucana*, el mejor de los que el descubrimiento y conquista de América han inspirado, al cantar los peligros y grandezas de aquella guerra, en la que fué muy particular soldado, no olvida las alabanzas que el valor de los araucanos merece.

Tres generaciones se consumieron en el constante batallar, hasta que al cabo de un siglo de pelea en 1650 se concertó un tratado de paz por el que los araucanos reconocían la soberanía del rey de España, pero nominalmente y conservando su independencia, confirmandose este tratado en 1655, sin otra obliga-

ción que la de no consentir los araucanos que desembarcasen enemigos en su territorio, condición que cumplieron, más por desconfianza de los extranjeros que por otras causas. Así, cuando vieron llegar á sus playas piratas ingleses y holandeses, nunca les ayudaron contra los españoles. El territorio que primeramente se les dejó era muy dilatado, extendiéndose desde el mar hasta los Andes, entre el río Caliecalles ó Valdivia y el golfo de Arauco, cuyo espacio no era menor de 70.000 kilómetros cuadrados, todo él muy á propósito para la colonización, por la suavidad del clima y fecundidad y hermosura de la tierra. A la conquista por las armas siguió la invasión pacífica, la que ha acabado de quitar á los araucanos la independencia política, si bien hasta 1823 se defendieron desesperadamente contra la nueva República de Chile. El ascendiente que sobre ellos ha tomado Chile es ya muy grande. Los barcos de esta nación guardan las costas, en las que hay muchos puertos con bastante comercio, y desembarcan tropas en todo tiempo. Buen número de caminos cruzan los bosques, y el ferrocarril que adelanta de la sierra costera á la cordillera de los Andes, corta ya en dos partes la Araucanía. Los naturales no han podido conservar su sangre pura de mezcla extranjera, pues robaban cuantas mujeres españolas podían, de las cuales tenían hijos, que se parecían más á las madres que á los padres. Hoy son muchos los chilenos que se casan con mujeres araucanas, con lo que se acaba de mezclar las dos razas.

Los nombres que tenían las diversas partes del pueblo araucano eran tomados de la situación geográfica de cada uno de ellos. Los del Norte del Maule llamábanse *picun-chen*; los del centro eran los *pehuen-che* ó gente de la tierra de los *pehuen*, es decir, de las araucarias, aventajados á los demás en número, y antepasados de los araucanos de hoy; los *huilli-che* moraban al Sur, ocupando el resto de la parte continental de Chile y los *puel-che* eran los de allende las montañas.

También en Chiloé había araucanos, á los que llamaban cunchos y payos, nombre que sus descendientes, después de mezclada la raza con la de los españoles, han cambiado por el de chilitas. Los araucanos moradores de las orillas de los ríos y de los lagos llamábanse *lubu-che*, lo que quiere decir «gente del agua». El archipiélago de los Chonos guarda aún el nombre del pueblo araucano que le habitaba, y del cual como único resto ha llegado hasta nosotros una familia que en 1871 vivía en cierta isla de las Guaitecas. Momias encontradas en un pro-

monitorio de aquellos mares muestran que los chonos enterraban á los muertos lo mismo que los quechuas.

Es probable que la nación araucana llegase en otro tiempo á contar 100.000 almas; pero las guerras y el enlace con la nación chilena (más lo segundo que lo primero) la ha reducido á unas 40.000, que será las que hoy tenga, y aunque viven á su modo con toda libertad y son dueños de la tierra que habitan y de mucho ganado, la disminución continúa. Resisten á las epidemias mucho menos que los europeos, haciendo en ellos grandes estragos la viruela y la disentería, y más todavía el alcohol con que les envenenan sus vecinos los colonos. Son los araucanos generalmente rechonchos, pero de músculos poco aparentes, no tan altos como los patagones á pesar del parentesco que con éstos tienen, muy aficionados á montar y, por tanto, excelentes jinetes. Cuando mozos tienen el rostro tan redondo que parecen mujeres; pero después se les acentúan las facciones, saliéndoles bastante y haciéndoseles más prominente la ancha nariz con la edad, con lo que el rostro toma cierta gravedad y nobleza y en algunos hasta dulzura. El color es amarillento, pero más claro que el de los quechuas. Estiman en mucho la elocuencia, á la que se presta muy bien la sonoridad y cadencia de la lengua que hablan. Hay en ella palabras de origen quechua que prueban haber tenido tratos la nación araucana con la de los incas, y que sin perder su libertad aprendieron de aquélla los araucanos, entre otras cosas, el arte de contar y algunas industrias, en lo cual no debieron tener mucha dificultad porque aprenden muy bien y pronto cuanto se les enseña, no haciéndoles gran ventaja los chilenos en la labranza ni en la cría de ganado. Tienen un juego llamado *chuera* ó *linzo*, muy semejante al *cricket* de los ingleses.

Los que viven en los valles de los Andes, apartados de la demás gente, son muy temerosos del *quecubu* ó espíritu maligno, y procuran conjurar su cólera y maldad por medio de los hechiceros. Como creen en la resurrección, entierran con el cadáver los objetos más preciados del difunto, y algún tiempo tuvieron la costumbre de sacrificar caballos sobre la tumba; pero ahora lo usual es recibir los herederos lo que antes se enterraba ó mataba en homenaje al muerto. El cuerpo le colocaban del mismo modo que los quechuas, es decir, sentado y con las piernas dobladas, viniendo á quedar las rodillas sobre el pecho. A las mujeres las trataban bien, semejándose en esto á los demás indígenas, los que nunca maltrataban á las suyas,

pero eran polígamos, pudiendo los ricos tener muchas esposas. Sucedió algunas veces que los pobres no podían casarse; y no es ésta una de las menores causas de irse acabando poco a poco la nación de los araucanos.

Sin duda alguna son patagones como los de la República Argentina los onas, aonas, yaonas ó *gente grande*, que muy esparcidos viven en la parte oriental de la tierra de Magallanes, á la que es probable que pasasen de la Tierra Firme, donde en muy remota época vivían, habiendo salido de ella antes de la llegada de los españoles, por lo cual nunca conocieron los caballos ni aprendieron á montar. De aquí les vino el nombre de *foot indians*, ó «indios peones», que les dieron los ingleses. Serían en otro tiempo, según buenos calculos, unos 2.000; pero deben quedar pocos, si bien no se sabe cuántos. Como son grandes cazadores, lo mismo hacían presa en los animales silvestres que en los domésticos, y no comprendiendo que media docena de pastores necesiten miles de carneros para su sustento, cogen el ganado que pueden sin escrúpulo alguno, pero sí con mucho peligro, porque los blancos los persiguen á caballo y los matan á tiros, poniendo en esta nueva caza un empeño muy grande, pues les pagan una libra esterlina por cada cabeza de indio ona que presentan. Dentro de poco sólo quedarán de esta nación los niños y algunas muchachas que se cruzarán con la ya cruzada raza de los colonos argentinos. En la estatura, apariencia y vida que hacían eran los onas iguales á los tehuelches de allende el Estrecho, sustentándose como éstos de la carne de los guanacos que mataban á flechazos. También hablan un idioma tan parecido que pueden entenderse unos á otros; pero es tal la aspereza del de los onas que, según Bridges, cuando hablan parece que están haciendo trabajosas gárgaras.

Sólo los naturales que viven en la parte occidental y meridional de la Tierra del Fuego pueden decirse con razón verdaderos aborígenes de ella. Los del Oeste llámense alakalufos y los del Sur yahganes (algunos autores les denominan tequenicos), y tal vez descendan de una antiquísima raza que pobló todo el Mediodía de América hasta el Amazonas. Así en la estatura como en la forma de la cabeza y en las facciones son muy diferentes de los onas, los cuales son muy altos, como los patagones sus hermanos, mientras ellos no pasan de 1,37 á 1,39 metros, por término medio. Tienen la cabeza grande, pareciéndolo aún más en comparación de la pequeñez del cuerpo,

pues la de los europeos equivale á 12 ó 13 centésimas del tamaño de éste, y la de los yahganes llega á los 14. El rostro parece anguloso y á veces cuadrado; la frente es estrecha, los ojos pequeños, pero rasgados, los párpados oblicuos, aunque esto no siempre, la nariz muy aplastada en su arranque, chata y muy abierta, y la boca grandísima, con gruesos y salientes labios. Hablan una lengua muy bella y sonora, en la que hay 44 sonidos diversos y cuyo vocabulario, según dice Bridges, no cuenta menos de 30.000 palabras.

Fitz Roy y Darwin escribieron que los yahganes eran antropófagos y que se comían á los enemigos y á los ancianos



Habitantes de la Tierra del Fuego, vestidos con pieles de guanaco. (Dibujo de Parnl.)

de su propia nación; pero no es cierto que tengan tal costumbre, pues se sustentan de moluscos, de los que prefieren las almejas, conociéndose sus campamentos en los grandes montones de cáscaras de estos mariscos que dejan en ellos. La única ropa que llevan es una piel de cualquier animal, la cual se ponen á la espalda, mudándola de sitio según la dirección del viento. De sus orígenes y emigraciones, así como de ceremonias por las que se descubra que conocen la existencia de un ser superior á los mortales, nada han podido averiguar los viajeros que con ellos han vivido algún tiempo, si bien se sabe que creen en la vida futura y que tienen grandísimo temor á

lo desconocido, principalmente á los fantasmas, de los que dicen que vienen algunas veces á comerse á los vivos. Queman los muertos ó los entierran bajo los montones de conchas; pero tanto éstas como las demás costumbres de sus antepasados van dejando de guardarlas al ver cómo se acaba su nación; descuidado muy conveniente á los mozos, porque les ahorra las terribles pruebas que en otro tiempo habían de sufrir para que les fuese permitido llamarse hombres. No usan los yahganes nombres propios, designándose unos á otros por el sitio que ocupan en el momento de la conversación ó por alguna otra circunstancia. Canturrean, repitiendo siempre la misma palabra ó la misma sílaba, pero no bailan, sin duda porque viviendo solitarios no tienen la costumbre de celebrar fiestas ni otras diversiones en que se estrechan las amistades y se despierta la afición á la música. Mueren casi todos desde que llegaron al archipiélago los misioneros ingleses, siendo las enfermedades que principalmente se ceban en ellos la fiebre tifoidea, la viruela y la tisis. En 1884 contó Bridges 949 yahganes; pero en 1890, es decir, á los seis años, sólo quedaban 300. En 1881 apareció entre ellos la tisis, de la que pocos enfermos se salvan, si no es que huyen de las misiones y vuelven á la vida bárbara del bosque, expuestos al frío, al viento y á las tormentas, pues los que esto hacen tienen algunas probabilidades de escapar.

Los alakalufos aún son menos que los yahganes, pues, según cálculo de Bridges, no pasan de 150. En otro tiempo moraban en una dilatada comarca ribereña del Estrecho de Magallanes, donde los conocieron Bougainville, King y Fitz Roy con el nombre de pecheraís. Vivían de la pesca y sabían hacer grandes piraguas, con las que se engolfaban en el mar hasta lejanos islotes en que encontraban focas y aves marinas. Aunque conocían el uso del arco y de las flechas, con las que cazaban guanacos, sustentábanse principalmente de moluscos y peces. Su lenguaje en nada se parecía al de los yahganes ó yamanes (los «hombres») vecinos suyos del lado del Mediodía, y que eran de todos los pueblos americanos el que moraba más cerca del Polo Austral; pero vivían lo mismo que ellos y hasta es probable que pertenezcan á una misma familia étnica. Muchos autores han escrito de los alakalufos considerándolos los más bárbaros de los hombres, y no han faltado algunos que ni como seres humanos los querían contar, poniéndolos muy poco por cima del mono y asegurando que eran tan incapaces

de aprender y educarse como dicho animal. Los trabajos de Bridges y de otros misioneros han probado la falsedad de esta doctrina y puesto fuera de duda que aquellos bárbaros son verdaderos hombres, por lo cual el exterminarlos sería tan gran crimen como lo ha sido la destrucción de los tasmanios y de tantos otros pueblos que han acabado á manos de los hombres blancos.

Los onas, los yahganes, los alakalufos y las demás tribus del Sur han tenido poca parte en la formación de la nación chilena, en la cual hay en cambio mucha sangre de los moluches ó araucanos, por haberse casado los primeros españoles que llegaron á la comarca con mujeres araucanas. Hasta 1541 no llegó la primera española, llamada Inés Suárez.

Los chilenos son más reposados y de genio menos vivo que sus vecinos del Norte, ó sea los que pueblan los Andes centrales y septentrionales, á los cuales aventajan en aplomo y constancia. Según algunos, así como los peruanos son los franceses del Nuevo Mundo, los chilenos son los ingleses. Pasan por retraídos, y las clases sociales inferiores son duras en sus costumbres y hasta crueles, siendo muy cierto que en la última guerra con el Perú no se mostraron muy piadosos con los vencidos. La sangre de los chilenos es araucana y el idioma, aunque es el castellano, ha cambiado algo más en sus labios que en los de otros pueblos españoles de América. El peninsular que llega á Valparaíso suele no entender al principio á los naturales, pues sobre ser corriente entre ellos el uso de algunas voces araucanas, tienen la costumbre de hablar de modo que dejan de pronunciar las últimas letras de muchas palabras.

VII

Poblaciones de Chile.

La más septentrional de las ciudades chilenas es la de Tacna, que fué peruana hasta la última guerra, y se halla á 1,720 kilómetros de Santiago. Extiéndese en el fondo de un valle, á 560 ó 580 metros de altura, á lo largo de un río casi siempre seco por las muchas sangrías que, más arriba, hacen en él los canales de riego de la cercana vega. Como este río no da lo bastante para el sustento de los vecinos, traen la mayor parte de la demás agua que hace falta, del Sama, río que

separa á Chile del Perú. Antes de que se hiciese el ferrocarril de Mollendo á Puno, casi todos los metales y demás mercaderías de la Paz y de Oruro, que buscaban salida por el Pacífico, bajaban á Tacna por el puerto de Tacora, junto á cuya salida está la ciudad. La mayor parte de los vecinos de Tacna son bolivianos.

Cerca del sitio donde el seco cauce del Lluta desemboca en el mar, está Arica, ciudad situada en un paraje de la mayor importancia en la contextura del continente, porque se cruzan en él las direcciones que traen los Andes peruanos y los chilenos y son muchos los temblores de tierra producidos por la presión que hacen unas sobre otras las capas subterráneas. Además de muy frecuentes, son también en algunas ocasiones estos temblores fortísimos, como ocurrió con el de 1605, que destruyó la población. Repitióse á mediados del siglo siguiente y luego, con más fuerza que nunca, en 1868 y 1877. Las pérdidas en estos últimos años fueron mayores que en los anteriores, por ser también de mayor consideración el comercio, viéndose en ambos terremotos que el centro de las sacudidas era la ciudad misma. Hacen ahora las casas muy bajas, de planchas de hierro y con anchos cimientos, de modo que padecen poco, y no serían de gran importancia los estragos si el mar no añadiese su furia á la de las fuerzas subterráneas. Sucede que se retira á mucha distancia, dejando los barcos en seco, y luego vuelve con increíble fuerza, formando una grandísima ola que destruye cuanto encuentra en la costa. En 1868 las aguas del Océano arrancaron de su fondeadero á una fragata y la arrojaron á más de dos kilómetros tierra adentro, y en 1877 otra oleada semejante la arrastró hacia el mar cosa de 800 metros, sin que se ahogara ni una persona de las varias familias de Arica que en el abandonado casco se habían acomodado. Si después de todas estas desdichas ha vuelto á levantarse la ciudad, débelo á su situación á orillas del mar, frente á la salida del puerto seco de Tacora y á los pies de un morro de 268 metros de alto, blanqueado por el guano que le cubre, y que al Sur del caserío se levanta como para mostrar á los navegantes la ruta del puerto, el cual fué la principal escala entre Valparaíso y el Callao antes de que se construyeran los ferrocarriles de Arequipa y Antofagasta. Todavía salen por él muchos metales y lanas de Bolivia. La llanada que rodea á Arica es toda ella un desierto de piedra y arena; pero junto á la aldea de Lluta, situada al Nordeste, encuéntrase en el cauce del río

del mismo nombre bastante agua para cultivar un poco de maíz y de alfalfa. Toda esta comarca fué en otro tiempo más poblada que ahora, según se ve en las ruínas de edificios que en ella se encuentran y en los muchos sepulcros de los que se han sacado momias adornadas con ojos amarillos y muy grandes que antes de ser de ellos fueron de los calamares que se pescan en los mares vecinos.

De Norte á Sur encuéntranse á lo largo de la costa las poblaciones de Pisagua, Junin, Mejillones del Norte, Caleta Buena, Iquique y Patillos, en las que es raro que vivan familias completas, siendo los más de sus vecinos aventureros y comerciantes audaces, á los cuales dan ocupación el comercio y la industria que hay en todas ellas y cuya principal fuente son los nitratos y otras substancias químicas, beneficiadas en la pampa de Tamarugal, al Este de la cadena de la costa. La de mayor vecindario es Iquique, y debe esta ventaja sobre las demás á tres grandes peñas, antes cubiertas de guano y contra las cuales rompe el mar, viniendo así á formar el mejor fondeadero de toda aquella parte de la costa. Sin embargo, los buques no pueden atracar á tierra, haciéndose la carga y descarga por medio de gabarras. Tan raras son las lluvias en esta comarca, que las pocas chozas de barro que á mediados del pasado siglo formaban todo el caserío de Iquique, no tenían tejado. Años después llevaron viviendas de madera ó de hierro, hechas unas en la América del Norte y otras en Inglaterra, en las cuales hay hasta azoteas, y grandes espacios abiertos en las paredes para dejar libre paso á la brisa. El terreno es tan propenso á terremotos como el de Arica, pero todavía más seco, y no se encuentra en aquellos contornos fuente alguna ni la menor huerta, viéndose obligados los habitantes á traer de fuera el agua, las legumbres y las frutas, hasta que han suplido la falta de la primera con grandes máquinas destiladoras que la saca del mar. Después hicieron un acueducto que lleva el agua de Pica, tomada de una cañada alta de los Andes. En el riego de las calles emplean el agua del Océano, quedando aqué las sembradas de miles de cristales que reproducen la luz del sol, multiplicándola como si el suelo estuviese sembrado de diamantes. También se ha conseguido á fuerza de riego sembrar y dar vida á algunos árboles, los más de ellos pinos de Norfolk, que crecen en la plaza principal y en el paseo, situado á lo largo de la playa. Pero este riego cuesta muy caro y no puede Iquique permitirse el lujo de plantar en sus alrededores algunos

árboles más que quiten monotonía al árido desierto de arcillas compactas, movedizos médanos, rojizas y cenicientas peñas, teñidas de violáceos matices por el sol poniente.



Vista general de Iquique. (Dibujo de Weber.)

En la misma proporción que el comercio prospera en Iquique la industria metalúrgica, extendiéndose al Sur de la ciudad una gran barriada de fábricas, talleres y muelles del puerto, de modo que en Iquique domina en todo la Gran Bretaña, cuyos

hijos han construido también los ferrocarriles que van de dicha población á la aldea de la Noria y á los yacimientos de salitre de aquellos alrededores. Desde este punto salen otras muchas vías que, apartándose unas de otras, tocan en todos los demás depósitos escalonados en la vertiente oriental de la sierra de la costa, para bajar luego dando rápidos rodeos al puerto de Pisagua. En esta provincia, llamada de Tarapacá del nombre de un pueblecillo de la meseta salina de Tamarugal, situado á la salida de un valle de la Cordillera, beneficiábase antiguamente la plata con preferencia á los demás metales, hallándose los principales criaderos cerca del poblado de Huantajaya, á unos 15 kilómetros de Iquique hacia el Este y á 1.000 metros de altura. Rodéanla montañas en que hay muchas vetas de plata, y desde el año 1566 en que se descubrieron las minas, se ha sacado de ellas mineral por valor de miles de millones de pesetas. Pero ahora están casi del todo abandonadas, beneficiándose en lugar de ellas las de salitre, conocidas de antiguo, pero despreciadas. El primer guano que se sacó para la exportación fué el de los peñascos de Iquique, del que á principios del siglo XVIII, cuando estuvo Frézier en aquella población, se enviaban á los labradores del Perú diez ó doce goletas cargadas. En 1827 quedaron completamente limpios.

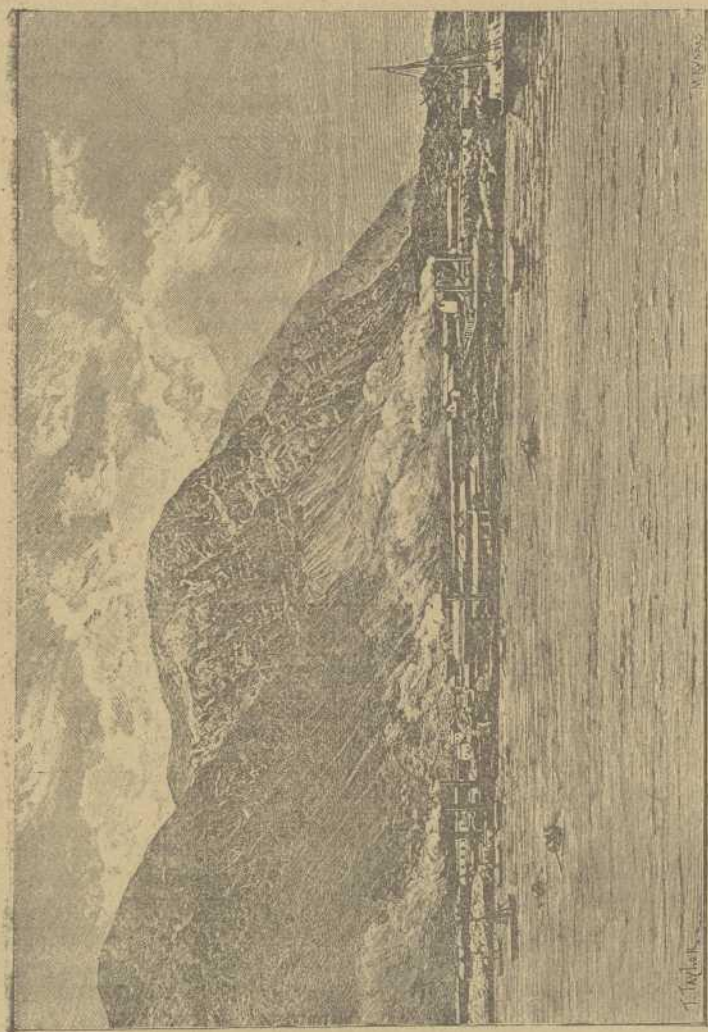
Al Oeste de la pampa de Tamarugal, acompaña á la vía férrea una larga línea de fábricas provistas de los más perfectos aparatos y de las mejores máquinas. Trábase en ellas día y noche, supliendo la luz del sol con la eléctrica, y así se saca tanto nitrato, que representa miles de millones de toneladas y muchos millones de pesetas. Aseguran los ingenieros que aún hay bastante salitre para producir anualmente igual cantidad durante muchos años, en cuyo tiempo las ganancias serán á medias del Gobierno chileno y de los industriales ingleses; pero es probable que suceda lo que con el guano, que se acabó mucho antes de lo que calcularon los que le beneficiaban. Pero mientras dura, tienen estas áridas regiones, que parecían condenadas á perpetua soledad, mayor comercio que ninguna otra de las más ricas de Chile en minas ó en agricultura, y dan materia al comercio de Iquique y de Pisagua y además al de los puertos que entre ambos se hallan. Uno de ellos es Caleta Buena, al que bajan las mercancías en un ferrocarril automotor por un plano inclinado que comienza á la altura de 40 metros. Cerca de 30.000 trabajadores (contando las mujeres y los niños) viven en torno de las fábricas y almacenes de la Compañía extrac-

tora de los salitres, y de las mesetas van muchos bolivianos, tanto hombres como mujeres, á hacer oficio de cargadores y revendedores, en el que suelen ganar bastante. El pueblo de Pica, situado en una cañada de los Andes, al Mediodía de Tarapacá, da el agua y muchas de las cosas necesarias en estas poblaciones, tales como hortalizas, algunas raíces y alfalfa; pero además trabajan los ingenieros por sacar provecho á la tierra de las pampas, para lo cual le quitan la capa salobre hasta llegar á la arena húmeda, donde plantan alfalfa mientras la salinidad del suelo no lo impide. A estos pedazos de terreno, de alguno de los cuales se consigue al fin sacar un buen partido, llaman *canchones*.

El puerto de Patillos, cuyo nombre viene de tres peñascos de su bahía que parecen patitos nadando en las aguas, tiene también comercio de salitre, pero mucho menos que Iquique, por no hallarse aún terminada la red de ferrocarriles que le ha de comunicar con las salinas de la meseta, las cuales no son menos ricas que las del Norte y podrán sustituirlas cuando éstas se agoten. Junto al promontorio denominado Pabellón de Pica, á los pies y al Norte del monte Carrasco, había ricas minas de guano que se beneficiaron antes que las de las islas Chinchas, quedándose Patillos sin esta riqueza. El terremoto que en 1877 destruyó á Iquique y Arica, lanzando sobre estas poblaciones las aguas del mar, arrasó también á Pabellón, no dejando en pie ni dos casas de las 400 que tenía.

Al Sur siguen otros puertos, como son Huanillos, Tocopilla, que tiene fundiciones de cobre, y Cobija ó La Mar, único que tuvo Bolivia en el Pacífico, pero que nada pudo aprovechar del monopolio del comercio boliviano por ser malo, hallarse distante de las ciudades principales de la nación y no tener caminos que con ellas le comunicasen. Aún está peor colocada la población de Tocopilla, encerrada en una estrecha playa, entre una sombría cortadura y el mar bravío. A pesar de estos inconvenientes tocan en ella algunos barcos, atraídos por las aguas que hay en el interior, en el sendero seguido por las recuas que van á las minas de Caracoles. Mucho mejor situación es la del puerto de Mejillones del Sur, que, como el del Norte (el que está entre Pisagua é Iquique), se halla en la playa meridional de una bahía en la que hay infinidad de conchas, á cuya abundancia debe el nombre. Aventaja al otro Mejillones en lo abrigado del fondeadero, al cual resguarda un alto cerro, llamado Morro Mejillones (870 metros), que estuvo cubierto de guano.

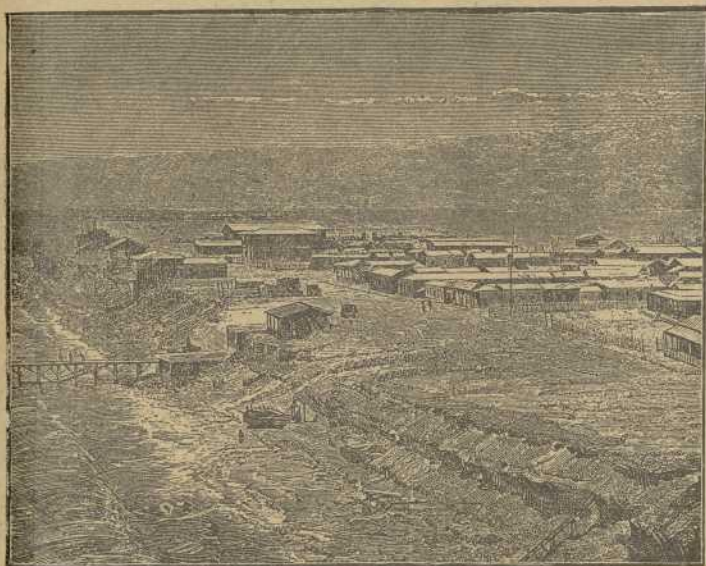
Tan buena defensa le hace del Sudeste, viento constante en esta parte, que la mar nunca se alborota, ni hay oleaje alguno, no estando allí menos seguros los barcos que en una dársena,



Vista de Tocopilla (Dibujo de Taylor.)

á cuyas favorables circunstancias se añade la de no haber una sola peña ni escollo en que puedan tocar. Parece que á Mejillones del Sur nada le falta para ser puerto de las mesetas meridionales de Bolivia, y se pudo creer que sin falta alguna lo sería

cuando por haberse descubierto en las montañas de la Cordillera Occidental los ricos criaderos de plata de Caracoles (1870), se vió poblada en poco tiempo y con almacenes, muelles y hasta un ferrocarril destinado á unirla á las mesetas. Pero en el lado opuesto de la sierra costera á que sirve de avanzada el Morro Mejillones, nació una ciudad rival, que si bien no tenía puerto, tuvo mejor fortuna, pues acudió á ella más dinero, la cual en poco tiempo se sobrepuso á su vecina. Un terremoto

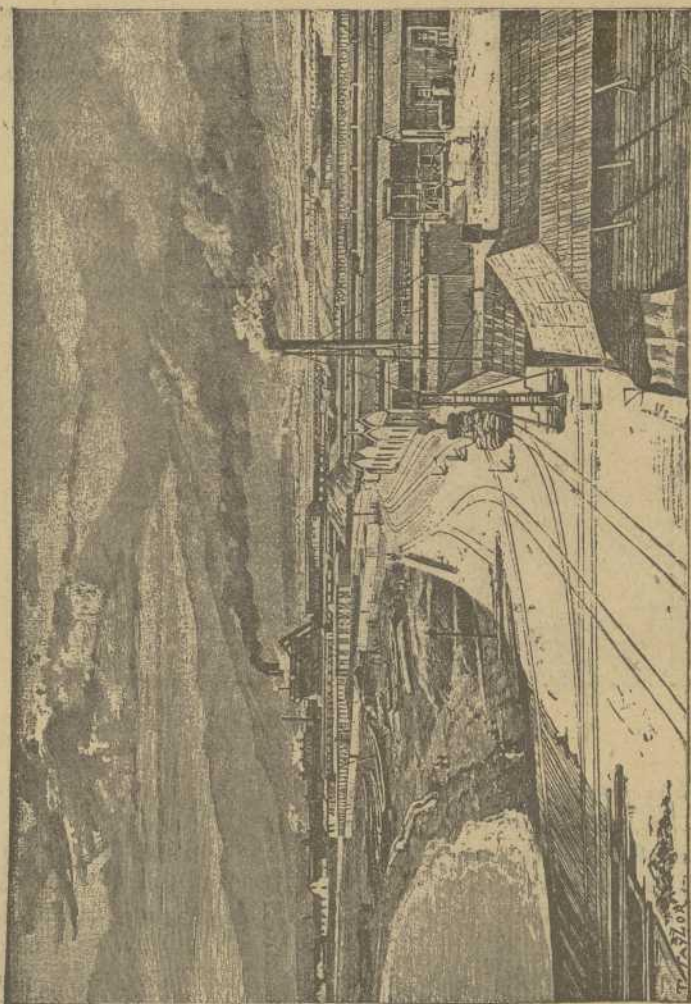


Vista de Mejillones. (Dibujo de Moynet.)

acabó la destrucción de Mejillones en 1877, y ocho años después, en 1885, hallábase casi desierta.

Antofagasta, que así se llama la ciudad afortunada, aseméjase á Iquique en la apariencia, en la historia y en la rapidez de su prosperidad y engrandecimiento. Si la una debe su esplendor á los nitratos, la otra lo funda en el mineral de plata, pero sin gozar de toda la ganancia de este comercio ni llegar, por tanto, á la riqueza de aquélla. á pesar de que el ferrocarril que sube de Antofagasta á las mesetas tiene sobre el de Iquique la notable ventaja de penetrar mucho más adelante en el continente, dejando atrás á todos los otros de la parte oriental de los Andes, pues llega á 900 kilómetros del mar. El viaje dura en

esta línea tres días, acabando la primera jornada en las minas de Caracoles, así llamadas de los fósiles que los mares jurásicos dejaron sobre el pórfido al retirarse. En una hondonada del desierto de Atacama, á 2.980 metros sobre el mar y á los pies de



Los muelles de Autofagasta (Dibujo de Taylor.)

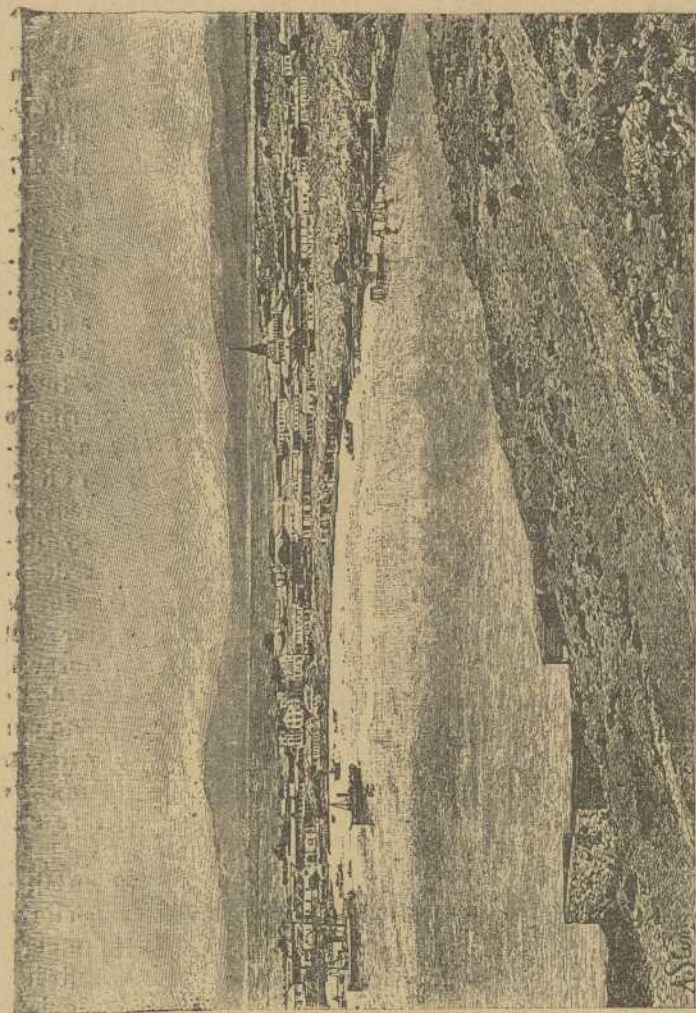
una sierra volcánica que se levanta del lado de Oriente, se halla la aldea de la Placilla, que es la más alta de la región minera y que está unida al ferrocarril por un ramal. A esta árida comarca, á la que hay que llevar las cosas más neces-

rias para la vida, incluso víveres, combustible y hasta agua, han preferido los constructores de ferrocarriles para entrar en Bolivia, la menos ingrata en que están las minas de Huanchaca, aún más ricas que las de Caracoles, y donde se ofrece algún descanso á los que suben la cuenca del Loa, en la que uno tras otro se encuentran el pequeño oasis de Calama, la «Reina del Desierto» y el de Chiuchiu, de donde mandan á Antofagasta frutas y legumbres. A esta altura, que pasa de 2.000 metros, aún lleva aquel río alguna agua, proveniente del derretimiento de la nieve, cruzándole el ferrocarril por un viaducto de 357 metros de longitud y 129 de altura.

La costa corre al Sur de Antofagasta árida y peñascosa, desnuda de árboles y dominada por altos cerros. Junto á las caletas, mejor guardadas del viento y del oleaje, hay varios pueblecillos y alguna población, nacidos todos del comercio de minerales, plata, oro, cobre, sal y salitre. De estos lugares es Blanco Encalada, así llamado de uno de los héroes de la Independencia; Paposo, junto á los linderos del antiguo territorio peruano, puerto por donde salen los cobres del Rebentón; Tal-tal, uno de los buenos puertos de comercio que hay en Chile, sobre todo para la salida de mercaderías, y en cuyos alrededores, como en los de Iquique y Antofagasta, hay fábricas y fundiciones importantes, partiendo también de él hasta los depósitos de salitre de Cachinal (2.270 metros), á los pies de los Andes, un ferrocarril; Pan de Azúcar, que toma nombre del picacho de cierto islote vecino y al que vienen por ferrocarril los cobres de Carrizalillo; y, por último, Chañaral (llamado de las Animas para distinguirlo de otros Chañarales), puerto por donde se saca mineral de plata y de cobre, y el bórax que llevan de Chañaral Alto y de algunos valles de los Andes y parajes de la llanura que se extiende hasta éstos, donde también se encuentra.

La ciudad de Copiapó, importante por sus minas, aventaja á las nuevas poblaciones de la costa en que tiene su historia. Está tierra adentro, á 395 metros de altura y en la orilla derecha de un río, ahora seco, al que vienen á juntarse infinitos cauces que cortan los campos de más arriba. Vivían en Copiapó los indios copayapus y fué la primera que poblaron los españoles en Chile. Era la puerta por donde entraban en esta provincia los que venían de cruzar el desierto de Atacama; pero no alcanzó prosperidad hasta que Juan Godoy descubrió, el año 1832, á unos 80 kilómetros de ella, cerca de Chañarillo, las

minas de plata, de donde tantos tesoros se han extraído. El puerto de Copiapó es Caldera, que está al Noroeste, á 82 kilómetros de distancia, y entre ambas corre una vía férrea, de la



Vista general de Caldera. (Dibujo de Stom.)

se parten otras para ir á morir en los diferentes criaderos de la comarca. Esta vía se construyó en 1851, antes que ninguna de las del vertiente del Pacífico, siendo la segunda de la América del Sur, donde sólo la de Demerara, en la Guayana inglesa, la

vence en antigüedad. Copiapó tiene mucho comercio con Famatina, población argentina, con la que comunica por el puerto de Come-Caballos y otros también no menos altos. Muy en breve habrá entre ambas poblaciones un ferrocarril que excusará á los viajeros las fatigas y trabajos del paso de los montes. En el camino hay un pueblo llamado Imilac, en el que han caído muchas piedras meteóricas.

Sigue al Sur de Copiapó la zona minera y continúan también viviendo unas poblaciones de la minería y otras del comercio que hacen con lo que aquéllas producen, sirviéndose de puerto. Al pie del Cerro de la Pata hállase Yerbabuena, la que comunica con Carrizal Bajo, siendo ésta, con su vecina Carrizal Alto, uno de los sitios de donde se saca mayor cantidad de cobre. El valle de Huasco, que al Sur de ellas se abra, es tierra diferente de la que hasta ahora hemos descrito, porque hay en su parte alta bastante agua para el riego de una vega como la de Vallenar, ciudad situada junto al sitio en que se encuentran dos ríos y en cuyos contornos se cosecha, entre otras cosas, muy buen vino. En el mismo valle, pero más abajo, está Freirina, poblada de mestizos y también con buena huerta. En la desembocadura de este río, llamado Huasco, hay un puerto del mismo nombre en el que se embarca uvas y otras frutas.

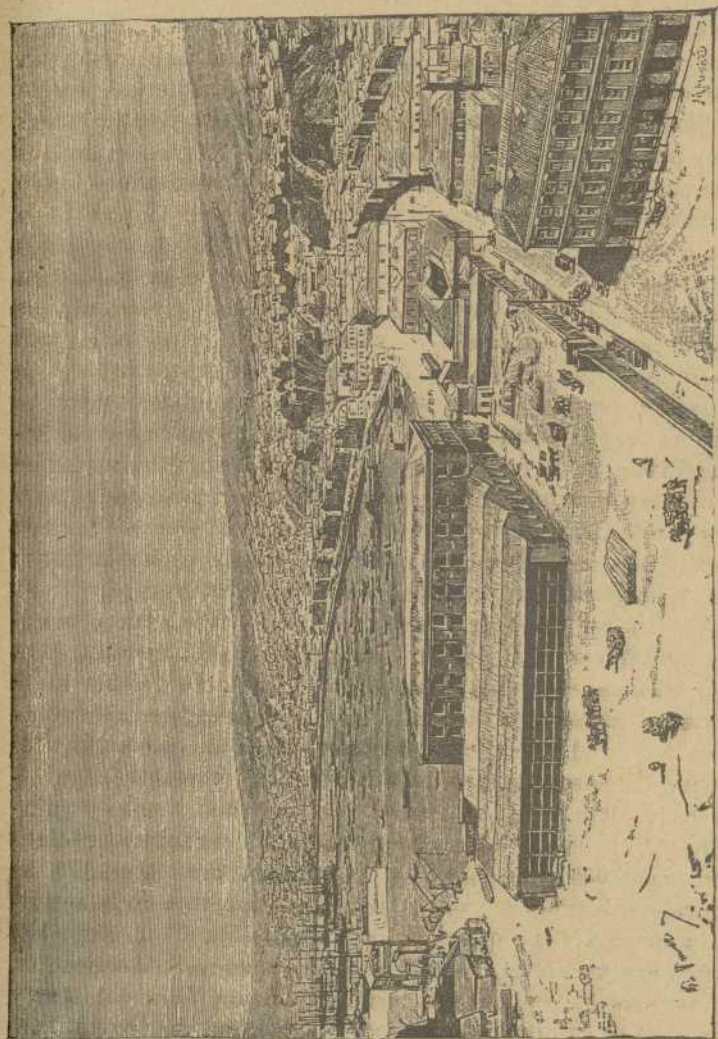
Viene después de la del Huasco la cuenca del Elqui donde no es menor la riqueza de los campos que la de las minas y donde llega á ser grande el número de pobladores, viéndose muchas más ciudades y villas que en las comarcas del Norte. En la mitad del valle está Elqui, llamado también Vicuña, rodeado de fértil huerta que da abundante cosecha de legumbres y frutas, entre éstas higos y uvas. La lleva alguna ventaja, por ser capital de la provincia, La Serena de Coquimbo, cuyas casas de ladrillos se levantan á la sombra de altos álamos, junto á la orilla meridional del río. Fué la primera colonia de españoles en la comarca y cabeza del comercio de toda ella; pero aunque la edificaron junto al mar no tiene hoy puerto, bien porque las fuerzas subterráneas hayan levantado el fondo del Pacífico, bien porque le cegaran las arenas arrastradas por las corrientes, viéndose los barcos obligados á fondear en la rada de Coquimbo, á 8 kilómetros al Sudoeste de la ciudad, paraje en que pueden estar seguros, abrigándose del oleaje una punta de la costa. En pasados tiempos sólo se extraía cobre por el puerto de Coquimbo, pero ahora es uno de los principales de la República y tiene mucho comercio de

toda clase de mercaderías. De ella salen en diversas direcciones varias vías férreas, de las cuales una sube por el Elqui hacia el Este; otra marcha al Mediodía hacia Ovalle, capital de los campos del Limarí, y otra hacia el Sudeste, á los puertos de Rivadavia y Tongoy, que son como dependencias del suyo. Con las mercaderías que viajan por estos ferrocarriles se acrecienta el comercio de Coquimbo. En esta porción de la costa hay algunos puertos pequeños, como son El Papudo y la bahía de Quintero, mejor situada y más segura que lo era la de Valparaíso antes de que ésta tuviese los muelles y malecones que la abrigan, y que ocupa al Norte del río Aconcagua análoga posición que la de ésta al Sur del mismo. En ella desembarcó el pirata inglés Cavendish.

Este río Aconcagua, puede decirse que corta en dos partes exactamente iguales el largo territorio chileno. Por él pasa el ferrocarril que une la capital de la República al principal de sus puertos, y á él viene á parar el camino más importante de los que cruzan la Cordillera, desembocando en Santa Rosa de los Andes (más conocida por «los Andes» á secas), ciudad chilena que del lado occidental de aquella sierra corresponde á la argentina Uspallasta. Santa Rosa de los Andes está á 830 metros sobre el nivel del mar, en la hoya, hoy seca, de un antiguo lago, entre frondosas alamedas que dan sombra á los caminos y esconden el caserío, haciéndola parecer de lejos, más que población, grupo de casas esparcidas en un bosque. Algo más abajo encuéntrase San Felipe de Aconcagua, en una hoya sin agua por la que cruza el río Putaendo que baña la ciudad de San Antonio de la Unión ó de Putaendo. A orillas del río siguen luego otros poblados hasta Quillota, en busca de cuya feracísima vega ha dado la vía férrea de Santiago á Valparaíso un largo rodeo hacia el Norte. Al Mediodía de Quillota levántase, sobre una de las lomas de los montes que separan á aquellas dos ciudades, la población de Limache.

Los indios llamaban Quintil á Valparaíso. Su nombre actual se lo dió el conquistador Saavedra en memoria del pueblo de Valparaíso, de Castilla la Vieja, su patria, á pesar de merecerlo tan poco este terreno de montañuelas rojizas unas y cenicientas otras, con pocos y achaparrados y raquíticos árboles que sólo podían agradar á la vista de los que la traían fatigada por las tristes costas del Perú, abrasadas y arenosas. Este puerto, ahora tan importante, fué muchos años pobre aldea á merced de los piratas, y en 1578, teniendo sólo 250 habitantes, le entró á saco

el famoso Drake, al que siguió diez y seis años después Ricardo Hawkins, socio de la reina Isabel de Inglaterra en estos robos. Pero el estar Valparaíso en la parte de la costa más cercana á



Valparaíso. La ciudad vista desde el puerto. (Dibujo de Panny.)

la capital y á los campos chilenos de mayor feracidad, aseguró su existencia y le hizo hermanar su suerte con la de aquel antiguo reino; de modo que desde entonces han crecido juntos, á pesar de que el puerto no es bueno, faltándole abrigo, sobre todo

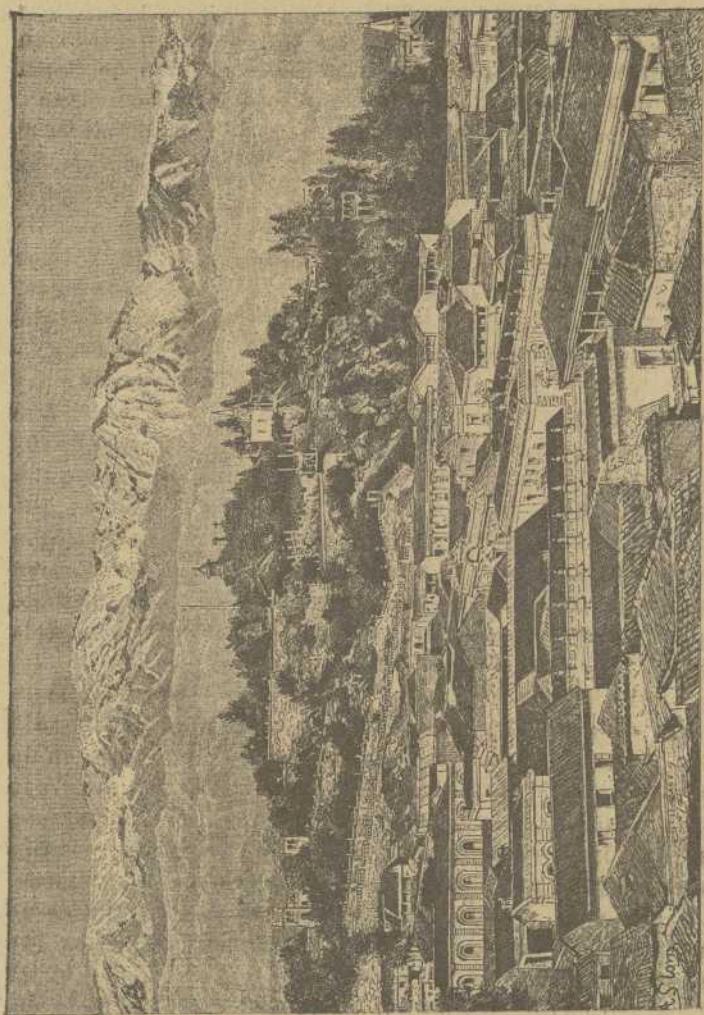
contra los vientos del Norte, que soplan en él sin que se oponga á su paso ningún obstáculo. Al Oeste le da algún resguardo una punta que entra un poco en el mar, aunque no lo bastante, lo que se ha procurado remediar con diques y malecones que la adelanten y completen.

La ciudad extiéndese á lo largo del mar, entre el cual y un cerro corren, primero un largo muelle y luego tres calles paralelas cortadas por otras transversales, estando construídas las dos primeras sobre una playa de algunos cientos de metros de ancho, formada, no se sabe si por haberse levantado el fondo del Océano, movido por algún terremoto, ó por el trabajo de las olas. Suspensos de las laderas de los cerros dilátanse largos arrabales á los que se sube de la parte baja de la ciudad en ascensor, siendo unos barriadas de gente pobre, y otros lujosas casas de campo con kioscos y jardines, desde los que se goza la vista de la ciudad, el puerto, los montes y el mar. No hay en Valparaíso grandas monumentos, pero sí edificios vastos é importantes, entre ellos arsenales, astilleros, fábricas y la Escuela Naval. En la rada entran y salen muchos barcos, que representan millones de toneladas. La mayor parte del comercio es con la Gran Bretaña, y tan grande es el predominio que tiene allí esta nación, que hay barrios en que se habla tanto inglés como español. Sintiéndose Valparaíso muy apretada entre los cerros y el mar, ha querido ensancharse desmontando una montañuela y arrojando los escombros al Océano para tomar á éste el espacio que en tierra le falta. Pero como no le basta este desahogo, ni el que ha podido conseguir encaramándose por las laderas que la oprimen, se ha ido estirando á los pies de ellas, hasta juntarse á Viña del Mar, placentera población de la costa donde están las casas de baños, fondas y quintas de la gente rica. Un horrible terremoto ha arruinado recientemente en 1906 gran parte de Valparaíso, pero la ciudad ha resurgido milagrosamente de sus ruinas por obra de la actividad, la energía y la riqueza de los chilenos. En el ferrocarril de Valparaíso á la capital, por Quillota y la cuenca del Aconcagua, no hay más estaciones que dicho pueblo de Viña del Mar y Salto, y en el camino que va por los montes, más corto, pero muy trabajoso, únicamente se encuentra el poblado de Casa Blanca, cuyo nombre viene de la primera casa que allí hubo y que era una posada. Queda un tercer camino por San Antonio y la cuenca del Maipó, por el cual pronto se podrá ir en ferrocarril.

Tres siglos y medio hace que Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santiago, á la que en recuerdo de Extremadura, su patria, llamó Santiago del Nuevo Exremo. Pero sobre esta denominación ha prevalecido, impuesta por el uso, la de Santiago de Chile, con que desde el principio se la distinguió de las demás Santiagos de los dominios españoles, á las cuales no tardó en sobreponerse en población y riqueza. Sobre el cerro de Santa Lucía levántase la estatua del fundador, toda de mármol blanco, y en ella se lee que en 1541 pobló Santiago con 150 hombres el capitán y primer gobernador de Chile, D. Pedro de Valdivia. Es la mejor ciudad americana de la vertiente del Pacífico después de San Francisco de California, y extiéndese desmesuradamente en proporción al número de sus habitantes, porque éstos, por aminorar el riesgo de las terremotos, hacen las casas bajas, incluso en los barrios más ricos; y como además las hay que tienen dos ó tres grandes patios y jardines con frondosas arboledas, es mucho el sitio que cada una ocupa. También son muy anchas las calles y plazas, y no pocas las avenidas ó paseos que en todos sentidos la cortan y la dan sombra con las copas de sus corpulentos árboles, pareciendo Santiago, cuando de alguna de las montañuelas de sus alrededores se la contempla, más que ciudad, dilatado y frondoso bosque. Las aguas del Maipó llegan á ella por un canal que se tardó más de veinticinco años en construir (de 1817 á 1844), y han cambiado los áridos campos de aquellos contornos en florido vergel, donde embalsaman la atmósfera los olorosos naranjos.

La ancha llanada ceñida por ambas cordilleras, en que se alza Santiago, alcanza en aquella parte una altura de 535 metros, y se extiende por espacio de muchos kilómetros en la orilla izquierda del Mapocho, tributario del Maipó y sangrado por tantos canales, que casi siempre está seco. Del lado derecho están los populosos arrabales, á los que se pasa por varios puentes. La calle principal de la ciudad, llamada la Alameda, es muy espaciosa y bella, dándola sombra cuatro hileras de álamos y estando además adornada de estatuas y fuentes que la embellecen y alegran. Todas las calles y paseos tienen vistas de monte por cualquiera de sus extremos; pues del lado del Oeste se descubren las cumbres, unas rojizas y otras celicientas, de los montes de la costa, y del opuesto los primeros estribos de la Cordillera de los Andes y el boquete del Mapocho alto, cuya risueña cuenca sube hacia los blancos picachos. Según se adelanta hacia la Plaza por excelencia, se ven crecer

y apiñarse las casas, y llegando á aquella se descubren la Catedral, el Ayuntamiento, la Casa de Correos, con el aditamento de los principales y más concurridos comercios de la ciudad,



Santiago. Vista del Cerro de Santa Lucía con los Andes en el horizonte. (Dibujo de Siom.)

abiertos en los soportales, donde, como en las otras calles del centro, hay el concurso de gente que podía esperarse de una capital que se titula con justicia el París de los Andes. El peñasco volcánico de Santa Lucía, que á 70 metros de altura se levanta á

Oriente de Santiago, se ha urbanizado del todo; pero no con grandiosas edificaciones como las del Acrópolis de Atenas, sino cubriéndose de jardines, plantíos de flores exóticas, fuentes de mármol, kioscos, cafés y hasta un teatro y otras construcciones que notablemente lo embellecen. Desde su cumbre descúbrese una hermosísima vista de la ciudad, con sus paseos, su vega, y á lo lejos el semicírculo de montañas que cierra el horizonte. Los astrónomos Gilliss, Moesta y Obrecht han averiguado, con la ayuda de aparatos micrométricos, que este montecillo se hincha todos los días con el calor de los rayos solares.

Santiago tiene monumentos públicos de bastante mérito, entre ellos la Universidad con sus diversas facultades, el Instituto Nacional, las Escuelas de Agricultura, Minas, Artes y Oficios, Ingenieros industriales, Pintores, Escultores, el Conservatorio de música y la Academia militar, esta última muy importante en nación que tan aficionada se ha mostrado á las empresas guerreras. Fuera de la ciudad está el Observatorio astronómico, en el que á la suntuosidad del edificio corresponde la importancia de los trabajos científicos que en él se hacen. Además de la Biblioteca pública, donde hay sobre 90.000 tomos y 40.000 manuscritos y que es la más copiosa de cuantas poseen las naciones andinas, tiene cada Escuela la suya propia, y algunas son muy buenas. También cuenta Santiago con un Museo de Bellas Artes, y anualmente hacen los artistas santiaguenses una Exposición de sus obras como los de las ciudades más populosas de Europa. El Museo de Historia tiene una colección completa de animales sudamericanos y un herbario de muchos miles de plantas cuidadosamente clasificadas. Para el estudio de los vegetales vivos hay Jardín Botánico, en el que se cuidan más de 2.400 especies de las generalmente cultivadas, una granja modelo llamada Quinta Normal que sirve de paseo, y se aprovechan también los parques y jardines de la ciudad y de sus arrabales. No son los vecinos de Santiago tan dados al comercio como los de Valparaíso, pero en cambio tienen cincuenta sociedades científicas, literarias y artísticas. Entre ambas ciudades hay esta gran diferencia: que Valparaíso (el *puerto*) es mercantil y cosmopolita, y Santiago (la *ciudad*) consagra mucha parte del tiempo á la política, los estudios y las diversiones, y es chilena.

En la guerra de la Independencia y en la contienda entre los congresistas y el dictador Balmaceda, la suerte de las armas se decidió en los alrededores de ambas ciudades. El campo de

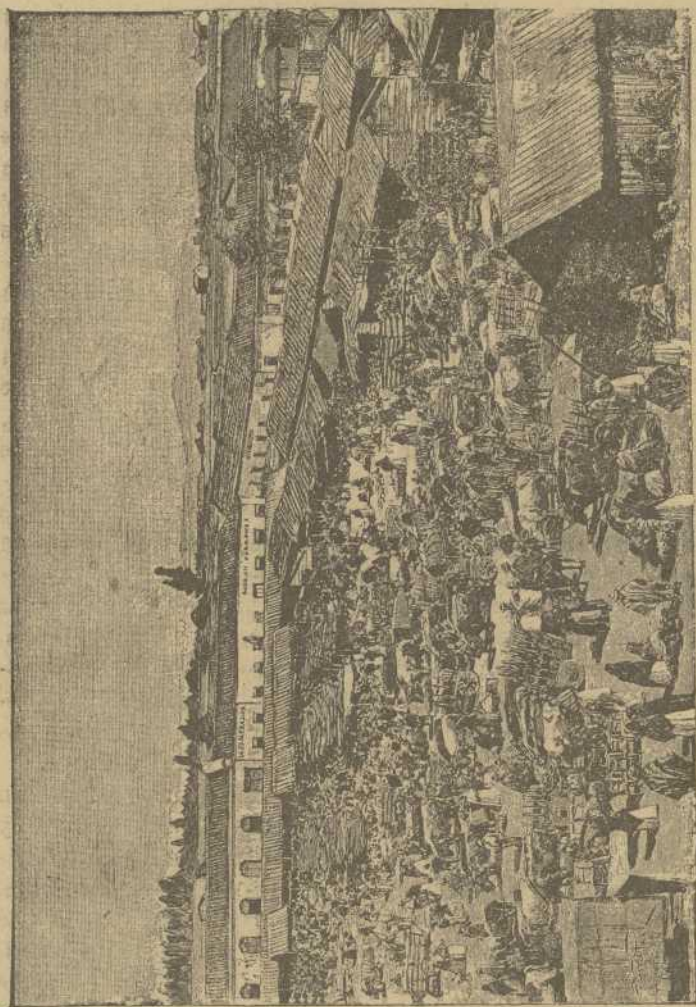
batalla de Chacabuco, donde San Martín con sus 3.000 soldados venció á los españoles después de haber transpuesto la Cordillera por el indefenso puerto de los Patos (1817), está al Norte de la capital y al pie de la loma de Chacabuco que separa la cuenca del Aconcagua de la gran llanura que se extiende á lo largo del Chile del Sur. Poco después de aquella batalla hubo que dar otras, no logrando el triunfo los republicanos insurrectos hasta el año siguiente á orillas del Maipó al Mediodía de Santiago. En la guerra civil última estaban de un lado los que se apellidaban defensores de las leyes, á quienes ayudaban las provincias del Norte con la riqueza de sus minas y que poseían también las aduanas, y del lado contrario el presidente, obedecido por las provincias del Sur y por todas las instituciones del Estado, menos la Marina. Aquéllos tenían cantidad de dinero; éste le lograba con nuevas contribuciones y empréstitos, y tenía en contra suya la gran fuerza de la opinión. La batalla de Viña del Mar, dada junto á las improvisadas fortificaciones de Valparaíso, fué contraria á Balmaceda, entrando vencedores en Santiago los congresistas.

La cuenca del Mapocho, que es continuación de la del Maipó hacia el Sur, está casi cerrada por la sierra de la costa, asilo en otro tiempo de partidas de bandoleros formadas de soldados licenciados de la guerra de la Independencia, que infestaban las empinadas veredas que cruzan aquellas asperezas. En estos parajes se encuentra la población de Melipilla, donde se trabaja en alfarería, se hacen ponchos y se cosechan buenas frutas, de todo lo cual se manda buena cantidad al puertecillo de San Antonio. De San Antonio va una vía férrea hasta la boca del Maipó, cerrada por una barra que impide el paso á los barcos. Por medio del valle que corre de sierra á sierra va el ferrocarril, acompañado de una carretera, pasando ambos por las ciudades de mayor importancia, de las cuales la primera y principal es San Bernardo, sobre la que se levanta una montaña acabada en dos puntas. Después siguen estaciones de menos cuenta hasta que se llega á Rancagua, pueblo rico, poco distante de la orilla derecha del Cachapoal, uno de los ríos de que se forma el Rapel, y cercano á las fuentes termales de Cauquenes, á las que acuden más enfermos que á las otras de Chile. Hállanse estas aguas al Sudeste de la población, son cloruradas y yodadas y salen á luz con diversas temperaturas. De Cauquenes parten en todos sentidos muchas sendas que salvan la Cordillera.

Una tras otra vienen en la cuenca del Rapel, Rengo y San Fernando, y después Curicó, cerca del Mataquito, poblada á mediados del siglo XVIII, y una de las de más comercio de Chile después que se construyó el ferrocarril. A ella conduce el camino que viene de la Argentina pasando por el Planchón, y además proyectan sus vecinos un ferrocarril que entrando en la cuenca del Llico debe ir á parar al lago de Vichuquen, suerte de albufera de 1.500 hectáreas de extensión y 35 metros de profundidad, y en el que podrían hallar abrigo infinitos barcos, pero es necesario para ello abrir del lago á la rada de Llico un canal cuya boca habría que defender con muelles y rompeolas. Más poblada y de mayor comercio que Curicó es Talca, ciudad de la fértil cuenca del Maule, que debe su riqueza á la situación que tiene en el centro de éste, junto á un ramal del ferrocarril por el cual comunica con el puerto de Constitución (antes Nueva Bilbao), población de la margen meridional de la boca del Maule, circundada de ribazos, y que á pesar de los inconvenientes que tiene la barra del Maule, donde no hay más de un metro de agua en baja mar, ni se puede entrar con viento Oeste, va, sin embargo, prosperando. Constitución sería uno de los primeros centros del comercio de Chile si, como proponen algunos ingenieros, se hiciera un puerto en cierta caleta de la costa, ó si, como aconsejan otros, se canalizase la barra, pues por ella sale cuanto producen Talca y las campiñas que la rodean, principalmente trigo, harinas, lanas, vinos y maderas de construcción. Los productos del departamento de Cauquenes, así denominado de la ciudad de Cauquenes (de igual nombre que las aguas termales antes mencionadas), que es la capital, salen por el puertecillo de Curanipe.

También tienen bastante comercio Linares, Parral y San Carlos, estaciones del ferrocarril que cruza el valle central, y después de las cuales viene Chillán, junto al río Ñuble, tributario del Itata. Es ciudad principal, de las más ricas de Chile, con feria de ganados famosa en toda la República, y de la que ha tomado nombre uno de los principales nudos de la cordillera. Tiene comunicación por el poblado de Bulnes (nombre de un general heroico de Chile) con el puerto de Tomé, en el golfo de Talcahuano, pero el camino principal sigue hacia el Sur para entrar en la cuenca del Biobío, por la que va hasta la Araucanía. Toda esta comarca es de las más pobladas de Chile, y aún ha de serlo más, por la suavidad del clima, no menos sano que templado, el favor que da al comercio la facilidad de

las comunicaciones por haber un río navegable, los muchos puertos de la costa, la feracidad del suelo y las muchas y ricas minas. Las demás comarcas de la República, unas son ricas



Un mercado en Chillan. (Dibujo de Taylor.)

por sus minas y otras por su agricultura, pero en ésta que cruza el Biobío la riqueza del campo y la de los criaderos están juntas.

Con la fundación de Concepción comenzaron los españoles

á poblar esta parte de Chile. A fines de 1549 salió Valdivia de Santiago después de haber hecho testamento, seguido de 200 hombres, con cuya reducida hueste proponíase extender la conquista hacia el Sur y la empezó levantando las primeras casas de dicha ciudad de la Concepción en Marzo de 1550. Muerto tres años después Valdivia cerca de Tucapel, tuvieron los españoles que salir de la ciudad, á la que volvieron en 1558. Los ataques de los araucanos, los terremotos y las avenidas del río la impidieron crecer, hasta que en 1752 la trasladaron sus habitantes á 12 kilómetros de la desembocadura del río en el Pacífico, donde hoy está. La ancha corriente del Biobío baña sus muelles, ofreciendo muy hermosa vista el caserío que á lo largo de ellos se levanta; pero los buques de regular calado que navegan en la mar no pueden subir el río por cerrarles el paso la barra, y esta es la causa de que tenga que hacer el comercio marítimo por diversas caletas de la vecina costa, que son Talcahuano y Tomé al Norte, y Coronel, Lota y Arauco al Sur. Delante de Concepción salva la corriente del Biobío un puente magnífico de 62 tramos y 1.864 metros de longitud, por el que pasa el ferrocarril, y que aventaja al de Sizañ, sobre el Volga, que es el más largo de Europa (1.460 metros). Del otro lado de este puente está el arrabal de San Pedro, á lo largo del cual marcha la línea férrea. Junto al río están los paseos, á los que dan grata sombra las mejores arboledas de Chile.

Los mismos 12 kilómetros que hay de Concepción al mar por el río dista de la ciudad la bahía de Talcahuano, muy resguardada del Oeste por la península de Tumbel y del Norte por la isla de Quiquirina y por una punta de la costa, cuyos resguardos cierran un magnífico fondeadero abrigado de todos los vientos y principalmente de los del Sudoeste, que son los más peligrosos de aquellos mares. En el rincón del Sur de la bahía ha puesto el Gobierno un arsenal y formado un puerto que en marea baja tiene 8 metros de agua. Es la base de operaciones de la Armada chilena en las costas meridionales de la República, y en él se juntan todas las circunstancias convenientes á tales sitios, cuales son buen fondeadero, fácil defensa y vecindad de una ciudad importante, de un río caudaloso, de minas de carbón y fundiciones. Pero al comercio suele no gustarle la compañía de los barcos de guerra, los cañones y los aprestos guerreros y menos todavía el pesado yugo de las leyes militares que en tales sitios forzosamente se han de guardar, y

huyendo de ellos van sus pacíficos barcos á otros parajes de la bahía, como son Penco, puerto del Este, en el sitio en que primeramente estuvo Concepción, y Tomé, que está cerca de la entrada y donde viene á morir el ramal de Chillán. Por estos puertos sale mucho trigo y vino, principal cosecha de la provincia, llegando la navegación de todos los de la dilatada bahía de Talcahuano á 3 millones de toneladas.

Al Sur de la bahía de Talcahuano ábrese la de Arauco, de parecidos contornos, pero mucho más espaciosa, y en cuyas playas se encuentra la ciudad de Arauco, la cual tomó el nombre que lleva de los indios araucanos, á quienes ganaron aque-



Carique araucano y notables de su tribu. (Dibujo de Parni.)

llos parajes los españoles, pasando luego dicho nombre á la bahía, distrito y provincia. Vive tranquilamente su vecindario del regular comercio que hace, mientras que el de Coronel y Lota, poblaciones de la orilla oriental de la bahía, llevan más ruidosa y agitada existencia, por tener cerca unas grandes minas de carbón, de las que han nacido muchas y muy principales industrias. Los criaderos encuéntranse en los terrenos terciarios de la costa, extendiéndose hasta 150 kilómetros al Mediodía de Tomé, y siendo de fácil beneficio en los alrededores de aquellas ciudades, donde se han formado Compañías mercantiles para la extracción del combustible. Éste no es tan bueno como la hulla inglesa, pero mucho mejor que el lignito;

y si bien al principio, cuando comenzaron á venderlo (en 1855), tuvo pocos compradores, hoy se gasta gran cantidad de él, así en Chile como en todas las naciones del Pacífico, pasando lo que se extrae de 400.000 toneladas, ó sea las dos terceras partes y algo más del que produce todo el suelo de la República. Las capas del carbón de Lota se hunden hacia el Oeste, metiéndose bajo el mar, por lo que ciertos criaderos son del todo submarinos, como sucede con uno de las mayores, que produce 350 toneladas diarias. El más hondo de todos los pozos atraviesa tres capas de carbón, la primera de un metro de grueso y la tercera de 1,60, y entra en la tierra hasta 280 metros de profundidad. En estas minas trabajan de 3 á 4.000 hombres, dados también á la agricultura una tercera parte del año, que emplean en sembrar la tierra y hacer las necesarias labores y la cosecha. La comarca de que son cabezas Lota y Coronel es la primera de Chile en industria, viéndose en ella muchas fabricas de vidriados y ladrillos y bastantes fundiciones de cobre, cuyas humeantes chimeneas son como un bosque opuesto a la espesura del frondoso jardín plantado en el promontorio que separa ambas ciudades. Cerca de la boca de un arroyo, ya fuera de la bahía, está Lebu, por donde se saca mucho carbón, y no lejos hay una tierra donde abunda el cobre, pero se beneficia poco.

Al Sudoeste de Concepción, subiendo el Biobío, se llega á Nacimiento, villa donde Valdivia puso un fuerte que los araucanos destruyeron, y más arriba está Angol, también tomada por los araucanos. Los Angeles, Mulchén, Collipulli y Traiguén, son también poblaciones araucanas levantadas en esta tierra que por la fuerza de las armas se ha ido ganando á los indios, siendo la última de ellas la más adelantada de todas. Tiene mucho comercio de maderas de construcción, de arados y de cereales, rodeándola dilatadísimos trigales, que se extienden hasta perderse de vista por los recién descuajados campos. Por Oriente pasa el ferrocarril cruzando el río Malleco por un puente magnífico de 426 metros de largo y 96 de altura.

Los labradores chilenos avanzan con mucha prisa por las orillas del río Cauten ó Imperial, y además de haberse establecido en Nueva Imperial, han penetrado hasta Temuco, á la mitad del camino de los Andes; y como esta parte de Chile es muy sana no tardarán en apoderarse de toda ella. En el siglo XVII, cuando los españoles volvieron sobre la Imperial, hallaron que los jardines de árboles frutales de Castilla allí plantados por los fundadores eran un solo bosque, muy fron-

doso y con gran cantidad de ciruelos, melocotoneros y albaricoqueros, que cubría calles y plazas. La ley de 1883 dió á los jefes de familias araucanas porciones de terreno de la comarca en que sus abuelos vivieron, y ellos han aprovechado muy bien los beneficios de dicha ley, pues viven allí 1.500 familias en posesión de 39.202 hectáreas de tierra.

El nombre de la ciudad de Valdivia trae á la memoria recuerdos de los primeros tiempos de la conquista. Es ciudad situada de muy semejante manera que Concepción, pues la baña, como á ésta, un caudaloso río, está á poca distancia del mar y tiene en la vecina costa un puerto llamado El Corral, defendiéndolo de los vientos del Oeste por unos peñascos. Cuando la comarca esté más poblada será este puerto uno de los de más comercio del Sur de Chile, pues ahora, aunque mucha parte apenas se conoce todavía y hállese cubierta de bosques y cortada de muchos lazos, sácase de ella madera, cuero y gran cantidad de ganados, fabricándose además mucha cerveza alemana, de la que se hace regular consumo, pues Valdivia es ciudad medio germánica.

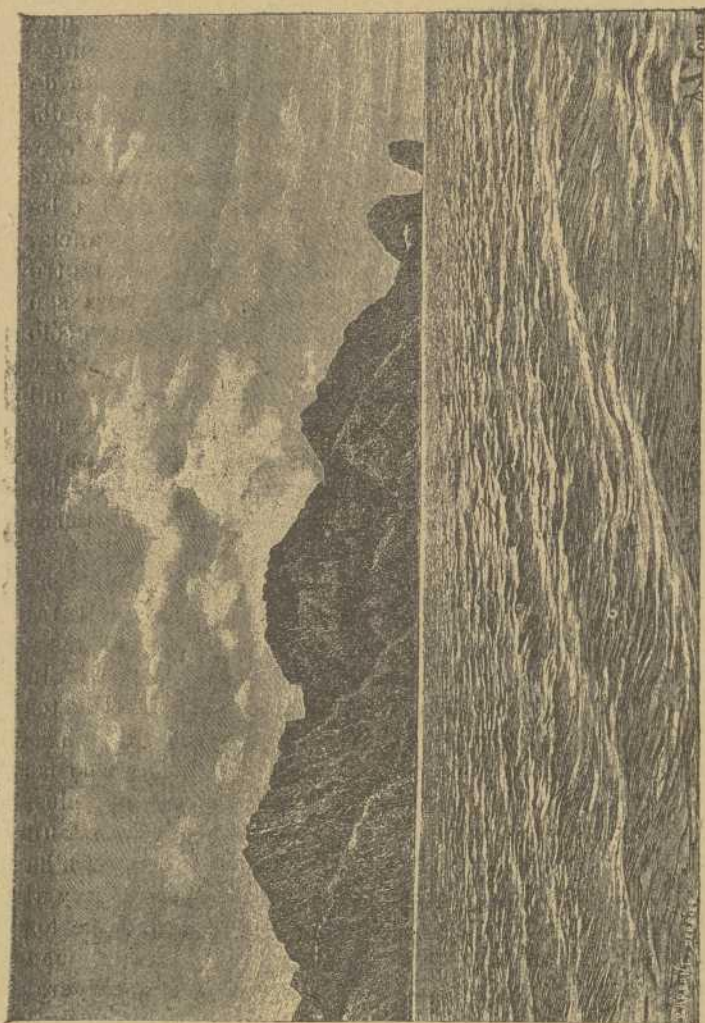
Las demás poblaciones están muy apartadas unas de otras, siendo una de ellas Osorno, bañada por un afluente del río Bueno y que ha dado su nombre á un volcán famoso, aunque de la una al otro hay más de 100 kilómetros de distancia. Pobláronla los españoles en el siglo xvi; destruyéronla los araucanos, volvieron aquéllos á poblarla en 1788, y fué, hasta mediados del siglo xix en que se establecieron en ella muchos labradores alemanes, más campamento que ciudad. Al Sur de Chile hay muchos puertos que con el tiempo vendrán á tener riqueza y comercio. Los de Puerto Felipe y Puerto Domeyko, así denominados de los dos principales exploradores de aquellas tierras, no dan tan buenas esperanzas como Maullin, favorecido por la ventaja de estar en la boca del río Maullin, con ría navegable y cerca del Estrecho de Chacao, que separa del continente la isla de Chiloé; ni como Calbuco, que guarda la entrada del mencionado Estrecho por la parte de Oriente; ni como Puerto Montt (antes Melipulli), pueblo admirablemente colocado cerca de la entrada del golfo de Reloncaví, en el paraje en que viene á perderse en el mar la llanura central de Chile. La población de Puerto Montt empezó en 1853, y aunque todavía es pequeña, la nueva ciudad va teniendo mucha importancia y exporta, además de lo que se coge en aquellos campos, gran cantidad de madera de los vecinos bosques.

Chiloé es continuación del Chile del Sur, así en el clima como en el suelo, cultivos y habitantes, no habiendo ninguna diferencia de las ciudades de tierra firme á las de la isla. En una lengua de tierra de la costa oriental está Castro, fundada en 1566, escondida tras un peligroso archipiélago, del que procuran apartarse los barcos, y á cuya desfavorable circunstancia debe el no haber pasado todavía de la condición de pobre aldea. También el Estrecho que separa á Chacao del Continente tiene muchos escollos y fuertes corrientes, y huyendo de unos y otros, se ha corrido el comercio hacia el Oeste, donde está Ancud, antiguamente llamada San Carlos. De la playa al fondeadero de los barcos hay bastante distancia, pero la bahía es grande y está muy resguardada. En otro tiempo acogíanse á ella muchos balleneros, pero ahora son contados los barcos de esta clase, llegando á Ancud tan sólo los de comercio, que allí van á buscar productos de la tierra y madera de construcción. Todos los años pasan más de dos mil chilotas á los archipiélagos del Sur, donde cortan maderas y cazan focas, volviéndose después á su isla; pero la mayor parte de los que salen de ella, en vez de encaminarse hacia las desiertas tierras meridionales, van á las ciudades de tierra firme.

A las infinitas islas de la región magallánica, recortadas por innumerables canales y *fiords*, van pocos colonos; natural consecuencia de lo desabrido de aquel clima, donde tantas y tan fuertes son las tormentas, los aguaceros y las nieves. Sin embargo, poco á poco se va aficionando el comercio á ciertos sitios, por los que empieza ya la población de aquellos inhospitales parajes. A orillas del río Pulana, junto á una de las mejores y más cómodas entradas de los Andes Meridionales, hay una hacienda para la cría de ganado, perteneciendo á un solo dueño 200.000 hectáreas de tierra laborable. Un alemán ha fundado la aldea de Melinka en una de las islas Guaitecas, y al Sur de los grupos de Chonos y Wellington se hallan los puertos de Otway y Conway, á los que en día de tempestad se acogen muchos barcos. También encuentran abrigo seguro, madera, pastos y excelente aguada en las obras de Puerto Edén, al Mediodía de los English Narrows, de Puerto Bueno, en la desembocadura del Estrecho de Smyth, del lado del Norte, y de Muñoz Gómero en el lado opuesto del mismo, en la Tierra del Rey Guillermo.

Los muchos naufragios y muertes que ocurren en las costas

del Estrecho de Magallanes y de la Tierra del Fuego, sembradas de tantos escollos y arrecifes, azotadas por tan fieras tempestades y copiosos chubascos, enfriadas por nieves y hielos



El Cabo Pilar en la entrada occidental del Estrecho de Magallanes. (Dibujo de Slom.)

nunca vistos, y desprevenidas de todo humano socorro, por estar desiertas las tierras que á espaldas de sus montes se esconden, las habían dado siniestra fama entre las gentes de mar, y de ello son testigos nombres tan expresivos como

Puerto del Hambre (en el Estrecho de Magallanes), i. bahía de *No entres*, en la isla Dawson, y el *Puerto de las zozobras*, en la Tierra del Fuego. Un Estrecho como el de Magallanes, que tiene 560 kilómetros de longitud, y en el que navegan muchos vapores y aun barcos de vela, no podía dejar de tener algún puerto de escala. El insigne piloto Sarmiento fundó á fines del siglo xvi la ciudad de San Felipe, para que en ella pudieran descansar y repararse los barcos; pero aunque eligió muy bien el sitio y era hombre de gran osadía y perseverancia, no pudo llevar á feliz término su empresa, siéndole tan contraria la fortuna, que la que había de ser cabeza de la navegación del Estrecho acabó á poco de fundada, y mereció el triste nombre de Puerto del Hambre. Siguieron desiertas aquellas costas años y siglos, y tan sin comunicación con el mundo, que la correspondencia quedaba guardada en una de las puntas del Cabo Franward, donde la tomaba el primer barco que pasase. Había una bandera que señalaba el sitio en que estaba la caja ó tonel guardador de las cartas.

El general Bulnes, presidente de la República de Chile, pensó llevar adelante la obra de Sarmiento, para lo cual puso una pequeña guarnición en Puerto del Hambre, de donde al cabo de algún tiempo le trasladó á la Península de Brunswick, un poco más al Norte, pero en la misma orilla. La ciudad de Punta Arenas, fundada en 1851, prosperó poco al principio, y sólo sirvió para lugar de destierro de criminales, pero al cabo de algún tiempo comenzó á tener industria y á crecer. Está en la punta de un arenal, según su nombre indica, y no es agradable ni bonita, pero en cambio tiene grandes ventajas para la recalada de los barcos. Cerca de ella hay criaderos de oro, que se benefician desde 1868, y también minas de carbón, lo que todavía es de mayor importancia para su riqueza. La principal industria de sus moradores es la ganadería, habiendo grandes rebaños en tierra firme y en la del Fuego, sobre todo en los alrededores de la bahía Gente Grande. En toda la costa hay ranchos cuyo ganado va á Punta Arenas de donde también sacan los pastores lo necesario para su subsistencia. En esta ciudad residió la Comisión científica que fué á las comarcas del Polo Austral á estudiar el paso del planeta Venus por el disco solar.

Las islas que posee Chile en el Océano están muy poco pobladas y algunas desiertas, como las de San Félix y San Ambrosio. Todas ellas dependen en lo administrativo de la provincia

de Valparaíso y producen menguados rendimientos, porque no contienen otra cosa que escasos y raquíticos arbustos y montones de guano depositados en ellas por las focas. En las de Mas á Tierra y Mas Afuera no había más habitantes que las cabras que allí dejó Juan Fernández y los gatos que escapados de los barcos quedaron en ellas, haciéndose monteses. Más adelante comenzaron á recalar en sus costas para abastecerse de carnes y de agua los buques filibusteros que pirateaban por aquellos mares, y desde entonces gozan la relativa importancia que ahora tienen, singularmente la de Mas á Tierra, que está poblada por unos 60 habitantes. En esta isla, cuando era desierta, por el año 1704, abandonó un capitán inglés á un marinero llamado Alejandro Selkirk, el cual tuvo la misma suerte que otro, también abandonado en la isla de Tobago; y las aventuras de estos dos desdichados, en parte conocidas y en parte imaginadas, inspiraron á Daniel de Foe su célebre novela *Robinson Crusoe*. Cerca del principal fondeadero vese una cueva, en la que dicen vivió aquel marinero. Todavía se ve en Mas á Tierra la lápida donde unos marinos ingleses esculpieron el nombre y los trabajos de Selkirk. Esta isla fué antes presidio, primero español y luego chileno, y ahora pertenece á un rico ganadero.

La isla de Pascuas en Oceanía es hoy colonia penitenciaria, donde los presos se dedican á la cría de ganados, y hace algún comercio con Tahiti. Antes que se apoderase de ella el Gobierno chileno, vivía en esta isla un colono francés, el cual nombró una reina, que ayudada de un Consejo de mujeres regía aquel pequeño Estado, dando leyes y órdenes á los súbditos, sin perjuicio de casarse con ellos. El cura de esta isla tomó sobre sí el supremo poder eclesiástico y la dirección del culto, ganando tan alto cargo en un *concurso de natación*, entre la isla de Pascuas y un islote cercano. La isla llamada Sala y Gómez es una roca basáltica sin importancia alguna.

VIII

Población, agricultura, minas y comercio.

Desde el año 1810 ha aumentado de tal suerte la población de Chile, que se ha quintuplicado, pues siendo en aquella fecha de 70.000 almas, asciende ahora á 3.300 000, crecimiento más

importante y rápido que el de Colombia. Resulta de él que el número de chilenos dobla cada cuarenta años. Sin embargo, Chile no está ni con mucho tan poblado como las naciones europeas sino en las provincias centrales, donde existen ciudades como Santiago y Valparaíso. Al Norte y al Sur de éstas la población es muy escasa; por donde se advierte la desproporción entre los habitantes rurales y los urbanos. Sin embargo, el número de los primeros aventaja al de los segundos, no sólo en los ya mencionados distritos de Santiago y Valparaíso, sino también en los de Coquimbo, y en las tres provincias mineras del Norte, Tacna, Tarapacá y Antofagasta, conquistadas al Perú y Bolivia. La inmigración es de mediana importancia. Aunque tiene Chile muy feraces campos todavía incultos, son pocos los emigrantes labradores, y muchos los industriales, comerciantes y mineros. De éstos, los más van al Norte ó á la provincias de Concepción; los comerciantes é industriales se establecen generalmente en Santiago y en las ciudades de la costa. Los labradores van á las provincias meridionales, y suelen ser suizos y alemanes, á los que cede el Gobierno las tierras tomadas á los araucanos. Muchos chilenos pobres van á buscar fortuna á la Argentina, á Bolivia y al Perú. La inmigración es mayor de año en año, por tal manera, que incluyendo á los peruanos y bolivianos de las provincias anexionadas, pasan de cien mil los extranjeros establecidos en Chile, y su número aumenta más á prisa que el de los naturales, si bien es cierto que la mayoría de ellos son nacidos en las Repúblicas hispano-americanas, y que no pueden llamarse extranjeros teniendo como tienen el mismo origen y las mismas costumbres, lengua y tradiciones. Hay en Chile 6.808 alemanes, 5.303 ingleses y 4.198 franceses; pero los italianos son más numerosos todavía, y dentro de pocos años excederán á los otros europeos. Los españoles de Europa también son numerosos. Casi todos los alemanes son agricultores, fabricantes de cerveza, delineantes y buhoneros, y los ingleses y franceses, comerciantes ó mineros. También es importante la inmigración china, que empezó en 1875. A pesar de los anteriores datos, el crecimiento de la población no proviene de los inmigrantes, sino de ser más los nacidos que los muertos, y es de advertir que el Registro civil no acusa datos exactos, porque no constan en él por descuido gran número de nacimientos y matrimonios, y en cambio los muertos constan siempre.

En Coquimbo comienza la zona agrícola de Chile, y abarca

toda la región continental hacia el Sur y la isla de Chiloé, siendo gran parte en la fecundidad de su suelo las copiosas lluvias que puntualmente le riegan. La zona minera de la República tiene mayor comercio y da más rendimientos al Estado, pero la agrícola abastece á la nación entera y todavía envía al extranjero grandes cantidades de productos, principalmente harinas, que han vencido en los mercados á las que procedían del Norte de América, y de las que exportan los chilenos más de dos millones de hectolitros al año, vendiéndolas á buen precio en el Perú, Bolivia y el Ecuador, y á lo largo de la costa oceánica de la América Central, donde son también más estimadas que las de California. Los campos de Chile producen los mismos frutos que los de las regiones templadas de Europa, de donde llevaron los españoles las semillas.

De trigo se cogen al año 10 millones de hectolitros en tiempo normal, y de los demás cereales unos tres millones.

Además se coge mucha patata y se siembra mucha vid, lleva la también á Chile por los españoles, cultivándose hoy, sobre todo en el valle de Huasco, la cepa moscatel, que es la más estimada en el país, la que mayores provechos deja y la más apropiada á aquel terreno. Los viñedos chilenos no ocupan hoy menos de 100.000 hectáreas. Las cepas francesas, introducidas á mediados del siglo anterior, cultivanse de Huasco á Valdivia y producen vinos muy diferentes de los de Francia, pero siempre con sabor de moscatel, en cuya mudanza tiene parte no pequeña la manera de hacer el mosto, en la que los cosecheros han procurado atenerse al gusto de los consumidores, quienes prefieren el Oporto y el Jerez al Burdeos y al Borgoña. Se emplean además los mostos en la preparación de una bebida llamada *chicha*, semejante á la que también se hace con maíz. Tienen una especie de sidra que hacen con la fruta de los infinitos manzanos que por todas partes crecen casi silvestres sin que nadie se cuide de ellos. Aparte de los mencionados, los productos agrícolas más importantes son las judías, la miel, las nueces y el tabaco. Chile es la única nación de la América del Sur donde da algunos rendimientos la sericultura, elevándose la producción del capullo de seda á miles de kilogramos.

El ganado es tan escaso que no basta para el sustento de los naturales, siendo la principal causa de esta escasez la falta de extensos valles para apacentar grandes rebaños, por lo cual le traen de las llanuras situadas al Oriente de los Andes, originándose de este comercio mucho contrabando. En el tiempo en

que los indios de las pampas merodeaban en el territorio argentino, los chilenos les inducían á que robasen ganados, para comprárselos después y matarlos ó venderlos en las ferias de Chillán.

La comarca donde mejor pueda prosperar la ganadería es la Tierra del Fuego. Allí existen muchos cotos de ganado bordeando las riberas del Estrecho de Magallanes, pues como aquellas tierras sólo producen legumbres y patatas, las dejan casi todas para pastos. Se ha procurado cultivar en ellas cereales, pero estos intentos los han malogrado siempre los fortísimos vientos del Sudoeste y las escarchas y heladas que agostan los campos, aun en el mes más riguroso del verano, que allí es el de Enero.

Hasta hace muy pocos años se hallaba la agricultura tan atrasada y en tan rudimentario estado, que, según refiere Tschudi, quien viajó por la República en 1838, no encontró un solo arado en toda la isla de Chiloé, donde para sembrar valíanse los naturales de dos palos puntiagudos que, introduciéndolos en el terreno separadamente y apoyando después el uno en el otro para que sirviera de palanca, volteaban los terruños y los esparcían á uno y otro lado de los surcos. De entonces acá han aprendido tanto los labradores chilenos, que no hay adelanto de la Mecánica agrícola que desconozcan y dejen de usar, y si alguna vez emplean los antiguos medios, pareciendo desdeñar los nuevos, es por la baratura del jornal ó por fundada experiencia de que el antiguo sistema de cultivo tiene alguna ventaja sobre el nuevo. Si todavía se trilla la paja haciéndola pisar de los caballos, débese á que el forraje así producido es más estimado. Los grandes progresos de la Mecánica agrícola han aumentado los productos del suelo, pero no han mejorado la situación del labrador, es decir, del bracero del campo, antes bien la han empeorado, mientras que los terratenientes, algunos de los cuales poseen extensiones de 200.000 hectáreas, consiguen ahora con menor número de jornales cosechar los frutos de sus dilatadas fincas.

Los trabajadores del campo se dividen allí en peones ó *huasos* é *inquilinos*. Los primeros trabajan por un jornal mezquino, no tienen participación alguna en los frutos de la tierra que cultivan, viven en miserables albergues y comen alimentos malos é insuficientes para reparar sus fuerzas; por lo tanto, la muerte se ceba en ellos con crueldad. Los *inquilinos* tienen menos jornal, pero en cambio poseen una casita y una porción

de tierra (casi siempre situada en los límites de la propiedad), y la siembran para ellos, con obligación de defender la finca de rateros y merodeadores. Estando la propiedad tan poco dividida y siendo tanta la mezquindad de los jornales de los braceros del campo, no pueden competir con ellos los italianos, franceses y alemanes que allí acuden, los cuales viven generalmente aparte, cuidando las pequeñas tierras que el Gobierno les entrega para roturarlas en las comarcas incultas de las provincias meridionales, que están muy poco pobladas. Pero estos colonos pasan grandes trabajos antes de tener seguro el sustento, porque están mal vistos por la gente del país, que les llama *gringos*, los tratan con desdén los empleados públicos, aun los más insignificantes, suelen ser juguete de mercaderes é intermediarios, y corren el gran peligro de caer en la triste condición de peones si pierden paciencia y ánimos antes de conseguir un mediano pasar. Por término medio el Gobierno vende cada año 50.000 hectáreas de terreno por unos seis ú ocho millones de pesetas; menos en la provincia de Magallanes, donde, en vez de vender las tierras, las arrienda por espacio de veinte años, mediante un canon anual que paga el arrendatario.

Es tanta la riqueza de las minas de Chile, que excede en mucho á las de Perú y Bolivia, habiendo aumentado la muy grande que ya poseía con la conquista de las provincias de aquellos dos Estados en que había mayores criaderos. Tanto es así, que puede decirse de estas provincias que no son otra cosa que inmensas minas de plata, cobre, nitratos, bórax y sal gema, y aun cuando es el oro el metal que en menor abundancia se encuentra en aquel suelo, desde mediados del siglo xvi hasta el presente, ha producido más de mil millones de pesetas. Hace algunos años estaban abandonadas, ó poco menos, en Chile las minas de oro, cuando nuevos exploradores reanimaron tan importante industria. Es mucho más abundante la plata, singularmente en el distrito de Caracoles (que antes perteneció á Bolivia), al Nordeste de Antofagasta, donde produce cada año más de treinta millones de pesetas, y excedería seguramente de esta suma si hoy no valiese aquel metal mucho menos que antes. Las minas de cobre son las que dan mayor producto de todas las de la República, habiendo llegado á ser ésta algunas veces la nación de cuyas minas se sacaba mayor cantidad de este mineral. Hoy día los Estados Unidos y España la aventajan; de suerte que ahora es la tercera de las naciones productoras.

ras de cobre. Si añadimos á estos productos los del hierro y otros metales, veremos que lo extraído de las minas de Chile al año vale cientos de millones de pesetas.

Los nitratos, recogidos y trabajados en la seca región de Chile septentrional, rinden anualmente á los explotadores chilenos mayores ganancias que todos los otros minerales. Trabajan en estos criaderos 15 000 braceros, entre naturales, bolivianos y peruanos, dirigidos por ingenieros extranjeros, en su mayoría ingleses. Excavan el suelo de las altas pampas salinas, extraen de él el *caliche*, que benefician allí mismo por medio de varias máquinas escalonadas á lo largo de la Cordillera, y le preparan para que sirva para hacer la pólvora y abonos artificiales, que son los dos principales empleos de los nitratos. Al calor de esta industria minero-fábril se han poblado en Chile grandes extensiones de terreno que serían inhabitables á no tener sus moradores los poderosos auxilios que les ofrece esta explotación, con la cual aquel suelo inculto y pedregoso se ve animado con multitud de pueblecillos.

Contando, pues, los chilenos con la abundantísima riqueza mineral de que hemos hablado, además de la sal gema, el bórax y las minas de combustible fósil, que se benefician principalmente en las cercanías de Concepción, prefirieron establecer fábricas en el país para aprovechar en ellas las primeras materias, á mandarlas á la Gran Bretaña, desde donde salían, bajo distinta forma, para las demás naciones del globo. Comenzó en Chile la industria manufacturera por fundiciones de cobre, refinación de la plata, fabricación de productos químicos, altos hornos (comparables hoy á los que en Europa les sirvieron de modelo), y ha llegado á los mayores adelantos conocidos. Para moler los trigos de las provincias meridionales hay muchas fábricas de harina. En Viña del Mar (cerca de Valparaíso), en Penco y Tomé (próximo á Talcahuano), existen refinerías de azúcar; Santiago tiene fábricas de paños y otras telas; Penco y Lota de cerámica y alfarería; en Llai-Llai fabricas de papel; en Chillán está la primer fábrica de clavos de la América Meridional; y con tan portentosa prosperidad industrial, gran número de labriegos se han hecho obreros excelentes. Sin embargo, los rieles, las máquinas y las vagonetas se fabrican aún en el extranjero.

El comercio, enriquecido por los productos nacionales y agrícolas y también por los manufacturados, aunque en menores proporciones que aquéllos, tiene extraordinaria importan-

cia y hace de Chile, sobre todo si se considera el número de habitantes, uno de los Estados en que hay mayor contratación mercantil. A pesar de las grandes revueltas y luchas políticas del año 90, que tanto daño hicieron al comercio, llegó éste á mil millones de pesetas, cantidad mucho mayor en proporción á la del comercio francés. Inglaterra es de todas las naciones la que más comercio tiene con Chile, correspondiéndole el 44 por 100 de la importación de dicha República. La segunda es Alemania, que llega el 23 por 10; Francia sólo el 12 por 100, y el resto, que es de 21 por 100, repartíase entre los demás Estados. En lo que atañe á la exportación, las tres naciones mencionadas siguen orden análogo; pero la ventaja que les hace Inglaterra aumenta mucho, puesto que su comercio llega al 68 por 100, ó sea más de las dos terceras partes del total de las exportaciones. Los Estados Unidos están en cuarto lugar, seguidos muy de cerca por el Perú. La Argentina tendría mejor puesto en esta estadística si merced á la extensa frontera que le separa de Chile, no burlasen sus mercaderes la vigilancia de las Aduanas. Introducen numeroso contrabando, sobre todo de ganados que, cruzando las escabrosas gargantas de los Andes, penetran después en los poblados chilenos sin pagar derechos. También tiene Chile algunas relaciones comerciales con [Australia, la China, el Indostán, el Japón y otros países situados del opuesto lado del Pacífico. Por lo general las exportaciones chilenas se reducen á productos mineros y agrícolas, aparte del numerario y de algunos artículos de tránsito. Las importaciones consistieron principalmente en artículos fabricados, como tejidos, joyas, armas, y también, aunque en menor cantidad, en provisiones de todas clases, como vinos, licores y tabacos.

Los puertos de Chile son muchos y se hace por ellos gran comercio, especialmente por el llamado Punta Arenas, declarado puerto franco en virtud de su excelente posición, puesto que se halla situado en la parte central del Estrecho de Magallanes, por lo cual suelen hacer escala en él los barcos que cruzan el mencionado Estrecho, que por ser tantos y de tan varias naciones dan á este puerto cierta apariencia universal y cosmopolita. Hay quince puertos más abiertos al comercio extranjero, cuyo orden de Norte á Sur es el siguiente: Arica, Pisagua, Iquique, Tocopilla, Antofagasta, Taltal, Caldera, Carrizal Bajo, Coquimbo, Valparaíso, Talcahuano, Coronel, Corral, Puerto Montt y Ancud. Además de estos puertos se cuentan

otros muchos de menos importancia, por los cuales sólo se hace comercio de cabotaje.

También en Chile, como en España, se denominan *puertos* las cañadas y pasos de los montes por donde hay tráfico y constante comunicación de una á otra vertiente, y por los que cruzan los Andes se hace el comercio con la Argentina y Bolivia. En tiempo del Gobierno español en aquellas Repúblicas sólo se pasaba un puerto, que era el de la Cumbre, entre Santa Rosa y Uspallata, pero ahora se pasan más de quince, y de año en año se practican otros nuevos, por lo cual aquellas Repúblicas aumentan la vigilancia de sus Aduanas y van atajando el mucho contrabando que antes se hacía por la Cordillera de los Andes.

La marina mercante se compone de más de 300 embarcaciones de todos tamaños, y los buques de vapor, que constituyen la quinta parte de su flotilla, hacen el servicio del litoral por toda la extensión de la costa americana, desde Panamá hasta puerto Montt, abarcando también el comercio que se hace por los ríos y los lagos de la parte meridional de Chile. A este comercio fluvial se dedican igualmente varias Compañías de navegación europeas, entre las cuales es la más importante la llamada *Pacific Steam Navigation Company*, cuyos buques tienen en total más de 100.000 toneladas.

Las vías de comunicación han aumentado tan considerablemente, que en 1810 no existía en Chile más que una carretera, y hoy día la cruzan multitud de ellas en todas direcciones, lo mismo que vías férreas, que, partiendo de Valparaíso, principal puerto chileno, se extienden hasta los límites de la República, y toda esta grande red ferroviaria pertenece al Estado.

No hace muchos años que la guerra civil hizo suspender los trabajos en casi todas las líneas. Los braceros trocaron los picos por los fusiles; las cantidades votadas por las Cámaras para la construcción de vías férreas se gastaron en pertrechos de guerra, y muchas de sus carreteras quedaron del todo abandonadas: pero esta alteración, por suerte, no fué muy larga, pues pronto se reanudaron las obras comenzadas. Hoy día se trabaja, aunque despacio, en la perforación de los Andes por las vías del Norte, del Centro y del Sur, que deben llegar respectivamente á Copiapó, Santa Rosa de los Andes y Yumbel, cerca de Concepción; pero con mayor actividad y ahinco procura el Gobierno chileno proseguir los trabajos del ferrocarril que ha

de unir á Buenos Aires con Valparaíso. De esta larga vía, que no tiene menos de 1.490 kilómetros de extensión, sólo quedan por construir pocos kilómetros; pero es lo cierto que en ellos se contienen las mayores dificultades que ofrece la obra, por ser muchas y muy grandes las pendientes que hay que vencer y no menor la dureza de las rocas que hay que romper. Por la parte de Chile, donde las vertientes son más ásperas, será preciso perforar los Andes, construyendo un túnel de forma espiral y llegar luego á grandísimas alturas por medio de una cremallera que tendrá un 8 por 100 de pendiente. Habrá cinco túneles seguidos en una extensión de 13.080 metros, y el último de ellos tendrá 5.065 metros de largo. Pasará por debajo de la Cumbre á la altura de 3.178 metros sobre el nivel del mar, y el menor desarrollo de las curvas de esta vía será de 110 metros.

Grandísimos son los gastos que ha de ocasionar esta obra; pero no duda Chile en hacerlos, atendiendo á la gran utilidad que producirá este ferrocarril, que acorta trece días la distancia que separa á Europa de Chile, y que le dará medios de aumentar muchísimo su comercio, y por el que irán en adelante los viajeros y las mercancías de poco peso.

Además de los ferrocarriles generales hay vías urbanas, como la de Santiago, Valparaíso, Concepción, Copiapó y otras varias, siendo la industria de los caminos de hierro importantísima, representando una parte considerable de la riqueza nacional. La longitud de las carreteras generales y de los caminos vecinales es de unos cien mil kilómetros. El movimiento telegráfico y postal ha crecido rápidamente en estos últimos años. Además de los telégrafos particulares pertenecientes á varias Compañías, el Estado posee una gran red. Existen también Compañías telefónicas que han establecido sus aparatos en más de cuarenta poblaciones. El servicio postal y telegráfico es importantísimo.

En Chile es grande el número de escuelas y el de alumnos, y aventaja mucho á las otras Repúblicas en el número de libros que en ella se publican. A las escuelas de instrucción primaria asisten 100.000 niños, los cuales representan la treintava parte de la población total.

Hasta en las menores poblaciones tienen liceos, colegios y otros establecimientos de segunda enseñanza, y en la Universidad de Santiago hay las mismas Facultades que en las más adelantadas de Europa. Existen también escuelas prácticas de

agricultura en las principales ciudades de Chile, como Santiago, Talca y Concepción.

En Chile se dedicaban la mayoría de los jóvenes al estudio del Derecho y de las ciencias políticas, en cuyas luchas se consumían preciosas energías; pero ahora se encauzan por mejores caminos y se aplican á otros objetos. La imprenta, que no empezó á funcionar en Chile hasta 1820, hoy da á luz más de trescientas publicaciones periódicas (1).

(1) Principales poblaciones de Chile con su número de habitantes, según los últimos censos:

HABITANTES		HABITANTES	
Santiago de Chile.....	300.000	Curicó.....	15.000
Melipilla.....	6.300	Ancud.....	4.500
San Bernardo.....	6.000	Achao.....	4.500
Peñaflor.....	5.000	Linares.....	7.900
Aconcagua (S. Felipe de).....	11.591	Parral.....	2.000
Santa Rosa de los Andes.....	6.000	San Javier de Loucomilla.....	5.000
Ligua.....	5.500	Puerto Montt.....	21.141
Petorca.....	3.000	Osorno.....	6.000
Antofagasta.....	10.000	Punta Arenas.....	12.000
Taltal.....	6.000	Angol.....	8.000
Tocopilla.....	9.000	Collipulli.....	5.000
Lebu.....	3.000	Cauquenes.....	9.000
Arauco.....	3.000	Constitución.....	7.000
Cafiete.....	3.500	Chillán.....	25.000
Copiapó.....	30.000	San Carlos.....	15.000
Caldera.....	3.000	San Ignacio.....	12.000
Freirina.....	3.000	Rancagua.....	9.000
Laja.....	8.500	Tacna.....	10.000
Temuco.....	8.000	Arica.....	3.500
San Fernando de Colcha-		Talca.....	33.232
gua.....	7.500	Molina.....	4.500
Rengo.....	5.800	Iquique.....	57.480
Concepción.....	40.000	Pisagua.....	6.800
Coelemu.....	10.000	Valdivia.....	13.142
Coronel.....	6.500	Corral.....	2.000
Lota.....	11.000	La Unión.....	7.000
Talcahuano.....	10.000	Valparaiso.....	138.274
Tome.....	6.000	Casablanca.....	2.000
La Serena.....	16.000	Limache.....	10.000
Coguinbo.....	9.000	Llai-Llai.....	5.400
Vicuña.....	8.000	Quillota.....	15.000

IX

Gobierno, religión y hacienda.

La Constitución del Estado, que data del año 1833, fué promulgada después del largo período de anarquía y de dictadura que sufrió aquella nación á raíz de haber logrado su independencia, y después se han hecho en ella, dentro de las leyes, algunas mudanzas. La guerra civil última contra el presidente Balmaseda la tuvo en suspenso. Hoy es República unitaria con tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, y con el sufragio restringido, puesto que sólo tienen voto los hombres casados mayores de veintidós años, y los solteros mayores de veinticinco, siempre que sepan leer y escribir, posean fincas ó ejerzan algún oficio ó profesión lucrativos. En Chile gobierna la aristocracia del dinero, la cual, harto celosa de sus privilegios, ha restringido en lo posible el derecho de la gente popular á intervenir en la gobernación del Estado. Sin embargo, solicitan el apoyo de ésta los políticos cuando aspiran al poder ó cuando los intereses aristocráticos del Congreso chocan con las ambiciones del presidente de la República, el cual tiene casi tanto poder como un rey.

El Congreso nacional consta de dos Cámaras, que constituyen el poder legislativo. Los diputados alcanzan su representación en virtud del sufragio directo, y es elegido uno por cada 30.000 habitantes, haciéndose la elección por distritos, que es en lo único que se diferencia de la elección de senadores, la que se hace por provincias, y da, por tanto, menor número de representantes.

Las Cámaras se renuevan cada tres años, pero en cada renovación no se elige más que la mitad de los senadores, los cuales ejercen su representación doble tiempo que los diputados; pero tanto éstos como aquéllos, pueden ser reelegidos. El cargo de presidente de la República dura cinco años, pero carece del derecho de reelección inmediata y no es votado directamente por el pueblo, sino que cada distrito nombra tres vocales, y éstos juntos, eligen á su vez al presidente, el cual tiene derecho á nombrar la mitad de los ministros, quedando á cargo del Congreso la elección de la otra mitad. También nombra el presidente once miembros del Consejo de Estado, los magistrados vitalicios, los gobernadores civiles y otros muchos altos funciona-

rios. De él dependen las fuerzas terrestres y marítimas, y puede en tiempo de guerra suspender las garantías constitucionales y goza del derecho de presentar al Papa el nombramiento de los obispos y de permitir la publicación de bulas pontificias.

El poder judicial se compone de un Tribunal Supremo, que consta de siete magistrados; seis Audiencias territoriales, estas blecidas en Santiago, Concepción, La Serena, Tacna, Talca y Valparaíso, y de Juzgados de instrucción en las provincias y cabeza de cada distrito. El Código civil de Chile no es obra nacional, sino una copia, salvo ligeras modificaciones, de los Códigos de otras Repúblicas americanas, compilado por el jurisconsulto venezolano D. Andrés Bello, que vivió al servicio de Chile. Por recientes disposiciones ha sido adoptado en Chile el régimen penitenciario celular.

La religión oficial es la católica, apostólica, romana, según determina el Código fundamental del Estado, con exclusión del ejercicio público de cualquier otro culto, pero existe tolerancia religiosa, aun para la observancia privada de otros cultos, permitida por una ley especial promulgada en 1865. La influencia de la Iglesia en la política ha disminuido considerablemente desde la horrible catástrofe de 1868, producida por un incendio en la iglesia de los jesuitas, en ocasión en que el templo se hallaba lleno de fieles, de los cuales perecieron 2.000, víctimas de las llamas. Desde entonces, el clero viene perdiendo gran número de los privilegios de que antes gozara, y sus miembros ya no tienen representación en el Consejo de Estado ni jurisdicción especial, quedando, por tanto, sujetos al derecho común en materia civil y criminal. Tampoco perciben ya diezmos ni primicias, ni monopolizan la enseñanza, ni los cementerios, ni el registro de nacimientos y defunciones; y, finalmente, la ley de 1884 establece el matrimonio civil, que se practica sin resistencias ni protestas de ninguna especie. La República está oficialmente dividida en un arzobispado, el de Santiago; tres obispados, los de La Serena, Concepción y Ancud, y dos vicariatos, los de Tarapacá y Antofagasta. El clero cobra del Estado.

Chile se preocupa mucho del ejército, pues muestra gran entusiasmo por las empresas militares desde que en la primera mitad del pasado siglo comenzó á ejercer una supremacía militar sobre las naciones inmediatas con motivo de la victoriosa expedición al Perú y Bolivia, mandada por el general D. Manuel Bulnes, después presidente de la República chilena.

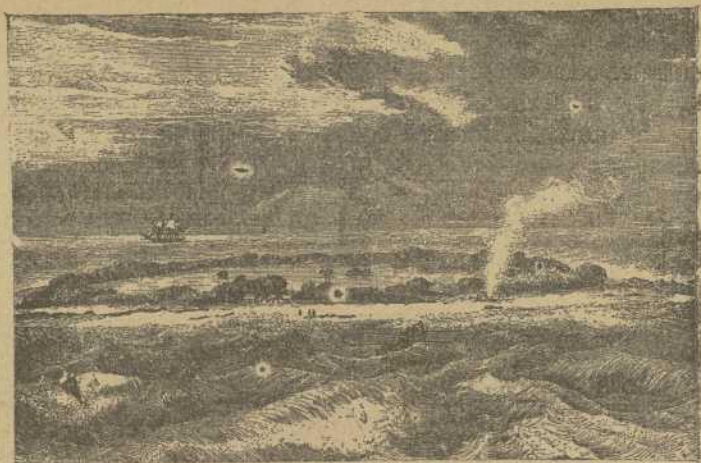
El ejército en tiempo de paz no pasa de 8.000 hombres, con

959 oficiales; pero en tiempo de guerra, la Guardia Nacional puede dar al primer llamamiento 78 batallones, que hacen un contingente de 51.090 hombres. En Santiago hay dos Academias militares: una preparatoria y otra donde los oficiales completan sus estudios, y de la cual suelen salir 20 alumnos aprobados cada año. Las fortificaciones de la costa están á cargo de ingenieros. La Armada se compone de 32 buques de guerra, algunos de ellos de cierta importancia.

La situación del Erario no es muy próspera, á consecuencia principalmente, de la guerra civil, en la que el presidente, ejerciendo la dictadura, impuso varios empréstitos forzosos, que más tarde el Gobierno se vió en la necesidad de aceptar y reconocer por no quebrantar el crédito de la República en el extranjero. Aparte de los presupuestos de gastos de Obras públicas, Guerra y Marina, el más crecido es el de Hacienda, porque tiene que pagar los intereses de la Deuda y reembolso de los empréstitos. En el presupuesto de ingresos, la partida más importante es la de Aduanas; y de éstas, las que producen mayores rendimientos al Estado, son las de Iquique, y después la de Valparaíso. Además, reportan grandes utilidades al Erario los ferrocarriles del Estado, los bienes nacionales, el Timbre, impuestos reales, etc., etc. La deuda de esta República es mayor que las de Bolivia, el Ecuador, Colombia y Venezuela; pero, á pesar de eso, goza de más crédito y puede ir amortizándola sin obstáculo alguno, pues en realidad es un pueblo rico y de gran porvenir.

FIN DE «AMÉRICA»

OCEANIA



Islas madrapóricas. (Dibujo de Berard.)

OCEANIA

Nociones generales.

Exceptuando un continente, que es el más pequeño de la Tierra, este quinto fragmento del globo se compone de islas diseminadas sobre inmensos espacios marítimos.

Tiene bien merecido su nombre de Oceanía, pero podría llamarse Nuevo Mundo con mayor razón que América, puesto que su descubrimiento es mucho más reciente.

La Oceanía comprende:

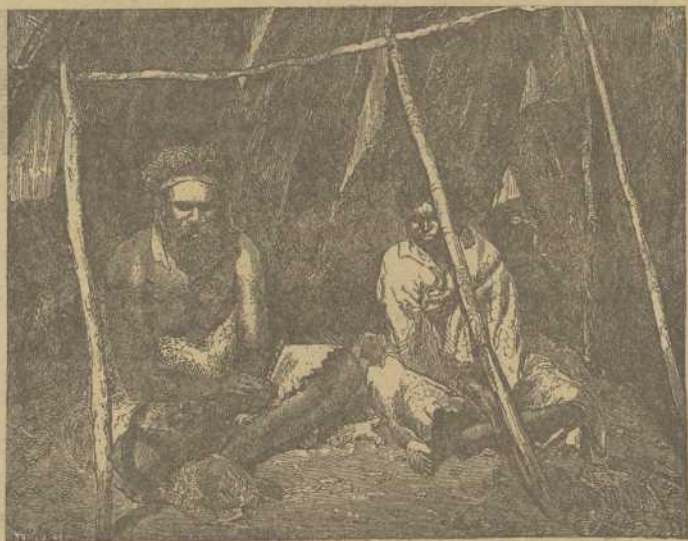
Un continente macizo, poco articulado, la Australia, territorio inglés que forma él solo, sin la Tasmania, su anexa, las siete décimas de esta parte del mundo, cuya superficie se calcula en 1.095 millones de hectáreas, comprendiendo en esta cifra las islas de la Sonda y las Filipinas, 1.095 millones de hectáreas:

Muy grandes islas, las más hermosas de la tierra: Nueva Guinea, Java, Sumatra, Borneo, Celebes y las Filipinas, todas tan asiáticas como oceánicas, excepto la Nueva Guinea. Generalmente se las incluye en el Asia, pero parece natural atribuir á Oceanía lo más espléndido de cuanto en el Océano existe. Por otra parte, ¿dónde encontraríamos la verdadera frontera

entre el más compacto de los continentes y la más disuelta de las partes del mundo?

La Nueva Zelanda, admirable archipiélago con dos extensas islas.

Una infinidad de islas, escollos y bancos diseminados á lo lejos sobre el Pacífico, en la dirección de los Estados Unidos y de la América española. Casi todos estos archipiélagos surgen



Indígenas australianos. (Dibujo de Riou.)

al Sur del Ecuador, razón por la cual las llaman con frecuencia islas del mar del Sur.

Doscientas noventa de estas islas, sin contar los islotes, han sido lentamente formadas sobre mesetas submarinas, muy cerca de la superficie de los mares, por las madreporas que han agregado de esta manera, con su trabajo, cinco millones de hectáreas á la tierra habitable.

Las islas madreporicas se elevan, con la ayuda de un tiempo infinito, por capas de una finura casi imperceptible. Allí donde el mar permanece tranquilo y azul, el crecimiento de la isla acaba por paralizarse.

Este trabajo ciclópico de innumerables seres se continúa en nuestros días. Incesantemente aparecen nuevos escollos microscópicos. Apenas ha salido á flor de agua, el islote madrepo-

rico se cubre de plantas y aparece en seguida el hombre, sobre el que construye su cabaña á la sombra de las gráciles palmeras.

Existen más de cuarenta millones de habitantes en las islas de la Sonda y Filipinas, es decir, precisamente en el famoso archipiélago que generalmente se atribuye al Asia. Pero todo el resto de Oceanía, tan extenso ó por lo menos dispersado en tan amplios mares, no llega á poseer diez millones de hombres, pero este número aumenta en Australia y en Nueva Zelanda con una rapidez asombrosa, en provecho de los ciudadanos de Albión y de su idioma rudo y breve.



Una calle de Melbourne. (Dibujo de Clerget.)

AUSTRALIA

I

Costas é interior.

La Australia, el único continente genuinamente austral, depende por completo de Inglaterra. En su perímetro de 14.000 á 15.000 kilómetros de costas rígidas, no muy irregulares, encierra 763 millones de hectáreas, más de catorce veces Francia, pero con menos de 4.500.000 almas.

Razones existen que inducen á creer que en otro tiempo fué ésta un Asia meridional, ligada al Asia actual por un istmo que los volcanes y el mar transformaron en una porción de islas.

Lo mismo que Asia, oculta un interior seco y estéril tras una costa llena de encantos. A la orilla del mar de las Indias existen raras espléndidas, frondosas barranqueras, valles encantadores, bosques, montes grandiosos; las lluvias se suceden con frecuencia y el clima se suaviza merced á la brisa marina. Pero tras esta decoración magnífica se extienden las llanuras estériles, los valles pelados, los arroyos sin agua, los pantanos, las hierbas secas, los espinos, la soledad y los vientos

abrasadores. El centro de Australia se asemeja al Sahara por su aridez, su cielo tórrido y la inmensidad de sus desiertos.

En vano Australia ocupa tanto espacio: la naturaleza la maltrató visiblemente. Es posible y hasta cierto que solamente la catorceava parte de este enorme bloque sea capaz de verdadero cultivo.

II

Flora y fauna.

La flora australiana presenta un carácter muy original y contrasta extraordinariamente con la de Nueva Guinea, de la cual está separada por un estrecho sin profundidad. Cálculanse en 1.225 las especies vegetales del continente australiano, y de ellas son propias suyas 750 plantas. El brillo y la magnificencia de la vegetación, depende, sobre todo, de las lluvias, por lo cual la hermosa familia de las palmeras que sólo debía existir en la parte tropical de Australia, parece independiente de la latitud y sigue la orilla del mar muy al Sur de la línea del trópico. En Nueva Gales del Sur hay *livitonas* de 25 metros de altura en las pendientes de las colinas. Los pandanos adelantan menos al Sur que las palmeras. La flora tropical de Australia es menos virginal que la templada y posee muchas plantas indias y malayas. En cambio son especiales los *capparis*, que llegan á una altura considerable, y cuyas ramas, con frutos tan grandes como el coco, forman preciosa umbría. Hoy se encuentran en los campos que rodean á Sydney más de 200 especies europeas perfectamente aclimatadas. El género acacia está representado por 320 especies. Las carnaríneas, que en vez de hojas tienen filamentos, abundan también, así como los *grass-trees* ó árboles de hierba, cuya umbela parece, en efecto, una mata de hierba, en cuyo centro crece una caña. También es curiosa una esterculiácea llamada *bottle-tree*, porque parece una botella. El árbol australiano por excelencia es el *eucalyptus*, al cual se atribuyen tantas virtudes curativas, y cuyos troncos llegan á veces á 143 metros de longitud. Australia no tiene bosques tupidos, y los árboles suelen estar separados unos de otros. En el centro de Australia, hacia el Occidente, abundan los matorrales, compuestos generalmente de acacias y eucaliptos enanos. Por entre estos matorrales se anda con mucha difi-

cultad, y los más fáciles de atravesar son los compuestos de *melaleuca*, arbustos semejantes al mirto.

La fauna de Australia también tiene una fisonomía característica. Entre las 160 especies de mamíferos australianos, se encuentran pocas formas que recuerden las del hemisferio sep-



Un eucaliptus de 130 metros de altura. (Dibujo de Taylor.)

tentrional, como las ratas, los ratones, y un perro llamado dingo que fué el compañero de los primeros inmigrantes humanos del continente. No hay en Australia elefantes, rinocerontes ni felinos, y abundan en cambio los marsupiales, propios de aquellas regiones. Los canguros y los animales de familias

parecidas son los más numerosos, y hay unas cincuenta especies de ellos, uno de los cuales, el gran canguro rojo llega á metro y medio de altura y pesa más de cien kilogramos. Los perañidos ó ratas-conejos, que tienen una bolsa marsupial, pero corren en vez de saltar, los falangeros que viven en los árboles y se alimentan con hojas; el fascolomis, metido en madrigueras y comedor de raíces; los dariuros carnívoros, que atacan á los ratones y á las aves, y los ornitorincos de pico de pato, son los demás animales característicos de la fauna australiana. Las aves constituyen 630 especies (130 más que en Europa) y aunque Australia posee sus casuarios y diversas especies de megalopodios que no empollan huevos, limitándose á cubrirlos con maleza, muchas de las aves australianas pertenecen también á las áreas oceánica y asiática. Las especies de forma elegante, de plumaje ricamente coloreado, apenas son menos numerosas en Australia que en Molucas y Nueva Guinea. En cambio otras aves que se ven en todas partes, como buitres, faisanes y urracas, no existen en Australia. El cocodrilo no se ve más que en las costas que miran al archipiélago malayo. Son muy comunes los reptiles venenosos y los demás grupos zoológicos, peces, insectos, moluscos, ofrecen también formas especiales de gran riqueza de formas, pero muy modificadas en su distribución por la llegada de especies europeas. Plantas y animales indígenas son empujados al interior por las especies colonizadoras. Los ingleses han llevado á Australia camellos de Asia, con sus conductores afghanos y así se han podido emprender por aquel continente expediciones que de otro modo habrían sido imposibles.

III

Exploraciones.

Sabido es que los primeros viajes de los portugueses por los mares australes no dejaron como recuerdo más que vagos rumores, y de ellos guardan indudables huellas algunos documentos cartográficos. La isla de Java la Grande (así llamaban á Australia) que aparece en los mapas de la primera mitad del siglo XVI, tiene contornos bastantes precisos para que no pueda dudarse del paso de los marinos portugueses por aquellos parajes, pero sus nombres se han perdido, y se ha olvidado también

el viaje hecho en 1606 por Torres á través del Estrecho que separa la Papuasía y la Australia. El conocimiento de las riberas exactas del continente australiano se debe á los navegantes holandeses, y el nombre que le dieron de Nueva Holanda se le ha conservado largo tiempo. El reconocimiento de la mitad oriental del continente lo terminó en 1644 Abel Tasman, que ya antes había visto la tierra de Van Diemen, llamada hoy Tasmania.

Cook fué el primero que llegó á la costa oriental de Australia, descubriendo en 1770 á Botany-Bay, subiendo al Norte, penetrando por el estrecho de Torres y poniendo al fin en evidencia la separación entre Australia y Nueva Guinea. Pero aún se ignoraba si Tasmania era el promontorio sudoriental del continente, y muchos navegantes visitaron esta isla antes de que Bass entrara en el Estrecho que lleva su nombre.

Ya había empezado la exploración interior del continente por pequeñas excursiones entre el litoral y las vertientes de las Montañas Azules, pero este obstáculo no fué vencido hasta 1813, por ganaderos que una larga sequía impulsó á buscar nuevos pastos.

La busca de estos terrenos y luego la irrupción de mineros, después del hallazgo del oro en 1851, contribuyeron mucho al conocimiento de la Australia interior, pero más han hecho las expediciones desinteresadas de viajeros, que arriesgaban su vida para alcanzar el objeto deseado. Muchas existencias humanas ha costado tal exploración; Cunningham, Leichhardt, Gray, Burke y Wills sucumbieron, ya muertos por los naturales, ya extenuados por la fatiga, la sed ó el hambre. Otros se portaron como verdaderos héroes, ejercitando toda la energía, toda la paciencia y toda la fuerza de ánimo que puede demostrar un hombre.

Viaje decisivo fué el de Mac Donall Stuart en 1862, después de dos ensayos infructuosos, atravesando el continente australiano en toda su mayor anchura desde el golfo de San Vicente hasta la costa septentrional. Warburton alcanzó en 1873 la costa occidental.

Quedan, sin embargo, todavía vastos espacios, sobre todo en la Australia occidental, no pisados por el pie europeo, y hay parte del continente, que está en blanco en las cartas geográficas, con una extensión de 700.000 kilómetros cuadrados.

IV

Montes y llanuras.

El territorio que ocuparon los ingleses en un principio, al Sudoeste, alegre y encantadora zona marítima, región variada, un poco batida por el mar, de 40 á 50 kilómetros de longitud, está enclavado junto á lindas montañas los Alpes de Australia de los cuales el Kosciusko sube á 2241 metros, el Bogong á 2.057, un poco más que los montes de Auvernia, bastante menos que los Pirineos y ni siquiera la mitad que los Alpes.

Estas alturas son demasiado escasas para una comarca que es tropical en la mitad de su terreno, cálida en la otra mitad, bajo un cielo sin lluvias durante largas temporadas, en llanuras donde el ardor del aire puede alcanzar 52 grados y donde quema el sol con una temperatura de 72 á 75.

Faltos de bloques inmensos de agua helada agarrados á los montes, y que son depósitos cuyas esclusas abren el sol, los chubascos y los ardientes vientos; faltos de torrenes lanzados con cólera por los ventisqueros, los australianos no tuvieron nunca más aguas que las que quiso concederles el cielo con sus tormentas, y de estos raudales conservan únicamente aquellas cantidades que pudieron contener con muros de piedra ó con cercos de arena.

En la cima de las sierras litorales se encuentran pequeñas mesetas, después se desciende hacia Occidente, como desde lo alto de los Andes se desciende hacia Oriente, por medio de llanuras inferiores, casi siempre de tal horizontalidad que desde ellas se ve, en tiempo de inundación, cómo los ríos se remontan en el sentido de sus fuentes. En América, estas llanuras, llanos, selvas ó pampas, reblandecidas por lluvias abundantes, constituyen terrenos de espléndido porvenir que no aguardan más que al hombre, con sus empresas, sus cuidados, y, por desgracia, sus pillajes; pero en Australia llueve muy rara vez, sin regularidad, y las regiones llanas del interior sufren por esta causa dos veces. La sequía las abrasa, y luego, cuando el cielo abre de par en par la puerta de sus fuentes, estas llanuras se convierten en pantanos. Las arenas secas y ardientes de los ríos son invadidas por inmensos torrentes furiosos que arrojan como ruidoso diluvio, á bueyes y carneros muertos de sed,

junto á las mismas fuentes. Solamente una época de sequía (1883-1884), costó cinco millones de carneros á Nueva Gales del Sur.

Semejante país vale más para el criador de animales que para el jardinero y el labrador. Si el año es húmedo, los caballos, el ganado lanar y el de raza bovina, aparecen allí en número fabuloso, y sus pieles, su sebo, sus lanas, tienen gran precio. Cuando el sol quema las hierbas y se bebe las fuentes, los rebaños desaparecen, y luego, cuando vuelven las nubes, tornan á repoblarse las cuadras, establos y apriscos.

Por esto tiene fama la Australia de ser la tierra prometida de los ganaderos. A sus pastos abundantísimos, tanto como á sus minas de oro debe el rápido crecimiento de su riqueza, pero la intermitencia de las lluvias es demasiado grande, los arroyos son demasiado escasos, mezquinos y fáciles de secarse, las montañas demasiado humildes, el sol demasiado duro y el aire excesivamente seco. Las hojas caídas de los árboles no se pudren sobre la tierra, formando abono, sino que se secan, y bajo ellas la roca sigue siendo roca; la arena, arena; la arcilla, arcilla; y el desierto, por tanto, no puede florecer.

El oro encontrado por millones de millones, las cabezas de ganado lanar que muy pronto llegaron á 100 millones, las ricas lanas, el sebo, el extracto de carne, el algodón, la caña de azúcar, el ensayo de los más ricos cultivos, los colonos llegando en pueblos enteros, los trabajadores importados de las islas del mar del Sur, los desiertos que se convierten en ciudades, aldeas ó provincias, las universidades, los periódicos diarios que hacen necesaria una semana para leerlos, el murmurio de cinco parlamentos, todo el relumbrón de su rápida juventud no debe cegarnos respecto al porvenir de Australia. Este gran Sahara, bordeado de un largo Tell por Oriente, no tiene derecho más que á destinos muy modestos. A pesar de su enormidad, Australia no llega á valer lo que valdrían juntas Nueva Zelanda y Nueva Guinea, que en el mapa no figuran más que como sus satélites humildes.

Poseyendo cultivo en la costa, pastos en el interior y minas en la montaña, las facultades de este continente no están en proporción con su superficie.

V

Indígenas australianos.

Se calculan en 150.000 á 200.000 el número de los indígenas que habitaban el continente antes de la llegada de los primeros colonos europeos, de modo, que Australia estaba casi desierta, en relación con su extensión inmensa. Las tribus dispersas por la vasta superficie eran bastante parecidas en tipo y lenguaje, y la mayoría de los antropólogos considera á todos



Un indígena australiano. (Dibujo de Ronjat.)

los australianos como hombres de una sola raza que constituyen un grupo aparte en el conjunto de la humanidad. Probable es, sin embargo, que antes de la inmigración europea penetraran en Australia gentes de orígenes diversos, mezclándose con la población primitiva.

El tipo ordinario de los australianos no envilecidos por una

existencia de mendicidad y oprobio entre los colonos, es el de hombres perezosos y de musculatura fuerte, nariz aplastada, boca grande, mandíbula sólida, ojos oscuros y vivos, con arcos superciliares muy salientes. El obispo Rudesindo Salvado vió entre los australianos de Occidente cuatro ciegos, pero ningún mudo, sordo ni idiota. Los australianos son negros como los africanos de Nigrizia, pero no tienen la melena lanosa. Su barba está mucho más poblada que la de los negros, y sus labios son menos gruesos. Tienen las pantorrillas poco desarrolladas, las piernas flacas y los pies pequeños. Suelen ser inferiores á los europeos en fuerza física, y según los viajeros que los han visto únicamente en miserables madrigueras cerca de los grandes ríos, ó los cazadores que los perseguían como animales, los indígenas son seres grotescos y su aspecto repugnante. Los describían como bichos intermedios entre el hombre y el mono, y mas semejantes á éste. En cambio, esos australianos mismos han tenido entusiastas defensores. Mitchell, á quien sirvió de guía en la Australia tropical el negro Juranigh, declara paladinamente que los australianos de su escolta eran superiores en penetración y discernimiento á sus auxiliares blancos, de quienes por otra parte no tenía queja. Desde el punto de vista físico, la superioridad de Juranigh le parecía indudable, y decía: «Como simple muestra de la Historia Natural, ningún animal civilizado habría podido compararse con el indígena en hermosura de dientes, potencia digestiva, perfección de órganos de la visión, del oído, del olfato, del gusto, y del tacto, fuerza para andar, trepar y correr, salud excelente é intensidad de la existencia.» Las tribus superiores suelen tener la tez más cobriza que negra. Los cráneos australianos son dolicocefalos, generalmente en la parte de Australia, cuyos habitantes presentan más degradación física, en la árida región central donde el hombre enflaquecido y contraído por la sed y el hambre, se pasa la vida removiendo la tierra para buscar raíces y veneros de agua. Parece que hay tribus acostumbradas á beber el agua del mar. Los australianos más hermosos eran los de la costa Oriental, donde la naturaleza elemental les daba en abundancia el agua y el alimento necesario, incluyendo en éstos ciertos manjares que asombran al europeo. El monte Bogong es llamado así por la abundancia de orugas que los indígenas recogían para comerlas.

Por centenares se enumeran las tribus de la raza australiana, compuesta sólo de algunos millares de individuos. En cier-

tos distritos hay tantos idiomas como caseríos ó grupos de familias dispersos. En cambio, en otros puntos los dialectos de los indígenas son semejantes en grandes extensiones. Desde las orillas del Llawkesbury hasta Moreton Bay, ó sea en un espacio de unos 100 kilómetros de Sur á Norte, los australianos se entienden sin gran dificultad y los de la costa Sudoeste, entre la bahía de Hanselú y King George-Sound no tienen diferencia notable en sus dialectos. Lo mismo ocurre en la región de 100.000 kilómetros cuadrados comprendida entre el Cooper's Creek y el Darling medio, lo cual se atribuye á que la excesiva sequía de las comarcas obliga á los indígenas á agruparse en verano alrededor de los pozos de agua, á suspender toda hostilidad y á formar temporalmente como una gran nación. Las tribus del Darling bajo, viven en una comarca donde nunca faltan el agua y la vegetación, y han podido estar separadas unas de otras bastante tiempo, diversificándose por lo tanto sus idiomas.

Pero á pesar de tantas diferencias, los dialectos australianos son todos polisílabos y aglutinantes por medio de palabras ricos en vocales y armoniosas. Las aspiraciones se notan poco y no existen las sibilantes; el acento suele caer en la penúltima sílaba, como en las palabras llanas castellanas. Son muy comunes las onomatopeyas, y todos los objetos percibidos por los sentidos se designan con gran número de términos sinónimos. Pero si la lengua abunda en palabras descriptivas, es muy pobre en expresiones abstractas y carece de nombres de números. De ciertas tribus australianas se ha dicho que no contaban más que hasta tres ó hasta cinco. Por no tener datos precisos de las lenguas australianas, se ha tratado de clasificarlas por indicios, pero estas tentativas han dado resultados muy diferentes entre sí.

A las grandes diversidades físicas entre los indígenas corresponde no menor número de diferencias morales, así es que los viajeros, según las poblaciones que han visitado, han podido trazar cuadros, todos verdaderos, pero completamente distintos, que no se deben considerar correspondientes al conjunto de la raza. Ponderan unos su natural altivez, su valor y su respeto á la palabra empeñada; otros los califican de bajos, embusteros y traidores. Una de las acusaciones que con más frecuencia se dirige á los australianos es que maltratan á las mujeres y las abruman de trabajo, y realmente tiene fundamento esa acusación en la mayor parte de las familias. Ejemplos hay en que las mu-

jeros conquistaron cierto ascendiente moral en sus tribus, pero generalmente se las trata como esclavas. No sólo no pueden comer delante de los hombres, y se les prohíbe el uso de ciertos alimentos, sino que además tienen que demostrar en su lenguaje y actitud una especie de adoración, y la menor falta se castiga severamente. El marido puede matar y hasta quemar á su mujer, sin que tengan derecho á intervenir parientes ni amigos; puede entregar el cadáver á los perros, porque la esposa es propiedad suya, de la cual puede usar y abusar á capricho.

La poligamia es general entre los australianos, y en la parte Noroeste del continente hay ricos que tienen hasta diez mujeres. En algunas tribus rige la exogamia, y el matrimonio con una mujer de la misma tribu se considera como un incesto; en cambio en otras, la unión entre parientes es muy honrosa. Se verifica el matrimonio en forma de raptó verdadero ó simulado, y no hay más formalidad que un simple pago. No es la castidad virtud australiana; no se vigila á las muchachas, y los maridos ofrecen á veces sus mujeres á amigos y viajeros. Si castigan el adulterio con palizas ó con muerte, considerando como atentatorio al derecho de propiedad. Al cómplice de la mujer se le califica de ladrón y como tal está obligado á ponerse á cierta distancia del marido, y, protegido con su escudo, á servir de blanco á los proyectiles de éste, pero generalmente sale incólume de la prueba. La compra de mujeres por los ricos priva de ellas á los pobres y á los jóvenes. Hombres maduros y ancianos poseen casi todas las mujeres de la tribu; los demás se quedan solteros, ó han de contentarse con viejas divorciadas. Aumenta esta escasez la circunstancia de ser más numeroso el elemento masculino que el femenino, porque las mujeres están más expuestas á peligros, tales como los partos precoces, trabajos excesivos, malos tratos y ataques nocturnos, más terribles para enfermos é inermes. En muchas tribus es común el infanticidio, sobre todo contra las hembras, enterradas vivas en cuanto nacen.

Los niños supervivientes son tratados con mucho mimo. Nunca les pegan, y crecen en libertad, acompañando á los mayores á la caza y á la guerra. Sin embargo, se les imponen pruebas ó *horas*, antes de considerarlos como á iguales. En bastantes tribus les arrancan ó rompen dos incisivos de la mandíbula superior. La mayor parte de los jóvenes sufren la circuncisión y diversas clases de mutilaciones muy dolorosas: se les obliga á seguir á un canguro á la carrera, á pasar varios

días en los bosques, solos y sin alimentos, á dejarse torturar sin quejarse. Entre los kurnais de la Australia Meridional, acaban las pruebas con un sueño magnético, y cuando salen de él, se considera hombres á los jóvenes, y se los viste con el cinturón, la faja frontal y otros ornamentos que indican la virilidad. Generalmente las ceremonias de la iniciación preceden á los *corroboris*, reuniones que se verifican durante el plenilunio y que son á un tiempo juicios, parlamentos y actos de alianza entre tribus, y acaban con representaciones teatrales, fiestas y orgías. Iniciado ya el joven, puede tomar parte en los cantos, bailes y torneos oratorios. Como miembro de la tribu, se le tatúa en el pecho ó en el muslo el *Kobong*, ó emblema nacional, animal ó planta semejante al *totem* de los pieles rojas americanos. Debe en adelante demostrar su veneración al talismán que simboliza la agrupación de las familias, y considerarse solidario de cuantos lo ostentan como él, y de todos los objetos de la Naturaleza asociados á su *Kobong*. Cuando se celebran exequias, el cadáver se coloca debajo de un árbol considerado del mismo clan. Á veces no llevan los indígenas más tatuaje que el *Kobong*; pero hay tribus que se cubren el cuerpo de cicatrices simétricas, de tosco dibujo.

En las costas del Noroeste los indígenas siguen la moda papua de perforarse el tabique nasal, introduciendo por él un pedazo de madera ó de hueso de canguro que les molesta para respirar y les hace estar con la boca abierta. Según las diversas circunstancias de guerra, fiesta ó luto, se pintan el cuerpo y la cara con espesa capa de colores rojo, amarillo, blanco ó negro. El rojo es el color sagrado que indica las grandes circunstancias de la vida.

Antes de llegar los europeos, los australianos andaban en cueros ó no llevaban más que trapos ó cinturones de fibras, á lo menos en la región tropical. En las comarcas más frías del Sur, las mujeres se vestían con una túnica de piel de canguro. En la Australia del Norte los naturales se pintan la cara y el cuerpo con varios colores. Cerca del Puerto Darwin, las pinturas blancas sobre fondo negro de la cara, la hacen asemejante á una calavera. Las habitaciones también varían hasta lo infinito, en forma de grutas, ajupas, chozas y construcciones de piedra. Las armas también son diferentes: el arco y la flecha no eran conocidos más que en una corta extensión del litoral del Este. Son armas ordinarias; lanzas, mazas y dardos, y para dar á éstos (con punta de pedernal ó espina de pez) mayor alcance y

seguridad, los naturales aumentan su peso por medio de un palito. En ciertos lugares aún utilizan los indígenas hachas de piedra sin pulimentar. El arma más curiosa, la que pocos europeos han conseguido manejar, es el *boomerang*, palo encorvado que se dirige hacia el blanco con movimiento de hélice, y después de haberlo tocado, vuelve á manos de quien la disparó. El genio inventivo que permitió al australiano crear una arma tan maravillosa, le ha enseñado también procedimientos muy ingeniosos para la caza, la pesca y la navegación.

La propiedad de los clanes está limitada perfectamente y cada individuo posee en un dominio colectivo un espacio que nadie le disputa, y en el cual no se puede penetrar sin su autorización, presentándose sin armas y con ramas verdes en la mano. El australiano es mal cultivador, pero la industria está bastante desarrollada en ciertas tribus para que puedan cambiar sus productos, trajes de pieles, redes de fibras vegetales, astas de dardos, pigmentos de colores varios. Los mediadores de este comercio son heraldos (*agalla nato*) elegidos solemnemente, que representan á sus compatriotas cerca de las tribus vecinas, cuyos dialectos hablan merced á palabras, señales y «palos escritos». Pueden presentarse confiadamente por todas partes; hasta en tiempo de guerra es inviolable su persona.

El notable desarrollo de ciertas tribus australianas, se manifiesta sobre todo, en su conocimiento del cielo estrellado. Dan á las varias constelaciones nombres de héroes legendarios y saben con exactitud su posición, según los ocho puntos divisores de la esfera. La marcha de la luna y las estrellas les permite conocer las horas con gran precisión; es decir, que lo pobre de su lenguaje en nombres de números, no les impide darse cuenta exacta de la medida y combinar sus elementos primitivos con bastante habilidad para llegar á una geometría rudimentaria. Aprenden los idiomas con gran facilidad, y en las escuelas, los niños australianos suelen ser superiores á los blancos. La facilidad lingüística de los australianos debe depender de lo muy fino que tienen el oído. No tienen más instrumentos musicales que unos tambores toscos, con parche de piel de canguro, y en algunas tribus del Norte una especie de flauta que tocan con la nariz; pero cantan á menudo, alegres ó tristes, con entusiasmo guerrero, ó para apaciguar el hambre. También cantan para recordar los sucesos que les interesan. Como los bushemanos del Africa Meridional, gustan

de representar figuras humanas y formas de animales en los trajes de piel, cortezas de árboles y muros de rocas. Las pinturas de las orillas del Glenelg son policromas, negras, rojas, amarillas, azules y blancas, con un barniz que aviva los colores y los protege contra la intemperie. En la parte central del continente, abundan figuras de serpientes, pintadas con carbón ú ocre. También se han encontrado figuras grabadas en las rocas de los montes orientales, en Queensland y en Nueva Gales del Sur.

Los funerales varían mucho, según las tribus. En unas, queman los cadáveres; en otras, los entierran ó colocan sobre piedras ó ramas de árboles. En la Australia del Sur se los sepulta con la cabeza vuelta hacia Oriente, y cerca de la tumba se enciende una hoguera para asustar á los malos espíritus. En la península de Carpentaria los colocan sobre promonterios. En el extremo del Cabo York, un islote escarpado de unos 100 metros de altura, sustenta enorme montón de cráneos sujeto por un círculo de piedras y coronado por un tallo de bambú. No pudo elegirse lugar más solemne ni que inspire sentimientos más poéticos para osario de la comunidad. Al Norte del continente hay pueblos en los cuales se corta un dedo la madre cada vez que pierde un hijo. En algunas tribus acompañan á los funerales escenas de antropofagia. Cuando perece un hombre joven ó en la fuerza de la edad, sus parientes y amigos se comen el cadáver en demostración de afecto. En la Australia del Sur, el niño que muere de enfermedad es devorado por la familia. La madre se come la cabeza, con la esperanza de que así renacerá el hijo perdido. En otras tribus, la madre conserva el cadáver meses enteros. Costumbre general es comerse á los enemigos muertos, para apropiarse su fuerza y sus virtudes y hacer imposible la venganza de sus manes. Para alcanzar ese objeto, es suficiente, en algunos distritos comerse la grasa de los riñones, considerados residencia del alma. En otros sitios se comen los ojos en los cuales brilló el furor del combate.

Green los australianos en sortilegios, mal de ojo, evocaciones y milagros. Las enfermedades todas proceden de un brujo enemigo y las curaciones de un mago protector. Lleno está el mundo de espíritus y genios, unos que vagan buscando cuerpo donde meterse; otros que animan árboles y peñas, cielos, tormentas y astros. No parece que tengan los australianos ídolos propiamente dichos, pero todo es ídolo para ellos; en cada



objeto ven un ser temible ó benéfico que han de invocar para mitigar su furia ó alcanzar su auxilio. La luna les parece poderosa divinidad (más pujante que el sol), que renace todos los meses para engendrar estrellas, árboles, animales y hombres. Gracias á los misioneros, ciertos mitos han acabado por tomar una apariencia bíblica, y algunos autores se esfuerzan en hallar en ellos un lejano parecido con los relatos del Génesis.

Otras tribus australianas ofrecen en su organización, rudimentos de Estado. Podemos citar, entre otras, la de los *narrinyer* del Murray, que tienen reyes electivos auxiliados por un Consejo de ancianos. Pero son raras semejantes constituciones, y cada jefe de familia es árbitro casi absoluto de la suerte de los suyos. Verdad es que los *balya* ó brujos ejercen gran influencia, y que ésta, acrecentada con el ascendiente de la edad, les da á veces verdadero poder político, pero estas son excepciones. La herencia del mando en las familias es fenómeno más excepcional todavía, y de ello citan escasos ejemplos los viajeros. Generalmente, todas las familias son iguales. En tiempo de Bass se daba el mismo valor á todas, pero poco á poco, y por una especie de ponderación, cada grupo se había dedicado á un trabajo especial, que lo hacía necesario á los demás. Había tribu que encontraba en su territorio piedra excelente para fabricar hermosas hachas; otras proporcionaban el mejor *bumerang* ó la piel de canguro mejor trabajada.

Pero en casi toda la Australasia la historia de los aborígenes es cosa pasada. La raza disminuye constantemente, caduca y muere, y lo poco que queda se transforma rápidamente por los cruzamientos y la domesticidad. Sábese que las enfermedades traídas por los europeos, y sobre todo la viruela, cuya invasión coincidió con el desembarque de los presidiarios en Botany Bay, y que reinó hasta 1840, destruyeron en varios distritos hasta la mitad de los habitantes. Otras causas han influido asimismo en la desaparición del pueblo australiano, y algunas residen en las mismas tribus. El monopolio de las mujeres por ancianos y ricos, el infanticidio y los abortos, contribuyen á despoblar ciertas comarcas, pero la mayor razón está en la invasión de los colonos extranjeros, á quienes creían reconocer los australianos, tomándolos por hermanos suyos, procedentes del mundo de los espíritus. Empujados al desierto, los indígenas á quienes daban abundantes alimentos sus terrenos no pueden vivir ya, y muchos de ellos, sabiendo cuál es su destino; se dejan morir, ó á lo menos se niegan á perpetuar su raza. No puede

ser de otro modo, cuando los magistrados coloniales ^{se} declaran dañadores, cazadores furtivos y dignos de ser tratados como tales, á todos los indígenas que persistan en vivir en el patrimonio de sus antepasados. La aparición del ganado es sentencia de muerte para los indígenas, pues los canguros son exterminados por los blancos ó huyen de sus habituales madrigueras, y los cazadores negros, no encontrando ya caza, tienen que huir tras de ellos ó morir de hambre. Y no sólo se suprime la caza, sino que también se caza al australiano alrededor de más de una posesión, especialmente en Queensland. Los rediles de ovejas están guardados por polizontes á caballo, australianos, melanesios ó cafres, encargados de disparar contra los negros libres y de librar de ellos á los colonos pacíficos.

La isla de Tasmania, la primera de las colonias de Australasia, ha quedado completamente *limpia* (término inglés) con la destrucción sistemática de los pobladores primitivos, calculados en 7.000 cuando llegaron los blancos, y que al parecer eran notables por su bondad y dulzura. El 28 de Diciembre de 1834, los últimos indígenas, perseguidos como animales feroces, fueron capturados en el extremo de un promontorio, y este acontecimiento se celebró como un triunfo. El que los cogió fué recompensado por el Gobierno con una propiedad de 400 hectáreas y una cantidad considerable. Además, se abrió en su favor una suscripción pública que produjo unas 200.000 pesetas. Se llevó á los cautivos de islote en islote, y luego se encarceló á todos los tasmanienses en una cañada pantanosa de la isla Flindero, rodeada por las aguas turbulentas del Estrecho de Bass. Se les dieron viveres y alguna lección de catecismo, y á los diez años de destierro más de las tres cuartas partes de los deportados habían muerto. Entonces hubo piedad para los demás. Doce hombres, 22 mujeres y 10 niños, casi todos mestizos, fueron de nuevo llevados junto á Hobart, á una península estrecha, Oyster Cave, bajo la vigilancia de ciertos guardianes, que se enriquecieron á su costa. En 1860 no quedaban más que 16 tasmanienses; en 1869 murió el último hombre, y en 1876 la última mujer, la reina Truganina, llamada Lalla Rookh por los ingleses, y que siguió á su pueblo á la tumba.

También han desaparecido la mayor parte de las tribus del litoral australiano; ya no queda un hombre de las poblaciones de Botany Bay, que en 1788 contaban con 1.500 personas. En los distritos ingleses donde viven todavía algunos individuos, se han borrado las agrupaciones de clanes. Cuando se hizo el censo

de 1881, el número total de los aborígenes en el territorio colonizado se calculaba en unos 30.000 individuos. El crecimiento aparente que se nota en algunas colonias procede del aumento del territorio, que abarca tribus, antes independientes; pero estadísticas recientes permiten creer que ha habido algún crecimiento real de población, pura ó mestiza, en ciertos territorios de reserva, donde se trata mansamente á los indígenas.

VI

Población, industria y agricultura.

Los colonos de origen europeo, dueños hoy del continente, son lo menos cincuenta veces más numerosos que los indígenas. Pero los principios fueron humildes, y así como en otros países gustan los habitantes de celebrar á sus antepasados y predecesores como á hombres excepcionales, los actuales ciudadanos de la Federación australiana (*Commonwealth of Australia*) no se jactan de descender de los primeros colonos y casi todos tratan de buscar su filiación entre los inmigrantes rezagados. Sabido es que los fundadores de las comunidades australianas fueron deportados y presidiarios. La inmigración libre no empezó hasta 1820. La colonia penitenciaria, establecida en 1778, no había prosperado. Los presidiarios, tratados con implacable rigor, sobre todo bajo el gobierno de Bligh, de execrable memoria, no pensaban más que en la evasión, y millones de ellos perecieron en sus tentativas de revueltas y de fugas. Muchos lograron escaparse hacia el interior ó ganar las islas de la Polinesia; á unos los devoraban los indígenas, otros llegaban á jefes, y algunos dejaron recuerdo histórico como conquistadores de archipiélagos. Hasta 1820 llegaron á Australia 25 878 sentenciados (entre ellos 3.661 mujeres). Los nacimientos no pasaron de 1.500, y estos inmigrantes involuntarios costaban á la Gran Bretaña unos 15 millones. Pero cuando se establecieron colonos libres en Australia, protestaron enérgicamente contra el sistema de deportación, y en 1840 acabaron por lograr sus fines, á lo menos en la costa oriental de Australia, pues Tasmania en 1853 y Australia occidental en 1868 aún recibían sentenciados ingleses. Ahora el elemento primitivo de los deportados se ha fundido con el resto de la población.

Al descubrirse el oro fué cuando aumentó con sorprendente rapidez el número de habitantes. Pasa ya la población australiana de 4 000 000 de individuos. La inmigración de los mineros se componía toda de adultos, y los demás, sean agricultores, industriales y comerciantes, suelen llegar sin familia. Cuanto mayor es el movimiento inmigratorio, más diferencia hay entre el número de varones y el de hembras. En Queensland, donde abundan más los inmigrantes, es donde menos mujeres hay, y en la Australia del Sur ocurre lo contrario. Es la parte menos visitada por los extranjeros, y allí hay equilibrio de sexos. Cada año disminuye la diferencia, y el exceso de nacimientos sobre las defunciones es más importante por el crecimiento de la población. La muerte se ceba más en los hombres que en las mujeres. Ingleses, escoceses é irlandeses son la inmensa mayoría de los inmigrantes. Lengua, instituciones y costumbres, todo es inglés, y en ciertas cosas más inglés que en Inglaterra. Muchos australianos cifran su orgullo en no dejarse arrastrar por el movimiento de las ideas modernas que progresan en la metrópoli, aunque el medio nuevo en que se encuentran los obliga á seguir vía diferente y se van alejando, poco á poco, de sus conciudadanos de la vieja Europa para irse aproximando algo á los norteamericanos. Se asemejan á éstos en la estatura, en la actitud y hasta en las facciones. Los colonos alemanes, bastante numerosos en Australia, en ninguna parte se han agrupado con suficiente cohesión para poder vivir separados de los ingleses, y pronto se convierten en australianos. Los chinos, llevados allí en tropel por los grandes propietarios para la explotación de tierras y minas, habían acabado por constituir una clase poderosa que amenazaba á los obreros blancos con quitarles el pan, y se llamó *peligro amarillo* á la invasión gradual de los chinos en Australia. Los odios de raza, provocados por esta oposición de intereses, han acabado por imposibilitar á los chinos de vivir en Queensland y demás colonias australianas. Millares de ellos han dejado el país, y se han votado leyes que les prohíben desembarcar como no paguen derechos de entrada elevadísimos.

La población inmigrante se ha reconcentrado en las ciudades, de tal modo, que entre Sidney y Melbourne poseen un tercio de la población australiana, á pesar de lo cual la agricultura ó, mejor dicho, la explotación del suelo, da la parte más importante de riqueza á los colonos. Una superficie de 45 millones de

hectáreas vendida á los particulares se utiliza para el cultivo y para la ganadería, especialmente la cría de ovejas. Pozos artesianos, abiertos en varias regiones del interior, han alumbrado aguas ocultas y transformado espacios áridos en terrenos de pasto. Australia es el primer país del mundo para la producción de la lana, y la de sus 90.000.000 de ovejas, de finísima calidad, representa un valor anual de un millón de pesetas. Los granjeros poseen también grandes rebaños de toros, excelentes caballos y cerdos, y el comercio australiano exporta pieles, grasas, sebo, carne en conserva y animales congelados. El dingo australiano es muy temido de los pastores. No sólo se come las ovejas, sino que mata las que no se puede llevar, y ha destruido rebaños enteros. El zorro es también muy peligroso; pero la mayor plaga para los ganaderos es el conejo importado de Europa. No hay comarca más conveniente para tal roedor que las llanuras onduladas y floridas que antes recorrían los canguros. Se ha multiplicado prodigiosamente, y aunque pastores y perros maten lo menos 50 millones al año, cada vez invade y asola más el territorio.

Los productos de las tierras de labor, muy considerables en relación con la superficie cultivada, se utilizan en su mayor parte para el consumo de la colonia, aunque empieza Australia á exportar vino, azúcar y tabaco. Algunos de los caldos de Victoria y Nueva Gales del Sur tienen bastante fama, pero la filoxera causa estragos en los viñedos australianos. El cultivo de los cereales corresponde, en general, á las tierras poco extensas que constituyen la propiedad media. El de la caña de azúcar, de Queenslad, pertenece á grandes propietarios, lo mismo que los cercados para pastos del Darling y otras tierras. Tienen de Australia á seguir el ejemplo de la madre patria en cuanto al reparto del suelo en grandes haciendas.

Las minas de oro, que contribuyeron principalmente á poblar la Australia, le dan todavía una parte notable de sus productos. Especialmente Victoria posee yacimientos muy ricos, pero el trabajo va siendo menos próspero, según mengua el valor relativo de los metales preciosos. Las minas de estaño, que se explotan principalmente en Queensland, y las de cobre, muy productivas en la Australia del Sur, tienen bastante importancia para alimentar el comercio australiano, y las de carbón de Nueva Gales del Sur van ganando según van perdiendo las de oro. Estas y los rebaños de ovejas, han dado al citado Estado el primer lugar entre los de Australia. Las minas de

plata tienen escaso valor económico y los lagos salinos se explotan poco y no dan más que productos impuros.

La industria fabril no difiere de la británica en materias y procedimientos, pero tiene todavía poca importancia para originar una exportación notable á las islas de los mares cercanos.

Como la instrucción es gratuita y obligatoria, á lo menos en las escuelas del Estado, todos los niños pasan algunos años en los establecimientos de enseñanza. Proporcionalmente, las muchachas van á la escuela más tiempo que los chicos, y hay más maestras que maestros.

Los Estados Australianos constituyen hoy una federación llamada oficialmente *Commonwealt of Australia*, cuya capital reside en Melbourne, y cada Estado conserva su Constitución interior. La federación está sometida á la soberanía inglesa, representada en Australia por un alto funcionario británico, pero en los asuntos propios de la colonia se rige ésta con aquella autonomía que la corona inglesa suele conceder á todas sus posesiones de Ultramar.

Con una extensión de 7.948.614 kilómetros cuadrados, la federación australiana (con Tasmania), tiene una población de cinco millones aproximadamente.

VII

Nueva Gales del Sur.

De igual manera que los demás Estados australianos, Nueva Gales del Sur se administra por medio de asambleas elegidas.

Ochenta millones de hectáreas, un poco más de la décima parte del continente, y dos millones de habitantes próximamente, ó sea más de la tercera parte de los australianos, constitúan la colonia «primitiva» que formó toda la Australia desde 1788 á 1825, año en que se fundó la colonia de Perth ó de la costa de los Cisnes, convertida más tarde en provincia de la Australia Occidental.

Las sierras vecinas á la costa llevan, viniendo del Norte al Mediodía, los mismos nombres que los montes de Nueva Inglaterra, Montes de Liverpool, Montañas Azules, Cordilleras de Cullanis, de Gourok, de Matmro, de Munieng; en total siete cor-

dilleras y 19 montañas que dividen la Nueva Gales del Sur en dos regiones; una de ellas, pequeña, variada, encantadora; la otra, amplia y monótona.

La región pequeña, la del Este, situada entre montes y mar, es al mismo tiempo la «Nueva Inglaterra» y el Tell de Australia: Tell de 55 á 95 kilómetros de longitud y á veces de 95 á 110 ó 112, teniendo en Cheliff una sierra de 580 kilómetros, el Hawkesbury. No son allí las lluvias muy escasas, y si algunos años no acusan un nivel de 55 centímetros, en otros, en cambio, llegan á 210, y el término medio es de 126.

En este litoral se elevan cordilleras comparables á los Allegenicos y cuya máxima longitud alcanza 130 kilómetros. Llegados á estas cumbres de 1.200 á 1.500 metros, se encuentra el viajero en una meseta inclinada de 30 á 80 kilómetros y de 765 metros de altura media, donde predominan las rocas primitivas, tales como el granito, y desde donde se descende por las Pendientes del Oeste (1), cuesta de unos 145 kilómetros, donde pastan los más hermosos novillos de Australia. Entonces se llega á las llanuras bajas, pero no se encuentra ningún Ohio que pudiera haber conducido en tiempos lejanos las aguas de los ventisqueros hacia un Mississippi.

Este nuevo territorio del *New-South-Wales* (2), no solamente merece el nombre de Nueva Inglaterra por su situación al Este de los montes y al borde de las aguas marinas, sino especialmente por razones históricas. Allí desembarcaron los primeros ingleses del imperio australiano, de la misma manera que las costas de Boston vieron llegar á los puritanos que fueron en ayuda del pueblo yanqui. Pero cuando los neo-ingleses de América alcanzaron las cumbres de los Alleghanios, quedaba ante ellos un mundo que poblar; los valles que habían sometido al arado estaban muy lejos de los aluviones que les mostraba el Occidente, desde las fuentes del Ohio hasta la orilla del Pacífico; mientras que los neo-ingleses de Australia, una vez llegados á las cimas de sus pequeños Alpes, desde donde aún se alcanza á ver el mar del Este, ya han dejado tras de ellos las mejores tierras de su continente.

¿Qué es el Gran Oeste en esta parte de la Australia? Una inmensa llanura cubierta de pastos, extremadamente seca, extremadamente cálida, donde algunos colocan el lugar más ar-

(1) Western Slopes.

(2) Nombre inglés de la Nueva Gales del Sur.

diente de la tierra, hacia el sitio de unión del Darling con el Murray. A muy largos trechos se levantan enanas colinas; las aguas deslizan por allí en tiempo de lluvia, abundantes y esparcidas, pero desaparecen á poco de caer. De estas aguas, unas forman parte de la corriente del Darling, que las arrastra intermitentemente hacia el mar; las restantes van á caer en cualquier laguna miserable y entonces se detienen en la peregrinación emprendida desde que el cielo recobró su serenidad.

Murray (1 805 kilómetros), Murrumbidgi (2 172 kilómetros), Lachlan (1 127 kilómetros), Macquarie, Darling (1 870 kilómetros), los más grandes ríos de este Gran Oeste, arrastran aguas puras procedentes de sus gargantas natales, en pleno monte; pero llegados á la tierra sin pendiente, estas aguas se enturbian y disminuyen absorbidas por la sed de la tierra, por la sed de las hierbas y las plantas y por la sed del aire. El Murray, que recibe todos estos arroyos y muchos otros, más largos que profundos y caudalosos, es el río Amazonas del continente australiano, regando una superficie de 70 millones de hectáreas. Nace de los flancos del Kosciusko cuya cumbre se cierne sobre 1 800 000 hectáreas, separa la Nueva Gales de Victoria, riega las llanuras de la Riverina y va á caer en la laguna Alejandrina, que comunica con el mar del Sur. Tiene sus fuentes muy próximas al mar del Este, lo cual no es raro, pues así le sucede entre otros, al Amazonas, y en Francia, al Loire. Durante una época del año, el Murray puede ser surcado por barcos de vapor. Él y el Murrumbidgi son los únicos ríos del interior cuyas aguas corren todo el año.

Como dijo Sully, la agricultura y el pastoreo son las dos vidas de Nueva Gales, donde se crían cerca de 40 carneros por cada hombre. Numerosos mineros buscan el oro, hunden el cuarzo, socavan el aluvión ó recorren el país mirando ávidamente qué bloque de roca ó qué banco de arena será el que encierre el metal dorado. Muchos de estos mineros son chinos, *infelices amarillos*, de los que existen en Nueva Gales lo menos 10 000. Los indígenas no llegan á 1 650.

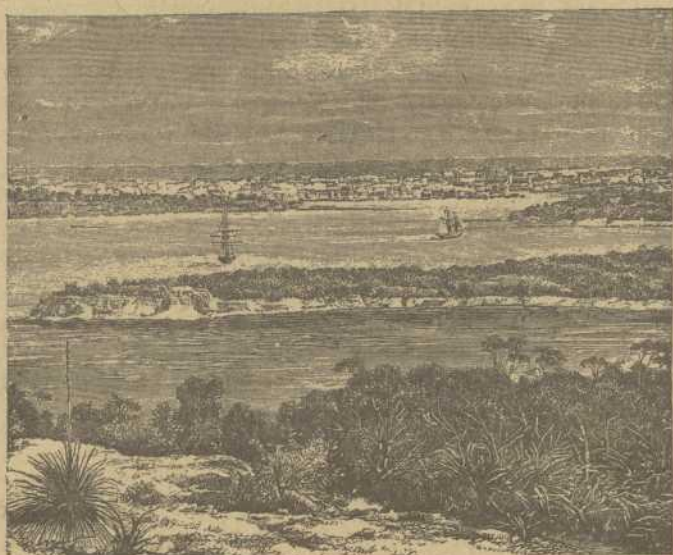
No habiendo cesado los envíos de presidiarios hasta 1843, gran número de habitantes de Nueva Gales tienen por padres y por abuelos bandidos de la Gran Bretaña.

No se habla en este país más idioma que el inglés y la religión protestante domina en absoluto, aunque con gran lujo de sectas.

Este pueblo crece rápidamente por las inmigraciones y los

nacimientos, que son en número doble ó casi triple al de las defunciones.

Entre las poblaciones de Nueva Gales del Sur corresponde el primer lugar á Sidney, construída en las riberas meridionales del magnífico puerto llamado Port-Jackson, y la ciudad más antigua de Australia, pues fué fundada en 1788. Al principio no fué más que una penitenciaría, luego cabecera de las cárceles dispersas por el territorio cercano; ahora es una hermosa capital, que disputa á Melbourne el primer puesto en el mundo oceánico. Sus habitantes la llaman Reina del Sur (*Queen of the South*). Gracias á las numerosas sinuosidades de la orilla y al



(Vista de Sydney. (Dibujo de Barclay.)

desigual relieve de los terrenos, no tiene Sidney la monotonía de la mayor parte de las poblaciones australianas y americanas. Tiene calles que serpenteen por los valles y suben por las colinas. Caletas, brazos de mar y peñascos interrumpen el plano irregular y dividen la población en distintas ciudades. En el centro está el barrio viejo, en forma de mano abierta, que alarga sus promontorios por la rada; al Sur se cruzan las hermosas avenidas de Woolloomooloo; al Norte van y vienen vapores entre los barrios antiguos, el nuevo de North Shore y

los baños de Maully, con doble playa, una en el mar interior y otra en el Océano. Cada calle presenta perspectivas diferentes sobre las colinas, la rada, los jardines y los bosques. Tiene hermosos paseos, como Moor Park, en el centro de la población, con 240 hectáreas de extensión. Como ciudad comercial es el centro de las líneas de vapores en el Océano Pacífico y del cabotaje en las costas australianas. El puerto es vastísimo. Posee Sidney buenos museos, la rica Universidad de Nueva Gales y un gran jardín botánico. Su población es de unos 400.000 habitantes.

Paramatta, con 12.000 habitantes, puede considerarse como dependencia natural de la capital, por estar en el extremo occidental de la misma bahía.

Newcastle, á la entrada del río Hunter (20.000 habitantes) es la segunda población del Estado, y además merecen mención especial Maitland (7.300 habitantes), Battunt, á 700 metros de altura, semejante á una ciudad agrícola inglesa, con 7.221 habitantes; Wollongoug, puerto al Sur de Sidney (8.000 habitantes) y Goalburn á 649 metros de altura, importante centro industrial y comercial (8.000 habitantes).

Las islas de Lord Howes y Norfolk dependen administrativamente de Nueva Gales del Sur, aunque la forma geográfica del relieve submarino las haga pertenecer á Nueva Zelanda. La isla principal de Lord Howes, de 863 metros de altura está poblada por algunas familias que ganan la subsistencia proporcionando víveres á los buques de paso, pero prosperan muy poco.

La isla Norfolk, cinco veces más grande, está poblada en proporción y tiene unos 200 habitantes, mientras la de Lord Howes no cuenta más que con cuarenta. Desierta estaba cuando en 1774 la descubrió Cook y se la pobló con los presidiarios más temibles. Abandonada en 1842, se concedió en 1856 á los insulares de Pitcairn, que se encontraban muy estrechos en su isla natal. Sus habitantes tienen escasas iniciativas, carecen de industria y no han dedicado más que sesenta hectáreas de tierra al cultivo.

Nueva Gales del Sur tiene una asamblea legislativa y una fuerza armada de unos 7.000 hombres.

VIII

Victoria.

Al Sur del continente, bajo sus latitudes menos ardorosas, el Estado de Victoria ha dejado de ser el más habitado de todos en Australia. Cuenta 1 215.000 habitantes en una superficie de poco menos de 23 millones de hectáreas, más de diez veces la densidad de población del conjunto de las colonias anglo-australianas, incluida la Nueva Zelanda.

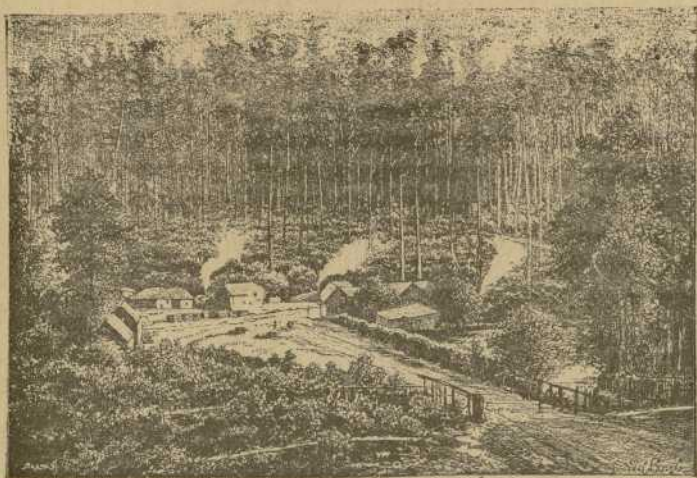
Apenas si había en Victoria 250 blancos el año 1836, y 10.000 en 1840; pero en 1851 la opulencia de los veneros de oro descubiertos por un minero llegado de California determinó de repente un *rush* prodigioso hacia este país desierto. *Rush* quiere decir en inglés movimiento violento, carrera precipitada, invasión súbita, avalancha.

Los *rush* son muy frecuentes en Australia. Desde el momento que la fama anunció un campo de oro, multitud de aventureros acuden de todos los rincones del mundo y muy pronto entre gentes de mil pueblos distintos levantan una ciudad de madera con templos para esos falsos dioses que se llaman el Juego, la Embriaguez y Venus errante. Después la mina se agota y desaparecen los mineros. De estos *rush* nació el Estado de Victoria, que se separó de Nueva Gales en 1851.

En 1852, 168.000 hombres vivían en este país llamado con el mismo nombre que la reina de los ingleses, 550 000 en 1862 y en la actualidad llegan al millón. Como en todo el territorio de Australia, el crecimiento de población tiene por causas tanto el exceso de nacimientos como la llegada de inmigrantes de Europa. También allí por cada hombre que desaparece muestran dos ó tres niños su rosada faz.

De los 45.000 chinos de hace quince ó veinte años, apenas si quedan 11.000; y de los 5.000 á 10 000 indígenas del año 1836 sólo algunos centenares andan errabundos por el bosque y la llanura, sin hogar. En el invierno buscan las cañadas menos frías y en estío vuelven al llano. Cuando el hambre los espolea corren seguidos de sus perros, esqueletos ladrones, en persecución de la zarigüella, del canguro, del oso australiano, de las serpientes, de los lagartos, de las hormigas blancas, ó se apresuran á trabajar al servicio de los blancos con objeto de ganar el tabaco y el ron.

Victoria participa de los Alpes australianos y del Murray, es decir, de los mayores montes y del más caudaloso río del continente. En los Alpes australianos y en el territorio de dicha ciudad se yergue el Bogong (2.057 metros). Se reparte el Murray con Nueva Gales del Sur, correspondiendo á Nueva Gales a orilla derecha y la izquierda á Victoria hasta el sitio en que el río se interna en la colonia llamada Australia meridional. Esta ciudad, regada por ese *brazo de mar*, un tanto seco, se enorgullese por haber sido en tiempos lejanos, la capital de la Australia federalizada según el modelo del Canadá, y se ha



Paisaje del Estado de Victoria. (Dibujo de Langlois.)

llegado hasta á citar, comparándola con ella, el nombre de Albury, ciudad correspondiente á Nueva Gales, donde el ferrocarril de Melbourne á Sidney vadea el río. En realidad, el alto y el medio Murray están muy al Sudoeste del continente, pero la infecundidad del Oeste y del centro y la torridez del Norte, colocan la metrópoli normal muy al Mediodía ó muy al Oriente, á la vista de los Alpes de Victoria.

En estos Alpes, Victoria es una Australia feliz; pero fuera de los montes, al Norte de la *Dividing Range* (1) en dirección al río Murray, es más bien una Australia pétrea, una amplia, una infinita llanura de monotonía y melancolía indescriptibles, un campo sin árboles, y cuando se encuentran hierbas, son

(1) Traducción literal: Cordillera divisoria.

éstas grises ó pálidas más bien que verdes. Algunos ribazos de roca se alzan levemente sobre esta pálida ó amarillenta extensión, tierra por todas partes sombría donde el suelo es de esencia volcánica y no de origen sedimentario y no hay ningún río, pocos arroyos, y unas cuantas lagunas de aguas salobres. La lava, la arena y la arcilla desecadas, absorben y concentran todos los días y durante casi todo el año, calores extratórridos; porque aquí el clima tiene brusquedades y rudezas á pocos parecidas, y si el termómetro puede á veces marcar menos de cero, gracias á la irradiación nocturna, puede, en cambio, pasar en estas llanuras abrasadas de 52 grados á la sombra cuando el viento que sopla procede del Norte, es decir, del desierto central. Lo que allí falta es la lluvia. Á veces se



Una calle de Melbourne. (Dibujo de Taylor.)

desencadenan grandes tormentas, trombas diluvianas que convierten el arroyo en río y en mar los estanques, pero en realidad el país es árido, mucho menos húmedo que en Melbourne y que todos los situados al Mediodía de la *Dividing Range*. El nivel medio penas si llega á 50 centímetros de lluvia anual, habiendo años secos por completo, mientras que el de Melbourne es de 70 (1) y el del Cabo Otway de 83.

País de mineros, y sobre todo, país de pastores más que de colonos, con inmensos dominios (2) donde pastan inmensos rebaños, Victoria es esencialmente inglesa y puramente anglofoba.

(1) El máximo ha sido 112.

(2) Hasta de 30.000 ó 40.000 hectáreas.

La capital es Melbourne (capital también de la *Commonwealth*) una de las grandes ciudades del imperio colonial británico, y como Roma, está construida sobre siete colinas. Tiene también su modesto Tíber de aguas amarillentas, llamado Yarra Yarra. Aunque situada tierra adentro, ha crecido rapidísimamente para llegar al mar, y ahora ostenta en la ribera muelles y palacios monumentales. Tiene cerca de 500.000 habitantes, algo más del tercio de la población de todo el Estado. Construida con más regularidad y uniformidad que Sidney, posee soberbios monumentos, palacio del Parlamento y del Gobierno, Universidad, Museos, iglesias y Bancos. Las bibliotecas son muy importantes, y el Observatorio, colocado al Este de la ciudad, entre grandes jardines, está provisto de magníficos instrumentos.

El puerto de Melbourne, llamado de Hobson's Bay, está siempre lleno de buques, que fondean á 12 kilómetros de la ciudad.

Hay que citar también, entre las poblaciones del Estado de Victoria, á Geelong (21.157 habitantes) en el ángulo Noroeste del mar interior, provista de fábricas, tenerías é hilaturas; Ballarat (36.651 habitantes) rodeada de quintas, bosques, jardines y cultivos, con un lago artificial: Londhust ó Bendigo (28.662 habitantes); Eaglehawk (7.650 habitantes); Castlemaine (6.000); Warruambort (1.400), puerto costero; Echuca (4.500), á orillas del Murray, y Clunes, con 4.226.

Victoria tiene un Consejo legislativo ó Cámara alta, y una Asamblea ó Cámara baja, compuesta de 94 miembros que cobran sueldo, mientras los individuos de la Alta no están retribuidos.

La fuerza armada se compone de unos 4.000 hombres (ejército terrestre) y 500 marinos.

VIII

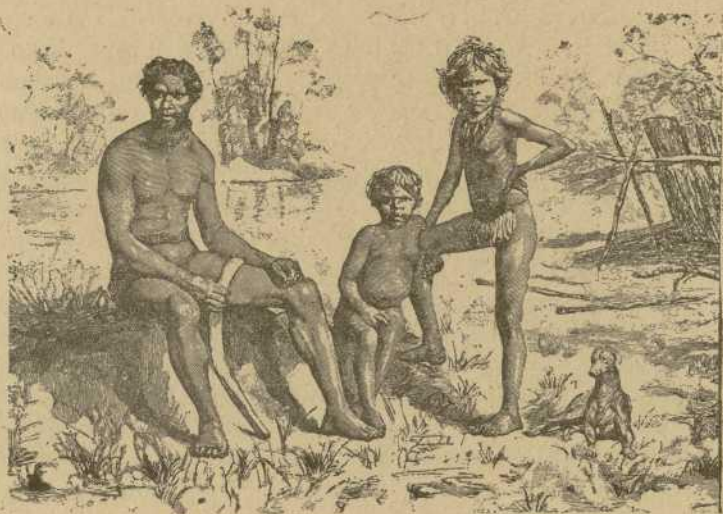
Queensland.

La segunda provincia separada de Nueva Gales del Sur, en 1859, es decir, ocho años después que Victoria, recibe el nombre de Queensland ó País de la Reina.

Posee, al Norte de Nueva Gales, toda la inmensa costa oriental que se extiende hasta el Estrecho de Torres, y por la orilla septentrional del continente la costa es la costa Sur del extensísimo golfo de Carpentaria. Tiene, además, en el interior, infinitas estepas.

En total, es una superficie de 173 millones de hectáreas, pero Queensland no conservará durante mucho tiempo tal amplitud. El Norte tiende á separarse del Sur, hacia el cual siente ciertas antipatías originadas por divergencias de intereses.

A una variable distancia del litoral, el mar de Queensland tropieza con islotes madreporicos. En este archipiélago de arrecifes, incesantemente engrandecidos por sus humildes arquitectos, corren los buques peligro de naufragio, pero muy cerca encuentran abrigo en las dársenas protegidas por los diques de corales y además la costa está bordeada de seguras caletas.



Indígenas de North-Queensland. (Dibujo de Laethier.)

La ribera marina de Queensland puede recibir el nombre de temp'ada en los sitios próximos á Nueva Gales del Sur, pero á medida que se avanza hacia el Norte, el clima adquiere lo torridez natural de los países inundados de sol, de calor y de luz. Y sin embargo, los hombres que proceden de Inglaterra, de Escocia, de Irlanda y de Alemania, es decir, el hombre del Norte, es casi el único terrateniente de este inmenso desierto. En las comarcas meridionales el blanco puede trabajar á pleno sol aun en sus horas más rigurosas, y allí se han dirigido casi todos los colonos, bien sea porque hace menos calor ó por la vecindad de Nueva Gales, de donde Queensland recibió sus fundadores. En las regiones del Norte, más cercanas al Ecuador, el

blanco necesita el auxilio de los hombres tropicales y hace venir á los insulares del archipiélago Marshall y de las Nuevas Hébridas, titulados trabajadores libres á quienes se saca de sus islas por procedimientos engañosos. Se les hace firmar contratos que no entienden y luego á bordo de los buques de una nación que se jacta de haber abolido la trata de negros, son transportados al país de Queensland, donde se les hace vivir como verdaderos esclavos. En ninguna parte del mundo se trata con tanta crueldad á los indígenas pobres é inofensivos. Más de un blanco, orgulloso de su raza, de su religión, de su idioma, de su *Habeas corpus* y de sus derechos constitucionales dispara allí a'egremente su rifle sobre el primer negro que se le pone por delante.

Tras las cordilleras litorales, siguiendo los montes del país de Silney, situados á unos 80 kilómetros de las aguas oceánicas, se extiende el país de los Downs, especie de llanura con árboles, aunque mezquinos, con buenos prados para la ganadería y á las veces fondos de excelente tierra que no defraudaría al labrador si el cielo avaro no le negase las lluvias.

Después de los Downs, tales como Darling Downs y Peak Downs, se corren á lo lejos hacia la meseta central de Australia grandes extensiones pastorales semejantes á las que nacen en la base oriental de las Montañas Azules en Nueva Gales del Sur, diferenciándose únicamente en que hace allí más calor, merced á las latitudes, á las montañas menos húmedas y á la ausencia de corrientes como las del Murray y del Murrumbidgei. Los carneros se multiplican allí rápidamente, constituyendo la gran riqueza de los ganaderos al mismo tiempo que la de los comerciantes en lanas, pieles y sebo, y cuyo comercio tiene por base el degüello del animal más inocente de la tierra. De los ríos que atraviesan estas estepas, muchos de ellos, tales como el Condamine y el Warrego desembocan en el Murray. Otros se reúnen para formar el Cooper ó Barcou, el Diamantina y el Herbert, que se deslizan lentamente hacia el lago Eyre (1), deplorable laguna apenas inferior al nivel del mar. Una infinidad de estos ríos se detienen en su camino absorbidos en la parte alta por el sol y en la más baja por la arena, el sol y los yacimientos salobres.

En conjunto, á pesar de su alegre cielo, de sus lluvias, que sin ser excesivas proporcionan por temporadas fijas frescura á

(1) En la Australia Meridional.

los suelos ardientes, color á las hierbas abrasadas y murmullos de cristal á las fuentes, á pesar de esto, repetimos, el País de la Reina es de un muy mediano esplendor comparado con las diversas regiones tropicales que forman en el globo de los humanos dos brillantes franjas, una al Norte y la otra al Mediodía de la línea ecuatorial. Le falta lo que constituye la mayor belleza de muchas regiones del Ecuador, del Cáncer y del Capricornio; infinitas nieves vírgenes, ventisqueros eternos y al pie de estos ventisqueros torrentes impetuosos que el sol jamás agota, sino que por el contrario aumenta en caudal para bien de la vida y encanto y esplendor de los valles inferiores.

El supremo monte entre todos los suyos, el Lindsay, no mide más que 1.677 metros. Aunque fuese tres veces más alto, es decir, poco más que el Mont Blanc, no tendría ni campos de nieve ni ríos de hielo. De este modo, aunque cortos y de un ardor no excesivo, los veranos borran los largos arroyos de la colonia. Los *oueds* (si pueden designarse con una palabra árabe, hoy europea, los ríos tan pronto vivos como muertos, ya agostados como triunfadores, salvajes é inmensos, de un imperio conquistado á los negros por la ruda Inglaterra), los *oueds* queenslandeses, que durante las semanas de tormenta llénanse de armonías y rumores, conviértense en unos cuantos días en barrancas mudas, ásperas, tórridas y sirven entonces, por largos meses, de caminos hondos, que suben y bajan, arenosos, de greda ó de basalto, con charcos para la siesta de caimanes, iguales sino superiores en tamaño á los cocodrilos de las aguas sagradas que ahorran al egipcio el invocar al «Júpiter de las lluvias».

El año que se separó de Nueva Gales, Queensland no contenía más que 28.000 hombres distribuidos en pequeños distritos próximos á aquella comarca. Merced á la llegada de frecuentes buques cargados de ingleses, escoceses é islandeses; merced á los *rush* producidos por las minas de oro, así como al término medio de dos nacimientos por cada defunción, la población era de 120.000 personas en el curso decenal de 1871, de 214.000 en el de 1881 y hoy día llega á 528.573, sin contar más de 8.000 chinos diseminados por todos los terrenos auríferos.

Su capital es Brisbane, situada junto al río de su nombre, en el punto que forma estuario para unirse á la bahía de Moreton. Los buques de calado medio llegan hasta la ciudad, bajo un puente de 350 metros que atraviesa el río. Precede al puerto de Brisbane la admirable rada de Moreton Bay, protegida por

una larga cordillera de islas bajas. Brisbane tiene agua abundante, hermoso jardín botánico como las demás grandes ciudades australianas, y cuenta unos 90.000 habitantes.

Ipsurch, junto á un afluente meridional del río, tiene 9.652, y sirve de punto de desembarque para las mercancías que luego reexpide al interior.

Maryborough (9.281 habitantes), ocupa una posición análoga á la de Brisbane, y está junto al Many, río navegable que desemboca en un brazo de mar defendido al Este por la isla Great Sandy-Island. La principal industria de las cercanías es la de la caña dulce.

Al Sur está Gympie (11.867 habitantes), famosa por sus minas de oro descubiertas en 1867. Al Norte hay grandes capas de carbón y al Noroeste ricas minas de cobre.

Rockhampton, puerto fluvial, en la segunda ciudad del Estado, con 11.793 habitantes. Su situación es hermosísima, en una vega feraz, frente á colinas con arboledas, á orillas de un río ancho, el Fitz Roy, y cerca de minas de oro, plata y cobre.

Townsville (7.860 habitantes), debe también su importancia á las minas de oro del valle del río Burdekin.

Queensland tiene una Cámara alta, con miembros vitalicios, en número de 36, y una Asamblea legislativa, cuyos individuos carecen de retribución. La fuerza armada consta de una tropa permanente de 1.650 hombres, 600 voluntarios y 150 cadetes. Tres cañoneros defienden los 5.000 kilómetros de costa.

IX

Australia Meridional.

Al Oeste de Victoria, sobre la costa del Mediodía, la Australia meridional comprende 98 millones de hectáreas, que no tenían valor ni fertilidad más que muy al Sudoeste, en la parte baja del río Murray y en los grandes golfos de San Vicente y Spencer, al Mediodía de la línea de Goyder (1).

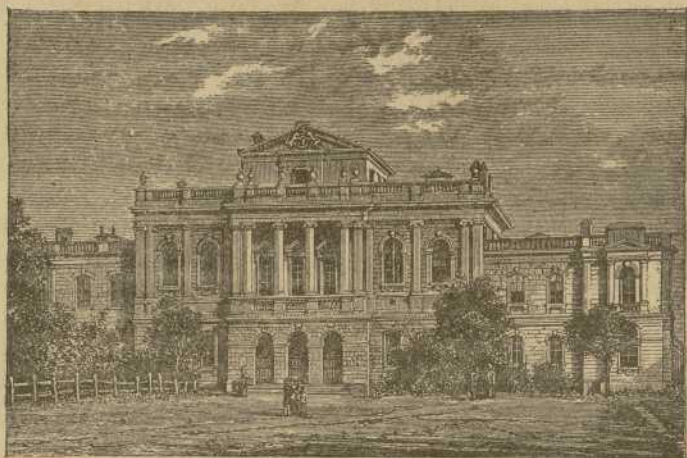
Esta línea marca sinuosamente el lindero entre las tierras que se extienden al Sur hacia el mar, poco alejado, y los prados donde por falta de lluvias regulares el cultivador ve rara vez granar su cosecha.

Al Oeste del Estado, la línea de Goyder pasa sobre el mismo

(1) Que toma su nombre de aquél que la trazó.

Océano, y la costa es de una esterilidad de bronce, sin fuentes y sin habitantes. En la mejor parte del país, en Adelaida, no se ve al cabo del año más que un nivel medio de 54 centímetros de lluvia, con un minimum de 35 y un maximum de 78. Allí no corre constantemente más que un solo río, el Oukaparinga.

Los exploradores que han llegado hasta el centro del continente, muchas veces á costa de su vida, y que han reconocido la zona litoral del Septentrión, perteneciente á los australianos del Sur, han visto que este Estado se anexionó el terri-



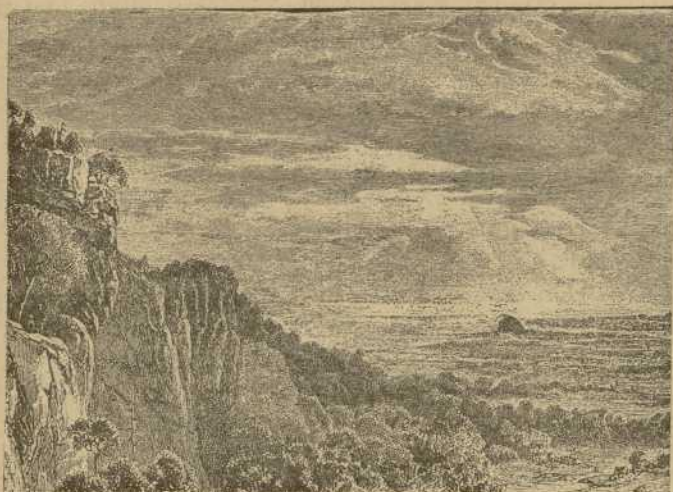
Adelaida. Palacio de Justicia. (Dibujo de Clerguet.)

orio del Norte, del que se halla separado por un gran Sahara central, por una tierra seca, desnuda, árida, que los ingleses, con su hábito de adulación, tristemente documentados por los nombres de Victoria y de Queensland, han llamado Alexandraland, tomándolo del nombre de una de sus princesas. A partir de la anexión de estos 136 millones de hectáreas, el título de Australia meridional viene á ser completamente falso, puesto que la provincia tiene precisamente sus más amplios terrenos al Norte del continente australiano. Al principio tampoco era del todo exacto, puesto que la provincia de Victoria posee el extremo Sur de todo su gran bloque de tierra.

El nombre de Australia Central estaría mucho mejor apli-

cado, puesto que el punto medio de esta parte del mundo es al mismo tiempo el centro de gravedad del Estado. Pero si el ensayo de establecimiento florece al fin en el Norte, el territorio no tardará en erigirse en país independiente; mas por el momento, apenas si existen allí—á pesar de muy perseverantes esfuerzos y muchos millones de libras esterlinas—3.000 habitantes, la mayor parte chinos.

Con la anexión del Norte, la Australia del Sur comprende 234 millones de hectáreas, casi un tercio de Australia, y más de cuatro veces Francia, pero sólo una pequeñísima parte de esta



Paisaje australiano. (Dibujo de Girardet.)

inmensidad puede ser aprovechada por el ganadero ó por el labrador.

En vano los sudafricanos intentaron acercarse á su territorio Septentrional por medio de una línea telegráfica que atravesaba el continente de parte á parte; su país no es como el Noroeste de los Estados Unidos ó como el Gran-Oeste ni como el valle del Mississippi, en los cuales las carreteras, los ferrocarriles y los hilos eléctricos los transformaron antes de que sus descubridores tuviesen blancos los cabellos por la vejez. En sus piedras, en sus colinas, en sus tierras firmes, en sus lagunas y en sus torrentes falta todo, puesto que falta el agua, y el bosque es allí muy escaso, más escaso aún que hace cin

cuenta años. Los colonos ingleses han talado el bosque, aunque los *sajones* jactanse siempre de respetar los árboles.

A unas cuantas leguas de la costa del Sur existe un hermoso y fértil valle, pero el interior se compone casi todo de desiertos, llanuras grises, colinas peladas, hierbas fecundadas por la lluvia, pero abrasadas, casi en seguida, por el sol y los vientos de este Sahara. El lago Torrens, el Gardnez y el Eyre apenas si son grandes pantanos, los unos, muy lejos de todo desagüe, los otros dominados por cercos de colinas. Es sobre todo un miserable país el que cruzan los hilos del telégrafo transcontinental. Allí nada se desarrolla, nada vive, nada se mueve, nada se agita. De una estación á otra no hay más que llanuras reverberantes, chaparrales espinosos, terrenos áridos, cauces sin aguas, montes y laderas desnudos, y el viajero no encuentra ningún rostro amigo en este desierto abrasador donde aún no hace mucho la muerte acechaba al caminante, ya fuese explorador ó aventurero. La sed, el hambre, la fatiga, la enfermedad y los negros han derribado allí para siempre á más de un hombre fuerte como el hierro.

Hoy día han desaparecido los salvajes y se encuentra agua, reposo y sueño en los puntos de etapa; pero ni árboles ni verdor, ni fresco, ni arroyos alegres sobre esta desgraciada patria de los zarzales espinosos. Allí y en la Australia Occidental es donde puede encontrar menos porvenir la joven y orgullosa nación que se cree destinada á regentar el hemisferio austral.

La Australia meridional comenzó á ser colonizada en 1836. Viven en ella 377.000 personas procedentes de los tres reinos y algunas de Alemania. Tal vez existan unos 7.000 salvajes en la provincia y de 6.000 á 7.000 chinos.

Adelaida, capital del Estado, llamada la Ciudad Modelo, es en población la tercera ciudad de Australia, pues tiene más de 130.000 habitantes. Está situada en una llanura cerca del golfo de San Vicente, junto á las primeras pendientes de la cordillera de los montes Lofty y á orillas del río Torrens, que está seco muchas veces. Sus calles anchas, orientadas según los puntos cardinales, dividen la población en cuadrados regulares. Adelaida ha gastado grandes cantidades para abrir en las montañas vecinas vastos depósitos para alimentar la ciudad de aguas potables; posee numerosos paseos, extensos parques, y un jardín botánico muy bien conservado. La Universidad de la Australia Meridional, el Instituto, y otras Sociedades científicas, tienen en

Adelaida su residencia. Posee varios puertos: el principal, que se llama Port-Adelaida, se encuentra á unos 12 kilómetros al Noroeste, y tiene 5.280 habitantes. Glemby, con 3.000, al Oeste y casi enlazado con Adelaida, es puerto también.

Monut-Gambier (2.400 habitantes) cerca de la frontera de Victoria, en la base meridional de un volcán, es el centro comercial más activo de los distritos del Sur.

Merecen también mención: Kampunda (2.290 habitantes) cerca de importantes minas de cobre; Teetulpa (5.500 habitan-



Calle del Rey Guillermo en Adelaida. (Dibujo de Cautenacci.)

tes) cerca de Victoria, enriquecida por sus minas de oro; Kooringa (2.760 habitantes), cerca de los yacimientos de Burra-Burra, que han contribuido grandemente á la prosperidad del Estado, y Moonta (5.000 habitantes), cuyas explotaciones mineras, así como las de Wallarvo y Kadina, no son menos importantes que las de Burra-Burra.

La Cámara Alta ó Consejo legislativo de *South Australia* comprende 24 miembros, y la Cámara Baja (*House of Assembly*) 52 diputados. La fuerza armada de este Estado se compone de unos 3.000 voluntarios y de la tripulación de un buque pequeño de guerra.

X

Australia Occidental.

Formando casi la tercera parte del Continente, la Australia Occidental tiene hoy 257.000 habitantes sobre 253 millones de hectáreas.

Aun cuando las nueve décimas partes de estos terrenos, casi desconocidos aún (por lo menos en detalle) no fuesen más que pedregales, areniscas, espinos y landas inútiles, el resto bajo un clima de una salubridad sin rival, sustentaría muy holgadamente á un pueblo cien ó doscientas veces más numeroso. En recientes exploraciones se ha demostrado que el Sudoeste, donde hasta ahora se concentra la colonia, no llega á valer lo que el Noroeste, donde se han descubierto hermosos prados, bajo un cielo más húmedo, á lo largo de los ríos Murchisson, Gascogne, Ashburton, Fortescue, de Grey y Fitz-Roy.

Pero la Europa emigrante casi ignora la existencia de estos parajes, cuyo descubrimiento se remonta, sin embargo, á más de sesenta años.

Á más de los nacimientos, muy superiores á las defunciones, el único refuerzo que Inglaterra enviaba á este país eran galeotes. Pero ya ningún Estado australiano recibe condenados.

El centro de la colonia es la ciudad de Perth, edificada á 19 kilómetroas del mar, á orillas del Swan River (río de los Cisnes) que en aquel lugar se ensancha en forma de lago. Una carretera y un ferrocarril enlazan esta humilde capital (de unos 1.500 habitantes) con su abra marítima, la ciudad de Fremantle, situada á la desembocadura del río en su orilla meridional. Posee una rada poco segura, expuesta á los vientos del Norte y Noroeste, y á veces los buques tienen que refugiarse al Sur, resguardados por la isla larga llamada Garden Island. Sin embargo, Fremantle es el punto de exportación más activo de la colonia, y desde él se remiten las lanas, que son la principal riqueza de la Australia Occidental.

La isla de Rottuert, que cubre la rada de Fremantle por la parte del Oeste, está rodeada de salinas explotadas para el Gobierno por sentenciados é indígenas. Los tres puertos de Rockingham, Bimbury y Bunelton, al Norte de Fremantle, son

los más importantes de la costa occidental para la exportación de madera de *eucalyptus marginata*, muy duradera y resistente para construcciones navales.

Guildford, York y Beverley son mercados agrícolas activos, y Albany, el puerto marítimo de la costa meridional, escala de vapores entre Inglaterra y Melbourne, y punto de enlace de la red telegráfica australiana con el resto del mundo.

En el distrito llamado de Victoria están las riquezas mineras de la Australia Occidental, consistentes sobre todo en plomo, cobre y oro.

Toda la parte del litoral australiano que se extiende á lo lejos, hacia el Noroeste, no empezó á estar habitada por los blancos hasta que en 1869 se encontraron yacimientos de oro en el litoral montañoso, junto al Fitz-Roy. Tropeles de mineros se lanzaron á estas comarcas, que tienen un porvenir espléndido. Este distrito, separado de las islas neerlandesas por el estrecho mar de Avafura, será el punto de cambios entre Australia y Java, Bornes, Sumatra, etc.

El Estado de Australia Occidental tiene también su Consejo legislativo, está dividido en catorce distritos electorales, y cuenta con un ejército de 590 voluntarios.

XI

Tasmania.

El estrecho de Bass, de unos 240 kilómetros de longitud, separa del litoral de Victoria la isla de Tasmania, primitivamente llamada Van-Diemen, isla ciento doce veces menor que el continente al que acompaña. No tiene menos de 6.790 000 hectáreas, al Norte y Mediodía del 42 grado de latitud que pasa exactamente por su centro.

Tasmania es la estación de verano de Australia del mismo modo que la Cornisa ó la costa argelina es la estación de invierno de los franceses. Nosotros buscamos el calor en Cannes, en Niza ó en Bordighera; los australianos fatigados de los vientos tórridos y los ingleses de la India y de la China, enervados por el trópico, acuden á disfrutar en esta isla la frescura, la humedad, la sombra, la placidez y la alegría.

La Tasmania es encantadora. Sobre costas bien bordeadas, altas, aspirando los vientos frescos y tibios, se abren maravi-

floros valles que suben hacia mesetas salpicadas de lagos, hacia cimas pobladas de bosque, hacia picos blanqueados por la nieve durante la mitad del año. Nada de marchas persistentes; ningún pico excede de 1.500 metros; pero el cielo vierte suficientes lluvias para que los ríos, las cascadas y los céspedes no carezcan jamás de agua. Llueve casi demasiado en toda la costa occidental, en el país del estaño, de árboles y plantas melan-



Lalla Roukh, la última tasmaniese. (Dibujo de Thisiat.)

cólicas, de sombríos granitos, de Naturaleza triste. Por todas las demás partes de la isla, bajo vientos más suaves y con menos nubes, sus rocas primitivas, sus esquistos, sus lavas y basaltos, sus helechos arborescentes, sus malezas, sus bosques y sus lagos estupendos tienen algo á la vez de Suiza y Escocia: una minúscula Suiza y una Escocia luminosa, colocadas en las latitudes de Nápoles y de Ajaccio.

Los primeros pobladores blancos fueron deportados que llegaron allí en 1803, y durante cincuenta años, hasta 1853, desembarcaron de los Tres Reinos, expedición tras expedición,

asesinos, ladrones, falsificadores, bandidos y desalmaos, escapados de la horca.

En 1846 había allí 66.000 blancos, de los cuales 29.000 eran forzados. Hoy la isla tiene 181.000 personas, pues su población no sube aquí igual que la marea, como ocurre en otras colonias inglesas. La Tasmania recibe pocos inmigrantes, á pesar de la excelencia de su clima, del encanto de sus valles y de la bondad ópima de sus tierras; y á pesar de sus minas de oro y de estaño pierde á sus más jóvenes hijos que se dirigen á Melbourne, á otras ciudades de Australia, y á Nueva Zelanda.

Los tasmanianos negros ya no existen. No se sabe cuántos miles de hombres de su raza vivían en la isla á la llegada de los primeros deportados europeos. En 1815 eran todavía 5.000. Desde 1804 empezó la caza de *las cornejas negras*, como llamaban los presidiarios á los indígenas, caza que hacía sus delicias, y la ley inglesa no castigaba al europeo que se entretenía en cortar á latigazos la nariz y las orejas á un negro, así como al que le cortaba un dedo para limpiar con él el receptáculo de su pipa. Después de 1815 la *caza al negro* se extendió por toda la Tasmania, resultando metódica. Presidiarios, soldados y colonos, todos los *civilizadores* de la isla tomaban parte en ella acompañados de feroces perros y matando por matar. Asesinaban un salvaje para entregar su cadáver á los perros ó por el gusto de probar su puntería derribándolo de una roca ó de una rama del bosque, allí donde le veían. Arrojaban al negro para que se asase sobre los tizones de la hoguera en que se calentaba, ó le ofrecían una botella de aguardiente envenenado para gozarse en las contorsiones de su agonía.

No tardó el Gobierno inglés en asociarse á esta obra de destrucción, y en 1833 más de 3.000 hombres, de los cuales eran una cuarta parte presidiarios, se organizaron en 119 compañías, bendecidas por un sacerdote anglicano, para exterminar por completo á los *salvajes*.

A partir de 1875 se deportó lo que quedaba de la raza, 210 individuos, á la pequeña isla de Bruni, y más tarde á la de Fliuders. Hoy día dicha raza se ha reducido á la nada, exceptuando á una anciana á la que el parlamento de Tasmania acaba de pensionar. Es la última de su pueblo; la penúltima fué Lalla-Roukh, muerta en 1876.

Lalla-Roukh había sido reina. Casada cinco veces tuvo cinco reyes por esposos y el quinto de sus maridos, cuando entregó su alma en 1869, era el único tasmaniano del sexo

fuerte que aún permanecía en el mundo de los vivos. Esta reina no dejó ni hijos, ni hijas, ni nietos tras de sí, sobre aquella tierra de emboscadas y matanzas. En la hierba de su fosa está marcado el fin de una dinastía y con la muerte de la otra anciana se marcará el fin de un pueblo. No habrá ya más tasmanianos que aquellos que duermen bajo tierra y ni uno sólo caminará bajo el cielo llevando en el cerebro las ideas de su raza y en los labios la lengua armoniosa en que Lalla-Roukh se llamaba Lidgionidgi-Troucaminni. Si la pobre reina ó su superviviente tienen un monumento fúnebre y sobre una losa pone alguien su nombre, su suerte y la de su nación, será el remordimiento de un crimen y no los cuidados de la historia lo que de tiempo en tiempo hará resaltar las letras del epitafio.

La isla no tiene más que dos ciudades construídas en ambos extremos de la depresión que reúne los dos fondos más largos y sinuosos, al Norte y al Sur. Una magnífica carretera, construída por los penados y un ferrocarril reúnen ambas poblaciones. La del Norte, Láunceston, es el principal punto comercial. Por medio de su antepuerto Georgetown, verifica casi todos los cambios de Tasmania con Melbourne, de la cual la separa un día de navegación á vapor. La ciudad meridional Hobart Town, más conocida con la denominación abreviada de Hobart tiene, como Láunceston, un puerto accesible para los buques de calado medio y un antepuerto donde fondean los buques. Como capital de la isla, posee los edificios más hermosos y las principales instituciones de Tasmania. Su admirable parque ocupa más de 700 hectáreas y domina el cuadro espléndido que presentan al Oeste el Monte Wellington, cubierto frecuentemente de nieve, las demás montañas y colonias, los promontorios con su semicírculo rompiente, los estrechos serpenteantes y el golfo de las Tormentas ó Storm Bay que se confunden á lo lejos con el mar austral. La península llamada de Tasman, al Oeste, está unida con la tierra firme por un angosto pedúnculo y rodeada por otras penínsulas. Una de estas fortalezas, naturales, llamada Port-Arthur, fué elegida como cárcel de los penados más terribles. Quince perrazos encadenados en el istmo ayudaban á los centinelas á guardar á los cautivos.

En el extremo meridional de la península se yerguen las rocas basálticas del Cabo Raul, prismas negros y desiguales cubiertos de espuma.

Las comarcas occidentales de Tasmania, llenas de montes abruptos, están casi deshabitadas, y en su mayor extensión

son realmente inhabitables. Las rocas carecen de hierba para el ganado, y la nieve cubre las alturas ocho meses al año. En esta región poco hospitalaria hay yacimientos mineros de oro, estaño, bismuto y antimonio.

La Constitución política de Tasmania difiere únicamente de la de Victoria en el número de los individuos que componen las Asambleas.



Un paisaje de Nueva Zelanda. (Dibujo de Taylor.)

NUEVA ZELANDA

I

Descubrimiento y exploraciones.

El archipiélago de los maorís, que avanza al Sur hacia los mares antárticos, ha conservado el nombre que le dió su descubridor holandés. A pesar de ser la más inglesa de las colonias, llamándola á veces Gran Bretaña de los Antípodas, siempre hace recordar, con su nombre, al gran navegante holandés Abel Tasman, que en 1642 vió sus costas occidentales. Llamóla al principio Tierra de los Estados (*Staaten Land*), por suponerla unida con la otra tierra del mismo nombre al Sur de América. A consecuencia de un combate sangriento con los indígenas en la bahía de la Matanza, continuó su camino hacia el Norte hasta el cabo extremo de Nueva Zelanda, sin haber comprobado la insularidad de estas tierras. Ciento veintisiete años después vió Jaime Cook las riberas neo-zelandesas. Abordó en la costa oriental de la isla del Norte, en una caleta, á la cual llamó Poverty Bay, desmentido en nuestros días por los soberbios rebaños que pacen en las praderas cercanas. Siguió luego el litoral hacia el Sur y realizó el periplo del archipiélago, demostrando que aquellas tierras no pertenecían al continente

central. En otros dos viajes volvió á visitar la isla, dejando hecho un mapa muy exacto del archipiélago. Los navegantes franceses Lurville, Marión y Crozet exploraron también por aquellos tiempos las costas de Nueva Zelanda, en las cuales fué asesinado el segundo, con 14 compañeros, por los indígenas. Desde entonces empezaron los balleneros á visitar los parajes de la Nueva Zelanda, pero sin fundar establecimientos en las costas.

La primera tentativa de colonización se debió á inmigrantes australianos. En Pahia se agruparon las cabañas de una estación de misioneros, á orillas de la Bahía de las Islas y luego en Kororavika, frente á dicha estación se fundó una aldea de pescadores y tratantes. El gobierno inglés nombró un magistrado para vigilar á los europeos de la colonia naciente, pero sin ejercer autoridad alguna sobre los indígenas. La colonización, con la toma oficial de posesión del territorio, empezó en 1840, fundándose la *New Zealand Company* que compró tierras á los indígenas y eligió la caleta de Puerto Nicholson para edificar la capital de sus dominios y el punto inicial de población del archipiélago.

En 1811 dejó de ser considerada Nueva Zelanda como dependencia política de Nueva Gales del Sur, y tomó el título de colonia distinta, y á los diez años, cuando tenía ya 80.000 habitantes blancos, entró en el grupo de Estados Constitucionales del imperio colonial británico. En 1837 se descubrieron las minas de oro que han hecho la fortuna de Nueva Zelanda. Acudieron tropes de mineros y se pobló rápidamente el país. El Archipiélago del Pacífico Austral es ahora una de las principales colonias de Australia, y de las más pobladas con relación á su superficie.

Es común que las dos islas grandes del archipiélago se abarquen con el nombre colectivo de Nueva Zelanda, puesto que, aunque las separe el Estrecho de Cook, forman por la orientación, una sola en realidad. La del Norte es la más chica, y se la suele dar el nombre maorí de Ika-na-Maui (Pez de Maui) ó Artea roa (Gran Extensión). La del Sur, que es mayor, lleva el nombre indígena de Thevahi Panamu (País del Jade).

II

Isla del Norte.

Emergiendo la Nueva Zelanda al Sur del Ecuador, la isla del Norte más próxima al trópico, es en realidad la isla del Sur por el clima, la flora y las esencias florestales. Su extremo septentrional acaba próximamente bajo el paralelo de Biskara en África y su punta meridional bajo el paralelo de Roma, pero el clima, templado por la inmensidad de las extensiones mari-



Geiseros y fuentes termales en las orillas del Waikato. (Dibujo de Lancelot.)

nas de donde surge el archipiélago, no es en ninguna parte más ardiente que en Biskara y por todas partes, excepto en la montaña, es más igual que el de Roma. Allí sanan los tísicos, según dicen, con más seguridad que en la isla de Madera.

Otras enfermedades tienen allí su remedio en innumerables fuentes termales, que brotan en un distrito de volcanes apagados, corrientes de lava, lagos estancados en antiguos cráteres, fuentes de agua en ebullición, fumarolas, vapores sulfurosos en grandes surtidores intermitentes como los geiseros de Islandia ó los de la Yellow-Stane. Cerca del punto central de Te-

Ika-na-Maui, por encima del Taupo, que es el lago mayor de la isla y el depósito del Waikato, su mayor río, el volcán Tongariro, aún no se ha apagado y todavía sostiene, con rara persistencia, los sulfurarias. Su vecino, el Ruaphen (2.804 metros), en la actualidad extinguido, tiene en su cumbre, la más elevada de la isla, algunas manchas de nieve perpetua.

Estos dos montes dominan á una porción de grupos de pequeños satélites á los que los maorís llaman «las mujeres y los hijos de los dos gigantes Tongariro y Ruaphen». La leyenda refiere como un tercer gigante, Taranaki, combatido por los otros dos, huyó hacia la costa occidental, donde ahora se yergue, grande por su aislamiento, elegante por su forma de pirámide, blanco y bello por sus nieves. Es el Egmont (2.520 metros).

III

Isla del Sur.

Tiene la isla del Norte la belleza napolitana con volcanes más altos y más hermoso que los de Nápoles, el cielo todo luz y la maravillosa decoración de los helechos arborescentes. La isla del Sur posee grandes y severos montes, ventisqueros, torrentes fríos y traidores, lúgubres vientos y abundantes lluvias.

Te-Oualis-Pounamou (la isla del Jade,) no ha conservado mucho más que la isla del Norte, su nombre oficial de New-Munster. Su cabo septentrional se interna en el mar sobre poco más ó menos bajo la latitud de Nápoles, y su promontorio meridional bajo la de la Suiza central. En resumen, el archipiélago neo-zelandés es de una extensión que si se sumergiese su promontorio del Norte en el lago de Constanza, atravesaría la Suiza, cubriría toda Italia y terminaría en el Sahara tunecino.

La isla del Sur tenía 350.000 almas en 1889. Hoy tiene unas 600.000. Como se adelanta mucho más que su hermana al encuentro del Polo y tiene montañas más altas, no goza de tan suave temperatura como la que reina en el Estrecho de Cook. Aun esta orilla del mar está continuamente barrida por impetuosos vientos, así como todo el litoral Oeste y toda la costa

Sur. En Nelson, que mira al Norte, como en Hokitika, que mira á Occidente, lo mismo que Invercargill que se halla frente al mar, un día sin viento tiene todos los caracteres de un milagro. Al Oriente de la isla reina un aire más tranquilo, aunque con frecuencia violento, y en esta región pueden contarse ochenta ó noventa días apacibles por año, casi menos de la cuarta parte de los doce meses. Pero en la violencia de estos vientos se respira la fuerza.

De Norte á Sur, los climas se suceden como los de Francia, Inglaterra y Escocia, y en los montes reinan fríos polares, porque los Alpes australes se remontan allí á una altura media entre los Pirineos y los Alpes. El monte Cook alcanza una talla de 3.764 metros y es, por lo tanto, el Mont-Blanc de Nueva Zelanda.

Los Alpes australes se hunden al Oeste en un océano casi insondable, sobre una costa extremadamente lluviosa, y la humedad del aire conserva en sus gargantas ventisqueros comparables á los más famosos de Europa. Uno de ellos, el ventisquero Waian, deja escapar un gran torrente de una caverna semejante al arca del Arverón, gruta que no se abre en la blanca región de la muerte por el frío, sino en un boquete encantador de helechos arborescente, á 212 metros tan sólo sobre el nivel del mar y bajo una latitud que permite en la misma Francia, en Provenza, crecer las palmeras al aire libre. Es preciso ir á los países polares para encontrar ventisqueros á tan humildes alturas. En la vertiente Occidental llueve cuatro veces menos y los ventisqueros no se hallan tan bajos. El de Tasman, bajo el mismo paralelo que el de Wasan, está á 832 metros, pero en cambio es mucho mayor.

Si bien es cierto que la costa Occidental de la isla del Sur está separada del mar por un altísimo talud de montañas, la costa oriental está separada de los Alpes neo-zelandeses por amplias llanuras, surcos del porvenir, y hay gran distancia de Lytteton ó Dunedin á los ventisqueros, á los lagos y á los pinos *Kauris* de este Oberland. Por la extensión de los terrenos cultivables y por su cielo bastante frío para mantener vivo el afán del trabajo, los dos distritos de esta vertiente, Otago y Canterbury, campos pelados, pero fecundos, parecen destinados á dominar algún día en Nueva Zelanda. Además, la mayor parte de sus habitantes pertenecen á una raza que en todas partes triunfa. «Donde sólo se crían cardos, el escocés hace fortuna».

IV

Belleza de Nueva Zelanda.

Dos terceras partes de Nueva Zelanda van á ser campos, jardines ó praderas; la otra tercera parte permanecerá monte rebelde, rocas, lagos, pantanos, torrentes, tierra yerma y sol estéril. Aun en esta región no se perderá todo. Los arroyos arrastran en sus aguas el metal, noble ó vil, según las manos en que caiga. Las rocas esconden la hulla, el cobre y las venas de oro que tanta fama han dado á Nueva Zelanda en estos últimos años. A pesar de todos los dones de la Naturaleza, el archipiélago recibía pocos inmigrantes, y la isla del Sur estaba casi vacía cuando el descubrimiento de las minas de oro de Otago llevó hacia allí legiones enteras de aventureros, seguidos bien pronto por los jardineros, los labradores, los obreros, y los especuladores probos y no probos, que constituyen un ejército. Ahora también tiene la isla del Norte su California, á lo largo de la Thames ó Tamisa.

Algunos individuos, irritados por el falso nombre con que se designa este país, han querido rebautizarla. Unos han querido llamarla *South Albión* (Albión del Sur); otros, *South Britain* (Bretaña del Sur); otros, *Great Britain of the South* (Gran Bretaña del Sur), y algunos buenos *leales* han reclamado el nombre de Victoria Island (isla de Victoria).

En realidad, la situación de Nueva Zelanda en los antípodas de la Europa occidental, y especialmente de Inglaterra; su división en dos grandes islas; su aspecto casi exactamente igual al de la Gran Bretaña; sus altas y negras torrenteras; su costa rebelde, severa, tormentosa, bajo un cielo húmedo barrido por los vientos; sus tesoros subterráneos; sus ciudades, donde el sordo idioma no lo hablan apenas más que ingleses y escoceses, le dan derechos evidentes al rango de Albión de los mares del Sur.

Pero el nombre que mejor le cuadraría sería acaso de excesiva é imposible longitud, puesto que debería llamarse á la vez Inglaterra, Suiza, Italia, Irlanda y Nueva Zelanda, por ser semejante á estos cuatro países. No obstante carece de las verdes praderas de Erin y de Helvecia, y sus animales y sus plantas le pertenecen en propiedad hasta el punto de hacer pensar

que la doble isla es el resto visible de un continente que se sumergió en los mares. Recientemente aún ha perdido el moa (pájaro gigantesco que tenía 12 pies de altura), y á nuestros ojos verdean frondosos helechos y boscajes que recuerdan otra era ya pasada del planeta.

V

Pequeñas islas.

La isla de Stewart ocupa una superficie de 183.400 hectáreas, y tiene 300 habitantes. Es la Rakiona de los maorís. Está, por la parte Norte, frente al Southland, que es el distrito meridional de la isla del Sur y, por lo tanto, su región más fría.

Las islas Chatham tienen en conjunto 134.800 hectáreas y 218 insulares. Surgen de las aguas amargas al Este de la isla del Sur, en el camino del Estrecho de Cook, al istmo de Panamá. Tenían por habitantes un millar de morioris, cuando en 1835, los maorís de la costa de Tarauaki desembarcaron en este pequeño archipiélago. Aquellos neo-zelandeses, salidos de sus tierras para comerse á los morioris, se los comieron á todos menos unas cuantas familias. En la actualidad las islas Chatham no contienen más que algunos morioris y otros pocos hombres de las más diversas razas. Diríase que cada pueblo del universo había enviado allí á uno de sus hijos, con la única excepción probable del pueblo francés y el español.

Al Norte de la isla septentrional, á una distancia igual entre Nueva Zelanda y Nueva Caledonia, á 1.300 metros de la australiana Sidney, Norfolk, isla de 4.350 hectáreas, aislada en el mar inmenso, depende de Nueva Gales del Sur, 715 hombres viven á la sombra de sus magníficas araucarias y de sus helechos arborescentes, sobre una costa sin abrigo ninguno. Son individuos de razas mezcladas transportados á la isla en 1856. Habitaban antes en Pitcairn (Polinesia), donde su raza nació á fines del siglo XVIII, de la unión de marineros ingleses y de mujeres taitianas.

VI

Pueblos indígenas.—Los maorís.

Los insulares hallados por los blancos en el archipiélago de Nueva Zelanda comparan su destino con el de los animales y

plantas indígenas, y se creen sentenciados á morir como ellos, diciendo: «La rata europea se come á la nuestra; nuestra mosca huye ante la vuestra, y nosotros seremos substituidos por vosotros.» Estos maorís, que prevén su muerte, eran una de las naciones polinesias más inteligentes y nobles. Su desaparición sería un infortunio para la Humanidad, pues convenientemente civilizadas formarían un gran pueblo.



Jefe Maorí con tatuaje. (Dibujo de Thiria.)

La nación maorí (palabra que significa linaje, descendencia) es hermana en raza de los isleños de la Polinesia Oriental. Sus leyendas, muy precisas y detalladas, cuentan unánimemente su emigración al archipiélago y hasta permiten calcular aproximadamente la fecha de tal suceso. Los maestros debían de enseñar á los niños esmeradamente todas las tradiciones de la raza, haciéndoles aprender la historia y genealogía de los héroes, señalando, por medio de tablillas con muescas, la sucesión de edades y acontecimientos. Así hemos llegado á saber que hará cuatro ó cinco siglos el maorí Te Kupe llegó á Aotea Roa, y ma-

avillado de su descubrimiento volvió á su tierra natal de Havaiski en busca de sus compatriotas. Fué de nuevo á la isla septentrional con siete piraguas de guerra, cada una de las cuales llevaba cien combatientes, sacerdotes, ídolos de piedra, armas sagradas y animales y plantas de su país. A esta tradición se añaden leyendas de hechos maravillosos, la división de Aotea Roa en dos islas, la aparición de islotes y peñascos, el surgir de fuentes y llamas. Cráneos de neo-zelandeses, semejantes á los de los papúas, indican la existencia de otra raza anterior, exterminada por el pueblo maorí.

Se ignora cuál sería la isla Havailki, cuna de Te Kupe y sus compañeros. La semejanza de nombres recuerda la isla de Savai, en el archipiélago de Samoa, desde la cual hayan quizá colonizado otros maorís la isla de Hawai, en las Sandwich. La semejanza de gentes, lenguaje, costumbres y leyendas entre Polinesia y Nueva Zelanda, evidencia que hubo emigraciones desde la Polinesia ecuatorial hacia las islas esparcidas, pero no podemos determinar cuál de las islas de Samoa fué la cuna legendaria de la raza maorí. Más probable es que la patria de los inmigrantes de Aotea-Roa estuviese en las islas Tonga, cuya distancia de Nueva Zelanda no excede de 2.000 kilómetros y desde las cuales á Nueva Zelanda se dirige la corriente. Es tan grande el parentesco entre el idioma tonga y el maorí, que los habitantes de ambas comarcas llegan á entenderse con facilidad en poco tiempo.

Los mori-oris de las islas Chatham reducidos á número escaso, y cruzados con los maorís, son polinesios del mismo origen, llegados del Norte en el siglo xv, según sus tradiciones. Son menos altos pero más recios y fuertes que los maorís, con facciones pronunciadas y nariz aguileña. Vivían felices en su isla de Warekauri, cuando, en 1832 ó 1835, un marinero neo-zelandés de Tarauaki, que servía en un buque inglés, tuvo ocasión de visitar una de sus aldeas. Al regresar á su patria, habló con sus amigos de aquellos isleños «pacíficos y comestibles» y no tardó en desembarcar, como ya hemos dicho, una expedición guerrera maorí en la isla de los mori-oris. Los desdichados, atacados de improviso, fueron capturados y los vencedores eligieron en seguida á los que se iban á comer. Las víctimas tuvieron que cargar con la leña y preparar la hoguera en que fueron asados. La población de los mori-oris era de unos 1.500 individuos en la época de la conquista: en 1886 no eran más que treinta y seis.

Los maorís son de los isleños más hermosos de Oceanía. Algunos son muy altos, la mayoría robustos y bien formados, de pecho ancho, pero de busto más largo y piernas más cortas que los europeos. Sus facciones suelen ser bastante regulares, los pómulos algo salientes, la frente elevada, la mirada penetrante y altiva. Antes los hombres se rasuraban esmeradamente para tatuarse y á las jóvenes las tatuaban los labios, por lo cual las han llamado los ingleses *Blue-lips* (labios azules). Ninguna nación polinesia rivaliza con el maorí en el arte de embellecer la forma humana con trajes armoniosos que siguen los contornos del cuerpo, realzando su relieve y sus proporciones. El artista maorí sabía vaciar hasta lo infinito las curvas del grabado, y calculaba, para producir una feliz flexión de las líneas, las arrugas naturales, los movimientos del rostro, el juego de los músculos. Hermoso espectáculo era el de un mancebo sano, en su altanera desnudez, sin más traje que fina red de líneas azules sobre la piel roja oscura. El que no se sometía á las largas torturas del tatuaje, era considerado como hombre dispuesto á la esclavitud. El tatuado nunca podía ser siervo: su divisa era «¡Muerte ó libertad!»

Muy altaneros, pero hábiles para medir sus palabras, los maorís han sabido hacerse tratar como iguales por los ingleses, y en las conferencias políticas han demostrado algunas veces su superioridad en lógica y elocuencia. En juegos ingleses, como el *cricket*, por ejemplo, superan á los invasores en fuerza y destreza. En las escuelas, les igualan, por lo menos. Además, cuando han combatido para defender su tierra, han demostrado no ser menos valientes que los *paheas* ó inmigrantes extranjeros. Entre Tarranga y la «Región de las Maravillas» ocupa una granja el emplazamiento de una fortaleza de tierra y estaca las que en vano quiso tomar el general Cameron, al frente de 4 000 ingleses, siendo derrotado. Esta valentía guerrera solía ir acompañada de ferocidad y de prácticas de antropófagos. Los maorís se comían el corazón y los ojos de los enemigos muertos, para heredar su sagacidad y valor. Las tradiciones hablan de mil guerreros comidos después de una victoria.

La industria de los neo-zelandeses se aplicaba á pocos trabajos, pero en todos sus oficios eran diestrisísimos. La estancia en una tierra menos feraz que la suya, con clima más áspero, y la escasez de plantas y frutas comestibles, los habían obligado á ingeniar-se para buscar el alimento. Se hicieron agricultores, y sus huertas estaban muy bien arregladas. Como escultores y

decoradores, no tenían rivales entre los insulares del mundo oceánico, y las pinturas de los peñascos, las figuras talladas con que adornaban sus casas y barcos, las estacas sagradas puestas á la entrada de sus aldeas y fortalezas, son notables por la originalidad del dibujo y la perfección del trabajo. Aunque en decadencia, los maoris contemporáneos siguen siendo diestros para preparar la fibra del *phormium tenax* y tejlarla y pintarla con colores brillantes y duraderos. También saben curtir las pieles de perro y fabricar soberbios mantos con crines de krivi y plumas de otras aves. Además han aprendido bien otras industrias de los blancos.

Su religión, como la de los demás polinesios, es la de las fuerzas de la naturaleza, asociadas en su espíritu á las almas de los antepasados. Tanto se mezclaba con su vida la memoria de éstos, que al encontrarse los amigos no se saludaban con expresiones cariñosas ó exclamaciones de júbilo, sino que empezaban por gemir y llorar en recuerdo de los que ya no podían disfrutar las dulzuras de la amistad. Cristianizados todos, á lo menos de nombre, ya no conservan los ídolos de piedra que sacaron de Havailki. No sin lucha aceptaron los maoris las enseñanzas de los misioneros, y durante la guerra de la Independencia que estalló en 1864, los indígenas que no querían tener nada común con los ingleses, adjuraron del cristianismo para fundar una nueva religión, extraña mezcla de la mitología cristiana y el culto de los antepasados. Este culto, llamado de Han-Han por los gritos de dolor, ternura ó éxtasis que exhalaban los fieles en sus oraciones públicas, no ha caído en total desuso y algunos de los que practican el Han-Han, enemigos de los ingleses, constituyen grupos en el territorio llamado País del Rey, de unos 25.000 kilómetros de extensión, en la isla del Norte, al Oeste del lago Taupo. Aterrados por las continuas irrupciones del agricultor *pakeha*, reuniéronse en asamblea los maoris y decidieron no vender en lo sucesivo terrenos á ningún precio, sin dejar penetrar en ellos á los blancos. Pasó de mano en mano un hacha por las tribus, como señal de muerte para quien hiciera traición á su palabra. Reunióse esta asamblea en 1854 y desde entonces ha habido continuos conflictos. En 1863 y 64 invadieron el reino los ingleses, arrancándole pedazos de territorio; pero sin embargo, el país que se han reservado los maoris constituye un espacio bien definido y no ha mucho que los viajeros no penetraban en él más que con salvoconducto obtenido por vía diplomática. Las tribus, antes

sin cohesión entre sí, se han agrupado en comunidad política, y han elegido un rey, por lo cual se llama su dominio *Kins'g Country* ó País del Rey. No ha podido lograr el gobierno colonial convertir en funcionario al tal rey, pagándole gran renta anual y confiriéndole en nombre de la Corona una elevada autoridad administrativa. Responsable ante su pueblo, patriota y altivo, no ha consentido en trocar su independencia por la servidumbre, y cumple el tratado firmado en 1840, mediante el cual se comprometió Inglaterra á respetar la autonomía y propiedades de los indígenas maoríes.

Imposible es hacer una estadística de la población maori, porque las tribus del País del Rey no consienten un censo oficial; pero se puede asegurar que la raza decrece sin cesar. Los maorís eran unos 100.000 cuando llegaron los blancos; 70.000 á mediados del siglo XIX; 45.740, en 1874, y 42.000, en 1886. Los maorís jóvenes no tienen el vigor de sus mayores, y la tisis se lleva la mitad.

VII

Flora y fauna.

La flora neo-zelandesa varía según el clima, de la zona templada del Norte á la región fría del Sur, pero en conjunto ofrece el mismo carácter, de un extremo á otro del Archipiélago. Aislada en el Océano, á centenares de kilómetros de toda tierra, posee Nueva Zelanda una flora muy distinta de la que caracteriza las demás comarcas del hemisferio meridional. Las dos terceras partes de su vegetación no se ven en ninguna otra parte. La flora neo-zelandesa tiene analogías íntimas con la de los continentes más próximos al Oeste y al Este, Australia y América del Sur, y á pesar de ser éste el más lejano, se parece más á él. Los árboles característicos de Australia, el eucalipto y la acacia, no existen en Nueva Zelanda.

El aislamiento del archipiélago tenía que ocasionar una pobreza relativa de la flora, compuesta de 960 especies indígenas. Los bosques encierran pocas, y éstas son de flores poco brillantes. El aspecto de los tallares es monótono y triste, si se compara con las hermosas selvas floridas de Tasmania y del Cabo, y se nota la falta sobre todo de vida animal, pues nunca se oye en ellos cantar á las aves. Cuando se vuelve al espacio libre, después de haber andado por debajo de los ásperos follajes, se siente el viajero como libre de un medroso peso. Las plantas

características son las 150 especies de helechos arborescentes que llenan vastas extensiones. Nueva Zelanda posee también sus especies particulares de pinos, como el kauri (*Dammara australis*) que ahora no crece más que en la isla septentrional. Su tronco llega á 60 metros de altura y su resina es excelente para fabricar barnices. Se le ha explotado mucho, sobre todo para aprovechar la madera en construcciones. Se han talado bosques enteros y ha estado el árbol muy expuesto á desaparecer á orillas del río Molyneux. Al Sur de la isla meridional, encierra el suelo numerosos bloques de resina kauri, aunque hoy el árbol



Rebaños de Nueva Zelanda en sus cercas. (Dibujo de Thiriat.)

no se encuentra hasta 10 grados más al Norte. La substancia resinosa fósil que se recoge en las regiones meridionales de Nueva Zelanda tiene aspecto tan fresco como la reciente, á pesar de haber pasado bastantes siglos para que la zona del pino haya retrocedido mil kilómetros al Norte. La goma vieja es más apreciada que la fresca y se han constituido compañías comerciales para explotarla.

La fauna neo-zelandesa, tan original como la flora, no comprendía, según los zoólogos, más que un cuadrúpedo, especie de nutria, cuyas huellas vió el explorador Hoast, y que fué perseguida y no alcanzada por otros viajeros. La rata maorí, exterminada completamente por la europea, parece que fué llevada á la isla por los indígenas, lo mismo que el perro, que

nunca dejó al hombre para volver en estado libre á los bosques. No hay serpientes ni tortugas en el archipiélago, que sólo posee una especie de rana en la isla del Norte; pero abundan los lagartos. Hay una docena de especies que no se encuentran en otros países. Una de ellas, la *hatteria punctata* es una forma media entre el lagarto ordinario y el cocodrilo, é inspiraba cierto temor supersticioso á la gente moarí, aunque en realidad es inofensiva. Antes de la introducción de especies europeas, casi carecían de peces las corrientes de agua, pero hay varias especies curiosas por lo muy extenso de su dominio, como una anguila que vive también en China, en Europa y en las Indias occidentales, y una trucha que también se ve en los arroyos de Tasmania y de la América del Sur. Una curiosidad muy notable de la fauna y la flora es una oruga (*Spheria Robertis*) que abre un agujero al pie de un árbol, y de la cual sale un hongo largo, que se desarrolla al aire libre.

La clase más notable de la fauna neo-zelandesa son las aves. Hay de éstas unas 150 especies, 50 de ellas propias del archipiélago. Algunas son muy curiosas, como el *huia*, especie de estornino en la que macho y hembra difieren en absoluto por la forma del pico. Pero el ave característica por excelencia es el kiwi, desprovisto de alas y cola, cubierto de pelo en vez de pluma y del tamaño de una gallina ordinaria. No puede defenderse del perro, y si queda alguno en los distritos apartados, es gracias á sus costumbres nocturnas. Pronto desaparecerán las quince especies *moa* ó *dinorins*, aves de la familia de los avestruces de diferentes dimensiones. Una de ellas tenía más de tres metros de altura. Se han encontrado restos fósiles del *moa* en las turberas; debajo de las capas de aluviones también se han hallado esqueletos, un huevo prodigioso, de 25 centímetros de longitud, y hasta fragmentos de pieles y plumas en las tumbas de los maorís, que los copaban y destruían rápidamente. Entre los tipos que van desapareciendo se cuenta el *notronis* ó *moho*; el *coturnix*, especie de codorniz; *emarhyuchu*, zancuda pequeña, de pico encorvado lateralmente y el *thimornis*, ave del mismo grupo. El *nestor*, *Kea*, especie de loro-lechuza es común en los valles, y temido de los pastores por su costumbre de arrojarle sobre ovejas y corderos.

Los europeos han introducido en Nueva Zelanda el ciervo, el corzo, la liebre, el conejo, el cerdo, el salmón, la trucha y varias especies de aves. Han introducido también la codorniz de California y la perdiz y el faisán de la China. Se han aclima-

tado asimismo los estorninos, gorriones, currucas, mirlos, tordos, cornejas, alondras y pinzones, importados de Inglaterra.

VIII

Ciudades.

Anckland (60.000 habitantes) es una de las poblaciones más antiguas de Nueva Zelanda, pues fué fundada en 1840, algunos años después que la estación de Kawa Kawa ó Russell, en la Bahía de las Islas. Fué elegida capital del archipiélago y aunque haya perdido esta categoría sigue siendo la ciudad más populosa y posee la Universidad principal de Nueva Zelanda. Debe su importancia á la admirable orilla meridional del excelente y bien resguardado puerto de Waitemata, en lo más angosto del istmo, que reúne con el cuerpo insular la península del Norte. Anckland es superior á las demás poblaciones neo-zelandesas en actividad comercial, y es el único puerto de exportación de la madera y resina del kawis. Rodeada por volcancillos extinguidos, está Anckland en el centro de una de las regiones más curiosas de la tierra para el estudio de los fenómenos físicos. En los alrededores sesenta montes que antes humearon perfilan sus conos, perfectos modelos de formación regular.

Al Norte de Anckland, los únicos pueblecillos comerciales son los de la Bahía de las Islas y los ribereños de la bahía de Kaipara, que proyecta en lontananza sus brazos de medusa entre los bosques y plantaciones recientes. Trahamtown y Shortland, unidas ahora con el nombre de Thames (1.900 habitantes), están situadas al Sudeste de Anckland, junto á un golfo. Napier es la única ciudad del litoral, capital de la provincia de Haroke's Bay. Situada en una península entre un estuario tortuoso y una bahía semicircular, tiene 7.680 habitantes.

La capital de Nueva Zelanda se llama Wellington y fué fundada en 1840. Ocupa una posición central á orillas del estrecho de Cook, y desde sus muelles, en el puerto Nicholson, hasta los de Blenheim, en la orilla opuesta, hay una frecuente comunicación. Sus habitantes son 35.000. Wouganni, con 5.000, en

las bocas del río navegable de igual nombre, al Sur del País del Rey, es bastante comercial.

La más importante de las ciudades, en la orilla meridional del Estrecho de Cook, es Nelson (4 315 habitantes), á la orilla de una caleta rodeada de un anfiteatro de colinas.

En la vertiente oriental de la isla del Sur se encuentran Chris church (15.265 habitantes) y Dimedin (23.243). La primera, capital de la provincia de Canterbury, está en una llanura recorrida por el río Avon, y su puerto, situado á 15 kilómetros,



El lago Taupo. (Dibuño de Cicerl.)

se llama Lyttelton. Es la de aspecto más inglés de las poblaciones de Nueva Zelanda. Ha construído ricos edificios religiosos y su Museo contiene una colección notable de esqueletos de aves. Sus habitantes veranean en la montaña de Banks, y en la caleta de Arakoa. Dunedin, metrópoli del Sur está en la orilla occidental del estuario de Otago. Los buques de tonelaje medio llegan hasta la ciudad y los mayores anclan en el puerto de Chalmers á 14 kilómetros al Nordeste.

Moercajill en la ribera meridional de la isla, bañada por el mar antártico, es ciudad próspera, con 5.500 habitantes, y tiene su antepuerto en Chanysbelltown, á la entrada del golfo.

IX

Agricultura y administración.

La principal industria de los neo-zelandeses es la agricultura. La isla del Norte es la más fértil, gracias á la turba volcánica descompuesta, y su clima es más suave. Las casas de labor de Nueva Zelanda se dedican á los mismos cultivos que las del Reino Unido; no hay más diferencia que la de los árboles frutales en los jardines de la isla septentrional, donde las frutas de Italia maduran junto á las de Inglaterra. La ganadería, aunque no despreciable, no da tanto rendimiento como en Australia, y aunque la tierra es rica en yacimientos mineros, no se explotan más que las minas de oro.

Desde 1853 dejó de ser Nueva Zelanda simple colonia de la corona, y tiene su Gobierno autónomo con Parlamento de dos Cámaras, y un Ministerio presidido por el gobernador, de nombramiento real. El Consejo legislativo ó Cámara alta, se compone de 47 miembros y la Cámara de representantes de 94. Unos y otros cobran un sueldo de 5.000 pesetas; la instrucción es gratuita, obligatoria y laica. El Ejército consta de unos 9.000 voluntarios y de un cuerpo de 1.667 cadetes.

En los municipios de Nueva Zelanda se han hecho las más audaces reformas en sentido socialista.



La costa meridional. (Dibujo de Weber.)

NUEVA GUINEA

I

Generalidades.

El más pequeño de los continentes, la Australia, tiene por anexa la más grande de las islas, la Nueva Guinea ó Paupasia.

Al Norte de Australia, al extremo de una península que pocos ganaderos y labradores han escogido para residencia, el Estrecho de Torres tiende sus peligrosas aguas sobre rocas, corales y bancos de arena. Peligroso desde que se le conoce este Estrecho va siéndolo cada vez más, pues el coral no cesa de formar allí nuevos arrecifes y acabará por ser impracticable para los navíos, amenazados ya por 150 escollos, mientras que no existían más que 26 en la época de su descubrimiento.

Este Estrecho de Torres se abre entre el continente y Nueva Guinea, isla, ó casi continente, de 2.500 kilómetros de ancho por unas longitudes variables que llegan hasta 650 kilómetros. Tiene 78.500.000 hectáreas. y con las islas adyacentes 80.800.000, algo así como Francia é Italia unidas y con montes iguales ó superiores á los nuestros. Se atribuyen 5.100 metros á los montes Carlos Luis, que se yergen en el centro de la isla; 4.024 al

Owen-Stanley, sobre la península del Sudeste y 2.502 á los Arfaks, sobre la península del Noroeste; pero ninguna de estas altitudes es absolutamente cierta, y quedan aún infinidad de parajes por descubrir y alturas por medir en esta gran isla.

En lo poco que de ella se conoce no se ha visto nunca, ni de cerca ni de lejos, humear un volcán, pero se presume que los cráteres del archipiélago Bismarck puedan tener aquí vecinos y hermanos, en la montaña de Finisterre, convertida en alemana, así como las citadas islas de Bismarck, que se hallan situadas á su frente. En el estrecho de Dampiro se yergue á 1.600 metros un volcán vivo.

Así, pues, como consecuencia de estas cimas altísimas existen dos grandes ríos, el Amterno ó Mamberán, hijos de las nieves de los montes Carlos-Luis y el Fly que baja de la cordillera Víctor Manuel; bosques por donde pasan ríos, torrentes y arroyos; plantas y animales que asemejan á los de Australia, aunque éste sea un país de vientos secos mientras que la Paupasia es una tierra húmeda. Á esto se reduce toda la ciencia que poseemos de Nueva Guinea.

Pero en la actualidad más de un viajero explora en estos momentos aquellos misterios. El inglés, ó más exactamente, el australiano, ha comenzado á apoderarse de la parte oriental del reducido mundo papúa, pues la occidental pertenece á Holanda. El australiano lanzóse sobre este fecundo desierto bajo pretexto de que Francia é Italia le miraban con ojos de avaricia, y luego, de repente, Alemania, instalándose en la costa del Norte, arrebató á sus hermanos sajones la mitad de su presa, y la Nueva Guinea se halla triplemente oprimida por Europa.

Hasta estas recientes empresas (1) únicamente los neerlandeses habían intentado algo allí en 1828. Su soberanía completamente nominal se redujo á archipiélagos costeros y á algunos distritos del litoral, y si algún día abandonasen la isla, su huella desaparecería en absoluto. Lo mismo sucedería, en menos grado de rapidez, en las otras Indias neerlandesas, si el ejército que las guarda regresara á Europa. Nada engendra tanto el vacío como el poder militar cuando se limita á domar y á contener, y cuando no lleva tras sí más que á los agentes del fisco con sus listas de impuestos. Si ese poderío militar hubiese levantado macizas fortalezas, su obra hubiese sido tan

(1) La toma de posesión de Alemania data del año 1885.

vana como las líneas trazadas sobre la arena. Los únicos conquistadores que imprimen una huella indeleble son los que manejan el azadón, los que dejan sus huesos en los campos por ellos cultivados.

II

Flora y fauna.

Como Nueva Guinea es semiaustraliana, tiene una vegetación menos rica que Sumatra, Java y Borneo, pero por sus penínsulas occidentales parece pertenecer á la misma zona que las Molucas, y se encuentran allí las mismas arboledas que en éstas. En las regiones orientales, las acacias y eucaliptos recuerdan la vecindad de Australia. Puede decirse que en general ambas floras se entrecruzan en el cuerpo insular de Nueva Guinea y alternan según lo húmedo ó seco de las vertientes. Donde hay buen agua domina la flora australiana y abundan eucaliptos, «hierbas de canguro», árboles del pan, mangos, pandanos y cocoteros. Pero también hay especies propias de Nueva Guinea. Unas 50 palmeras son exclusivas de la isla. El *sassafras goheianum* es una laurínea que produce el preciado aceite de massoi, estimado como febrífugo en el archipiélago malayo.

Es grande el parecido de las dos faunas entre ambas comarcas vecinas, Nueva Guinea y Australia, aunque éstas sean tan desemejantes en aspecto general, relieve y clima. Por una parte, un país de altas montañas, vientos lluviosos, valles húmedos, ríos grandes y vastas selvas siempre verdes; por otra, un continente de llanuras extensas, pedregales sin agua y malezas espinosas, y sin embargo, la fauna de los mamíferos pertenece á la misma área de dispersión, aunque han tenido que modificar sus costumbres para adaptarse al medio. Uno de los canguros de Nueva Guinea ha dejado de ser saltador, y es trepador, la cola se le ha adelgazado y cubierto de pelos, las patas se han provisto de garras y en vez de pacer la hierba se come el follaje de los árboles.

Más de 30 especies de marsupiales (uno de ellos tan chico como un ratón), jabalíes, ratones, murciélagos y monotremos, constituyen toda la forma de mamíferos de Papuasias. El perro dingo, que acompaña por doquiera al indígena, vino como éste

de país extraño, en fecha inmemorial; no ladra, se suele alimentar de vegetales, y su carne es excelente. Por las aves es Nueva Guinea tierra malaya, y algunas de sus numerosas especies son notabilísimas por la elegancia y originalidad de formas y por los espléndidos colores. Citaremos á la paloma más hermosa, *goura coronata*, al gran cacatúa negro, y al *nariterna* el gigante y el enano de la tribu de los loros. Nueva Guinea es también el centro de dispersión de las maravillosas aves del paraiso, llamadas por los malayos aves de Dios, que antes se creía que no vivían más que volando, desprovistas de patas, porque se llevaba su piel mutilada á los mercados de las Molucas. El cacaoar también debe mencionarse entre la ornitología de Papuasias, que carece de grandes rapaces, por lo cual han podido vivir tantas aves de brillante plumaje. Entre las serpientes de Nueva Guinea hay una llamada *chondropython pulcher*, forma de transición entre las boas de América y los pitones de Asia. Hay asimismo millones de insectos de asombrosa riqueza de formas y de géneros.

III

Pobladores de Nueva Guinea ó Paupasias.

La población indígena de Nueva Guinea abarca gran número de tribus distintas entre sí por la estatura, el color de la piel, la forma del cráneo y los demás rasgos físicos. Por las aptitudes, y costumbres algunas se aproximan al tipo que domina en las Célebes y en Borneo y otras se asemejan á los malayos. Creen algunos que los negritos están representados en Nueva Guinea como raza distinta y no como papúas degenerados, y son numerosos los grupos de origen polinesio, sobre todo en la parte sudoriental de la isla. La raza no es una, como pensaban los primeros exploradores, pero el elemento papúa, que dió nombre á la isla, predomina sobre todos los demás y es casi puro en la vertiente septentrional. Según algunos autores, se encuentra en toda la Oceanía y antes se extendía hasta las islas Hawai y Nueva Zelanda.

La palabra papúa parece derivada de la expresión malaya *púa-púa*, que significa *negro-negro*; otros sabios le dan la significación de *crespo*, debida al rizado natural de sus cabelleras, que es el rasgo físico de los papúas que más choca á los extran-

jeros. Las lenguas, tan numerosas como los pueblos, son bastante diferentes para que los indígenas de un villorrio no entiendan á los de otro. No se hablan menos de 25 idiomas en la parte del litoral del Sur, que se extiende por un espacio de unos 500 kilómetros al Este del estrecho de Torres. El más conocido es el *nofur* de Dorei y de los islotes vecinos, y todos pertenecen á la gran familia genealógica malayo-polinesia.



Indígenas papúas arrastrando una piragua. (Dibujo de Mesples.)

Generalmente, los papúas son algo más bajos que los polinesios, bien formados, flexibles, diestros y admirados por los europeos, gracias á la habilidad con que utilizan los dedos de los pies para coger los objetos; algunos trepan muy bien, y se encaraman como los monos, por las ramas de los árboles. La mayoría de los papúas tienen la piel muy oscura, pero nunca de color negro brillante. Sus facciones se asemejan á las de los europeos: tienen cejas bien señaladas, ojos grandes y vivos, boca grande y fuerte, pero no morruda y mandíbulas sólidas.

Los papúas de la península occidental tienen la nariz larga, acaballada y puntiaguda. Otro carácter distintivo de muchas tribus es la cabellera crespa y hasta lanuda, que adorna la cabeza con recio vellón, no menos opulento que el de los cafusos brasileños, y quizá sea prueba de un cruzamiento de razas. La forma alargada del cráneo tampoco es rasgo constante del tipo papúa, pero sí general. En algunas islas del Estrecho de Torres, como en Urbiak, las madres cuidan de hacer puntiagudos los cráneos de los niños. También en Tierra Firme hay tribus en las cuales las muchachas se acostumbran á llevar cargas pasándose una correa alrededor de la cabeza, deprimiendo así el cráneo circularmente.

Hay papúas que andan en cueros, pero la mayor parte llevan una especie de taparrabos de corteza ó un tonelete de fibras vegetales. El tatuaje no es universal, y los verdaderos papúas no se cubren de dibujos y arabescos como los polinesios. Además se tatúan con quemaduras é incisiones, y no con picaduras, como hacen los pueblos cruzados del Sudeste de la isla. Muy aficionados á agradar, se llenan de adornos, como peines de bambú en el pelo, varillas que atraviesan el tabique nasal, pendientes de hueso, bambú, conchas ó piedras brillantes, collares y pu'seras de vértebras de pez. También se pintan el cuerpo de colores vivos. Según de qué tribu son, el color de luto es blanco, amarillo ó negro. Para demostrar pena, las mujeres de Katán, en las bocas del Fly, se cubren con una red de cordeles, desde la cara hasta las rodillas.

Ciertas tribus papúas, á orillas de la bahía del Astrolabio, son de las menos cultas; no conocían los metales y estaban todavía en la edad de piedra. Eran los únicos de sus contemporáneos que ignoraban el arte de encender fuego cuando el viajero ruso Miklukho Maklai construyó su cabaña cerca de ellos. Quizá sea este estado de civilización el de los indígenas del interior que carecen de relaciones con los extranjeros, pero la mayoría de los ribereños visitados por malayos y marinos europeos y americanos, tienen una cultura mucho más adelantada. Así como ciertas tribus no conocen más que la caza y la pesca, otras saben cultivar la tierra, rodean de bananeros las cabañas, plantan maíz, mijo y tabaco, exportan productos agrícolas á cambio de mercancías europeas, como armas, etc. Poco há que usaban únicamente flechas y dardos de punta envenenada, cuchillos de bambú, puñales de hueso, garrotes y mazas. Cook, en 1760, y después otros viajeros, han observado que en

la costa meridional y el resto del Estrecho de Torres, los indígenas les apuntaban con un tubo y les disparaban un proyectil, acompañado de cierto ruido explosivo, pero no pudieron darse cuenta de la naturaleza de aquella arma. Los papúas poseen también instrumentos musicales de forma primitiva, como flautas, tambores y bocinas.

Por escaso que sea el desarrollo de sus conocimientos industriales, poseen los papúas [notable sentimiento artístico y como cinceladores y escultores, son superiores á la mayor parte de las naciones malayas. Como no disponen para sus trabajos de arte más que de bambués, huesos, hojas de bananero, cortezas y madera, dibujan y graban generalmente siguiendo las líneas rectas; pero con esos medios primitivos logran hacer algunos muy graciosos y originales y erigir estatuas colosales, que representan jefes célebres ó antepasados. Gracias á su talento de grabadores y escultores, han llegado á representar vastas escenas históricas. Numerosas tribus tienen sus anales, ya dibujados en hojas, ya pintados en peñas. Los cráneos de los enemigos vencidos, que se conservan para adornar las casas, suelen estar también adornados con dibujos trazados en una mascarilla de cera y resina. A orillas del Fly se usan los cráneos como instrumentos de música, abriéndoles agujeros por los cuales pasa el aire silbando cuando se los hace girar á manera de honda.

Las habitaciones todas, hasta las situadas tierra adentro, se edifican sobre hileras de estacas, según el modelo de los pueblos insulares, rodeados de agua en las mareas. Estos grupos de cabañas ofrecen la imagen perfecta de lo que fueron las ciudades lacustres de Europa, hace tres ó cuatro mil años. Estacas desiguales profundamente hincadas en el lecho cenagoso de las bahías, sostienen pavimentos de bejucos y viguetas entrelazadas, más ó menos pulimentados con instrumentos de piedra. En el centro, sustenta el hogar una capa de tierra. En una galería juegan los chicos y se instalan los pescadores. Unas pértigas que recorren los indígenas tranquilamente, agarrándose á la madera con los pies desnudos, unen las galerías de las casas. Nadan los cocodrilos por debajo de las cabañas para alimentarse con los desperdicios de la cocina, y surcan las calles chalu-pas europeas y vaporcitos anclando delante de la casa común, que á la vez es templo, fonda, bolsa y mercado. En los pueblos del interior, los papúas han conservado el mismo género de construcciones.

Su mayor ingenio lo demuestran los papúas en la construcción de sus barcos. Al anunciarse el mal tiempo amarran dos, tres ó cuatro de los barcos en una sola masa flotante, que sube y baja á merced de las olas sin zozobrar nunca. Alguno de estos *latakoi* ó barcos mercantes, tienen hasta seis velas rectangulares de corteza de palmera sagú, sujeta cada una por dos mástiles verticales. Otros barcos tienen una vela sola, de altura doble que el palo, oval, escotada en la parte superior, formando dos cuernos agudos, que desde lejos asemejan la barca á un animal prodigioso.

Aunque muy temidos antes por los marinos de paso, la



Aldea lacustre de Tupuselef. (Dibujo de Weber.)

mayor parte de los indígenas de Nueva Guinea, son de costumbres muy dulces. Se respeta á las mujeres y se trata á los niños con mucha bondad; á los esclavos se los alimenta y viste como á los hombres libres y se rinde tributo á los muertos con flores, cantos y ceremonias. Sus ritos difieren mucho, según las tribus unas entierran á los muertos en cuanto fallecen; otras aguardan que el tiempo ó el fuego desequen los cadáveres; en otras se reparten las osamentas entre los amigos, y el hijo adorna su vaso con la mandíbula de su padre. Uno de los usos que se siguen más comúnmente, consiste en hacer unos *Kawar*, ó sea figuras que representan á los muertos, ó más bien la vida que han perdido. Cuando muere un hijo, se coloca el *Kawar*

sobre su tumba, junto á sus armas. El culto de los muertos y el de los genios, buenos ó malos, que viven en los árboles, en las peñas, en el viento ó en las tormentas, es la religión de los papúas. El mahometismo ha invadido los pequeños archipiéla-



Habitaciones de los montañeses de Koyari. (Dibujo de Venillier.)

gos de la costa occidental y muchos misioneros cristianos tratan de convertir á los indígenas.

Los holandeses son oficialmente los amos de la Nueva Guinea Occidental, pero no poseen ni una ciudad desde la cual pueda emprenderse una anexión gradual del interior. No tienen más

que escalas recorridas por sus buques de guerra para proteger las operaciones comerciales y ostentar su autoridad ante los indígenas.

Los ingleses poseen la Papuasía Meridional, á cuyo territorio da gran importancia la proximidad del continente australiano.

El territorio germánico de Nueva Guinea, está administrado por una compañía comercial, bajo la protección y vigilancia del gobierno alemán.

IV

Poblaciones.

El fondeadero más frecuentado por los buques holandeses, es el de Dorei, al pie de los montes Arfalk. Tres pueblecillos edificadas sobre estacas, se elevan como islotes, cerca de la ciudad. Llámense mafur ó nafur á los papúas de Dorei. Los muchachos viven aparte de las familias en un templo que nadie, ni aun los padres, pueden visitar. Antes de casarse, el novio debe evitar á toda costa el ver á la joven que ha de ser su mujer. La mujer preñada se pinta de colorado el vientre.

En la costa septentrional está la escala de Amberbaken ó tierra del ámbar, habitada por papúas de la misma raza que los nafur. Vecinos occidentales suyos, son los karon, antropófagos que se comen á los enemigos vencidos.

Al Sur de Dorei, uno de los pueblos más importantes es Wairoa, no lejos de la parte más angosta del istmo, donde los tratantes malayos compran nuez moscada silvestre.

La costa de los *papúas desnudos* ofrece también á los buques holandeses escalas para proveerse de conchas y holoturias. Las islas de la bahía de Geelvink proveen á mercados muy activos y el más importante de estos es el de Ansoes, en la isla de Jobi.

El mercado más visitado de la Nueva Guinea holandesa, en la costa que mira á las Molucas, es Lekaor, en una bahía pequeña.

Las islas de Aroe tienen más importancia comercial. Dobbo, que es el mercado del archipiélago, domina un canal bien resguardado en el islote de Wamma. La exportación de este islote consiste, sobre todo, en nácar, concha, holoturias, nidos de salunyalá y aves del paraíso.

En la Nueva Guinea inglesa debe citarse á Port Moresby, caleta abierta al Sudoeste de la masasoberbia de Owen Stanley, con un pueblo indígena alineado en chozas á la sombra de los cocoteros y una población europea, capital de la colonia inglesa, con palacio para el gobernador, cuartel, tribunal y cárcel. Fuera de Port Moresby no hay casas europeas más que en el promontorio de Hula á 100 kilómetros al Sudeste de la capital. La costa del golfo Pahia, entre el delta del Fli y la isla de Jule, posee numerosas poblaciones indígenas, así como el distrito de Aroma y las islas de la Luisiada y del grupo de Entrecarteaux.



Grupo de jefes de la Papuasía oriental. (Dibujo de Thiriati.)

Algunas de las tribus de estas islas, de origen papúa, se parecen á las de la Nueva Guinea Occidental y están compuestas generalmente de labradores.

La administración de la Nueva Guinea británica, depende de la colonia de Queensland.

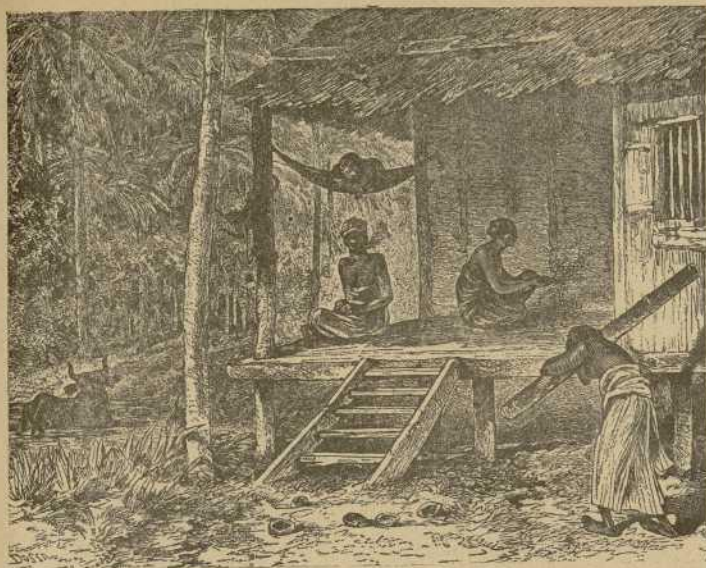
La capital de las posesiones alemanas de Nueva Guinea (Kaiser Wilhelms-Land), es Finsch Hafen, situada junto al extremo de la península que avanza al Norte del golfo de Huon, donde la costa está hondamente recorrida por una bahía sinuosa accesible para los buques grandes. Una isla redonda, unida luego con la tierra firme por medio de un dique, recibió las primeras casas de la colonia á fines de 1885. El agua de lluvia se recoge en cisternas, porque se carece completamente de

manantiales en las calizas coralíferas de la is'a y de las riberas cercanas. Finch Hafen se relaciona con el mundo civilizado por medio de un buque que parte de la población australiana de Coohstown, en la costa Oriental de Queensland.



Tipos papúas. Dibujo de Meisat.)

El puerto mejor y más seguro de la Nueva Guinea germánica es Friedrich-Wilhelms-Hafen, en la costa septentrional de la bahía del Autrolabio. Al Nordeste está el de Hatzfeldt, que es, según se dice, el más salubre de la costa.



Choza de malayos. (Dibujo de Moinet.)

MEGALONESIA

I

Ojeada general.

Se puede mirar la Nueva Guinea como un simple satélite de la Australia y se la puede también considerar como la tierra más oriental y al mismo tiempo más extensa de la Megalonesia.

Desde Australia á Indo-China y á China, las islas están como ancladas sobre un mar ecuatorial, grandes, espléndidas, hechiceras, con un cortejo de Islas menores y no menos mágicas.

Hay allí todo un mundo animado, vivificado y templado por el Océano.

Se le puede llamar Megalonesia ó Grandes Islas, por oposición á la Micronesia ó Pequeñas Islas, perdidas entre la Australia y las dos Américas sobre la inmensidad de los mares del Sur. A su vez esta Micronesia se divide generalmente en Micronesia propia, Melanesia y Polinesia.

En unos sitios nominalmente, y en otros de hecho. Europa domina en Megalonesia. España poseía hasta hace poco las Filipinas, Inglaterra se desliza al Norte de Borneo; Portugal ha conservado algún territorio en Timor. En todo el resto domina la Holanda; desde el Estrecho de Malaca hasta Nueva Guinea, sus islas se hallan alineadas como una escuadra.

Sumatra, Java, las islas de la Sonda, Borneo, Celebes, las Molucas y, al Norte las Filipinas, puede creerse que las islas de la Megalonesia reunieron en otros tiempos los dos continentes, entre los cuales surgen de las olas, espléndidas y perfumadas. Entonces quizá, exceptuando un paso entre Lombok y Bali, era aquello una especie de Asia central entre el Asia del Norte y la Australia ó Asia del Sur, como la América Central entre las dos mitades del Nuevo Mundo.

Bellas y pérfidas como las sirenas, su mar es terrible. En 1883 una ola violentísima pasó en toda la plenitud de su fuerza sobre una colina de 130 pies, desde donde toda una multitud que había huído de la costa contemplaba sin ningún temor la demencia del Océano. Su montaña es también terrible, y sus conos, de notable altura, no permanecen inertes. Más de uno hay que no cede apenas en actividad devoradora á los más encendidos de los 500 volcanes vibrantes de la tierra.

Dos naturalezas existen en la Megalonesia. En muchas de sus regiones, las islas occidentales, las más próximas al Asia, poseen bosques de gran exuberancia que recuerdan los de la India é Indo-China, con elefantes, rinocerontes y tigres reales, monos, etc., y aparte de estas semejanzas exteriores con el gran continente tienen las civilizaciones y religiones tomadas de los asiáticos. Las islas orientales no tienen nada ó muy poco de común con el Asia, ni fieras de gran tamaño, ni felinos, ni monos, nada más que el kanguro, el casoar, los eucaliptos y las acacias de Australia.

En la larga y bella línea meridional llamadas Islas de la Sonda, el estrecho de Bali se abre entre Bali al Oeste y Lombok al Este y divide claramente la Megalonesia asiática de la Megalonesia australiana. Parece, sin embargo, que se ha exagerado grandemente la diferencia de estos dos enjambres de islas.

Los primeros habitantes de estos jardines del Ecuador nos son desconocidos lo mismo que nos sucede con otros países. Los más antiguos entre los que viven aún sobre aquel tembloroso suelo, los negritos, llevan diferentes nombres locales, habitan acá y allá, dispersos, separados, siempre paganos.

siempre bárbaros, en diversos valles del interior, en muchas de aquellas islas, especialmente en la parte septentrional de Luzón, que es la más extensa de las Filipinas. Como su mismo nombre indica, son estos hombres de corta estatura, de rostro negro, parientes, sin duda, más ó menos cercanos de los indígenas de Australia y de los pobladores negros que los conquistadores arios encontraron, tiempos atrás, en el centro y medio día de la India.

Los malayos, hombres cuyo origen es obscuro, invadieron las islas de los negritos: aniquilaron ó deshicieron á estos salva-



Habitaciones de los Negritos. (Dibujo de Dosso.)

jes, ó mejor aún, se mezclaron con ellos y los absorbieron. Después de muchos siglos, ellos han constituido la gran nación de la Megalonesia. Divididos por la religión, y están unidos por un idioma sencillísimo, rico y sonoro, del cual ha hecho el comercio el idioma general en esta parte del mundo, teniendo esta ventaja sobre los pueblos alofonos, que habitan al otro lado de sus fronteras, y más que nada sobre la parte que les queda á los negritos y, á Oriente, sobre los papúas. Mucho más lejos, en el mar de las Indias, frente al Africa zambeziana, la isla mayor de los africanos, Madagascar, habla un dialecto del citado idioma. Han recorrido todos estos mares sin sufrir muchos naufragios; sus grandes canoas son pesadas, de difícil manejo, pero no zozobran.

Hay paganos y cristianos, sobre todo entre los filipinos, pero la mayor parte adora al Dios Unico y á Mahoma, su profeta. Sea lo que quiera la religión de estos hombres que en otro tiempo doblaban la rodilla ante los dioses del Panteón de la India, ya sean agricultores, negociantes, artistas, marinos, piratas, ya se los clasifique entre los civilizados ya entre los salvajes, lo cierto es que los malayos no tienen belleza propia de ningún género. Su rostro tiene el carácter mongol; su nariz es pequeña, obtusa, aplastada; sus pómulos son salientes, sus negros ojos ligeramente oblicuos, su cabellera es negra, su piel de un moreno rojizo, su barba rala, su pelo crespo, su cuerpo rechoncho, sus piernas cortas y su torso robusto. Se les llama traidores, crueles, hipócritas, cazurros, serviles, imbéciles; de tal modo los juzgamos nosotros, y ellos ¿cómo nos juzgarán?

Dominaban en sus islas cuando llegaron los europeos, primeramente los portugueses, después los holandeses y los españoles, y á partir de este momento dejó de pertenecerles su propia patria. Desde entonces obedecen á los blancos, estrictamente ó no, siguiendo el grado de servidumbre á que quiere reducirlos el hombre de Europa. Pero hasta hoy el conquistador no ha podido arrancarles nada de lo que en su raza es característico. Ha aprendido su lengua mientras ellos no aprendieron la suya y apenas si se ha mezclado su sangre, de origen ario, con la de los indígenas, de origen malayo, á no ser en muy escasa proporción entre españoles y filipinos.

Los chinos, por el contrario, se han unido mucho y se unen siempre con los malayos. Como son bien acogidos por el clima cálido y espléndido de estas islas, acuden á ellas á millares, y como no sienten el menor orgullo por la pureza de su origen, mézclanse con los malayos y rápidamente se multiplica el pueblo descendiente de estas dos procedencias. Tan cerca está la Megalonesia de la China meridional, colmena enjambradora de la humanidad amarilla, que puede llegar á ser para la China lo que la América del Norte es para el *anglo-sajón* y la América del Sur para el *latino*. Ya toda población de estos archipiélagos tiene su barrio chino, toda mina ó toda cantera tiene sus mineros ó canteros chinos y se calcula que hoy día vive más de un millón de hijos del Celeste Imperio sobre las islas de la Megalonesia, extrayendo oro, estaño y toda clase de metales, cortando árboles de maderas finas como el tek, el ébano, acajú y sándalo; recogiendo alcanfor, pimienta, clavo, moscada y

canela, cultivando el arroz, hundiendo los pies en las lagunas que deben regarlo; trabajando en las plantaciones de caña de azúcar, de cacao, de café, de índigo; haciendo á todo y haciéndolo bien, sin precipitación y como sin fatiga.

Veinte veces menos numerosos que los chinos son los blancos holandeses en las colonias holandesas y los españoles en las de origen español; y más son en unas y en otras los cosmopolitas procedentes de diversos países de Europa y America.

En la actualidad hay más blancos en las islas suderlandesas que en las Filipinas, pero en estas la inmigración española, compuesta de gentes casi aclimatadas de antemano, creció mucho y los mestizos son allí un notable elemento de población, cosa que no sucede en las tierras pertenecientes á Holanda.

Guiados por los pilotos árabes muchos navegantes portugueses y viajeros italianos, aparecieron á principios del siglo xvi en los mares de la Sonda, y en 1511, Albuquerque, adueñado de la gran ciudad de Malacca, daba á su nación la preponderancia política en el mundo malayo. En pocos años aprendieron los marinos occidentales á conocer el laberinto de las rutas marítimas de aquellos parajes, y á dedicarse al comercio entre las Molucas y Lisboa. Poseyó tranquilamente estas islas Portugal cerca de un siglo, pero los holandeses adquirieron en 1600 un pedazo de territorio en Sumatra, y en 1610 se establecían en Java, construyendo un fuerte reemplazado más tarde por el de Batavia, punto central de sus futuras conquistas. Los portugueses estaban harto decaídos para poder luchar con Holanda. Hoy, de su antiguo imperio, inmenso en aquellos mares, no les queda más que la mitad oriental de Timor, con un islote vecino. Java y las Molucas fueron algún tiempo de Inglaterra, pero desde 1816 ha dominado Holanda todos los archipiélagos que poseía á fines del siglo xviii, llegando á extender su dominio á varias islas que antes no eran suyas, consolidando su poder efectivo en lo interior de Sumatra, Célebes y Borneo. La parte Norte de esta isla, el principado de Sarawak en la misma, el sultanato de Bonnés y la mitad portuguesa de Timor, son las únicas comarcas que no dependen del pequeño Estado neerlandés.

II

Flora y fauna.

La flora megalonésica pertenece á la misma zona que la flora india, pero al Este se modifica gradualmente y se va asemejando á la australiana. En Timor, el aspecto de la vegetación es más australiano que indio, y dominan los eucaliptos, canaríneas y acacias. En las islas occidentales es extremada la potencia de la producción vegetal, y ciertos bosques de Java son tan hermosos como los del Brasil y California. Sin embargo, en Java hay vastos páramos donde no crece más que la hierba de Alang (*imperata arundinácea*) entre la cual desaparece el jinete con su caballo.

Las islas de la Sonda tienen sus especies particulares de palmeras, como dos clases de palmeras-sagú y la palmera-gebang que crece en una zona estrecha. Cerca de los bosques del litoral abundan los bambúes altos de 40 metros, y los espinosos y las flores del *raffenia* (que crece sobre las ramas y raíces del cirrus) que llegan á más de dos metros de circunferencia, demuestran lo que pueden ser en la Sonda las plantas parásitas.

Sumatra tiene en sus distritos altos del Norte especies de pinos mezclados con canaríneas. Allí cesa el dominio de aquellas coníferas cuya patria por excelencia es el Himalaya; en ninguna parte franquean el Ecuador con dirección al Sur. Cada isla tiene su parte considerable de plantas endémicas en la inmensa variedad de las especies. Por ejemplo, la flora de Sumatra, que comprende 2.642 fanerógamas conocidas, posee 1.069 formas que no hay en la isla de Java, separada de aquella sólo por un canal angusto. Hasta las dos mitades oriental y occidental de Java contrastan en los caracteres de la flora boreal.

La exploración zoológica de aquellas islas no ha terminado todavía; la región más conocida es la parte occidental de Java, y también se han estudiado con esmero el distrito de Padang, en Sumatra, las cercanías de Sarawak y Banyermasing en Borneo, la isla de Banka y algunas penínsulas de las Célebes. De todos modos, la zoología de la parte occidental es inmensamente rica. Las especies de mamíferos son más de 170 y 24 de

ellas pertenecen á la familia de los monos. En Sumatra y Borneo hay dos especies de orangutanes, y cada isla, excepto las orientales, tiene sus gibones y sus lenírridos. En Sumatra y Borneo hay también elefantes y tapires; en Sumatra y Java rinocerontes; en Borneo y Java toros bravos. En las islas de la Sonda hay 33 especies de carnívoros, entre ellos el tigre real y el leopardo. Existen también 50 especies de murciélagos y muchos roedores.

Viven en el archipiélago más de 50 especies de aves, muchas de ellas de brillantes colores. Abundan los ofidios y otros rep-



Los juncuales de Sumatra. (Dibujo de Langlois.)

tiles; el cocodrilo infesta los estuarios; un pitón de sus bosques llega á 10 metros de longitud y la serpiente de anteojos es uno de los reptiles más formidables. Pueblan los ríos centenares de especies de peces y se han clasificado millares de insectos diferentes en la región. Las mariposas pululan de tal modo, que constituyen una nota típica del paisaje.

Es tan grande el empobrecimiento de la fauna al Este, que en Timor no hay más que siete especies de mamíferos terrestres y 15 de murciélagos. Célebes es más original en el aspecto de su fauna y cuenta con muchas especies propias. Sus mariposas se distinguen de las demás por el dibujo exterior de sus alas.

Las Molucas son muy pobres en mamíferos y las formas típi-

cas de su grupo se parecen á las australianas; son marsupiales, entre otros, el *belideus ariel*, parecido á la ardilla voladora. En cambio, son más ricas en aves y poseen más que toda Europa. Aunque la exploración no está terminada, se conocen ya en las Molucas 265 especies de aves, muchas de ellas hermosísimas por la elegancia de su forma y esplendor de su plumaje. Los numerosos insectos, particularmente las mariposas, admiran al naturalista por sus dimensiones y el brillo de sus alas. La pequeña isla de Amboine, puede decirse que es el foco central de la tierra para el desarrollo de esas especies animales.

III

Java y Maduora.

Java, *obra maestra de la creación*, es un dorado tesoro para el avaro neerlandés. Con Madoua, su anexa, de 528.000 hectáreas de superficie y poblada por 1.450.000 almas, contiene 23.770.000 hombres sobre 13.173.300 hectáreas solamente. Poblada en la misma proporción, Francia, donde tanto millones de personas buscan su pan en industrias desconocidas para los javaneses, contaría 95 millones de habitantes en vez de 38. Dícese que estas islas no contenían en 1870 más que dos millones de habitantes, y que en 1810 contaba 4.800.000.

Desarrollo inaudito, basado indudablemente en la profunda paz que hace mucho tiempo reina en aquellos valles, y en el gran progreso de los cultivos, bajo la dirección de los holandeses.

Pero la causa íntima es tal vez la indivisión del suelo. No existe en la isla la propiedad personal. Cada familia recibe su lote, grande, regular ó pequeño, según la extensión del municipio y el número de individuos de que dicha familia se compone. «Las fieras tienen sus cubiles, los grajos del cielo tienen sus nidos»; por la misma razón, todo javanés tiene su parte de sol, y cuantos más hijos tiene un padre, más tierra se le da para que la cultive. De este modo, los padres de la familia de la exuberante isla, no se privan jamás voluntariamente de las inocentes sonrisas de los recién nacidos.

Orientada de Este á Oeste, con 1.065 kilómetros de ancho y 195 más de largo, y además 3.530 kilómetros de litoral, Java, compuesta casi toda de volcanes, yergue lo menos cien montes

aún en ignición, ó que lo estuvieron y tal vez vuelvan á estarlo.

Alineados de una punta á otra de la isla, muchos de estos *gounougs* (1), algunas veces visibles desde el mar, por ambos flancos de la isla, la sacuden con estremecimientos y temblores tales, que cubren de cenizas tierras bastante lejanas, ó vomitan su lava sobre ellas. Sus sangrientas llamas dieron á Java el sobrenombre de Pupila del Infierno. Cuando del caos en confusa lucha surgieron armoniosamente los elementos de la Naturaleza, entonces nació Java la bella, según el decir de los javaneses. Vacilante, no sabía dónde situarse, pero un divino clavo la fijó en el centro del mundo y la cabeza de este clavo, próxima á Magelan, es la colina Tidar.

Muy aglomerados en el Oeste, en la región sudanesa, los *gounougs* hallanse más esparcidos al Este, en la región javanesa, siendo más independientes y altivos, más bellos, con llanuras más amplias á sus pies, con más extensos valles, con más largos y más caudalosos ríos. Gran numero de éstos pasan de 3.000 metros.

En esta parte oriental de la isla es donde el Semerou, monte supremo, se eleva á 3.671 metros. Por esta misma parte es por donde corren, como por un paraíso, el Solo y el Brantas, los primeros entre los ríos javaneses. No obstante comprender los más altos montes y los más grandes ríos, la región javanesa, expuesta á los secos vientos procedentes de Australia, es menos húmeda, menos esplendorosa y de menos opulencia que la región sudanesa.

Al pie de los volcanes, sobre el litoral, en los valles y las cañadas, hasta 600 metros de altitud, la Tierra Caliente, hoy casi huérfana de bosques, mantiene al pueblo de Java con su arroz. Allí crece la caña de azúcar, allí críanse las plantas que hacen la fortuna de sus cultivadores. Más alto, hasta los 1.400 metros, en la Tierra Templada, reina ya el bosque con su tek. árbol que desafía casi eternamente á los elementos sin pudrirse, y, en los claros, el café. Mas alto aún, en la Tierra Fresca, son mayores aún los bosques, sobre los baton-augas ó rocas abrasadas, es decir, sobre las corrientes de lava. Por su gradación de climas, Java se asemeja á los países latinos de los Andes; por sus bosques, donde el tigre antropófago cobra su tributo á los caseríos, parécese á la India y á Indo-China.

Así, pues, desde las más altas cumbres de Java no se ven

(1) Monte, en lengua malaya.

más que selvas y jardines casi ecuatoriales, estando situada la isla tan próxima ó más al 5 grado que al 10 de latitud Sur. Cuando los javaneses adoraban las fuerzas naturales, el sol, los astros, los tifones, las tormentas, y más tarde, cuando á partir del primer siglo afiliáronse á la religión de Buda, y luego se hicieron musulmanes, contemplarían sus volcanes como los más terribles servidores del dios de la muerte. Estos montes



Paisaje de Java. (Dibujo de Bar.)

humearon sobre los valles donde millares de peregrinos adoraban á sus deidades en magníficos templos, honra del arte javanés. A principios del siglo xvi, que fué la época del triunfo definitivo del Coran en la isla, comenzaron á ser destruidos los monumentos inspirados por la India. Aún no han desaparecido todas sus ruinas y en muchos lugares, en la profundidad de los bosques, quedan restos grandiosos.

En el centro de Java, el peso de los años va destruyendo maravillosos edificios. La ardiente vegetación arranca ladrillos, piedras, palacios, fortalezas, templos, acueductos, baños y tumbas. Cada hora abate una estatua mayor que el tamaño natural, cada segundo borra un trazó á los infinitos bajo relieves, que legiones enteras de artistas cincelaron en el duro

pórfido. Caminos de ladrillo conducían de ciudad á ciudad, y hoy se hallan ocultos bajo la hierba, pulverizados por el desarrollo de los árboles.

No todos los indígenas de Java pertenecen al mismo grupo nacional. Los malayos no son mayoría más que en la mitad de la provincia de Batavia. Ocupan el resto de la isla los soendaneses, javaneses (los más numerosos) y madoerenses. Entre estos diversos grupos, que se distinguen especialmente por el idioma, hay varias regiones de transición, donde se hablan dialectos intermedios.

Los soendaneses han conservado sus costumbres primitivas mejor que los demás isleños; generalmente son más robustos, altos y sanos, pero se los considera como relativamente bárbaros. Su idioma difiere del javanés únicamente en el vocabulario primitivo y en la sintaxis, pero tiene menos palabras sánscritas. En el valle alto del Tji Vedjoeng, dominado por las montañas de Kendong, unos mil soendaneses, llamados *badoll*, practican todavía ceremonias paganas, con mezcla del culto de Buda. Estos montañeses dan muestras de una gran probidad y de costumbres muy severas. Desconocen el asesinato, el robo y el adulterio, y si alguno de los suyos comete alguna fechoría, lo expulsan inmediatamente. Los jefes reciben el nombre de padres, y también se les llama «manantiales de júbilo».

Los javaneses, propiamente dichos, ocupan la parte central de la isla, al Este del golfo de Oheribon; pueblan además la costa septentrional entre Cehribon, el Estrecho de la Sonda y el litoral del Sur en la región oriental. La lengua sagrada de los javaneses, el *kavi*, tiene gran cantidad de palabras sánscritas.

Físicamente, los javaneses tienen formas graciosas y facciones delicadas. No suelen abundar los hombres altos, pero casi todos son esbeltos. El color de su piel varía entre el amarillo pálido y el aceitunado obscuro, según su género de vida, su alimentación y su residencia. La nariz es poco saliente, la boca grande, los ojos rasgados, la cara redonda, con expresión benévola, frecuentemente triste. Los príncipes llevan bigote á la india. Los javaneses tienen el carácter muy dulce, aunque hay autores que los motejan de fanáticos, pérfidos, rencorosos y vengativos, por lo fácil que es hablar mal de los débiles. Como el terreno de Java es tan fecundo y su clima permite todos los cultivos, abunda siempre la producción, aunque la población crezca mucho, y el javanés tiene seguras sus tres comidas de arroz al día, con pescado y algo de carne de búfalo, con poqui-

simo trabajo, y sin necesitar casa, vestidos ni calefacción. El javanés, por lo tanto, ha adquirido naturalmente las costumbres pacíficas del agricultor. En cambio, los imponentes fenómenos de la Naturaleza los han hecho medrosos. Las tempestades de Java son terribles y las estadísticas anuales cuentan á centenares las personas heridas por el rayo, los pueblos incendiados, las casas destruidas. A estos peligros y á los de las erupciones volcánicas y de las inundaciones, hay que sumar el precedente de las fieras, que andan en torno de casas y huertas.

Algunos javaneses emigran á Borneo, Sumatra y otras islas, pero la llegada de inmigrantes compensa con exceso la emigración. Los chinos son los inmigrantes más numerosos, y han creado una nueva raza mestiza al unirse con las mujeres javanesas, raza en que domina, á pesar de repetidos casamientos, el tipo chinesco.

Menos numerosos que los chinos, los árabes ejercen mayor influencia gracias á su religión. Como pertenecen á la raza que dominó á Java en otro tiempo, son muy venerados por los javaneses, sobre todo si han hecho la peregrinación á la Meca. Cada día crece la población arábiga, que se dedica especialmente á la venta de mercancías europeas. Los árabes de Java viven separados de los demás habitantes, y aunque hablan malayo, conservan piadosamente su idioma como un tesoro. La población europea es escasa, lo cual se debe en parte á lo malo del clima para ella, y á las enfermedades, sobre todo el beriberi (calentura anémica) que hace no pocos estragos en los soldados de diversas nacionalidades que forma el ejército colonial de Holanda.

Como no se podían imponer por la fuerza numérica, los europeos (imitando á sus antecesores indos y musulmanes) recurrieron á una especie de terror religioso para mantener en la obediencia á los indígenas. Obligados los javaneses á tributar á sus dominadores testimonios de respeto semejantes á la adoración, han acabado por adorarlos, temerlos é implorarlos como dispensadores de la vida y de la muerte. No há mucho que en los caminos se prosternaban al pasar el carruaje de un blanco y los que llevaban quitasol se apresuraban á cerrarlo, aunque quemara el sol, volviendo la espalda al blanco, cuya cara no se atrevían á mirar. Antes de 1864 se prohibía á los javaneses aprender el holandés, porque el ser inferior no debía elevarse á comprender el idioma del amo.

En el fondo, los javaneses son todavía paganos, adoradores de los antepasados y de las fuerzas naturales, pero conservan numerosas prácticas del culto indostánico, y desde que el islamismo es su religión oficial, celebran cada vez con más fervor las fiestas musulmanas. También se han introducido leyendas cristianas en la mitología javanesa.

La expresión de la voluntad de los gobernantes holandeses se transmite al pueblo por conducto de siete indígenas, llamados creyentes, descendientes de familias de príncipes que conservan, con ricos emolumentos, la apariencia de la dominación. Estos obedecen á los *residentes* holandeses, pero son responsables de las órdenes que ejecutan.

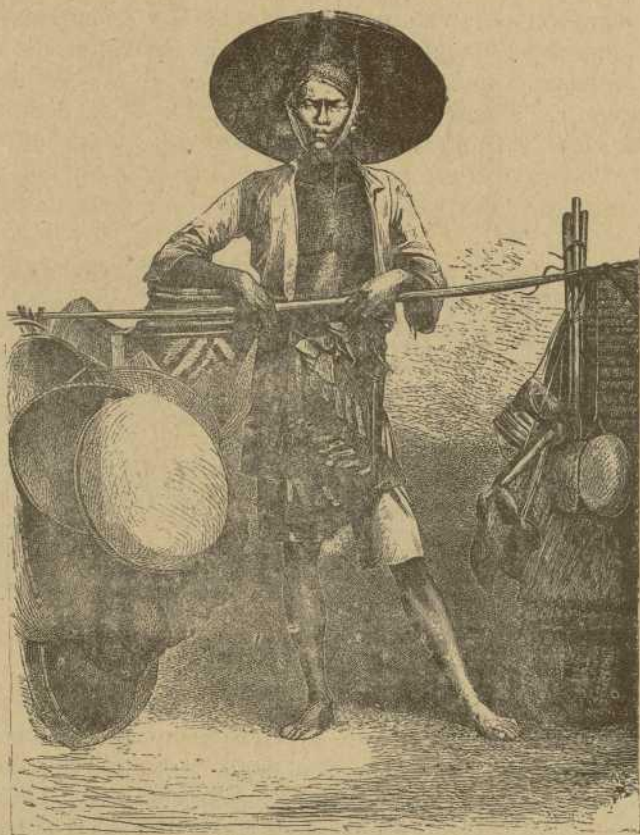
La capital de Java y de toda la India neerlandesa llamada



Una calle de Batavia. (Dibujó de MOLES.)

Batavia ocupa una extensión inmensa, en proporción al número de sus habitantes. De uno á otro extremo de la población no hay menos de 20 kilómetros. La ciudad antigua fundada en 1619, se construyó á orillas del mar, y poco á poco fué tomando Batavia el aspecto de una ciudad bátava, con canales y fosos. Pero una lluvia de ceniza, proyectada por el Salak, obstruyó los canales; se formaron grandes charcos en los barrios bajos, y la playa robó terreno al mar. Entonces Batavia se hizo más insalubre, y perdió la ventaja de estar junto á la rada. Hoy se encuentra á dos kilómetros del mar, y se ha prolongado otro tanto su río, convertido en canal, para llegar á las aguas profundas. Abandonándola á los guardianes malayos de los depósitos y á la población china, los europeos han dejado la ciudad antigua para fundar la capital nueva á algunos kilómetros hacia

el Sur, llenándola de avenidas anchas, arbolado y jardines. El barrio central de Weltevreden que posee los principales edificios, públicos es tan admirable parque como ciudad, donde abundan las plantas tropicales. Alrededor de Weltevreden hay otros barrios, sembrados también de jardines y bosquillos.



Un vendedor de banastas en Batavia. (Dibujo de Bida.)

Una fila de casas campestres sirve de lazo de unión con la antigua Batavia, y al Sur le sirve de prolongación Meester Cornelis, grupo de barrios dispersos, que pertenece al organismo de la capital. El puerto de Batavia está en la punta de Tandjong Priok, con dos enormes diques de piedra, que dejan una abertura de 150 metros para el paso de los buques. La población de Batavia es de 181.000 habitantes.

Soerakarta (antigua Solo) con 130.000 habitantes es la estación central de la red ferroviaria de Java. Dividida en numerosos barrios á orillas del río Pepé, ocupa un espacio inmenso. En el centro el palacio del *soesoehoenan* forma como una ciudad



El emperador y la emperatriz de Soerakarta. (Dibujo de Thisiat.)

aparte, con sus patios interiores, sus cuarteles, su harén, sus kioscos y jardines, y en su recinto viven unas 10.000 personas. Delante del palacio hay una extensa plaza, donde en las fiestas se reúne la muchedumbre, sombreada por las frondosas ramas de dos *waringin* que con sus innumerables raíces simbolizan

lo eterno de la dinastía, pero muy cerca está la ciudadela holandesa, apuntando los cañones al palacio del emperador regente.

Soerabaja (128.990 habitantes), capital del Este de Java, es el principal arsenal marítimo, y está construida á la orilla izquierda del río Ruantas, pero puede decirse que, merced á la llanura aluvial del Solo bajo, se hallan también á la salida de esta cuenca fluvial, que es la más importante de Java. Las tumbas antiguas que se encuentran en los arrabales vecinos recuerdan la llegada de los «Hombres Legendarios» ó del Indostán, fundadores del gran imperio de Modjo Pahit ó Estado brahmánico.

Djekjokarta ó Djokjo, capital del sultanato del mismo nombre, llevó en el siglo XVIII el nombre famoso de Mataram, y es la que más conserva el carácter javanés. Tiene 90.000 habitantes y está situada en la vertiente del Océano Indico, á 25 kilómetros del mar, en línea recta, rodeada de admirables campiñas que se extienden al Oeste hacia las pendientes del Merapi. Como Soerakarta, tiene en el centro el palacio del sultán, habitado por millones de servidores y rodeado de fortificaciones antiguas. En los alrededores hay ruinas de templos chinos, y al Sudeste está la necrópolis de los príncipes de Mataram.

Samarang (71.440 habitantes) es el centro de convergencia del comercio de las ciudades javanesas más populosas. Está muy bien provista de vías de comunicación, pues posee carreteras, ferrocarriles, ómnibus de vapor, canales y vapores costeros.

Paseroean (50.000 habitantes) ó Jardín de Betel, al Sur del Golfo de Madoera, es la que mejor conserva las costumbres del origen indio. Los javaneses de las cercanías siguen llevando á los manantiales ofrendas de hojas verdes y flores, y veneran los restos de las esculturas recogidos en los antiguos templos de Sira. A 1.700 metros está Tosari, el principal Sanatorio de Java oriental.

Pamekasan es la capital de la isla de Madoera, á pocos kilómetros del golfo, y su principal industria es la fabricación de la sal.

IV

Sumatra.

Desde los extremos occidentales de la tierra javanesa á los cabos sudorientales de Sumatra, el agua trágica del Estrecho de Sonda no siempre duerme indolentemente entre las dos grandes islas, muellemente balanceado por el flujo y reflujo, que es la respiración del Océano.

En 1833, mientras los volcanes que este mar abraza lanzaban fuego, piedras y cenizas, mientras les respondían los *gounongs* de Java y de Sumatra y todo este rincón del mundo estaba ardiendo hasta sus fundamentos, la ola del estrecho se elevaba furiosa al mismo tiempo que surgían ó zozobraban islas é islotes. Pasaba esta ola sobre las ciudades de la costa con la fuerza y la pesadez del mar, con la profundidad y las tinieblas del abismo, y, en un empuje supremo se desplomaba sobre la cumbre de elevadas colinas (1). Murieron entonces millares de hombres. Tal fué la catástrofe de Krakatoa, llamado así por una isla del Estrecho, monte ardiente cuya erupción comenzó aquel desastre.

Según una tradición javanesa, el divorcio de Java y Sumatra nos precede en un millar de años solamente. El Estrecho no tiene más que unos veinte kilómetros de anchura en su parte más angosta, y aun esto con interrupción de islas.

Sumatra hace frente, aunque de lejos, á Borneo, junto á la península de Malaca, de la que la separa un estrecho de poca anchura y profundidad, salpicado por agrupaciones de islas.

Sumatra posee con sus dependencias, de 44 á 45 millones de hectáreas, tanto al Norte como al Mediodía del Ecuador, porque, en efecto, esta línea corta muy justamente á Sumatra por la mitad de su longitud de 1.650 kilómetros, siendo su mayor anchura de 340.

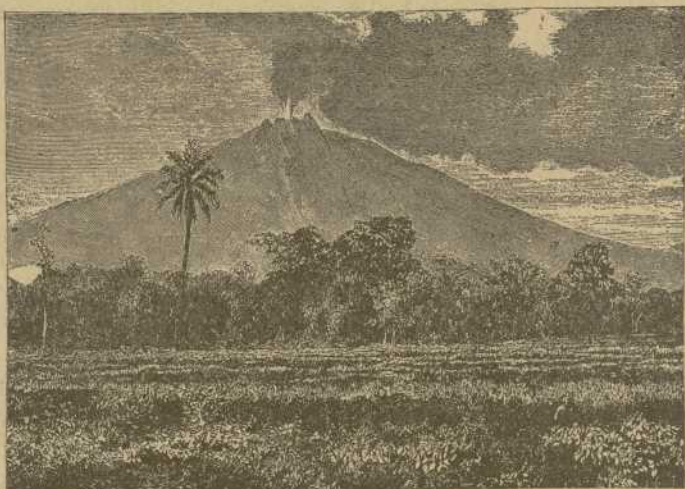
Desolada por los rayos del sol, pero lluviosa (2) no es fértil

(1) Una ola anegó á toda una multitud sobre la cima de un otero de 120 á 130 pies de altura

(2) Con grandes variaciones según los lugares. Caen 142 centímetros de lluvia por año en Kotta-Radje y 7.00 en Radang-Paujaud, á 780 metros de altitud sobre la vertiente Occidental, que es, con mucho, la más húmeda.

más que al pie de los *gounoug*, de los cuales muchos son volcanes vivos ó muertos ó que parecen extinguidos. De los diez y nueve montes plutonianos reconocidos hasta ahora, siete u ocho se hallan en plena actividad. El más importante de todos, el Gounoug Korintji (3.690 metros) tiene otro nombre más bello, Indrapoura ó ciudad de Indra y es, pues, un Olimpo, un lugar donde habitan los dioses. Cerca del Ecuador se yergue un monte terrible, el Merapi, es decir, el Fuego destructor (2.848 metros).

La cordillera granítica donde estos montes se elevan, el



El volcán Indrapoura. (Dibujo de Taylor.)

Boukit-Barissan, no está situada sobre el eje de la isla. Casi al borde del litoral del Oeste va derecha hacia el cortada por pequeños torrentes y escasas llanuras, pero por la vertiente Oriental son caudalosos los ríos, extensas las campiñas é infinitas las selvas donde el orangután se coloca grave y ridículo. Entre estos ríos hay dos de mucha importancia, el Batoug-Hari ó río de Djambi, que rematan pequeños vapores en una longitud de 600.000 metros, y el Moussi de Palembang. En sus orillas fangosas vive el cocodrilo idiota y sin embargo astuto; en ninguna parte es mayor que aquí este reptil (1) ni más feroz; pues solamente en la residencia de Palembang devora mil hom-

(1) Se han visto algunos que medían 25 pies de largo.

bres por año. Algunos de los torrentes de la montaña nutren hermosos lagos, de los cuales, el mayor, el Toba (130.000 hectáreas), está situado á 500 metros de altura. El Singkara, en la región donde el Singgalang y el Merapi dominan, desemboca en el río Indraghiri.

Sobre el profundo mar que se extiende hasta el infinito, hacia el Nordeste, las islas montañosas se perfilan de Nordeste á Sudeste paralelamente á la cordillera de Sumatra: Simalou, poblada por atchinois, las Banja, Nias, las Battou y las Mentawai. Nias es la mayor; su población, compuesta de unas 200.000 almas, habita un monte de asperón de 600 á 700 metros y posee corales elevados á distintas alturas por una violencia



Habitaciones flotantes en Djambi. (Dibujo de Weber.)

volcánica, ricos valles y cañadas que se extienden á lo largo de los arroyos caudalosos, alimentados por 200 días de lluvia, perfectamente distribuidos, en el transcurso del año. Esta isla se les atribuye á los battas por el origen y por el idioma.

La gran isla de la contracosta Banca, se halla muy cerca de la desembocadura del Moussi. Poco fecunda, aunque lluviosa y forestal, no tiene ningún *gounoug* que pase de 850 metros. Sobre su 1.268.000 hectáreas, no haoitan aún más que 78.000 hombres. Las gentes de la montaña (oranggounoug), son allí un resto de la raza más ó menos autóctona que encontraron y adulteraron los invasores malayos. Hay además malayos, en cantidad mayor que los que conquistaron la isla, y

21.000 chinos ocupados en la extracción de un excelente estaño.

Billitón, separada de Banca por el Estrecho de Gaspar, se le asemeja por la modestia de sus montes, ninguno de los cuales pasa de 950 metros, por el clima, por los bosques, por las minas de estaño, por las razas aborígenes refugiadas en el interior, por los malayos y por los chinos; pero no cuenta más que 38.000 personas sobre 481.000 hectáreas. Está casi equidistante de Borneo y de Sumatra.

Por la flora y la fauna se distingue Sumatra de las islas vecinas, en un gran número de especies curiosas. Posee la enorme *rafflesia*, el *arum* gigantesco que se yergue á más de cinco metros de altura, y las maravillosas higueras cuyas ramas se hunden en la tierra y hacen brotar las frutas del suelo como setas. Al Sur no se encuentran las coníferas del Norte, y uno de los fenómenos característicos de la flora de Sumatra, comparada con la de su vecina Java, es la gran extensión colectiva de las estepas de *alang y glaga*, hierbas de un metro de altura, que ahogan las simientes de los árboles y esterilizan el suelo cuando toman preponderancia. En Sumatra crece el majestuoso alcanforero *dryobalanops*, cuyo producto pagaban antes los chinos á peso de oro, y de allí recibió Europa los primeros envíos de gutapercha.

La diferencia entre las faunas de ambas islas, es mayor que entre las floras. Sumatra tiene orangutanes (pero únicamente en un distrito de la costa del N. E.), y otros monos, como el galcopiteco. El elefante abunda todavía en las selvas, y el rinoceronte chico de Sumatra difiere mucho del rinoceronte grande de Java, que va desapareciendo. La fauna de Sumatra abarca, con los animales domésticos, sesenta especies de mamíferos y ciento veinte de aves.

La población malaya de Sumatra presenta entre las diversas provincias, grandes contrastes de costumbres y civilización. Los habitantes del Norte de la isla, gentes de Atjels ó Atchinois, se consideran como nación distinta de los demás insulares. Como descendientes de árabes, conservan muchas costumbres traídas de Arabia por sus antecesores, y su idioma, malayo corrompido, se escribe en caracteres árabes. Sus dignatarios gastan turbante, pero las mujeres no llevan la cara tapada. Dícese que son perversos y crueles, aunque esta acusación suele dirigirse á todos los pueblos que defienden su independencia, pero nadie les niega el valor y la afición al trabajo.

Labradores hábiles, sacan de sus campos grandes cosechas de arroz y patatas, que les permitieron guerrear quince años con los holandeses. Fabrican alhajas de oro y plata, tejen algodón y seda, y construyen embarcaciones sólidas.

Al Sur de la provincia de Atjels, ocupan la región montañosa pueblos independientes y convertidos parcialmente al islamismo, como los gayús, de quienes no se conoce más que el nombre, los alas misteriosos y los battak ó battas, que están alrededor del lago Toba. Parece que junto á este mar interior viven unos 300.000 hombres, divididos en dos grupos que casi carecen de relaciones entre sí, los battas del Norte y los del Sur. Fuera de la región lacustre, se han extendido á grandes distancias las tribus de origen batta, al Sur hasta el pie del monte Ofir; al Este, hasta la desembocadura del Bila, etc. Los battas de las montañas tienen la piel más blanca que los malayos del litoral, son más altos, y de cabellera y barba más pobladas. Aunque su nombre de battas, procedente sin duda del sánscrito Bhāta ó salvaje, indique un estado de inferioridad respecto á sus civilizadoras, se los debe considerar como nación culta. Ahora han perdido todas sus condiciones indias, y ha influido en ellos la acción de los malayos musulmanes. Los misioneros cristianos han trabajado mucho entre ellos, pero sin más resultado que el de llevarlos al escepticismo.

Los battas, además de dedicarse á la agricultura como sus vecinos, son ganaderos y pacen grandes rebaños de caballos, búfalos, cabras, cerdos y perros, que ceban para los banquetes en comunidad, pero generalmente no comen más que granos, raíces y frutas. Son grandes fumadores, y mascan una mezcla de cal y hojas de gambir. No se tatúan ni se circuncidan, y la entrada de los jóvenes en la sociedad se celebra limándoles los dientes. Demuestran gran destreza como herreros, armeros y plateros, y construyen casas muy elegantes, parecidas á *chalets* suizos. Cada pueblo posee un mercado común, donde se guardan los objetos preciosos y donde los extranjeros reciben hospitalidad. La mayor parte de los battas saben leer y escribir, y escriben de derecha á izquierda en las cortezas planas, y de arriba abajo en las cañas ó varillas que constituyen sus archivos. Cada concejo batta, llamado magno en algunos distritos, es un grupo autónomo, representado más bien que administrado por un *radjah*. También hay grupos de pueblecillos que constituyen repúblicas pequeñas y unidas por un lazo federal. Las leyes de los battas son severas, y los crímenes

graves (entre los cuales no se cuenta el homicidio simple), como el adulterio con la mujer del *radjah*, el espionaje, la traición y la rebelión armada, se castigan con la decapitación. Antes, la comunidad se comía al culpable, y á veces disponía la sentencia que fuese devorado vivo. Sus parientes más próximos tenían que tomar parte en el festín, proporcionando la sal y el jugo de limón. Fuera de estos casos no se practicaba la antropofagia. Los matrimonios son bastante tardíos, por el precio elevado de las mujeres, pues generalmente el marido compra á la esposa, aunque hay otra forma de casamiento en que ocurre lo contrario. El cónyuge comprado constituye una riqueza mueble, puede embargarse en caso de deuda, y legarse en herencia. Los battas conservan huellas de la religión india, pero se ocupan poco en las prácticas religiosas y no tienen mas que uno ó dos templos; limitándose á invocar la protección de idolillos que llevan consigo, y á conjurar á los espíritus malignos. Ha habido familias y aldeas que se proporcionaban genio protector, enterrando vivo á un niño que había de velar por sus campos. Cuando muere un gran personaje, se siembra arroz, y al llegar la recolección, la preside el cadáver y se da un gran banquete en honor del difunto.

Se consideran como pertenecientes al grupo étnico de los battas los orang-ulú y los orang-lubú, de los valles altos al Norte del Monte Ofir. Son muy salvajes, andan casi desnudos, viven en chozas de ramaje ó en árboles huecos y usan como arma la cerbatana con dardos envenenados. No labran, y se alimentan con frutas, raíces, serpientes é insectos.

Los habitantes de Menangkabao son malayos de pura raza, y aunque sometidos á los holandeses conservan las antiguas instituciones del matriarcado y de la federación de aldeas. Cada clan tiene su jefe y un Consejo compuesto de todos los hombres maduros. Las uniones son necesariamente exógamas, y los hijos pertenecen á la madre y viven en el pueblo materno. La herencia del padre corresponde á los hijos de sus hermanas en el pueblo del cual es oriundo.

Los malayos de Padang se parecen mucho á los battas, pero no conservan rastro alguno de canibalismo. Los korinpios, que viven junto al monte Indrapoura; los redjaungers, entre Palembang y Benkoelen; los posumals, del país que domina el volcán Dempo, y los aboengers y lampongers, en el extremo meridional de Sumatra, disfrutaron en otro tiempo civilización superior, y en sus bosques se encuentran estatuas colosales.

En las regiones montañosas abundan la enfermedad del bocio y los lamparones. En todas estas tribus el marido compra á la mujer por precio elevado, pero ésta le pertenece como una esclava. En las poblaciones del litoral las uniones se verifican al estilo árabe.

Los insulares de las tierras situadas al Oeste de Sumatra pertenecen á razas muy diversas. Los de la isla Nias, todavía no están sometidos administrativamente al dominio holandés, y algunos clanes salvajes conservan su independencia. Suelen ser alegres, complacientes, corteses, pero muy cobardes, excepto en algunos distritos del Sur. Las casas, agrupadas sobre cerros naturales ó artificiales, están encima de columnatas de estacas y se adornan con quijadas de cerdos. Los jefes añaden á este adorno el de cabezas humanas. Efigies del genio doméstico protegen las moradas. A un extremo del pueblo está la casa del herrero, á la cual se atribuye virtud mágica, y á la puerta de la plaza se coloca una estatua del dios de la tribu. Los niassi son artífices hábiles. trabajan el cobre, tejen y tiñen telas, trenzan esterillas y extraen aceite de coco. Los jefes llevan plumas de oro en la cabellera y una media luna del mismo metal encima del labio superior. El culto está reducido hoy á poca cosa: los sacerdotes tienen la misión de invocar los *beh* ó espíritus intermedios que conocen á los genios buenos y malos; También bendicen los casamientos, oprimiendo una contra otra las cabezas de los novios. Los matrimonios se hacen entre jóvenes de tribus diferentes y por el sistema de compras. Los albinos, que abundan en el Sur, son considerados hijos del demonio, y se les maltrata con frecuencia. Los sacerdotes son también médicos exorcistas. En la parte meridional de la isla se tributan honores á los muertos, paseándolos por el pueblo y esparciendo sus armas en el camino. Los amigos se ponen en acecho á lo largo de los senderos y cortan la cabeza á los viandantes en honor al difunto. Si éste es un gran jefe la costumbre exige lo menos veinte cráneos, y hay guerra entre pueblo y pueblo para conseguir las víctimas necesarias.

Los isleños de Mentawej también son salvajes y parecen de origen polinésico. Su idioma es muy suave y abundante en vocales. Gustan de las plumas, las hojas y las flores, se adornan el pelo con corolas brillantes y se tatúan el pecho. Se liman los dientes haciéndolos puntiagudos, se depilan cuidadosamente todo el cuerpo, hasta las pestañas, y son muy afi-



cionados á la gimnasia y natación. Amantes de la paz, casi nunca guerrean entre sí.

Los insulares de Engano no conocían hasta mediados del siglo XIX la forja del hierro, y sus armas é instrumentos eran de piedra, andaban desnudos, no usaban tabaco ni líquidos espirituosos y entregaban sus mujeres é hijas á los marineros de paso, pero observaban escrupulosa probidad.

Groot Atjels es una población construída en forma de cuadrilátero regular, con 30.000 habitantes, á la entrada de un valle muy fértil. Antes se llamaba Kota Radja ó Ciudad del Rey, por ser la capital del reino de Atjels.

Padang (2.500 habitantes) es la ciudad más próspera de la costa occidental, y el mercado más activo de Sumatra, y más parece un gran jardín que una ciudad, con sus casas bajas, sombreadas por cocoteros y mangos y rodeadas de arrozales y huertas.

Bengkoden (11.000 habitantes) es una población que va perdiendo su antigua importancia. Abundan poco en ella los europeos, por lo malsano del clima. Algunos terremotos han estropeado muchos edificios que no han sido reparados; tiene aspecto de abandono, y los malayos y chinos de los barrios comerciales están muy empobrecidos. Los alrededores no son nada fértiles.

La principal ciudad del Sur y la más poblada de Sumatra es Palembang (60.000 habitantes), á orillas del río Moesi. Ocupa un espacio muy considerable. Las construcciones europeas, poco numerosas, están al Norte, agrupadas alrededor del palacio presidencial. Como en la ciudad china de Cantón, muchos residentes tienen sus moradas en medio del río en balsas de bambú amarradas á la orilla ó á estacas. Algunas balsas son lo bastante grandes para sustentar casas en que viven varias familias; otras no tienen más que chozas ó cobertizos. En las grandes crecidas la corriente ha arrastrado las casas á gran distancia de Palembang.

Melan, con 10.000 habitantes, es el pueblo central y capital administrativa de la provincia, llamada Costa oriental ú *Oostkust*.

Las diversas partes de Sumatra varían en cuanto al régimen administrativo. Los distritos interiores de Atjels y las regiones más remotas del país de los battas son independientes. Otras provincias están sometidas por completo, y varios territorios están gobernados mediatamente por príncipes vasa-

llos de Holanda, pero que disfrutaban grandes privilegios. Casi todos los reinos de la vertiente oriental tienen sus sultanes, en mayor ó menor decadencia, y su Consejo de notables.

V

Pequeñas islas de la Sonda.

Un reducido estrecho, que es casi un canal, separa de Bali el extremo Oriente de Java.

Bali no estuvo separado de la tierra javanesa hasta el año 1204 en que lo fué á causa de una convulsión volcánica, y los 500.000 balianeses que habitan sobre 540.000 hectáreas son javaneses, y especialmente madurienses por la raza y el idioma.

Pero se diferencian de ellos los habitantes de Bali, en que éstos permanecen fieles á las religiones *touffues* de la India que los javaneses abandonaron por la religión sencilla, sobria y austera de Mahoma. Son brahmanistas ó sivaistas, con ribetes de budistas y ciertas ideas é instituciones de la India han conservado entre ellos toda su autoridad.

Es ésta una isla muy elevada cuyo *gounoug* principal es el de Abaug ó pico de Bali que pasa de 3.200 metros. Es muy lluviosa, profusamente regada y magníficamente fecunda. El arroz, del cual viven sus habitantes, se produce allí en dos cosechas por año.

Sus rajahs ó sultanes obedecen á Holanda.

Al Este de Bali, el Estrecho de Lombok que tiende sus aguas rápidas y profundas en una anchura de 36 kilómetros, separa á Bali de Lombok y al mismo tiempo á las islas que por su naturaleza pueden atribuirse al Asia, de aquellos que tienen ciertas semejanzas con Australia.

Lombok, tierra de 543.500 hectáreas, cuya principal ciudad es Mataram, se alza en un volcán estupendo, el Rindjani, que tiene 4.200 metros. Es, por su clima, una isla seca; pero infinidad de torrentes canalizados producen en los campos una fecundidad que resurge á cada riego. El tigre, desconocido en Sumbava, isla vecina al Este, acecha allí á los animales de los bosques. En el interior, en la montaña, viven los Sassacs, malayos mahometanos y, al otro extremo de la isla, los malayos brahmanes emigrados en otro tiempo de Bali. En total 300.000

hombres sometidos á Holanda. El mar que corre entre Lombok y Sumbava se llama Estrecho de Allas.

Loumbava reparte su territorio compuesto de 1.400.000 hectáreas entre feudos malayos que se hallan bajo la soberanía de los Países Bajos. Su volcán, célebre por las horrendas desgracias que ha originado, el Timboro ó Tambora, no tiene más que 2.756 metros, en vez de los 4.500 que tenía antes de la erupción de 1815, una de las más terribles de la Historia. Crújió el cono y estalló; extendióse el estrépito hasta Teruate, hasta Bencoulen, ciudad de la costa occidental de Sumatra, hasta Australia, hasta Borneo y en pleno medio día cubrió la noche tierra y mares, y sobre todo este Océano, formado por hermosos estrechos y grandes lagos marinos, flotaba la piedra pómez vomitada por la erupción del *gougnoug*. 100.000 hombres, dicen, perecieron, bien en el momento de la catástrofe, bien al poco tiempo por causa del hambre ó de las epidemias. En el fondo del cráter duermen hoy día las aguas de un lago. El Timboro no es el único enemigo de Sumbava: allí está también el Vadel-Smid.

Esta isla, de forma alargada, puede tener unos 150.000 habitantes malayos á los que se cree ascendientes de los boughis de las Celebes. Es terreno poco sano, con aguas infecciosas y un suelo yermo donde se crían plantas espinosas.

Soumba, se llama también Tchindana y, por el árbol armático que allí se corta, Soudelbosch, palabra holandesa que quiere decir bosque de sándalo. Semiholandesa, semilibre, sus habitantes son de la misma raza que las gentes que pueblan el Occidente de Sumbava, Soumba y Sumbava, quieren decir lo mismo. Añadiéndole Savon, isla bastante alejada al Este, en la dirección de Timor, comprende 1.136.000 hectáreas, con 200.000 almas. Los insulares de Savon, también de gran figura, parecen reunir la sangre malaya con la árabe ó la india.

En Flores ó Las Flores, nombre portugués, Holanda ha edificado algunos fuertes; pero ha establecido allí pocos holandeses, no preocupándole otra cosa, como en muchas de sus colonias, que el comercio. Toda la superficie de esta tierra estrecha y larga (1.561.000 hectáreas), que medirá 375 kilómetros de Occidente á Oriente, pertenece, en el interior á los negroides grandes y fuertes, semejantes á los papúas del Timor y de Nueva Guinea, y en la costa á los malayos, sobre todo á los boughis originarios de Célebes. Los *portugueses negros* mestizos de los antiguos colonos lusitanos y de las mujeres del país,

recuerdan aún el paso triunfante de los *hijos de Lusos*. A pesar de que cada vez son menos blancos y más malayos ó negros, aún se les reconoce á primera vista.

Seis volcanes existen que aún no están extinguidos, siendo el de más actividad de ellos el Gounoug-Keo, que se eleva á 2.763 metros.

Desde Flores, antes Endeh, á Timor, el navegante encuentra á Salor, Sabrao ó Adenara, Lomblem, Pautar y Ombaai, que miden 220.000 hectáreas.

Timor, la mayor de estas pequeñas ó medianas tierras, créese que tiene unos 800.000 habitantes en un territorio de de 3.030.000 hectáreas, sin comprender en esta cifra las islas anexas.

Entre estas islas, más ó menos litorales, se hallan: Rotti, donde se supone nacida la hermosa raza producto de la alianza de los malayos con los árabes ó con los indios, Paulo-Cambing, simple volcán de 3.255 metros; Oaetter (272.100 hectáreas), extensa isla volcánica estéril; Roma, igualmente volcánica é igualmente árida; Kisser, cuyo verdadero nombre es Jateouaoua, pequeña y que no tiene más que 10.000 habitantes, pero debe alguna celebridad á sus 350 pseudoholandeses, descendientes de holandeses, franceses y alemanes, conducidos allí en calidad de soldados á partir de 1665 por la compañía de las Indias Orientales. No les queda de europeo nada más que sus nombres y, en algunos, la cabellera rubia y los ojos azules van tomando un matiz que no es ni negro ni amarillo. Esto aparte, como son polígamos, van adquiriendo cada día más cantidad de sangre indígena, ignoran en absoluto la lengua holandesa y no hablan más que el idioma de Kisser y algunos el malayo.

La volcánica Timor parece erguir en la actualidad pocos volcanes vivos. El pico de Timor apagóse en 1638; pero Lacauloubar y Bilbilouto, en el Noroeste, acaban de probar que no están muertos. Entre sus montes, la mayor parte de ellos pelados ó cubiertos de hierbajos, el Gounoug Allas, por encima de la costa Sudeste, se eleva á 3.738 metros. El suelo de la isla es poco fecundo, su cielo avaro de lluvias; y su bosque poco variado, recuerda el de Australia, especialmente por sus corpulentos eucaliptos.

Los holandeses ocupan el Sudoeste de la isla entre los pobladores genuinamente timoriano. Su capital es Koupang. Portugal, que gobierna con indolencia este último resto de su antiguo dominio en el Océano de las Indias, posee el Noroeste (con

Poulo-Cambing) y tiene á Dilli por centro de dominación. Los pobladores que le obedecen (nominalmente) pertenecen á la familia teto.

Tetos y timorianos, diseminados en multitud de tribus, hablan cuarenta lenguas. Frecuentemente en guerra, clase contra clase, pueblo contra pueblo, aseméjanse muchísimo á los papúas de Nueva Guinea por el matiz, los rasgos fisonómicos principales, el cabello y el carácter impetuoso. Realmente no tienen nada de malayos, exceptuando algunas mezclas. En



Paísaje de la isla de Timor. (Dibujo de Sarriera.)

la costa, entre las colonias europeas, se encuentran malayos y mestizos de papúas y malayos, indios, algunos chinos y muy pocos blancos. Entre los *hijos de Lusos*, los portugueses negros, muy negros en efecto, descienden de los conquistadores lusitanos y de las mujeres de Timor.

Las islas Sermatta se perfilan entre Timor y el Archipiélago Timor Laout.

Esta última palabra malaya quiere decir la Flor de Timor. Es este un archipiélago llamado también Teuimber que se creyó hasta hace muy poco, formado por una rota isla. Residen allí los papúas, así como en Arou y en Ke. Las islas de Timor-Laout, nombre malayo, que quiere decir Oriente de los mares,

tienen unos 125 000 insulares repartidos en 550.000 hectáreas, Arou, la corallera, tiene también el nombre de Tana-Bousar ó Gran Tierra. A su lado, en efecto, las islas de ese archipiélago no son más que sencillos islotes. Tiene 170 kilómetros de largo por un ancho que varía de 35 á 75 y viven allí 33.000 hombres bajo un clima casi igual al de Córcega.

Extraña isla cuyos papúas y cuyos «prepúas», semejantes á los negros de Australia, permanecen fieles á sus antiguos dioses. Tana Bousar está dividida en seis porciones por cinco canales de agua salada, especie de ríos, de 200 á 800 metros de ancho y de 3 á 5 de profundidad. Estas seis partes llámanse, enumerándolas de Norte á Sur: Vourialao, Kola, Vokam, Kobror, Maikor y Tarangan.

En sus profundas selvas y sombríos bosques ocúltase el ave del paraíso, el kanguro y toda clase de caza que parece merced á la flecha del papúa, arquero infalible. Extiéndense estas selvas igualmente sobre las tierras llanas del Norte, del centro y sobre las colinas calcáreas del Sur que se sumergen en el mar y adonde el insular, salvando peligrosas alturas va en busca de nidos comestibles. Los chinos y los Boughis residen en Dobbo, plaza comercial situada en una reducida isla del Noroeste. Compran los nidos, las perlas y las conchas de tortuga que los papúas les llevan de las islas del Este.

También aquí se encuentran palabras lusitanas en el idioma y Aouran prueba por sus rasgos más típicos que los insulares de Arou mezclaron en otro tiempo su sangre con la de los portugueses.

Ochenta y tres islas pequeñas forman el cortejo, digámoslo así, de Arou. No hay más que 150 kilómetros desde Arou á Nueva Guinea cubiertos por el profundo mar, y nadie duda que antiguamente la isla pequeña estaba unida á la grande, como lo demuestra la identidad de plantas, animales é insectos.

El Archipiélago de las Ke, tan próximo como el Arou al pequeño continente de Nueva Guinea, opone al Océano grandes escarpaduras calcáreas. La gran Kei tiene 68.200 hectáreas, la pequeña Kei 52.800, y á estas siguen en tamaño veinticinco islotes ó islas pequeñísimas. Los 20.000 habitantes, paganos todos menos 5.000 mulsumanes, cortan en sus bosques maderas más incorruptibles, según dicen, que el mismo tek y con ellas hacen piraguas de formas elegantes y de gran solidez. En el malayo que usa la raza de Ke, mezclado y poco flexible, aún quedan palabras portuguesas, naciendo del conjunto un

idioma que da á sus islas el nombre de Evar, siendo Kei un nombre malayo.

Estas son las islas que rompen la ola formada de Este á Oeste, entre el mar de la India y el Océano de Nueva Guinea. Volviendo de Oriente á Occidente, de Nueva Guinea á la costa Indo-china, se encuentran primero las Molucas, de diversos tamaños; después las Célebes, muy extensa y de belleza soberana en su forma, y por fin, Borneo, inmensa y marina.

VI

Molucas.

Las *Molucas* surgen de un mar de tono azul muy fuerte. Son tres islas grandes: Gilolo, Ceram y Bourou y una porción de islas pequeñas de las cuales las más conocidas son Ternate, Tidore, Amboina y Banda. Llámase también á las Molucas islas de las Especies por la nuez moscada, el jengibre y el clavo que allí cultivan sabiamente los holandeses. El archipiélago está más ó menos unido por medio de islas, islotes y canales á Nueva Guinea, á Filipinas, á Célebes y á Timor.

La hermosa isla que sus insulares llaman Batotsima, sus vecinos Halmaheira (1), y nosotros Gilolo, se parece, trozo por trozo á la isla de Célebes, once ó doce veces mayor y no menos extraña, que surge del mar á unos 250 kilómetros al Oeste.

Gilolo (1.666.000 hectáreas) está compuesta por cuatro penínsulas en forma de patas de araña, divergiendo de un tronco común. Elévanse allí grandes montañas y enormes bosques cubren su suelo; bosques de exuberancia ecuatorial (porque el Ecuador pasa por la lluviosa Halmaheira) y montañas volcánicas de entre las cuales la más importante es la Gounoug-Kanor. Esta es la razón de que esta isla maravillosamente opulenta y bella cuyos extremos se hunden en un mar cuyas olas azotan rocas de coral, es á veces (con alguna frecuencia) despertada bruscamente de su sopor ecuatorial por las trepidaciones del suelo, las corrientes de lava y las lluvias de cenizas.

Gounoug-Kanor, solamente esta palabra quiere decir que Gilolo se halla comprendida en la órbita malaya. Desde hace mucho tiempo ha dejado de tener por únicos propietarios á sus

(1) Es decir, Gran Tierra.

haraforas ó alfures, que se han unido unos á los papúas y otros á los dayaks. Estos haraforas, hombres de aventajada estatura, de matiz semiclaro, muy barbudos, de modales rudos y francos, de regocijado carácter, cazan, pescan y cultivan en una de las cuatro penínsulas y todo lo demás de la isla pertenece á los malayos que invocan á Dios y á Mahoma su profeta. Suponen que Gilolo tiene 120.000 habitantes, comprendida la gran isla aneja del Noroeste, la cual se llama Morotai.

Bajo la soberanía de Holanda, malayos y alfures tienen allí dos amos: al Norte, el sultán de Ternate; al Sur, el sultán de Tidore. A lo largo de la costa occidental se elevan de Norte á Sur las islas de Ternate, Tidore, Mareh Motir, Mackián, Kaica y Batchián, todas ellas patrias del clavo de especia.

Ternate, cuyo suelo tiembla con frecuencia, ilumina á veces con las rojas llamas de su volcán el litoral de la gran isla vecina: «¡Veis Ternate y Tidor con su cumbre ardiente que lanza ondulantes llamas; veis los árboles cargados de fruto que compró la sangre portuguesa! Hay en esas islas pájaros de oro que jamás se posan en tierra: no se les puede contemplar más que muertos» (1).

Encuéntranse allí algunos holandeses, malayos, mahometanos, ligeramente mezclados, en ocasiones con salvajes de Gilolo, como lo atestigua su idioma, y existen tambien los orang-sirani ó nazarenos. Estos últimos hablan malayo; pero si bien es cierto que han perdido el portugués de sus antepasados europeos, también es verdad que han conservado la religión cristiana. Ternate y Tidor no suman juntas, ni aun incluyendo muchos islotes cercanos, más que 28 600 hectáreas con 30.000 almas. Estas son las verdaderas Molucas.

En Tidor, hermoso volcán piramidal, dominan los malayos sectarios del Islam.

Mareh hállase rodeada de coral, lo mismo que Motir, cono extinguido.

Mackián duerme á la sombra de un volcán, disminuido por la erupción de 1646 que hizo saltar su cima. Este volcán no está muerto aún y bien lo demostró en 1862 cuando su ceniza voló hasta Ternate, á 80 kilómetros al Norte. En la Kaiva, faja de corales, el Islam reina sobre los malayos cruzados de papúas.

La volcánica Batján (216.400 hectáreas), más extensa que sus hermanas, tiene fuentes templadas y geiseros como la Irlan-

(1) De Camoens.

da, Nueva Zelanda y el parque nacional de Yellow-Stane. A pesar de sus metales, de su hulla, sus bosques, su resina y su belleza, pocos hombres animan su costa y apenas si hay alma viviente en los altos montes del interior. Los malayos musulmanes de esta isla hablan un idioma híbrido, malayo con mezcla de papúa. Junto á ellos los orang-sirani se distinguen por su religión cristiana, su rostro más moreno que el malayo, pero en el cual aparecen ciertos rasgos europeos. En su dialecto malayo suenan aún algunas palabras portuguesas. Batchián tiene por anejos á Tavallí (30 800 hectáreas) y Mandioli (17.100



Casa holandesa en Ternate. (Dibujo de Mesplés.)

hectáreas) y, comprendidas estas dos islas, se calcula que tiene unos 25.000 habitantes.

Obi, poco inferior á Batchian, está situado al Sur de esta isla, en el pequeño Mediterráneo de las Molucas, el cual se halla comprendido entre Gilolo, Ceram y Bourrou.

A no ser por un pequeñísimo estrecho, Damar (9.400 hectáreas) estaría unida á los cabos meridionales de Gilolo.

Ghebi, de 40 kilómetros de longitud por una anchura que varía de 5 á 8, hállase entre una de las dos puntas orientales de Gilolo y el archipiélago de Nueva Guinea.

Morotai (269.800 hectáreas), arenas rodeadas de coral, debió en otro tiempo estar unida con Halmaheira, pues es su anejo más extenso. Cerca de ella surge Rau (26.400 hectáreas).

Buru (877.000 hectáreas), entre el mar de las Molucas al Norte y el mar de Banda al Sur, tiene 62.000 habitantes, distribuidos en amplios bosques, á la sombra de *gougnougs* apenas conocidos, cosa que sucede con gran parte de la isla, que no pertenece á los holandeses más que nominalmente. Allí tienen asilo los malayos sectarios del Islam y los haraforas, antecesores de los de la isla de Gilolo. Según algunas tradiciones de los tonga y de los samoa, esta isla fué la que lanzó la legendaria



Una aldea en Céram. (Dibujo de Maínet.)

escuadrilla que llevaba á los primeros fundadores de los pueblecillos polinesianos dispersos por el mar del Sur.

Al Este de Buru, Ceram, mejor dicho, Serang ó Sirang, toda formada por bosques, no tiene parajes húmedos más que en la costa, á lo largo de la cual sus habitantes cultivan el cacao y el café, ó viven sin trabajar á la sombra de las palmeras. Se le atribuyen 200.000 almas y 1.820.000 hectáreas, soberbios valles y *gougnougs* de 2.000 á 3.000 metros alineados de Oeste á Este sobre los 350 kilómetros que mide de longitud esta estrecha isla. Ceram se divide entre los sultanes malayos que adquieren su investidura de Holanda. Estos príncipes musulmanes, tiranizan á los *alfuras*, semejantes á los que pueblan Buru y Gilolo.

Misol, á 100 kilómetros del Norte de Ceram, sobre el camino

de Nueva-Guinea, se parece á Ceram por sus malayos del litoral y por sus alfuras del interior, que son indudablemente parientes de la gran raza de los papúas de Nueva-Guinea.

Asimismo, en Vaighen, separada de la «Papuasia» por el Estrecho de Dampin, y de Gilolo por el estrecho de Halmahera, el fondo de la población consiste en negroides con aristocracia de malayos. Juntas Micol, Vaighen y las islas anejas, apenas si tienen 15.000 almas y 778.000 hectáreas.

Cerca del cabo con que remata al Sur la península occidental de Ceram, surge Ambine, la Ambine malaya, isla formada por dos tierras unidas con un istmo de arena. Pequeña Java, de donde el holandés saca grandes beneficios, su tierra roja como el coral, es opulenta, no tanto por sí misma cuanto por la abundancia de lluvias: 5.680 milímetros por año. Crece allí el árbol de la nuez moscada, pero los ricos cultivos no ocupan la isla entera. Muy amplios son los bosques en la montaña donde los volcanes no están en erupción. Sobre sus 68.300 hectáreas habitan 30.000 hombres, en su mayor parte malayos, mestizos de malayos y de papúas, chinos, holandeses, orangsirani y cristianos cuyo rostro lleva el sello lusitano y cuyo idioma conserva palabras portuguesas. En la ciudad de Amboine (10.000 habitantes), reside el gobernador de las Molucas holandesas.

A 100 kilómetros al Sur de Ceram, en un mar de profundidad enorme, las islas Banda crían los árboles de la nuez moscada más famosos del mundo. En este clima, que no conoce la sequía, sobre un suelo volcánico quebrado por subterráneas sacudidas, la nuez moscada madura á la sombra de los grandes árboles. «Ved—dice Camoens, á quien podría citarse cien veces á propósito de estos mares—ved las llanuras llenas en otros tiempos de la grandeza lusitana, ved las islas de Banda esmaltadas de colores y de frutos rojos y de aves policromas que viven del tributo de la nuez verde.» El soberbio volcán de Banda, cono de elegante forma, humea siempre. Los 8 000 habitantes de este minúsculo archipiélago, pertenecen de origen á los papúas, pero han sido eliminados por los malayos, los árabes, los portugueses y los holandeses. Llámase allí perkenieros á los descendientes de soldados, marinos y funcionarios instalados en Banda por los Países Bajos en 1621, á condición de cultivar la nuez moscada en los *perk*, es decir, en los parques que ellos adquirirían de la generosidad del Gobierno.

Al Sudoeste de Banda, la cordillera volcánica de este Océano

se continúa por el Gounoug-API, volcán perdido entre los confines del mar de Banda y del mar de Flores. No hay más que ciento y pico de kilómetros desde Gounoug-API á Uetter y á Roma, situadas en la órbita de Timor.

Desde los cabos orientales de Ceram, una línea de islas pequeñas se dirige hacia el Sudeste, al encuentro de las Kei y de las Aru. Llámense estas islas Kilvarou, Ceram-Laout, Goram Manavoka, Ouatubella, etc.

Kilvarou, isla pequeñísima de arena y coral, tiene una ciudad frecuentada por negociantes boughis y por mercaderes de Ceram.

Ceram-Laout ó Flor de Ceram, rodeada de corales, está habitada en su mayor parte por alfurus musulmanes, precedentes de Ceram.

Manavoka (12 700 hectáreas) no tiene ni un solo arroyo en sus rocas de coral. Sus 1.000 habitantes son papúas y paganos, con una aristocracia de malayos y de boughis, en cuyas venas va entrando poco á poco la sangre de los negroides. Hablan la misma lengua que las gentes de Goram, sus vecinos, y la misma que las del Oriente de Ceram

La mahometana Goram, también rodeada de corales, tiene 3.200 hombres, malayos con mezcla de alfurus que se dedican al comercio con lejanas tierras, haciendo sus travesías en sencillas canoas con las que cruzan un mar erizado de escollos.

Las islas Ouatubella, Kirivoy y Uta, están protegidas por un cinturón de coral. En ellas habitan papúas que son idólatras.

Por Teor, igualmente pagana y papúa, por Baou y por Kauilor, se llega á las islas de Ke.

Los alfurus, habitantes salvajes de las Molucas meridionales, se parecen á los papúas de Nueva Guinea y deben de proceder del mismo origen. Temen al mar, y creen que les ocurriría alguna desgracia sólo con oír el rumor de las olas. Son de estatura media ó alta, y de piel muy oscura, muy aficionados á los adornos y llevan muchas collares y brazaletes. Los alfurus de Beroe no tienen costumbres tan feroces como los de Ceram, apasionados por la guerra y por sangrientos trofeos, pero aparte esta diferencia, se parecen mucho en costumbres y creencias, tienen fe en un ser supremo, pero adoran á los genios buenos y malos que viven en las rocas, en los árboles, en las aguas y en el aire. Los matrimonios son exógamos; la mujer es comprada, y si enviuda no puede casarse más que con un pariente ó compañero de su difunto: se la trata bien y los traba-

jos penosos corresponden á los varones. No existe la esclavitud ni los préstamos con interés. Las funciones de la jefatura son hereditarias, pero cuando el jefe gobierna mal, se le substituye mediante elección. El alimento casi exclusivo de los habitantes del Oriente de Ceram es el sagú. En el litoral va haciendo progresos el mahometismo, y los misioneros cristianos bautizan también millares de naturales.

El régimen de castas prevalece en Amboine y en las islas Oeliasser, más bien á consecuencia del dominio holandés que de antiguas costumbres. La primera casta es la de los mestizos, la segunda la de los indígenas cristianos, los últimos son los llamados *orang-masing* ó gentecilla, pero parece que el valor moral de los indígenas está en razón inversa de su categoría.

Los alfurus de las Molucas del Norte, tienen las mismas costumbres que los del Sur. No está autorizada la poligamia, no existe la propiedad privada, se respeta en extremo á los muertos y se aborrece la mentira. En los distritos mahometanos, los acusados que protestan de su inocencia después de ser sentenciados por los jueces, tienen que confirmar su palabra bebiendo el *agua de la espada*. Sobre la escudilla que contiene la temible bebida se cruzan dos aceros, se deja caer una bala de fusil y el perjurio muere al beber.

Amboine, capital de las Molucas del Sur, tiene 13.000 habitantes y está al pie de la montaña de Soya, componiéndose de un barrio central comercial y de arrabales de anchas calles sombrías. Es puerto libre, accesible á los buques de mayor calado.

Kajeli, puerto principal de la isla de Boerve, es población humilde, con 2.000 individuos.

Ceram, como Boerve, no posee más que grupos de cabañas, pobladas de malayos, mercaderes extranjeros, y alfurus mahometanos ó cristianos, llamados negorijen.

El pueblo principal de las Oeliasser es Vaparola, que apenas llega á 2.000 habitantes.

Ternate, aunque en decadencia, es una verdadera ciudad. Entre las habitaciones modernas se ven las ruinas de edificios antiguos, derribados por los terremotos, y detrás de cada casa de piedra se ve otra de madera ligera donde están las alcobas, y que no ofrecen peligro en caso de sacudida.

VII

Célebes.

Cortada por el Ecuador en su península septentrional, Célebes mide en su más largo litoral, que es el del Oeste, en el Estrecho de Macassar (1) frente á Borneo, 120.250 kilómetros. Siendo vecinas y estando situadas bajo las mismas latitudes, estas dos islas se diferencian, sin embargo, radicalmente, por su naturaleza, por sus aves y por sus animales grandes y pequeños. Hasta se ha llegado á decir, que Célebes, situada en medio de infinidad de islas sembradas entre Asia y Australia, dependió de un centro de creación extraño á una y otra de estas dos partes del mundo, y que tal vez perteneció en los tiempos primitivos á la «Lemuria» como algunos llaman al continente problemático, del cual, la lejana Madagascar acaso sea el testimonio más importante.

Por sus 17.732.000 hectáreas (más de 20 millones con las islas anejas), Célebes aventaja en extensión á Java, y la iguala en fecundidad, pero su riqueza es mucho menor, habiendo, hasta hoy los holandeses desdeñado su seria explotación. Apenas si cuenta un millón de almas. Poblada como Java, tendría 30 millones. "

Cuatro penínsulas abrazadas á un tronco que mira á Borneo forman esta isla de extraña figura, cuyo contorno imita bastante bien Gilo, once veces menor. Tres grandes golfos, Tomini y Tomori que se abren á Oriente y Boni que se abre al Meliodia, separan estas penínsulas erizadas de montes volcánicos, apagados la mayor parte, pero no todos. Un monte de 3.130 metros, que se cree sea el más alto de Célebes, se levanta al extremo de la península llamada Tierra de Macassar. De cerca ó de lejos, estos antiguos volcanes dominan los prados, valles y riberas que constituyen el jardín de esta isla admirable, penetrada por el mar en anchas partes, toda ella regada por frequentísimas lluvias, y sin embargo sana, porque no tiene ni pantanos, ni depósitos y lagunas de aguas estancadas. Sus maravillosos lagos son lagos de montaña; sus torrentes corren sin detenerse hasta el mar de Célebes, hasta el Estrecho de Macassar, hasta el mar de Flores ó hasta el de la Sonda,

(1) Su verdadero nombre es Mangkassar.

Sea hasta los tres grandes golfos. Estos torrentes rugen y los arroyos susurran plácidamente en las sombrías selvas que trepan opulentas y brillantes por un suelo de basalto en descomposición. Allí no hay ni un tigre, ni una pantera que aceche astutamente encogida dispuesta á lanzarse merced al terrible resorte de sus cuatro patas. Célebes no tiene felinos traídos y bellos, ni rinocerontes, ni elefantes. Su única bestia fea y asquerosa es el cocodrilo; el mono pulula en los bosques haciendo ruido, viviendo en ellos, donde constituye la risa y la alegría.

Toda Célebes obedece á Holanda, puesto que los sultanes malayos—grandes, medianos ó pequeños—reconocen la soberanía de los Países-Bajos, pero los holandeses no ocupan más que la menor parte de la isla, donde cultivan el café y vigilan las plantaciones. En su provincia del Norte, país de suprema belleza, en el Minahasa, que es el extremo de la península septentrional, la más larga y la más estrecha de las cuatro, han civilizado á los salvajes de origen mixto, papúas cruzados con malayos. Hacia 1800, estos indígenas, bárbaros aún, caníbales tal vez, hablaban muchos idiomas; hoy día cultivan tranquilamente el café y aprenden el malayo mejor que el holandés, que no ha podido ser impuesto por los conquistadores á pesar de los doscientos años de dominación. En cuanto se anule su poderio efectivo, Holanda será menos visible que Portugal en la mayoría de estas «islas maravillosas».

El nivel malayo ha pasado sobre la mayor parte de aquellos insulares que usan ahora casi todos el malayo y que se han hecho, casi todos también, musulmanes. Pero esta uniformidad aparente oculta diferencias de raza y en algunos rincones del país el malayo encuentra treinta lenguas habladas por tribus que no son malayas. La fisonomía, la talla, toda la arquitectura del cuerpo, demuestra que los boughis, llevados por el comercio, los macarars y otras naciones de la isla se han disgregado del tronco de la misma familia que los dayaks de Borneo, los dayaks de Sumatra y los distintos haraforas ó Alfurus, es decir, de los papúas y polinesios, tan bellos, arrogantes y generosos como pequeños, feos, y mezquinos son los malayos.

Convertidas, pues, ó convirtiéndose en malayos, por los cruzamientos y por los dialectos, las gentes de Célebes corren frecuentemente el *amoe*. Correr el *amoe* es tomar un *kriss*—puñal ondulado—y blandirlo en la calle gritando: ¡Amoe, amoe! y después matar hombres, mujeres, niños, viejos y animales.

Pero el pueblo se reúne, persigue al sangriento loco que ~~se~~ hace y le mata como si fuera un perro. En Macassar, según cuentan, se corre el amoe una ó dos veces al mes. Este frenesí se parece al de los negros brasileños que también se lanzan á veces, armas en mano, por las calles de la ciudad.

Macassar ó Mangkassar, inútilmente llamada Valsardinga por los holandeses, es, con su bahía espléndida, la mayor ciudad del Sur, y Menado la mayor del Minahasa. Menado ~~señala~~ la embocadura de un río que cae sobre el mar desde una altura de 150 metros, poco después de su salida del lago de Toudana.

Una cadena de islas, islotes y peñascos, va desde el promontorio septentrional de Célebes, desde el cabo de Polinang, al cabo meridional de Mindanao en las Filipinas. Sus habitantes se parecen en todo y por todo á las gentes de Minahasa. Se distingue Siao, sencillo volcán, y Sanghir, más extenso, cuyo cráter explotó en 1844.

Al Nordeste de Sanghir, el Archipiélago de la Tulur (ó Tatu), está situado justamente á la mitad del camino de Mindanao á Gilolo. Las Tulur y Sanghir juntas, tendrán unos 80.000 habitantes y unas 175.200 hectáreas.

El golfo de Tomini posee su Archipiélago de las Toghean de 67.700 hectáreas; el golfo de Temosi, sus islas Peling, prolongadas ó Oriente hacia Gilolo, Ceram y Buru por las islas Sula, poblado de malayos islamitas. Las islas Sula son Talisco y Mangula (las dos alargadas de Oeste á Este, á continuación una de otra como minúsculas Java) y Berri, isla menor, que va de Norte á Sur.

A la vista de los cabos de la ramificación Sudeste de Célebes, están Buton, montañosa, pero no muy elevada; Muna; la alta Kabaina; las Tukang-Berri; Vovoni, etc. Todas ellas forman un archipiélago de vanguardia que suma cerca de un millón de hectáreas, con insulares de dialecto malayo parecidos á los del litoral frontero.

Por la magnificencia y variedad de su flora, es casi igual Célebes á las islas occidentales, y sus selvas parecen más ~~ter-~~mosas porque han conservado, casi en la mitad de la isla, un aspecto primitivo. En la península de Minahasa, uno de los paraísos de la tierra, la vegetación selvática ostenta toda su belleza desde el litoral hasta alturas de más de 1.000 metros.

Se encuentra en Célebes la mayor parte de las especies vegetales de las islas situadas más al Oeste, pero las diferencias de la fauna son mayores. Entre sus animales propios se encuen-

tran una especie de mono, el *cynopithecus nigrescens*, muy común en toda la isla, y un antílope parecido á ciertas especies africanas. También posee Célebes una especie particular de jabalí, y el cerdo-ciervo ó babirusa, cuyo macho tiene cuatro defensas. Carece de felinos, pero tiene cinco ardillas y dos marsupiales.

La ciudad más famosa de Célebes es Mangkassar, llamada Macassar por los europeos: los holandeses la llamaron también Vlaardingen, nombre de uno de sus fuertes, erigido en el centro de la población. Las arboledas tapan los barrios exteriores y lo primero que se ve es la parte comercial de la ciudad, con sus muebles, sus arrecifes, los buques atracados á la orilla, y el mar siempre tranquilo. Este núcleo central de Macassar se extiende en un recorrido de un kilómetro á lo largo de la playa, y al Norte se prolonga la ciudad hasta el extremo de un cordón litoral. El barrio europeo no está unido con la parte comercial; posee jardines y alamedas. Macassar tiene 20.000 habitantes.

Badjoa, puerto del reino de Bani, es una de las escalas más activas de las Célebes.

Menado ó Manado (4.000 habitantes), llamada Wenang por los indígenas, es una población pequeña, pero muy linda. Parece un gran jardín sembrado de casitas sonrientes y atravesado por alamedas umbrosas, cada una de las cuales acaba en una encantadora perspectiva sobre el mar, las islas y las montañas.

Bouthain, con 3.500 habitantes, en la costa meridional de la península de Macassar, está á la salida de un valle, y es capital de distrito.

Yondano (3.000 habitantes) está en un ribazo junto á un lago, y antes fué una ciudad lacustre, edificada sobre estacas, y poblada de hombres altivos, á quienes tardó Holanda en someter.

Unas provincias de Célebes son gobernadas directamente por los holandeses; otras se consideran como feudos mediatos ó inmediatos, y algunas han conservado su independendencia. En los distritos sometidos directamente á la administración neerlandesa suelen ejercer el poder regentes indígenas, vigilados y asesorados por residentes holandeses. Cada colonia comercial del litoral tiene su constitución peculiar y su jefe responsable. La mayor parte de los «reinos» en que está dividida Célebes son monarquías electivas, y el Estado de Wadjo en la costa oriental de Macassar, es una República oligárquica.

VIII

Borneo.

Holanda (y, en su nombre una gran Compañía), é Inglaterra, reinan aunque con frecuencia sólo nominalmente en Borneo; ésta en el Norte, aquélla en el Sur. Lo que dominan y lo que permanece libre en apariencia ó en realidad, todo junto compone el territorio de esta isla que es la segunda del mundo, inferior tan sólo á Nueva Guinea. Borneo es superior á Francia en más de un tercio, pues contiene 73.650.000 hectáreas,



Un paisaje del Borneo holandés. (Dibujo de Weber.)

comprendidas las islas anejas, pero está poblada únicamente por 1.740.000 almas.

Este nombre de Borneo no tiene nada de nacional. Es una ligera corrupción de Brunci, Bruni. Llámase así un trozo del litoral Norceste, descubierto en 1521 por los españoles que daban la primera vuelta al mundo.

Borneo, por cuyo centro pasa el Ecuador, es hasta hoy día casi ignorada y está casi desierta, á pesar de hallarse junto á Java, perfectamente conocida y poblada.

No se ha explorado bien más que sus costas, las cuales tienen detrás, sobre todo en el Sur, amplias llanuras desmante-

ladas. Apenas si hay ciudades más que á la orilla del mar, en las desembocaduras y á lo largo de los ríos tales como el Barito, que tiene 1.000 kilómetros con un cauce de 10 millones de hectáreas, el Mahakkam, los dos Kapuas y el Redjang. A estos ríos se unen otros afluentes, menos caudalosos, generalmente oscuros después de las tormentas, sin duda á causa de los grandes campos de hulla regados por sus aguas que agita el cocodrilo.

Borneo está llena de tesoros, hulla, minas de oro explotadas por los chinos, diamantes, antimonio y metales diversos. Posee gran variedad de plantas, maderas de lujo para ebanistería, materiales de tintorería, y toda clase de especies se encuentran sobre esta fértil región de la tierra. Interminables bosques con orangutanes, elefantes, tigres, rinocerontes, búfalos y osos negros, ondulan en las colinas de la zona costera, y trepan por las montañas del interior añadiendo todos los años una capa de hojas al humus acumulado sobre el suelo desde hace siglos.

Los montes borneanos, tal como hoy los conocemos, parecen no haber estado nunca sometidos á las fuerzas subterráneas que hicieron salir sobre la superficie del mar tantos volcanes del archipiélago megalonésico; así, pues, puede afirmarse que Borneo es un pequeño continente, no volcánico y rodeado de islas que sí lo son. Al Kiri Balan, es decir á la «Viuda china» monte del extremo Norte, que se cree sea el más alto, unos le calculan 4.175 metros de elevación y otros tan sólo 3.400.

Bajo el nombre de dagaks, viven en Borneo, malayos paganos, tres veces más numerosos, dicen, que los malayos musulmanes de las ciudades y de los pueblos de la costa. Los dagaks, más blancos y más altos que los malayos y de facciones mucho menos achatadas, parecen pertenecer á otra raza, pero cada día tienden á mezclarse más y más á estos intrusos heterodoxos que disfrutaban las sultanías, las riquezas y el relieve social, y también á otros invasores más recientes: los chinos. Es esta una raza que tiene fuerza, valor, lealtad, franqueza, y que, sin embargo, esclaviza al hombre con crueldad y saña obedeciendo á una especie de dogma religioso. Los hombres de sus tribus que decapitan á sus semejantes lo hacen para asimilarse las virtudes de las víctimas, y las cabezas son cuidadas diligentemente por el guerrero que las separó de su tronco. Estas cabezas les transmiten el espíritu de los muertos y las apreciaban más que á su fortuna, tanto como á su vida. Constituyen

la herencia familiar. ¡Feliz aquel que tiene veinticuatro; su cabaña adquiere honores de palacio! Muchos de estos dagaks son antropófagos. Según su testimonio, nuestras espaldas son amargas y nuestra nuca y la palma de la mano, son agradables al paladar. Antropofagia, decapitación, arcaicas costumbres que desaparecen á medida que los europeos remontan el curso de los ríos borneanos.

Los malayos, excelentes comerciantes, y, hasta hace poco, perfectos piratas, desprecian la agricultura y toda clase de oficios, poco á poco acaparados por los chinos. En Borneo más que



Mujeres de Borneo. (Dibujo de Roujat.)

en ningún otro punto de la Megalonesia, los «hijos del centro» encuentran siempre ocupación. Apenas si suman entre todos 100 000, pero ya pueblan los distritos del oro y nada tendría de particular que, pasando el tiempo, se convirtiera Borneo en una diminuta China. Si los amarillos no cultivasen su suelo no sabemos qué otro pueblo de Oriente, excepto los javaneses, podría remover aquellos aluviones.

Los holandeses, en la parte de isla por ellos gobernada, ó por lo menos á ellos sometida, no se han ganado las simpatías de los borneanos, ni han podido hacerles hablar su lengua. Los ingleses no han podido hacer desaparecer en tierra suya el gran idioma de Borneo, ni en el sultanado de Sarawak, constituido en Estado regulador por el aventurero James Brook, ni en los extensos territorios de la Compañía del Norte.

Nada hubiera sido más fácil á Holanda que poner mano sobre toda la isla, pero no se preocupó de hacerlo, limitándose á establecerse en las costas que miran al Sur de Java, al Este de Célebes, al Oeste de Sumatra, y no en el Nordeste que está frente á Filipinas ni el Noroeste que está encarado con la Conchinchina y el Anam. Su parte es muy grande, comprende más de dos tercios de Borneo, puesto que se le reconocen 52.890.000 hectáreas, con 1.100.000 á 1.200.000 almas, contra 20.760.000 hectáreas y 600.000 hombres abandonados á sí mismos ó al inglés. Comprende esta parte los largos ríos y los grandes valles.

La gran Compañía de plantaciones, minas y comercio, tras la cual se oculta Inglaterra, tiene sus puertos, sus depósitos y sus agencias en el Norte, al Oriente de Célebes, al Septentrión del mar de Solú, al Occidente del mar de China. No posee más que riachuelos, pero en su tierra se asienta la montaña suprema, ó al menos juzgada como tal, de toda la isla de Borneo, el Kini-Palu. Sus súbditos tienen por centro de administración á Landakan, aldea á la que en vano se ha querido dar su nombre indio, Elopura ó Hermosa Ciudad. Para desmontar, cultivar ó cavar el suelo y extraer riquezas, la Compañía del Norte de Borneo cuenta menos con el malayo y el dayak del país que con el chino, que es el hombre útil por excelencia de todo el planeta, así como el menos exigente de los jornaleros. La Compañía intenta atraer al bracero de China hacia sus dominios que si no son más extensos que los holandeses, parecen ser mucho más variados, mucho más hermosos de naturaleza, realmente mucho más ricos y con menos tierras húmedas.

La toma de posesión por Inglaterra data, en realidad, de 1841, año en que el inglés James Brook convirtiéndose en el rajah del país de Sarawak.

Sobre la costa Noroeste de esta «gran tierra», Labuan no añade al imperio universal inglés, más que 7.800 hectáreas, 6.300 personas, un puerto (1) de comercio y una mina de hulla.

Puede decirse que su flora convierte á Borneo en una inmensa selva; no difiere en conjunto de las de otras islas, pero abarca algunas especies particulares. Uno de los vegetales de la zona fangosa del litoral, es el sagutero, y aunque en ciertos distritos se desconoce la manera de extraerle el sagú, los habitantes de las otras regiones lo obtienen con tal abun-

(1) La palabra malaya Labouen, significa, precisamente, puerto.

dancia, que sólo el territorio de Sarawak exporta más de la mitad del que se consume en todo el mundo.

La fauna de Borneo posee también algunas especies propias, que le dan fisonomía particular. La especie más notable es la del urias, orangután ó *simia satyrus*, que se encuentra en toda la isla, sin que hasta ahora se le haya podido domesticar. Casi todos los que se capturan mueren tísicos, aunque los tengan cerca de la selva natal. Cuentan los indígenas, que el urias no teme al tigre, al rinoceronte ni al jabalí, y que acepta la lucha con el cocodrilo y la serpiente pitón. El elefante y el rinoceronte pertenecen también á la fauna de la parte británica de Borneo. El tigre de la isla constituye la especie particular llamada *felis macroscelis*, y también hay en Borneo dos variedades de cocodrilos que no existen en otra parte.

Pontaniak, ó la ciudad del Fantasma (15,000 habitantes) es la primera ciudad que visitaron los holandeses y sigue siendo capital y centro comercial de su comarca. La ciudad, compuesta de madera, á orillas del Kapokas, se encuentra á 15 kilómetros del mar, en la confluencia con el Landak, y en los bosques cercanos hay ruinas de templos indios y de estatuas.

Banyermasing (40.000 habitantes) es capital en las provincias del Suroeste, al Este del río Barito, que muy cerca se une con el Martapoera. Es la Venecia de Borneo, y alinea sus casas de madera esculpida á lo largo de las riberas, pero esas casas están casi ocultas por las *rakit* ó moradas flotantes ancladas en la corriente.

Sambas (10.000 habitantes) y Montrado (1.500) están próximas á ricas minas de oro y platino, y su principal comercio es el del opio.

Negara tiene 10.000 habitantes, es ciudad industrial, sobre todo en alfarería, y posee arsenales donde se construyen barcos.

Marabahan, con igual población, ha edificado sus casas fijas y flotantes en la orilla derecha del Barito.

Pasir es capital de un Estado semi-independiente, en la bifurcación de un delta fluvial; está rodeada de dunas, y tiene 20.000 habitantes.

Tangarreg, con 7.000, es capital del sultanato de Koetes y está á 100 kilómetros de la desembocadura de Mahakkam.

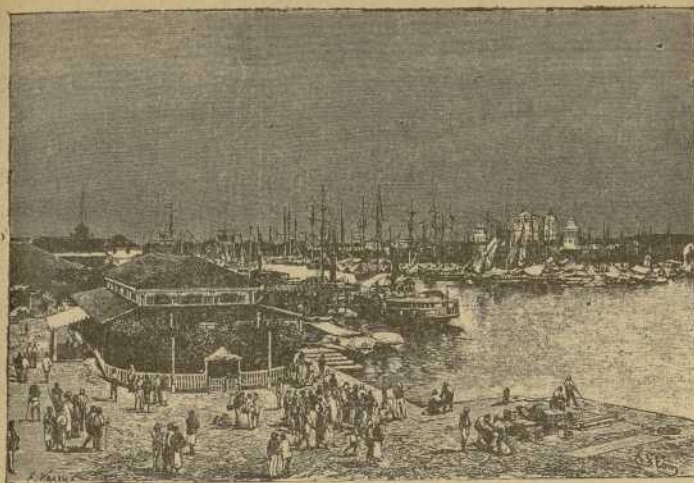
El comercio del mismo reino se ha concentrado en Samarinda, situada á orillas del río ya citado, con 12.000 habitantes, y en ella reside el encargado de negocios holandés y el huán ó gran sacerdote.

Sultanes y radjahs están al frente de los diferentes Estados, unos «protegidos» por guarnición holandesa, y cuya soberanía es un título vano, y otros verdaderos soberanos, pero humildes servidores de los enviados holandeses que hay junto á ellos.

La capital de la parte británica de Borneo es Sandaka ó Elopura, á la entrada de una rada. Tiene esta población más de 6.000 habitantes, y grandes elementos de comercio en los alrededores.

Brunei es la capital del sultanato del mismo nombre, ciudad anfibia, con unos 10 000 habitantes, todos esclavos del príncipe. Su principal industria es la fabricación de armas é instrumentos de cobre.

El territorio de Sarawak, comprendido entre el Estado de Brunei y las posesiones holandesas, forma parte del imperio colonial inglés desde 1888. Su capital, á la cual suele darse el nombre del Estado, se llama, en realidad, Kuching, y está junto á un río navegable. Tiene aspecto agradable, buenos edificios, mercados cubiertos, grandes plantaciones, y la habitan 25 000 individuos.



Manila. Vista del puerto. (Dibujo de Siom.)

FILIPINAS

I

Islas de Joló.

Al Nordeste del litoral borneano, las islas de Joló forman un puente entre Borneo y las Filipinas. Se supone que estén habitadas por 100.000 joloanos y que sumen unas 473.700 hectáreas, comprendida la isla Basilán.

Es este un archipiélago montañoso. Se divide en cuatro sub-archipiélagos, que son las Taui-Taui, las Tapul, las Joló y las Pangutarang. Antes de su conquista por las armas de Castilla y León, sus malayos musulmanes cruzaban los mares de este Oriente con tan *generoso* ardor como en otros tiempos los corsarios de Argel, de Salí y de Túnez cruzaron las aguas de nuestro Mediterráneo. Pirateaban sobre todo por las islas Visayas, parte de las Filipinas, cuyo lenguaje se parece más al suyo, y allí apresaban por término medio unos 3.000 cautivos al año. Su ciudad, en la isla especialmente llamada Joló, era, y es aún, una pequeña Meca.

Con las Filipinas nos alejamos notablemente del Ecuador para aproximarnos al trópico de Cáncer, al mismo tiempo que á la costa meridional de China. De Hong-Kong, puerto chino, á

la orilla más próxima á Luzón, la isla más grande de las Filipinas, apenas si hay más distancia que de Marsella á Argel.

Veintinueve ó treinta millones de hectáreas, antes dominadas por España, y poseídas hoy por los Estados Unidos, y siete millones de habitantes forman el total de este archipiélago, tan volcánico como Java y de tanto valor natural como esta isla, aunque no es lo mismo en riqueza adquirida.

Sus pasados dueños no se dignaron, como hubieran hecho los anglo-sajones ó los holandeses, explotar la naturaleza de las Filipinas. Los españoles edificaron sobre todo iglesias y claustros y se afanaron por catequizar á los indígenas. En pocas colonias se ha vertido menos sangre, y rara es aquélla en que el pueblo sometido tuvo menos odio que éste á sus dominadores y legisladores. Favorecidos por un clima encantador, los indios de las Filipinas no eran despreciados por sus amos, y ellos no los detestaban, debiéndose contar á estos individuos en el número de los hombres felices de la tierra.

Pasan indolentemente sus días á la sombra de los bosques formados por maderas de construcción y donde no se esconde fiera alguna, al pie de las palmeras, abacá ó cáñamo de Manila, y de los bancales de tabaco que valen tanto como los de la isla de Cuba. Entre las cincuenta y dos provincias del archipiélago, exceptuando Mindanao, no hay una sola que no pueda convertirse en tierra de gran cultivo, gracias á la excelencia del suelo, á los seis meses de lluvias de la temporada de las «collas» y á los seis meses de sol de la estación de las «nortadas».

Las Filipinas tomaron su nombre del rey que gobernaba en el Escorial cuando en 1571 puso España su planta sobre este archipiélago que Magallanes había descubierto cincuenta años antes. Este navegante portugués, al servicio de los españoles, cuyo verdadero nombre era Magalhaes, había desembarcado en 1521 en Bubúan, Mindanao, y poco después moría atravesado por una flecha en una laguna de la isla de Mactán. Allí reposa entre grandes plantas acuáticas.

II

Isla de Luzón.

Luzón es una isla de diez á once millones de hectáreas, muy larga y bizarra. La bahía de Manila la recorta y, allí mismo, el gran lago de Bay reduce notablemente la tierra firme. Luego,

tras una amplificación se enfila Luzón en un istmo estrecho, la lengua de Tayabas que la une por el Sudeste á la península espléndida de Camarines ó de los Vicols, fantásticamente recortada. Entre los volcanes luzonianos, el más famoso, situado al Sur de Manila, es el Taal, que tiene tres cráteres y



Paisaje de la isla de Luzón. (Dibujo de Lancelot.)

surge del lago de Bambau, donde nace un riachuelo. Mide solamente 234 metros de altura, y su erupción más terrible tuvo lugar en 1754, llegando á sumir en sombras en pleno día á toda la capital, separada de él por unos 75 kilómetros. Su violencia ha disminuido notablemente, y en uno de sus cráteres se derraman las aguas de un lago. Al Este de Taal, está el soberbio Mahayhay (2.233 metros) apagado desde 1830. En la tie-

rra de los Vicols están el Isarog (1.966 metros), que no ha dado señales de vida desde que se le observa; el Iriga (1.212 metros) que domina el lago de Buhí, nacido, según cálculos, el 4 de Enero de 1641, en una erupción que hizo saltar uno de los costados del cráter; el Mayán (2.374 metros) ó volcán de Albay, de una regularidad magnífica en su forma y que da frecuentes muestras de actividad; y el Bulusán, semejante al Vesubio.

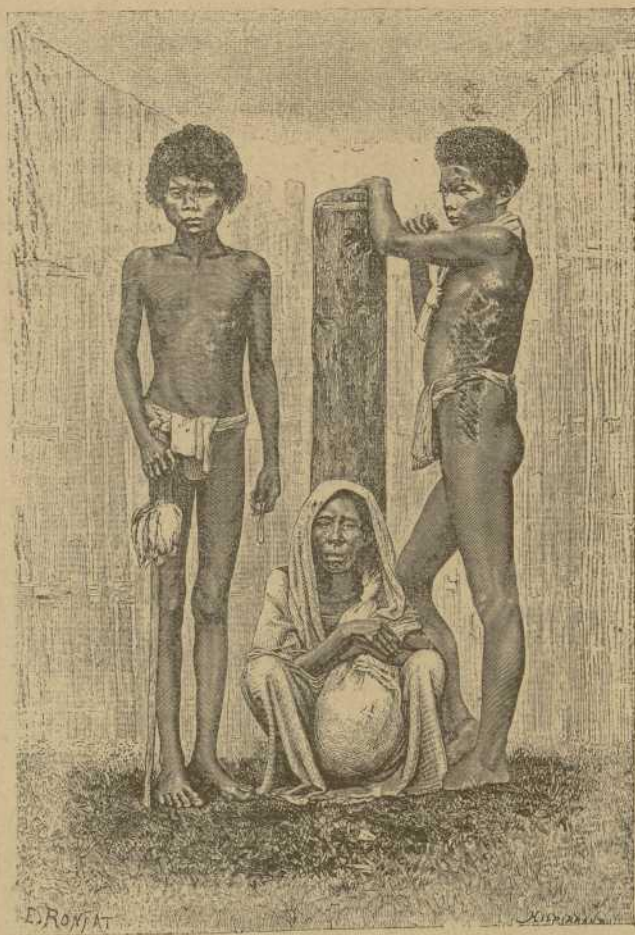
Entre estas islas dependientes, las principales son: al Norte las volcánicas Babuyanans; al Este Polillo (76.000 hectáreas), cuyos habitantes hablan el tagalce; al Oriente la península de Camarines, Catanduanes (16.200 hectáreas), donde se habla el vicol; al Sur Mindoro (985 000 hectáreas) que de día en día se tagaliza; Marinduque (74.500 hectáreas) que también se tagaliza; Burias y Tico que tienen el vicol por lengua; Masbate (330.000 hectáreas), cuyo idioma en el Norte es el vicol y en el Sur el bisaya.

III

Islas Visayas.

Son islas magníficas que suman de seis á siete millones de hectáreas sin contar el terreno que poseen los visayas en el litoral oriental y septentrional de Mindanao, donde son un notable elemento. Cristianos civilizados en la costa, infieles en la montaña, *puros* ó mezclados con sangres diversas, principalmente de negritos, los visayas poseen en propiedad: el Mediodía de Masbata; Samar, isla de 1.252.000 hectáreas y de 200.000 almas, separada por un angosto estrecho de Leyte, que cuenta 703.700 hectáreas y 250 000 personas; Bohol (296.000 hectáreas; y con Siquijor, 235.000 habitantes), que no es volcánica; Cebú, donde, según se dice, se habla el más puro visaya. Esta isla, muy larga, muy estrecha, infinitamente bella, es como Bohol jamás ha tenido cráteres, ni basaltos, ni lavas. Cerca de 450.000 hombres gozan allí de la vida sobre 550.000 hectáreas. Negros (866.000 hectáreas) tiene un monte de 2.500 metros; el Malespina, único volcán en actividad de las Bisayas. Entre sus 200.000 habitantes, apenas si hay 10.000 negritos, de los que toma nombre. Panay está muy poblada, pues cuenta 800.000 almas sobre 1.183 000 hectáreas; Tablas (70.000 hectáreas); Romblón y Sibuyán que tienen, las dos juntas, 35.000 personas

y 133.800 hectáreas. La Paragua (ó Paluán) muy estrecha, pero de cerca de 450 kilómetros de larga y de 1.406.5 0 hectáreas de superficie, tiene un monte de 2.086 metros. Descuidada durante



Grupo de negritos de Filipinas. (Dibujo de Ronjat.)

mucho tiempo por España, poco conocida aún y poco dominada, es una de las islas más bellas del hermoso archipiélago filipino. En fin, al Norte de Paragua, en el camino de Mindoro, se halla el archipiélago de las Calansianes.

IV

Mindanao.

Es esta una soberbia isla, una de las mejores de la Megaloesia, con cerca de 10 millones de hectáreas, pero los españoles no supieron reducirla por completo á su ley y á su fe. España no poseyó allí realmente, más que trozos de la costa; todo lo demás, no sometilo, perteneció y pertenece á tribus montañosas, que son generalmente paganas, es decir, *moros*, siguiendo la expresión castellana, ó dicho de otra manera musulmanes, malayos piratas á los que la toma de posesión de las islas de Joló les ató de pies y manos. El Mindanao cristiano y latino se limita á unos cuantos fuertes y pueblos de la provincia de Lorigao, que ocupa la punta Norte de la isla, y á la provincia de Zamboanga, término de la gran península occidental que es á Mindanao lo que la gran península oriental de los Vicolis es á Luzón.

Los escasos españoles, sumados con los tagalos que les han seguido, con los bisayas del litoral Norte y del litoral Este, con los malayos de los diversos sultanatos, las tribus del interior y los negritos autóctonos refugiados en lo más profundo de los bosques ó en lo más áspero de la montaña, se calculan en unas 600.000 personas que á veces ven humear las cumbres, porque en Mindanao existen lo menos tres volcanes no apagados por el tiempo. El Apo (3.143 metros), que se cree el más alto de los picos de la isla, domina el golfo de Davao, magnífica recortadura del litoral meridional. Entre sus islas anejas, Dinagat (107.000 hectáreas) y Liargao, ambas bisayas, se elevan ante la punta septentrional de Mindanao, y Basilán (ó Isabela) ante la punta meridional, en el camino de Zamboanga á las Joló. Basilán (128.300 hectáreas), montuosa como toda isla filipina, pertenece á los malayos, piratas pocas veces molestados en el ejercicio de su industria.

V

Flora y fauna.

Situadas entre las colonias holandesas y la isla de Formosa, las Filipinas presentan en su flora y fauna una transición

natural entre ambas regiones, pero poseen también cierto número de especies que les son propias, y otras que sólo se encuentran en una isla. Mindanao, que es la tierra menos conocida del archipiélago, parece la más rica en plantas, esencialmente filipinas. Entre las 60 clases de árboles corpulentos que constituyen sus selvas, se encuentra una mirtácea, el *mag koco*, de madera casi incorruptible que pertenece al área australiana. El *balete*, higuera baniana de los indios, es muy común en todas las Filipinas y alcanza proporciones enormes. Uno que hay en la provincia de Camarines, fué transformado en ciudadela de dos pisos y armado con cañones. Abundan ciertas especies de palmeras, así como la canela, la pimienta y el clavo. En Luzón se ha encontrado el arbusto del te que se cultiva en los jardines botánicos.

Carecen de fieras las islas Filipinas, y el único carnívoro que se encuentra en las selvas es el gato montés llamado *ugiao*. Los jabalíes del archipiélago son peligrosos á veces. Balabac tiene una fauna semejante á la de Borneo, como lo demuestra la presencia del antílope pilandoc. Mindoro posee también una especie de antílope llamado tamarao. Tribus de monos (*macrus cynomolgus*) merodean por los bosques, con detrimento de los cultivos. Las especies de aves son muy numerosas en Filipinas; las gallináceas están representadas por formas soberbias, especialmente por el *labuyo* y el *bulicisiguy*. Estos gallos son más hermosos, feroces é intrépidos que los de combate, criados con tanto esmero por los aficionados filipinos. Los mares que rodean el archipiélago son muy ricos en organismos animales de todas clases, y en algunos ríos pululan los peces. Uno de ellos, el *dalag* ó cabeza de serpiente, tiene á ambos lados de la cabeza dos bolsas llenas de agua; sus branquias constantemente húmedas, le permiten respirar fuera del río, y se le encuentra pascando la hierba y hasta trepando á las palmeras. Las variedades de serpientes son muy numerosas y todas las especies formidables tienen representación. Los cocodrilos alcanzan dimensiones enormes y algunos llegan á 10 metros de longitud.

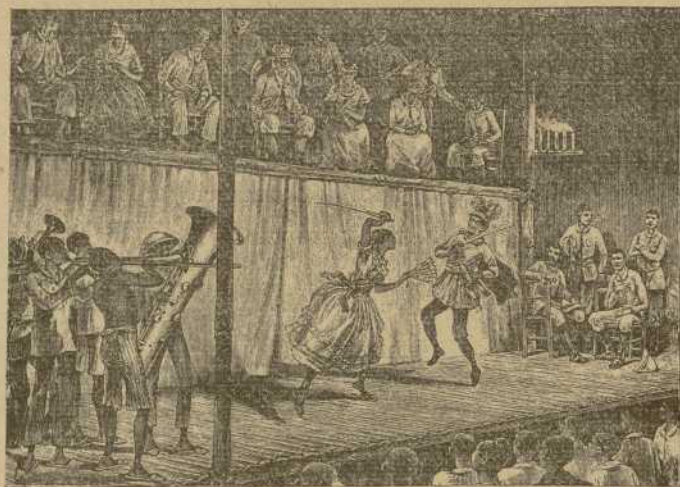
En el fango de los estuarios fluviales vive una especie de ostras perleras, productoras de un nácar translúcido, que se divide en cuadrados para substituir á los cristales en las ventanas. Estas vidrieras, usadas también en las islas de la Sonda suavizan mucho la luz. En las costas de la isla de Cembú pescan los visayos admirables esponjas, cuyo delicadísimo esque-

leto de sílice, parece un cuerno de abundancia de cristal hilado.

VI

Indígenas filipinos.

Los aborígenes de Filipinas son ahora poco numerosos. En muchas islas no se encuentra rastro de ellos y donde se los ve, forman pequeños clanes ó grupos de familias. Se llaman negritos, ahetas, atas ó itas y no llegarán en todo el archipiélago á 20.000. Los numerosos pueblos más ó menos civilizados que



Una función de teatro indígena. (Dibujo de Dosso.)

habitan en Filipinas presentan todas las transiciones posibles entre negritos y malayos. Mindanao tiene muchas tribus de aquéllos, entre otras la de los mamanúas, que viven junto al lago Mainit. También las hay en la sierra de Zambales, cerca de Manila.

En el estado puro merecen bien su nombre, pues son negros, de corta estatura, cabeza gorda, ojos brillantes, frente alta, melena negra, extremidades delgadas y pie macizo con el dedo gordo muy desviado. Las arrugas de la cara y las mandíbulas salientes, les dan cierto aspecto siniestro. Suelen tatuarse; la práctica de la circuncisión es muy general, y en algu-

nos distritos deforman artificialmente las madres el cráneo de los niños. El traje es muy rudimentario, excepto en los puntos del litoral próximos á lugares populosos. En las provincias donde se van civilizando roturan el terreno, cultivan plantas alimenticias y crían aves y cerdos. Se aventuran á comerciar con los malayos; pero como no saben contar más que hasta cin-



Indígena filipino. (Dibujo de Thislat.)

co, se los engaña fácilmente. Tienen carácter bondadoso, y su inteligencia no es tan obscura como aseguran sus vecinos tagalos ó visayos. La jefatura de las tribus es electiva, y suele recaer en hombres ancianos. El marido no tiene más que una esposa, á la cual suele tratar con afecto. En algunos pueblos los novios se suben á dos árboles próximos y flexibles que el patriarca mueve y acerca; cuando se mezcla el follaje de ambos y las caras de los novios se tocan, se da por hecho el casamiento. La mujer pare á solas y en seguida se mete en un arroyo con el recién nacido, lo cual contribuye á la desaparición de la

raza. Se cuida mucho á los niños, á los enfermos y á los ancianos: adoran los aetas á los astros y á los fenómenos de la Naturaleza, pero rinden el mayor culto á los difuntos, á los cuales entierran en troncos huecos ó debajo de las cabañas donde vivían.

Excepto los aetas, todos los demás indígenas son de raza malaya y se parecen á los de las posesiones holandesas; la oblicuidad de los ojos, rara entre los malayos del Sur, es rasgo distintivo de los de Luzón. Los malayos se dividen en tres grandes clases: los que han aceptado la autoridad de los blancos y



Vista del Mayon. (Dibujo de Slom.)

la enseñanza católica se llaman indios; los malayos del Sur, casi todos mahometanos, se denominan moros, y las tribus independientes han recibido el nombre de infieles.

Los tagalos son los más civilizados de los indios. Su cuna es la cuenca del Pasig en su valle central, y ascienden precisamente á millón y medio. Cerca de ellos existen otras razas de indios cristianizados, como los ilocanos, al Norte de la zona costera del golfo de Lingayen, y los cagayanes al Norte de la isla, en el valle de Cagayán al litoral y en los archipiélagos vecinos.

El régimen de la propiedad grande que prevalece entre los ilocanos obliga al pobre á repatriarse.

Los vicols, que viven en la península de Camarines, islas de

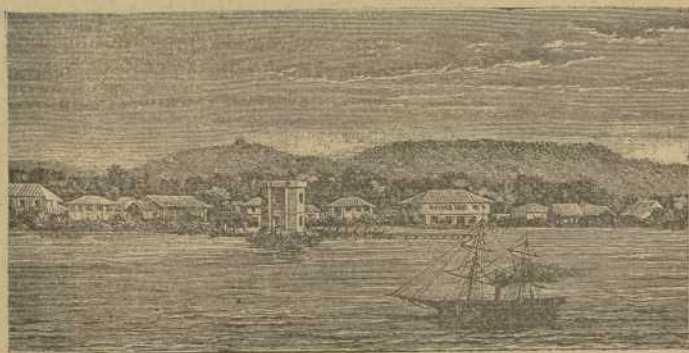
Catanduanes, Burias y Ticao, y mitad de Marbaté, se asemejan mucho á los tagalos. La mayor parte está sometida; pero algunos se han refugiado en las montañas, alrededor de los volcanes. Son unos 400.000 y se los llama cimarrones, montescos ó montaraces. El tercer grupo étnico de los filipinos civilizados (unos 2.500.000) son los visayas, que viven en las islas comprendidas entre Luzón y Mindanao. También son visayas los de las islas de Calansianes y Paragua. Antes se tatuaban, pero ya han perdido tal costumbre.

Los moros, que ocupan el Archipiélago de Joló y las costas meridionales de Mindanao, están divididos en numerosas tribus diferentes. Las familias aristocráticas son árabes ú oriundas de Borneo y Ternate y se cruzan con el elemento chino ó con renegados españoles. La piratería fué la industria dominante entre estos mahometanos isleños. Hasta el siglo XVIII piratearon por las Célebes, las Molucas y las Filipinas. Hábiles constructores navales, poseían embarcaciones sólidas y rápidas de variadísimas formas y dimensiones, y hasta el año 1876 no se extinguió la piratería en Joló y Mindanao.

Los indígenas paganos, indonesios ó malayos, llamados igorotes por los españoles, constituyen todavía una parte considerable de los pobladores de Luzón y Mindanao, y están divididos en más de 50 naciones diferentes; las principales son los igorotes propiamente dichos, los tinguianes, ifugaos, ilongotes, catalanganes, viayas, etc. Los igorotes son muy valientes y los tinguianes muy tímidos: aquéllos son bronceados y éstos casi blancos. Los igorotes creen en un Dios supremo, y en otros que personifican los fenómenos naturales, pero su culto principal es el de los *anitos* ó antepasados, cuyas almas habitan en las hojas del árbol sagrado plantado á la entrada de la aldea. Á veces se presentan los antepasados en forma de animales, y en algunos sitios de Luzón están llenos los viveros de anguilas cuidadas por los indígenas con piedad filial. A los viejos se los respeta mucho y se los entierra en una gruta ó en el suelo de su cabaña. Cuidan mucho los igorotes de la buena conducta de sus hijos é hijas, que viven aparte en casas grandes, bajo la vigilancia de los ancianos. Se respeta mucho el vínculo matrimonial y antes se castigaba el adulterio con pena de muerte. La viuda no puede volverse á casar sin consentimiento de la familia del primer marido, y el viudo no puede contraer nuevas nupcias en siete años. Algunos de estos indígenas conservan la práctica del tatuaje. Se honra mucho á la

boñiga de vaca, y algunos igorotes mezclan este ingrediente en sus comidas.

Los paganos de Mindanao suelen ser llamados todos manobos, pero esta denominación debe reservarse á los indígenas del Nordeste que viven en la cuenca del Agusán y en la península de Surigao. Entre los infieles del interior se encuentra más ó menos modificado por los cruzamientos, el tipo malayo de los visayas y el de los aborígenes negritos; pero su principal origen debe de ser indonesio. En casi todas las tribus, varones y hembras se perforan la oreja para introducir redondeles de hueso y otros objetos, se liman los dientes á los jóvenes, y en diversas tribus se modifica la forma de los cráneos de los niños



Rada de Soulon. (Dibujo de Bar.)

y se les tatúa indeleblemente con un cuchillo y el humo de cierta resina. Cuando los manobos, precedidos del sumo sacerdote, portador del talismán del dios, sorprenden dormidos á sus enemigos, degüellan á los hombres y hacen esclavos á niños y mujeres, y después de la victoria el sacerdote abre el pecho de un cadáver, empapa en él el talismán, y se come el corazón ó el hígado del vencido.

Los chinos abundan mucho por Filipinas, y en casi todas las tribus hay indicios de mezcla con sangre china. Los objetos de fabricación china que se encuentran en los sepulcros filipinos demuestran que hubo cambios entre ambos países.

En la mayor parte de las provincias, los pueblos ó *visitas* están bien construídos y son superiores á tantos conjuntos de chozas como hay todavía en varios países de Europa. Cada casa está aislada, rodeada por un jardín florido y fragante, separa-



do de otros cercados por bananeros y palmeras. Están colocadas sobre estacas á más de dos metros de altura, y el aire cir-la alrededor de la habitación y penetra en ella por la galería; la luz entra por todas partes, atravesando chapas muy delgadas de nácar, y la limpieza es extraordinaria.

En casi todas las casas hay huertas y la propiedad está muy dividida. Los únicos que tienen grandes posesiones son los mestizos chinos.

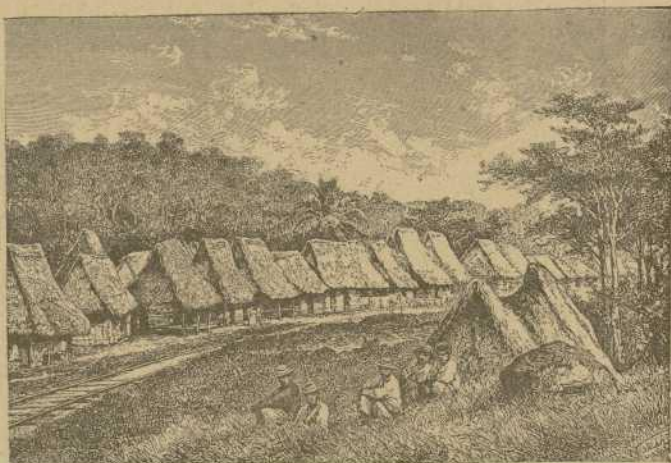
VII

Poblaciones.

Manila, capital del archipiélago, está situada á orillas de una gran bahía ovalada, en la desembocadura del Pasig, afluente del lago Bay. La ciudad amurallada está en la orilla izquierda del río. La vida se ha dirigido hacia los barrios de la ribera derecha, reunidos con la ciudad por medio de dos puentes. El comercio se practica sobre todo en Binondo, Tondo y Sampaloc. Carece Manila de edificios grandiosos, pero posee los principales establecimientos de enseñanza, museo, biblioteca y un paseo llamado Jardín Botánico. La entrada de la inmensa rada está cubierta, en parte, por la masa volcánica de la isla del Corregidor. Durante el monzón del Sudoeste, cuando el oleaje penetra en la rada, los buques de 300 toneladas pueden fondear en el estuario del Pasig, mientras los pequeños barcos de guerra anclan á 13 kilómetros al Sur de Manila, en la caleta de Cavite. Tiene Manila unos 250.000 habitantes y pueden considerarse dependencias industriales suyas, Malabán, con gran fábrica de tabacos, que ocupa á 10.000 obreros, Bulacán y la plaza fuerte de Cavite.

Gapán, en la provincia de Nueva Ecija (18.000 habitantes), tiene cerca yacimientos de oro y hulla; Bacolor (10.000 habitantes), fué capital momentánea del archipiélago, cuando en 1762 se apoderaron de Manila los ingleses; Lingayen (23.000 habitantes), situada en la provincia de Pangasinán, se encuentra cerca del abra de Dagupán; Tugnegarao, provincia de Cagayán (21.000 habitantes), está á orillas del Cagayán, que es el río más importante de Filipinas; Batangas (35.000 habitantes), capital de la provincia de su nombre, posee magníficos jardines y debe gran importancia á su posición á la entrada del Estrecho de San Bernardino á Lavag, en la esquina Nordeste

de Luzón. Tiene 36.000 habitantes aunque no posee puerto ni más riquezas que los productos agrícolas de sus llanuras pobladas de ilocanos. Tayabas (23.000 habitantes), es una linda ciudad, en el istmo que une la península de Camarines con Luzón. Albay (13.000 habitantes), ocupa hermosa posición al pie del soberbio volcán de Mayón, y como su vecina Daragas (20.000 habitantes), está rodeada de palmeras y vergeles. Capiz (23.000 habitantes), en la isla de Panay, está situada en la costa del



Una aldea de las cercanías de Manila. (Dibujo de Weber.)

Norte, en la desembocadura de un río que se llama como la isla. Ilo-Ilo, también en la isla de Panay, tiene 24.000 habitantes y el mejor puerto del archipiélago, después de Manila. Cebú, en la isla de su nombre, fué fundada por Legazpi en 1571, y tiene 10.000 habitantes. Tagbilarán (12.000 habitantes), es la principal población de la isla de Bohol. En la isla de Mindanao, habitada en casi toda su extensión por tribus independientes, no hay verdaderas ciudades, y no merece mención especial más que el puerto de Zamboanga, fundado en 1635. En las islas de «Los Piratas» citaremos á Joló ó Sulú (en la punta occidental de la isla de su nombre), que ha perdido su antigua importancia de cuando era capital de los famosos sultanes.



Una vista de las Carolinas. (Dibujo de Siom.)

MICRONESIA

I

Nociones generales.

Al Este y al Sudeste de la Megalonesia in finidad de islas pequeñísimas se hallan esparcidas por el más extenso Océano, desde Asia y Australia, casi hasta la doble América. Allí se encuentra el polo de los mares, el espacio fluído donde existen menos rocas y menos tierra firme, la Micronesia.

La Micronesia ó Pequeñas islas, por oposición á la Megalonesia ó Grandes islas, comprende la Micronesia en el estricto sentido de la palabra, es decir, las islas Mínimas, al Oriente de las Filipinas; la Melanesia ó islas de los Negros, al Oriente de Nueva Guinea, de habitantes negros también y de la Australia donde ya apenas si lo son; y la Polinesia ó islas Numerosas, al Oriente de Micronesia y de Polinesia.

Los pueblos micronesianos, pequeños y débiles, no tienen esperanza ninguna de duración. Los unos tienen en su seno al inglés que les hace deletrear su Biblia y les impone su idioma, otros pertenecen á los Estados Unidos ó á Francia y á la fuerza tendrían que convertirse en yankis ó franceses de idioma y tendrán que despedirse para siempre de su pasado salvaje. En fin,

Alemania va apoderándose también de las espóradas en Micronesia sin inquietarse por los clamores de la Albión.

Los archipiélagos micronesianos no son más que madreporas con una laguna central. No cubren ni la diezmillonésima parte de su mar, que mide veinticinco veces la superficie de Francia. Es entre las islas polinesianas, las de los Negros, las Filipinas y el Japón de donde emergen estas otras pequenísimas del Gran Océano Pacífico.

Reducido país, con escasa naturaleza. Las plantas no son muy variadas en estas islas; los animales tampoco y no se ve allí ninguna bestia poderosa ó magnífica.

Los 95.000 (?) habitantes de las 600 islas de la Micronesia, que no suman en janto unas 334.000 hectáreas, son los más agradables insulares. Tan lejos del impudor de Taiti como del canibalismo de los de Nueva Zelanda, chocan por la excelencia de su carácter aun á los mismos misioneros, siempre inclinados á descubrir en los hombres lo que ellos llaman las consecuencias miserables del pecado original.

Más bien que grandes y robustos, son finos y bien formados. Muy semejantes á los polinesianos, con los que se encuentran mezclados en sus archipiélagos del Sudeste, tienen luenga barba pero poco poblada, hermosos cabellos negros y entre ellos encuéntranse á veces algunos de nobles facciones. Casi todos se tatúan.

El mar no les infunde el menor miedo. En sus pequeñas islas viven frente á frente con el Océano y desde su infancia se familiarizan con sus cóleras. Merced á esto manejan las piraguas con una audacia, un acierto y una seguridad extraordinarias.

Sus idiomas, influidos por el polinesiano en los archipiélagos orientales, tienen menos flexibilidad que los dialectos de esta lengua y no carecen, como ella, de consonantes duras y agrias.

Los misioneros han convertido á muchos micronesianos, ya al catolicismo, ya á diversas sectas protestantes.

II

Islas Marianas.

Poco conocidas bajo su otro nombre de islas de los Ladrones, se perfilan de Sur á Norte, próximamente en la mitad del cami-

no de Nueva Guinea al Japón, entre los grados 10 y 20. No miden, sin embargo, todas juntas más que 114.000 hectáreas con unos 10.000 habitantes, que viven casi todos en la mayor de las islas, Guajám, que es volcánica y montañosa lo mismo que las demás.

Cuando Magallanes descubrió estas tierras, en 1521, se pretendió que tenían 100.000 insulares y otros aseguraban que 50.000 ó menos.

Los chamorros, primeros habitantes de estas islas, debieron ser hermanos de los tagalos, por el parecido de los idiomas; pero el aspecto físico de sus escasos descendientes permite creer que constituyeron la nación primitiva el elemento indonesio y el papúa. Desde 1668 en que conquistaron estas islas los españoles, lucharon valientemente los chamorros contra el invasor, pero fueron exterminados, y los que se pudieron salvar, en su mayoría emigraron á las Carolinas. Hoy apenas quedarán 500 naturales. Así como han decrecido en número, también han decrecido en civilización, y ya no conocen las industrias practicadas por sus antepasados.

La población más importante de las Marianas es Agaña, en la costa del Nordeste de la isla Guajám, con puerto accesible sólo para las barcas, pues los buques de alto porte tienen que fondear en la rada. Antes eran estos más numerosos, cuando las ballenas frecuentaban aquellos parajes.

III

Carolinas y Palaos.

Las Carolinas se hallan tan esparcidas, que hay 2.870 kilómetros entre la primera al Oeste y la última al Este, del 5 al 10 grado de latitud Norte. En total suman 145.000 hectáreas con 36.000 hombres, comprendidas las Palaos, repartido todo en 500 islas ó islotes, con un admirable clima siempre igual. Tan pequeña es allí la tierra y tan inmenso el benigno mar, que en toda época cae sobre estos minúsculos archipiélagos abundantísima lluvia tibia ó caliente.

Las Carolinas, entre las cuales sólo 38 no son declaradamente islotes, tienen dos clases de naturaleza. Unas son montañosas, llenas de arroyos, fértiles, llenas de helechos admirables; otras son bajas, llanas, secas, rodeadas de rudo coral, con

árboles sin opulencia agostados por las brisas salobres de los mares. Unicamente tres tienen alguna altura: la bellísima Ualan ó Kusai, que es una diminuta maravilla; Rok, Truk ó Hogolú, que encierra ella sola la mitad de los habitantes del archipiélago (hay quien afirma que un tercio) y Ponapé, la mayor entre las 500. No tiene, sin embargo, más que 20 kilómetros de largo y en ella se eleva un monte de 908 metros.

Esta Ponapé ó Ascensión (6.000 habitantes) es una de las tierras carolinianas donde el protestantismo, aportado por misioneros de Wesley, ha destruido menos la antigua originalidad del pueblo. Misioneros de la *civilización*, expertos en todos los vicios, y los pescadores de ballenas han ayudado á los reverendos en la obra de propaganda del inglés que está bastante extendido en Ponapé, lo mismo que en la mayor parte de estas islas.

Una de las Carolinas bajas, Yap ó Guap, que no tiene más que 2.000 almas, fué mucho más rica en habitantes cuando aún no conocían allí á los blancos. Lo mismo sucedió á Ponapé, donde vivían, hace no más que cincuenta años, más de 15 000 personas. Igual ocurría también en Kusai, que tiene ruinas ciclópeas, muros basálticos de 5 á 6 metros de espesor, atestiguando que una raza más enérgica, más hábil y más numerosa hallábase establecida en las Carolinas, espóralas donde evidentemente se encontraron malayos, amarillos y sin duda papúas. Con estos elementos se ha formado un gran pueblo donde no es rara la belleza en el hombre ni en la mujer.

Las Palaos están situadas al Oeste de las Carolinas, en el camino de Mindanao. Viven en ellas 10.000 hombres, pueblo pequeño, apático y poco valeroso, único resto de los 40 000 ó 50.000 insulares dichosos, alegres, inteligentes, ingeniosos y trabajadores. Sucede esto desde que ven á los europeos, pues se abandonan y mueren. Sin embargo Europa no les ha violentado, oprimido ni contaminado.

Partenecientes en su mayoría á raza cruzada, pero de fondo indeciso, los insulares carolinios presentan grandes contrastes entre sus diversos grupos. En las islas occidentales se asemejan á los bisayos y tagalos, en las del centro, su piel es de un color rojo cobrizo; más al Este son casi negros y se parecen á los papúas; en Ualan, la isla más oriental, son más negros aún y de cabellera lanuda. Su número ha disminuído mucho, por diversas causas. Epidemias, benignas relativamente en Europa, son terribles en Oceanía, y es tan grande el terror causado

por el sarampión ó el dengue, que en algunas islas se reúnen los indígenas para atacar las aldeas infectadas, matar á los enfermos y expulsar á los demás. No menos han influido en la disminución las matanzas de rebeldes y la caza de hombres para reclutar trabajadores con destino á las islas Fidji y otras. En general, los carolinos son bondadosos, pacíficos, hospitalarios y trabajadores; los maridos tratan bien á las mujeres, que son fieles; se cuida mucho á los niños y los jóvenes forman estrechas amistades, trocando nombres para considerarse como hermanos. Había islas donde no se conocían las armas, ni siquiera palos, y no se comprendía la existencia de discusiones y guerras. Viven los indígenas con sencillez, componiéndose su traje de un taparrabos, una guirnalda de flores, algunos pedazos de corteza, y para las mujeres, una falda de fibras vegetales. El tatuaje es general, pero varía según las islas, las tribus y la posición social. Algunos jefes llevan el pecho cubierto de dibujos complicados; las familias nobles de Yap llevan conchas blancas en la muñeca y las peñas de naranjo ó ébano son usadas sólo por los hombres libres. Las madres achatan la nariz de los niños, creyendo embellecerlos así, y les perforan el tabique nasal. Suelen alimentarse de los frutos del *cima* ó árbol del pan, de pescado y de frutas del mar, que pescan con gran destreza, sumergiéndose á 15 ó 20 metros de profundidad, armados de un clavo para sacar tridaenas, que comen crudas. En varias islas no son sus casas más que techumbres de hojas colocadas sobre el suelo, en las cuales se entra á rastras por dos aberturas hechas en los extremos; pero cada pueblo posee un edificio mayor y mejor hecho, que sirve á un tiempo de abrigo para las embarcaciones, hospedaje de forasteros, punto de reunión cuando llueve y lugar de recreo para los niños. El culto dominante en las islas del Oeste es el animismo, la adoración á árboles y montes, el respeto supersticioso á los muertos. Se venera á los animales en cuyos cuerpos se cree que habitan los difuntos, sobre todo lagartos y anguilas; el hijo del jefe se pasa tres ó cuatro días sin comer junto al cadáver del padre, tendido en una estera con la espada en la mano y el hacha al hombro, y luego vive cien días en una choza junto al túmulo. Los carolinos son admirables navegantes, nadan y bucean con grandísima habilidad y se apartan mucho de las orillas en barcas pequeñas hechas de un tronco de árbol pintadas de rojo y negro, y provistas de una vela de hojas de latanero.

Los indígenas de las Palaos son más negros que los de las Carolinas y Marianas y suelen tener el pelo muy crespo. Domina entre ellos el tipo papúa. Tienen ojos pequeños, cara cuadrada y mandíbulas salientes. Antes se perforaban todos el tabique nasal, pero la nueva generación va perdiendo tal costumbre, á pesar de una leyenda según la cual las sombras de los muertos se presentan ante un consejo de espíritus que los reanima, y aquellos que no tienen la nariz perforada son devorados inmediatamente por un molusco enorme. Los isleños se ennegrecen los dientes, usando para ello una tierra negra que les hincha las encías y les impide masticar durante varios días y se pintan el cuerpo de amarillo y se tatúan. Algunas mujeres se ponen lunares postizos. La mitología de estos indígenas es muy complicada y los *kalites* ó personajes que les sirven de mediadores para con el mundo sobrenatural, son más poderosos que los mismos jefes; pueden evocar las almas de los muertos, atraer plagas y librar de ellas. Hay piedras divinas á las cuales se ofrecen sacrificios y que se consideran como símbolos y figuras vivientes del Klo-klo ó Ser supremo. Las mujeres son respetadas y pueden adquirir el poder, como *kalites* ó sea jefes. El lugar destinado á baños de mujeres es sagrado y al hombre que pasa cerca de ellas sin su permiso, pueden pegarle y hasta matarle. Cada costa forma asociaciones especiales, con su casino ó *pais*; los asociados compran muchachas que son esposas temporales de la comunidad y forman una cohorte privilegiada que acompaña á los socios en sus expediciones y fiestas. Se honra mucho á los muertos; se les lava el cuerpo, se los viste de nuevo y se les adorna con todas sus alhajas y luego se procede al entierro, abriendo la tumba frente á la puerta de su morada.

La fauna de las Carolinas es muy pobre; el mundo de los mamíferos está representado por un perro y por una rata. La iguana y el lagarto se arrastran por las ramas, y la tortuga se pasea por las playas. Las Palaos también son muy pobres en especies animales, pero poseen algunos tipos de animales, que no se ven en otra parte, como el ave llamada *Psamathia*. El cocodrilo y el dugang escasean cada vez más en sus costas, y la vértebra primera del último se considera como el objeto más precioso que el jefe pueda dar á un súbdito. Es señal distintiva de una orden de nobleza.

En las Carolinas merece mención especial la isla de Yap (Uap ó Guap) que es la más europeizada, y cuyo pueblo princi-

pal es Tamil. En la isla de Ponapé hay numerosos puertos y vastas plantaciones de mercaderes extranjeros. La isla de Uulán es la principal estación de los misioneros americanos.

En las Palaos hay muchísimas aldeas, cada una de las cuales se puede decir que constituye un Estado indígena con su jefe, pero no existe ninguna población importante.

Ambos archipiélagos, como el de las Marianas, pertenecieron durante mucho tiempo á España, que los cedió desde hace algunos años al imperio de Alemania.

IV

Archipiélagos de Marshall, Gilbert y Ellice.

Al Norte y al Sur del 10 grado, las madreporicas Marshall, convertidas en alemanas, se dividen en islas Ralik (al Oeste) y en islas Ralak (al Este). En número de veintiocho ó treinta, sin contar las infinitesimales, forman un imperio singularmente esparcido, de 41.000 hectáreas, con menos de 12.000 habitantes, donde los agricultores ingleses de Lucensland y de las Fidji, reclutan trabajadores *libres*. Por esto emigran muchos, de los cuales vuelven algunos al país después de haber expirado sus contratos, y el apostolado de los misioneros protestantes enseña el idioma inglés á gran número de estos insulares. Sobre todo han abolido allí las ideas, las maneras de ser, las costumbres, los trajes, los adornos y han matado al hombre por diversos procedimientos, pues nunca deja de salir mutilada la humanidad, de esta gran obra de la *civilización*.

Jaluit es una de las mayores islas ó *atolls* (1) de las Marshall, tan extensa que desde su punto medio se distingue con dificultad la cortina de palmeras de los 56 islotes que componen su anillo. Sobre estos 56 yacimientos de coral sólo 1.000 hombres ó tal vez nada más que 500 tienen sus cabañas.

Las islas Gilbert, cortadas por el Ecuador, forman un archipiélago de diez y ocho islas bajas, ó *atolls*, diseminadas sobre un espacio de 850 kilómetros, no contando, sin embargo, todas juntas más que 42.800 hectáreas, de las cuales 4.000 pertenecen á la más grande. Siendo de coral, no son fértiles, pues les falta el agua y el suelo, y si se sembrasen granos allí, las ratas,

(1) Formación eovalífica.

que abundan, se los comerían. Pero reina un dulce y salubre clima regido por el viento marino, y lo menos 35 000 hombres viven junto á los pandanos y los cocoteros, á la orilla del mar que los une y los separa. Todos ellos proceden de la unión de los carolinianos y polinesianos de las Samoa. Tepertepua, llamada también Drummond, tiene hasta 7.500 habitantes sobre 2.500 hectáreas, ó sea 300 por kilómetro cuadrado.

Los misioneros ingleses predicán y catequizan en las Gilbert



La isla Jaluit. (Dibujo de Langlois.)

que ya son inglesas. Los reclutadores de jornaleros llegan procedentes de las islas Fidji, de las Samoa, de la australiana Queensland y también, pero muy rara vez, de Taiti y Nueva-Caledonia. Contratando esta especie de esclavitud, los insulares escapan á las guerras civiles, á las matanzas y á la tiranía de los fuertes.

Madrepóricas puras, las ocho Ellice, que tienen en total 3.700 hectáreas, están repetidas sobre las olas á unos cuantos grados al Norte de la Fidji, del 10° al 13° de latitud austral. No hay en ellas más que 2.500 hombres, de los cuales 1.000 pertenecen á Nanomea, bajo la soberanía de Inglaterra.

El tipo indígena varía gradualmente de Norte á Sur. Los habitantes de las Marshall se asemejan á los carolinos y perte-

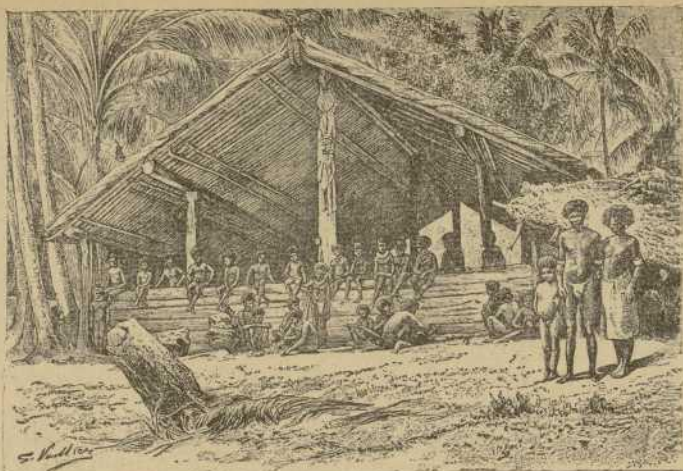
necen al grupo micronésico, mientras los de las Ellice son polinesios de raza casi pura. Entre ambos tipos extremos, los indígenas de la Gilbert son de raza mezclada, pero en conjunto deben considerarse micronesios; son los menos feos, y abundan los de estatura casi gigantesca. Hay mucha cara que parece europea, y algunos recuerdan el tipo judío, por su nariz aguileña. Los trajes antiguos han desaparecido casi completamente, excepto en las islas donde todavía no han llegado los misioneros, y los indígenas no llevan más adornos que flores ú hojas en el lóbulo agujerado de la oreja, plumas de ave y collares. La antigua costumbre del tatuaje ha desaparecido. El jefe que antes tatuaba, lo hacía de noche, después de haber invocado el auxilio de un dios, y tenía que aguardar que le contestase una voz lejana. Casi siempre percibía un sonido, rumor de las olas ó del viento, canto de ave ó voz humana, que podía interpretar como respuesta del dios.

La gente de estos archipiélagos, que parecía llamada á un gran porvenir, ha decaído muchísimo; la tisis arrebató á los jóvenes, los objetos fabricados en el extranjero matan la iniciativa industrial, y hay islas donde no se ve ni una herramienta fabricada por los naturales. Los de las Marshall saben construir barcos todavía, pero estos esquifes carecen de la solidez, elegancia y velocidad de los hechos por sus antepasados. Los isleños de estos archipiélagos tienen tradiciones que recuerdan la antigua existencia del canibalismo. El guerrero tomaba el nombre del enemigo vencido, indulgentemente porque se lo comía. En el grupo de las Ratak, las madres no podían conservar más que tres hijos, y si nacía el cuarto, lo enterraban con sus propias manos. De todos modos, se amaba mucho á los supervivientes, y al morir una mujer se presentaban otras para adoptar su descendencia. Los hombres hacían los trabajos rudos, y las mujeres tejían y cocinaban. Los cónyuges combatían juntos, lanzando el marido los dardos, y estando la esposa al lado para separar los que contra él se arrojaban ó para pedir clemencia al vencedor. La religión era el culto á los espíritus y los templos se reducían á un espacio cuadrado entre cuatro piedras, á la sombra de un peñasco, ó á un árbol grande. Los sacerdotes tenían alguna influencia, pero inferior á la de los jefes. Hager habla de uno de éstos que, al aprender el alfabeto, mandaba decapitar á quienes hacía más adelantos que él. La jerarquía es muy determinada: primero están los *iroig*, entre quienes se eligen los jefes, luego los príncipes, después los

propietarios, y últimamente los pobres, la gente menuda.

Las islas Marshall pertenecen al imperio colonial alemán, y las Gilbert y Ellice á Inglaterra.

La única población que merece ser citada en estos archipiélagos es Jalint, residencia administrativa de las autoridades alemanas, en las islas Marshall (grupo de Ralik), con 1.000 habitantes.



Casa Tambon é indígenas de las Islas Salomón. (Dibujo de Vuiller.)

MELANESIA

I

Islas del Almirantazgo.—Archipiélago Bismarck. Islas Salomón.

Estos parajes del Océano Pacífico han permanecido mucho tiempo ignorados. Mendaña fué el primero que desembarcó el año 1567 en la isla Isabel, una de las grandes tierras á la que dió el nombre colectivo de Archipiélago de Salomón, indudablemente por suponer que había dado con el rico País de Ofir, de donde sacaba el oro el rey judío para el templo de Jerusalén. Seis meses tardó en explorar las islas, y al fin las dejó por falta de víveres y agua, después de pelearse con los indígenas. Habiendo muerto antes de volver al archipiélago, se perdió el camino de éste, y no se volvió á encontrar hasta pasados dos siglos. En 1767 Carteret y en 1769 Bougainville recorrieron otra vez los pasos y estrechos descubiertos por Mendaña, pero sin identificar aquellas tierras.

En 1616 los holandeses Le Maire y Sehonten descubrieron las veinticinco islas (que luego llamó Carteret Islas Almirantes, así como Tombara ó Nueva Bretaña), pero las tomaron por las riberas septentrionales de Nueva Guinea y lo mismo creyó

Tasman en 1643; pero el pirata Dampier penetró el año 1700 en el Estrecho que lleva su nombre y descompuso así estas tierras en sus elementos distintos. Poco á poco, y hasta nuestros días, se han ido siguiendo los contornos de las islas, y descubriendo sus ralas, puertos é hidrografía, aunque el interior ha sido explorado muy imperfectamente.

Al tomar posesión de Nueva Bretaña el gobierno alemán, ha transformado la nomenclatura geográfica, llamando al grupo principal, Archipiélago Bismarck; á la isla Tombara, Nuevo Meckemburgo; á la isla York, Nuevo Lanemburgo, y á Nueva Bretaña, Nueva Pomerania.

Las islas melanesias están compuestas en gran parte de tierras volcánicas, y en ellas han abundado los terremotos, aunque ahora los numerosos focos eruptivos parece que descansan.

Gracias á las lluvias, la vegetación de los archipiélagos es rica y variada. Hasta los grandes bancos de coral desaparecen en muchos sitios delajo de arboledas, cuyas simientes trajeron vientos, corrientes y aves. Por las pendientes de los montes forman masa continua los bosques, cuyas frondosas cimas se elevan á más de 50 metros. Una de las especies más comunes es la higuera bontana, cuyos hilos colgantes se enredan en otros árboles y acaban con ellos. Uno de los productos más curiosos de las islas Salomón es un montón de materias vegetales que se encuentran por el suelo sin raíz alguna.

La fauna de Melanesia se parece mucho á la de Nueva Guinea, pero en las islas de Salomón, las especies polinésicas se mezclan con las de Papuasía. Según los indígenas, hay monos antropoides en las islas de Malaita, Guadalcanar y San Cristóbal, pero no los ha visto ningún zoólogo europeo. No hay más mamíferos indígenas que cerdos, perros, zarigüeñas y ratas. La paloma es el ave más común; abundan los reptiles, especialmente sapos enormes, y los cocodrilos alrededor de las islas.

La raza melanesia es del mismo origen que los papúas de Nueva Guinea, aunque también se encuentran representantes de los tipos malayos y polinésicos. Las tribus predominantes en los archipiélagos del Almirantazgo, Bismarck y Salomón, pertenecen al tipo melanésico. Las que viven en el interior de las islas son poco conocidas, pero hay indicios para suponer que está bien representado el elemento negrito. Hay una leyenda según la cual en el interior de Nueva Bretaña existen hombres con rabo.

Generalmente los insulares son de estatura media, bien proporcionados, de piel morena oscura y cabellera crespa y abundante. Los más apuestos son los de la isla de Bougainville, más altos y fuertes que los demás, pero también más negros. Muchos de los naturales de las islas Almirantes tienen dientes que les salen de la boca, lo cual da á la fisonomía cierto aspecto bestial y feroz, pero este rasgo llama menos la atención en los hombres, que mascando betel, se cubren los dientes de un barniz negruzco, que en las mujeres y los niños, que conservan la dentadura blanca. También en Bizara hay indígeas cuyos dedos de los pies están unidos por una membrana común. Una de las costumbres más funestas de estos insulares es la de comer arcilla. Resisten más que los polinesios á las influencias morbosas traídas por los blancos, pero las prácticas infanticidas, muy corrientes en ciertas islas, las van despoblando. En Ugi, cerca de la costa oriental de San Cristóbal, los padres matan á casi todos sus hijos, y se renueva la población comprando esclavos en la tierra vecina.

No se practica la circuncisión, y los pueblos donde prevalece esta costumbre, seguramente son de origen polinesio. El tatuaje se efectúa por medio de corta turas, hechas con piedras. En la isla de Santa Ana (Archipiélago de Salomón) los jóvenes no pueden casarse ni acompañar á guerreros y pescadores hasta que se los haya tatuado, y durante este período de prueba viven solos en una choza y se alimentan con la sangre de un ser sagrado. En cambio en la isla de Bougainville está prohibido tatuar á los jóvenes. Después de casados, hombres y mujeres se producen en la piel excrescencias en forma de guisantes, que, por su número y colocación, indican la categoría de las personas. Los melanesios se bañan muchas veces al día, se friccionan el cuerpo, tiñéndolo de rojo, excepto durante el luto, en cuyo período les está prohibido lavarse y disponen su melena en forma de esfera enorme ó de torre, formando una masa dura y roja, con arcilla y ocre. Los salvajes no se visten, pero se recargan de adornos, como collares, pulseras, trenzas de hierbas y penachos. Casi todos se perforan el tabique nasal para introducir en él un cordoncillo lleno de conchas, ó colmillos de cerdo, y también se cuelgan de las orejas pedazos de madera. Uno de sus principales adornos es un fragmento de tridacne ó de concha. Los guerreros afortunados en los combates llevan guirnaldas de dientes, vértebras y falanges humanas, y un fémur en el pecho. En muchas islas, especialmente en Matupi,

la moneda consiste todavía en ristras de conchas; en otras se usan dientes de perro, y en los pueblos de antropófagos, collares de dientes de hombre. En las islas del Almirantazgo, las botellas vacías representan el valor de cambio.

Incesantes son las guerras en ciertas islas, no solo entre las tribus del litoral y las del interior, sino entre las ribereñas. A los prisioneros se les degüella en alguna fiesta solemne para que su alma proteja los campos y favorezca la pesca. Los funerales de los jefes dan también motivo para sacrificios. Se coloca al cadáver de pie en el fondo de la fosa dejándole la cabeza fuera y luego se enciende una hoguera que desprende las car-



Una aldea melanésica. (Dibujo de Thisiat.)

nes y permite arrancar el cráneo, que se coloca en el bote que sirve de templo. Para cegar la fosa se arroja en ella á la mujer más joven y á un niño, con las riquezas más preciadas del jefe difunto y todo ello se aplasta y se cubre con piedras. A los esclavos de los jefes se les trata bien generalmente, pero están expuestos á ser muertos de un mazazo y devorados, cuando se celebre la victoria de un jefe ó la botadura de un barco. Uno de los platos más apreciados de la cocina neo-zelandesa es una mezcla de sagú, coco y sesos de hombre. En Aroni ó San Cristóbal hace estragos el canibalismo. Á veces se cuecen y comen á veinte personas en un día. Hay pocas islas donde haya desaparecido completamente la antropofagia, aunque la influencia de los blancos la va desterrando poco á poco.

Los pueblecillos, compuestos generalmente de dos hileras de cabañas, sólidamente construídas para resistir á las intemperies, cinco ó seis años, pertenecen á todos los tipos de construcción, como aglomeraciones insulares sobre estacas, grupos de chozas descansando sobre el suelo y árboles fortificados, accesibles por escaleras ó vigas. El edificio más notable en todas las aldeas es el *tambú*, casa pública donde se reúnen los hombres, se recibe á los extranjeros y están colocados los botes de guerra para los jefes.

Las embarcaciones, donde pasan los isleños la mitad de su vida, son obras maestras de trabajo y paciencia: Están adornadas al exterior con figuras que representan á los genios protectores, y al interior con nácar ó maderas preciosas. Llevan una vela cuadrangular. Los insulares de estos parajes son muy hábiles y audaces. En San Cristóbal hay remeros que se lanzan á alta mar en barquichuelas de 25 centímetros de ancho con una tabla transversal en la cual conservan los remeros el equilibrio.

Esos isleños también son buenos agricultores, y las mujeres cultivan muy bien los campos. Su alimento es casi exclusivamente vegetal. Las mujeres tejen esteras de hojas de pandano y fabrican cacharros. Los hombres fabrican los instrumentos agrícolas y las mazas, dardos, arcos y flechas. Ahora casi todos los ribereños del mar melanesio usan armas de fuego, y para la pesca emplean la dinamita los de Salomón, mientras en el interior los indígenas están todavía en la edad de piedra.

Se considera á las mujeres muy inferiores á los hombres: se les prohíbe entrar en la cabaña pública de la aldea y no toman parte en las ceremonias religiosas ni comen con los hombres. Son propiedad de su amo y en la isla de San Cristóbal así como en las tierras vecinas, pertenecen durante algún tiempo á todos los hombres, pero deben fidelidad á este marido colectivo, como no hayan sido objeto de un trueque con algún pueblo vecino. En Bizara y Tombara, las jóvenes destinadas á los jefes son encerradas en una choza de la cual no salen más que para seguir á los compradores que se apoderan de ellas con un simulacro de raptó. En la isla de Bizara, como en las demás tierras del archipiélago de Bismarck, las uniones siguen la moda exogámica: la sociedad está dividida en dos castas, y el hombre ha de adquirir esposa precisamente en el clan forastero. Los niños pertenecen á la familia de la madre. Hay sociedades con ritos secretos, que fundan un gran poderío en los misterios de sus ceremonias y en su solidaridad.

A diversos puntos de los archipiélagos han ido misioneros católicos y protestantes, pero su influjo ha sido poco considerable. Los isleños veneran á los espíritus buenos y malos y á los grandes fenómenos de la naturaleza, así como á los animales que les inspiran miedo, como el tiburón y el cocodrilo.

La organización política difiere según las islas. En los archipiélagos del Almirantazgo y Bismarck, las tribus no tienen jefes; los que llevan este nombre lo deben á los tratantes extranjeros: nadie se permite dar órdenes á sus semejantes; todos los individuos de la tribu son iguales y deliberan sobre los intereses comunes. En la mayor parte de las islas Salomón, el poder de los jefes está constituido sólidamente. Cada aldea viene á ser un Estado, pero hay algunos dominios reales que abarcan un enjambre de islotes y hasta vastos espacios en las islas grandes. Los jefes de las islas pequeñas son los que logran constituir las dinastías más poderosas, lo cual se debe á sus marinos, más audaces que los agricultores de las grandes tierras vecinas.

Todavía no hay verdaderas ciudades en la Melanesia alemana. La Colonia de Port-Bretón, fundada en 1879, en la costa meridional de Tombara, no tiene ya ni uno de los inmigrantes franceses á quienes se habían prometido maravillas, y que no encontraron en «Nueva Francia» más que enfermedad y hambre. La capital política y comercial de los archipiélagos germánicos, está situada en una posición muy central entre la Papuasía y el archipiélago Bismarck. La primera estación fué Uirko, pero como los escollos vecinos exhalan muy mal olor, se eligió la populosa isla de Matupi. Una onda de terremoto producida por erupción demolió á medias el pueblo y el centro de la administración fué transportado al islote de Kerawara, ante el cual pueden fondear los buques de mayor calado.

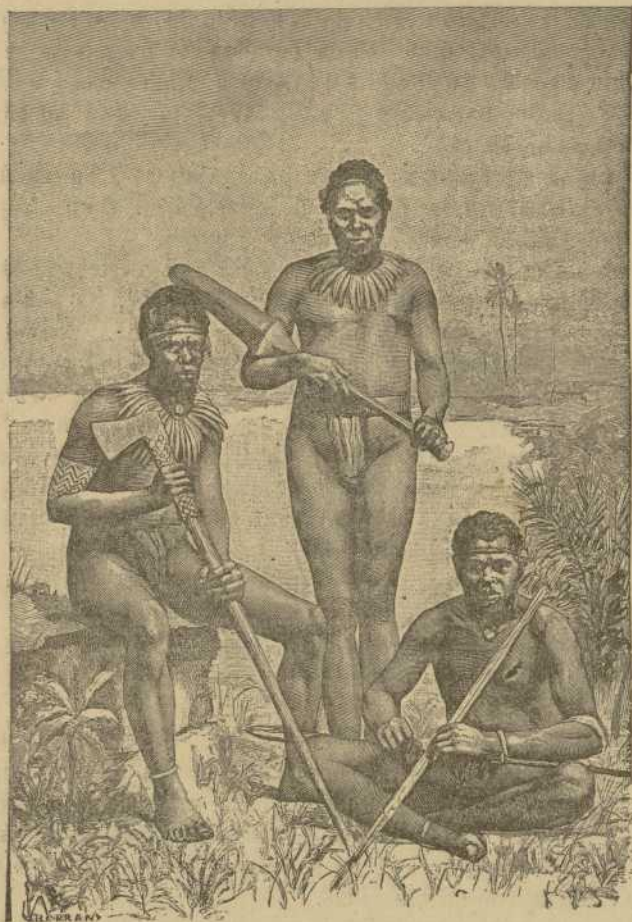
La superficie total de estos archipiélagos es de unos 90.120 kilómetros cuadrados, con una población de 77.000 habitantes.

II

Archipiélago de Santa Cruz.—Nuevas Hébridas.

El Archipiélago de Santa Cruz fué descubierto en 1595 por Alonso de Mendaña, y su compañero Queirós vió las Nuevas Hébridas en 1606, anclando en una bahía de la isla del Espíritu Santo y creyendo haber encontrado el continente austral,

por lo cual llamó á aquella tierra Australia, nombre que disfruta hoy otra. Siglo y medio pasó sin que ningun navegante volviera á estos parajes, hasta que Bougainville los recorrió, dando á las islas el nombre de Grandes Cicladás. A los seis años



Indígenas de las Nuevas Hébridas. (Dibujo de Barrain.)

las vió Cook, y en recuerdo de Escocia las bautizó con la denominación que todavía conservan. En un escollo de la isla Vanikoro naufragó La Pérouse.

Ambos archipiélagos son de origen volcánico, y abundan en conos de forma regular, cuyas laderas están cubiertas de lava

y ceniza. En algunas islas, como en Tinakoro, las erupciones son constantes, y en Vanna-Lava hay muchas fuentes termales.

El clima es bastante insalubre, hasta para los indígenas, diezmados por la tisis.

La flora de estos archipiélagos comprende muchas especies propias, entre ellas un árbol de la familia de los mirtos, de 12 metros de altura, que exhala penetrante fragancia, y una variedad de cedro que llega á una altura mucho más considerable. Los árboles frutales son en general los que poseen las demás islas oceánicas.

La fauna indígena es pobre en mamíferos, cuyos únicos representantes son la rata y el murciélago. Como especies importadas deben citarse el cerdo y el perro.

Ambos archipiélagos ocupan la zona de transición entre el mundo melanesio y la Polinesia, y los tipos de sus pobladores son, por lo tanto, variadísimos, pero en conjunto, prevalece el melanesio. Los navegantes han notado que los indígenas de las islas del Sur son en general más altos y mejor formados que los del Septentrión, pero considerados en masa no son nada hermosos, según nuestras reglas estéticas. Su frente es deprimida, sus pómulos salientes, su nariz aplastada y su boca hoci-cuda. En algunas islas las madres desfiguran el cráneo de los niños, comprimiéndolo con tablas. Los naturales tienen cabellera y barba lanudas, y tratan de embellecerse agujereándose las orejas y el tabique nasal, haciéndose cortaduras en el brazo y en el pecho, adornándose la cabeza con hojas, conchas y matas y pintándose el cuerpo, aunque no suelen usar el tatuaje.

Ahora se visten ya con telas europeas, y no construyen sus casas sobre estacas, como los papúas y melanesios del Oeste.

Los islotes Annda ó Cherry Island y Tukopía ó Barwell, están habitados por polinesios, y también pertenecen á esta raza los indígenas de Futura y Aniwa, en el extremo meridional de las Nuevas Hébridas.

Las mujeres llevan muy mala vida, tienen que hacer los trabajos más rudos y reciben no pocas palizas. En algunas islas, especialmente en Mallicollo, les rompen los dos incisivos superiores. Los hombres, menos los jefes, son casi todos monógamos y muy celosos. Los sacerdotes ejercen la magia, hab'an con los dioses, transmiten sus voluntades á la tribu y han presidido los festines de carne humana, cuando el canibalismo (ahora bastante reprimido) estaba muy en predicamento. Estas cos-

tumbres antropófagas dieron fama de crueles y feroces á los indígenas, pero en las relaciones mutuas con los blancos, más duros y falsos se han mostrado éstos, asaltando muchas veces las aldeas para capturar á sus defensores y venderlos como esclavos, matando á sangre fría mujeres, niños y ancianos, y quemando los campos para matar de hambre á quienes se habían salvado de los disparos. A veces los negros han procurado vengarse de sus agresores, pero cuando se les trata bien no dan motivo de queja.

El centro comercial de las Nuevas Hébridas es la isla de Vaté ó Efat, más conocida con el nombre inglés de isla Sandwich. Algunos colonos europeos se han establecido en Port-Havannah y otros lugares de dicha isla, famosa por la fertilidad del terreno y la riqueza de la vegetación, y cultivan maíz, arroz, algodón, café y tabaco, expidiendo á Normandía semillas, frutas, cerdos y aves.

Las islas más importantes del Archipiélago de Santa Cruz son Santa Cruz y Vanikoro, con 5.000 habitantes; las islas de Torres tienen 4.500, y en las Nuevas Hébridas están Espíritu Santo, Mallicollo, Amboym, Vaté, Erromango, Tanna, Anatom, etc., con 62,280 habitantes. 650 viven en las islas del Este, ó sea en Tikopia y Annda.

III

Nueva Caledonia.

No permanecerá mucho tiempo melanesiana, y dentro de pocos años el número de blancos será en ella superior al de los negros. Se ha admitido allí á los europeos demasiado liberalmente, como suceda por lo regular en todo país desconocido, tanto que existían en sus principios de 50.000 á 60.000 negros, y hoy no hay más que 24 000 en esta isla tan mal llamada en Francia. ¿Qué semejanza tiene con la brumosa y frecuentemente tenebrosa Escocia? Los montes no se parecen ciertamente, ni los cielos, ni las selvas, ni los hombres, y está situada entre los 20°10' y los 22°26' de latitud, á 1.300 metros al oriente del litoral australiano de Queensland.

La Nueva Caledonia tiene pocas llanuras; ofrece escasos valles al colono blanco, que no tiene nada que temer de su hermoso é igual clima, magníficamente salubre á pesar de

los pantanos, gracias á las brisas marinas, á la pendiente del suelo, á la permeabilidad de la mayor parte de sus rocas y acaso también al mirto aromático llamado niaulí. Está formada casi toda de montañas en las cuales abunda la serpentina; montañas desnudas aquí, silvestres allá, casi siempre minerales, con profusión de hierro, de cobre, de níquel, de cobalto, de antimonio y de oro. Al Sur domina el hierro, entre volcanes extinguidos y naturaleza seca con hierbas ásperas; al Norte el metal adorado, sobre todo en el país que riega el Diahot, el mayor río de la isla, que nace cerca de los montes que se supo-



Hombre y mujer kanakos de Nueva Caledonia. (Dibujo de Thisiat.)

nen sean los más altos (1.700 metros). Más cortos que el Diahot, pero caudalosos porque cae lo menos un metro de lluvia por año, preciosos torrentes se deshacen en cascadas en la costa que rodea la Caledonia y muchos de ellos desaguan en bahías espléndidas, pequeños mares de aceite resguardados del mar de grandes olas y de feroces tempestades por el cinturón de madreporas.

Este país, rico en grandes selvas, es pobre en animales fuertes. Así, en Caledonia, donde no exista ningún animal poderoso antes de la llegada de los europeos, se crían en sus extensos bosques admirables pinos columnarios, kaoris, araucarias, palmeras y cocoteros, el bananero, el bambú, el árbol del caucho, el del pan y el hup, que no se pudre nunca y con

el que fabrican embarcaciones. No hay sobre la isla más que bestezuelas y aves poco cantoras. El blanco es quien ha propagado el caballo, el buey, el ciervo, el carnero, la cabra y el cerdo en los valles silenciosos y desiertos.

Esta naturaleza rica y opulenta merecía servir de asilo á las mejores familias de aldeanos de Francia, pero instalada esta allí desde 1853, no ha sabido llevar más que con lenados políticos (reclamados poco después al suelo patrio) y galeotes, ladrones, incendiarios, parricidas, fratricidas y asesinos, gentes extraviadas y peligrosas.

De los 19.000 caletonios blancos, alrededor de 10.000 pertenecen á este mundo criminal: unos están aún aherrojados, otros han cumplido su condena, pero no pueden volver á Francia; muchos han recibido concesiones de las penitenciarías agrícolas. Desgraciadamente es muy pequeña la Nueva Caledonia para que la multitud de gentes honradas absorba á los viciosos que ya pueblan en parte su ciudad y lo más fértil de su campiña. Lo que en Australia fué posible, no lo es en una isla cuatrocientas cuarenta veces más pequeña.

La Nueva Caledonia tiene dos dependencias: á 50 kilómetros al Sudeste, la isla de los Pinos; á 100 kilómetros al Este, el archipiélago de la Lealtad.

La isla de los Pinos está rodeada de corales y ella misma es de coral con colinas litorales, de las que la más elevada mide 452 metros. El centro es una especie de maseta ó vivero de helechos; las colinas y cañales del litoral tienen por adorno bosques de kaoris, altos pinos columnarios que le han valido su nombre de isla de los Pinos, siendo su nombre indígena Kunie.

Después de haber servido de prisión política á la marina de Francia pero sin recibir más que centenares de proscriptos, mientras la Caledonia recibía millares, Kunie se ha convertido en la residencia de condenados inútiles, que se envían de las prisiones caledonianas. No se les podía elegir mejor asilo, porque este clima, oreado por el viento del mar, es dulce y sano. Sus papúas, que eran 1.000 cuando los franceses tomaron posesión, no son ya más que 500 ó 600.

Las Loyalty de los ingleses comprenden tres grandes islas y muchas pequeñas, orientadas paralelamente á la Nueva Caledonia, de Noroeste á Sudeste, en total 215.000 hectáreas con 16.500 insulares. Es un archipiélago de coral levantado por un empuje interior á algunas decenas de metros sobre las olas.

La más extensa, y al mismo tiempo la isla central, es Lifu, de 115 000 hectáreas y de 50 metros de alta, poblada por 8.000 hombres. A su Sudeste está Maré ó Neugané (65.000 hectáreas) que se eleva cerca de 100 metros; á su Noroeste Ouvea, cuya extensión es de 16 000 hectáreas.

Estas islas están rodeadas por un bosque de cocóteros á lo largo del mar; tras las palmeras viene el llano; tras el llano está la selva, y en el centro se eleva una meseta de coral desnudo, cubierto por una hierba sin frescura y sin sabor. En el llano ó



Una población de Nueva Caledonia. (Dibujo de Clerguet.)

Sout, es donde el canaco de las Lealtad cultiva sus plantas nutritivas.

Los misioneros han convertido á los hombres de estas tierras, que ahora profesan casi todos la fe protestante ó católica y que hablan, además de sus dialectos, el inglés ó el francés, y, sobre todo, el bielulamar, lengua en que se mezclan el polinesiano, el papúa, el inglés y el francés. El bielulamar no reina solamente en este archipiélago, reina también en Nueva Caledonia, en las Hébridas y en algunas otras partes.

Los kanakos ú hombres (nombre indígena conservado por los franceses á los naturales de Nueva Caledonia y archipiélagos vecinos) pertenecen en su mayor parte á la raza melanesia. La

piel es negra ó de color moreno obscuro, los pómulos salientes y las facciones muy pronunciadas y el cabello crespo y negro, aunque suelen teñírsele de amarillo con cal. Los kanakos tienen la costumbre de perforarse el lóbulo de la oreja para introducir en él un redondel de madera, y en cuanto nace un niño la madre le comprime la nariz para darle la forma que le parece más bella; además procuran alargar el cráneo de los muchachos y redondear el de las niñas. El tatuaje se practica poco; antes se untaban el cuerpo con agua de hollín, pero ahora ya se van acostumbrando á substituirlo con vestidos.

La mujer es propiedad del marido, que la vigila con gran celo. El derecho patriarcal prevalece en las tribus neo-caledonias. Hacienda y poder se heredan por la línea masculina, pero los productos de la propiedad se reparten fraternalmente entre los individuos de la tribu.

El emigrante entrega al regresar cuanto ha ganado al jefe, para que lo distribuya entre la comunidad. No hay solidaridad política entre las diversas tribus, tan pronto aliadas como enemigas y que usan dialectos diferentes, pero para la guerra suelen asociarse en las dos confederaciones de Ot y Wawap. Los grupos están constituidos en forma monárquica con un jefe cuya persona es sagrada y al cual deben obediencia los súbditos en todo. La casa del jefe es la mayor del pueblo, y acaba en cono puntiagudo con gallardetes de corteza. La de un gran jefe está más decorada todavía, y lleva en el coronamiento la *mano*, ó sea un peine adornado con conchas, y el *ave*, que es en realidad un pedazo de madera en forma de estrella. El jefe es el *sol* de su tribu, y cuando muere, se dice que el astro se pone. Ha de reunir una especie de Senado en todas las ocasiones importantes. Cada aldea posee un *tapú* por excelencia, imagen sagrada esculpida en madera dura, adornada con pieles de murciélagos y colocada en lo alto de un palo largo, mirando á Oriente. Los jefes y los nobles suelen ser de origen polinesio, y se distinguen por el tipo y la fisonomía de sus súbditos melanesios.

Los kanakos de la Nueva Caledonia van disminuyendo. 60.000 había en 1850, y en 1886 quedaban reducidos á 23.000. Mucho ha influido en la despoblación la costumbre antropófaga de devorar á los enemigos. Como al desembarcar los primeros europeos no conocían los indígenas más alimento animal que la carne humana, creían que las raciones de vaca distribuidas entre los marineros eran pedazos de algún hombre gigantesco.

La tisis, importada por los blancos, hace grandes estragos, lo mismo que la embriaguez, debida también á la importación de licores de Europa, pues antes no bebían los indígenas más que agua. Los cruzamientos con la raza blanca son escasos, porque los kanakos desprecian á los europeos. Dentro de algún tiempo habrá desaparecido probablemente toda la población indígena.

Numea, llamada primeramente Port-de-France, es la capital y única ciudad de la isla y de sus dependencias, y tiene unos 4.000 habitantes. Fundada en 1854, cuando se sometió la tribu de su nombre, Ngnea ó Numea ocupa buena posición comercial al Sur de la isla, en la costa que mira á Australia. Una brecha abierta entre los arrecifes se comunica con varias radas; la principal podría albergar una escuadra, y en aquel puerto se concentra todo el comercio de la colonia. Numea presenta un conjunto poco regular, y las casitas de madera alternan con los grandes edificios civiles y militares. Las principales avenidas tienen árboles, y el palacio del Gobierno está rodeado por un hermoso jardín. Numea está cercada de penitenciarías: la isla de Nú encierra el principal depósito de sentenciados. Al otro lado está la península Ducos; y al Noroeste el campamento de Montravel, destinados también á diversas clases de deportados.

Al Noroeste de Numea hay algunos puestos militares y centros de repoblación, como Bulupari, La Foa, Zeremba ó Urai, y Burail, con gran penitenciaría, punto agrícola de más importancia en Nueva Caledonia.

Dependen de ésta las islas habitadas de Art y Pott, y la isla de Pinos, que carecen todas de pueblos grandes y de puertos frecuentados.

Nueva Caledonia está administrada por un gobernador, delegado del Gobierno francés, asesorado por un Consejo colonial. Numea es la única población que tiene Ayuntamiento, y en ella están establecidos también un tribunal de primera instancia, otro superior y otro de comercio.

ISLAS FIDJI

Este bello archipiélago se extiende sobre poco más ó menos entre los 16 y 20 grados de latitud austral, á 2.000 kilómetros de la ciudad neo-zelandesa Auckland, á 3.000 de la australiana Sidney y á cerca de 8.000 de la americana San Francisco.

Se compone de dos grandes islas, Viti-Levou, es decir, Viti la Grande, y Vanu-Levou, es decir, Tierra-Grande, y de cerca de trescientas islas, la mayor parte de ellas rodeadas de coral.

Viti-la Grande, Viti-Levou ó Naviti-Levou, bajo el grado 18, se extiende en 140 ó 150 kilómetros de Este á Oeste, con 40 á 100 de Norte á Sur. Tiene próximamente 1.100.000 hectáreas. Una cinta de tierras sembradas de algodón y caña de azúcar prolongada hacia el Suloeste y muy estrecha rodea allí á los volcanes extinguidos que tienen una altura de 1.000 á 1.500 metros. Viti-Levou posee el río mayor del archipiélago, el Reva-Reva, que arrastra hacia el Océano, por término medio, unos 297 metros cúbicos por segundo. En una isla tan pequeña, dicho Reva-Reva, tiene bien merecido su otro nombre de Vía-Levou ó Gran-Río. Debe su abundancia de aguas á la prodigalidad de las lluvias pues calcúlase que el cielo vierte, por término medio, 2.700 milímetros de agua por año sobre el archipiélago de las Fidji, todo en ciento cincuenta y cinco días; 2.500 en unos sitios, 3.000 en algunos, y 4.000 y 6.000 en aquellos por donde pasa el monzón.

Tierra-Grande ó Vanu-Levou, al Nordeste de Viti-la Grande, entre el 16 y 17 grado, es un poco más larga que su hermana. Tiene 160 kilómetros de longitud, pero es mucho más estrecha, pues no mide de anchura más que 40 kilómetros. En total tiene 650.000 hectáreas escasamente. Volcánica también de origen, parece ser la mitad de alta que aquélla, con cimas culminantes de 700 á 800 metros.

Junto á estos dos pequeños continentes, donde los bosques son grandes, espesos y profundos, apenas si son dignas de tenerse en cuenta las demás islas. La mayor parte de ellas no son más

que islotes, escollos de coral que hacen muy peligrosa esta parte del Océano. En total, el archipiélago cubre sobre poco más ó menos 210.000 hectáreas y contiene todo lo más 125.000 fidjianos, ó más bien vitianos: porque estas islas llámanse realmente las Viti; pero los ingleses, sus nuevos amos, han adoptado el nombre de Fidji, que se ha hecho oficial.

Sometidas á los blancos. las tierras fidjianas tienen pocos europeos aún, unos 2.000, casi todos ingleses, que administran, rigen, comercian ó cultivan en sus fertilísimos dominios, el café, la banana, el cacao y sobre todo la caña de azúcar y otras plantas que se desarrollan merced al gran calor y á las abundantes lluvias. Este reducido número de ingleses, australianos, yanquis y alemanes no tiene su motivo de escasez en la insalubridad del clima para el elemento europeo. A pesar de su temperatura media anual de 26°, 13°, 75 y 35° por mínima y máxima, el archipiélago es sano gracias á las brisas del mar, á las montañas, á la pendiente del suelo y al rápido curso de los ríos. Los blancos de las Fidji no trabajan con sus manos el suelo, pues emplean en este santo oficio, más noble que todos los de la orgullosa industria, á jornaleros de distintas procedencias, indios, neo-hebridenses é insulares de las Gilbert ó del archipiélago de Bismarck. En cuanto á los indígenas, que odian el sudar para los rubios ó rojos extranjeros, sólo quedan 111.000 de los 150.000 que existían en 1874 (1).

Mezclados unos y otros con la sangre de los polinesianos de las Tonga y de las Wallis, los fidjianos son papúas que tienen enorme cabellera en forma de bola. Desde lejos se creería que llevan un gran turbante negro, un bonete redondo de pie y medio de diámetro. Hasta una época reciente (apenas separada de nuestros días por un espacio de veinte años) devoraban á los hombres, mostrando cierto desdén por nuestra carne civilizada, muy amarga á su paladar.

Este canibalismo tenía su origen en la gula y no en la necesidad, como ocurre entre los salvajes de los archipiélagos miserables. Cuando hacía *buen tiempo*, los jefes cebaban á los esclavos para después comérselos. Se les deshacía la cabeza á golpes de maza y se machacaba el cráneo sobre una piedra. A los cadáveres recientes preferían los muertos algo pasados. No siempre se mataba al *cerdo largo* (2); antes de asarlo millares de hombres

(1) Año de la toma de posesión por los ingleses.

(2) Nombre que daban á la carne humana.

fueron cocidos vivos sobre un lecho de piedras ardientes y bajo una capa de arena y hojas. Con frecuencia se decía á la víctima: «¡Prepara el horno en que te has de asar: remueve las brasas para el asado!» Y la víctima obedecía.

Cada vez que un esclavo era marcado por unos dientes principescos, el jefe de una de aquellas tribus que se repartían tan inhumano sustento, colocaba una gran piedra en un sitio elegido por él para llevar su contabilidad de víctimas. Cuando moría el jefe, sin ser aún muy viejo, las piedras formaban ya una colina. Se había comido ochocientos setenta y dos cerdos largos, que pertenecían tanto á amigos como á independientes ó enemigos. El festín popular no imitaba más que de tarde en tarde á aquel gran señor, no por virtud, sino por pobreza.

Los misioneros han hecho perder á los fidjianos esta costumbre de los banquetes de carne humana y han convertido gran número de salvajes á los diversos protestantismos ingleses. No obstante la mayoría permanece fiel á las antiguas ideas de su raza, á su vieja concepción de lo visible y lo invisible, á su culto por las fuerzas, ó, si se quiere, á su paganismo. Los neófitos han adoptado los trajes europeos, y desnudos ó vestidos siempre están sucios, cubiertos de miseria.

Antes de que los europeos se adueñasen del destino de este archipiélago, el *cerdo largo* era muy estimado en la mesa de los grandes, la caza del hombre muy activa, las guerras muy frecuentes y demasiado sangrientas para que la población aumentase. Desde que los blancos han prohibido que en este país se coma carne humana, extirpando así en este pueblo una de las causas principales de su muerte, los fidjianos no se aprovechan de la paz, cuyas dulzuras no habían gustado, indudablemente, durante mucho tiempo.

No se multiplican sus familias; lejos de ello hasta disminuyen, no por exceso de defunciones sino por falta de nacimientos. Cítanse algunas aldeas donde por cada individuo que nace mueren veinte, y el país está lleno de pueblos vacíos, alrededor de los cuales se va desmoronando el muro de piedra que los defendía contra los frecuentes asaltos de los semipolinesianos de Tonga. Estos fueron hasta las últimas décadas los enemigos hereditarios de los fidjianos, y al mismo tiempo los hombres que penetraban de grado ó por fuerza en el elemento papúa para darle más belleza, más gracia, más vigor y más inteligencia.

En conjunto, esta raza, aunque fuerte y musculosa, es holgazana y de una gran pereza de espíritu. ¿Está asistiendo á sus

últimos días? Podría afirmarse así ante las epidemias que hacen en un año tantas víctimas como pudieran hacer en veinte las defunciones en época normal. Poco después de la anexión á Inglaterra, una especie de viruela dió fin de cuarenta mil personas, más de la cuarta parte de la población, y otras muchas murieron de las consecuencias de aquella enfermedad, de la desesperación y el abandono ante la plaga, de las fiebres malignas que engendró la putrefacción de los cadáveres y del hambre que siguió á la desaparición de los obreros que trabajaban el suelo.

Pero si desapareciesen los fidjianos, dejarían á sus mestizos. El último censo acusaba ya cerca de 1.000.

La lengua fidjiana, puramente papúa en un principio, ha sido notablemente influida por el polinesiano de los colonos, que adulteraron la raza, principalmente en el litoral. Ha cambiado hasta de carácter, y hoy se parece mucho á la lengua que se habla en Tonga. Dícese que es muy flexible, muy fina y muy difícil de aprender, porque carece de términos generales. Así, pues, no existe un verbo que exprese la idea de arrastrar en general; la serpiente tiene su verbo, la lombriz tiene el suyo, y todo animal que se mueve de la misma manera; para los sustantivos existe la misma fecundidad estéril. Pretenden algunos que este idioma tiene grandes relaciones de sinonimia con las lenguas del Africa central, que se desprenden del *bauton*.

Mbaou, en la costa oriental de Tierra-Grande, al Norte de las bocas del Reva-Reva, fué la Roma de las Fidji. Su gloria se eclipsó ante el naciente astro de Levouka, aldea sana y centro de acción de los blancos, en la isla de Ovalaou. Más tarde Levouka, oscurecida á su vez, ha cedido el esplendor de primer puerto á Souva, un buen puerto en la costa Sudeste de Tierra-Grande, no lejos del mismo delta del Reva-Reva.

Pasando de los fidjianos á sus vecinos, las gentes de las Tonga, que tan profundamente los han modificado, se pasa de la Melanesia á la Polinesia, donde los ingleses se han apropiado recientemente una reducida isla montañosa, Rotuma, tierra de cocoteros, bajo los 12° 30' de latitud Sur. 10.000 hombres viven allí, semejantes á los taitianos, pero que se dicen originario de las Samoa.



Una costa de Taiti. (Dibujo de Clerguet.)

POLINESIA

I

Los indígenas.

Sobre el extremo Océano, donde hay menos tierras, no son los maorís de Nueva Zelanda los únicos hombres de su raza. De la doble isla prolongada hasta el archipiélago de las Sandwich y de las Tonga, hasta la isla de Pascuas, los salvajes elegantes, que son primos de los maorís, pueblan infinidad de espóradadas y cicladas, tan pequeñas, que todas juntas formarían apenas un diminuto reino.

Estos salvajes son de gran estatura, ligeros, ágiles, de rostro agradable, de color de cobre ó bronce, pero no de hollín. Como es una raza mezclada, seguramente tienen entre sus antepasados, lo mismo que al negroide y al malayo, á una *humanidad* de piel blanca y de nobles facciones. Todos hablan dialectos de una misma lengua dulce y flexible, tienen las mismas costumbres, el mismo ciclo de ideas, las mismas leyendas, el mismo amor al mar y la misma pasión por las canoas. Transcurriendo en las más deliciosas patrias, que puedan soñarse, su vida es alegre, fácil y sin ninguna preocupación por el porvenir, bajo cielos radiantes, á orillas de un Océano luminoso,

sobre tierras fecundas, bajo las sombras de los árboles del pan, tres de los cuales solamente bastan para alimentar á un hombre durante toda la vida.

Esto constituye una ventura y una desgracia, porque si el polinesio deja correr dulcemente las horas en sus islas maravillosas (exceptuando los *atolls*, que son de coral seco y pobre), la belleza misma de sus terrenos atrae á los blancos, y, salvo algunos misioneros, estos blancos van allí para *comerciar*, es decir, para robar; para *reinar*, ó sea para injuriar y destruir.

Aquellos insulares han adoptado, al menos en apariencia, y en su mayor parte, el protestantismo ó el catolicismo, y con fervor más profundo y verdadero, los vicios, de los cuales se han hecho apóstoles los aventureros blancos. Tanto es así, que aún pudo enseñar Europa algo á los salvajes, espantosamente corrompidos de antemano. Pero si nosotros hemos enseñado á los hombres del mar del Sur gran número de indignidades, si los males de cuyo origen se nos acusa han hecho ya estragos en sus islas, no podemos decir que nuestros alcoholes les hayan revelado la embriaguez innoble y mortal, porque también ellos tenían su aguardiente. Lo que han adquirido con nuestro contacto ha sido las erupciones epidémicas y la tisis contagiosa.

Desde nuestra llegada comenzaron á disminuir, pues además son poco fecundos y practican el infanticidio.

Las enfermedades del pecho, la viruela, la sarna y otras epidemias, provienen en parte de que se ponen, abandonan y vuelven á ponerse los trajes europeos, dañinos más que inútiles en aquellos climas cálidos, pero que el misionero les hace revestir; todo esto, más la sífilis y los alcoholes envenenados por el fraude, amenaza de muerte á sus tribus, y tal vez algún día el sol del Pacífico de Polinesia se eleve sobre las olas en el momento mismo en que el último polinesiano desaparezca para siempre—aparte los mestizos, puesto que ninguna raza puede aniquilarse por completo—, y entonces dirá el blanco: «Yo he civilizado los mares del Sur.»

No hará nada, sin embargo, para contener á sus hermanos, inclinados sobre la fosa, y acaso los empuje con la repugnante esperanza de heredarlos.

Si no poseen la unidad de raza que tienen las demás razas de la tierra, si entre ellos se encuentran, de isla en isla, de casta en casta, y hasta de individuo en individuo, cabezas y cuerpos que nos recuerdan la entidad negra, la entidad amari-

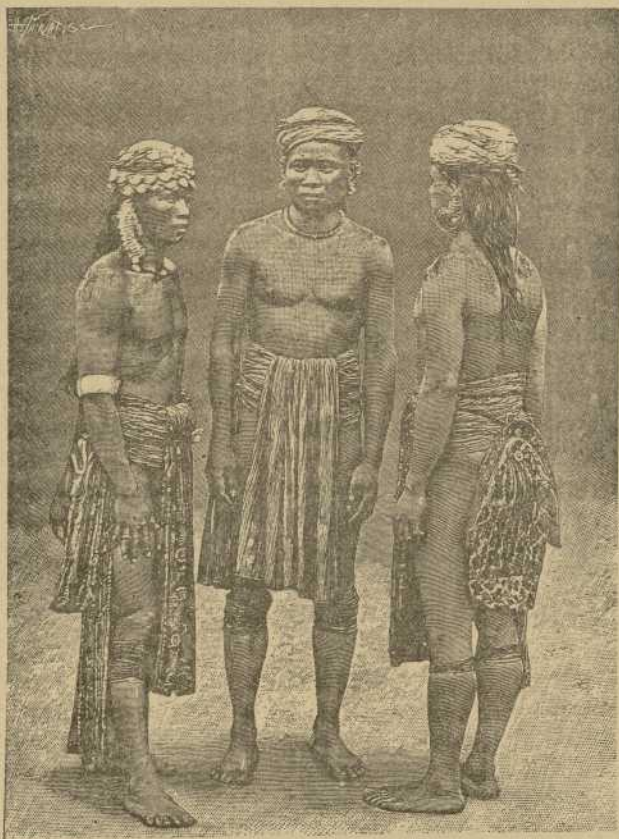
lla y la entidad blanca, tienen al menos (dialectos aparte) la unidad de lengua sobre aquellos mares, más grandes que tres veces la Europa, y también la unidad de pensamiento, de ideas, de instituciones y costumbres. De un extremo á otro de sus encantadoras espóradas, los polinesios se entregaron apasionadamente, y en algunas partes se entregan aún á la antropofagia, con todas sus derivaciones, guerras y matanzas, degollaciones y cebo de esclavos. Todos también se tatúan, es decir, se graban dibujos indelebles sobre la piel del rostro, del pecho y de las extremidades, especie de documentos invisibles, donde se hallan escritos en jeroglífico su estado civil, su casta, sus títulos de nobleza y sus más brillantes hazañas.

Una práctica muy general entre los polinesios era la del tatuaje; hoy va desapareciendo aquella costumbre, porque ya se visten los indígenas. Entre las mujeres, la operación del tatuaje, que era en otro tiempo un acto religioso, exigido por los dioses, se conserva más que entre los hombres. En varios archipiélagos no podían casarse las hembras que no se tatuaran, y en otros, por el contrario, el hombre era el único que podía llevar en la piel esos dibujos, que le daban categoría de noble, y le permitían hacerse oír en las asambleas. En ciertas islas, la operación del tatuaje era tan larga, que se empezaba á practicar en los niños desde los cuatro ó cinco años. Generalmente, el motivo decorativo de cada tribu solía respetarse, y era fácil conocer por el trazado de los dibujos la patria del tatuado. La operación se verifica por medio de picaduras hechas con un instrumento en forma de peine, golpeado por un martillo. Es dolorosa, sobre todo cuando se aplica á los labios. El colorante empleado era generalmente un carbón vegetal muy fino.

Se ha dicho, equivocadamente, que los polinesios no conocían el arco ni las flechas. La verdad es que los utilizaban al combatir en las islas Tonga y Samoa, y en los archipiélagos orientales los usan en las fiestas civiles y religiosas.

Excepto en las islas donde las ceremonias de origen mítico abarcan la antropofagia, los polinesios no tienen otro alimento animal que pescados, mariscos y cerdo, y estos manjares están prohibidos á las mujeres bajo pena de muerte. En casi todos los archipiélagos, el único alimento de las indígenas eran frutos, semillas y raíces. El cocotero y el árbol del pan les daban harina, agua, leche, bebidas fermentadas, y de otros árboles sacaban lo necesario para hilar, tejer vestidos y esteras y para fabricar cuerdas y velas.

Los insulares de Samoa (que no son de raza polinésica pura) respetan mucho á las mujeres, y cada pueblo suele elegir una patrona (generalmente la hija del jefe) que debe representar á la comunidad en las fiestas civiles y religiosas, recibiendo á los extranjeros y presentándolos á la tribu; pero en las demás islas



Tipos Polinesios. (Dibujo de Thisiat.)

se considera á la mujer muy inferior al hombre. A éste se le llama *ra* ó sagrado; á la mujer *noa* ó profana. Nada de lo ofrecido á los dioses puede ser tocado por manos femeniles. Las ceremonias del matrimonio varían mucho, según las islas; pero las uniones de los jefes se sancionan con ritos solemnes. Sentados los novios en un paño blanco en medio del templo, con los cráneos de los antepasados en la mano, las madres de ambos

se arañaban la cara para mezclar su sangre, salpicar con ella á los esposos y demostrar así que forman una sola familia. La poligamia reina en la casa de los jefes.

La práctica horrible del infanticidio se usaba en los archipiélagos polinesios cuando llegaron los europeos. Los dos tercios de los recién nacidos eran destruidos antes de dar el primer vagido. El padre agarraba al niño, lo ahogaba y lo enterraba en la cabaña ó en el jardín; pero si tardaba un poco en cometer semejante acto, el niño adquiría derechos á la vida y se le cuidaba con afecto.

En Taiti y otros archipiélagos había una casta particular, para la cual el infanticidio constituía un deber. Esta asociación, llamada Arioí, era una especie de masonería, con sus pruebas de iniciación, su santo y seña, sus misterios y su jerarquía de siete grados. Los arioí de primera clase, llamados «videntes de la noche», observaban actitud grave y conducta severa; los demás eran á la vez sacerdotes, actores y hombres de mundo. Daban funciones teatrales, danzas y juegos, exhortaban al pueblo, y rezaban en las ceremonias públicas. Tenían derecho á vivir del trabajo ajeno y se los consideraba como amos en todas partes. Mujeres que dependían de la orden eran comunes á los arioí; pero todo hijo nacido de tal promiscuidad era sacrificado, y expulsada de la corporación la mujer que no se prestara á ello.

En Taiti y otras islas, muchos padres ceden á los amigos sus hijos. Después de cinco ó seis meses de lactancia, se entrega el niño á la segunda familia, á cambio de algunos presentes, y raras veces vuelve á la suya natural. De eso proceden grandes dificultades para establecer auténticamente estados civiles y no pocas complicaciones en lo que atañe á herencias y constitución de la propiedad.

El gobierno solía estar en manos de jefes poderosos, cuyas órdenes no se discutían, y una jerarquía rigurosa establecía distintas clases. La ley del *taboú*, que gobernaba todos los actos y movimientos de la vida, era molesta á veces para los mismos que la promulgaban. La mayor ceremonia religiosa consistía en sacrificar hombres á la divinidad, y en ciertas islas se cocía la carne de éstos en el altar y se repartía entre los guerreros. En Taiti, el soberano se comía los ojos de las víctimas. Estos sacrificios, el canibalismo y la muerte de los hombres y de los parientes, daban origen á grandes lamentos, gritos y escenas de desesperación aparente. El culto á los muertos era extre-

mado y se llegaba hasta adorar á quienes se ha había odiado en vida. Al casarse la mujer, se ponía el collar de garras con que había de desgarrarse al quedar viuda. En algunas islas, las mujeres habían de permanecer en la choza del muerto semanas enteras, untar el cuerpo con aceite de coco, recoger el líquido infecto que brota de las carnes descompuestas, transformar poco á poco la masa putrefacta y abstenerse de lavarse durante ese período, llamado *haka paha*. A los antepasados se los igualaba á los dioses y la apoteosis de los jefes acabó por convertir en templos los cementerios.

En muchos rasgos de su género de vida, en sus instituciones, mitos y prácticas religiosas, asemejan los polinesios á sus vecinos occidentales de varias razas, como los papúas, los malayos y hasta los japoneses, y también presentan analogías con los americanos del Sur y del Norte.

La raza polinésica va desapareciendo ya. 650.000 habitantes había al parecer en Polinesia el año 1774, y hoy no queda ni la sexta parte. Las causas de ello son múltiples, sin contar el exterminio de los naturales por los europeos, y el reclutamiento para las plantaciones de la ribera americana del Pacífico. Uno de los más conocidos orígenes de mortalidad es la infección producida por las enfermedades que propagan los marineros europeos. Los misioneros han contribuido también al empobrecimiento físico de los polinesios, obligándolos á vestirse á la europea, y acrecentando así la sensibilidad de sus órganos para los cambios de temperatura. Los polinesios han conocido los catarrros y bronquitis, y la tisis se ha convertido en plaga destructora.

En algunas islas, no obstante, los habitantes han podido atravesar felizmente el período de transición. Así ocurre en Lukunor (Carolinas), Futuna (Archipiélago Wallis) y Nine al Norte de las Tongas.

II

Islas Samoa.

Doscientas setenta y ocho mil setecientas hectáreas y 36.000 habitantes, esto es cuanto tiene este agradable archipiélago de que tanto se ha hablado á causa de las rivalidades de influencia entre los ingleses, los yanquis y los teutones.

Se propuso que se llamaran estas islas situadas bajo el 14 grado austral, archipiélago de Bougainville, por el famoso navegante francés, que fué el primero en visitarlas detalladamente (1768). Aunque este grupo y Tongatabon son las únicas tierras polinesianas en cuya lengua hay un sonido silbante, tal vez estuviere mejor decir Hamoa que Samoa. En cuanto al nombre de isla de los Navegantes, traduce exactamente el de Hamoa, pero podría también designar no importa qué otras islas pobladas por los polinesianos. hombres hábiles en el manejo de las piraguas.

Con las Tongas, y en un grado superior, las Samoa son la metrópoli de la Polinesia. La comparación de las tradiciones, de las genealogías y de los cantos populares de todas las tribus diseminadas sobre estos mares, demuestran la certeza del hecho. Los samoanos, como los tonganos, proceden del Noroeste, tal vez de Bouzon, una de las grandes Molucas. Cuando tuvieron suficientemente repleto el archipiélago, viajaron á lo lejos por el movable sendero de las olas, en flotillas de ligeras canoas, y de este modo poblaron á Taiti que se hizo también metrópoli, las Marquesas meridionales, tal vez la Nueva Zelanda, y enviaron emigrantes hasta las islas Gilbert, en Micronesia. De aquí la casi identidad de idioma y la común semejanza de rostros en las islas esparcidas por el amplio mar polinesiano.

Los samoanos independientes ó no, son como los taitianos: no disminuyen ya, sino que aumentan poco á poco. Llegan hoy á 36.000, resto de los 80.000 del último siglo, si es que el archipiélago tuvo alguna vez 80.000 hombres, cosa que debe ponerse en duda, como todas esas evaluaciones fundadas en la norma que proporciona el término medio de una parte del país.

De estas 36.000 personas, el protestantismo reclama unas 30.000 y el catolicismo ha recibido las 6.000 restantes. 400 ó 500 blancos representan á las altas y poderosas naciones desnacionalizantes, Inglaterra y los Estados Unidos en primer lugar y después Alemania.

A pesar de la propaganda que los misioneros protestantes han hecho de la lengua inglesa, el polinesiano de las Samoa vive siempre, escrito, hablado, predicado en templos y capillas, cantado en los salmos cristianos y más aún, de esto no hay duda ninguna, en los cantos obscenos de los cuales tienen gran abundancia los polinesianos. Se parece en su esencia al

dialecto de Taití, y, salvo algunos cambios de consonantes de una á otra lengua, la mayoría de las palabras son idénticas.

Los samoanos pueden contarse entre los mayores hombres de la tierra, é indudablemente entre los mejor constituidos. Poseen la gracia, la dignidad y el valor de que usan y aun abusan en las guerras civiles. Tatúanse desde las rodillas hasta el cuello y no enseñan estos dibujos de los que se muestran orgullosos, porque muchos de ellos, renunciando á Satán y á sus pompas, han abandonado la semidesnudez de otros tiempos y el misionero tiende á vestirlos completamente á la europea.

Upoulo es la isla más populosa, aunque sea la segunda en extensión, y en ella está Apia, el puerto principal, en la ribera septentrional, á orillas de una bahía semicircular. La ciudad donde antes se reunían los balleneros, sólo es frecuentada ahora por los cargadores de Kopzah. Una guerra de sucesión ha interrumpido los progresos agrícolas y comerciales de Upoulo. Tutuila es la isla más bonita y su puerto de Pango Pango, uno de los paisajes más hermosos de la tierra. Apolima es un cono volcánico, fortaleza natural, refugio de los indígenas de las islas vecinas en tiempo de guerra. Manono, que es mayor, aparece como un vasto jardín, cuyos habitantes son excelentes marinos. Excepto Tan, isla oriental del grupo, las demás de Samoa forman un Estado con rey y dos Cámaras, y Constitución copiada de la inglesa. La capital es Mulnun, en la isla de Upolulu, pero Apia está independiente y forma un municipio especial, gobernado por los cónsules alemán, americano é inglés.

III

Las Tonga.

Ha dejado ya de llamarse á este archipiélago islas de los Amigos, nombre nacido de la casualidad de un momento, de una fugitiva impresión recibida al pasar por el descubridor; La casualidad también pudo darles el título de islas de los Enemigos.

En cuanto al nombre de Tonga, igualmente casual, significa en polinesiano las islas; de donde se deduce que diciendo islas Tonga cometemos una redundancia.

Este archipiélago tiene 150 pequeñas islas é islotes, que no

suman siquiera 100.000 hectáreas. Casi todas sus tierras son bajas, sobre todo, naturalmente, los *atolls* y los escollos de coral, y pocas de ellas exceden de 50 metros de elevación. Surgen en el mar entre el 10 y el 20 grados de latitud austral.

Son el asilo de 22 000 á 25.000 hombres, bien constituidos, con tendencia á la raza negroide y sin duda muy mezclados con la sangre fidjiana, si es que no son fidjianos influidos por un elemento polinesiano que no es el papúa. Es raza muy dividida que ha enviado á muchos de sus individuos hacia diversas islas del Pacífico, especialmente hacia las Fidji. Hubieran, pues, vuelto hacia las fuentes de su origen, pero como conquistadores más bien que como amigos. Los *tona*, especie de esclavos, descienden de gentes vencidas en pasados tiempos.

Todos se han convertido en cristianos de nombre y de rito, pero como puede suponerse, aún están completamente impregnados de su ciencia y conciencia antiguas. Tienen 5 500 niños en las escuelas y se educan á la europea, al menos en apariencia, bajo una especie de gobierno constitucional con Parlamento, derecha, izquierda, centro y todo el movimiento frívolo y apasionado de los partidos. Muchos de ellos escriben y hablan el inglés aportado por el comercio y por los misioneros protestantes, que se hacen querer más que las misiones católicas.

La capital del pequeño reino y el puerto más frecuentado en aquellos parajes, es Nukualofa, en la costa septentrional de Tonga Tabú, á orillas de una rada defendida por arrecifes. El palacio de torrecillas del soberano y algunas casas de negociantes dominan las chozas de los indígenas dispersas á lo largo de calles rectas, y rodeadas de jardines. En la parte oriental de la isla está Mua, principal estación católica del departamento.

Menos importantes que Nukualofa, Lefuka en el grupo de las Hawai, y N na Fu en la mayor de las Uarao, también son depósitos comerciales, visitados con frecuencia por el cabotaje alemán. El fuerte de Nina Fu es uno de los mejores del Pacífico.

Al Oriente de la Tonga la isla llamada por su descubridor Cook, Savaye Island, ha recobrado su nombre primitivo de Emis ó Nina. Se ha declarado neutral, aunque predomina en ella la influencia inglesa, y es una tierra fertilísima.¹

Las islas numerosas que se elevan en el Océano al Noroeste de la Tonga suelen llamarse archipié'ago de Wallis, por haberlas descubierto este navegante en 1767. Su capital es Urea y sus insulares proceden probablemente de Tonga Taan. La isla

de Futuna, tabla regular que se ve al Oeste de la montuosa Urea, es una de las tierras polinésicas que las costumbres de los habitantes hicieron temibles para los marinos. Los antropófagos de Futuna devoraron á los 1.800 habitantes del vecino islote de Alafó ó Tierra del Amor, y se cuenta que uno de los jefes futunenses se comió á su propia madre. Las islas Wallis fueron anexionadas en 1887 á las posesiones francesas de Ocea-nia, y el pequeño archipiélago es una de las pocas comarcas oceánicas donde la población crece en vez de disminuir.

IV

Islas Cook.

Clámase así por su descubridor, este archipiélago, hoy inglés, que lleva también el nombre de islas Hervev, por dos de sus islas, las más pequeñas y más desiertas.

Las Cook son más bien reducidas y se hallan rodeadas de coral, entre el Norte y el Sur del grado 20. Tienen en total 36.800 hectáreas con 8.500 habitantes.

Menos nueve de ellas, todas las demás no son más que islotes. Las mayores, y al mismo tiempo las únicas que tienen verdaderas montañas, se llaman Maugaya (6.700 hectáreas) y Rarotonga (8.000 hectáreas). Esta última tiene cerca de 1.500 metros de elevación y de allí se cree que partieron muchas emigraciones que poblaron la Polinesia de una raza homogénea.

El canibalismo era allí rabioso; pero desde que los insulares escuchan los sermones ingles ha desaparecido tan repugnante costumbre.

Espóradas polinesianas.—De las Cook parte una hilera larguísima de pequeñas islas, en el camino de las Sandwich, comprendidas en 40 grados, pues las Sandwich están bajo los 20 grados de latitud Norte y el archipiélago que comienza en Rarotonga bajo el 20 de latitud actual. En conjunto se las llama Espóradas polinesianas, con diferentes nombres de grupo. Como producto de los madréporas son islas bajas, poseen todas ó casi todas cocoteros, y muchas de ellas guano que se explota aunque ya está agotado casi todo por los ingleses ó yanquis. Apenas si puede citarse Malden (8.500 hectáreas) árida y desierta; Noel, desierta también y que tiene 83 kilómetros de perímetro; las islas Fanúg, etc.

V

Islas Sandwich.

Después de Nueva Zelanda, este es el más extenso archipiélago de los polinesianos, pero también uno de los que ven disminuir su raza lamentablemente. Cada día se hace más común el llamar á estas islas Havai, por la más importante de ellas que tiene más de 1.100.000 hectáreas del 1.701.000 hectáreas del grupo entero.

Las Sandwich se encuentran situadas muy lejos de las demás islas que forman el conjunto polinésico. Surgen en el mar en la vecindad del Trópico de Cáncer, sobre el camino de California á China y al archipiélago indo-chino y á la India.

Havai, que se llamaría la piedra angular si no fuese al mismo tiempo dos terceras partes de todo el archipiélago, sube al Sudoeste bajo el 19 y 20 grados y tiene 1.135.600 hectáreas con 25.000 hombres.

Allí se alza el volcán más poderoso del mundo, el Maouna-Loa.

El Maouna-Loa (4.145 metros), ó Gran Monte, es más bien un Mont-Fumant ó un Mont-Rouge y ningún cráter posee en su caldera tanta lava incandescente como su terrible Kilaoma, infierno que se abre en un flanco del gigantesco Maouna-Loa, á 1.210 metros de altura, en una elipse de 15 kilómetros de perímetro. Cuando se vacía su caldera como en 1840, en 1866 y en 1880-1881, su profundidad es de 450 metros hasta el respiradero donde comienzan las tinieblas. Cuando hierve su ardiente lava, cuando truena, silba y humea, arroja un líquido pesado que se va esparciendo por la isla y cuando se detiene, ha inundado ya valles y cañadas. La erupción de 1880 á 1881 duró doscientos sesenta y ocho días y su ola, iluminada durante la noche por columnas de fuego, llegó hasta 5.600 metros más allá de la boca del Kilaoma, muy cerca del puerto de Hilo.

Algo más alto, aunque menos fatal, es el Maouna-Loa (4.208 metros), ó Monte-Blanco, llamado así por conservar nieves durante el estío en algunos repliegues. El Maouna-Honalalai, digno compañero del anterior, está adormecido desde el primer año del pasado siglo.

Lo mismo que Islandia, aunque bajo otro clima, Havai debe su poca fertilidad á la gran coraza de lavas que el Maouna-Loa repara constantemente antes de que el tiempo pueda romper-

la ó debilitarla. Exceptuando algunas hermosas cañadas y fuera de unos cuantos bosques, es aquello una peña dura, seca, árida, con pocos ríos. Filtrase el agua por infinidad de grietas y desaparece de la superficie bajo la dura costra. Al Norte del Gran-Monte se halla situado uno de los torrentes, el Vaipio, que salta desde una altura de 700 metros.

Para más de un sabio Havai es la Havaiki de la tradición, la antigua metrópoli de los maris.

Las demás Sandwich se alinean regularmente hacia el Noroeste hasta Kaouai y Nūhaou, situadas bajo el grado 22.



Un mercado en las islas Sandwich. (Dibujo de Moynet.)

Maoui (126.800 hectáreas), á 40 kilómetros de Havaii, posee un monte de 3.109 metros, el Haha-Kala ó Casa del Sol, volcán apagado, y da asilo á 16 000 hombres. La principal de sus cinco islas anejas se llama Kahoulavi (14.300 hectáreas.)

Lanaï (30.100 hectáreas), no cuenta más que 214 habitantes y es excesivamente árida porque cae muy poca agua de lluvia sobre su suelo volcánico.

Molokaï (49.100 hectáreas), es isla que tiene 2.400 habitantes. Ninguno de sus montes llega á 1.000 metros ni siquiera á 800; de tal modo está recortada que su nombre usual Kaa-lua-poli, quiere decir la Tierra de los Precipicios. Existe allí una de las más tristes colonias del mundo, un pueblo de 800 leprosos,

rigurosamente aislados de las demás personas; la curación les reivindicaría, pero no sanan nunca.

Oahou, más fecunda que sus hermanas, es volcánica como ellas, con un monte de 1.185 metros. Allí está la metrópoli de estas islas. Honoloulou (21.000 habitantes) puerto espléndido. Sobre las 168 000 hectáreas de Oahou viven 28.000 hombres.

Kaouai (141.800 hectáreas), antigua lava endurecida, dividida por los meteoros desde que se apagaron sus volcanes, es una tierra fértil donde prospera la caña de azúcar y donde se aclimata el olivo; no mantiene, sin embargo, más que á 8.800 personas en los hermosos valles que posee. Un pico de 1.800 metros lanza, á las horas oblicuas del atardecer, su sombra sobre armoniosos pasajes. Niíhaou (25.900 hectáreas), su aneja, es infecunda y pelada, con 180 hombres solamente.

Las islas de Hawai habían sido vistas por navegantes españoles. En sus viajes anuales de Méjico á Filipinas, los saltos del viento, las tempestades ó la curiosidad geográfica de algunos capitanes, les hacían á veces desviar el rumbo de sus galeones, y en uno de estos viajes distinguieron los marineros las altas montañas de Hawai, visibles en buen tiempo á una distancia de 300 kilómetros. El gobierno español no dió publicidad al descubrimiento, temeroso de que en aquellas islas se emboscaran piratas para acechar á los buques cargados de oro. Los insulares conservan tradiciones que indican la estancia de hombres blancos en aquellas islas hace siglos. El galeón español *Nuestra Señora de Covadonga* encalló en una de las costas del archipiélago, treinta y dos años antes de la llegada de Cook.

A éste, de todos modos, es á quien se debe el definitivo descubrimiento de las islas Sandwich. En su primer viaje no vió más que las tres occidentales de Niíhan, Kanai y Oahu, pero la noticia de la maravillosa aparición del bosque flotante ó ballena alada (como llamaron á su buque los indígenas) se extendió hasta las islas Grandes del Sudeste y cuando al terminar el año 1778 vieron los naturales de Maui los dos barcos ingleses, recibieron como á un dios al navegante, que acogió impávido sus adoraciones, hasta que provocó indignación general violando os santuarios. El entierro de un marinero reveló á los naturales que también eran mortales los blancos, y durante una bullanga causada por el robo de un bote, dió un grito Cook al sentirse ligeramente herido. Comprendiendo entonces los indígenas que no era un dios, lo mataron á cuchilladas.

Laperouse, Vancouver y Brown continuaron los descubri-

mientos, y hoy el Archipiélago de Sandwich es la tierra mejor explorada de Polinesia.

Los indígenas han perdido tiempo ha sus costumbres nacionales, que se parecían á las de sus hermanos de raza, los maorís de la Nueva Zelanda y los polinesios ecuatoriales. Ya hace cerca de un siglo que abandonaron sus ceremonias religiosas. En 1820, cuando llegaron los primeros misioneros protestantes, la mayor parte de los indígenas ya no creían en sus dios nacionales. Como en la mayor parte de las islas polinésicas, va creciendo la población en este archipiélago. Desde 1778 hasta 1884, el número de habitantes indígenas se redujo de 300.000 á 40.014. A ello ha contribuido no poco la lepra, importada en 1848 por los inmigrantes. En cambio ha aumentado la población extranjera. Hay muchísimos chinos, importados por los grandes terratenientes para cultivar la caña de azúcar y otras plantaciones. Al llegar á Havai, algunos se casan con mujeres kanakas y van creando una raza mestiza llamada Hapa-Kapé ó semichina, más parecida en el aspecto físico á los padres que á las madres.

Los japoneses y polinesios de diversas islas hay también en Sandwich, pero los inmigrantes trabajadores más numerosos son los portugueses de las Azores, que encuentran en el archipiélago chino, terreno y vegetación análogos á los de su país. La población total de las islas de Havai viene á ser de 91 080 habitantes.

No está en Havai la ciudad más populosa, aunque aquella sea la isla mayor. La capital Hilo, en la costa del Nordeste junto á una bahía muy abierta, tiene en las cercanías plantaciones de azúcar, amenazadas por las lavas del Manua-Zoa. Zahaina, capital de Maui, tiene más ventajas gracias á su posición junto al estrecho protegido por las islas de Lanai y Kahulas. Honolulu, capital de Ohau y de todo el archipiélago, tiene un puerto bien resguardado, y casas dispersas entre jardines en un espacio de muchos kilómetros cuadrados. Es la residencia de las principales escuelas y sociedades científicas, centro de publicación de la mayor parte de los periódicos y tiene 20.487 habitantes.

Hoy forma parte el archipiélago de Havai de las posesiones insulares de los Estados Unidos de América.

VI

Islas de la Sociedad.

Hacia el 17 grado de latitud, Taiti es la más célebre de las islas de la Sociedad, la más bella y la más extensa por sus 104.200 hectáreas.

La componen dos islas desiguales, pero muy parecidas, soldadas por un istmo bajo. De una forma intermedia entre el círculo y la elipse, tienen la misma gracia y la misma extensión, bajo un clima ideal de un término medio de 24° en las llanuras y valles; con 16° ó 15° como minimum y 31° ó 33° como maximum. Casi toda la nación taitiana—hombres altos y arrogantes, mujeres lindas y voluptuosas—vive en la costa, entre los árboles frutales ó silvestres sacados del seno de la tierra por el sol y la lluvia de aquella zona feliz, templada por la brisa de una inmensa superficie oceánica.

En la misma costa empieza la pendiente. En la isla grande se puede subir hasta 2.237 metros; en la isla pequeña, llamada Taiarapou, el Niouno se yergue hasta 1.393 metros. Muchos montes fueron allí volcanes, todos muertos ya—como el Diadema—y con frecuencia, entre negros basaltos, el sol irisa infinitas cascadas é innumerables torrentes, siempre rumorosos, porque la montaña está pelada, la pendiente es rocosa y la lluvia abundante y de larga duración.

Créese que Taiti no posee más de 30 000 hectáreas cultivables en su agrupación de montañas, pero de estos 300 kilómetros cuadrados podría hacerse un jardín de Armida donde vivirían felices 200.000 taitianos. Ahora bien; la isla no posee más que 12.000, comprendiendo en esta cifra á su gran aneja del Oeste Moorea ó Eimeo (13.237 hectáreas) muy bella, alrededor de un monte de más de 1.200 metros, y dos islitas que son: al Norte Tetoneros y al Este Maitea (487 metros). Los taitianos se dejan llevar por la vida. Recogen el fruto del árbol del pan, la banana y la nuez de coco; adoran al sol de la mañana y al de la tarde y á la sombra del medio día y se bañan en los claros arroyos y en la mar sonriente. Tenían todas las alegrías de los primitivos y aún las conservan, por lo menos aquellos que no sienten nuestras inquietudes ni las anemias y enfermedades de los decadentes. Hállanse locos de deleite y voluptuosidades,

borrachos de aguardiente y de algunas otras fermentaciones que llegan á su poder

Descendientes, según dicen, de las Samoa, ellos son los que enviaron al Norte, por lo menos así se cree, los primeros hombres que vieron las llamas de los volcanes de Hawái. ¿Eran, según se ha pretendido 80.000, cuando Cook desembarcó en su isla antes que ningún europeo, ó cuando Bougainville, maravillado, la llamó Nueva Citerrea? Indudablemente no, pero desentonces han disminuido mucho. Hasta se les creyó extinguidos. Desde hace algunos años vuelven á aumentar. Francia, lentamente colonizadora, no los ha aniquilado. El protectorado de 1842, convertido en posesión directa, los beneficia más que antes. De todas maneras, como necesitan bien poco para vivir, no se desprenden de sus tierras, y no desaparecerían más que por el idioma. Tienen facilidades para unirse con sus protectores en *mestizaje* y podrían sobrevivir bajo el nombre y la apariencia de franceses. De los 11.081 individuos que habitaban el país en 1889, más de 1.000 eran franceses, cerca de 600 europeos ó americanos y unos 500 chinos, que trabajaban cuanto se puede trabajar. La gran mayoría protestantes, el resto católicos (y en la intimidad todos paganos), los polinesios de estas islas, convertidos la mayor parte por misioneros de la predicadora Inglaterra, han sufrido durante mucho tiempo la influencia inglesa más que la francesa, y muchos de ellos hablan el idioma de la Gran Bretaña.

Las otras islas de la Sociedad, actualmente protegidas por Francia, son:

Houshi (7.300 hectáreas), á 160 kilómetros hacia el Oeste-Noroeste de Taií. Está rodeada de coral y 1.300 polinesios viven allí, sobre una tierra volcánica partida en dos, como Guadalupe, por un canal de origen moderno. Raiatea (19.400 hectáreas, con 2.000 almas), se eleva á 600 metros, rodeada de coral, como su vecina, por el Norte, Tahaa. Esta, que mide 8.200 hectáreas, tiene unos 1.000 habitantes.

Borabora, monte de 600 metros con dos cimas, está, como sus hermanas, rodeada de arrecifes madrepóricos, la habitan 600 personas y mide 3.800 hectáreas. Toubai ó Motouiti y Maoupiti son parecidas á las anteriores.

Estos insulares se parecen á nuestros taitianos. Los misioneros ingleses les han conducido á confesar el nombre de Cristo, siguiendo la fórmula inglesa.

En total, estas islas suman 58.500 hectáreas, con una po-

blación de 5.500 á 6.000 hombres, más ó menos barnizados á la europea y muy inclinados á asimilarse nuestros vicios.

Papeetí, residencia del representante de Francia en las islas de la Sociedad, es un pueblo precioso, rodeado de jardines y palmeras, donde suelen resonar los *himené* ó melodías, que muchachos y muchachas cantan en coro con armoniosa voz. Se llama muchas veces á Papeetí paraíso terrenal, pero la muralla de elevados montes detiene al alisio del Sudeste y hace sufrir á los habitantes sofocante calor, excepto cuando sopla la brisa marina. El puerto es ancho y profundo, pero poco frecuentado.

Moorea, al N. E. de la isla grande, no es más que una dependencia agrícola. Raiatea, una de las islas occidentales, rivaliza con Taití en la animación del tráfico, y tiene una de las mejores obras del Pacífico. La ciudad de Teavana, en la costa Sudeste de Raiatea, ocupa el centro del archipiélago, y Raiatea fué en otro tiempo el centro religioso de las islas de la Sociedad y residencia de la masonería de los arioi.

VII

Islas Marquesas, Pomotú, etc.

Aun menos anexionadas que Taití están hasta hoy las Marquesas, donde no hay más que 100 franceses con otros de 100 europeos y 500 polinesianos, todos sobre 127.400 hectáreas, distribuidas en once islas volcánicas, situadas entre el 8 y 10 y medio grados de latitud austral, á 250 leguas al Noroeste de *Nueva Citerca*.

Dos de estas islas son más extensas que las otras: Nouka-Hiva é Hiva-Hoa.

Nouka-Hiva roza casi el grado 9 con sus cabos meridionales. Armoniosa en su mar, en su montaña y en su cielo, es otra Taití menos bella y más pequeña. Yergue su más alta roca á 1.178 metros, la mitad del Orohena taitiano. Existe allí una especie de meseta central, el Tovii, desde donde caen los torrentes como un alud á la costa cercana, y uno de ellos salta desde 335 metros, aunque algunos aseguran que es de 650. Al borde de las olas se encuentran en varios parajes extensos valles donde tierra, sol y lluvia son propicios al árbol del pan, al cocotero, al bananero, á la caña de azúcar y al café. Nouka-

Hiva lo produciría todo y no produce nada. Está casi desierta y cada vez más huérfana de sus kanakos, no tenía más que 2.700 insulares en 1855, y diez y siete años después apenas si le quedaban 1.600. En cuanto á los franceses, habitan casi todos en Taiohae, situado sobre una preciosa bahía de la costa del Sur. Esta ciudad es la *capital* de las Marquesas.

Hiva-Hoa pertenece de nombre á los franceses, como todo el archipiélago, desde 1842, pero no tomaron posesión hasta 1880, para vengar á dos marineros que se habían comido el año anterior aquellos caníbales tatuados. Es esta un bloque volcánico de 40.000 hectáreas, con una elevación de 1.260 metros, la mayor del archipiélago.

Solitaria en casi todos sus valles, esta isla no tenía en 1812 más que 3.000 almas de las 6.000 que contaba en 1855, y lo mismo sucede en las demás Marquesas. En Taouata, montañoso satélite de Hiva-Hoa, en diez y siete años ha disminuído la población de 600 á 300; en Fatou-Hiva, volcán extinguido de 1.120 metros, vivían 1.200 almas en 1855, y de ellas no subsistían en 1872 más que 250; Houapouu (1.118 metros), ha bajado de 1.100 á 900; Houa-Honua, de 300 á 19; Hiao es y fué en todo tiempo, según parece, una tierra desierta, un erial de 640 metros.

¡11.900 hombres en 1855 y solamente 6.045 en 1872! ¡Y en la actualidad nada más que 4.000! ¿Cuál es la causa de disminución tan rápida?

No es el exceso de emigración lo que despuebla las Marquesas, como sucede en Irlanda, sino la muerte, que no cede ante los refuerzos de la vida. Francia, sin embargo, apenas si ha brutalizado á los polinesianos de las Marquesas; los ha dejado permanecer salvajes, vivir en tribus tatuadas, uniformemente afiliados á las mismas máximas de gobierno, á los mismos fetichismos, á las mismas ideas y á las mismas filosofías; pero ha puesto fin á sus guerras civiles y ha prohibido que se coma carne humana. Deberían, pues, aumentar, y disminuyen como los maorís, los fidjianos y los havaianos. Tal vez antes de desaparecer por completo resurgan de nuevo, como los taitianos y samoanos, cuando el contacto del blanco haya aniquilado lo que debe aniquilar.

A unos cientos de kilómetros al Sur de Taití, tan al Norte como al Mediodía del trópico de Capricornio, las Toubonai, son francesas desde 1881. Es una pequeña agrupación de islas que no poseen 2.000 insulares sobre sus 23.900 hectáreas, de las

cuales 6.600 pertenecen á Raivavac, la isla más alta, y 10.300 á Toubonai, de donde toma el grupo su nombre. Estas dos islas mayores y Rimatasa, Ohiteroa ó Rourouton y Narourota, isla vacía, que componen este humilde archipiélago, llamado también de las islas Australes, carecen totalmente de franceses. No existía persona ninguna en las Toubonai cuando llegaron los taitianos, hacia fines del siglo XVIII. Los habitantes de estas islas francesas pertenecen á la más bella y menos mermada de las familias polineisanas.

A ciento veinte leguas al Sudeste de las Toubonai, Oparo ó Rapa, no tiene más valor que el de ser una parada en el camino entre Europa y Nueva Zelanda, por Panamá. Tiene 4.700 hectáreas, añadiéndole el islote anejo de Morotirí, un pico de 633 metros, y 150 *tasófagos*, hombres bien proporcionados, agradables y ágiles, bajo un cielo de prodigiosa serenidad, Solitaria Oparo entre los cuatro vientos, no ve más que olas sin límite y la gloria del sol.

Al Este y al Sudeste de la «Isla Graciosa», las Tuamotú ó Pomotú pertenecen también á los franceses. Este polinesiano nombre quiere decir las islas Lejanas y, en efecto, están bien lejos de Taití, entre el 14 y el 25 grados de latitud austral. Pero en vano la línea recta trazada desde la primera al Noroeste hasta la última al Sudeste mide 2.500 kilómetros, casi tanto como en Europa la distancia de París á Moscou; en vano son setenta y nueve sin contar los islotes y arrecifes, pues no ofrecen á Francia, su soberana desde 1842, más que 5.100 hombres y 900.000 hectáreas. De estos 5.100 insulares, 1.000 viven en Auaa.

Antes de llamarse Tuamotú, llamábanse las Pomotú, las Conquistadas. En atención á sus nuevos hijos, Francia las ha llamado las «Lejanas»; pero los mejores nombres son los antiguos de islas Bajas ó Archipiélago peligroso. Bajas, porque las fuerzas interiores no las han levantado apenas sobre el nivel que les dieron sus fundadores y cimentadores, los pólipos; y Peligrosas, porque sus escollos destrozan los navíos.

Las Tuamotú, sin montes, sin ríos, sin fuentes, secas por el sol y estériles, no ofrecen verdadera tierra fructífera á sus hombres, polinesianos de lengua más que de raza (puesto que los taitianos se injertaron allí con los negroides, cuyo origen se ignora). Comen pescado y también el fruto del cocotero. Esta palmera, árbol esencial en los terrenos coralíferos, crece en estas islas, ya en la costa, ya en el interior, al borde de las lagu-

nas de color verde pálido, agua del Océano que pasa por el estrecho abierto en el anillo del *atoll*.

Al Sudeste de Tuamotú, en los alrededores del Capricornio, las islas Gombier ó Maugareva, protegidas desde 1844 por los franceses, son el cementerio de un pueblo polinesiano que declina.

Tenía de 1 800 á 2 000 habitantes en 1844, y hoy tiene 445; tal es la disminución de los mangarevianos, antropófagos á quienes los misioneros han conducido hacia el cristianismo, la paz y la malsedumbre.

Los mangarevianos toman su nombre de la punta húmeda y sin embargo fértil de Maugareva, su isla mayor, toda montañosa, con un volcán decrepito, el Duff (401 metros). Torovai, Akamaron, Aokena, Kamikha, etc., añaden á la pequeñez de Maugareva su propia infinitesimalidad para completar el humilde archipiélago de 2 400 hectáreas.

En el Sudeste de las Tuamotú está la famosa Pitcairn, en la cual se establecieron con mujeres taitianas los marineros ingleses rebeldes en 1787 contra el implacable Blight, dejándole en un bote con algunos compañeros. En este islote deshabitado formaron una republiquilla ignorada del mundo. Cuando al cabo de mucho tiempo fué descubierta esta comunidad semieuropea, semitaitiana, el gobierno inglés, olvidando la rebelión, les regaló la isla fértil de Norfolk, á la cual emigraron casi todos; pero muchas familias, que no podían acostumbrarse á su nueva patria, volvieron á Pitcairn.

VIII

Isla de Pascuas.

La isla de Pascuas está situada hacia el 27° de latitud central, lejos de las Espóradas francesas, y hasta algo más cerca de la América meridional que de Taiti. Sola, entremares sin límites, pertenece á Chile.

Se la llama también Vaihu, Mata-Kiteraghe, Rapa-Nui, Tepito-te-Fenona (1). Ninguno de estos nombres indígenas es el que dió á esta roca el 1722 el almirante holandés, que fué el primero en reconocerla. Era el día de la Resurrección y Tepito-

(1) Este es su verdadero nombre.

te-Fenona se convirtió en la isla de Pascuas. No tiene más que 50 kilómetros de perímetro, con 11.773 hectáreas.

Sus volcanes están apagados; pero conserva sus rojos cráteres. Uno de ellos, el de Kaou, inmenso pozo regular, tiene más de 3 kilómetros de perímetro y 250 metros de profundidad.

La montaña más alta no se eleva allí más que á 500 metros sobre el nivel del mar. Tepito te-Fenona, toda de lava roja y piedra pómez, no tiene más que arbustos, ningún árbol y poca agua. Aunque bajo la misma latitud que el Norte del Mar Rojo, no es nada clemente. El Océano sopla allí con furia y constancia y no hay dulzura, tibieza ni calor más que en las cuencas de los apagados cráteres, al abrigo del mistral de aquellos mares.

En 1860 había allí 3.000 (1) hombres, polinesianos descendientes de los paganos que vinieron en dos piraguas, de una isla muy alejada al Oeste (2). Cuando desembarcaron estos navegantes empujados por el viento de Occidente, Tepito-te-Fenona no estaba desierta; encontraron allí un pueblo del cual mataron á todos los varones y después se apoderaron de las mujeres y las hijas.

De la unión de los matadores con aquellas hembras nació la raza de los hombres que tallaron las 200 estatuas de 6 á 11 metros que se encuentran en la isla, en pie ó tumbadas, rotas ó intactas.

Dos veces mayor que las mayores, una de ellas alcanza 23 metros, pero el escultor la dejó sin terminar.

A decir verdad, no son estatuas, sino bustos como las esfinges; y de estos bustos ocupa la mitad la cara, que se dice es muy semejante á las talladas por los aymoras del Perú. Estos bustos eran ídolos, dioses rojos, puesto que se los tallaba en lava, y cada uno tenía su nombre, que no han olvidado los ancianos, aunque van transcurridos más de dos siglos desde que los artistas de la isla cesaron de sacar de la roca imágenes de los soberanos del cielo y de la tierra. Lo mismo que muchos de nuestros antiguos escultores, que se consumían labrando el pórtico de una catedral, el estatuario polinésico daba toda su vida á estos divinos colosos, considerándose feliz si, desde la juventud á la vejez, tenían tiempo y fuerza para cincelar uno ó dos.

Convertidos al catolicismo por los misioneros franceses, pero

(1) Algunos afirman que nada más que 1.000.

(2) Maugareva, tal vez.

permaneciendo paganos en el fondo del alma, los kanakos de Rapa-Nui creen aún en el poder de estas divinidades.

No así en el de aquellas cuyo ídolo cayó á tierra, porque éstas murieron en la noche víctimas de una batalla entre las estatuas. Todo dios, todo genio cuyo busto fué roto por el busto de un genio ó de un dios rival, rindió su alma desde el momento en que se abatió su imagen. Pero los todopoderosos cuyas efigies permanezcan de pie conservarán por siempre su antigua virtud.

Sin embargo no han salvado á su pueblo los dioses gigantes de Vaihou. Después de bajar desde 3 000 á 150 (1), estos insulares siguen disminuyendo. Ya no hay entre ellos más que 67 hombres, 39 mujeres y 44 niños.

Por un niño que sale á la luz del día, tres vivos caen en la noche de la muerte, y muy pronto no quedará nadie en la isla solitaria, solamente sus rocas azotadas por los eternos vientos.

Fué, sin embargo, joven en un tiempo, viva y febril, cuando en su fervor iba acumulando dioses sobre dioses. Tal vez entonces tuvo 6.000 hombres que cultivaban el suelo ó pescaban en el pródigo mar.

Se han consumido sus hijos en las plantaciones de las islas polinesianas y en la explotación de los guanos del Perú. La viruela, el asma, la tisis y la sífilis han arrebatado á los demás, y la inmortal naturaleza no vuelve á resucitar allí.

La isla de Pascuas pertenece hoy á la República de Chile.

(1) De los cuales 20 son taitianos.



ÍNDICE

Páginas.

Bolivia.

I.—El país.—Su exploración y riqueza.....	5
II.—Montes y ríos.—El lago de Titicaca.....	10
III.—Clima, flora y fauna.....	19
IV.—Indios de Bolivia.....	21
V.—Poblaciones de Bolivia.....	33
VI.—Agricultura, minas y gobierno de Bolivia.....	44

Paraguay.

I.—Historia, frontera y exploraciones.....	52
II.—Montañas, ríos y clima.....	58
III.—Flora, fauna y habitantes.....	64
IV.—Ciudades.....	75
V.—Población, productos, industria y administración...	81

Uruguay.

I.—.....	86
II.—Montañas, ríos, clima, flora y fauna.....	87
III.—Habitantes.—Ciudades.....	91
IV.—Población, Industria, Comercio y Administración...	99

República Argentina.

I.—Exploraciones y fronteras.....	103
II.—Montañas de la Argentina.....	111
III.—Ríos y lagos.....	125
IV.—Clima, flora y fauna.....	146
V.—Prehistoria y pueblos indígenas.....	159
VI.—Poblaciones.....	174
VII.—Población, industria, comercio, agricultura y administración.....	212

ISLAS FALKLAND Y GEORGIA DEL SUR.....	224
---------------------------------------	-----

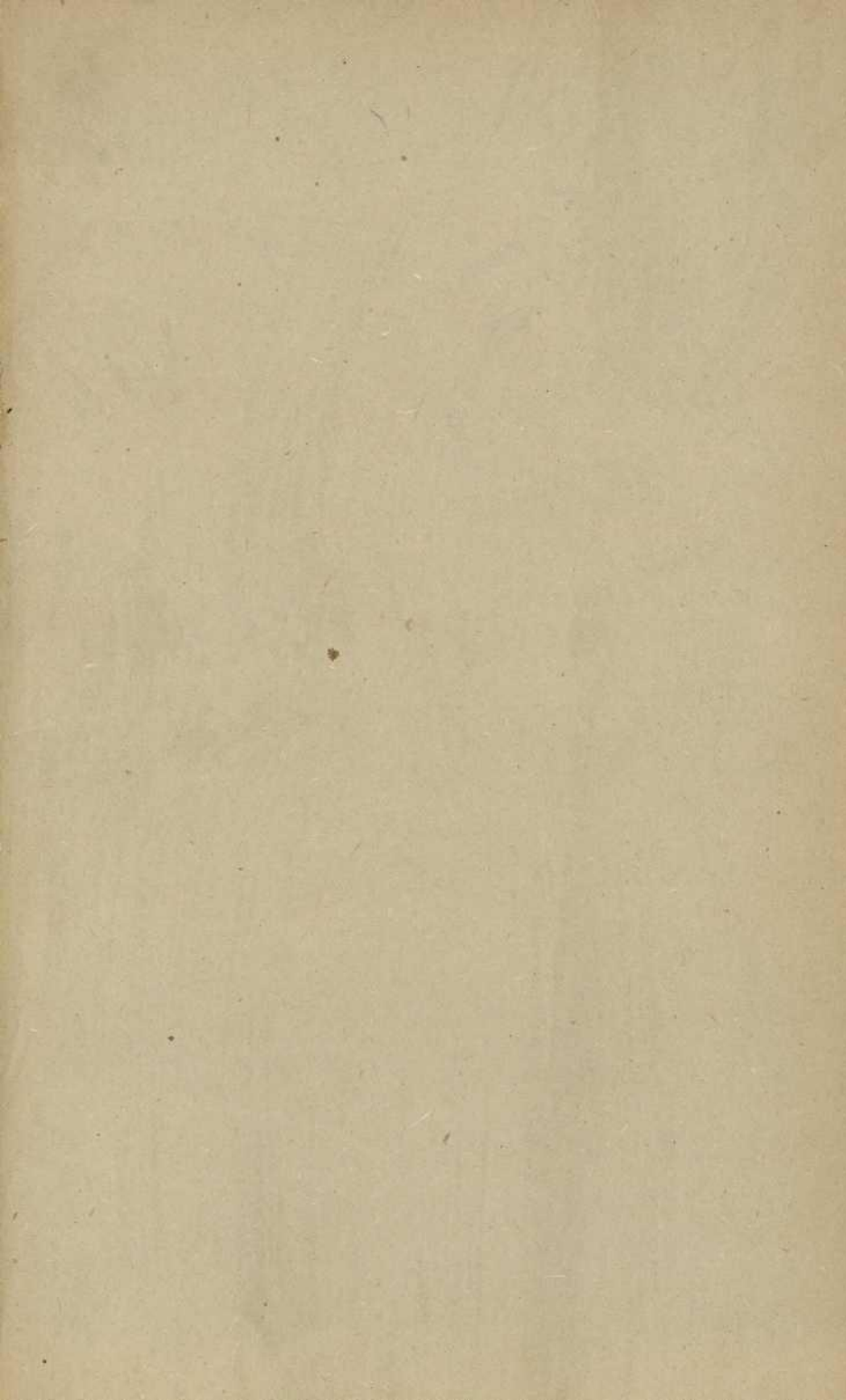
Chile.

I.—El país y su exploración.....	227
II.—Montañas de Chile.....	238
III.—Costas é Islas de Chile.....	252

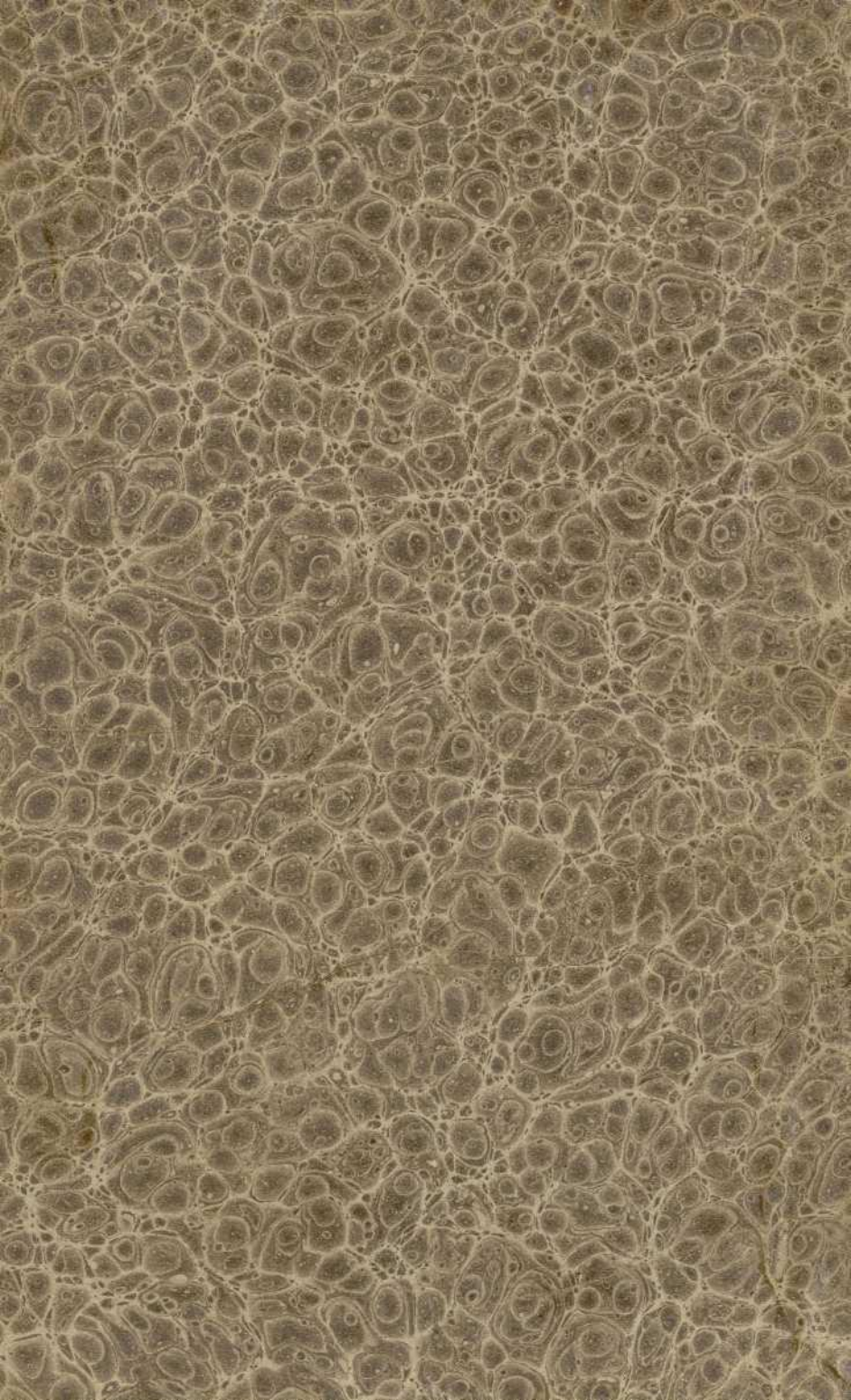
	Páginas.
IV.—Ríos de Chile.....	259
V.—Clima, flora y fauna.....	262
VI.—Primitivos habitantes de Chile.....	274
VII.—Poblaciones de Chile.....	282
VIII.—Población, agricultura, minas y comercio.....	310
IX.—Gobierno, religión y Hacienda.....	320
Oceanía.	
Nociones generales.....	325
AUSTRALIA.	
I.—Costas é interior.....	328
II.—Flora y fauna.....	329
III.—Exploraciones.....	331
IV.—Montes y llanuras.....	333
V.—Indígenas australianos.....	335
VI.—Población, industria y agricultura.....	344
VII.—Nueva Gales del Sur.....	347
VIII.—Victoria.....	352
VIII.—Queensland.....	355
IX.—Australia Meridional.....	359
X.—Australia Occidental.....	364
XI.—Tasmania.....	365
NUEVA ZELANDA.	
I.—Descubrimiento y exploraciones.....	370
II.—Isla del Norte.....	372
III.—Isla del Sur.....	373
IV.—Belleza de Nueva Zelanda.....	375
V.—Pequeñas islas.....	376
VI.—Pueblos indígenas.—Los maorís.....	376
VII.—Flora y fauna.....	381
VIII.—Ciudades.....	384
NUEVA GUINEA.	
I.—Generalidades.....	387
II.—Flora y fauna.....	389
III.—Pobladores de Nueva Guinea ó Paupasia.....	390
IV.—Poblaciones.....	396
MEGALONESIA.	
I.—Ojeada general.....	399
II.—Flora y fauna.....	404

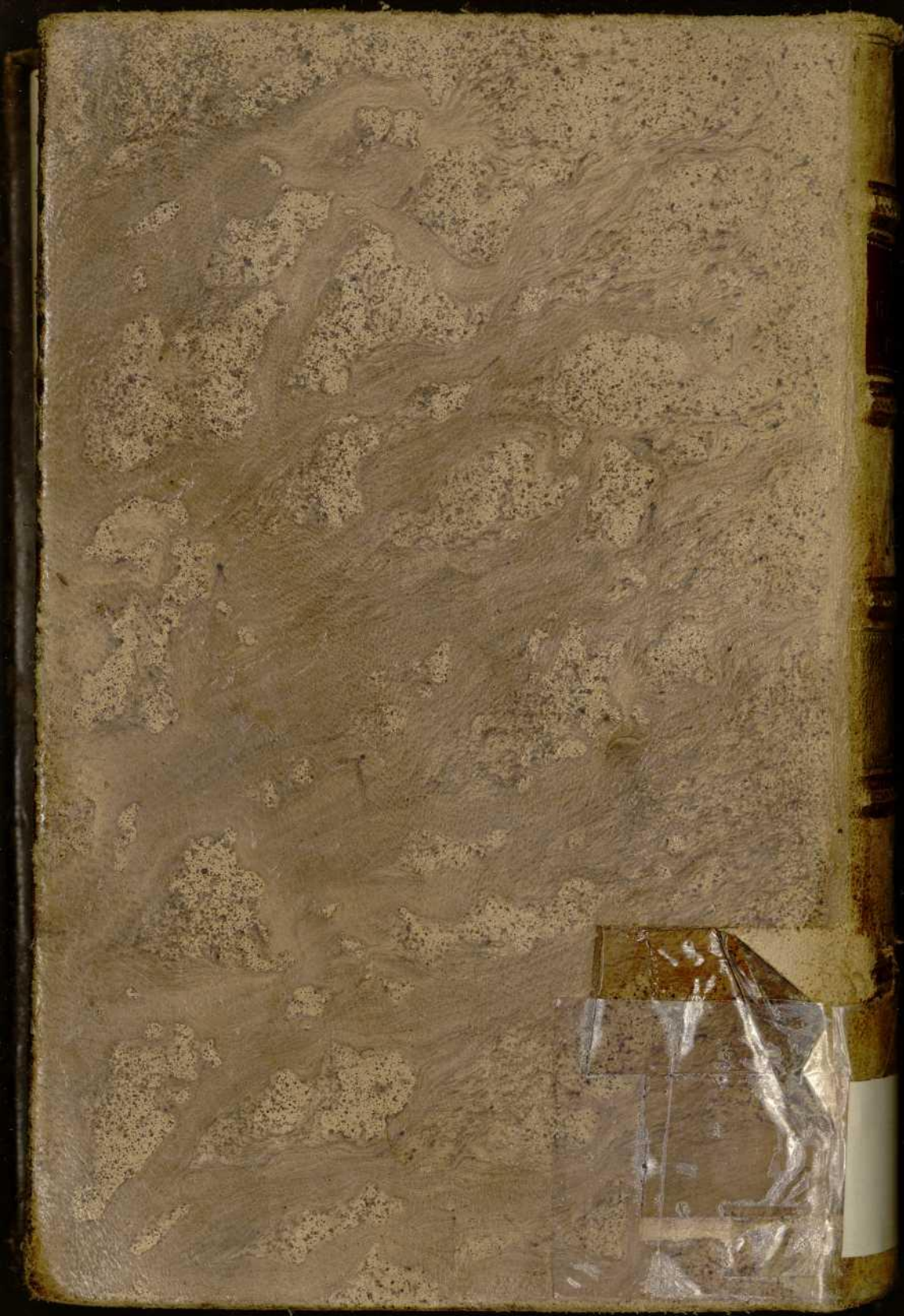


III.—Java y Madura.....	406
IV.—Sumatra.....	415
V.—Pequeñas islas de Sonda.....	423
VI.—Molucas.....	428
VII.—Célebes.....	435
VIII.—Porneo.....	439
FILIPINAS.	
I.—Islas de Joló.....	445
II.—Islas de Luzón.....	446
III.—Islas Visayas.....	448
IV.—Mindanao.....	450
V.—Flora y fauna.....	450
VI.—Indígenas filipinos.....	452
VII.—Poblaciones.....	457
MICRONESIA.	
I.—Nociones generales.....	459
II.—Islas Marianas.....	460
III.—Carolinas y Palaos.....	461
IV.—Archipiélagos de Marshall, Gilbert y Ellice.....	465
MELANESIA.	
I.—Islas del Almirantazgo.—Archipiélago Bismarck.— Islas Salomón.....	469
II.—Archipiélago de Santa Cruz.—Nuevas Hébridas....	474
III.—Nueva Caledonia.....	477
ISLAS FIDJI.....	483
POLINESIA	
I.—Los Indígenas.....	487
II.—Islas Samoa.....	492
III.—Las Tonga.....	494
IV.—Islas Cook.....	496
V.—Islas Sandwich.....	497
VI.—Islas de la Sociedad.....	501
VII.—Islas Marquesas, Pomotú, etc.....	503
VIII.—Islas de Pascuas.....	506











RECLUS.
GEOGRAFIA
UNIVERSAL



6



C
613